

UNAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

M. IGLESIAS

REVISTAS
HISTORICAS SOBRE
INTERVENCION
FRANCESA
EN MEXICO

1

F1233

I34

v.1

R. C.



1080012874

REVISTAS HISTORICAS

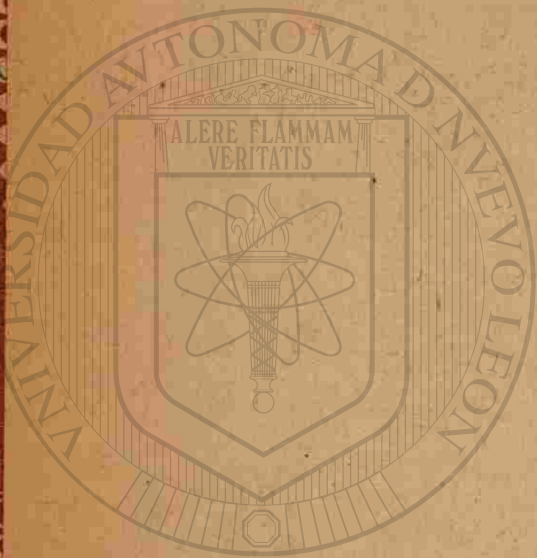
SOBRE LA

INTERVENCION FRANCESA

EN MEXICO.

POR J. M. IGLESIAS.

TOMO I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

IMPRENTA DEL GOBIERNO, EN PALACIO.

A CARGO DE JOSE MARIA SANDOVAL.

1867.



FONDO HISTORICO Y BIBLIOTECARIO

A mi querido amigo
el Sr. Carlos Ba-
jos, en testimonio de
sincero aprecio.

Su afmo.

Fernando

Molesnas Balboa

México, Junio 21/16



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155934

INTRODUCCION.

En Abril de 1862 comencé á escribir, por indicacion del Sr. Ministro de Relaciones y Gobernacion D. Manuel Doblado, una série de revistas, relativas á la delicada situacion en que se encontraba entónces la República mexicana, con motivo de la intervencion extranjera, que en tan grave peligro puso nuestra nacionalidad.

Esas revistas, de las que una cuando ménos se publicaba cada mes, siguieron sin interrupcion, por espacio de mas de dos años, en México, en San Luis, en el Saltillo y en Monterey. Interrumpidas por primera vez á la salida del Gobierno de esta última ciudad, lo fueron luego en diversas ocasiones. Continuaron, sin embargo, en períodos mas ó ménos largos, hasta quedar por fin definitivamente cortadas á mediados del año de 1866.

El Sr. redactor en jefe del *Diario oficial* ha querido ahora reproducirlas en el folletín de ese periódico. Habiendo solicitado mi anuencia con tal objeto, le he manifestado que ningún inconveniente tengo para darla, cuando ántes bien encuentro en tal reproducción las dos ventajas de que circulen las revistas escritas en Chihuahua y en el Paso del Norte, poco conocidas en lo general por las circunstancias en que se publicaron, y de que todas quedan reunidas en colección.

Para llenar el hueco que presentan, por hallarse truncas, como ántes he indicado, pienso escribir una relación sucinta y con pocos comentarios, de los principales acontecimientos políticos ocurridos en la República desde mediados de 1866 hasta el regreso triunfal del Gobierno republicano á esta ciudad.

Pienso igualmente, si no me falta tiempo ó salud, escribir lo más pronto posible una historia, estudiada y metódica, del período que abraza la intervención extranjera, bajo un plan enteramente diverso del de las revistas. Redactadas estas á medida que iban desarrollándose los sucesos de que trataban, llevan el sello de la reticencia propia de la época de la lucha; carecen de una coordinación imposible en aquellos momentos; no hablan de acontecimientos importantes, desconocidos para mí entónces, y bien sabidos después; callan intencionalmente hechos, cuya revelación prematura podría haber sido provechosa al enemigo. La historia que me propongo escribir, lo se-

rará con más calma, con más imparcialidad, con mejor orden y método, con mayor acopio de datos, sin reticencias innecesarias. La historia y las revistas tendrán por precisión muchos puntos de contacto, sin dejar por eso de ser dos obras esencialmente diversas.

Las revistas tuvieron la fortuna de ser benignamente recibidas del público. El autor de ellas desea que ese favor no le falte en esta nueva edición.

México, Noviembre 17 de 1867.

JOSE M. IGLESIAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA NOTA

DE

LOS COMISARIOS FRANCESES.

Aunque la opinion pública ha hecho desde luego justicia de la famosa comunicacion de los plenipotenciarios de S. M. Napoleon III; y aunque nuestro Ministro de Relaciones ha rebatido en términos dignos é incontestables los pueriles fundamentos en que esa nota se apoya, preciso es que la prensa no la deje pasar sin comentarios, tanto por ser hoy el documento que presenta mas interes de actualidad, cuanto para entrar en ciertas apreciaciones, que no son permitidas en las regiones oficiales. Vamos, pues, á emitir sobre tan importante asunto, las observaciones que nos ocurren.

Los Sres. Saligny y Jurién, se han negado redondamente á acceder á la peticion del Gobierno mexicano, relativa al alejamiento de Almonte; y para fundar su negativa, cuentan la historia de la venida á México del desnaturalizado hijo de Morelos.

Segun esa relacion, cuando salió de Francia el renegado, daba por seguro el gobierno del emperador que esta-

ban ya rotas las hostilidades entre el ejército frances y el mexicano. Si tal fué efectivamente la base de que partió el gabinete de las Tullerías, no se comprende cómo sus representantes en México, para quienes era notorio que los hechos no correspondian á semejante creencia, han juzgado aplicables resoluciones que nacia de un concepto falso, á una situacion enteramente diversa. En efecto, en vez de la ruptura de las hostilidades, habia habido un convenio previo en que se habia accedido á la pretension de los aliados, concerniente á sacar á sus tropas de la zona del vómito: se estaba en vísperas de abrirse nuevas conferencias, encaminadas á la celebracion de un tratado definitivo; se contaba, en fin, con la solemne promesa de México, de pasar por todas las reclamaciones que se le hicieran, con tal de que estuviesen fundadas en justicia. Lo natural, lo equitativo, lo debido en tales circunstancias, era entrar en arreglos para ver si se llevaba á ejecucion lo prometido; y solamente en el caso de que se hubiera desvanecido toda esperanza de llegar á una solucion pacífica, habria sido permitido envolver á dos naciones en las calamidades de una guerra, extremo á que nunca es lícito apelar sino bajo el imperio de una necesidad indeclinable. Y aun cuando no hubieran mediado antecedentes tan atendibles, habria sido siempre obligatorio para los comisionados franceses, esperar las nuevas instrucciones que les mandara su gobierno en vista de los preliminares de la Soledad, que presentaban la cuestion mexicana bajo un aspecto muy distinto del de la guerra abierta, que se daba en Paris por existente. Ha habido, pues, una ligereza indisculpable en la conducta observada por Jurien y Saligny.

La venida de Almonte ha tenido por objeto, segun las

intenciones del gobierno frances, traer á sus compatriotas palabras de conciliacion, hacerles comprender el fin enteramente benévolo de la intervencion europea, desempeñar una mision de paz, á la que lo habian preparado bien sus honrosos antecedentes, su extremada moderacion, y la estimacion de que no ha dejado de gozar, tanto en México, como en las diversas cortes extranjeras en que ha representado á su país.

Muy vehementes, muy fundadas son las sospechas que abrigo ya México de que el gobierno del emperador, obrando con una falsía indigna por cierto del representante de una gran nacion, trata bajo de cuerda de someterlos al yugo de un príncipe extranjero, á la vez que oficialmente niega su intervencion en el proyecto. Pero si esas sospechas carecen de fundamento; si la mision ostensible de Almonte es real y verdadera, escasísima perspicacia ha sido entónces la de ese profundo político que se llama Napoleon III, al pretender apagar un incendio con aceite hirviendo. O el emperador ha olvidado ya sucesos de ayer, ó ha sido muy iluso al figurarse que uno de los principales corifeos del partido que acaba de ser vencido en México, que el signatario de un tratado reprobado pública y solemnemente, que el hombre proscrito por las leyes de su país, era á propósito para servir de nuncio de paz y de concordia. Si la Francia se encontrara hoy en circunstancias análogas á las de México, seria una amarga burla, cuando no un insulto premeditado, mandar mentidas palabras de conciliacion con algun agente del duque de Burdeos ó del conde de Paris.

Ya vemos por otra parte, cuán honrosamente ha desempeñado Almonte la mision que se le confi6. Sus palabras de conciliacion se han convertido en proclamas in-

cendiarias, en tentativas de seducción para provocar asonadas militares por el estilo de las que ha regentado tantas veces: su misión de paz no ha sido otra que conspirar contra el Gobierno constituido, contra las instituciones vigentes; su conducta no ha tenido más mira que la de realizar el pensamiento traidor de subir al poder bajo el amparo de las bayonetas extranjeras. Sus tendencias, sus planes, sus conspiraciones, su traición, se han revelado en hechos públicos, en documentos fehacientes de que han tenido pleno conocimiento los comisarios franceses, después de lo cual, asombra el cinismo con que se asevera lo contrario.

Los honrosos antecedentes de Almonte están en perfecta consonancia con sus actos presentes: su moderación es tan extremada, que lleva ya muchos años de ser aspirante perpetuo á la presidencia, sin la que se ha quedado, á pesar de haber empleado por conseguirla toda clase de medios, hasta venir á parar en el de la traición. En cuanto á la estimación de que disfrute en las cortes extranjeras, no tenemos datos para valorizarla más que respecto de la francesa, en la que son bien conocidos los arbitrios con que la ha alcanzado; y por lo que respecta á la que goza en México, de ella dan claro y elocuente testimonio los dos hechos notabilísimos de que ni la aldea más miserable haya aceptado su descabellado plan, y de que ese hombre se vea obligado á vivir en su propio país, dentro del estrecho recinto de un campamento extranjero, del que no se atreve á separarse un solo paso.

Demos empero por exactas las falsas aseveraciones de los plenipotenciarios de S. M. el emperador; supongamos que Almonte es el *non plus ultra* de la perfección humana; creamos como el Evangelio que se le ha enviado á

una misión pacífica y que él la desempeña cumplidamente; convengamos, por último, en que ni sombra de derecho, ni pizca de razón asiste al Gobierno mexicano, para pedir que un traidor no resida en el territorio que no ha dejado de ser mexicano ni de estar sujeto á las leyes del país, por haber abierto sus puertas hospitalarias á fuerzas extranjeras. Aun bajo esa serie de supuestos, ¿sería permitido á los representantes de la Francia convertir en *casus belli* la pretensión á que se han negado á acceder? Hasta aquí habíamos creído nosotros que la guerra, esa plaga social que es la última razón de los reyes y de los pueblos, debía reservarse para el caso extremo de negarse abiertamente una nación á hacer justicia á las fundadas reclamaciones de otra. Ahora vemos que vivimos engañados, y que basta el interés mezquino de la protección otorgada á un criminal sujeto á los tribunales de su patria, para que á la voz de la razón se sustituya el ronco estallido de los cañones.

A los elogios tan exagerados como inmerecidos de ese hombre, "extraño á las pasiones de los partidos, é investido de la confianza de uno de los gobiernos aliados," agregan los comisarios franceses los más graves insultos al Gobierno mexicano.

Acúsalo en primer lugar de que renueva los edictos de proscripción que tan tristemente recuerdan los días más aciagos de las revoluciones europeas. ¿Cuáles son esos edictos? Léjos de que existan, lo que ocupa su lugar es una ley de amnistía, tan amplia, tan generosa, que á su sombra se han relegado al olvido aberraciones, faltas y delitos, que bien merecían un castigo severo. Únicamente han quedado exceptuados de ese perdón general unos cuantos criminales, sobre cuyos actos pesaba en ta-

les términos la execracion nacional, que su impunidad habria sido el colmo del escándalo. ¿Y esto es lo, que se tiene la audacia de comparar con lo ocurrido en los dias mas aciagos de las revoluciones europeas? ¡Ah! si las revoluciones europeas se hubieran limitado en esos dias á designar castigos para media docena de traidores, no serian como son, un ejemplo terrible de los descarríos de que es capaz la fragilidad humana.

Dícese que la vida de Almonte estaba amenazada hasta en Veracruz: ¿encerrarán estas palabras una pérfida acusacion de tentativas de asesinato? No lo sabemos; pero sí podremos afirmar, que México en ningun caso se valdrá del puñal de un asesino, ni aun contra sus hijos mas culpables, para cuyo castigo se valdrá, como únicos arbitrios, de sus leyes y de sus tribunales.

Jáctanse los Sres. Jurien y Saligny de que el pabellon frances ha abrigado ya á muchos proscriptos, y de que no hay ejemplo de que una vez concedida su proteccion, haya sido retirada á los que la han obtenido. Contra esto tenemos que decir, que por lo mismo que es tan glorioso el pabellon frances, deberian cuidar mucho los que lo llevan, de no abrigar bajo sus pliegues á renegados y traidores, y que sin retirar su proteccion á Almonte, una vez que ya se le habia concedido, pudieron y debieron no haber llevado esa proteccion hasta el extremo injustificable de convertirla en causa de una ruptura con la República mexicana.

Siguiendo los comisarios su sistema de acusaciones, aseguran que han registrado, desde el dia en que se concluyó la convencion de la Soledad, nuevas vejaciones cometidas contra sus nacionales. En documentos de tan alta importancia como la nota en que se consignan estos

conceptos, en vez de frases vagas se debió expresar nominalmente quiénes han sido víctimas de las nuevas vejaciones, y cuáles han sido estas. Formular cargos al aire, no es noble ni decoroso. El Gobierno mexicano ha negado la verdad de semejante aserto, cuya prueba toca á los que lo han vertido. Aun suponiéndolo cierto, lo que en tal caso debia hacerse era reclamar contra los atentados cometidos, reservando el rompimiento para el evento de que no fuesen atendidas las reclamaciones. Tampoco ese motivo fútil puede justificar la conducta extraña é inconcebible de los plenipotenciarios franceses.

Otro tanto dirémos de la solapada indirecta que emplean, sobre haberse adoptado, bajo sus ojos, medidas violentas con la mira de sofocar los votos del país y de la verdadera opinion pública, para alucinar á la Europa y hacerle aceptar el triunfo de una minoría opresiva, como el único elemento de orden y de reorganizacion que se pudiera todavía encontrar en México. Estos conceptos se corroboran á los pocos renglones, en que manifiestan los comisarios el temor farisaico de no querer volverse involuntariamente cómplices de la compresion moral, bajo la que gime en el dia la gran mayoría del pueblo mexicano.

No parece sino que la venida de Almonte ha sido para los Sres. Saligny y Jurien una revelacion de lo alto de los cielos, que ha batido las cataratas de sus ojos. Antes de esa venida, no tuvieron embarazo en reconocer al Gobierno, que se ha convertido ahora en representante de una minoría opresiva, ni pusieron dificultad alguna en tratar con los que ejercen la compresion moral que hace gemir á la gran mayoría de los mexicanos. Cuando en el corto intervalo de poco mas de un mes, se ejecutan actos

tan abiertamente contradictorios, poca fé puede tenerse en la imparcialidad y en el buen juicio de sus autores.

Esa parte de la nota parece redactada por el mismo Almonte; idéntico es el lenguaje que se emplea en los círculos conservadores. En balde hablan los hechos con una elocuencia bien expresiva. Mil y mil poblaciones hay en que no se ejerce ni se puede ejercer opresion alguna, y sin embargo, es patente, como ántes decíamos, que ni el poblacho de ménos importancia se ha declarado en favor de una causa definitivamente vencida. Para ver lo contrario, se necesita el prisma de animosidad y malevolencia que usa Mr. de Saligny respecto de todo lo de México.

Pero lo mas grave de la cuestion en esta parte, no es ni la contradiccion inexplicable en que han incurrido los plenipotenciarios franceses, ni la indisculpable tergiversacion de los acontecimientos, sino la infraccion clara é innegable del principio de no intervencion, base en que descansan las sociedades modernas. Ese principio sacrosanto, consignado respecto de México en la convencion de Lóndres, preconizado en la proclama de los aliados expedida en Veracruz, reproducido en los preliminares de la Soledad, repetido constantemente en documentos oficiales, periódicos y cartas; ese principio sacrosanto ha sido desconocido, hecho trizas, en la comunicacion de Saligny y de la Gravière. Luego que un poder extranjero, y mas si viene con las armas en la mano, se quiere meter á decidir si el gobierno de un país representa á la mayoría ó á la minoría; luego que por sí y ante sí declara que ese gobierno es opresor, asoma su cabeza monstruosa la intervencion mas descarada. De hoy en mas tendríamos que ocurrir al Sr. de Saligny, para que se sirva explicarnos cuál es en México la voluntad nacional.

Por los miserables fundamentos que consignados quedan, y á nuestro entender superabundantemente refutados, estamos en la actualidad á punto de entrar en guerra con la Francia, con esa nacion, respecto de la cual no hay ningun motivo serio de desavenencia, con ese pueblo al que nos ligan tantas simpatías, cuya gloria admiramos tanto, cuya literatura estudiamos con tanto afan, cuyos hijos, residentes en México, miramos como amigos y como hermanos. Y todo ¿por qué? Porque por desgracia de ambos países vino de ministro del emperador, un hombre en cuyos actos han influido pasiones bastardas y móviles poco dignos.

Esperamos todavía que tenga remedio la deplorable situacion que guardan en estos momentos nuestras relaciones con la Francia. La conducta de los comisarios de esta nacion, forma contraste con la noble y patriótica de los comisarios inglés y español. La colonia francesa reprueba en su mayor parte los actos de su ministro. No es improbable que el gobierno imperial, mejor instruido de los hechos, libre de la influencia de informes falsos y apasionados, desapruébe la injusta resolucion de sus representantes, los destituya y vuelva á colocar la cuestion en el terreno pacífico de que no ha debido salir.

Pero si así no fuere; si la fuerza de los acontecimientos que se trata de precipitar, ó bien el plan definitivo del gobierno frances de intervenir en nuestro régimen interior, hiciere inevitable un rompimiento, entónces, despues de apurar como lo hemos hecho, el sistema de la conciliacion y de las concesiones, decidámonos con energía á repeler la fuerza con la fuerza, y comprobemos con un nuevo ejemplo histórico, la eterna verdad de que no se atenta impunemente contra la independenciam de un pueblo que quiere conservar su autonomía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CUESTION EXTRANJERA.

México, Abril 26 de 1862.

Han sido tan graves, tan inopinadas y tan repetidas, las peripecias que en el corto espacio de veinte dias ha presentado la cuestion extranjera, que bien merecen quedar consignadas en una breve reseña, en que resalten sus mas curiosos pormenores.

Todo, á principios del mes, anunciaba un desenlace pacífico de las complicadas dificultades que habian venido á interrumpir nuestras relaciones amistosas con la Francia, la Inglaterra y la España. La conducta observada por el Gobierno mexicano en una crisis tan peligrosa, ha estado marcada con el sello de una circunspeccion admirable, con la cual ha evitado que pueda formularse en su contra un solo cargo racional y justo. A pesar de haberse ocupado militarmente el primer puerto de la República, no exigió, como habria tenido derecho de hacerlo, su previa desocupacion para entrar en pláticas de paz. No contento con esto, consintió en inutilizar las fortificaciones del Chiquihuite, abriendo á fuerzas extranjeras el camino de la capital, dándoles hospitalidad en tres ciudades de que hizo salir á sus propias tropas, y entre las que se cuenta Tehuacan, reputado por los

inteligentes como uno de los dos puntos estratégicos mas importantes del país. Al obrar así, no llevó mas mira que la de acceder á la pretension de los comisarios, que querian sustraer á sus soldados de la influencia mortífera del clima de nuestras costas, y prescindió generosamente de ese auxilio formidable con que cuenta México contra todo ejército invasor. Y respecto á las reclamaciones pendientes, ofreció hacer pronta y cumplida justicia, reservando su oposicion únicamente para aquellas que fueran incompatibles con el honor y la dignidad de la nacion.

El dia señalado para la apertura de las conferencias en que debia procurarse la solucion pacífica de las cuestiones internacionales, era el 15 del mes que va á espirar. Estaban ya nombrados y á punto de ponerse en marcha los comisionados mexicanos, cuando con general sorpresa se supo que los comisarios franceses habian roto la convencion de Londres y los preliminares de la Soledad, sin alegar de pronto mas razon para cohonestar tan escandaloso procedimiento, que el pretexto ridiculísimo de que no podian prestarse al alejamiento de un traidor, amparado por la bandera francesa.

A los pocos dias de escrita la nota en que se hizo tan incomprendible declaracion, apareció un manifiesto de los Sres. Saligny y Jurien á la nacion mexicana, tan absurdo y disparatado, que al leerlo por primera vez, dudamos de su autenticidad, y solo la evidencia pudo convencernos de que no era apócrifo.

No sabemos con qué derecho se han dirigido los comisarios franceses á la nacion, revelando así el plan que habian tenido encubierto de intervenir en nuestro régimen interior con escándalo de la civilizacion moderna, y con abierta infraccion de las repetidas declaraciones hechas en sentido con-

trario, así por el gobierno imperial, como por sus representantes.

El contenido del documento á que aludimos, da la mas triste idea de la capacidad diplomática de sus autores. Reconoce y desconoce á la vez á nuestro Supremo Gobierno. Afirma que no han venido los franceses á tomar parte en nuestras divisiones, y ofrece el apoyo de sus armas á los que tengan confianza en la intervencion, llamada así por su nombre en un momento de descuido. Dice con énfasis, que ningún hombre ilustrado querrá creer que el gobierno salido del sufragio de una de las naciones mas liberales de Europa, haya podido tener ni por un momento la intencion de restaurar en un pueblo extranjero antiguos abusos é instituciones que no son ya de este siglo; y es pública la alianza de los comisarios con los principales cabecillas del bando que sostiene esas instituciones y esos abusos. Se atreve á llamar moderada la conducta que han observado dichos comisarios, y reincidiendo en esas acusaciones vagas é infundadas, que nada significan ante el buen sentido, acrimina al Gobierno mexicano por haber tomado medidas que el mundo civilizado les tendria á mal sancionaran con su presencia. Protesta que no quiere que la justicia debida á todos sea impuesta por las armas francesas, y bajo el amago de ellas trata de infundir valor á los enemigos del Gobierno, calificados arbitrariamente de porcion honrada y pacífica del país, y computados, por una aritmética del uso exclusivo de Mr. de Saligny, en las nueve décimas partes de la poblacion. Proclama, por último, que no retrocederá la bandera francesa, y llama insensatos á los que se atreven á combatirla, como si pudiera haber nunca insensatez en repeler una invasion armada, venciendo ó muriendo en defensa de la independencia nacional.

El manifiesto que tan brevemente hemos analizado, envuelve una declaracion de guerra hecha en la forma mas inusitada. Contradictorio en sus términos, en sus acusaciones vago, falso en sus apreciaciones, insultante en su conclusion, corrobora lo que ya han comprobado otros varios antecedentes: que la saña del ministro Saligny, y la extraña condescendencia del almirante Jurien de la Gravière, convertido en dócil instrumento de un furioso, están haciendo representar á la Francia un papel ridículo, odioso é incomprensible.

Los desbarros han seguido multiplicándose á cada paso. A la nota de ruptura de la convencion de Lóndres y de los preliminares de la Soledad, siguió el manifiesto á la nacion mexicana: despues han venido la ratificacion de la primera, y la protesta contra el tratado celebrado con los Estados- Unidos. De ambas piezas nos ocuparemos por su órden.

Asientan en la primera los comisarios franceses, que el Gobierno mexicano es quien ha despedazado los preliminares de la Soledad, persistiendo desde el dia siguiente al en que se firmó aquella convencion, y con doble violencia, en entregarse cada dia á los mismos actos culpables contra las propiedades y las personas de los súbditos de S. M. I., y contra los principios mas sagrados del derecho de gentes, que habian acabado por obligar á las potencias aliadas á exigir su reparacion por la fuerza.

Está visto que es un sistema fijo en los representantes del emperador, formular los cargos mas graves y permitirse las mas duras calificaciones contra el Gobierno de México, sin aducir nunca en comprobacion de sus asertos las constancias necesarias para darles valor. Lo hemos dicho ya otra vez, y necesitamos repetirlo: cuando se trata de cuestiones que pueden dar por resultado la guerra entre dos pueblos, los motivos que se aleguen para el rompimiento deben ser claros,

justos, especificados, innegables. Las acusaciones vagas, los insultos gratuitos, sirven solo para emborronar papel, sin pasar de insulsa palabrería. ¿Decís que el Gobierno mexicano se entrega cada dia con violencia á actos culpables contra las propiedades y las personas de los súbditos de S. M. I? Pues citad esos actos, para que el mundo entero sepa que han ocurrido, so pena de que todo el mundo entero califique la aseveracion de su existencia, como la calificamos nosotros, de falsedad notoria, de indigna superchería, con que quereis justificar vuestra conducta atrabiliaria. ¿Decís que el Gobierno mexicano infringe los principios mas sagrados del derecho de gentes? Pues denunciad á la indignacion universal sus atentados; y si no lo haceis, tendremos nosotros innegable derecho á llamaros calumniadores, calificacion que añadiréis á la de verdaderos infractores de ese derecho de gentes, que asombrado se quedará al veros figurar entre sus defensores.

La pasion que ciega á Mr. de Saligny, y que tantas torpezas le hace cometer, no le ha permitido considerar que la acusacion dirigida contra el Gobierno de México, heria de rechazo á los dignos comisarios de la España y de la Gran Bretaña. De ser ciertas, en efecto, esas violaciones de los principios mas sagrados del derecho internacional, resultaria contra Sir Charles Wyke y contra el general Prim, el cargo terrible de que las toleran, de que no imitan el empeñoos afan con que apelan á las armas sus compañeros de comision, en defensa de la civilizacion ofendida. Por fortuna nuestra, la verdad del caso es que no somos los mexicanos, acusados de bárbaros, los que faltamos á la ley de las naciones, sino los representantes de uno de los pueblos mas cultos de la tierra. Así les consta á los Sres. Prim y Wyke, y por eso observan una conducta que contrasta con la de nuestros acusadores.

La mejor prueba de que estos recurren á insustanciales generalidades por falta de hechos ciertos á que referirse, la tenemos en la notable circunstancia de haber mencionado en su comunicacion el asesinato de varios soldados franceses en el camino de Veracruz y en los alrededores de Córdoba. Pero si en esta parte la aseveracion es mas explícita, la consecuencia no es nada lógica, pues no sabemos cómo pueda deducirse de algunos atentados particulares, cuya historia se ignora, y de que no se dió conocimiento oportuno á las autoridades para la averiguacion de la verdad y el castigo de los culpables, que el Gobierno mexicano no tiene ni voluntad ni poder para cumplir con las obligaciones impuestas á todo gobierno civilizado. Los Sres. Saligny y la Gravière son tan buenos lógicos, como aritméticos y publicistas.

Cualquiera creeria, en vista de los antecedentes reseñados, que era difícil, cuando no imposible, cometer un desacierto mayor: pues bien, los representantes del emperador han tenido la satisfaccion de probar que tal creencia era infundada coronando su obra con la protesta que han hecho contra todo tratado ó convencion que tenga por objeto, por parte de México, vender, ceder, enagenar ó hipotecar en provecho de quien quiera que sea, el todo ó parte de los terrenos, propiedades y rentas que forman la prenda sobre la cual reposan los créditos que la Francia tiene que hacer valer contra México.

¡Siempre contradicciones y absurdos! En caso de que los comisarios franceses hubieran desconocido ya formalmente al Gobierno mexicano, se comprenderia que protestaron contra los actos de una autoridad, que habria dejado para ellos de ser la legítima, aunque tal desconocimiento no podria disminuir en un ápice los títulos de su legitimidad. Pero reconocer explícitamente á ese Gobierno, dirigirse á su Ministro

de Relaciones exteriores, y al mismo tiempo protestar contra el ejercicio de sus funciones naturales é inherentes á la soberanía del país que representa, es el colmo de la necedad.

Los tratados que México celebre, únicamente podrian claudicar, en el evento de que contrariaran estipulaciones anteriores, que esté obligado á respetar. La protesta de los enviados del gobierno imperial no puede surtir efecto alguno, porque ó se refiere á tratados en que se falte á lo que nos sea obligatorio para con la Francia, y en ese caso está de mas, puesto que sin ella se produciria un resultado idéntico, ó se refiere á tratados en que á ninguna obligacion se falte, y entónces la protesta es ridícula é inadmisibile.

Conjeturamos que el objeto de los comisarios no es aludir á convenciones anteriores, sino declarar por sí y ante sí que todos los terrenos, propiedades y rentas de México, forman ya desde ahora una prenda que ha de servirnos para atender á cuantas reclamaciones se proponga hacernos la Francia, aun cuando por su esencia sean monstruosas, y aun cuando por su monto excedan á las famosas cuentas del gran capitán. Repitiendo una frase de moda, dirémos que se dispone de la piel del oso ántes de haberlo matado. Mas como la víctima no esté de acuerdo con los sacrificadores, obrará como mejor le convenga, celebrará tratados con quien tenga á bien, y nunca, nunca, pasará por la degradacion de someterse á un humillante pupilaje, en que no seria la menor mengua tener de tutor á Mr. de Saligny.

Como este pseudo-diplomático barre con todo, se ha llevado de encuentro á los Estados-Unidos del Norte, que es la nacion con quien se ha celebrado el tratado que dió origen á la protesta. Es evidente que nuestros vecinos no se han de prestar á la exigencia de declarar nulos sus convenios con México, y que harán valer los derechos que adquieran, de

suerte que, á ménos de emprender otra guerra con un pueblo, al que se han de guardar infinitas mas consideraciones que á nosotros, por ser poderoso y fuerte, tendrá la Francia que cantar la palinodia, para salir del atolladero en que la precipitan sus poco cuerdos representantes.

Para rematar estos su obra, acaban de quebrantar el compromiso personal que contrajeron, si llegaban á ser infructuosos los preliminares de la Soledad, de retirarse á los puntos que ocupaban ántes de la celebracion de ese convenio. Todavía en la nota del 9 del corriente reconocieron la obligacion en que estaban de cumplir con lo estipulado, á fin de recobrar su libertad de accion, que fué la frase de que se valieron. De poca importancia era su retirada á Paso Ancho, en razon de que, desartillado el Chiquihuite, enviada á otros puntos parte de la fuerza destinada al principio á su defensa, no era ya posible oponerles allí la resistencia que hace dos meses hubieran encontrado. Ningun inconveniente, pues, se les presentaba para dar lleno á una promesa solemne; pero obrando en todo con una ceguedad que parece ya providencial, han desdeñado salvar siquiera las apariencias, y han vuelto á apoderarse de Orizava, ya en alianza abierta con los traidores, y pasando por la ignominia de que parte de sus fuerzas venga, á lo que se dice, capitaneada por algunos de ellos. En el cumplimiento de la estipulacion relativa á Paso Ancho, estaba comprometida no solo la fé pública, no solamente el honor de la Francia, sino la palabra de los comisarios todos, como caballeros: á todo esto ha faltado Mr. de Saligny.

Vemos en este nuevo escándalo, á mas de la ofensa hecha á México, un agravio á los comisarios español é inglés, signatarios en union de los franceses, de los preliminares rotos é infringidos. No dudamos que los Sres. Wyke y Prim, da-

rán á tan grave falta el valor que le corresponde, y la consignarán en los informes que dén á sus gobiernos, informes que servirán de mucho para ilustrar en Europa la opinion pública, lastimosamente extraviada.

Tales son los hechos culminantes de la situacion. Ellos pertenecen ya á la historia; y la historia, que no puede olvidarlos, que consigna en sus páginas la gloria y la infamia de las naciones y de los hombres, grabará en ciertas frentes su estigma imborrable, como si lo imprimiera con un hierro ardiendo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

México, Mayo 29 de 1862.

La cuestión mexicana, embrollada y oscura hasta aquí como los misterios de Eleusis, empieza ya á aclararse, y no tardaremos en tener todos los datos necesarios para formar juicio acertado de la política europea respecto de la República. Nuestra situación ha mejorado notablemente en el mes que va á espirar, y bien podemos lisongearnos con la fundada esperanza de llegar á un desenlace honroso y satisfactorio.

El gobierno inglés ha aprobado los preliminares de la Soledad, así como la leal conducta observada por Sir Charles Wyke, quien ha celebrado con nuestro Ministro de Relaciones un tratado, ratificado ya por el Presidente de la República. Imposible es desconocer la grave importancia de semejante resultado, merced al cual quedan restablecidas nuestras relaciones amistosas con una de las tres potencias aliadas en Lóndres el 31 de Octubre último. La Inglaterra no figurará ya en el número de nuestros enemigos; y como sus intereses mercantiles y el pago de las deudas de México á favor de sus nacionales sufrirían cuantiosos perjuicios con la prolongación de una guerra extranjera en este país, no cabe duda en que necesariamente ha de emplear su influencia, bien poderosa por cierto, en procurar el término de las hostilidades rotas por la Francia, sin motivo alguno que las justifique.

Respecto de España, la situación ha presentado diversas fases. El hidalgo comportamiento del marqués de los Casti-

llejos ha sido pintado con negros coloridos, en los apasionados informes dados al gobierno frances. No lo extrañamos: la nobleza de sentimientos, la lealtad caballerosa, la conducta intachable, han sido y han de ser siempre blanco de la malevolencia, de la deslealtad, de la mala fé. La prensa ministerial francesa, obediente á las inspiraciones del poder, se ha desatado en contra del general Prim, y la odiosidad á su persona se llevó al punto de asegurarse que se habia perdido oficialmente á la corte de Madrid su destitucion. Periódicos españoles revestidos de carácter oficial han desmentido tal noticia; han declarado ademas, que no se accederia á la destitucion si se pidiese; y han aseverado que no existe ningun motivo fundado contra el gefe de la expedicion española para separarlo del mando que se le confió.

Pero miétras en la Península daba en la opinion este resultado el conocimiento de los preliminares de la Soledad, muy distinto era el que producía en la isla de Cuba la noticia del propósito formado por el general Prim de retirar de México las tropas españolas, á consecuencia de la escandalosa ruptura de los expresados preliminares por los comisarios franceses. Apelándose al arbitrio, ridículo en su esencia é incomprensible tratándose de la Habana, de reunir una junta de notables, se acordó en ella desaprobando la conducta observada por el caballeroso caudillo español, mandar un comisionado á España á que trabajara en su contra, invitarlo á que suspendiera el reembarque de sus fuerzas, é inclinarlo á que resignara el mando en Gasset, en caso de que se considerara personalmente imposibilitado para cambiar de política.

Todo esto nos parece tan violento como absurdo. No sabemos en virtud de qué facultades ha obrado esa junta de notables, que se ha dado á sí misma la ardua mision de re-

visar los actos de quien por su alto carácter militar y político depende exclusivamente de su gobierno. Comprendemos que el viaje de D. Cipriano del Mazo lleva por objeto ponerse de acuerdo con los enemigos que ha de tener forzosamente el conde de Reus, porque nunca faltan á los hombres de verdadero mérito, para lograr que sea reprobada su conducta, que venga su destitucion, y que se le sustituya con otro gefe de tendencias opuestas, á fin de complicar en México la cuestion española, vecina ya afortunadamente á un arreglo honroso y satisfactorio. Nos anima la confianza de que el gabinete de Madrid seguirá apreciando, como hasta aquí, los servicios que ha prestado á España el general Prim, al conducirse con tan marcada justificacion, á la vez que con tan preclara hidalguía, en el desempeño de la delicada comision militar y diplomática que se le encomendara. España debe saber ya á esta fecha, que ese general ha hecho lo que no habrian alcanzado sus escuadras ni sus ejércitos: destruir la fuerte prevencion que habia contra los españoles, inclinarnos á pasar por sacrificios que no habriamos aceptado de otra manera, elevar á una altura envidiable el nombre de su patria, preparar el camino para que España y México sean lo que deben ser, dos pueblos de hermanos. Muy agradecido debe estar México al hombre que ha trocado en oliva de paz su acreditada espada de guerrero; pero tanto ó mas agradecida debe estarle España por las felices consecuencias que forzosa y naturalmente ha de tener la política leal y justificada de su representante. Por eso creimos desde luego que esa política mereceria la aprobacion de su gobierno; y aun cuando así no hubiera sido por desgracia, la desaprobacion solo podia ser obligatoria viniendo del mismo gobierno, su único superior, y no de una reunion tumultuaria que se propasó á contrariar sus operaciones y nombrarle sucesor. Así

entendemos que ha comprendido la cuestion el general Prim, quien con justa razon se negó á acceder á pretensiones exageradas é inadmisibles, pretensiones que han acabado de poner en ridículo la aprobacion de los convenios de la Soledad por el gabinete de Madrid.

Al hablar el mes pasado del extraño manejo de los plenipotenciarios franceses, se nos resistia creer que obrasen de acuerdo con las instrucciones del emperador. Hoy esa ilusion ha desaparecido como tantas otras; y si bien insistimos todavía en tener por cierto que Mr. de Saligny interpreta desfavorablemente para México cuanto pudiera ser ambiguo, y ha precipitado con notoria malevolencia los acontecimientos, haciendo un uso reprobable de la amplitud de facultades de que se le ha revestido, no podemos ya dejar de considerar como muy culpable tambien al gobierno imperial, que no obstante sus protestas falaces y sus denegaciones hipócritas, conspira contra la autonomía de nuestra patria, ya combinando con sus planes de política europea la candidatura al trono de México del archiduque Maximiliano, ya enviando al traidor Almonte para que renueve ó avive la guerra civil, al mismo tiempo que se aparenta creer que viene á extinguirla, ya cerrando los ojos á la luz de la verdad, para dar crédito, ó fingir al ménos que se le dá, á los informes manifiestamente falsos, de personajes interesados en el negocio mas escandaloso de cuantos registran los anales de nuestros desbarros hacendarios.

En vano la voz elocuente de Juvinal y Favre ha denunciado en la tribuna francesa la irregularidad de la política seguida en México por Napoleón III. Esos ilustres oradores han defendido el principio de no intervencion; pero el ministro Billault ha salido del paso con protestar de nuevo que se acataria la convencion de Lóndres, aunque dejándose

abierta la puerta para todo, con la pérfida restriccion de que la Francia prestaria su apoyo al pueblo mexicano, si éste queria cambiar su forma de gobierno. Y la llamamos pérfida, porque con ella, aparentando que se respeta la verdadera voluntad del pueblo, lo que se hace es contrariarla y destruirla, sustituyéndola con lo que plazca poner en su lugar al emperador de los franceses, puesto que todo, absolutamente todo cabe desde el momento en que un gobierno extranjero ha de ser el intérprete del sentimiento nacional. Ya vemos, en prueba de ello, con qué donaire se ha constituido Mr. de Saligny en calificador de cuál es la mayoría oprimida, y cuál la minoría opresora.

Pasemos ahora de las palabras á los hechos: confrontemos las frases del ministro sin cartera, con las operaciones del general expedicionario, y á nadie quedará duda de que los que proclaman en la teoría la máxima de no intervenir, en la práctica nos intervienen á mano armada.

El almirante Jurien de la Gravière desaparece de pronto de la escena, sin dejarnos ningun recuerdo grato de su conducta. Su asociacion con Saligny para romper la convencion de Lóndres y los preliminares de la Soledad, para hacer al Gobierno mexicano calumniosas imputaciones, para dirigirse á la nacion sin título legal, para proteger á Almonte y precipitarnos á la guerra, léjos de hablar en su favor, lo presentan como un manequí de su compañero de comision.

Sustitúyelo en el mando de las armas el general Lorencez, que desde sus primeros pasos deja muy atras á su antecesor. Para justificar la falta de cumplimiento de la palabra de honor empeñada de retirarse á Paso Ancho, apela á dos calumnias atroces: la de que el Presidente Juárez excita en sus proclamas al asesinato de los franceses, y la de que el general Zaragoza se proponia tam-

bien asesinar á los enfermos de esa nacion que se habian quedado en Orizava. Hay calumnias que dan lugar á la duda, á la vacilacion: hay otras tan patentes, que á nadie engañan, para mayor infamia de sus autores. De esta última clase son las dos á que nos referimos.

Ninguna proclama ha expedido el Presidente Juarez; pero en su Manifiesto á la nacion, en sus leyes, en las circulares de sus Ministros, en los actos todos de su gobierno, en vez de provocar al asesinato de los franceses, ha recomendado que se les respete, los ha puesto bajo la proteccion de las autoridades, ha mandado que se castigue á los que cometan con ellos cualquier delito. Se trata por fortuna de documentos históricos, que han tenido ya y han de seguir teniendo forzosamente por su notoria importancia, una extraordinaria publicidad; y como en ellos están consignados de la manera mas explícita los benévolos sentimientos del Sr. Juarez, en vez de la provocacion al asesinato que se le atribuye con tanta torpeza como maldad, todo el mundo civilizado va á poder ser juez en la cuestion, y á comprender cuán mala es la causa que no cuenta mas que con tan ruin apoyo en su defensa.

En cuanto al general Zaragoza, si bien bastaba para repeler la gratuita injuria que le inferia Lorencez, la falta absoluta de datos con que sostenerla, las comunicaciones oficiales cambiadas entre ambos generales y con el médico encargado del hospital frances, y la conducta observada por nuestras tropas durante las horas que pasaron en Orizava, en esta parte ha querido la Providencia proporcionar á México un medio de justificacion todavía mas brillante, para reducir á polvo una acusacion de barbarie, tan tremenda como inmerecida. Un triunfo obtenido por nuestras armas ha puesto á soldados franceses, heridos ó prisioneros, en poder de

ese asesino de enfermos, de esos bárbaros sicarios, que deshonran á la humanidad; y esos sicarios, y ese asesino han tratado á los prisioneros con tanta caballerosidad, y cuidado de los heridos con tal esmero, que los franceses residentes en Puebla han suscrito una voluntaria exposicion, dando las gracias por el comportamiento que se ha observado con sus compatriotas.

Es tan sistemático, sin embargo, el plan de maledicencia que se ha adoptado, que todavía en las cartas dirigidas por Taboada á los generales O'Horan y Negrete, invitándolos á pronunciarse por Almonte, se estampa la extraña especie de que ha causado indignacion en el ejército frances la conducta tenida en Puebla con los heridos. Sepa Dios qué consejos habrán circulado en el campo enemigo, pintando las cosas enteramente al revés de como han pasado. La evidencia de los hechos se sobrepondrá empero á ese sistema de embustes mal forjados, y el nombre de nuestra patria, limpio de toda mancha, aparecerá con el brillo que en justicia le corresponde.

En virtud de los frívolos pretextos que hemos refutado, volvieron los franceses á la ciudad de Orizava. Aun suponiendo exactos los injustificables fundamentos con que pretendieron explicar su regreso, no debieron haber pasado de allí. Habian recobrado ya su libertad de accion, que fué el fin que se propusieron al romper el convenio de la Soledad, y sus enfermos no corrian ya peligro alguno, por muy feroz que fuera el gefe del ejército mexicano. Nuevas razones, nuevos motivos, explicaciones nuevas se necesitaban para paliar siquiera el avance de las fuerzas francesas. Desde Orizava habria sido de grande influencia el apoyo moral de la Francia en pro de la mayoría oprimida, de esos nueve décimos de la poblacion que ha descubierto la vista perspicaz de Mr.

de Saligny. Pues bien: llevándose la recuperacion de la libertad de accion hasta el extremo de emprender una invasion armada, se ha salido de Orizava con la intencion bien declarada de llegar á la capital de la República, sin que al romper así de hecho las hostilidades, se nos haya dicho á lo ménos por qué va á derramarse en los campos de batalla la sangre de mexicanos y franceses.

Algo comprenderiamos de la invasion, ya que no en su justicia, en el modo de efectuarla, si Napoleon III hubiera declarado á Maximiliano rey de México, como Napoleon I declaró á su hermano José rey de España, ó si el mismo Napoleon III, ó bien sus representantes, hubiesen reconocido ya á Almonte con el carácter de gefe supremo de la nacion. Que una cosa por ese estilo sea el objeto de la ocupacion militar del país, es punto en que no cabe ya duda; pero aumenta la gravedad de la perfidia con que se nos trata, que ni siquiera nos diga el invasor á qué viene, ni nos hable sino por la boca de sus cañones rayados. En caso de que la victoria hubiera coronado los esfuerzos del enemigo, en Puebla y en México hubiera habido pronunciamientos por el estilo de los grotescos de Córdoba, Orizava y Veracruz, donde un puñado de traidores, desconocidos é insignificantes, ha querido pescar algunos empleillos bajo el amparo de las bayonetas del extranjero; y el extranjero, en guerra abierta ya con el Gobierno mexicano y con la inmensa mayoría del país, habria calificado esos motines ridículos de legítima manifestacion de la voluntad nacional.

Así, pues, nos hemos encontrado en estado de guerra con la Francia, sin previa declaracion de su existencia, sin conocimiento oficial ni extraoficial de las causas que la motivan. El Gobierno mexicano no ha podido hacer sino lo que desde el principio anunció que haria, esto es, repeler la fuerza con

la fuerza, ya que en nombre de la civilizacion se procede contra nosotros á lo bárbaro.

Las cumbres de Aculzingo han sido el primer sitio en que nuestras armas se han medido con las invasoras. No entró en los planes del general Zaragoza oponer allí una resistencia en toda forma, para la que creemos que no contaba con los elementos necesarios. El ejército de Oriente no conservaba ya la fuerza que habia tenido ántes de los preliminares de la Soledad. Parte de los soldados que lo componian habian contramarchado á México y otros puntos, por exigirlo así las eventualidades de la situacion. De la florida division de Oaxaca, una brigada entera quedó sepultada bajo los escombros de la colecturía de San Andrés Chalchicomula, muriendo así de tan triste manera, valientes que no debieron sucumbir sino en el campo de batalla. Y de las pocas tropas que quedaron disponibles, todavía se vió el general en gefe en la necesidad de desprenderse de algunas, para que contuvieran á los reaccionarios concentrados en Atlixco, los cuales con solo su presencia en aquel lugar, prestaron un notorio servicio á los franceses.

Pero si no era fácil por estos motivos librar una batalla decisiva, tampoco habria sido honroso ni cuerdo ceder el terreno sin combatir, cuando se podía causar daño á los invasores, y demostrarles que solo á sangre y fuego lograrán realizar en la República sus inicuos planes. Situóse, pues, una fuerza de dos mil homdres para disputarles el paso, lo cual se hizo con gallardía y vigor, causándoles una pérdida que los cálculos mas bajos hacen subir á quinientos hombres. De seguro que á haberse podido aglomerar allí mayor número de tropas, ó si á lo ménos no hubiese salido herido el general Arteaga en el momento mas crítico del combate, el enemigo habria sido completamente rechazado, ó tenido una

baja mas considerable aún. Como quiera que sea, el sostenimiento de la lucha honra al ejército mexicano, é inauguró de una manera digna la campaña.

La retirada se siguió hasta Puebla, donde para hacer una defensa mas vigorosa, se activó la conclusion de las ligeras fortificaciones levantadas á la carrera. El invasor no tardó en presentarse á la vista de la ciudad, empeñándose luego una nueva accion entre ambas fuerzas beligerantes.

En esta vez hubo ya una formal y reñida batalla, cuyo éxito fué favorable á la buena causa. Los franceses emprendieron el asalto del cerro de Guadalupe, con el denuedo que les ha dado en el mundo entero tan merecida nombradía. Zuavos, cazadores de Vincennes, el regimiento de marina, el 99 de línea, los cazadores de Africa, y en suma, todas las fuerzas invasoras, en número de mas de cuatro mil hombres, atacaron en columna las posiciones defendidas por el ejército mexicano. Tres veces fueron rechazados, á pesar de su arrojo, que los llevaba á sucumbir hasta la orilla de los fosos y las troneras de los cañones. Un valor admirable, con el que no contaban ciertamente en soldados que pensaban ahuyentar con solo su presencia, domó en los campos de Puebla el orgullo de los ilustres vencedores de soldados tan acreditados, como lo son los austriacos y los rusos. Y el triunfo, para mayor gloria de México, se obtuvo con elementos de bien escasa importancia. El cerro de Guadalupe es una posicion que poco se presta á una defensa obstinada: la fuerza numérica del ejército de Oriente era igual con muy corta diferencia, á la de los invasores: la ausencia de casi toda la caballería, mandada contra los reaccionarios que se encaminaban á auxiliar á los franceses, impidió que el mal éxito del asalto se convirtiera en una completa derrota, que hubiera puesto término á la expedicion: en las peripecias de la

batalla hubo combates á campo raso, en que tambien quedó la victoria por nuestra parte. Así, la flor del ejército frances, reputado por el primero del mundo, ha cedido las palmas del vencimiento á los oscuros soldados mexicanos. ¡Gloria eterna, gloria á los que á costa de su sangre han vindicado en un solo dia el nombre ultrajado de su patria!

Las consecuencias de la batalla del 5 de Mayo no pueden ménos de ser de una trascendencia incalculable. Posible y aun probable es, que se desfiguren los acontecimientos; pero no hay paliativo, no hay tergiversacion que baste á ocultar el hecho altamente significativo, de la retirada del ejército que venia á apoderarse de Puebla y de México. En caso de que el gobierno imperial insista en la locura de querer dominarnos por la fuerza, sabrá ya, que no para imponernos un gobierno de su eleccion, sino simplemente para evitar frecuentes derrotas, necesita enviar un ejército en forma, que no será dueño mas que del terreno que pise, y que será siempre impotente ante la energía de la nacion mexicana.

El no haberse renovado el ataque contra Puebla, prueba que el general Lorencez tuvo la conviccion de que una nueva tentativa serviria únicamente para ponerlo en la imposibilidad de retirarse, dejándolo en la triste alternativa de sucumbir ó capitular. En tan afflictiva situacion, se recurrió al arbitrio poco honroso de buscar por medio de la traicion y de la infamia, lo que no se habia conseguido con la estrategia y el valor. Al plomo y al hierro se sustituyó el oro: las armas cedieron el puesto á las monedas. El traidor Taboada, órgano del *gefe supremo* Almonte y del general frances, se dirigió á los generales mexicanos Negrete y O'Horan, invitándolos á una defeccion que consideraba fácil, juzgando por sus propios sentimientos de los agenos. La noble y patriótica respuesta de los dos gefes invitados, desconcertó el nuevo

plan formado por los que contaban con su deslealtad: el oro francés fué tan impotente como lo habían sido las armas de la misma procedencia.

La inutilidad del valor y de la seducción, no dejaron al conde Lorencez más arbitrio que el muy penoso de una retirada á esa misma ciudad de Orizava, que lo había visto salir pocos días ántes con ínfulas de vencedor. El ejército francés, aunque derrotado y disminuido, conservaba todavía una fuerza respetable por su buena organización, por su disciplina, por su intrepidez. Perseguido de cerca, no se detuvo á presentar una nueva batalla; pero logró volver á su punto de partida.

Los reaccionarios, acaudillados por Márquez y Cobos, arrojaron por fin la careta, y han consumado la traición que premeditaban, uniéndose al invasor extranjero, al que mucho habían servido ya en Aculzingo, en Puebla y en su retirada, por la necesidad en que pusieron á las tropas leales de vigilarlos y combatirlos. Ellas quisieron impedir la reunión de los enemigos de dentro con los de fuera, y en una acción memorable han luchado, con fuerzas que no llegaban á dos mil hombres, contra cuatro mil franceses y dos mil traidores. Durante muchas horas de un reñido combate, han dado una prueba inequívoca de que no las arredra ninguna clase de superioridad. Las sombras de la noche han venido á separar á los combatientes, sin que la lucha llegara á un resultado decisivo. Por ambas partes hubo pérdidas considerables; el honor y la gloria de México han alcanzado un nuevo timbre.

¡Aculzingo, Guadalupe, Barranca Seca! Estos tres nombres son ya históricos, y quedarán grabados en nuestros corazones y en los corazones de nuestros hijos. Ellos son la

vindicación de lo pasado, la gloria de lo presente, la esperanza de lo futuro.

Solamente no son gratos para esos mexicanos expurios, que se cubren por desgracia de esa infamia imperecedera de D. Opas y del conde D. Julian. Dignamente representados por Cobos y por Márquez, están ya al nivel de los contraguerrilleros de la época de la invasión norteamericana. Ninguna disculpa puede ampararlos; no hay razón que alcance á justificar el parricidio.

¿Y qué dirémos de los que arrastran por el fango la bandera francesa, admitiendo por auxiliares chusmas de plagarios y asesinos, que ningunos principios respetan, y que aun suponiéndolos representantes del bando conservador, mal pueden avenirse con los herederos de la gloriosa revolución de 1789? ¡Oh! si el pueblo francés supiera el horrible abuso que se está haciendo de su nombre, pediría indignado un severo castigo para los que así comprometen su fama, y si encontrara sordo á su voz al gobierno imperial, que está desgarrando uno por uno los títulos de su existencia, haría añicos un trono convertido en emblema del despotismo y de la tiranía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

México, Junio 29 de 1862.

Dábamnos por seguro que, á la llegada del paquete frances salido de San Nazario el 14 de Mayo, sabriamos de una manera positiva el efecto causado en Europa por la noticia de la ruptura de los preliminares de la Soledad. Efectuado este grave acontecimiento desde el 9 de Abril, y comunicado al viejo continente dos dias despues, era de presumir que no tardase mas de un mes en ser conocido allá; pero segun se nos ha informado, la correspondencia remitida de Veracruz el 11 del mismo Abril, quedó rezagada en San Thomas, hasta que la recogió el paquete inglés que pasó por allí á principios del siguiente mes.

Sea este ú otro el motivo de la demora, lo cierto del caso es que la hubo notable en la trasmision de la noticia mencionada, é ignoramos aún cómo ha recibido la opinion pública en Inglaterra, Francia y España, la injustificable violacion de un convenio solemne por parte de los comisarios de Napoleon III, y qué política seguirá en tal virtud cada uno de los gobiernos de las tres naciones, cuya alianza ha quedado rota.

Reducidos en punto tan grave á simples congeturas, bien que fundadas en los datos que ministran las cartas y periódicos europeos correspondientes al mes de Abril, manifestaremos lo que nos parece mas probable.

Respecto de Inglaterra, hay casi evidencia de que no reanudará los rotos lazos de la difunta convencion de Lóndres. Como al celebrarla, mas bien se guió Lord John Russell

de la mira de no dejar el campo libre á las otras dos potencias, que del fin de adoptar una política contraria á la que generalmente le sirve de regla, no es creible que cambie de opinion, cuando no haria ya mas que someter á la orgullosa Albion al ciego capricho del emperador de los franceses. Si en circunstancias ménos favorables para México, se habia propuesto no enviar á nuestra República sino una pequeña fuerza, suficiente apenas para dar á entender que tomaba parte en la empresa acometida, y si aun esa fuerza no penetró al interior del país y se retiró de Veracruz luego que comenzó la mala estacion, no seria ciertamente explicable que hoy se variara de plan, cuando está ya firmado y ratificado por el Gobierno de México un tratado en el que debemos suponer que han quedado satisfechas las justas exigencias del gabinete de San James.

Por lo que á la España toca, son tan grandes las ventajas que le ha proporcionado la conducta diestra y caballerosa del Conde de Reus, que solo perdiendo el juicio podria su gobierno desaprovechar la oportunidad que se le presenta, de salir con honra y provecho de una empresa en que se habia metido sin calcular sus consecuencias. El tratado que debe restablecer nuestras relaciones amistosas con nuestra antigua metrópoli, haciéndole justicia en todo lo que la tenga, estaria ya probablemente tan adelantado como el de Inglaterra á no haber considerado el general Prim que, en vez de procurar ese resultado inmediato, era preferible ir personalmente á Madrid, á manifestar de viva voz las razones poderosas é incontestables por que se ha regido en todas sus operaciones. Indudable es que necesitará luchar con una fuerte oposicion, á la que darán aliento las tendencias reaccionarias del gabinete presidido por D. Leopoldo O'Donnell; pero el tirunfo quedará, así lo esperamos, por la causa de la verdad, de

justicia y de la conveniencia. Algo nos habia alarmado el empeño con que, á últimas fechas, habia abrazado la defensa de la candidatura del archiduque Maximiliano la *Epoca*, periódico ministerial; pero esa alarma se ha disipado con las repetidas seguridades que ha dado la *Correspondencia*, de que los artículos de la *Epoca* no representan las opiniones y sentimientos del gabinete español. Es así, pues, notorio que ste no tomará á lo serio la monarquía del príncipe austriaco, especialmente cuando pueda calificar lo que encierra de absurda é irrealizable, á la luz de hechos patentes que disipan toda duda sobre el particular.

No podemos por desgracia abrigar, tratándose de Francia, que es el reverso de la medalla, las halagüeñas esperanzas que concebimos en lo concerniente á España é Inglaterra. Verdad es que la guerra con México es impopular en el imperio: verdad que la prensa independiente demuestra la injusticia de Napoleon, á pesar de la mordaza con que éste sella los labios de aquella: verdad que mucho debe influir el convencimiento, caramente adquirido, de las terribles dificultades de un proyecto que se creia de fácil realizacion: verdad que tambien ha de ejercer grande influencia, el aislamiento en que va á quedar la Francia, abandonada por los otros dos gobiernos signatarios del convenio de Lóndres, y cuyos intereses están ya en abierta oposicion con la prolongacion de las hostilidades: verdad por último, que el anuncio del predominio del Norte en la cuestion de los Estados-Unidos, ha de despertar el temor de que se defienda á mano armada la doctrina de Monroe; mas en contra de todos estos elementos de retraimiento y de paz, seguirán obrando, acaso eficazmente, las noticias falsas, los informes apasionados, las influencias de mala ley, los intereses bastardos, las inspiraciones del amor propio ofendido, y los instintos brutales del despotismo. Mu-

cho tememos que en la contienda sucumban la justicia y la razon.

El tiempo, que acabará por aclarar lo que hoy está todavía limitado al terreno de las conjeturas, ha descubierto ya el origen del proyecto relativo al establecimiento de una monarquía en México. Sobre este punto, así como sobre otros pormenores que tienen con él íntima conexión, han visto la luz pública curiosas revelaciones, hechas por dos de los agentes que mas han trabajado en uncir á su patria al yugo extranjero, y que han juzgado llegada la oportunidad de dar á conocer sus tenebrosas maquinaciones.

Cuenta D. José Hidalgo, que el plan de traernos un príncipe extranjero, data de la época de la ominosa dictadura de D. Antonio López de Santa-Anna, y que ha sido renovada en dos administraciones posteriores, las de Zuloaga y Miramon. Bueno es que la historia recoja estos datos, para que sepa á qué atenerse, al calificar la conducta de determinados personajes. Hidalgo no tiene empacho en confesar que se le puso secretamente á las órdenes del famoso Gutierrez Estrada, desde que se inició el pensamiento. Es notable esta confesion, porque su autor se acusa á sí mismo inadvertidamente, del papel doble que ha estado representando durante todo el período de la administracion liberal, pues mientras seguía en sus trabajos secretos contra el orden de cosas establecido en su país, continuaba de secretario de la legacion mexicana en Madrid, recibiendo sueldo y distinciones del gobierno mismo que vendia. Tal manejo, y el origen á que se atribuye su influencia con el emperador, no lo recomiendan á los ojos de los que, prescindiendo de todo partido, buscan ante todo lealtad y delicadeza de sentimientos.

Gutierrez Estrada á su vez declara, indicando ser público que tiene motivo para saberlo, que el propósito de importar

á la República una monarquía europea, es general en el partido conservador. Aseveracion tan formal exigía de los prohombres de ese partido una negativa redonda, para no hacerse partícipes de una infamante solidaridad; y la llamamos así, porque si bien respetamos todas las opiniones, y no reputamos como delito creer de buena fé que el sistema monárquico seria nuestra salvacion, si nos parece detestable querer imponer á un pueblo un gobierno que desecha, y valerse para lograrlo de las bayonetas extranjeras. Sin embargo, ni voluntariamente ha desmentido ningun conservador la asercion á que hemos aludido, ni han servido de nada las interpelaciones de la prensa para que se rompa ese silencio acusador.

Tanto Gutierrez Estrada como Hidalgo, que se ha constituido en eco de aquel, gastan sendas páginas en la defensa de la candidatura de Maximiliano, cuya elevacion al trono de México seria, á lo que dicen, la panacea de todos nuestros males. Tocaremos, aunque muy por encima, esta cuestion.

Hemos estudiado la historia de las monarquías, y nada hemos encontrado en ella que nos decida á su favor, ni aun tratándose de las hereditarias, que se reputan muy superiores á las electivas. Juego de dados en el nacimiento de un rey bueno ó malo, minoridades, regencias, favoritas, privados, dilapidaciones, luchas de clases, despotismo y arbitrariedad: he aquí en compendio las grandes ventajas de que han gozado los países gobernados por el régimen monárquico. Las excepciones, bien poco numerosas por cierto, de esas espantosas plagas sociales, sirven solamente para confirmar la regla. Siempre hemos sido republicanos por carácter: por convicción lo hemos sido desde que nuestros estudios nos han hecho ver las cosas tales como son en sí.

Suponiendo empero que estemos equivocados en nuestras apreciaciones, y que sirva de compensacion á los males que

hemos indicado, el *quietum servitium* de Tácito, faltaria aún examinar si existen hoy en la sociedad mexicana los elementos constitutivos é indispensables de toda monarquía. No creemos que los hubiera ni en 1821, como lo prueba el triste ensayo de la de Iturbide, efímera y hasta ridícula; pero si algunos había al consumarse la independencia, han desaparecido en cuarenta años de vida republicana, vida agitada, vida en pleno siglo diez y nueve, que vale por centurias en otra época. Nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestra enseñanza, hasta nuestros instintos, todo, todo es enteramente republicano: un trono sería en México una planta exótica, de esas que solo se conservan artificialmente en un invernadero; de esas que mueren al simple contacto del aire y de la luz.

Y aun dando de barato que la monarquía fuera lo que mas nos conviniese, todavía sería empeño temerario hacernos felices á fuerza. Salvador ó no, desechamos el don de los extranjeros y de los traidores. Nadie mandá en nuestro libre albedrío: Dios mismo nos lo ha dado íntegro, completo, para que obremos en todo conforme á nuestra propia voluntad, para que nos labremos por nosotros mismos nuestra dicha ó nuestro infortunio. Atenta al mas sagrado de los derechos de los pueblos, el que violenta á cualquiera de ellos, obligándolo á regirse por una forma de gobierno que no es de su eleccion. Tal es el caso en que se encuentra la nacion mexicana, que protesta de mil maneras contra la intervencion extranjera, así como contra todo sistema gubernativo que no sea el que ha adoptado en uso de su libérrima facultad de elegir. Con excepcion solamente de unos cuantos menguados, que se han declarado por Almonte en los pocos lugares donde ahoga el verdadero sentimiento nacional la presencia de las tropas francesas, de todas las demas partes,

es decir, de la República entera, llueven diariamente protestas espontáneas, terminantes y enérgicas, contra el gobierno *octroyé* por la magnanimidad del emperador del 2 de Diciembre. Y si tales actos se atribuyen á la minoría opresora, nosotros preguntaremos dónde se encuentra la mayoría oprimida, ese sér invisible que así se oculta como si fuera un grano de mostaza.

Pueden, pues, prescindir de sus ineficaces disertaciones, ese Hidalgo, que no hace mas que repetir la leccion que le han enseñado, y ese Gutierrez Estrada, maniático casado con sus opiniones, que no mereceria otra cosa que una jaula de loco, si sus prolongadas tramas en Europa no hubieran contribuido eficazmente á desbordar sobre su desgraciada patria el torrente de calamidades que está sufriendo ya, y que amenazan su porvenir.

Ahora, para que el mundo juzgue de lo que debemos esperar del cambio que se nos anuncia como principio de una era de ventura, basta el simple relato de los actos con que se ha inaugurado el llamado gobierno del precursor del archiduque austriaco.

Reservando sin duda el nombramiento de ministros para el dia, que esperamos nunca llegará, en que puedan darse á luz sin peligro las notabilidades conservadoras, Almonte ha formado su gabinete de tres subsecretarios, de antecedentes nulos ó despreciables. Reducido á gobernar en un recinto estrechísimo, aparenta entenderse con la República entera, y añade así á la impotencia el ridículo. Exhausto de recursos, emite papel moneda, que nadie quiere admitir ni en sus pequeños dominios, que provoca protestas del comercio extranjero, y que lo pone en pugna con sus mismos aliados. Este arbitrio, que revela la capacidad financiera de su autor, vino despues de un préstamo de 50,000 pesos, que dió lugar

al destierro de varios españoles, y fué seguido de una contribucion de 2 p^s sobre la propiedad rústica y urbana, sin que á pesar de tantos esfuerzos se haga de recursos el gobierno del titulado jefe supremo de la nacion. Los desmanes de sus soldados son de tal naturaleza, que por conducto del ministerio de la guerra tiene que recomendarles que no sigan robando. La popularidad de que goza es tan grande, que necesita amenazar con penas severas á los que no admitan los destinos y comisiones que les confiere. Su ciencia administrativa es tan profunda, que hasta el nombre del coronel de un cuerpo figura como artículo de un decreto. En una palabra, para los hombres de buen sentido de todo país, los actos del gobierno de Almonte, sin comentario alguno, constituirán por sí solos la mas completa revelacion de la impopularidad y de la ineptitud del protegido de Napoleon.

El escandaloso atentado de este soberano contra la independencia mexicana, aislado ya por fortuna, se anunció al principio como una tentativa europea, encaminada á monarquizar poco á poco todas las repúblicas hispanoamericanas. La existencia de tal proyecto es incuestionable. Descubierto por el embajador Pacheco en un rapto de despecho, ha sido confirmado despues por las aseveraciones de los intervencionistas, y por las indiscretas revelaciones de la prensa. Lo que no sabemos aún de positivo, es si semejante plan contará con el apoyo, y hasta qué grado, de los gobiernos sin cuyo auxilio no puede ni intentarse siquiera. Por nuestra parte nos inclinamos á creer, que poco adelantados están todavía los propagadores de pensamiento tan descabellado, y aun dado caso que hubiera llegado á formalizarse, mucho ha de influir en un cambio de opinion la experiencia de lo ocurrido en México.

Como quiera que sea, la sola posibilidad del peligro ha

producido una conmocion eléctrica en toda la América un dia española. Testimonios de toda clase han venido á comprobar la firme decision en que se encuentra de conservar á todo trance su autonomía, no ménos que la forma de gobierno republicano. La prensa, cumpliendo con su deber de centinela avanzado de los intereses nacionales, ha dado la voz de alarma, ha discutido con maestría las cuestiones de actualidad enlazadas con el principio de no intervencion, ha proclamado la union pronta y eficaz de todas las repúblicas amagadas. Nuevos órganos de publicidad han unido sus esfuerzos á los de los antiguos periódicos, estableciéndose algunos con el exclusivo objeto de defender la causa de México. Se han formado asociaciones, nacidas del propósito de regularizar las tendencias de oposicion á los planes opresores de los monarquistas. Se han publicado excitativas de alistamiento para la formacion de legiones de voluntarios, que vengan á derramar su sangre en México, como si se tratara de su propia patria. Se ha trabajado, en fin, con empeño por la realizacion del pensamiento de Bolívar, á fin de estrechar los vínculos de union entre las naciones hermanas de este continente, que harán así ménos probables las tentativas de ataque contra su independencia, ó correrán juntas los peligros á que se vea expuesta cualquiera de ellas.

El gobierno del Perú, que tiene la gloria de haber sido el primero que conoció la inminencia del peligro, protestó enérgicamente contra la reincorporacion de Santo Domingo á la corona de España, y acreditó cerca de nuestro gobierno como encargado de negocios al Sr. D. Manuel Nicolás Corpancho, que ha sabido captarse las simpatías de la sociedad mexicana en el corto tiempo que lleva de residir en esta capital, y que ha firmado ya con nuestro Ministro de Relaciones un tratado de amistad y comercio, primer eslabon de la ca-

dena que unirá á México con las repúblicas de la América meridional. Esperamos que estos lazos no se romperán por motivo alguno, sirviendo para la mutua prosperidad de pueblos que tienen la misma historia, y á los que deben estar reservados idénticos destinos.

No sin razon tampoco contamos para las emergencias del porvenir, con el poderoso auxilio de la gran república vecina, que aunque de diverso origen, y aunque enemiga de México en una época de penosa recordacion, está hoy directamente interesada en que no nos imponga la ley la Europa, y mas aún en que no se establezcan en el continente americano sistemas de gobierno que pugnen con sus propias instituciones. La perfidia con que se ha obrado en la invasion de nuestro suelo, buscó la oportunidad de la lucha intestina de los Estados-Unidos, para realizar un proyecto que bien se hubiera guardado de llevar á ejecucion, á no mediar tal circunstancia. Ese cálculo ha sido frustrado; la guerra civil del Norte toca ya, al parecer, á su término, llegado el cual, quedarán disponibles centenares de miles de hombres, ya disciplinados y organizados, parte de los cuales podrá destinarse, y se destinará probablemente en caso necesario, á contener los avances de los que creyeron al coloso de Washington imposibilitado por mucho tiempo para obrar fuera de su territorio.

El gobierno de Lincoln ha protestado ya que no reconocerá como válido ningun cambio que se efectúe en México bajo la presion de las bayonetas extranjeras, considerando justamente que no puede haber libertad en caso semejante, ni estimarse sus resultados como la expresion del sentimiento nacional. Corre tambien muy autorizado el rumor de que el senado ha facultado á ese mismo gobierno, para que proporcione los auxilios necesarios al constitucional mexicano,

único que se reconocerá. No sabemos todavía si será cierta tal noticia; pero séalo ó no, lo que no admite disputa es que, solo faltando á su política tradicional, pudieran los Estados-Unidos ver impasibles el establecimiento en México de una monarquía, fruto y consecuencia de la intervencion europea.

Por lo demas, aislados ó protegidos, vencidos ó victoriosos, la parte sana de México, que forma la inmensa mayoría de la nacion, opondrá una resistencia obstinada á la realizacion de esos planes. Así lo corroboran los hechos trascurridos en el mes que va á espirar, hechos que están en perfecta consonancia con los que les han antecedido.

Los Estados todos de la República no se limitan á protestar contra la invasion, sino que envían para combatirla los contingentes que se les han pedido. El Gobierno Supremo, digno y enérgico, sostiene un ejército numeroso, sin desatenderlo un solo momento, á pesar de las dificultades diarias en que tropieza para hacer los cuantiosos desembolsos que demanda la situacion. En el teatro de la guerra, los invasores y sus aliados encuentran por todas partes enemigos, que no les dejan un momento de descanso. Poblaciones pequeñas, como la de Tlacotalpam, se desentienden de su falta de elementos, y escarmentan severamente á los que intentaban hacerlas cómplices de su traicion. El tránsito de Veracruz á Orizava no puede recorrerse sino con fuerzas considerables, y los carruajes son detenidos, las correspondencias interceptadas, los carros y mulas perdidos, los soldados diezmados. Los brutales excesos de franceses y reaccionarios acaban de exasperar á los que movia ya el amor patrio, aumentándose por tal motivo cada dia el número de los que toman las armas para combatirlos.

Tales sucesos son demasiado significativos para que pueda desconocer nadie cuál es la verdadera opinion del país. Poco

á poco van advirtiendo hasta los mas alucinados, que han sido víctimas de engaños propagados por la superchería, el interés y la malevolencia. Así ha sucedido ya con el general Lorencez, cuya conducta anterior tanto se ha prestado á las mas duras calificaciones, pero al que debemos hacer la justicia de confesar que vuelve sobre sus pasos, luego que se ha desengañado de la falsedad de las sugerencias que le impulsaban á obrar. El cambio efectuado en sus convicciones se manifiesta patentemente en una proclama, tenida al principio por apócrifa, y de cuya autenticidad pocos dudan ya. En ese notable documento se desfiguran, como era natural, los sucesos relativos al ataque de Puebla; mas al mismo tiempo se revela que se esperaba entrar á esa ciudad sin resistencia, que se creía decidida por la intervencion la opinion de los mexicanos, que se contaba con que los franceses serian recibidos en todas partes bajo arcos de triunfo y sobre alfombras de flores. Duélese el general frances de haber dado crédito á semejantes embustes; quéjase de haber tratado como contrarios á los sinceros amigos de su nacion.

Ya esta proclama descubria bien á las claras el desacuerdo reinante entre Lorencez y Saligny, entre el engañado y el engañador. Los hechos posteriores han venido á confirmar la realidad de esa desavenencia, de notoria importancia, de mayor magnitud de lo que al principio se creyó. El general se ha creído en el deber de dar parte á su gobierno de la realidad de las cosas, desfiguradas completamente á los ojos del emperador, por el mal intencionado diplomático á quien en hora menguada encargó de su representacion en México. Temió, sin embargo, Lorencez que sus comunicaciones no llegasen á manos del ministro de la guerra, si Saligny encontraba modo de atraparlas en el camino, y á fin de que llegaran á su destino con toda seguridad, cuidó de remitir-

las con exquisitas precauciones. Saligny por su parte, se puso de acuerdo con Almonte para contrariar el efecto de esas revelaciones comprometedoras ya que era imposible evitarlas, y el resultado fué el envío á Paris del famoso padre Miranda, que es el eclesiástico de quien, sin temor de equivocarnos, podemos asegurar que mas ha errado la vocacion.

Los incidentes relacionados tienen una elocuentísima significacion, porque patentizan: que es completo el choque entre el gefe del ejército frances y el comisario de la misma nacion; que se han propuesto ya ambos seguir diversa política, tratando cada cual de que prevalezca la suya ante el trono imperial; que el primero tiene que mandar resguardada su correspondencia oficial, para librarla de caer en manos del segundo, á quien supone capaz del incalificable abuso de destruirla. Las lecciones de civilizacion que en todos ramos nos están dando los invasores, son cada vez mas curiosos.

Como se tuvo noticia oportuna de los pormenores á que hemos hecho referencia, los aprovechó el Sr. Zaragoza en la intimacion que dirigió el 11 del corriente al conde Lorencez, al avanzar sobre Orizava para atacar esta ciudad, conforme al plan combinado, luego que se recibió el refuerzo de los seis mil hombres mandados por el general Gonzalez Ortega. La constestacion del gefe frances es notable por su laconismo. Se desentiende de la alusion relativa á la protesta formulada contra los actos de Saligny, confirmando así implícitamente la existencia de tal documento, pues de lo contrario es probable que hubiera desmentido la especie. Tampoco se niega á aceptar la proposiciones que se le hacian, ni las califica de buenas ó malas, ni entra en explicaciones ni comentarios de ninguna clase, contentándose con responder secamente, que el único facultado para entrar en arreglos es el comisario del emperador. Sin violencia se puede inferir de tales anteceden-

tes, que si esas facultades las hubiera tenido el gefe militar, no hubiera desechado un avenimiento, conforme al cambio de sentimientos que en él ha habido.

Ocasionalmente hemos hablado del plan de ataque en Orizava, sobre el que debemos ser mas extensos. Consistia en que el antiguo ejército de Oriente se apoderara del *Ingenio*, mientras lo hacia la division de Zacatecas del cerro del *Borrego*, considerado como la llave de la posicion. Una vez en nuestro poder ambos puntos, se emprenderia sobre la garita de la Angostura un ataque simultáneo, de frente y sobre el flanco izquierdo.

Esta combinacion surtió al principio los efectos mas halagüenos: el *Ingenio* y el *Borrego* fueron ocupados por nuestras tropas, sin que los franceses intentaran defenderlos. Por desgracia la ocupacion del cerro se efectuó á una hora mas avanzada de lo que se habia calculado; por cuyo motivo se resolvió diferir el ataque para el dia 14.

Todo hacia presumir que nos seria favorable el éxito de la sangrienta lucha que iba á emprenderse: el destino lo dispuso de otro modo. A la una de la mañana fueron sorprendidas nuestras avanzadas por el enemigo, que las encontró entregadas al sueño, merced á un descuido imperdonable. Se perdieron tres piezas de montaña; y cuando á las cuatro se renovó el ataque, la oscuridad, la confusion, el desorden, la muerte ó las heridas de casi todos los gefes, hicieron infructuosos los desesperados esfuerzos de valor del general Ortega y de la parte de su division que concurrió al combate. El cerro se perdió, retirándose nuestras fuerzas á Jesus María.

Envalentonado el frances con este triunfo inesperado, quiso hacerlo de mas importancia acometiendo á las huestes del general Zaragoza, que supuso sin duda desmoralizadas. La columna que avanzó sobre nuestra linea de batalla, fué dete-

nida por los fuegos de nuestra artillería, que le causaron algunos estragos. Este escarmiento impidió todo nuevo movimiento ofensivo.

Aunque la pérdida material que sufrimos en la sorpresa del *Borrego* fué de escasa importancia, consistiendo únicamente en ménos de quinientos hombres y en tres piezas, se perdió la brillante oportunidad de recuperar á Orizava, derrotando ó haciendo capitular al ejército frances, y dando así término al primer acto de la invasion del suelo mexicano. El ejército de Oriente se retiró á sus posiciones de Aculznago en el mejor orden, sin perder un solo palo, pronto siempre á defender con entusiasmo la independencia nacional.

La noticia del descalabro, exagerada al principio como es de costumbre, alentó á los traidores vergonzantes de esta capital, que anunciaban la completa derrota de nuestras tropas, y daban por seguro que á los pocos dias caerian Puebla y México en poder de Lorencez y de Márquez. Ya á la fecha se han disipado sus locas ilusiones.

Tambien parte de los franceses residentes aquí creyó llegada la oportunidad de declararse contra el país hospitalario al que tanto deben, y cediendo á las influencias de personas interesadas en negocios inieuos, se prestó á firmar una solicitud referente á que se lleve á cabo la intervencion. Se nos ha informado que, para aumentar el número de los signatarios, se han recogido firmas hasta de niños de tierna edad, suplantándose ó suponiéndose otras. Igualmente se nos ha asegurado, y nos inclinamos á creerlo así, que los franceses respetables por sus luces, por su posicion y por sus riquezas, se han negado casi en su totalidad, á poner sus nombres en esa exposicion, que no puede ménos de ir llena de falsedades. Algun dia se sabrá quiénes son los que han correspondido con tanta ingratitud á los favores recibidos del pueblo mexicano.

Una nueva violacion del derecho de gentes, ha venido á aumentar el ya largo capítulo de las infracciones de ese género cometidas por los franceses. El comandante de la *Bagnonnaise*, protestando que no llevaba mira alguna hostil sobre el puerto de Mazatlan, hizo retirar por la fuerza, desarmar é insultar á los soldados mexicanos que custodiaban el buque mercante frances *Rubens*, sujeto á los tribunales del país por delito de contrabando.

Pronto tendrian término estos escándalos, á ser cierta la noticia dada por el *Diario de la Marina* de la Habana, de haber resuelto el gobierno frances la retirada de sus tropas. ¡Ojalá fuera así! Lo deseamos, pero no lo creemos: tenemos por prematura esa resolucion, que es la que habrá que adoptar por necesidad dentro de algun tiempo. Los buenos mexicanos deben, de cualquier modo, estar preparados para todas las eventualidades. Su deber está bien marcado: sin deslumbrarse con los triunfos, sin abatirse con los reveses, cada vez ha de ser mas firme su resolucion de luchar sin tregua, hasta vencer ó sucumbir.

México, Julio 29 de 1862.

Descansaban en fundamentos tan racionales las congeturas contenidas en nuestra revista anterior, que nos ha parecido muy natural verlas confirmadas en todas sus partes.

Como en la conducta observada por los gobiernos signatarios de la convencion de Lóndres, ha ejercido la mas decisiva influencia el contenido del protocolo en que se consignó lo ocurrido entre sus plenipotenciarios en la conferencia de Orizava del 9 de Abril, creemos muy conducente comenzar por el exámen de este documento, de que hasta este mes no habiamos tenido conocimiento pormenorizado.

Lo primero que en él encontramos, es la confesion de que la permanencia de los aliados en Veracruz, y la celebracion de los preliminares de la Soledad, fueron acontecimientos que no reconocieron otro origen que el simple propósito de ganar tiempo, mientras se proporcionaban los medios de transporte de que carecian al principio completamente. Dedúcese de aquí que en tal conducta nada tenemos que agradecer á nadie; y ántes bien nuestro Gobierno fué el que favoreció á los que venian ya en son de guerra, permitiéndoles el paso á poblaciones situadas fuera de la zona del vómito. Bueno es, sin embargo, no olvidar que semejante concesion, á la vez que generosa, era conveniente y acertada, como lo han probado sus consecuencias. De no haberse hecho, habriamos entrado desde luego en lucha abierta con la coalicion, hoy disuelta, lo cual en gran parte se ha debido á la hábil política que evitó un conflicto inmediato, dando lugar

prendiera un ataque formal, sin que por eso dejaran de tener la baja consiguiente á los estragos del vómito, que hasta donde alcanza su influencia, constituye para nosotros una de las defensas mas eficaces y mas inevitables.

Las desavenencias entre franceses y traidores han tomado mayor cuerpo, como era natural que sucediese. Los primeros ven ya á los segundos con el desprecio que se merece el que toma las armas contra su patria. En Veracruz fué á hacer un papel ridículo el subsecretario Castellanos, quien tuvo que salir á toda prisa de aquel puerto, sin lograr que se diera cumplimiento á las órdenes que llevaba del gefe supremo de los reaccionarios, para hacerse de algunos recursos con que aliviar la miseria espantosa de su gobierno de burlas. Solo Saligny continúa impartiendo su proteccion á su digno ahijado Almonte; pero el horizonte empieza á encapotarse para el protector y el protegido, si son ciertas las voces que corren de que no será remoto que el uno quede destituido, y obligado á reembarcarse el otro. Por infundados que se supongan tales rumores, servirán siempre de prueba de que va ganando terreno la opinion que condena la punible conducta de esos dos hombres funestos.

Se espera con ansiedad la llegada del paquete inglés, por el que sabremos si vienen ó no los refuerzos de que tanto se habla, así como el efecto producido en Europa por el glorioso triunfo alcanzado el 5 de Mayo por el ejército mexicano. Si la guerra continúa, no perdonemos medio para obtener otros igualmente brillantes, que á la vez que amparen nuestra independencia, coadyuven tambien á la rehabilitacion de nuestro nombre.

REFUTACION

DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR MR. BILLAULT, MINISTRO SIN CARTERA, EN EL CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS SOBRE LA POLITICA DEL EMPERADOR EN MEXICO.

México, Agosto 12 de 1862.

Los periódicos han publicado en estos últimos dias, el elocuente discurso de Julio Favre sobre la injusticia de la guerra que nos hace la Francia, y la poco satisfactoria respuesta del ministro sin cartera Billault. Aunque lo dicho por el órgano del gobierno imperial revela por sí mismo cuán difícil es defender una mala causa, cumple á nuestro deber, en asunto de tan vital importancia, no permitir que pasen sin comentario las falsedades, las exageraciones, los absurdos, las iniquidades con que ha pretendido justificarse una empresa, por todos títulos atentatoria y bárbara.

Para probar el ministro sin cartera que Napoleon no ha procedido de ligero, al recurrir á la fuerza contra México, asevera que hace treinta años agobia este país á los france-

ses con las mayores injurias, villanías y vejaciones, haciéndoles víctimas de una anarquía permanente, de las violencias de todos los partidos, de las arbitrariedades de todos los gobiernos. "Todos nuestros conciudadanos,—exclamó Mr. Billault,—y son numerosos en México, han sido robados, pillados, puestos á rescate, aprisionados, asesinados."

A semejantes aseveraciones no puede darse mas que una contestacion, dura pero exacta: el ministro Billault ha faltado escandalosamente á la verdad.

Ocorre desde luego, que si fuera histórica la horrible pintura con que ha querido presentárenos como una horda de salvajes, no se comprenderia cómo ha habido extranjeros que hayan seguido viniendo á un país, en que perdian á la vez bienes, libertad, familia, tranquilidad y existencia. No ha llegado á nuestra noticia que los apaches y comanches, ó las tribus bárbaras de Africa, vean acudir en abundancia á su suelo á los hijos de otras naciones. En México, por el contrario, se nota un constante aumento en la inmigracion europea; y este hecho bastaria por sí solo para desmentir las calumnias con que se pretende deshonrarnos.

Tan falso es que la condicion de los extranjeros sea la que se supone, que sucede aquí lo que en ninguna parte del mundo, es decir, que esa condicion es preferible á la de los nativos del país. Aquí basta ser extranjero para tener siempre razon. Las reclamaciones mas exageradas encuentran apoyo, y son obsequiadas porque las acompaña de continuo el ultimatum, con la constante amenaza de las escuadras y de la guerra. Las pérdidas mas insignificantes suben á cantidades fabulosas, con las que se improvisan grandes fortunas. Los créditos nacionales, comprados en el mercado en cualquier friolera, se convierten repentinamente en créditos extranjeros, que pagamos por su valor íntegro con sus res-

pectivos réditos, mediante convenciones á cuyo cumplimiento no nos es lícito faltar en lo mas mínimo. Especulaciones escandalosas suelen cubrirse con la proteccion interesada de ministros plenipotenciarios, que no descansan hasta elevarlas á *casus belli*. Tal es, y nos quedamos cortos, la verdadera historia de los extranjeros en México, y no la que Mr. Billault ha fraguado en el cuerpo legislativo frances.

La diferencia que existe entre la suerte de los mexicanos y la de los alienígenas es tan marcada, que no es ya raro el triste espectáculo de ver á hijos desnaturalizados del país cambiar su nacionalidad por otra extraña, especialmente en momentos de prueba, en que se les exigen sacrificios que no tienen la dignidad de hacer. Indisculpable, escandalosa es esa falta de patriotismo; pero ella demuestra la exactitud del concepto vertido.

Como hablamos con sinceridad, no negarémos que los perjuicios consiguientes al estado de anarquía y guerra civil en que hemos vivido por desgracia, han alcanzado á los extranjeros residentes entre nosotros. No era posible que de un mal general quedasen exceptuados, por solo el hecho de haber nacido en otro suelo. En lo que sí no cabe duda, es en que los daños que han resentido han sido infinitamente menores que los sufridos por los mexicanos, y en que, con muy contadas excepciones, las indemnizaciones han sido competentes y aun superabundantes.

Se engañaria quien por lo dicho creyera que somos enemigos de la emigracion. Detestamos el aislamiento á que condenaban á sus compatriotas los mas eminentes pensadores de la antigüedad, como Licurgo, Platon y Moisés. Somos partidarios de los dos grandes principios de la unidad de la especie humana y de su perfectibilidad progresiva principios cuyo desarrollo requiere el contacto de todos los

pueblos; é imbuidos en esas ideas, mal pudiéramos querer para México una segregacion, que lo detendria en el camino de civilizacion que está llamado á recorrer. Vengan, pues, en buena hora los extrangeros, y disfruten de cuantas ventajas les depare la fortuna. Nuestras pretensiones son de distinto género: están reducidas á que no se nos hagan guerras injustas, así como á que no se pinte como un infierno al país que brinda con tantos alicientes á los que vienen á explotarlo.

De la acusacion vaga y tremenda que acabamos de refutar, pasa Mr. Billault á los cargos particulares, siendo el primero de los que determina, el de las convenciones celebradas sucesivamente para el pago de créditos franceses.

Está tan poco instruido el atrabilario ministro en la materia de que trata, que para patentizar los errores en que incurre, bastará recurrir á los datos fehacientes consignados en la curiosa Memoria que, sobre las cuestiones financieras de México, ha publicado últimamente el Sr. D. Manuel Payno.

La primera convencion francesa, procedente de un crédito de Serment, Fort y C^a, dió el siguiente resultado. Los interesados cobraron capital y réditos, y en seis años tuvieron una enorme utilidad de 800,000 pesos. ¿Qué diria Mr. Billault de esta *violacion* de un convenio solemne, si tuviera conocimiento de lo ocurrido?

La segunda convencion francesa, procedente de un crédito de la casa de Jecker Torre y C^a, terminó pagándose á los interesados el crédito íntegro que reclamaron. ¡Cuán conformes estarian todos los acreedores del mundo con *violaciones* de esta especie!

La tercera convencion francesa, procedente de créditos de varios, ascendió á 1,374,928 ps. 63 cs.: hoy está reduci-

da á 190,845 ps. 3 cs. ¿No es verdad que sobra razon al gobierno imperial para sostener que hemos violado cuantas convenciones hemos hecho?

La cuarta convencion francesa es la celebrada por Mr. de Saligny con el Sr. Zarco, y Mr. Billault se queja de que tampoco ha sido ejecutada. Mal ha podido serlo, cuando no ha llegado á recibir la aprobacion del Congreso mexicano, requisito indispensable para su validez.

Del negocio relativo á los bonos Jecker, nos ocuparemos mas adelante, cuando llegemos á la parte del discurso del ministro sin cartera, en que toca este punto.

Por ahora, para acabar con lo de las convenciones, insistiremos en la observacion de que hemos pagado todos los créditos, justos ó injustos, comprendidos en ellas, con excepcion solamente de una suma insignificante, que estaria ya tambien cubierta, si nuestros supuestos acreedores no hubieran venido á cobrar á mano armada lo que no les debiamos. En cuanto á los créditos que debian entrar en la convencion Zarco-Saligny, podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que serán tambien satisfechos á costa de cualquier sacrificio.

Pudiéramos defender la ley de 17 de Julio de 1861, que suspendió el pago de las convenciones extrangeras por el término de dos años, alegando que el derecho á la propia conservacion es superior á todos los demas, que primero es vivir que pagar y que aun para pagar era conveniente una suspension que llevaba por objeto formar un sistema de hacienda, que permitiera atender á todos los gastos públicos. Prescindimos empero de esa defensa: confesamos que fué un paso desacertado el que se dió sin ponerse de acuerdo con nuestros acreedores. Lo que sí no podemos dejar de contestar es que, derogada la ley de 17 de Julio por la de 26

del siguiente Noviembre, cesó en el acto ese motivo de queja, que no puede seguirse reproduciendo como si existiera todavía. El mismo Billault revela que en el ultimatum que se le mandó presentar á Saligny en órden de 5 de Setiembre de 1861, no se exigió otra cosa que la derogacion de la citada ley de Julio. Si, pues, se accedió á lo que se pedía cómo se explica que una cosa imaginaria continúe figurando como una de las causas principales que han movido á la Francia á traernos la guerra?

Del análisis que hemos hecho hasta aquí, resulta que no se trata ni de la honra, ni de los intereses, ni del poder de la Francia, ni de que doble la cabeza, ni de que humille su pabellon ante México, ni de que se calle. Todo en tanto ha vociferado en este sentido el órgano del emperador Napoleon, es insulsa palabrería, que desaparece ante la magestuosa verdad de los hechos.

Explicada de una manera tan poco satisfactoria la resolucion de apelar á la fuerza, agregó el orador que la Francia se puso de acuerdo con la Inglaterra y con la España, que tenían la misma opinion que aquella, siguiendo así la política de la gran República del Norte de América, que ha juzgado conveniente la ocupacion de algunas provincias de México, y que reconoce como un hecho, que los mexicanos están dispuestos á acoger con agradecimiento la proteccion de una bandera extranjera.

Sí, verdad es que cuando se firmó la convencion de Londres, tres grandes potencias se pusieron de acuerdo contra nosotros; pero dos de ellas han desistido de la empresa, luego que se han cerciorado de que la otra invocaba pretextos fútiles para encubrir sus verdaderas miras. En cuanto á los Estados-Unidos, si bien es cierto que han observado para con México una política de absorcion, nadie hasta aquí ha

calificado esa conducta de buena, de justa, de digna de imitacion, siendo de todo punto falso que los mexicanos hayan tenido la imbecilidad de agradecer que se les despoje de su territorio.

Como una prueba de respeto que se debe á la magestad del pabellon, se recordó que la Inglaterra estuvo á punto de declarar la guerra á los Estados-Unidos, por dos americanos de Sur, abrigados bajo la bandera de un vapor paquete inglés. Con este motivo se ensalzó lo mucho en que el gobierno del emperador tiene el pabellon de la Francia, y se declaró que quiere se sepa así en el Antiguo como en el Nuevo-Mundo, que ese pabellon es sagrado como el que mas, y que quien se atreva á tocarlo sufrirá el castigo debido.

No sabemos á qué venga esa algarabía, que tal parece recurso de charlatan para herir la fibra del amor propio nacional. Comprendemos el respeto debido á la magestad del pabellon, y nos parece muy justo que la Francia no deje ultrajar impunemente el suyo: lo que no comprendemos es lo que esto tenga que ver con la cuestion mexicana. México no ha tocado el pabellon frances, ni ha insultado su majestad. Donde no hay falta cometida, no hay tampoco necesidad de reparacion. Y ya que en tan alta estima se proclama que tiene el gobierno imperial á ese pabellon, bueno seria que no lo empleara en abrigar traidores, ni para sostener guerras injustificables.

Reproduciendo lo de la cuestion de agravios, expresó Mr. Billault que la Inglaterra tenia que vengar los mismos que la Francia, y como uno de los mas graves, habló del relativo al dinero arrebatado de la legacion británica, respecto del cual uno de los órganos del gobierno inglés se quejó de que no se hubiera devuelto la cantidad extraida, á pesar de haberse ofrecido así; y recordó que habiéndose formado aquí

un proceso para el esclarecimiento de la verdad, el acusado fué absuelto bajo el pretexto de que se trataba, no de un robo, sino de una ocupacion. Billault citó el caso para caracterizar al gobierno con el que tiene que habérselas la Francia, y como una prueba de sus reglas de conducta y del grado de fé que merecen sus promesas.

No se encuentran por cierto la Francia y la Inglaterra en igualdad de circunstancias. Si ninguna tiene justicia para hacernos la guerra, media á lo ménos la diferencia de que á la primera le hemos pagado todo lo procedente de convenciones, mientras á la segunda le estamos debiendo todavía.

El no haberse devuelto el dinero arrebatado de la legacion británica, ha dependido de la imposibilidad absoluta de hacerlo, siendo muy de notar en esta parte, que si el pago va á pesar sobre el gobierno constitucional, el atentado fué cometido por el gobierno reaccionario, representante legítimo de lo que en Francia ha dado en llamarse "parte sana" de México. Mas aún: uno de los principales reos de ese atentado, el famoso Márquez, es hoy aliado y compañero de armas de los franceses que han invadido nuestro territorio. Así, pues, los verdaderos criminales son protegidos por los que inculpan al inocente.

Es verdad que un juez de primera instancia declaró que la extraccion del dinero habia sido ocupacion y no robo; pero no es ménos cierto que la opinion pública se desató en México contra esa declaracion. Además, cualquiera que sea el juicio que corresponda formar por esa conducta, no debe olvidarse que la absolucion de uno de los cómplices del hecho, importa solamente su falta de castigo, sin que la Inglaterra haya de perder por eso un solo centavo de lo que reclama.

La acusacion formulada contra el gobierno constitucional por tal motivo, peca á no dudarle de absurda. Hemos

dicho ya, que no él, sino el reaccionario, fué el que extrajo el dinero, precisamente para hacer la guerra al primero. El cómplice absuelto habia sido uno de sus mas encarnizados enemigos, á quien no podia tener interes en salvar. La absolucion no lo libertaba del compromiso urgente de hacer el pago. Y por último ese gobierno que se pretende desacreditar, tiene por sistema (y esto debe asombrar á Mr. Billault), respetar la independenciam del poder judicial, dejando á los jueces en libertad absoluta para que fallen como lo estimen mas acertado.

Se ve, pues, que lo ocurrido en este negocio, en vez de ser una mancha, es un timbre de honor para el gobierno del Sr. Juárez. Si por el caso de que se trata se ha de juzgar de sus reglas de conducta y del grado de fé que merezcan sus promesas, seguros estamos de que ha de salir airoso ante la conciencia de todo hombre imparcial.

Resuelto por las tres potencias recurrir á la fuerza, se consideró, segun Mr. Billault, que aquí los compromisos, aceptados con facilidad, nunca son ejecutados, y se tuvo en consideracion el estado de anarquía, pintado con la mayor energía por el ministro frances, de cuyas comunicaciones se leyeron algunos párrafos.

Buena prueba de que aquí los compromisos son ejecutados es la de los pagos hechos de las tres convenciones francesas celebradas con nuestros gobiernos. Nuestras obligaciones internacionales son siempre atendidas de preferencia, de manera que, por tal de allanarlas, dejamos sin cubrir los gastos interiores, incluso algunos de primera necesidad. Esto deberia saberlo el gobierno frances, si estudiara la historia de sus relaciones con México, en vez de guiarse á ciegas por los informes apasionados del tristemente célebre Mr. de Saligny, quien no ha tenido otra mira que la de fal-

tar en todo á la verdad, para precipitar á su país á una guerra en que está interesado.

A consecuencia del crédito dado á esos inexactos informes, con los que se corroboró la idea formada en Francia de la situación interior de la República mexicana, se consideró que nada se ganaría con tomar posesion de los puertos de Veracruz y Tampico, y con aplicar de propia autoridad á la reparacion de los perjuicios alegados, la totalidad ó á lo ménos una gran parte de los derechos aduanales percibidos, porque indudablemente en las aduanas interiores se aumentarían las cuotas señaladas á los efectos introducidos por los comerciantes. Agregándose á esta consideracion la de los estragos del vómito, se resolvió venir hasta la capital, imitando el enérgico procedimiento de los Estados-Unidos en 1848, merced al cual obtuvieron estos las reparaciones que habian venido á buscar.

Por primera vez en todos sus actos concernientes á México, el gobierno imperial ha acertado en sus cálculos sobre el resultado de la ocupacion de nuestros puertos. Luego que el de Veracruz cayó en poder de los invasores, se declaró cerrado para el comercio exterior, y los efectos introducidos allí no han podido internarse sin permisos especiales, previo pago de los derechos fijados por el arancel. Pero tampoco se conseguirá su resultado definitivo con la ocupacion de la capital, en el evento desgraciado de que llegue á efectuarse. La comparacion de las ventajas obtenidas por los Estados-Unidos en 1848, no es admisible, por no haber punto de semejanza entre dos situaciones heterogéneas. Los Estados-Unidos no obtuvieron las reparaciones que buscaban, sino que abusaron de la fuerza para apoderarse de una parte considerable de nuestro territorio. La Francia, de la que nos separa el Atlántico, no puede imitar ese procedimiento ené-

gico, por muy bueno que le parezca. Nada, pues, avanzará con tomar á México, cuyo gobierno, con solo retirarse á cualquier otro punto de la República, burlará la expectativa que se funda en ese hecho.

Demasiado lo ha conocido así el emperador, como lo comprueba que su órgano en el cuerpo legislativo añadiera, que la ocupacion de la capital era el único arbitrio que podria ofrecer algunas probabilidades de buen éxito; nada mas que algunas, porque teniendo que tratar con un gobierno sin solidez, sin lealtad, incapaz de dar una satisfaccion inmediata, y con cuyas promesas de darla á plazos largos no se puede contar, y no pudiendo sustituirlo sino con otro gobierno efímero y lleno de los mismos defectos, tratar y volverse en seguida, equivaldria á haber hecho una cosa perfectamente inútil, siendo tambien evidente que en el estado de aniquilamiento en que se halla México, querer obtener pagos al contado y reparaciones pecuniarias inmediatas, seria exigir cosas imposibles.

Nada puede objetarse á tan fundado raciocinio, bajo el punto de vista del gobierno frances. Para nosotros es de fácil contestacion, por no estar conformes con las calificaciones aventuradas que se hacen de las administraciones mexicanas. Repetimos, por ser indispensable hacerlo, que la verdad innegable de haberse pagado todas las convenciones francesas, es una prueba inequívoca de que para el cumplimiento de esas estipulaciones ha habido en nuestros gobiernos solidez, lealtad, evidencia de que sabe dar satisfaccion á plazos largos. La actual administracion, que durante su residencia en Veracruz se acreditó de cumplida, corroboraria á no dudarlo ese buen concepto, llenando fielmente los compromisos que contrajera en un tratado, para cuya celebracion ninguna necesidad hay ni ha habido de venir á mano

armada hasta la capital, puesto que siempre se ha manifestado pronta á acceder á las justas pretensiones de los aliados. Si en vez de romper los comisarios franceses los preliminares de la Soledad, los hubieran observado, las conferencias de paz se habrían abierto en Orizava el 15 de Abril, y esta sería la hora en que habrían sido ya atendidas las reclamaciones francesas, y en que estarían cumpliéndose las nuevas estipulaciones, con la misma fidelidad que lo han sido las anteriores.

Ahora, caminando bajo el supuesto de que en México todos los gobiernos son impotentes, desleales y falsos, no vemos, como ántes decíamos, qué ventajas sacaría la Francia de ocupar la capital. Razon sobrada tiene en esta parte Mr. Billault para afirmar, que tratar y volverse en seguida sería una cosa perfectamente inútil.

Advertida la dificultad, se ha pretendido salvarla con dos condiciones: la de dar á este infortunado país un largo período para deliberar, y la de admitir que quisiera darse un gobierno estable que restableciera la paz, pusiera término á sus miserias y se resolviera á ser leal y fiel á sus promesas para con los extranjeros. Reconociéndose, sin embargo, que no se impone un gobierno á los pueblos por medio de las bayonetas extranjeras, porque los gobiernos formados de ese modo no tienen fuerza ni estabilidad, se asevera que no entró en la mente de ninguna de las tres potencias aliadas imponer uno de esa clase al país, y que lo que se quiso fué averiguar si México está enteramente perdido para la vida política y la civilización, para abandonarlo entónces á su infeliz destino, ó si hay todavía esperanzas de que quede en estas poblaciones oprimidas un soplo de dignidad y de sentimiento patriótico, para ponerlas en tal caso en condicion de darse á sí mismas un gobierno nacional que pueda reger al mismo país.

Dar á México un largo período para deliberar, significa en nuestro concepto prolongar indefinidamente la ocupacion militar de su territorio. Hacerlo cambiar de gobierno en semejantes circunstancias, es imponérselo por medio de las bayonetas extranjeras, por mas que se quiera paliar con fútiles consideraciones la realidad de las cosas. Sucesos muy notables han venido á confirmar que no entró propósito tan absurdo en la mente de la España ni de la Inglaterra. Sucesos muy notables han venido á confirmar tambien que sí entró en la mente del gobierno imperial. Desentendámonos, sin embargo, por ahora de esos acontecimientos, para admitir como cierta la vindicacion de ese gobierno. ¡Ojalá tal fuera su mente en efecto! Ella mediante, á la fecha no debería caberle duda alguna de que no está México perdido para la vida política ni para la civilización, de que poblaciones no oprimidas rebosan en dignidad y en sentimientos patrióticos, de que el gobierno actual es eminentemente nacional, puesto que en siete meses que lleva la Francia de tener un ejército en México, léjos de que haya desconocido á ese gobierno ni la aldea mas miserable, no han cesado de llover protestas de adhesion al mismo, así como de repulsa al apoyo extranjero. ¿Eso era lo que de buena fé veníais á averiguar? Pues averiguado lo teneis: podeis ya en consecuencia volver por donde habeis venido. De lo contrario, insistiriamos en que sois del número de esos hombres, cuya lengua, como dice Confucio, no se hermana con su corazón.

Y si no os retirais, si llevais adelante vuestra expedicion, cualesquiera que sean los acontecimientos ocultos todavía en los misterios del porvenir, la bandera de la Francia no se retirará gloriosa ni vengada. No vengada, porque la venganza supone agravios, y ningunos os hemos hecho. No gloriosa, porque no hay gloria en abusar de la fuerza para emprender una guerra injustificable.

En el exámen que hizo Mr. Billault de la mente con que cada gobierno habia entrado en la cuestion de México, asienta que la Inglaterra propuso desde un principio que la accion comun se limitara á obtener la reparacion de los daños sufridos por los súbditos de las tres potencias, las que en ningun caso intervendrian en los negocios interiores de México, miéntras que la España consideró necesario el establecimiento de un gobierno estable y constituido de modo que asegurara á los extrangeros residentes en el territorio mexicano esa seguridad, sin la cual todas las transacciones mercantiles son imposibles.

Por los documentos que han visto ya la luz pública, está comprobado de una manera irrefutable, que el gabinete español deseaba en efecto un cambio de gobierno en México: que hubiera preferido el establecimiento de una monarquía á la continuacion del sistema republicano; y que no le hubiera pesado el llamamiento de un Borbon para ocupar el nuevo trono levantado en estas regiones. Hay, sin embargo, un punto muy esencial, y que no debe perderse de vista, en esta política española: el gabinete de Madrid partia siempre de la base de respetar la voluntad del pueblo mexicano, subordinaba sus deseos á la decision del mismo, consideraba inútil el empleo activo de las fuerzas expedicionarias, y esperaba el resultado producido por su accion moral. Si, pues, no se limitaba como la Inglaterra á la simple reparacion de los daños, tampoco pretendia imponernos por la fuerza un sistema de gobierno que no emanara de nuestra propia eleccion.

El gobierno imperial manifestó aspiraciones ménos avanzadas: expresó que no le era posible llegar hasta ese punto: declaró que todo lo que tenia derecho de pedir se reducía á reparaciones por lo pasado y garantías para el porvenir:

ofreció respetar la voluntad de la nacion mexicana: hizo alarde de un completo desinterés respecto de la candidatura de un príncipe imperial: fijó como bases de la política de la Francia, no limitarse á ocupar el litoral de México, no fiarse solo en la fé de un gobierno que no ofrecia, en su concepto, ninguna garantía; pero tampoco hasta llegar á intervenir directamente por la fuerza é imponer á México un gobierno. A esta política acabaron por adherirse la España y la Inglaterra, consignando su mutuo consentimiento en el tratado firmado en Lóndres el 31 del último Octubre.

Nos permitiremos, ántes de pasar adelante, la observacion muy natural de la contradiccion en que incurrian las tres potencias, al calificar de puramente moral la accion que iban á ejercer sus fuerzas reunidas, y mas cuando se tenia el propósito de traerlas hasta la capital de la República mexicana, y de destruir el gobierno existente. No puede concebirse la libertad de un pueblo que obra bajo la presion de las bayonetas extrangeras. No puede suponerse imparcialidad en el poderoso, que comienza por explicar lo que le parece bueno ó malo. No deja, en fin, de haber una intervencion marcada en los negocios interiores de un país, cuando se envían á él tropas destinadas á derribar el gobierno establecido.

De santos, sin embargo, nos hubiéramos dado, con tal de que se hubieran observado los principios consignados en la convencion de Lóndres. Quién los infringió y por qué causas, es lo que veremos á su tiempo.

Los informes de algunos perversos mexicanos que trabajaban hacia años por el establecimiento de una monarquía en su país, y las traidoras indicaciones hechas en ese sentido por algunas de las administraciones reaccionarias que han usurpado aquí el poder, hicieron concebir la esperanza de que la forma monárquica seria la preferida por la nacion.

En presencia de semejante eventualidad, se pensó en el candidato que hubiera de ocupar el trono, y entónces el emperador pensó en el archiduque Maximiliano, que no fué deseñado por las otras dos potencias, pues si bien la España hubiera preferido un Borbon, ni ella ni la Inglaterra se oponían al nombramiento del príncipe austriaco, siempre que fuera electo por la nacion mexicana.

Se notará fácilmente que se incurria en una nueva contradiccion, al aparentar que se dejaba al pueblo mexicano en plena libertad de elegir lo que mejor le pareciera, cuando á mas de sugerirle como el remedio de sus males la ereccion de un trono, se proclamaba cuál era el candidato designado por el ejército de ocupacion. Con todo, bajo el aspecto que se presentaba la cuestion, no habia todavía entre la política adoptada y los hechos consumados la incompatibilidad que marcarémos en su lugar.

Para la realizacion del convenio de Lóndres, se dirigió á México la expedicion combinada. La España envió de 6 á 7,000 hombres: la Francia 2,500: la Inglaterra algunos soldados de marina, destinados á ser momentáneamente embarcados. Consistia esta diferencia en el número de las fuerzas con que cada potencia contribuia á la expedicion, en que la Inglaterra anunció desde el principio, que no tomara parte en la campaña emprendida en el interior del país.

Segun Mr. Billault, órgano de la política imperial, no se debió entablar de nuevo negociaciones, ni siquiera dirigir un ultimatum al gobierno establecido en México, sino obrar y marchar adelante, derribar á ese gobierno, poner al país en estado de darse otro que hiciera justicia, y si no queria ó no podia, hacérsela la Francia por su mano.

Desconocemos ese derecho de gentes, en virtud del cual, para hacer efectiva la reparacion de agravios, aun suponién-

dolos los mas justos, los mas indisputables del mundo, se envía una expedicion á un país con orden de que avance hasta la capital, sin previa declaracion de guerra, y con el firme propósito de derribar al gobierno establecido. Se necesita retroceder á la barbarie, para encontrar algo parecido al plan adoptado por el hombre que rige los destinos de la civilizada Francia. Ya pueden los publicistas quemar sus obras, una vez que despues de fijados los principios de que ninguna nacion puede apartarse sin deshonor, se infringen así, solamente porque se cuenta con el apoyo de la fuerza brutal.

No comprendemos cómo despues de derribado el gobierno existente, se pondria á la nacion en estado de darse otro. Seguramente se apelaria al famoso recurso de una junta de notables, convocada para que declarase la voluntad nacional. ¿Y quién expedia la convocatoria? Quién designaba las cualidades de los notables? Dónde, cómo, cuándo y por quién se hacian las elecciones? ¿Quién calificaba la conformidad de los actos de la junta con la verdadera voluntad del país? Si todo esto habia de hacerlo el invasor, de estúpido se pasaria el que creyera que no se intervenia directamente en los negocios interiores del país; el que no comprendiera que todo lo hecho era una farsa miserable, que la nacion despreciaria en cuanto recobrará su libertad de accion.

El digno ministro de Napoleon no se dignó entrar en estos pormenores, que eran algo dificilillos, como tampoco en los del modo con que se hará justicia la Francia por su mano. Quedámos, de consiguiente, ignorando si será regalándonos un príncipe extranjero, colonizándonos, estableciendo un protectorado por el estilo del de las Islas Jónicas, ocupando militarmente nuestro territorio, arrasando nuestra

ciudades ó llevándonos cautivos. Lo repetimos: para no dejarnos en tan desconsoladora duda, bueno seria saber lo que S. M. I. entiende por hacerse justicia por sí mismo.

Natural era, supuesto el plan adoptado, que no agradase la conducta observada por los comisarios. Al hablarse de ella se censura acremente la del general Prim, suponiéndole ideas contrarias á las de su gobierno; acusándole de que creía en la vitalidad del de Juarez, afirmando que creía tambien en la habilidad de sus ministros, con muchos de los cuales tenia amistad, así como numerosas relaciones en el país; sosteniendo que estaba poco resentido por los agravios que habian sufrido sus nacionales. Atribúyese á estos móviles que resultara en la actitud de la expedicion combinada, una especie de benevolencia y dulzura: reprobándose que se tratara con el gobierno con cuya caída se contaba: insístese de nuevo en aglomerar cargos contra las administraciones todas de este país. A haber podido los negociadores franceses evitar lo que pasaba, lo hubieran hecho: no pudiendo, *humillaron su cabeza*.

El resentimiento causado por el hidalgo comportamiento del conde de Reus, hace denostarle á los que son incapaces de imitarlo. Su política estaba de acuerdo en lo sustancial con la de su gobierno, como lo acredita la aprobacion de sus actos. Si creyó en la vitalidad del gobierno de Juarez, no le faltó razon ciertamente: *eppur si muove*, Mr. Billault! La habilidad de nuestros ministros la han comprobado los hechos. La amistad con muchos de ellos, ántes de venir á Méjico Prim, sus numerosas relaciones en el país, son falsedades notorias. Su indiferencia para con sus nacionales es un insulto gratuito.

Las declaraciones hechas en la célebre conferencia de Orizava del 9 de Abril, han puesto en evidencia que las tro-

pas aliadas no hubieran podido emprender un movimiento ofensivo recién llegadas, por falta de medios de transporte. Obligatorio era para el gobierno imperial, ya que se proponia que entraran sus fuerzas á sangre y fuego, haberlas provisto de todo lo necesario para que no sufrieran retardo en su marcha. No habiéndolo hecho así, léjos de inculpar al ilustre caudillo español, debia darle las gracias por haber salvado á los soldados franceses de la terrible disyuntiva, de atacar sin los elementos indispensables posiciones fuertes, que habrian sido vigorosamente defendidas, ó de sucumbir bajo la influencia del clima mortífero de nuestras costas.

Repetir hasta la saciedad las acusaciones contra nuestros gobiernos, no es darles mayor valor: las falsedades no cambian de carácter por convertirlas en estribillo. Por otra parte, cuando esas acusaciones son vagas, ni producen efecto, y solo prueban en quien las hace una insigne mala fé. Para que tengan valor, se requiere que se funden en hechos determinados. Cítense estos, y nos darémos por vencidos; pero no ántes, no de otra manera.

El ministro sin cartera califica de peligrosa la demora, por haber dado tiempo á Juarez para sofocar en las poblaciones oprimidas el ardiente deseo de libertarse de su tiranía, lo cual hizo cerrando el puerto de Veracruz á todo comercio de altura y cabotaje, declarando traidores á la patria y ofreciendo castigar como tales á cuantos se unieran á los invasores, ó les proporcionaran recursos, y prorogando el plazo para la amnistía, sin perjuicio de no concederla sino á los que conviniera al gobierno.

Aun cuando los comisarios aliados no hubieran entrado en pláticas con nuestro gobierno, habria éste podido tomar y habria tomado, las medidas que se critican. Para su adopcion, de nada nos aprovechó la demora en el rompimiento

de las hostilidades. La aseveracion de que han sido actos de tiranía, es tan arbitraria como injuriosa. Cerrar al comercio un puerto ocupado por el enemigo, es cosa tan natural, que su omision seria incomprensible. Declarar traidores y castigar como tales á los que se unieran al invasor, es práctica muy justa, seguida sin excepcion en todos los países del mundo. Lo de la amnistía es un chiste del ministro imperial, que provocó la risa de su auditorio pagado. Mintió, sin embargo, en esto como en tantas otras cosas. Con la historia en la mano se le probará á la hora que le plazca, que la amnistía, tan amplia que casi no contenia excepcion, ha sido concedida á cuantos la han solicitado, sin quebrantarla con ninguno.

Luego que el gobierno frances tuvo conocimiento de lo ocurrido en México, lo reprobó. Puso al tanto de los motivos de su reprobacion al gobierno español, el cual opinó de conformidad, conviniendo en que era urgente obrar con prontitud y energía, lamentando la pérdida de un tiempo precioso, y la facilidad proporcionada al gobierno mexicano de organizar sus medios de defensa, y considerando absurdo que se le tratara como legítimo, y se retardara su reemplazo por otro que diera garantías para el porvenir.

Discutido el punto con la Inglaterra, el conde Russell opinó que habria valido mas obrar con mayor energía y actividad. No se separó, sin embargo, de la reserva y circunspeccion con que se ha conducido en el asunto, desde que el gobierno inglés declaró que no acompañaria á sus aliados en su expedicion al interior.

Miéntas cruzaban el Océano las instrucciones especiales que se enviaban á los comisarios para que obraran mas rápida y enérgicamente, seguía tomando nuestro presidente, á juicio del orador, con la energía de una tiranía que no co-

noce ningun género de obstáculos, medidas cada vez mas violentas contra todos los que podian ser autores ó auxiliares de una manifestacion nacional. Entra aquí un largo comentario sobre la ley de 25 de Enero, que se califica de uno de los monumentos mas odiosos de la mas sanguinaria política, afirmándose que se erigen en crímenes contra la independencia y la seguridad de la nacion, cuantos hechos puedan cooperar á la manifestacion del sentimiento público contra un gobierno execrable y detestado.

La acritud del lenguaje empleado para denigrar á nuestro gobierno, sirve solamente para acreditar al que lo usa de declamador. ¿Qué pena impondria el acusador, qué pena impondria la Francia, qué pena se ha impuesto, se impone y se ha de imponer en el mundo entero, á los que cometen el horrible delito de traicion? La de muerte: esa, siempre esa, aquí y en todas partes. Sostener que así se comprimen las manifestaciones de la opinion pública, es pretender que se dejara sin castigo á los traidores. La opinion pública se ha expresado en la cuestion con una claridad, con una uniformidad, que solo pueden ser dudosas para el que voluntariamente cierre los ojos á la luz. Las poblaciones oprimidas callarian si esa publicidad de sus sentimientos pudiera ocasionarles perjuicios; pero nada las obligaba á hablar, nada las forzaba á emitir protestas de odio y repugnancia á la intervencion extranjera. De consiguiente, si con una profusion asombrosa se repiten manifestaciones tan explícitas, ó no hay verdades en el mundo, ó lo es la de que la voluntad nacional está firmemente decidida por el actual orden de cosas, no ménos que por el gobierno que lo representa. Por mucho que Mr. Billault se devane los sesos para atribuir tan satisfactorio resultado á la violencia, á la opresion, á la tiranía; sus declamaciones se estrellarán en el buen sentido de los que sepan lo que pasa en México.

Llega su turno de ser examinados á los preliminares de la Soledad, que son objeto de varias recriminaciones. Acúsase á los comisarios, y con especialidad al general Prim, de haber recurrido al gobierno con el que no habia mas remedio que emplear que el de la fuerza; de haber aplazado hasta el 15 de Abril, cuando se estaba en Febrero, la apertura de las conferencias; de haber estipulado que si no daban resultado las negociaciones, se retirarian las fuerzas aliadas á la zona del vómito, dejando los hospitales y los enfermos confiados á la buena fé de los enemigos; de haber consentido en que el pabellon de Juarez fuera enarbolado de nuevo en Veracruz y en Ulúa, y flotara al lado de los gloriosos colores de la Francia, de la Inglaterra y de la España. La referencia á esta última concesion exitó la bñis de Granier de Cassagnac, diputado y escritor vendido al poder, que la calificó de increíble. Y Billault, no contento con su denigrativo análisis, siguió haciendo las calificaciones mas deshonorosas de los sudichos preliminares, conforme á su sistema oratorio de reproducir á cada paso sus asertos, por medio de variaciones sobre el mismo tono.

El reconocimiento del gobierno existente era una condicion indispensable para escapar del vómito, que no espera el mes de Abril para cebarse en sus víctimas, estando probado por una constante experiencia, inclusa la que ha tenido el ejército aliado, que la aglomeracion de gente, y en particular de soldados, produce en todo tiempo fuertes estragos. Por lo mismo, de no tratar con la autoridad establecida en el país, no habia mas arbitrio que emprender sin demora el ataque de los puntos defendidos por el ejército mexicano, y ya hemos tenido ocasion de observar que no se cuidó de que los invasores hubieran venido provistos de los correspondientes medios de trasporte.

Los dos meses de plazo fijados para abrir las negociaciones, apenas eran bastantes para recibir de Europa las nuevas instrucciones exigidas por el cambio de situacion. Ningun interes tenia el gobierno mexicano en que las conferencias empezaran ántes ó despues: le hubiera sido indiferente entrar desde luego en materia, en razon de que estaba firmemente resuelto á hacer todas las concesiones compatibles con la dignidad nacional, y el tiempo no podia alterar esa determinacion.

Habria tenido que ver que no se hubiera estipulado la vuelta de los aliados á su punto de partida, en el evento de no dar resultado las pláticas de paz. En imbecilidad habria rayado hacer al enemigo dueño de nuestras ciudades, despues de permitirle el paso amistoso de nuestros puntos fortificados, para que allí se quedase por nuestra propia voluntad, aun cuando hubiera que romper las hostilidades. Ignoramos, no obstante, por qué escuece tanto esta cláusula á Mr. Billault, supuesto que no fué cumplida, á pesar de ir de por medio en su observancia nada ménos que el honor de los signatarios del convenio de la Soledad. Sabido es de todos que las tropas francesas, en vez de retirarse hasta Paso Ancho, como estaban obligadas á hacerlo, se apoderaron de Orizava bajo frívolos pretextos.

La plena seguridad en que quedaban los hospitales y enfermos, confiados á la buena fé de los mexicanos, la han atestiguado los acontecimientos. Prisioneros de guerra, heridos recogidos en el campo de batalla, han sido tratados con el esmero que recomienda la humanidad, con las consideraciones que deben guardarse en la guerra hecha entre naciones civilizadas. Esos mismos prisioneros han sido luego mandados á su campo sin condicion alguna. Las gracias dadas en comunicacion oficial, por los franceses vecinos de

Puebla, y una carta dirigida por el conde Lorencez al general Zaragoza, así lo prueban: el gobierno frances no desechará esos datos.

Nuestro pabellon es digno de figurar al lado de cualquier otro, por mas que esto parezca increíble á Mr. Granier de Cassagnac. Ninguna mancha lo cubre; de ninguna infamia tiene que avergonzarse el gobierno que lo empuña.

El emperador reprobó los preliminares de la Soledad, desmintiendo en el *Moniteur* que hubiera pedido la remocion del general Prim, á fin de dejar á los otros gobiernos que fueran jueces, como mejor les conviniera, de su dignidad y de sus intereses.

Segun informes del embajador frances en Madrid, el gobierno de la reina Isabel censuró tambien el arreglo de la Soledad. Pero esto no era enteramente exacto, visto que en las nuevas instrucciones al plenipotenciario español, se le recomendaba que obrara con la mayor prontitud y energía, abandonando todo sistema de contempORIZACION, *si el resultado de las conferencias no era completamente satisfactorio*. No puede ser más claro que se aprobaba la apertura de las conferencias, cuyo resultado no era dable saber sin tenerlas. He aquí, pues, completamente marcada ya la diferencia de política entre la Francia y la España. Una reprobación de los preliminares, sin consentir que surtan efecto: otra reserva su acción para el caso de que el éxito no corresponda á sus esperanzas.

El sentido, bien claro sin duda, de las instrucciones dadas por Calderon Collantes, fué corroborado por el general O'Donnell, el cual convino en que se habian cometido faltas, agregando que era preciso pensar en repararlas, en vez de exagerar su importancia, y proponiendo estar á la expectativa de lo que hiciera en México el partido conservador, del

cual no habia visto ni un solo acto, á pesar de todas las aserciones de Almonte. En caso de que ese partido formara un gobierno estable y de garantías, ofreció apoyarlo con toda la autoridad moral de la España. El embajador frances quedó medio amostazado con estas explicaciones.

Nosotros no tenemos que observar en esta parte, sino que si las potencias europeas esperan que los reaccionarios establezcan en México un gobierno como el que indicaba O'Donnell, bien pueden esperar hasta la consumacion de los siglos.

Asombra despues de las categóricas manifestaciones del gabinete de Madrid, que Mr. Billault tenga el descaro de sostener que la convencion de la Soledad fué oficialmente desaprobada en comunicacion dirigida al general Prim en 22 de Marzo de 1862. Esa nota, que contenia efectivamente varios reproches, dulcificados con el suave lenguaje en que se hacian, no encerraba la reprobacion que se supone. El gobierno español no estaba conforme con lo hecho; pero tampoco lo desbarataba.

En cuanto á la Francia, á mas de reforzar su ejército con tres mil hombres, y de ponerlo á las órdenes de Lorencez, confió exclusivamente la direccion diplomática á Saligny, á quien se repitió que no se queria mas que la reparacion de los agravios recibidos, y un gobierno que diera garantías para el porvenir, sin tratar de imponer la forma ni el personal de ese gobierno.

Como se ve, el gabinete imperial gira en un eterno círculo vicioso. Muchas protestas de respetar la libertad del país, al mismo tiempo que se comienza por prohibirle que subsista la administracion que espontáneamente se ha dado. La subsistencia de esta se atribuye á la tiranía que despliega para sofocar las manifestaciones de la mayoría oprimida, y á la vez se proclama que será la verdadera expresion del voto nacional la que nazca del ayoyo de una fuerza extranjera.

El difuso orador que tenemos que seguir paso á paso, re-nueva contra el gobierno mexicano la acusacion de haber continuado obrando violentamente miéntras llegaba el término señalado para la apertura de las conferencias. Incúl-palo de haber aprisionado, pillado, extorsionado franceses, de haberles impuesto contribuciones de guerra para hacerla á la Francia, y cuando estaba en negociaciones con ella. "Tengo las manos llenas de quejas—decía el orador;—lle-nas de reclamaciones de toda clase." Apoyó, además, su ase-veracion con el testimonio de una persona que llamó honra-da y perfectamente verídica, la cual comunicó que se perse-guia con encarnizamiento á los extranjeros, especialmente á los franceses y á los españoles; y pronunció luego estas pa-labras, que por su importancia debemos reproducir textual-mente: "El bondadoso ministro de una nacion extranjera, "que prestaba temporalmente en México el apoyo, bien im-"potente, de su autoridad, á nuestros nacionales, nos escri-bia detalles semejantes; nos señalaba todas las miserias, to-das las arbitrariedades, todos los insultos de que eran víc-timas nuestros conciudadanos."

Inculpaciones tan graves carecen de fundamento: se for-mulan, como las anteriores, con estudiada vaguedad, cuando debian referirse á hechos marcados. Precisamente nos cabe la honra singularísima de haber guardado increíbles consi-deraciones á los franceses residentes en la República, no so-lamente cuando estaban pendientes las negociaciones, sino despues de rotas las hostilidades. Inconcebible se hace á los que han observado tan meritoria conducta, que existan que-jas y reclamaciones de violencias imaginarias. O Billault ha supuesto lo que no existe, ó los quejosos son gentecilla men-guada que así paga la deuda de gratitud que nos debe.

La persona misteriosa que corroboró las acusaciones, será

todo lo que se quiera, ménos honrada y verídica. La encar-nizada persecucion contra franceses y españoles, es una men-tira de á folio.

La alusion "al bondadoso ministro extranjero," que tam-bien nos pone de oro y azul, es de tal manera trasparente, que nadie puede equivocarla. Se trata de Mr. Wagner, el representante de la Prusia. Corresponde al buen nombre de ese diplomático, desmentir al que lo ha puesto á discusion. Miéntras no lo haga, todo mexicano está en su derecho pa-rra hablar de tan falsos informes con la indignacion que me-recen.

¡Infeliz sino el de México! La principal causa de sus complicaciones internacionales, ha sido la poca acertada elec-cion de los plenipotenciarios que los gobiernos europeos han enviado á este país á representarlos. ¡Qué serie de cuadros para una curiosa galería! Deffaudis, Sorela, Gabriac, Pache-co, Saligny, Wagner: no hay en verdad mas que pedir.

Para que el mundo entero califique sus asertos, el ministro prusiano está obligado á señalar las miserias, las arbitrarie-dades, los insultos de que han sido víctimas los franceses. Pruebas, pruebas pedimos, á voz en cuello, á cuantos nos infaman.

Llama fuertemente la atencion, que miéntras nunca preci-sa Billault los cargos que hace, tratándose de extranjeros, sí suele determinarlos respecto de mexicanos. Verificalo así, espantándose de que se amenazará de muerte á los que han aceptado empleos y comisiones del invasor. Decidida-mente el ministro sin cartera no tiene idea de cuán horrible es el crimen de traicion, de cuán severo es el castigo que le corresponde.

El general Prim, blanco de la ojeriza, ya clara, ya encu-bierta, de Napoleon y sus satélites, vuelve á figurar en la es-

cena, para reportar el cargo de inconsecuencia. Para fundarlo, se traen á colacion tres cartas suyas, escritas el 20, el 21 y el 23 del último Marzo. En las dos primeras, se manifiesta dispuesto á romper con el gobierno mexicano, por el cobro hecho á los españoles de la contribucion del 2½ por ciento sobre capitales; por la imposicion de un préstamo forzoso á tres casas tambien españolas; y por la amenaza de cerrar la comunicacion comercial de Veracruz con el interior del país, en el caso de no ser devuelta la aduana. En la tercera, anunciaba que iba á comenzar desde aquel mismo dia sus preparativos para embarcar sus tropas, para lo que solo esperaba la última conferencia. La presencia de Almonte en los lugares ocupados por las tropas de la Francia, fué la razon oficial que se dió de semejante cambio.

El hidalgo comportamiento del marqués de los Castillejos, se acrisola con el conocimiento de estos antecedentes, con los que se ha querido ponerlo en contradiccion consigo mismo. Surgen entre el caudillo español y el gobierno mexicano diferencias procedentes de ciertas medidas del segundo, y el primero manifiesta su disgusto en términos fuertes. A poco cesan los principales motivos de la desavenencia: nuestro gobierno consiente en no cobrar á los extrangeros la contribucion sobre capitales, y en no exigir á las casas españolas la cuota que les habia señalado. Satisfechas así las reclamaciones del general Prim, natural y lógico era que no insistiese en un rompimiento que no tenia ya explicacion. El último punto de desacuerdo estaba discutiéndose cuando ocurrieron los sucesos relativos á la indebida proteccion otorgada á Almonte por los plenipotenciarios franceses.

Esa proteccion era contraria á lo estipulado en el convenio de Lóndres, á la política que habian prometido observar las tres potencias aliadas. Los lugares ocupados por las

tropas francesas, no lo habian sido por el derecho de la guerra, sino por una concesion del gobierno mexicano. Continuaban formando parte del territorio que le obedecia, y los comisarios del emperador cometian un atentado, al abrigar allí bajo su bandera á un hombre puesto fuera de la ley. Huéspedes en casa ajena, la violaban sin justicia con la admision de un enemigo del dueño, enemigo al que le estaba prohibida la entrada. Estos principios claros, intergiversables, fijaban la calificacion de la conducta observada. Existia una flagrante infraccion del tratado de Lóndres, roto el cual, quedaba forzosamente disuelta la alianza que lo habia reconocido por origen. La inconsecuencia no estaba por lo mismo de parte del conde de Reus: estaba sí de la de Saligny y la Gravière.

Ya el almirante, en su correspondencia con el comisionado español, habia indicado con repeticion la idea de romper los preliminares de la Soledad. Reprochaba á su corresponsal haber abierto nuevas negociaciones diplomáticas: enun-ciaba como motivo suficiente para interrumpirlas los supuestos atentados de Juarez: proponia que se pidiera al gobierno mexicano que retirara sus edictos de muerte, y que dejara expresar su opinion á sus amigos y á sus adversarios: ofrecia respetar la voluntad del pueblo, aun cuando votara por la república con el mismo Juarez; y exigia cuando menos una amnistía.

Apareciendo la firma de Jurien en los preliminares de la Soledad, se vuelve contra el mismo el cargo de haber abierto nuevas negociaciones. Si se sometió á la influencia preponderante de Prim, no por eso quedaba dispensado de respetar sus propios actos. Y si consideraba el paso incompatible con la política de su gobierno, debió entónces oponer una resistencia invencible, en vez de aceptarlo, para que le sirviera despues de texto de recriminaciones.

Pretension original era la de la derogacion de las leyes expedidas contra los traidores. Punto es este que hemos tenido necesidad de tocar varias veces, por la asombrosa tenacidad con que se reproduce. Hemos dado ya, y no creemos necesario reproducirlas, las razones incontestables que se oponen á tan peregrina idea. Poco ha faltado á sus propagadores, para pretender que se ofrecieran premios á los que recibieran con los brazos abiertos á los invasores.

No ménos absurdo es el otro pensamiento de que el actual gobierno ponga á discusion su legitimidad, de la cual está satisfecho, sobre lo que se ha expresado terminantemente el voto del pueblo, solo por quererlo así una potencia extranjera, que niega, sin embargo, su pretension de intervenirnos. Si mañana un ejército ruso ó austriaco, invadiera la Francia, ¿consentiria Luis Napoleon en abdicar el poder, mientras se informaba el extranjero si la opinion nacional estaba por el duque de Burdeos, por el conde de Paris, ó por el sistema republicano? Seguros estamos de que ninguna autoridad constituida pasaria por la humillacion de sujetar á potencias extrañas, los títulos en virtud de los cuales ejerce el poder.

Pero si el gobierno de Juarez no ha pasado por tan ridícula demanda, el resultado práctico ha venido á llenar los deseos del almirante. Amigos y adversarios de aquel, han expresado ya su opinion: unos, proclamando á Almonte y uniéndose al invasor, ó bien con un silencio harto significativo: otros, protestando contra la invasion, reconociendo como el único legítimo, como el único que han de acatar, el Gobierno constitucional establecido. Basta contar á los unos y á los otros, para conocer de qué lado está la inmensa mayoría del país. En la expresion de esos votos no ha cabido opresion, por no ser admisible otra que la física, la cual no

ha existido, puesto que toda su fuerza armada la ha empleado el gobierno en contener al enemigo extranjero, ó en perseguir gavillas de bandidos. La opresion moral, nacida de los edictos de muerte, habria sido impotente para sofocar la voluntad nacional. No es con un pedazo de papel, con lo que una autoridad desprestigiada é impotente logra conservarse en un puesto usurpado. El ejemplo lo tenemos en Almonte, en Zuloaga, en Márquez, que han dado y dán la muerte á los que no los siguen, y no por eso hay una sola poblacion, libre de fuerza extranjera, que haga protestas á su favor.

La elocuencia de los hechos ha revelado con una claridad que no puede negarse de buena fé, la decision del país por la constitucion y leyes de reforma que actualmente la rigen, y por el gobierno existente. No falta pues, otra cosa, sino que se cumpla la promesa de respetar la voluntad del pueblo mexicano.

En lo que concierne á la amnistía, ó se pedia para delitos anteriores, y entónces ya estaba dada; ó se solicitaba para los futuros, lo cual, á mas de absurdo, envolvia la dificultad de concederla para el inperdonable crimen de traicion á la patria.

“No ha sido por mi voluntad,—escribia la Gravière á Prim,—por lo que los emigrados mexicanos han partido de Veracruz, escoltados por el batallon de cazadores á pié.” Explique quien pueda, cómo en el disciplinado ejército frances, se dispone de las tropas para actos de inmensa trascendencia política, sin anuencia del general en jefe. En las preñadas palabras del almirante, nos parece entrever la indicacion de que paso tan injustificable habia sido obra de Saligny. Poco impota aclararlo. Autorizado ó no previamente, el hecho fué aprobado por los dos comisarios franceses: igual

es su responsabilidad en uno ó en otro caso. La presencia de Almonte y demas emigrados en el territorio hospitalario, sujeto al gobierno establecido en el país, infringia la convencion de Lóndres: lo demas es secundario.

Apoyando el ministro Billault las ideas emitidas por la Gravière, insinuaba maliciosamente que no era un hecho nuevo en los recientes fastos políticos de la Francia, el de pueblos convocados para expresar su voluntad sobre la eleccion de un gobierno, y que habian visto comenzar la era de su libertad al abrigo de un pabellon que no llamarán extranjero, aun cuando sea el pabellon de la Francia. Partiendo de tal antecedente, llamó obra liberal, y no de opresion, la que se trataba de ejecutar en México, y hechó en cara á Julio Favre que lo que le parecia bueno mas allá de los Alpes, no le pareciera tambien bueno mas acá de los mares.

La alusion de esta parte del discurso, que tanto abunda en alusiones á la vez que es tan parco en hechos, se refiere á los sucesos de Italia. ¡Bonita comparacion, propia solo para alucinar á los que no estudian la historia! Para contener la ambicion insaciable del Austria, que queria subyugar el único Estado de Italia no sometido á su dominio directo ó á su imperio moral, la Francia presentó el formidable apoyo de su espada al rey *galant'uomo*, que jugaba su cetro por la independencia de la Península y el engrandecimiento de su casa. Se compara, pues, el auxilio dado á una parte del pueblo italiano para que libertase á la otra de una ominosa dominacion extranjera, con la intervencion en los negocios domésticos de un país en el pleno ejercicio de su soberanía. Cuando dos potencias recurren á las armas para decidir sus diferencias, nada tiene de extraño que una tercera se ponga al lado de alguna de aquellas, tomando en la guerra una parte activa. ¿Qué punto de semejanza hay entre ese caso y

el de un invasor, que debia limitarse á lo sumo á la reparacion de determinados agravios, y que se ingiere á poner al país en tutela, para explorar su voluntad?

Sobre la libertad de los votos que emiten los pueblos, al abrigo como dice Mr. Billault, ó bajo la presion, como decimos nosotros, de un pabellon extranjero, hay elocuentes ejemplos en la historia de la Francia y de la familia imperial. El príncipe Gerónimo subió así al trono de Westfalia, del que fué arrojado en cuanto cesó el imperio de la fuerza. Así tambien se llamó rey de España y de las Indias José Napoleon, y á pesar de que como hombre y como monarca era muy superior á Fernando VII, los españoles sostuvieron una lucha de una heroicidad eternamente envidiable, por sostener al soberano de su eleccion contra el nombrado por la junta de Bayona con arreglo á las instrucciones del emperador. Así, en fin, levantaron los Borbones en Paris su derribado trono sobre las puntas de las bayonetas extranjeras, y jamas olvidaron los franceses el origen expúrio de la restauracion.

Nosotros, (y creemos que con nosotros Julio Favre) que no tenemos dos balanzas, que juzgamos con el mismo criterio lo que pasa mas allá de los Alpes y mas acá de los mares, opinamos que ni en México, ni en Italia, ni en ninguna parte del mundo, tiene derecho la Francia ó cualquiera otra potencia, de intervenir en sus asuntos interiores, de derrocar los gobiernos establecidos, de convocar al pueblo para que declare ante el invasor la forma y las personas que prefiere. Opinamos ademas que cuando el país invadido ha manifestado ya, de una manera bien clara, que repugna la intervencion, que está conforme con el orden de cosas existente, es un atentado escandaloso continuar la exploracion buscando que dé el resultado preciso que se desea.

Al llegar á la conferencia de 9 de Abril, se queja el orador de que Favre citara con suma complacencia la parte del protocolo que contiene las opiniones del general Prim y á Sir Charles Wyke, sin tomar una sola de las frases de los dos plenipotenciarios franceses, cuyas razones y aserciones califica de mas dignas de crédito, que las de los agentes extranjeros que se separaban en aquel momento de conflicto entre dos opiniones contrarias.

Cuando se discute de buena fé, nada importa quien dice las cosas: á su sustancia hay que atender, no á accidentes insignificantes. La razon no deja de ser razon, por salir de una boca española, inglesa ó mexicana: los absurdos no dejan de ser absurdos, por proferirlos bocas francesas. Por lo mismo que se trata de un conflicto entre dos opiniones contrarias, al decidirse por un extremo, hay apremiante necesidad de adoptar como buenos los fundamentos que lo apoyan. Julio Favre se convenció de que la política leal, consecuente, caballerosa, conveniente á la vez á la Francia y á México, era lo que aconsejaban los plenipotenciarios inglés y español. Desde el momento en que penetró en su ánimo esa conviccion, el resultado natural era que combatiera los actos de los comisarios franceses, con los que no podia ya estar conforme.

Que Mr. Billault, que el cuerpo legislativo frances, prefieran creer á sus propios agentes, lo comprendemos muy bien. Que deban creerlos de preferencia, por solo ser suyos, nos parece ya opinion descarriada. Para nosotros la cuestion no es de creencias, sino de realidades. Sabemos de ciencia cierta, que las aserciones de los comisarios del emperador son falsas. Nos consta tambien que son inadmisibles sus razones.

El verdadero motivo de la separacion de los plenipoten-

ciarios, se atribuye con acierto á la diferencia de políticas. En lo que no hay cordura, es en alegar que Prim y Vyke desde los primeros dias habian reconocido y aceptado á Juárez, y querido tratar con él, olvidando esas vejaciones de nuestros gobiernos, de las que hace el discurso su vigésima edicion.

Decimos que no hay cordura en ese ataque, por haber obrado Saligny y la Gravière de conformidad con Wyke y con Prim. Sus opiniones serian contrarias, sus hechos no lo eran. Y como la responsabilidad moral y oficial nace de los hechos y no de las opiniones, idéntica era la posicion de todos los plenipotenciarios.

Habia, pues, para los franceses indeclinable necesidad de justificar la ruptura de los preliminares, y el almirante, á quien se tributan elogios desmentidos que no merece su conducta en México, se propuso salir del paso con el *ritornello* de costumbre. Declaró que en ningun país del mundo habia visto jamas inaugurado un sistema de terror igual al que pesaba sobre la poblacion de México. Agregó que aquí dominaba la opresion mas odiosa, que el padre era arrancado del lado de sus hijos, el hijo del seno de sus madres; que los propietarios eran despojados arbitrariamente bajo los pretextos mas fútiles, y sofocada la manifestacion mas tímida de la opinion pública.

Aquí la mentira raya en hidrofobia. No se puede leer sin indignacion ese trozo, en que la calumnia se eleva á su mayor altura. Regocijaos, filibusteros, caníbales, antropófagos, los mexicanos os superamos en ferocidad. La Francia se queda corta con querer intervenirnos, cuando le era obligatorio aniquilarnos para honra de la humanidad.

Esas calumnias eran las que Billault queria que Favre tomara en consideracion. No es extraño que los que les den

crédito, no comprendan todas las iniquidades cometidas con nosotros. Basta, sin embargo, para calificar las aseveraciones de Jurién, observar que cuando pasa de las declamaciones á los hechos, léjos de citar, como debia esperarse, algunos de esos rasgos capaces de escandalizar al universo, se limita á hablar de la separacion del general Uraga del mando del ejército de Oriente, y de la prision del general Cenobio, á quien se amenazó con fusilarlo, por haber tenido relaciones pasajeras con los aliados miéntras duraron las negociaciones. Una medida administrativa y una justa amenaza: he aquí el sistema de terror de que no hay ejemplo en ningun país del mundo! Apelamos á cualquier hombre honrado, mexicano ó francés, para que con la mano en el corazon, falle en el asunto.

El almirante continuó su discurso, opinando: que se hicieran á un lado los proyectos relativos al archiduque Maximiliano; que se aplazara la cuestion de la monarquía; que por creer que los comisarios de los aliados le eran hostiles, no se presentaba la mayoría contraria á Juárez; que las personas que merecen simpatías, no se atrevian á protestar, pero que deseaban sinceramente el órden y la tranquilidad; que el partido formado de esas personas se hallaria el dia que fuera libre para declarar sus sentimientos; que el emperador deseaba en consecuencia marchar sobre México, y que tal era la determinacion del comisario frances; que si ha habido infraccion de la convencion, no consistia en haber protegido á Almonte, sino en la excesiva dulzura y las grandes consideraciones manifestadas al Gobierno mexicano; que ademas esa política parecia no haber sido bien recibida en Europa, y que habria sido mas conforme con las intenciones del gobierno imperial, la aconsejada por Saligny. El almirante agregó: "encuentro ahora la ruptura plenamente justi-

ficada, y me retiro." El ministro Billault llama á su turno á esta perorata la apreciacion fria é imparcial de un hombre que ha visto durante dos meses el país de que habla, y que por deber ha estudiado seriamente la situacion.

Debemos dar las gracias por lo de Maximiliano y la monarquía: las uvas no estaban maduras. Lo de la mayoría píca ya en historia, y no sabemos si está corriendo la suerte de la piedra filosofal, por temor á la hostilidad de los comisarios, que han venido cabalmente á darle la mano; ó por no atreverse en su timidez á protestar, sin duda por estar sola, como los gallegos del cuento; ó por esperar para declarar sus sentimientos el dia que esté libre, y que si ignora si llegará por la Navidad ó por la Pascua.

Perdónesenos si por un momento hemos tocado la cuerda del ridículo, considerando que no merecen otra refutacion los candores de niño del almirante. Nuestra corta inteligencia no alcanza á concebir cómo de esas premisas se saca la consecuencia de que se debia marchar sobre México. O no debieron los comisarios franceses haber firmado los preliminares de la Soledad, ó debieron llenar su compromiso, miéntras no recibieran órdenes en contrario de su gobierno. Entre el 19 de Febrero y el 9 de Abril, nada habia hecho México que justificara la ruptura. No firmando los preliminares, habrian obrado los plenipotenciarios franceses mas de conformidad con las intenciones del emperador. Respetándolos, habrian conservado la reputacion de hombres leales. ®

La apreciación de Mr. Jurién, apasionada y propia de un hombre que ve visiones, encontró gracia á los ojos de Napoleon, por halagar sus deseos. La ruptura, aprobada en Francia, fué obra de los franceses, segun la expresa declaracion del almirante que hemos copiado. Sobre este incidente llamamos particularmente la atencion, en justa defensa de

bertad y ha obrado en el sentido de sus opiniones. Añade que hasta la ruptura se le había impuesto la mas completa inaccion, y que ningun pretexto había dado para ella.

Luego que Almonte llegó al país, trató de hacer estallar uno de esos pronunciamientos militares á que ha sido siempre tan aficionado. La lealtad de uno de los gefes á que se dirigió, reveló la maniobra. Dióse por la prensa publicidad á sus planes, cuya autenticidad puso luego en evidencia su identidad con los de los motines de Córdoba, Orizava y Veracruz. Esto hizo el traidor desde el principio: tal fué la lealtad con que permaneció en la inaccion que se le había impuesto, segun Billault, quien ya verá si dió nuevos motivos para la ruptura.

Suponemos que nuestros lectores se habrán fijado en la frase "cuando se declaró la guerra." Alto ahí, señor ministro sin cartera. La guerra no ha sido declarada, cometiéndose así uno de los atentados que mas reprueba el derecho de gentes. La declaracion ha venido en los proyectiles dirigidos contra los pechos de los soldados mexicanos.

De que Almonte hubiera obrado en el sentido de sus opiniones, ninguna responsabilidad resultaria á los franceses, siempre que no le hubieran prestado su apoyo. La decantada imparcialidad de la política de los invasores, ha sido desmentida con hechos innegables. En la batalla del 5 de Mayo, se contó con el auxilio de las gavillas reaccionarias. En Barranca-Seca, el 99 de linea las salvó de una derrota completa. Reaccionarios é invasores han vivido desde entonces como compañeros de armas, en una confraternidad que será el escándalo del mundo civilizado. Atentatorio como era el programa del gabinete imperial, podia pasar por sabio y justo al lado del seguido prácticamente. Aquel recomendaba no inclinarse á favor de ninguno de los partidos en que está

dividido este infortunado país, consultar la voluntad del pueblo, aceptar el resultado del voto nacional. No es esto lo que se ha practicado, sino al contrario, hacer una guerra á muerte al partido liberal, aliarse al conservador, permitir la ereccion de un simulacro de gobierno enfrente del reconocido por la República entera. La expedicion francesa ha obrado en todo y por todo, en el sentido de las opiniones de Almonte.

Billault acusa á Juarez de haber querido aplicar al renegado la ley de 25 de Enero, sin embargo de que no era un proscrito, ni estaba condenado; sin embargo de que había abandonado su país por su propia voluntad, y volvía á él esperando encontrar la libertad. Billault acusa al gobierno mexicano de que quiso arrestar al renegado en la misma ciudad de Veracruz, de que dió orden para aprehenderlo, en union de sus compañeros de traicion, que se internaran en los distritos de Córdoba, Orizava y Tehuacan, poblaciones ocupadas por las fuerzas aliadas. Billault se escandaliza de que se quisiera hacer con Almonte lo que se había hecho con Robles, hombre respetado por todos, en este país en que muy pocos pueden merecer semejante elogio, y que fué cogido á lazo como una bestia salvaje y fusilado inmediatamente. Billault pregunta si habrá quien se atreva á decir, despues de semejante atrocidad, que la Francia debía entregar al general Almonte á tales monstruos.

Como Billault ignora lo que pasa en México, incurre en un nuevo error en lo que de Almonte dice. El desnaturalizado hijo de Morelos era uno de los pocos, de los muy pocos exceptuados de la amnistía, por haber suscrito el tratado que lleva su nombre, asociado con el del embajador español Mon. Había conspirado además desde el momento en que puso el pié en su país, al que no venia en busca de liber-

tad, sino para servir de escalon para la monarquía del archiduque Maximiliano. Las leyes penales de la República le eran aplicables, y el gobierno estaba muy en su derecho al mandar aprehenderlo en poblaciones, que no por dar hospitalidad á los aliados, dejaban de estar sujetas á la obediencia de la autoridad constituida, y en las que era atentatoria la presencia de un enemigo mortal de aquella, amparado por un pabellon extranjero. Robles no fué cogido á lazo, como dice el presuntuoso orador, tan ignorante en la historia como en la legislación de México: fué aprehendido cuando iba á unirse con los invasores, y juzgado con arreglo á las leyes vigentes.

En cuanto á que la Francia entregara á Almonte, Julio Favre replicó muy en su lugar, que no habia dicho eso sino simplemente que no debió conservársele entre las filas francesas, que debió vovérsele á Europa. Nosotros serémos igualmente explícitos. Tan léjos estamos de creer que Almonte debió ser entregado por los franceses, que no vacilamos en proclamar que tal accion habria sido villana; pero de eso á impartirle una escandalosa proteccion, de eso á romper por causa suya con ingleses y españoles, de eso á convertirlo en elemento de guerra civil, de eso á consentir que á la sombra de la bandera francesa se declarara por sí y ante sí gefe supremo de la nacion, hay una diferencia enorme, un abismo de por medio.

Despues de una homilia sobre la calumnia, refiere el orador que en el ultimatum preparado por Mr. de Saligny, hay dos artículos principales: uno que valúa en doce millones de pesos los perjuicios causados á los franceses, comprendiéndose en ello la acumulacion durante largos años, de infinitas extorsiones, violencias y pillajes; otro relativo al negocio de Jecker. Si respecto del primero la suma parece excesiva, una

comision francesa revisará todas las reclamaciones, y no admitirá nada que no sea legítimo.

Para que Mr. Billault tenga dudas de la exactitud del monto de las sumas justamente debidas, se necesita que estén calculadas, como lo están en efecto, con una exageracion escandalosa, en el ultimatum de Saligny. Seguros estamos de que en la revision de las reclamaciones, practicada no por una comision francesa, sino por una comision franco-mexicana, que es lo que debe hacerse, el importe de ellas quedará reducido á la quinta ó la sexta parte de la cantidad en que se les ha hecho figurar. Tomamos nota de la declaracion de que no se admitirá nada que no sea legítimo, y creemos poder declarar á nombre de México, que cuanto resulte deberse será pagado con la preferencia que siempre han tenido los créditos extranjeros.

La historia del negocio de Jecker se hace de este modo. A fines de 1859 y principios de 1860, Miramon era todavia presidente de México en la capital, y estaba aún reconocido por todas las potencias. Necesitando dinero como Juarez, y arbitrándose ambos recursos como podian en el extremo de la pobreza, celebró un empréstito con la casa de Jecker, en virtud del cual, mediante una suma que debió serle entregada, y cuya verdadera cifra ignora Mr. Billault, pues las aserciones contrarias varían entre 750,000 y tres millones de pesos, entregó por valor de quince millones billetes pagaderos en las aduanas y que debian ser admitidos por su valor íntegro, en la proporcion de la quinta parte de las exhibiciones. Jecker debia pagar ademas al portador un interes de tres por ciento. Hubo franceses que se apresuraran á comprar esos billetes, y que tienen por lo mismo en el negocio un interes legítimo.

El estar Miramon reconocido por las potencias europeas,

cuando se efectuó el empréstito de Jecker, se anuncia como una circunstancia importantísima. Distingamos. La legitimidad de un gobierno no depende ni puede depender de su reconocimiento ó desconocimiento por las potencias extranjeras. La delegacion de la soberanía nacional, cuyo ejercicio se encomienda á determinados funcionarios, es un acto exclusivamente propio del país en que tiene lugar, de lo que se deduce que la fuente de la legitimidad, no puede, no debe encontrarse en otra parte que en la voluntad del pueblo. La cuestion varía de aspecto, tratándose de las relaciones internacionales. Establecida la práctica, muy fundada por cierto, de reconocer á los gobiernos de hecho, porque así no se ingiere el extranjero en el exámen que no le corresponde de la validez de sus títulos, esos gobiernos obligan hasta cierto punto con sus actos á la nacion en que subsisten. Las naciones que los han reconocido, adquieren derecho para ser atendidas por las justas reclamaciones que hagan á favor de sus súbditos.

Para *edificacion* de Mr. Billault, como diria su compañero Thouvenel, lo sacáremos de dudas respecto de lo que verdaderamente entregó Jecker.

En dinero efectivo.....	\$ 618,927 83
En bonos comunes del 3 y 5 por ciento.	342,000 00
En bonos Peza.....	30,000 00
En bonos Jecker (los de su contrato)...	24,750 00
En órdenes de Aduanas	100,000 00
En vestuario	368,000 00
En diversos créditos y pagos	6,750 56

Total.....\$ 1,490,428 39

En esta liquidacion, formada por la Tesorería general de la nacion, hay que advertir, que computados los valores que

no son dinero al precio de plaza, el desembolso en efectivo no pudo llegar á un millon de pesos.

Siendo Jecker suizo, el interes por parte de la Francia en este negocio, debe estar reducido al de los franceses, tenedores de buena fé de los bonos emitidos. Entrar en arreglos sobre este punto, es cosa á que no dudamos se prestará siempre nuestro Supremo Gobierno.

Tenemos que consignar en este lugar un incidente gravísimo. Billault afirmó, que con motivo del mencionado asunto, se habia entablado ántes de la ruptura una negociacion con el Ministro mexicano de Relaciones exteriores, en dos notas del cual se reconocia perfectamente el principio de la reclamacion, y aun se manifestaba disposicion de acceder á ella, no obstante tratarse de la deuda de un gobierno caido, que empleó sus recursos en la lucha contra el gobierno de Juarez.

—Leed esas notas,—gritó Julio Favre.

—¡No! ¡No! ¡no las leais! contestaron muchas voces.

—Parece que mi honorable contradictor no da fé á lo que yo afirmo,—replicó Billault. Me limito á afirmar que el ministro del Sr. Juarez reconoce el principio del crédito y dice que se hará justicia, quedando solo por examinar la mayor ó menor cuantía de la suma debida.

No basta ciertamente que Mr. Billault afirme una cosa, para que sea creida. Su discurso abunda en tantas falsedades, que poco crédito merece su testimonio aislado. Pero prescindiendo del valor que darse deba á sus palabras, extrañamos que cuando en el curso de su peroracion estuvo citando textualmente para todo las notas que han mediado en la cuestion mexicana, solamente en este punto, bien arduo por cierto, se limitara á una simple referencia. En materias sometidas á la discusion del mundo entero, es obliga-

torio presentar los documentos originales, para que con su vista se forme el juicio correspondiente. Una mala inteligencia, un descuido casual, ó una malicia refinada, pueden hacer cambiar completamente el sentido de lo que se haya dicho.

No ponemos dificultad en que se haya ofrecido por nuestro Ministro de negocios extranjeros, tomar en consideracion el escandalosísimo negocio de que se trata, para resolver lo que corresponda en justicia. Pero que haya mediado promesa de acceder á la reclamacion, es cosa que no solamente no creemos, sino que estamos autorizados para desmentir. El mismo Billault alteró la significacion de lo que acababa de aseverar, al convenir en que estaba por examinar la mayor ó menor cuantía de la suma debida. En ese monto está cabalmente el busilis, pues si bien en obvio de mas graves dificultades, se podrá acceder á dar algo, habrá que desechar en su mayor parte una reclamacion relativa á un contrato de agio, en que se quiso tener la enorme utilidad de catorce millones de pesos.

Prestándose una ganancia tan exorbitante á fuertes desembolsos, ha corrido con mucho valimiento la voz de que en el éxito del asunto estaba personalmente interesado Saligny, Gabriac, y algunos de los personajes mas prominentes de la corte de Francia. De calumniosos ha tachado esos rumores el órgano del gobierno imperial, asegurando que el crédito será legalmente liquidado, como los demas, segun las reglas de la justicia y de la equidad. Tambien de esta declaracion tomamos nota para su debido tiempo, abrigando siempre cierto temor de que esas reglas sagradas sean entendidas de una manera desfavorable para nosotros.

Como un nuevo cargo al general Prim, se llamó la atencion del cuerpo legislativo sobre las frases de una carta

del Sr. Doblado, escrita el 12 de Abril, en que se manifestaba el deseo de celebrar un tratado que llevara á su reina el caudillo español, como una prueba de las simpatías que ha sabido conquistar en México, con su conducta noble, recta y verdaderamente diplomática; y se daba á entender que en media hora se entenderian ambos plenipotenciarios, dando á los dos países un dia de gloria con su reconciliacion. Tambien se leyó íntegra, sin que para ello hubiera la dificultad que para las notas de nuestro Ministro de relaciones, la contestacion del conde de Reus, aceptando la proposicion.

En vano se afanan Napoleon, sus ministros, sus periódicos asalariados, en aglomerar cargos injustos contra Prim. México conoce todo lo que tiene que agradecerle. España aplaude su comportamiento. Inglaterra manifiesta su conformidad con una resolucion, adoptada de acuerdo con su digno representante Sir Charles Wyke, y aprobada por el gobierno británico. Los Estados-Unidos lo reciben con agasajos inauditos. Los hombres imparciales de las naciones desinteresadas en la cuestion, lo elogian sin reserva. La historia confirmará este juicio de los contemporáneos, llamándolo cumplido caballero y hábil diplomático.

No creemos del caso tomar en consideracion las razones con que apoyó el orador, que no haya aprobado el gobierno inglés el tratado que celebró su representante.

Rota la triple alianza, queda la Francia sola, y el emperador no se presta á retroceder. Mr. Thouvenel, en oficio dirigido á Saligny, y Napoleon en carta particular al general Lorencez, insisten en la política que afirman haberse propuesto seguir desde un principio. Tenemos siempre la constante aseveracion de que solo se quiere la reparacion formal de los agravios sufridos, y garantías de seguridad ulterior para los franceses. Se niega de nuevo que se quiere imponer

un gobierno cualquiera al pueblo mexicano. Se protesta que se desea la dicha y la independencia de este hermoso país bajo una administracion estable y regular. Y se pretende conciliar todo esto con que la obra de la regeneracion tenga efecto en presencia del ejército frances.

En lo que concierne á Almonte, se habla de la confianza que inspira su carácter, se encarga que se le siga tratando con las consideraciones que merece. Declárase, sin embargo, que la responsabilidad de los agentes del gobierno imperial no debe confundirse con la del propio Almonte, en los sucesos en que pueda ó sea llamado á tomar parte, dejándolo que por su propia voluntad y con toda la independencia de sus convicciones, se dirija al patriotismo de sus conciudadanos, y solicite su cooperacion.

Como una prueba de consecuencia, proclama Mr. Billault, que desde el primero hasta el último día, ora hable el ministro de negocios extrangeros, ora la palabra soberana del emperador, no ha habido la menor diferencia, la mas leve desviacion, observándose siempre el mismo objeto, siempre los mismos principios, siempre la misma voluntad.

Dos observaciones tenemos que hacer: La uniformidad de la política de la Francia no prueba su bondad. Para nosotros es inaceptable. Ni la reparacion de agravios, ni las garantías de seguridad, la facultan para intervenir en nuestros negocios interiores. La supuesta libertad que se ofrece al pueblo para su regeneracion, no es compatible con la presencia de las bayonetas de otra nacion. Desconocemos, ademas, en el extrangero el derecho de derribar gobiernos establecidos, de venir á derramar sangre, de tomar ciudades, de explorar la voluntad del pueblo. La intervencion armada no puede presentarse con caracteres mas marcados. La política imperial, Mr. Billault, es uniforme, pero mala.

Esta es nuestra primera observacion. La segunda consiste en que esa política, uniforme en teoría, sufre en la práctica desviaciones terribles, ó por orden del mismo que la sostiene, ó por culpa de sus agentes, que no son empero reprendidos ni separados. Así vemos que la responsabilidad de los plenipotenciarios y de los generales franceses se confunde con la del traidor Almonte: que juntos se batan con las tropas liberales franceses y traidores: que bajo el amparo de los invasores se establece un llamado gobierno, que no habria subsistido un momento sin esa proteccion.

El orador se burla del sabio consejo dado por Favre, de tratar con México y retirarse. Repite que tratar de nada sirve, por no cumplir México los tratados que firma. Exclama que retirarse no es posible, cuando la sangre francesa ha corrido, cuando ha sido detenido el pabellon frances, cuando se han votado por aclamacion los quince millones de francos que fueron pedidos, cuando todos los corazones franceses se indignarian con semejante cobardía, cuando los hijos de la Francia están aquí sufriendo oprimidos, cuando el pabellon nacional, que ha visto doblegarse ante él los mas gloriosos, y vencido las falanges mas belicosas, y paseado sus victorias por la Europa entera, tendria que retirarse de México, sin ninguna satisfaccion militar, avergonzado y confuso.

México sabe cumplir los tratados que firma. Lo hemos probado ya con datos irrecusables, que seria excusado repetir. Supongamos, no obstante, que no cumple: nada entonces conseguirá la Francia con un nuevo gobierno, que será tan informal como todos los demas que se han sucedido en el largo espacio de treinta años.

Pero si mala es esta razon, peor es la otra, que no reconoce otro origen que la vanidad ofendida, el amor propio mortalmente herido. Ella equivale á decir que, aun cuando

la guerra fuera á los ojos del mismo gobierno imperial lo que es á los nuestros, atentatoria, injustificable, habria que seguirla á pesar de eso, por haber sido los franceses derrotados en Puebla, y derrotados por tropas mexicanas. Ante el orgullo nacional de la Francia vale esto mucho, muchísimo, de la propia suerte que ante la razon no vale nada.

El órgano imperial insiste en sus observaciones. Dice que entre dos naciones, de las que una es deudora y otra acreedora, cuando la deudora se ha negado á pagar y ha violado injuriosamente todas las obligaciones, no hay entre ellas ya para hacer respetar el derecho, mas que Dios y la fuerza. Teme que si el gobierno frances sigue usando de la paciencia que no le ha permitido anonadarnos, todos los franceses residentes en las Indias Occidentales no tendrian mas recurso que evacuar ese hemisferio, abandonando su fortuna, sus intereses, su orgullo nacional, y huyendo con su pabellon, impotente ya en lo futuro para protegerlos.

Conformes estamos con la teoría de las dos naciones acreedora y deudora, con solo la taxativa de negar que hayamos dejado de pagar y violado todas nuestras obligaciones, y de que el uso de la fuerza se limite á hacer efectivo el pago.

El temor de la suerte que corrieran los franceses en las Indias, como se llama todavía á los pueblos hispanoamericanos, es infundado de todo punto. Los ingleses y españoles, cuyos gobiernos han seguido el consejo dado á la Francia, no solo continúan viviendo con las mismas garantías que ántes, sino que son mejor vistos.

El orador acaba pidiendo que no se dude de la legitimidad de la guerra; que se proclame justa y necesaria; que los soldados franceses sepan que los acompaña la ardiente simpatía de su país, y que la nacion entera está detras de ellos; que sepan tambien que el pabellon en torno del cual derra-

man su sangre, es y no cesará de ser nunca, el pabellon del derecho, de la justicia, de la civilizacion y de la libertad.

La legitimidad de la guerra, su justicia, su necesidad, no han podido probarse, á pesar de los desesperados esfuerzos que se han hecho con tal objeto. Que la Francia sienta simpatía por sus soldados, nos parece muy puesto en razon. No así lo del pabellon, que no representa en la cuestión mexicana nada de lo que se dice.

Hábil en verdad es el discurso que hemos refutado. A los que no estén al tanto de la exactitud de los hechos, á los que no profundicen las cuestiones, deberá impresionarlos una peroracion diestra, metódica, bien combinada. Por fortuna, Dios no permite que las malas causas triunfen en el tribunal de la razon, ante el que las presenta descarnadas, deformes, el escalpelo del análisis. Tal es el caso de la cuestión mexicana. Las sombras del porvenir ocultan todavía el éxito, feliz ó desgraciado, de la guerra que se insiste en hacernos: lo que sí está averiguado ya, de hoy para siempre, es de qué lado están la justicia y el derecho.

general Prim, sobre quien ha pretendido echarse tal responsabilidad.

Habló á su vez Mr. de Saligny, para recordar que el objeto positivo y principal de la convencion de Lóndres, habia sido obtener satisfaccion de los ultrajes recibidos, y fundándose en que el reinado de las extorsiones, de la tiranía y de la violencia, se habia hecho doblemente mas odioso que ántes, é intolerable la situacion de los extrangeros, por estimularse la audacia del Gobierno mexicano con la actitud de las fuerzas aliadas, declaró formalmente que no trataria con ese gobierno, y que su opinion formada con toda madurez era que se debia marchar sobre México.

Tambien á Mr. de Saligny comprende el cargo de haber suscrito los preliminares de la Soledad, si los consideraba contrarios á los fines de la triple alianza. Las nuevas inculpaciones al Gobierno mexicano, cansan ya, y se resienten como todas, de vaguedad é incoherencia. Dos puntos son los que quedan averiguados: que no hubo fundamentos sólidos que alegar para la ruptura; y que ella fué efectuada única y exclusivamente por los representantes del emperador.

En la conferencia de que venimos hablando, explicó el general Prim satisfactoriamente el cambio de resolucion notado en sus cartas de Marzo. Entre el 20 y 23 de ese mes tuvo una conferencia con dos ministros mexicanos; y habiendo quedado satisfechas sus quejas, no podia ya racionalmente insistir en su resolucion anterior. Para poner á prueba la sinceridad del Gobierno mexicano, no habia ya que esperar mas que unos cuantos dias. Era inexplicable la prisa que entonces corria á los que se jactaban de haber esperado treinta años. La verdad de las cosas es, que lo que se queria por parte de los comisarios franceses, era la caida del gobierno con que habian tratado. No cabe, pues, disculpa en la monstruosa inconsecuencia de Saligny y de Jurién.

Es tan poco lo que se cuida en el extrangero de imponerse de nuestras cosas, que en todo se cometen errores. Así al hablar del Sr. Echeverría, lo llamó Billault, ministro de justicia de Juarez. Lo que sí averiguó bien fué que era tío de Prim, hecho que maliciosamente puso en conocimiento del cuerpo legislativo; y cuando observó el efecto de tan páfida insinuacion, protestó con hipocresía que ni él, ni el emperador, querian decir nada ofensivo para nadie. De ser ese el verdadero propósito de ambos, el orador se habria abstenido de hacer mencion de una circunstancia, que evidentemente llevaba por objeto dar á entender que el marqués de los castillejos habia sacrificado á miras personales, el interes de España y la política europea. Tanto jesuitismo habria indignado á Pascal.

A impulsos del odio que el justificado comportamiento del caudillo español ha infundido á la corte de las Tullerías, se le acusa de inconsecuencia por haber obrado en distinto sentido en el caso de Almonte y en el de Miramon, á pesar de estar el segundo mas comprometido en las disenciones civiles de México, y de ser su posicion mas notable, mas marcada que la del primero. Cuando Miramon llegó á Veracruz, Prim se esforzó en que no fuera conducido á las Bermudas. Su conducta fué aprobada por su gobierno, el cual le recomendó que protegiera á todo el mundo indistintamente, é impidiera todo acto que pudiera aparecer apasionado ó violento. La acusacion contra Prim se extiende hasta á afirmar que echó en olvido las órdenes de su soberana.

El ministro Billault es poco feliz para las comparaciones. Los casos de Miramon y de Almonte son enteramente diversos. Una cosa es permitir ó impedir la entrada al país de una persona, y otra abrirla bajo un pabellon extrangero, otorgándole una abierta proteccion. Para que la comparacion

fuese exacta, se necesitaria una de dos cosas: ó que el conde de Reus se hubiese opuesto al desembarco de Almonte, despues de consentir en el de Miramon; ó que hubiera abrigado á Miramon bajo el pabellon español, protegídolo abiertamente, llevádolo con escolta de tropas españolas á los lugares sometidos al Gobierno mexicano, en que se habia concedido asilo hospitalario á las tropas extranjeras. Ninguno de los extremos de la disyuntiva es cierto. El general Prim consintió en el desembarco de Almonte, lo mismo que hubiera consentido en de Miramon. Obró, pues, de conformidad con las instrucciones que le prohibian todo acto que pudiera parecer apasionado ó violento, sin que en su conducta se encuentre inconsecuencia alguna. Lo que él reprobó, y muy justamente, no fué acto alguno que él hubiera ejecutado, ó se propusiera ejecutar.

Billault insiste en la cuestion de Almonte, ya bajo el punto de vista mexicano. Defiende al gobierno imperial del cargo de haberle mandado para suscitar la guerra civil á la sombra del pabellon frances, recordando que llegó en una época en que segun la conviccion de todo el mundo, debia estar ya alcanzado el objeto que se habian propuesto las potencias aliadas, y México en libertad de escoger un gobierno. Bajo este supuesto, se asegura que la intencion de la Francia era que todos los ciudadanos mexicanos, cualquiera que fuese su opinion, expresasen su voluntad sobre el gobierno de su país, sin que de ese voto nacional fueran excluidos los que Juarez considerase como enemigos suyos.

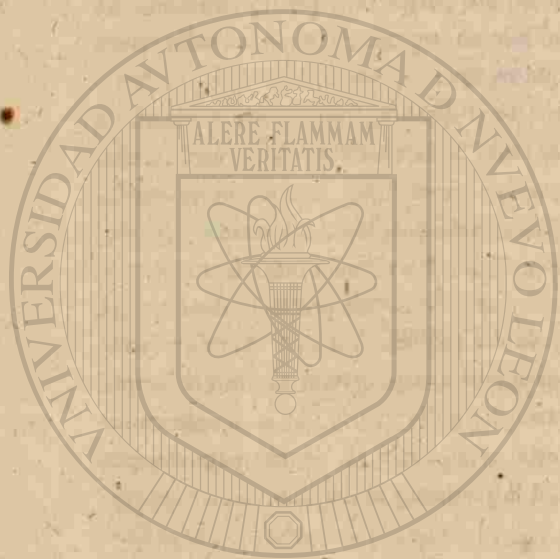
Napoleon ha incurrido en el error crasísimo, de creer que basta un soplo para derribar al Gobierno constitucional que México se ha dado. Acaso la leccion de Puebla habrá comenzado á disipar su preocupacion. Los sucesos posteriores acabarán de convencerlo de la ingente vitalidad del ac-

tual órden de cosas, que es de tal naturaleza, que aun cuando las armas francesas triunfen en todas partes y ocupen nuestra capital, no por eso habrán conseguido su objeto. El Gobierno constitucional seguirá viviendo, reconocido por el país entero. Los invasores no serán dueños mas que del terreno que pisen. Lo mas que podrán hacer, será establecer un gobierno de burlas, compuesto de traidores; pero no pasará de sueño lo de los grandes comicios abiertos bajo su proteccion, lo del voto nacional expresado bajo sus auspicios.

De tales consideraciones se desprende, que andaban muy equivocados los que daban por terminada la cuestion á la venida de Almonte. No podia estar concluida, aun cuando los aliados no hubieran entrado en pláticas de paz con nuestro Gobierno, aun cuando no hubieran firmado los preliminares de la Soledad. Motivos habia, pues, para creer que se suscitaba la guerra civil á la sombra del pabellon frances, y con tanta mayor razon, cuanto que Almonte no venia por su cuenta y riesgo, sino como enviado del emperador, despues de haber recorrido las cortes europeas como corredor de candidaturas monárquicas. Almonte se jactó sin ser desmentido, de contar con la proteccion imperial; Almonte se hizo despues á sí mismo gefe supremo nominal de la nacion, y esta farsa, y la expedicion de sus decretos, y sus actos todos, han sido ejecutados á la sombra del pabellon frances.

Gran diferencia hay entre esto, y venir como uno de tantos ciudadanos, amigos ó enemigos de la autoridad constituida, á votar por determinada forma de gobierno.

Como si no hubiera pasado nada de lo que acabamos de relatar, afirma el orador que Almonte nada ha hecho, mientras ha permanecido al abrigo de la bandera de la Francia, y que mas tarde, cuando se declaró la guerra, recobró su li-



LA CUESTION EXTRANGERA

México, Agosto 27 de 1862.

La cuestion mexicana ha salido ya de la oscuridad en que por tantos meses estuvo envuelta. Llegó, como era natural, el dia de las revelaciones, conforme á las cuales podemos formarnos idea exacta de la política europea. Las miras con que las potencias aliadas celebraron la convencion tripartita, han quedado bien definidas, lo mismo que las alteraciones provocadas por el curso de los acontecimientos.

Sobre puntos tan importantes ha derramado profusa luz la publicacion hecha en Inglaterra, en España, en Francia y en los Estados-Unidos, de documentos diplomáticos de mucho interes, tanto por su carácter oficial, cuanto por el mérito intrínseco de las noticias que contienen.

Aunque nosotros no hemos logrado haber á las manos, para estudiarla con el detenimiento debido, ninguna de las colecciones publicadas, sí conocemos ya varias de las piezas que las forman, y no habiendo podido apreciarlas anteriormente, juzgamos llegada la ocasion de hacerlo, dando preferencia á las que atañen á la esencia de la cuestion.

de esos crímenes, y de las autoridades que, pudiendo, no procuraron impedirlos; y la solemne promesa de que se evitaria en lo sucesivo la repetición de tan atroces atentados.

De las diversas peticiones comprendidas en esta reclamación, la del abono de las indemnizaciones dependía de la suerte que corriera la relativa al cumplimiento del tratado. Por lo que concierne al resarcimiento de perjuicios, la condición apuntada de que las autoridades no hubieran procurado evitar los atentados, pudiendo hacerlo, salvaba toda dificultad. Solamente en ese caso ha debido y debe haber lugar á resarcimientos y castigos. La promesa de evitar la repetición de crímenes semejantes, es tan justa como sencilla.

La cuarta y última pretensión se refería al pago de cuarenta mil pesos por valor de la barca "Concepción," de su cargamento, y de los daños sufridos por sus dueños y cargadores.

Apresada la barca, no indebidamente, sino con entera sujeción á las leyes de la guerra, no existe ciertamente título fundado para la indemnización procedente de tal origen.

Por el rápido exámen que hemos hecho de las exigencias españolas, se verá que no son sin fundamento las calificaciones de injustas casi en su totalidad. Pudiera de aquí deducirse en buena lógica que deben desecharse, suceda lo que sucediere; mas para no opinar así por nuestra parte, nos asisten dos razones que nos hacen ingente fuerza. La primera consiste en que, cuando se trata de las desavenencias que ocurren de nación á nación, tanto ó acaso mas que á la justicia, debe consultarse á la conveniencia; y así, si para evitar una guerra calamitosa, hay necesidad de sacrificar algo del propio derecho, por bueno que sea, la cordura aconseja hacerlo. La segunda razón emana del cambio de posición en que nos encontramos actualmente con la España. Después

del noble comportamiento del general Prim, aprobado por su gobierno, sancionado por su nación, estamos en el caso de dar pruebas de que no nos quedamos atrás, cuando se presenta la ocasión de obrar caballerosamente. Opinamos, pues, por los motivos expresados, que debemos hacer ahora lo que en justicia podríamos negarnos á hacer, lo que hubiéramos hecho en Enero. Opinamos que debemos ser dóciles en las cuestiones en que no vaya de por medio mas que el dinero, pues aunque somos pobres y estamos arruinados, la nación hará gustosa sacrificios por sostener en alto puesto su honor y su dignidad. Opinamos, en fin, que no debemos resistirnos sino á aquello que afecte esa dignidad nacional, que siempre ha de conservarse intacta, y á cuya pérdida sí es preferible cualquiera otro mal, inclusa la guerra con todas sus calamidades.

Como corolario de estos principios, quisiéramos que desapareciese hasta el nombre de ese tratado Mon-Almónte, tan detestable para nosotros por tantos capítulos. Pásese en buena hora, si así se estima indispensable ó se juzga conveniente, por todas ó las mas de las estipulaciones que contiene; pero sin consentir en que reconozcan por origen aquel convenio nefando. Y no se crea que esta es una cuestión de nombre, indigna de suscitar serios debates. Considérese por una parte, que importa mucho dar á las obligaciones definitivas que contraigamos con la España el carácter mas respetable, haciéndolas emanar de una autoridad que legítimamente represente á la nación; y reflexiónese por otro lado en los inconvenientes que ofrecería cimentar nuestras relaciones con la Península Ibérica, bajo la fé de un tratado conocido con el nombre del traidor, cuya memoria será perpetuamente execrable en nuestros fastos.

Pasando ahora al ultimatum de la Gran Bretaña, encon-

tramos como primera condicion, la de que el gobierno de México ha de dar al de S. M. B. una positiva y material garantía, para el debido y fiel cumplimiento de todas las estipulaciones contenidas en los varios tratados, convenios y arreglos existentes en la actualidad entre ambas naciones.

No es llano seguramente para una nacion que se encuentra en tan tristes circunstancias como México, dar esa garantía que se pide, por mucho que se desee hacerlo, para comprobar el íntimo deseo nacional de cumplir leal y fielmente con las obligaciones estipuladas. Creemos, sin embargo, que es asequible la pretension, y ya diremos cómo, cuando lleguemos á la cláusula en que los comisarios ingleses desarrollan su pensamiento, enunciado aquí de una manera vaga.

Comprendia la segunda reclamacion, el conjunto de diversas deudas, que son: la de los 600,000 pesos violentamente extraídos de la legacion inglesa, y cuya devolucion inmediata se pedia, con el interes del 6 por ciento; la de los 269,000 pesos que aun quedan por reintegrar del dinero tomado de la conducta de Laguna Seca, cuyo pago se exigia en iguales términos, con el rédito del 12 por ciento; la de las cantidades debidas á los tenedores de bonos de Londres y de la convencion inglesa, que se hallaban en las administraciones de aduanas al tiempo que se suspendieron los pagos por la ley de 17 de Julio, abonándose á los propietarios el interes del 6 por ciento.

Para la devolucion inmediata que se pretendia, se habria pulsado, y se pulsará ahora si se renueva la exigencia, la dificultad insuperable de carecer de lo necesario para el pago. Fuera de esta imposibilidad material, ningun obstáculo habrá para pagar de toda preferencia.

En cuanto al rédito, nos parece exagerado el de las cantidades que dejaron de pagarse por la ley de Julio. El tanto

generalmente adoptado para la deuda exterior é interior de la República, es el de 3 por ciento, y solo por motivos muy graves y excepcionales se deberia alterar esa cuota.

Esta cuestion es de poco momento; pero no sucede así con la de los bonos de Londres. La deuda contraida allí no es inglesa, ni ha tenido nunca carácter diplomático. Repetidas veces se ha pretendido dárselo, sin que nunca hayan consentido en ello nuestros gobiernos, para lo cual se han fundado en razones incontestables. Los tenedores de esos bonos tienen aquí un comisionado especial, único que los representa legalmente, y con quien siempre se han entendido nuestras autoridades en todo lo concerniente al asunto.

La mas terrible de las pretensiones inglesas es la tercera, relativa al nombramiento hecho por el gobierno británico de interventores de las aduanas de los puertos, con facultades para reducir á la mitad los derechos de importacion, si lo estimaren necesario, y para intervenir en la recaudacion de los productos, á fin de asegurar la justa y equitativa distribucion de la parte asignada á los tenedores de bonos de la convencion y deuda de Londres.

La facultad dada á unos agentes extranjeros de alterar los derechos del arancel, seria la abdicacion de la soberanía nacional. Al legislador de un país es á quien corresponde, única y exclusivamente, señalar los impuestos que han de pagarse, sean de la clase que fueren. En materia tan delicada no hay delegacion posible, ni cabe conformidad con pensamiento tan humillante.

En la intervencion de los productos de las aduanas, se encuentra la explanation de la garantía material y positiva á que se habia aludido ántes. Para evitar que los fondos consignados al pago de la deuda extranjera se distraigan de su objeto, se quiere que tengan, luego que se perciban, la

aplicacion que les corresponde. Desechamos la idea de que se haya llevado tambien la mira de que los interventores se cerciorasen por sí mismos, de que las cuotas designadas en las cuentas respectivas, son realmente las que forman la parte que se debe entregar. No hay ejemplo de una sola alteracion ó suplantacion en dichas cuentas, llevadas con la mas escrupulosa exactitud.

La exigencia de la intervencion es tambien repugnante en alto grado, por la ofensa que envuelve, aun reducida á su mas favorable apreciacion. Eso de tener en cada aduana un fiscal, que intervenga en los actos de la oficina, como si sus gefes no supieran ó no quisieran cumplir con sus deberes, cosa es que lastima profundamente. Mas como la Inglaterra lleva tiempo de insistir tenazmente en este arreglo, preocupada con lo de la garantía, se necesita excogitar un arbitrio que la dé satisfactoria, sin mengua de la dignidad de la República. Existe á nuestro juicio esa combinacion, en la que nos hemos fijado tiempo há; y miéntras mas la examinamos, mas nos convencemos de que no hay objecion plausible en su contra.

Tres son las operaciones que se tienen que practicar, para arreglar las cuestiones enlazadas con la deuda extranjera. Primera: fijar el monto total de la cantidad debida, previas las respectivas liquidaciones. Segunda: señalar el tanto por ciento de las entradas de las aduanas, que ha de consignarse al pago de capital y réditos. Tercera y principal: hacer efectiva esa consignacion, evitando que se distraiga para otros usos. De las tres operaciones, las dos primeras son las de mas fácil realizacion, y las damos ya por resueltas para entrar al exámen de la última.

La combinacion de que hemos hablado, consiste en pagar con unos bonos especiales el total de la deuda, estipu-

lándose en un tratado que serán admitidos por el tanto por ciento designado é inutilizados inmediatamente, con prohibicion expresa de recibirlo en dinero ú otros valores; y declarándose hasta caso de guerra la falta de admision de los mismos bonos. Con estas condiciones, ellos no serán un papel moneda, desprestigiado por no tener crédito quien lo emite; no serán títulos sin valor en el mercado, como sucede como los que no tienen fácil y segura colocacion. Constituida la obligacion por parte de la República, de admitir forzosamente en un tanto determinado de los derechos que cause todo buque que llegue á sus puertos, esos créditos con que ha pagado á sus acreedores, y cuyo importe ha de amortizar por capital y réditos, no cabe duda en que se habrá obtenido el resultado que se desea.

Los tenedores de los bonos serán dueños de valores, que se comprarán en el mercado á precio mas alto que los actuales títulos de la deuda exterior mexicana. La percepcion del tanto por ciento consignado al pago de capital y réditos de esa deuda será indefectible, como que consistirá en la introduccion forzosa del papel emitido. La Inglaterra obtendrá la garantía material y positiva que viene buscando. Y México llenará satisfactoriamente sus compromisos internacionales sin humillacion alguna, por carecer ya absolutamente de objeto el nombramiento de interventores.

Acaso estemos preocupados acerca de la excelencia del plan; pero habiendo formado de él el concepto que hemos manifestado, no vacilamos en recomendarlo á la atencion del Supremo Gobierno para que lo adopte si lo estima acertado, haciéndolo extensivo á todas las naciones con que tenemos deudas pendientes.

Nada tenemos que objetar á la postrera condicion de la Inglaterra, en que se pedia que todas las reclamaciones de

súbditos ingleses reconocidas ya por el Gobierno mexicano, fuesen liquidadas desde luego, y reconocidas como válidas todas las demas no examinadas, si se encuentran justas y legales, y pagadas con el menor retardo posible.

Estimamos debido no omitir en este lugar, que la justificada conducta del gobierno inglés y de su digno representante Sir Charles Wyke, constituye en obligacion para México obrar con la deferencia correspondiente, á semejanza de lo que hemos indicado respecto de España.

Llega su turno al ultimatum frances, el mas exagerado de todos, cuando le tocaba ser el mas moderado, y cuya aceptacion simple y completa se exigia á nombre del gobierno del emperador, á pesar de haberse excedido los plenipotenciarios de sus instrucciones, segun aparece de lo dicho en la tribuna francesa por el órgano de Napoleon III.

De los diez artículos en que se fundaron las pretensiones de Saligny y la Gravière, el 1º condenaba á México al pago de doce millones de pesos, suma en que se ha calculado el importe de las reclamaciones francesas hasta el 31 de Julio de 1861, sin comprenderse en el cómputo lo debido por resto de la convencion de 1853, ni la indemnizacion de la familia del vicecónsul Riche.

Aunque al refutar el discurso de Mr. Billault, hemos tocado accidentalmente tan peregrina peticion, consignarémolos aquí otras observaciones que no hicimos ántes.

Sin temor de equivocarse, se puede asegurar que los intereses de cuantos franceses se encuentran en la República, no llegan á los doce millones de pesos que se trata de cobrarnos. ¿Cómo, pues, han de haber montado sus pérdidas, y mas limitándolas, como es justo, á solo aquellas de que sea responsable la nacion mexicana, á una cantidad á que no llega la fortuna de todos?

Cualquiera que sea el verdadero importe de las sumas realmente debidas, su cuantía no puede fijarse á ojo de buen cubero, como vulgarmente se dice, sino que tiene que ser obra de la revision de una comision franco-mexicana, que examine reclamacion por reclamacion, para admitir las válidas, desechar las irregulares, liquidar las primeras, y fijar la suma de la deuda de todas las buenas.

Es verdaderamente inaudito que se presente un ultimatum, que se inicie una guerra y que se le llame justa, cuando una de sus principales causas consiste en pretender que se pague lo que está ilíquido. Lo mismo entre particulares que entre naciones, para que el acreedor tenga derecho de aplicar contra el deudor medidas coercitivas, es requisito indispensable que esté previamente averiguado á cuánto asciende el débito, así como la resistencia al pago. Exigir este por principio de cuentas, es comenzar por el fin, trastornando el orden natural de las cosas, pulverizando el sistema universal de las obligaciones.

Tan á gusto de los comisarios franceses salió este plan alrevesado, que protestaron extenderlo á las reclamaciones posteriores al 31 de Julio.

El artículo 2º del ultimatum aludia al pago de las cantidades insolutas de la convencion de 1853, conforme á las estipulaciones de este tratado.

Intachable es semejante pretension, sobre la que no hay que advertir otra cosa, sino que ya estaria cubierto el pequeño resto de los créditos mencionados, á no haberlo impedido la inmadura, la injustificable agresion del gobierno de los interesados.

El artículo 3º decia textualmente: "México se obligará á la ejecucion plena, leal é inmediata del contrato celebrado en el mes de Febrero de 1859, entre el Gobierno mexicano y la casa de Jecker."

Nuestro trabajo tiene en consecuencia que dividirse en dos partes, de las que la primera contendrá la revista retrospectiva que hemos anunciado, componiéndose la segunda, como de costumbre, de la reseña correspondiente al mes que va á espirar.

I.
El día 9 de Enero del corriente año tuvo lugar la primera conferencia de los comisarios aliados, en el puerto de Veracruz, asistiendo á la reunion el almirante Lagravière y Mr. de Saligny por la Francia, Sir Charles Wyke y el comodoro Dunlop por la Inglaterra, y el conde de Reus por la España.

El primer paso dado por los representantes de las tres naciones, con arreglo á lo convenido en la junta, fué la publicacion de la proclama en que se exponian los fines de la expedicion combinada. Este documento, redactado anticipadamente por el general Prim, sufrió una modificacion de importancia, que nos ha dado á conocer el diputado español Olózaga en su interpelacion al ministro de Estado Calderon Collantes. La proclama decia al principio que los plenipotenciarios venian á ser *testigos* de nuestra regeneracion; y como quedó definitivamente, fué expresando que venian á *presidirla*. El cambio de frase alteraba en lo sustancial el sentido de la manifestacion, en la que bien se marcaba por el término preferido, la intencion de intervenir de una manera directa en los negocios domésticos del país.

Tambien se acordó en la conferencia enviar al gobierno mexicano una nota colectiva, en que se enunciaran con generalidad las pretensiones de los aliados; y otras separadas

de cada una de las tres potencias, en que se mencionaran las reparaciones exigidas por sus respectivos gobiernos.

La nota colectiva, redactada por el general Prim, pasó sin dificultad, con la adiccion de fijarse el plazo de cuatro días para la contestacion del ultimatum. En ese documento se consignaron los motivos de queja de las tres naciones, anunciándose á la vez el propósito de tender á México una mano amiga y generosa, que lo levantara, sin humillarlo, de la lamentable postracion en que se encuentra; que lo engrandeciera, desarrollando los inmensos recursos de que dispone, y que estableciera un estado normal, sin que los aliados intervinieran en la adopcion del gobierno que estimara mejor el pueblo mexicano.

En la segunda conferencia, celebrada el 10 de Enero, se presentó el ultimatum de cada potencia. Las condiciones señaladas en esas piezas oficiales deben fijar toda nuestra atencion, puesto que marcan las miras de los gobiernos signatarios del convenio de Lóndres, y han de ser las bases de que ha de partirse para las concesiones que den por resultado el restablecimiento de la paz.

El ultimatum del plenipotenciario español, ajustado estrictamente á las instrucciones de su gobierno, que han visto ya la luz pública, contenia las reclamaciones que irémos mencionando y comentando con la debida separacion.

Exigiase en primer lugar el nombramiento inmediato de un representante de la República, que fuera cuanto ántes á la corte de Madrid, á dar plena satisfaccion por el agravio hecho á S. M. la reina de España y á la nacion española con la expulsion del embajador D. Joaquin Francisco Pacheco.

Aunque bajo el punto de vista del derecho de gentes, no estamos obligados á dar la satisfaccion que se nos pide, por haber procedido la expulsion de motivos muy fundados

comprenderíamos no obstante la exigencia, siempre que la formulara otro gabinete que no fuera el mismo que ha desconocido explícitamente la justicia de semejante pretension. Es de pública notoriedad que, al contestar Calderon Collantes el famoso discurso inspirado á Pacheco por su exagerado amor propio, convino en considerar su lanzamiento de México como un acto personal, en que no se atentó contra los fueros del embajador, ni hubo ofensa para la nacion española ó para su reina. No alcanzamos á explicarnos tan patente contradiccion.

Como segunda reclamacion, se pedia á secas el cumplimiento inmediato del tratado Mon-Almonte.

Compendiadas están en estas pocas palabras todas nuestras cuestiones con nuestra antigua metrópoli. Un gobierno usurpador, que no se paraba en los medios, por tal de alcanzar de las potencias extranjeras la proteccion que ansiaba para conservar el escaso poder de que habia logrado hacerse dueño, sacrificó los intereses mas sagrados del país en ese tratado, contra el que oportunamente protestó la autoridad legítima.

No reproduciremos en este lugar la ya bien conocida historia de las convenciones españolas. Datos fehacientes, irrecusables, han colocado ya en la categoría de hechos demostrados: que una deuda interior de México se convirtió como por ensalmo en española, y que contra las estipulaciones expresas y terminantes de las mismas convenciones, se hizo una introduccion escandalosa de créditos fraudulentos. Cuantas administraciones se habian sucedido en la República, sin distincion de liberales ó reaccionarias, habian insistido en la muy justa pretension de que se revisaran los créditos introducidos, así para no quedar burladas con la admision de los ilegales, como para no perjudicar indebidamente los legíti-

mos, cuyo valor tenia que disminuir, y cuyo pago habia de dilatarse, con la extraña asociacion de los otros. Antecedentes tan dignos de imitacion fueron puestos completamente en olvido por el gabinete reaccionario de Miramon, que aprobó lo hecho por su agente Almonte, prescindiendo de la justa demanda con tanto teson sostenida.

No fué éste su único deslíz en las concesiones que hizo, pues pasó tambien por conceder indemnizaciones por los daños y perjuicios ocasionados á consecuencia de los crímenes cometidos en las haciendas de San Vicente y Chiconcuaque, á pesar de estar convencido de que en ellos no habia habido responsabilidad de parte de las autoridades, funcionarios públicos y empleados.

Hizo mas todavía. No contento con otorgar indemnizaciones por daños realmente sufridos, aunque sin responsabilidad nacional, las concedió igualmente por daños no averiguados, por los que *pudieran* haber sufrido otros súbditos españoles en el mineral de San Dimas.

Tan indebidas eran estas prestaciones, tan contrarias á los preceptos de las feyes que rigen las relaciones de los pueblos entre sí, que así lo reconoció paladinamente el mismo gobierno español, al convenir en que lo hecho no pudiera servir de base ni antecedente para otros casos de igual naturaleza.

Tal es en sustancia ese tratado Mon-Almonte, cuyo cumplimiento se exigia como la cosa mas llana y expedita del mundo.

El tercer punto del ultimatum comprendia el abono de las indemnizaciones de que acabamos de hablar: el reconocimiento del derecho de exigir el resarcimiento de los perjuicios sufridos por súbditos de S. M. C. por tropelías ó vejaciones posteriores; el castigo ejemplar de los perpetradores

Tambien acerca de este negocio nos es forzoso añadir algo á lo que ya hemos tenido ocasion de decir.

Segun informes recibidos de personas fidedignas, se hubiera podido pagar lo que se debia á un número considerable de acreedores franceses con los que la casa de Jecker tenia cuentas pendientes, si no se hubiera tenido la siniestra mira de dejarlos insolutos, para que tuvieran así un interes directo é inmediato en la subsistencia de un negocio, del que se ha hecho depender la suerte de sus créditos.

El gobierno imperial ha protestado por boca de Mr. Billaud, ante el cuerpo legislativo, no sostener esta reclamacion mas que en la parte que resultare justa, despues de examinarla concienzudamente. Así es que, á no faltarse con escándalo á tan solemne promesa oficial, el resultado será muy distinto del que se prometian los ávidos especuladores que habian tomado el asunto por su cuenta: y Mr. de Saligny no obtendrá mas ventaja que la de haber adherido su nombre á una abominable especulacion, como la llamó el imparcial Julio Favre, con cuya defensa se ha querido revolcar por el cieno ese pabellon frances, que deberia ser siempre el emblema del derecho, de la justicia, de la civilizacion.

Mas como no hay mala causa que no encuentre defensores, con tal de que haya esperanzas de percibir una pingüe utilidad, ha saltado ya á la palestra en Paris un cuñado de Jecker, que por medio de embustes y cuentas alegres, desfigura completamente el negocio para darle un superficial barniz de bondad. Como el artículo á que nos contraemos exige una respuesta pormenorizada, nos proponemos dársela por separado.

Volviendo ahora á los artículos que vamos recorriendo, encontramos en el 4º establecida la obligacion de pagar inmediatamente once mil pesos, por resto de la indemnizacion

estipulada en favor de la viuda é hijos de Mr. Riche, vicecónsul de Francia en Tepic. A la vez se pide la destitucion y castigo ejemplar del coronel Rojas, á quien se llama uno de los asesinos de Riche, con la expresa condicion de que aquel no podrá ser investido de ningun empleo, mando na cargo público.

Tratándose de una indemnizacion estipulada ya por el Gobierno mexicano, es obligatorio cumplirla; y si en la causi respectiva resultase probada la culpabilidad de Rojas, justo será castigarlo con todo el rigor de las leyes vigentes.

Impónese á nuestro Gobierno, en el artículo 5º, la obligacion de investigar quiénes son los autores de los numerosos asesinatos cometidos en franceses, y especialmente en Davesne, y de castigar á los asesinos.

Sin necesidad de compromiso internacional, perseguiria México y castigaria á todo asesino. No por eso repugnamos una estipulacion expresa en ese sentido, limitándonos á negar que hayan sido numerosos los asesinatos cometidos en franceses. Revisándose los casos ocurridos, se veria la imposibilidad de justificar la adopcion del adjetivo.

Reclámase igualmente un castigo ejemplar, en el artículo 6º, para los autores de los atentados cometidos el 14 de Agosto de 1861 contra el ministro del emperador, y de los ultrajes inferidos al mismo en los primeros dias del siguiente Noviembre, debiendo darse ademas á Francia y á su representante las reparaciones y satisfacciones correspondientes á esos deplorables sucesos.

El atentado de 14 de Agosto solamente ha existido en la fosfórica imaginacion del Sr. de Saligny, que dió y tomó en que habia estado á punto de ser víctima de una tentativa de asesinato, por haberse disparado una arma de fuego sobre su persona. La informacion judicial que se levantó en ex-

clarecimiento del hecho, probó la absoluta imposibilidad del crimen, demostrando que la bala recogida en el corredor de la casa que habitaba el ministro frances, no pudo llegar allí sino de rebote, á virtud de un accidente de todo punto casual.

La historia de lo ocurrido en los primeros dias de Noviembre, mejor seria no tocarla. Es de pública voz y fama que el representante de la Francia se presentó en un paraje público en estado de ebriedad, y que allí prorumpió en soeces insultos contra el gobierno del país en que estaba, y contra la sociedad mexicana en general. No faltó quien tomase la defensa de los agraviados, provocando un lance personal, que cuidaron de evitar empeñosamente las autoridades. Dejamos á la sensatez de quien se quiera, que califique de parte de quién estuvo el ultraje, y quién merece castigo.

Para asegurar la ejecucion del de los atentados cometidos y por cometer, se pidió en el artículo 7º por el ministro frances, el derecho de intervenir por sí ó por delegados, en los juicios criminales respectivos, y en todas las persecuciones intentadas contra sus nacionales.

Al paso que vamos, la soberanía de la nacion mexicana quedaria reducida á la nulidad. Casi casi valdria mas quitársela de una vez abiertamente, que aparentar que se le deja cuando en todo se va usurpando. Hemos visto ya que la Inglaterra quiere fijar los derechos de arancel, pretension adoptada tambien por la Francia, como no tardaremos en verlo. Siguiendo el mismo sistema, pide la misma Francia tener parte en la administracion de justicia encomendada á nuestros tribunales, cuando no la tiene el Gobierno mexicano. Indigna observar cómo sin mas título que la fuerza, se formulan peticiones tan inadmisibles.

En el artículo 8º se fijaba el interes anual del 6 por cien-

to, desde el 17 de Julio de 1861 hasta el completo pago, para las indemnizaciones estipuladas.

Hemos apuntado ya que no se encuentra fundamento para la duplicacion del rédito que se ha estado pagando hasta aquí.

Como garantía del cumplimiento de las condiciones fijadas, se reclamaba en el artículo 9º el derecho de ocupar los puertos de la República que á bien se tuviera, y de establecer en ellos comisarios designados por el gobierno imperial, con la mision de asegurar á las potencias interesadas la entrega de sus asignaciones, y con la facultad de reducir á la mitad ó á menos los derechos de importacion, prohibiéndose el cobro de derechos adicionales ú otros en las aduanas interiores, siempre que excedieran de la proporcion del 15 por ciento de los primeros.

Acerca de los puntos comprendidos en esta absurda reclamacion, nos referimos á lo que tenemos manifestado.

Declarábase en el artículo 10º que todas las medidas necesarias para arreglar el reparto entre las partes interesadas, como asimismo el modo y las épocas del pago de las indemnizaciones, y la ejecucion de las condiciones del ultimatum, se determinarían de acuerdo entre los plenipotenciarios de las tres naciones.

Se queria, como se ve, repartirse la capa del justo, sin contar para nada con su voluntad.

Respiremos. Se nos iba haciendo ya sobremanera molesto encontrar tanta iniquidad, tan intolerables abusos, en un documento que pasará á la historia, como una muestra inequívoca de la política seguida con una nacion débil, por el gobierno de Napoleon III y por sus dignos representantes.

La reclamacion relativa al negocio de Jecker, encontró una justa y fuerte oposicion en los comisarios ingleses, quie-

nes calificándolo de leonino y escandaloso, relataron su lamentable historia. El general Prim ha dicho á su gobierno, que tampoco podia resignarse á que la influencia de la noble y generosa nacion española, y la sangre de sus soldados, se empleara en precipitar la ruina total de este desgraciado país, sosteniendo unas reclamaciones tan injustas.

No fué posible el acuerdo entre los plenipotenciarios, los cuales convinieron entonces en suprimir el ultimatum de cada potencia, limitándose á enviar solamente la nota colectiva.

Los sucesos posteriores son bien conocidos de todos. La España y la Inglaterra han suspendido su actitud hostil. La Francia insiste en llevar adelante su demanda; pero su política se ha modificado en sentido todavía mas desfavorable para México. Imposible parecia que fuese todavía mas hostil que en Veracruz, y así ha sucedido sin embargo. Allí desarrollaba pretensiones exageradísimas; pero presentaba á lo ménos un ultimatum, que dirigia al gobierno establecido. Despues el ultimatum ha quedado suprimido: se ha protestado no tratar con el gobierno reconocido en los preliminares de la Soledad; se ha prescindido de la declaracion de guerra; se ha otorgado abierta proteccion al bando reaccionario.

Llegará dia, así lo esperamos, en que la Francia se avergüence de la política seguida en México por Napoleon III.

II.

Agosto ha pasado sin que los ejércitos beligerantes hayan emprendido nada uno sobre otro. Esta inaccion es bien fácil de explicar. Las fuerzas francesas han permanecido en

Orizava en espera de refuerzos, sin los cuales les seria imposible volver á tomar la ofensiva. Para la defensa de su posicion, cuyo punto vulnerable les es ya bien conocido, han emprendido obras de fortificacion, que han aumentado considerablemente las dificultades de un ataque, muy peligroso desde ántes, tratándose de tropas de tan merecido renombre.

En cuanto al ejército mexicano, aunque no sabemos de ciencia cierta las causas de su inmovilidad, nos parece que con poco temor de errar puede conjeturarse, que han sido las muy patentes y justificadas del pésimo estado de los caminos, que las lluvias han puesto intransitables; de las pocas probabilidades de buen éxito de un ataque emprendido á pecho descubierto sobre puntos fortificados, que serian defendidos con el arrojo de la desesperacion; del peligro de destruir en una empresa aventurada, el brillante ejército que constituye la principal defensa de la causa nacional.

Esa falta de acontecimientos en el teatro de la guerra, ha hecho necesario que el interes se concentrase en otros de diversa naturaleza. Los que han ocurrido en el interior de la República, enlazados con la cuestion extranjerá, se reducen á los siguientes:

Los contingentes de los Estados continúan llegando, con muy marcadas excepciones, hasta de los mas remotos como Chihuahua y Durango.

Con motivo de las alusiones relativas al ministro de Prusia, que contiene el discurso pronunciado por Mr. Billault, en el cuerpo legislativo frances, se publicaron en esta capital dos folletos de los Sres. Altamirano y Chavero, que han dado lugar á incidentes sometidos ya al conocimiento de los tribunales. En espera de las resoluciones judiciales, nos abstemos de comentar lo sucedido.

El Sr. Doblado se separó violenta é inesperadamente del Ministerio de Relaciones, que despachaba desde Diciembre. Como ese funcionario era quien llevaba el peso de la situación, su salida del gabinete es un hecho importante en las críticas circunstancias del país, cuyos negocios exteriores ha manejado con recomendable habilidad, debiéndosele en gran parte que hayan retirado sus fuerzas dos de las naciones que invadieron con el carácter de enemigas el territorio mexicano.

En compensación de lo poco que ha avanzado aquí la cuestión internacional, en el extranjero ha tenido un desarrollo extraordinario, con el que ha venido á complicarse nuestra ya comprometida posición.

En los Estados-Unidos ha quedado suspensa la votación sobre el tratado Corwin-Doblado, de tanto interés para nosotros por los recursos que nos proporcionaría su aprobación. Esta se hubiera alcanzado, á no haber coincidido con la derrota de Mc. Clelland delante de Richmond, el temor de excitarse la enemiga de la Francia. Quedamos, pues, abandonados por ahora á nuestras propias fuerzas, aunque con la esperanza de que el impulso irresistible de los acontecimientos, ha de acabar por precipitar á la república vecina á ponerse al lado de México, para contrarrestar una agresión que no puede serle indiferente, como que viola su política tradicional.

Del otro lado del Atlántico, la cuestión mexicana sigue siendo el asunto de mas actualidad para la política europea.

No ha faltado quien corriera la voz de que la Italia pensaba prestar su apoyo á los injustos planes de Napoleon. Tales rumores han sido desmentidos satisfactoriamente, y por nuestra parte extrañamos que hubiera quien les diese crédito. Italia y México se encuentran en situación muy seme-

jante. Ambas naciones trabajan por hacer efectivos los principios del progreso, contra las rancias tendencias de épocas que pasaron para nunca mas volver. Entre Italia y México debe existir la simpatía que es tan natural entre los defensores de una misma causa, cualquiera que sea la distancia que los separe. Ponerse, pues, al lado de la Francia, seria para la Italia la renegación de los dogmas políticos que sostiene, la palidonia de sus gloriosos hechos, una especie de suicidio moral.

Inglaterra reprobó el tratado que su representante Sir Charles Wyke habia firmado con nuestro Ministro de Relaciones. Segun la expresa declaración de Lord John Russell, la reprobación no procedió de que se estimasen inadmisibles las estipulaciones, pues ántes bien se calificaron hasta de generosas, sino del enlace que tenia el tratado inglés con el pendiente en los Estados-Unidos. No se ha querido que un tercero intervenga en el arreglo de nuestras cuestiones con la Gran Bretaña, en obvio de complicaciones de diverso género. Pero una vez que en eso ha consistido toda la dificultad para el restablecimiento definitivo de la paz, es claro que por otro camino se vendrá á dar al mismo resultado, altamente satisfactorio.

Otro tanto decimos de la España. Las explicaciones dadas en la tribuna por Calderon Collantes, al contestar la interpelación de Olózoga, han corroborado lo que ya habian comprobado otros datos fehacientes, es decir, que nunca pensó el gabinete español en imponernos un gobierno que no emanara de nuestra propia elección. Los hechos han demostrado la buena fé de su política, con la que forma contraste la francesa, tan abundante en declaraciones capciosas, como contradictoria en sus resultados prácticos. La aprobación de la conducta del general Prim ha sido franca, esplicita, con-

secuente con el plan seguido desde un principio. El país ha sancionado los actos de su gobierno y del representante de éste, sin mas excepcion marcada que la de Mon, que ha renunciado la embajada de Paris, por inclinarse mas á la política tortuosa de Napoleon, que á la leal de sus compatriotas.

La Francia es la única de las potencias europeas que persiste en hacernos la guerra, sin embargo de que ya no obra engañado el emperador. La venda con que le habian cubierto los ojos los miserables propagandistas de la ereccion de un trono en México, ha caido ya, abriendo paso á un torrente de luz que solo á un ciego puede no iluminar. Napoleon sabe ya que no hay aquí partidarios de la monarquía: sabe tambien que son de plomo las flores con que nuestras poblaciones se preparan á recibir á sus soldados. ¿Qué lo impulsa entónces á no desistir de su empresa? El irracional capricho de su despotismo.

La noticia del glorioso triunfo alcanzado el 5 de Mayo por el ejército mexicano, hirió en lo mas vivo el orgullo frances, que no habia creído ni en la posibilidad de una derrota. En vano el general Lorencez ha pretendido en su pomposo parte atenuar el efecto de acontecimiento tan inesperado. Sus mentiras relativas á las pobres fortificaciones del cerro de Guadalupe, convertido de repente en otro Sebastopol, y á los doce mil hombres de Zaragoza, que resultan así triplicados de una plumada, no han alcanzado, á pesar de que serán creidas como artículos de fé, á desvanecer este hecho bien significativo, perpetuo título de honor para nuestros valientes: los franceses han sido derrotados; su bandera se ha visto obligada á retroceder. Junto á este resultado innegable, nada valen las exageraciones de lo ocurrido en Barranca-Secca, accion que se desfigura en sentido contrario de la de Puebla.

Así es que la herida fué profunda, y produjo de pronto para nosotros la desventaja de que se uniformara la opinion acerca de la necesidad de la reparacion del desastre. Con todo, pasados los primeros momentos de la efervescencia, la justicia ha vuelto á sobreponerse á las alucinaciones de la vanidad, y de nuevo ha proclamado la prensa francesa, con excepcion solamente de los periódicos asalariados, la injusticia de la política napoleónica en la cuestion mexicana.

Aprovechando los instantes fugitivos de la exaltacion, ocurrió el gobierno al cuerpo legislativo á pedir quince millones de francos, destinados á la expedicion invasora, los cuales fueron concedidos por unanimidad. Antes de pasar adelante, manifestaremos la sorpresa que nos ha causado la patente insuficiencia de la suma solicitada, de la que ocho millones han de aplicarse á la marina y los siete restantes al ejército de tierra. Comparando el recurso otorgado con el presupuesto de lo que va á vencer el ejército frances en México, aumentado con los grandes refuerzos que se anuncian, no se concibe lo que se hará con tres millones de pesos, que alcanzarán apenas para el gasto de una semana.

A los pocos dias se discutió en el cuerpo legislativo el presupuesto del ministerio de la guerra, con cuyo motivo fué examinada, no pudiendo serlo de otro modo, la política del gobierno imperial en lo relativo á nuestros negocios. Entónces pronunció Julio Favre el discurso que conocen nuestros lectores. El célebre tribuno, ignorante de lo que pasa en México, como sucede generalmente en Europa, incurrió en graves equivocaciones, y formuló en contra nuestra cargos gratuitos é injuriosos. Pero cuando saliendo de un terreno desconocido para él, pasó al que le es tan familiar, de los principios fundamentales del derecho de gentes, de su aplicacion á los casos prácticos, sus observaciones cayeron

como la clava de Hércules sobre la cabeza del gobierno imperial.

Replicóle Mr. Billault, orador hábil, de asombrosa facundia, perito para desfigurar los hechos. No nos ocuparemos aquí de su peroracion, que hemos refutado ya extensamente, sino en lo que directamente concierna al presente trabajo.

Antes de las revelaciones hechas por el ministro sin cartera, era desconocido el programa de Napoleon en los asuntos de México. Despues de ellas sabemos ya á qué atenernos, aunque no falten motivos para hacer al emperador cargos de inconsecuencia.

El plan proclamado desde lo alto de la tribuna francesa, consiste en venir hasta México á derribar el gobierno establecido, convocando en seguida á la nacion para que diga la forma que prefiere y las personas que han de regir sus destinos.

En caso de obrarse de buena fé, se debería haber comenzado por retirar al bando retrógrado la proteccion que se le ha estado dando. Creyóse que así se haria, y aun se tuvo por seguro que habian llegado ya las órdenes relativas al relevo de Saligny y al abandono de los traidores. Esos rumores no se han confirmado, sino mas bien desmentido. Se ha publicado ya una carta de Napoleon á Lorencez, sobre la autenticidad de la cual hay dudas, en que entre otras cosas se recomienda al general frances que siga protegiendo á Almonte, lo mismo que á cuantos se amparen de la bandera imperial, alegándose por razon la guerra existente con el gobierno de Juarez.

Auténtica ó apócrifa, la carta está muy en consonancia con los hechos que pasan á la vista de todos. Hasta la fecha, Saligny no ha sido destituido; Almonte continúa en el campamento enemigo titulándose jefe supremo de la nacion:

los traidores siguen en buena amistad y compañía con sus aliados los invasores. Así se ve patentemente la falsedad con que se asegura que será respetada la voluntad nacional, que nadie puede ver representada por un partido desprestigiado, y á la que en todo caso se debería dejar en plena libertad para darse á conocer, sin prevenirla en sentido determinado.

En cuanto á la esencia del plan de Napoleon, como ya lo hemos analizado, para probar cuán absurdo, cuán descabellado es, nos referiremos tambien á lo que hemos dicho, para evitar repeticiones.

Mas por estrafalaria que sea esa política, lo cierto del caso es que va á llevarse adelante, apoyándola en las razones de los fuertes contra los débiles, en los cañones y fusiles de que dispone á su antojo el opresor de la Francia. Dentro de breves dias desembarcarán en nuestras playas refuerzos considerables á las órdenes de Forey, uno de los generales de division de mas fama del ejército frances. Se trata para el imperio de borrar la afrenta del 5 de Mayo.

Los romanos no daban el título de *imperator*, segun el testimonio de Appiano, sino al general que habia matado por lo ménos diez mil hombres. ¿Cuántos necesitará matar Napoleon III para conservar el nombre de emperador? De cuantas guerras injustas emprendió el pueblo-rey, ninguna lo fué tanto, en sentir de Floro, como la guerra de Numancia. Impuesta por esta ciudad una paz humillante á un cónsul, no se ejecutó lo convenido; y como nuevo y palpable testimonio de esa insigne mala fé que deshonoró el nombre romano en la cuestion de las Horcas Caudinas, se entregó á Mancino desnudo y atado, pretendiéndose que así habia quedado salvada la violacion de un pacto solemne. Despues, se lavó con torrentes de sangre la vergüenza de las

legiones, lo mismo que Napoleon quiere canonizar su mala fé y volver por la fama de sus águilas, trayendo la devastacion y el exterminio á nuestro territorio. Ya que tan dado es el autor del golpe de Estado del 2 de Diciembre á imitar los malos ejemplos de los conquistadores del mundo, bueno seria que meditara, para que le sirvieran de retraente, en las graves palabras que el grande historiador Tito Livio dirigia á sus compatriotas: *nec tam exitu eorum, quod vincatis, quam principis, quod non sine causa suscipiatis, gloriamini.*

Y en lo que á México toca, ya que hemos recordado la guerra numantina, hagamos votos al cielo á fin de que nos dé el aliento necesario para que sucumbamos, si de sucumbir tenemos, de una manera tan esforzada, que nuestro nombre pueda, ya que no elevarse á la altura de aquel pueblo heróico, asociarse á lo ménos sin humillacion á tan glorioso recuerdo.

Pero no, no es posible que México corra la desgraciada suerte de Numancia, á no ser que le falten valor y constancia en la actual contienda. Numancia no pudo nunca poner sobre las armas mas de diez mil hombres: Numancia era una ciudad de cuya salvacion ó destruccion dependia el éxito de la campaña. México, por los recursos con que cuenta, por la extension de su territorio, por el número de sus soldados y de sus hijos, puede oponer una resistencia invencible, ante la que serán pérdidas insignificantes las de las batallas en que salga derrotado, las de las ciudades que tome el enemigo.

Once años lucharon nuestros padres por alcanzar su emancipacion de la metrópoli. Muchos ménos necesitamos nosotros para salvar la soberanía nacional, que representa la independencia de la dominacion extranjerá, la independencia de una monarquía exótica sostenida por la traicion,

la independencia del predominio de las clases privilegiadas, la independencia de las rancias preocupaciones, vencidas en la lucha gloriosa de la reforma. Para la conservacion de bienes tan preciosos, no hay necesidad mas que de dos virtudes; valor y constancia. Por mas que otra cosa se figuren algunos ilusos, ni el estado de bancarota del erario frances, ni la falta de interes nacional en la cuestion, ni la impopularidad de la guerra, permitirán á Napoleon prolongarla demasiado, ni ménos convertirla en ocupacion militar del país. En consecuencia, para que sea nuestro el triunfo definitivo, México debe reducir su programa á sufrir con resignacion cuantas calamidades origine la inicua invasion de su suelo, y á no soltar las armas de la mano, hasta que reciba las satisfacciones que exige su dignidad villanamente ultrajada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

EL NEGOCIO JECKER.

México, Agosto 28 de 1862.

El Sr. X. Elsesser, ex-consejero de Estado, director de la justicia y de la policía en Berna, y de mas á mas cuñado de Jecker, dirigió á principios de Julio á todos los ministros de S. M. el emperador, é hizo publicar en los periódicos, una nota en que, so pretexto de aclarar el negocio de su hermano político, lo embrolla en tales términos, que lo ha dejado inaconocible. Hé aquí como lo cuenta:

“El general Miramon, presidente de la República mexicana, reconocido por todos los gobiernos de Europa, tuvo necesidad de fondos, y para proporcionárselos se valió de un empréstito público, al que otorgó el interes de un 6 por ciento, con el objeto de facilitar la operacion. La mitad del rédito debia ser pagada en papel por el tesoro público, y la otra mitad en dinero por la casa de Jecker. Los prestamistas disfrutaban la ventaja de pagar con los títulos del préstamo, una quinta parte de los derechos aduanales y de toda

especie de contribuciones, excepto la capitacion. La emision de bonos se hizo quince meses ántes de la caída de Miramon, lo cual es un largo plazo para la existencia del gobierno presidencial en México."

Como en esta relacion se mezclan mañosa y arteramente hechos verdaderos con otros falsos, preciso es distinguir unos de otros, para formar juicio exacto del asunto.

Cualquiera creeria, al leer la relacion de Elsesser, que el gobierno de Miramon habia abierto en México un empréstito, semejante á los que se han abierto en Francia para las guerras de Crimea y de Italia, en virtud del cual se presentaban los prestamistas á entregar dinero en cambio de ciertos títulos de la deuda, que ganaban un rédito determinado.

No fué así como pasaron las cosas. La administracion reaccionaria habia impreso unos bonos conocidos con el nombre de Peza, el llamado ministro de hacienda que los suscribió, los cuales tuvieron tan infeliz suerte, que desde el principio se vendieron como papel viejo en el mercado. Los tenedores de esos bonos despreciables y despreciados, fueron los convocados para cambiarlos por los de Jecker, mediante una refaccion de 25 por ciento por los que causaban réditos, y de 28 por los que no los causaban. Eran tambien admitidos los creados por la ley de 30 de Noviembre de 1850, con la refaccion del 27 por ciento.

Estas disposiciones estaban contenidas en el pretendido decreto de 29 de Octubre de 1859, y en la propia fecha se celebró un contrato con la casa de Jecker, en el que se cerraba el veneno del negocio.

Llevado á efecto, tal como habia sido escrito el decreto de 29 de Octubre, el resultado habria sido el de una pérdida para el erario, en ocho años, de diez millones de pesos, pagaderos con sus rentas mas floridas.

Para el pormenor de este asunto, puede verse el cómputo formado por el Sr. Payno, en las páginas 251 y 252 de su *Memoria*, con datos irrecusables. Copiamos á continuacion, por estar enteramente conformes con su contenido, las siguientes lineas de esa obra, en que se hace un resúmen exactísimo del contrato.

"Desnudo el negocio de todo adorno y atavío, no era mas "que una operacion de banco, por medio de la cual el gobierno reaccionario emitia un papel por valor de quince "millones, con rédito de 6 por ciento anual y amortizable "en ocho ó diez años, y lo vendia en la plaza al 25 por "ciento, ó lo que es lo mismo, tomaba 3.750,000 pesos, con "el interes de 32½ á 33 por ciento anual."

Nosotros agregamos, que no hay entre nuestros mas desastrosos negocios de hacienda, nada comparable al de que se trata, así por su cuantía, como por los términos en que se hizo por el gobierno que en 1859 representaba en esta capital á la *parte sana* de la nacion. Y para completar nuestro pensamiento, no omitirémos decir, que para los financieros que afirmaron el decreto y el contrato, será una mancha eterna la de esa firma, por serles aplicable forzosamente uno de los extremos de esta disyuntiva; imbecilidad ó peculado.

Hemos visto que para el cambio de bonos habia de dar una refaccion de un 25, un 27 ó un 28 por ciento. Pues bien; de esta se separa un 10 para la casa Jecker, á fin de que cubriera su responsabilidad por los réditos, y un 5 por comision, quedando el resto para el gobierno reaccionario.

Resulta de aquí, que si se hubiera hecho la convencion en su totalidad, la refaccion habria ascendido, aun calculándola al 25 por ciento, que era la cuota mas baja, á 3.750,000 pesos, de los que Jecker habria percibido, como importe de su 15 por ciento, 2.250,000. De esta suma se habria apli-

cado desde luego la tercera parte, ó sean 750,000 pesos á título de comision, quedándole el 1.500,000 restantes, para ir pagando paulatinamente el 3 por ciento de los bonos emitidos que fueran ganando rédito.

La primera observacion que fluye de tales antecedentes, es la de que Jecker nada aventuraba, nada ponía de su bolsa. Para el pago del rédito que estaba él obligado á dar, se constituía en su poder un depósito de una cantidad tres veces mayor que la que él tenía que exhibir. El 3 por ciento que debía satisfacer á los refaccionarios, salía de la misma refaccion que daban: eran pagados con parte de su propio dinero. ¿No es verdad que era ingeniosa la combinacion? ¿No corrobora esto la exactitud de la disyuntiva que hemos fijado?

El plan formado sobre estos datos fracasó, porque el público no ocurrió á hacer la conversion sino por cantidades insignificantes. Entonces el banquero hizo toda la operacion por su propia cuenta, en términos todavía mas ventajosos para él, mas gravosos para el erario. Hemos copiado ya la liquidacion respectiva, formada por la tesorería general, en nuestra refutacion á Mr. Billault, y aquí solo repetiremos, por vía de recuerdo, que el total de lo entregado por Jecker ascendió á 1.490,428 pesos 39 centavos en toda clase de valores, importando los bonos que recibió 14.241,611 pesos 17 centavos. El cotejo de las dos cantidades dice mas que todos los comentarios.

Esto es por lo que mira á la utilidad del agiotista. En cuanto á las pérdidas que sufriria el erario, si se llevara á cabo el supuesto decreto de 29 de Octubre, ellas se compondrían de todo el capital no amortizado, valioso mas de 14.000,000 de pesos, y del 3 por ciento que correspondiera pagar al Gobierno, del 6 señalado como rédito, por todo el tiempo que tardaran en amortizarse los bonos.

Presentado ya el negocio Jecker tal como es en realidad, volvamos al Sr. Elsesser.

Afirma el ex-consejero de Estado, que los desembolsos de la casa de su hermano político, incluso los réditos, subieron á 3.214,058 pesos, como lo comprueban sus libros. Esos libros, que en ningun caso pueden servir de prueba á favor del interesado, dirán todo lo que se quiera. Acaso entre sus partidas figurarán cantidades mas ó ménos considerables, invertidas en allanar los inconvenientes que se presentarían para la adopcion de un asunto en que el tesoro público salía tan perjudicado. Como quiera que sea, el Sr. Elsesser debe comprender, que para computar los gastos de su cuñado, no es posible, ni legal, ni justo, partir de otra base que de la liquidacion de la Tesorería nacional.

Agrega el director de la justicia y de la policia en Berna, que á manos de comerciantes y contribuyentes pasaron 1.200,000 pesos, cuyos intereses fueron cubiertos con fidelidad.

Segun datos oficiales, el importe de los bonos puestos en circulacion, ascendió solamente á 690,338 pesos 83 centavos, es decir, la mitad de la suma designada por el Sr. Elsesser. Respecto de réditos, la casa de Jecker se consideraba libre de toda obligacion con pagar un semestre, ó sea el $1\frac{1}{2}$ por ciento, utilizando así $3\frac{1}{2}$, á mas del 5 de comision.

Elsesser tiene valor de decir "que la caida del general Mi-ramon fué causa de los embarazos financieros de la casa Jecker, porque con desprecio de todos los derechos y de todas las reglas de la justicia, el Sr. Juarez, que se habia apoderado del poder, se negó á reconocer las deudas públicas, contraídas por los gobiernos que le habian precedido."

La casa Jecker suspendió sus pagos á mediados de Mayo

de 1860, en pleno gobierno reaccionario, siete meses ántes de la caída de Miramon. El cuñado del banquero no puede dudarle, y por lo mismo ha faltado á sabiendas á la verdad, con el objeto de atribuir á la administracion liberal una quiebra en que no tuvo el menor participio. La defensa es hermana carnal de la causa.

El Sr. Juarez, que no se ha apoderado del poder, sino que lo ha recibido de la nacion, reconoce todas las deudas de procedencia legítima. Las únicas que desconoce son las de origen vicioso, las procedentes de contratos leoninos.

El defensor del negocio de que hablamos, con la satisfaccion de quien ha descubierto la cuadratura del círculo, alega que toda la pretension de Jecker está reducida al reconocimiento de un título público, legalmente emitido y lealmente pagado; y sostiene que con la circulacion de los bonos, apenas se reembolsarian el banquero y sus acreedores de sus gastos, obteniendo los contribuyentes la ventaja de pagar en papel la quinta parte de los impuestos.

La pretension del interesado, tal como ahora se formula, envuelve la peor combinacion de cuantas pudieran imaginarse, como que impondria á México la obligacion de recibir en un 20 por ciento de sus entradas, los bonos de que se trata, por su valor nominal, sin perjuicio del pago del 3 por ciento de réditos. El desfalcó se puede calcular, sin exageracion, en unos 18.000,000 de pesos. Tan ruinoso así es esa pretension que se pinta como muy sencilla.

Con ella, á mas de sus desembolsos, obtendria Jecker una enorme utilidad, que no está el Gobierno obligado á proporcionarle.

La ventaja de los contribuyentes seria positiva, y mayor aún si pagaran todos los impuestos con papeles sin valor. Pero como así se reducirian á cero las entradas del erario,

dudamos que en ninguna parte del mundo sea admitido semejante sistema de hacienda.

No sabemos hasta qué punto será exagerada la aseveracion de que el Gobierno mexicano haya ofrecido: primero, el reintegro de las cantidades recibidas, mas el premio legal, y el pago de daños y perjuicios; y despues, por conducto del Sr. Doblado, tres millones de pesos al contado, y otros tres en órdenes sobre las aduanas. Creemos que se debe dar ya publicidad á lo ocurrido en este negocio, para evitar habilllas y suposiciones infundadas.

Si la reclamacion adolece de los vicios que justamente la nulifican, nada, absolutamente nada importa que los bonos no estén ya en su mayor parte en manos de Jecker, sino depositados unos en la legacion de Francia en garantía de lo debido á las cajas francesas de ahorros, beneficencia y socorros mutuos, y otros en manos de diversos acreedores. Medrados quedariamos con que unos títulos sin valor lo adquiriesen legítimo por solo el hecho de que el tenedor se pusiese á hacer pagos con ellos.

Elsesser fija la cuestion de derecho, afirmando que equitativa, legal, diplomáticamente, el despojo de su cuñado no se puede realizar, sin consagrar el principio inicuo de que un gobierno tiene el derecho de suprimir la circulacion de los valores públicos emitidos por otro gobierno regular que le ha precedido.

La cuestion es compleja, teniéndose que examinar sucesivamente el valor legal del decreto de 29 de Octubre, y de los contratos celebrados con la casa Jecker.

Supongamos por un momento que el decreto hubiera sido expedido por una autoridad legítima, y que en consecuencia ninguna disputa pudiera suscitarse acerca de su validez. Aun en ese caso, seria llana su derogacion, en el mo-

mento que se juzgara conveniente. Pero el gobierno liberal, que no lo reputaba legítimo, no pudo ni debió contentarse con derogarlo, sino que lo declaró nulo. Como aquí no se trata de compromisos internacionales, único caso en que es forzoso respetar ciertos actos de los gobiernos de hecho, la declaración de nulidad de los de la administración reaccionaria, es un negocio doméstico que el país tiene derecho de arreglar en los términos que mejor le parezca. Aun habiendo extranjeros interesados en la subsistencia del decreto, lo mas que podrían pretender sería la correspondiente indemnización.

Los contratos celebrados por Jecker con el gobierno reaccionario, tuvieron el carácter de bilaterales. Sabido es que en estos, una de las partes no puede exigir el cumplimiento de las obligaciones ajenas, cuando ha comenzado por faltar á las propias. Aplicando esta doctrina de uso corriente al presente caso, encontraremos que Jecker faltó á uno de los principales deberes que le incumbía llenar, para tener derecho de hacer reclamaciones.

Queda ya asentado que del 25 por ciento, importe de la refaccion, un 10 se destinaba á cubrir la responsabilidad de la casa interesada, por lo que tenía que pagar del rédito. Ese 10 era á su vez la garantía, el depósito formado con los fondos de los refaccionarios, para la seguridad del 3 por ciento, á cuya exhibición estaba obligado Jecker, y cuyo importe ascendía á cerca de millon y medio de pesos por la cantidad que él refaccionó.

Ese millon y medio de pesos no existía cuando Jecker suspendió sus pagos; de manera que en este negocio ha sucedido, que solo se ha querido estar á la parte favorable, sin hacer caso de la onerosa.

Así es como decreto y contrato fueron siempre infringidos

á cada paso por el mismo que los declara obligatorios para la República mexicana.

La luz brillará, dice el Sr. Elsesser, al concluir. Demasiado brillará, sin que sea posible ofuscarla. Ha brillado en la repulsa de los comisarios ingleses y del general Prim á asociarse al ultimatum que favorecía descaradamente las pretensiones del interesado. Ha brillado en el discurso de Julio Favre, que ha calificado la especulación en los términos mas enérgicos. Ha brillado en la peroración del diputado español Rivero, que ha reprobado la protección otorgada por el gobierno francés á esta reclamación, con expresiones mas fuertes que las empleadas por los mexicanos, quienes hemos tenido el plurito de realzar la justicia de nuestra causa á fuerza de moderación. No es por lo mismo luz lo que falta, sino justicia y equidad. El fallo de la opinión pública ilustrada está ya pronunciado, y ese negocio de los bonos Jecker, que es un escándalo financiero en la historia de México, será tambien, si continúa apadrinándolo Napoleon, un escándalo internacional ante el mundo civilizado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA CUESTION EXTRANJERA.

México, Setiembre 28 de 1862.

En vísperas, como estamos, de acontecimientos decisivos para la nacionalidad de México, nada de lo que atañe á la cuestion extranjera puede dejar de tener para nosotros un interes vital. Así lo comprende el instinto patriótico, que nos mueve á no separar ni un momento nuestra atencion de los incidentes que ocurren en Europa y en América, relativos á ese asunto. Las noticias se reciben con avidez, las apreciaciones abundan, la ansiedad aumenta. Miétras llega el instante de apelar de nuevo á las armas para defender la independencia amenazada, los ánimos siguen el curso de los sucesos, que van formando la instructiva historia de esta formidable época de prueba.

¿Cuál es el contingente con que Setiembre contribuye á esa aglomeracion de datos? Veámoslo.

A grandes y fundadas alarmas ha dado lugar la presunta alianza de Francia con Rusia y con Prusia. Las tendencias marcadamente retrógradas de las dos últimas potencias, así como la conducta equivocada y sospechosa del gobierno

Al ocuparse de la conducta del general Prim, no se atreve el diputado español á condenarla abiertamente. Sus apreciaciones meticulosas, en que siempre se trasluce la plena aprobacion de los actos del ilustre caudillo, van envueltas en elogios forzados de éste, hechos en términos generales. Esa falta de franqueza, esa carencia de valor, producen el mas desgraciado efecto. Nada valen por otra parte las acusaciones disimuladas contra el conde de Reus, de quien no dudamos que las pulverizará, luego que pueda en el senado español confundir á sus innobles detractores.

La quinta esencia del discurso de Coello está contenida en la proposicion de que no quiere para México ni el protectorado de la Francia, ni su anexion á Norte-América, buscando una solucion católica, conservadora y monárquica. En la primera parte de estos deseos hay plena conformidad de nuestra parte, pues amantes á todo trance de nuestra independencia, lo mismo rehusamos ser colonos de la Francia que de los Estados-Unidos. La solucion de la dificultad si está muy léjos de merecer tal nombre. Juzgamos que al llamarla católica, se alude á la restauracion de la intolerancia, á la tiranía de las conciencias; y en tal caso, es seguro que no hemos de consentir en descender de la altura en que, tratándose de tal punto, nos encontramos respecto de España. El triunfo de la política conservadora es ya imposible en México, donde han echado hondas raíces los grandes, los luminosos principios que forman el credo de los progresistas. Otro tanto decimos de la monarquía, mala en su esencia para nosotros, que no nos convencemos de lo contrario con los argumentos de Coello, siendo de advertir ademas, que aun suponiendo buena en teoría esa forma de gobierno, su establecimiento es ya irrealizable en este país, por serle contrarios todos sus elementos sociales.

Lo mas notable del caso es que, ciego partidario en esto Coello, como en todo, del programa imperial, pretende conciliar su utopia con el respeto á la voluntad del pueblo mexicano, como igualmente con la actitud hostil de las fuerzas francesas. El error en que pudo estarse ántes en Europa acerca de la existencia aquí de un partido monarquista, no es ya disculpable cuando los falsos informes de Gutierrez Estrada, de Hidalgo y de Almonte, han sido desmentidos con hechos claros como la luz meridiana. Y en cuanto á la libertad de votos emitidos bajo el imperio de bayonetas extranjeras, en ningun tratado sobre las reglas de la interpretacion, se encontrará consignada la validez de la que reconozca tan vicioso origen.

Lo que hemos dicho del discurso de Coello, puede aplicarse al pié de la letra al de Rios Rosas, que reproduce los mismos argumentos, sacando al otro la ventaja en la manera de tratar á nuestro presidente, de quien habla como de un monstruo sediento de sangre y ageno á todo instinto de civilizacion. Asombra, escandaliza verdaderamente, que hombres que pasan en su país por notabilidades de primer orden, revelen tan á las claras su ignorancia supina en la historia contemporánea.

El plan de Coello, reproducido en la prensa por la *Epoca* únicamente, no ha encontrado ni podía encontrar eco en la nacion española, tan enemiga de que se la lleve á remolque de otra potencia. Tampoco es de temerse que influya en las determinaciones posteriores del gobierno, que con tanta lealtad y destreza se ha conducido en el negocio. Mas motivo habria podido haber para alarmarse por el nombramiento del marqués de la Habana para embajador en Paris, y de Dulce para capitan general de la Isla de Cuba. Ambas elecciones denotaban al parecer un cambio de política; mas como nin-

gun otro antecedente ha venido á confirmar esa suposicion, no es aventurado calificarla de infundada.

Los asuntos de Italia van tomando un carácter tan grave, que están ya ocupando la atencion de la Europa entera. La indefinida ocupacion de Roma por los franceses, única rémora que se presenta para que la ciudad eterna sea declarada capital de la Italia, y para la terminacion del poder temporal del Papado, ha agotado ya la paciencia de Garibaldi, quien despues de expresarse en varias reuniones en términos hostiles contra el gobierno imperial, se muestra decidido á recurrir á las vías de hecho, y reúne en Sicilia cuerpos de voluntarios, engrosados diariamente con los jóvenes que acuden de todo el ámbito de la península. Para que se comprenda la grande importancia del proyecto, así como la proximidad de su realizacion, basta observar que Víctor Manuel lo ha reprobado en los términos mas enérgicos, por sí y por medio de sus ministros, en la tribuna parlamentaria, en proclamas, en otros documentos oficiales y por la vía de la prensa. Seguro es que no se desmentiria con tanto afan un proyecto que estuviera todavía en embrión. Falta aún, sin embargo, averiguar hasta qué grado serían sinceras las multiplicadas protestas del rey de Italia. Ya en otra ocasion muy semejante, cuando la expedicion de Sicilia, hubo tambien reiteradas aseveraciones de que el caudillo popular procedia contra las instrucciones y deseos del monarca que llevaba entónces el modesto título de rey del Piamonte, y lo cierto del caso es, que los escrúpulos desaparecieron, llegada que fué la oportunidad de aprovecharse de los brillantes triunfos del ex-dictador. Nada, pues, tendria de extraño que sucediera ahora lo mismo, si se enarbolara en el capitolio la bandera italiana.

Autorizado ó no, si Garibaldi insiste en llevar adelante su

plan, para lo cual cuenta sin duda con elementos formidables, su tentativa dará principio á una guerra, que cundirá bien fácilmente por todo el continente europeo. La heroica Hungría, siempre pronta á romper sus cadenas; la desventurada Polonia, nunca conforme con el inicuo atentado que la borró del catálogo de las naciones; la Rusia, que se levanta contra su autócrata, valiéndose del medio salvaje de incendios que se propagan de ciudad en ciudad; la Francia, donde el trono imperial descansa sobre tan débiles cimientos; las nacionalidades todas, comprimidas y ahogadas bajo el yugo del despotismo, harán tal vez un esfuerzo poderoso para conquistar esa libertad, que es la sublime aspiracion del siglo.

Ya se deja entender que si se realizaran los acontecimientos que hemos apuntado, ó si por lo ménos emprendiera definitivamente Garibaldi su expedicion sobre Roma, nuestra salvacion seria entónces el resultado indispensable de tal estado de cosas. Napoleon no querria, ni podria aunque quisiera, cometer la locura de desatender los intereses verdaderos de la Francia, por insistir en una empresa que carece de razon de ser. Ni á la Francia ni á su gobierno importa nada que haya en México república ó monarquía, que gobierne aquí Pedro ó Juan, mientras por el contrario, están una y otro sobremanera interesados en las grandes contiendas del viejo continente, de cuya solucion dependerá la subsistencia ó variacion de las instituciones actuales. Hasta la influencia de la emperatriz, que tan funesta nos ha sido, dejaria de obrar en nuestra contra, para concentrarse en la cuestion romana, en la que ha sido todavía mas pernicioso. Y sobre todo, una vez empeñada la Francia en una guerra que absorberia por necesidad sus fuerzas y recursos, no podria mandar nuevos refuerzos á las tropas temerariamente enviadas á

estas lejanas regiones, y á las que no quedaria otro arbitrio que entrar en arreglos para la evacuacion del país.

Como se ve, son cuando ménos halagadoras en alto grado las últimas noticias recibidas de Europa. Confirmense ó no, nuestro propósito debe ser invariable; defender á toda costa la independencia nacional.

La causa de México sigue encontrando en casi todo el continente americano, la adhesion mas espontánea, confirmada con numerosas pruebas de simpatía.

En el congreso chileno se han levantado voces elocuentes en contra de las locas pretensiones de la Francia. El gobierno de Perez, que protestó en términos comedidos, pero terminantes, contra todo proyecto de intervencion que pudiera contener la triple alianza formada en Lóndres, se sigue mostrando contrario á semejante política. Quiere además estrechar sus relaciones con México, á cuyo fin se ocupaba en el nombramiento de un enviado que sustituya al que ya estaba designado, el cual no vino, por haber entrado á formar parte del nuevo gabinete.

En el Perú no disminuye el empeño con que desde un principio se ha obrado en favor nuestro. La noticia de la victoria del 5 de Mayo causó allí un verdadero regocijo. Las sociedades patrióticas felicitaron por ella á nuestro cónsul en Lima; los poetas peruanos la cantaron con entusiasmo. El 28 de Julio, aniversario de la independencia de aquella república hermana, nuestro pabellon nacional estuvo enarbolado junto al suyo en los edificios públicos. La prensa continúa publicando artículos en que los mas aventajados escritores toman nuestra defensa con calor. En una palabra, las demostraciones de toda clase en apoyo de México, son en el Perú continuas y significativas; los mexicanos sabemos agradecerlas como es debido.

Cual mas, cual ménos, idénticos testimonios de simpatía nos dán las otras repúblicas ligadas con nosotros por los vínculos de la comunidad de origen. La idea de que los intereses de todas son solidarios; la conviccion de que debe ser uniforme su política internacional, se generalizan á cada paso, aspirándose á que se conviertan en hechos consumados. Probablemente esta será una de las ventajas que resultarán de la agresion vandálica, con que se ha querido privar de su soberanía á una de las antiguas colonias de España.

Tenemos el sentimiento de anunciar que hay en el mundo de Colon un gobierno, uno solo por fortuna, que se aparta del patriótico sendero seguido por todos los demas. En la *Gaceta de Guatemala* de 27 de Julio último se ha publicado un oficio dirigido por el ministro de relaciones de Nicaragua al guatemalteco y la contestacion de éste. En el primero, lamentándose que la América Central no esté regida por un solo gobierno, se invita al de Guatemala para que los gabinetes centroamericanos uniformen su política, y unan sus esfuerzos para defender los principios amenazados por la invasion de México. El ministro Aycinena en su respuesta, en vez de obrar en ese sentido, dice que veria con satisfaccion el establecimiento en este país de una autoridad que contara con las condiciones necesarias de estabilidad, creada por el voto libre de estos pueblos; y agrega, que el estado de anarquía en que desgraciadamente se ha mantenido México hace muchos años, provocó la intervencion europea, originada, segun declaraciones oficiales á que se ha dado publicidad, á exigir reparaciones de ciertos agravios, respetando la libertad en que los mexicanos deben considerarse para constituir su gobierno como lo estimen mas conveniente á sus intereses.

Imposible era aprobar con ménos disimulo la inicua inva-

sion de nuestro suelo. Ni el estado de anarquía de un país autoriza á otro para intervenirlo, ni tal anarquía existe hoy en México, ni faltan á la autoridad establecida las condiciones necesarias de estabilidad, ni se limita la expedicion francesa á pedir la reparacion de ciertos agravios, ni cabe libertad en un pueblo para constituirse con un ejército enemigo en su seno. Aycinena merece ser colocado entre Coello y Billault, si bien su culpa es mayor por ser americano.

La única explicacion admisible de tan extraña conducta, es la de que el gobierno de Guatemala es conservador por los cuatro costados, y tal parece que para los conservadores la cuestion de nacionalidad nada vale, cuando se trata del triunfo de sus principios, convertidos para la civilizacion moderna en un impasable anacronismo. Muy agradecido debe quedar México al gobierno de la república vecina, que oficialmente ha alegado pretextos ridículos para no adoptar el plan de Nicaragua, en el que tanto resplandecia el espíritu de americanismo dominante en este continente.

El agravio á que nos hemos referido, no es el único que se nos ha hecho por nuestros vecinos del Sur. La prensa publica como verídicas correspondencias de esta capital, enviadas, segun la *Tijera* de San Cristóbal, por el sobrino de un ex-ministro intervencionista, en la que se desfigura nuestro glorioso triunfo del 5 de Mayo, y se pinta á Márquez como un héroe en la accion de Barranca-Seca. Y por último, hay noticias de que mexicanos reaccionarios encuentran en aquella frontera auxilios para organizar expediciones contra Chiapas.

Aunque los periódicos han publicado la noticia de un convenio celebrado entre Francia y los Estados-Unidos, en virtud del cual contraría Napoleon con la aquiescencia de

Lincoln para obrar contra nosotros como mejor le conviniera, ni por un momento hemos dado crédito á semejante especiota, que nos parece absurda en grado superlativo. Poco conocen la circunspeccion con que procede siempre en los negocios internacionales el gabinete de Washington, los que presumen que hubiera dado un paso tan avanzado, cuando no quiso ni entrar en la convencion de Lóndres.

Lo que sí es seguro es que se aleja la época en que podamos contar con el poderoso auxilio de la gran república, desgarrada hoy por la guerra civil. No obstante el triunfo alcanzado últimamente por los federales en las cercanías de la capital, la contienda lleva trazas de prolongarse indefinidamente, cada vez mas terrible y sangrienta.

Mucho se ocupó aquí la atencion pública á principios del mes, con los manifiestos de Zuloaga y Cobos, de los que ha hecho ya la prensa las apreciaciones que merecen. Considerados bajo el aspecto de las revelaciones que contienen contra los que han sido por tanto tiempo compañeros de fechorías, y son hoy el objeto de la saña de los signatarios de esos folletos, indisputable es el mérito de esos cuadros de familia, de esas biografías escritas con datos irrecusables, en las que tan triste figura hacen Márquez y Almonte. Ahora, en cuanto á vindicarse y aparecer como patriotas, temeraria era la empresa del presidente reaccionario y del gerrillero español, quienes por necesidad han tenido que fracasar. Para nadie es dudoso que si el *gefe supremo de la nacion*, ó los invasores, hubieran reconocido la presidencia de Zuloaga, estaria hoy ese hombre sin principios al lado de los traidores. Para nadie es dudoso tampoco, que si Cobos no hubiese sido eliminado de las fuerzas que obedecen á Almonte, seguiria hoy practicando el sistema de plagios, de que tiene la gloria de haber sido introductor en la República, y come-

tiendo todos los otros crímenes que le han grangeado tan detestable reputacion.

Probado como lo está, que la separacion forzosa de esos dos cabecillas no fué un acto de patriotismo con que hubieran podido, aunque tardío, enmendar en parte sus pasadas culpas, nos falta ver el reverso de la medalla, para explicarnos el motivo de su segregacion. Respecto de Zuloaga, claro está que Almonte no habia de estar conforme con un pretendiente, en quien veria un constante amago contra el poder que tanto ha ambicionado, y al que tanto se aferra á pesar de ser de burlas, con la esperanza de que algun dia se convierta en realidad. En cuanto á Cobos, lo perdió el haber estado en correspondencia con nuestro ministro de relaciones Doblado. Mientras á éste le animaba el patriótico deseo de convertir en leales y patriotas á los auxiliares de los franceses, el sustituto de Márquez no se proponia mas que ganar tiempo para aumentar sus fuerzas. El castigo de su mala fé le vino de donde menos lo esperaba.

Márquez, para consumar su traicion, tuvo necesidad de apelar al engaño, segun la confesion de sus amigos de ayer, convertidos en sus acusadores de hoy. Que en esta parte han hablado tambien la verdad, lo prueba la frecuencia con que los soldados engañados abandonan las filas de los traidores. Ha habido dia en que ha excedido de cien el número de los que se han pasado á nuestras fuerzas, y es de esperarse que pronto queden solos los cabecillas, que han faltado á sabiendas á todos sus deberes de mexicanos.

Ellos están por fortuna llevando en el pecado la penitencia. Es de pública notoriedad el desprecio con que los tratan los invasores, haciéndolos pasar por humillaciones de todas clases. Para comprender el grado de degradacion á que han descendido, no hay mas que leer los partes oficiales de

Lorenzéz á su gobierno, en los que cuenta que, como remuneracion de los trabajos en que los emplea, socorre á los soldados y dá gratificaciones á los gefes. Ponerse así á sueldo de los extrangeros, recibir el salario de los servicios que se les prestan, es una ignominia tal, que no hay palabras bastante duras para calificarla debidamente.

Contrasta con tan innoble conducta, observada por un puñado de traidores, la honorífica del país entero, que está dando al mundo el honroso espectáculo de un pueblo decidido á salvar su autonomia á costa de todos los sacrificios que exijan las circunstancias. En todos los Estados siguen los ciudadanos aprestándose á la lucha; y como bien se comprende que el alma de la guerra es el dinero, están conformes con hacer las exhibiciones que prescribe el Supremo Gobierno.

El entusiasmo nacional ha tenido ocasion de manifestarse en su plenitud, con motivo de las solemnidades cívicas destinadas á la conmemoracion del dia glorioso en que se proclamó nuestra Independencia. Condicion admirable es de la naturaleza humana, sentir mayor afecto por lo que se corre el riesgo de perder; y por eso hoy que está amenazada esa independencia debida á los heróicos esfuerzos de nuestros padres, hoy que necesitamos desplegar para conservarla tanto valor como el que ellos emplearon para adquirirla, se ha celebrado el aniversario del grito de Dolores con una espontaneidad patriótica, que nos llena de las mas consoladoras esperanzas. La nacion que demuestra así el alto aprecio que hace de bien tan estimable, no se lo dejará arrebatar por la mano osada del invasor.

Tambien otro hecho significativo ha venido á corroborar la firme decision de oponer una defensa obstinada á los ataques de los agresores. La acertada resolucion de resistir en

esta capital, si llega á verse amenazada, ha sido recibida con aplauso, comprendiéndose que una ciudad de tanta importancia no debe ser abandonada voluntariamente. A fin de ponerla en estado de ser defendida con mejor éxito, se ha procedido con violencia á fortificarla, y el patriotismo de sus habitantes se ha esmerado en cooperar de diversos modos á la realizacion del pensamiento. La gente ha ocurrido en tropel á pagar la contribucion respectiva: los exceptuados han renunciado á serlo, exhibiendo su cuota con igualdad á los que no lo son: ha habido muchos donativos; y no contentos los contribuyentes con el pago, han ido personalmente, en número considerable, á trabajar en las fortificaciones, que pronto quedarán concluidas.

Terminada la crisis ministerial con el ingreso de los CC. Fuente y Núñez á los ministerios de relaciones y hacienda, el gabinete consignó su programa en una circular dirigida á los gobernadores de los Estados. Ese documento honra á su autor, como patriota, como político y como literato.

No permitiéndonos estudiarlo el carácter de nuestra revista en los puntos que se refieren á la política interior, lo haremos solamente en lo que concierne á la cuestion exterior, que es naturalmente de la que mas se ocupa.

Protesta el gobierno llenar el primer objeto de su institucion y satisfacer el primer voto de la República, desplegando la mayor actividad y energía para repeler al invasor extranjero. Tal es hoy en efecto el mas esencial de sus deberes, que no dudamos cumplirá dignamente.

En el ejercicio de las facultades omnímodas que le han sido concedidas por el Congreso, encuentra el medio mas acertado de atender á las emergencias de la situacion, por lo que ofrece no abdicar ese poder sino cuando haya cesado el peligro comun. Verdad es que todos comprenden perfecta-

mente, la de que si el gobierno tuviera las manos atadas, no podria llenar satisfactoriamente la delicada mision que se le ha encomendado. Por eso estamos seguros de que, no bien se reuna el nuevo Congreso, prorogará las atribuciones otorgadas al ejecutivo. Ellas salvarán al país sin poner en peligro sus instituciones, porque el dia en que deje de ser necesaria la dictadura, los virtuosos funcionarios que la ejercen se desprenderán de tan grave responsabilidad, para volver al sendero de la Constitucion.

Asevera el programa que se emplearán los medios reconocidos como legítimos en los beligerantes, sin valerse jamas de la fuerza para cometer una monstruosa iniquidad, ni usarse del dolo cobarde de que se han servido nuestros enemigos. La observancia de estos principios acabará de colocar á México en la altura que le corresponde, formando contraste la conducta leal y noble de este pueblo calificado de salvaje, con la atentatoria é inicua de los que proclaman que vienen á civilizarnos.

La circular promete tambien promover con actividad la celebracion de tratados de alianza con las naciones que México debe considerar como hermanas. Nuestro ministro de relaciones pinta con rasgos elocuentes las grandes ventajas que resultarian de llevarse á cabo el pensamiento de una confederacion americana.

Ocupándose de la terminacion de la presente lucha, profiere el C. Fuente las palabras que copiamos á continuacion, y que quisiéramos ver grabadas con caracteres indelebles en el corazon de todos los mexicanos: "En la cuestion que tan dignamente sostiene ahora la República, ella debe estar perfectamente segura de que, suceda lo que sucediere, *jamás hemos de celebrar una paz inicua y deshonrosa.*"

Grato nos es oír en boca de los encargados de velar por la

dignidad nacional, la expresion terminante de la decision serena é incontrastable que han adoptado de sucumbir con honra, ántes que pasar por condiciones humillantes, que harian de la paz una afrenta eterna para México. Aun cuando llegásemos al terrible extremo de sufrir las mas horribles calamidades de la guerra, grandioso seria demostrar al invasor que no hemos aprendido en vano las célebres palabras de Francisco I.

No es ese, sin embargo, el resultado que debemos esperar de la resolucion tomada por nuestras autoridades supremas. Ella, por el contrario, nos llevará con seguridad al extremo opuesto, al del triunfo definitivo de nuestra causa, si no mienten las lecciones de la experiencia propia y agena.

Tres años luchó nuestro actual primer magistrado, en defensa de la libertad y de la reforma, con fé ciega en la victoria de los principios democráticos, con deliberada intencion, que supo llevar á cabo, de no transigir sobre la base de legalidad en que descansaba su poder. ¿Y qué sucedió? Que el término de la contienda puso de manifiesto el acierto con que habia procedido, no sacrificando la libertad ni la reforma á una paz efúmera, á una transaccion imposible, á una tregua engañosa, que no hubiera hecho sino aplazar para mas adelante un desenlace, obtenido definitivamente gracias á una incontrastable constancia.

Cuando Luis XIV, agoviado con los desastres de la guerra de la sucesion de España, andaba mendigando la paz de congreso en congreso sin poder alcanzarla, á pesar de las enormes concesiones que hacia, mas de una vez ofreció quitar de las sienes de su nieto la corona que habia puesto en ellas el testamento de Carlos II, ratificado por la nacion española. Las exageradas pretensiones de los aliados no dieron lugar á las desavenencias que habian ocurrido con tal motivo

entre nieto y abuelo; pero tambien influyó mucho en hacer fracasar la combinacion, la firme actitud adoptada desde un principio por Felipe V. La historia no ha reconocido en este monarca mas virtud política que la perseverancia: ella le bastó empero para salvarse de la crisis mas espantosa, conservando un trono que ocupan todavía sus descendientes.

La Francia, á su vez, recurrió en la época mencionada, á esa propia virtud de que acabamos de hablar, la cual dió el resultado de costumbre. Las exigencias inadmisibles del famoso triunvirato formado por el príncipe Eugenio, el general Malborough y el pensionario de Holanda Heinsius, no dejaron á Luis XIV otro arbitrio que la continuacion de la guerra. Villars salvó á la Francia en Denain.

Si, pues, es cosa perfectamente averiguada, que no sucumbe el pueblo que no quiere sucumbir, repitamos todos con el gobierno, que jamas hemos de celebrar una paz deshonrosa.

Ninguna duda nos cabe de que será de los primeros en repetirlo así, nuestro denodado ejército de Oriente, que llora y desea vengar la muerte de su general en gefe. Vengar, decimos, porque habiendo muerto Zaragoza de resultas de las fatigas, de la campaña, debe atribuirse á la injusta invasion de nuestro suelo tan lamentable pérdida.

Grande es en efecto y en extremo dolorosa, la del héroe del 5 de Mayo. El gobierno le ha dado un digno sucesor en el general Gonzalez Ortega. El vencedor de Peñuelas y Silao, de Calpulalpam y Jalatlaco, sabrá adquirir en la guerra extranjera, en la guerra de independencia, nuevos laureles que unirá á los que supo conquistar en la lucha de la reforma.

Pronto se le presentará la ocasion de ganarlos. La innacion en que se encuentra el ejército de su mando, es esa calma precursora de la tempestad. Segun las últimas noticias recibidas de Europa, dentro de treinta ó cuarenta dias comen-

zarán de nuevo las hostilidades en mayor escala que antes.

¿A cuánto ascenderán los refuerzos mandados por el emperador de los franceses? Nadie lo sabe de positivo. Miéntras unas correspondencias anuncian que no pasarán de diez mil hombres, otras, y en especial la prensa ministerial, afirman que vendrán treinta mil ó acaso mas. Nosotros nos inclinamos á creer que se exagera para intimidarnos el número de los invasores, y nos fundamos en el dato de que, no obstante todo el ruido que se mete con la expedición, y á pesar de haberse acordado aumentarla desde fines de Junio, lo cierto del caso es que, hasta el 15 de Agosto, es decir, al mes y medio de ese acuerdo, no llegaban á diez mil soldados los que se habian embarcado ya. Muy lento ha andado en el negocio el gobierno frances, lo cual prueba las dificultades con que lucha para llevar adelante la escandalosa guerra que ha emprendido. Vendrán tal vez mas refuerzos; pero no se olvide que se habla de cosas futuras, que sucederán ó nó, segun el giro que tomen los acontecimientos.

Como quiera que sea, para estar preparados á todas las eventualidades, bueno será ponernos siempre en lo peor. Las probabilidades de triunfo serán mayores, á medida que mengüe el número de los invasores: los aprestos para recibirlos deben partir de la base de que vendrán todos los que se anuncian. Nunca quedarán perdidos ni el tiempo ni el dinero, ni los trabajos, ni las precauciones, ni las medidas que tiendan á contrarrestar la agresión. Lo que sea útil para combatir con treinta mil enemigos, mucho mas lo será si no pasan de doce ó quince.

Ya en estos momentos debe haber llegado á Veracruz general Forey, que se habia detenido unos cuantos dias en la Martinica. Viene revestido del doble carácter de gefe de la expedición y de representante de la policía imperial; y así

es de presumirse que se verá el país libre de la odiosa presencia de Saligny, mejor que el cual ha de ser quien quiera que venga á sustituirlo. Tambien se anuncia que se retirará á Almonte y demas traidores la impudente proteccion á cuya sombra han estado haciendo gala de su infidencia. Ya veremos si los hechos confirman esa noticia, repetida varias veces sin que hasta ahora se haya realizado.

En 1808 iba Dupont, uno de los generales de division de mas fama del ejército de Napoleon I, á buscar en Cádiz su baston de mariscal. En 1862 viene Forey, uno de los generales de division de mas fama del ejército de Napoleon III, á buscar su baston de mariscal en México. Dios le depare en su camino algo parecido á Baylen.

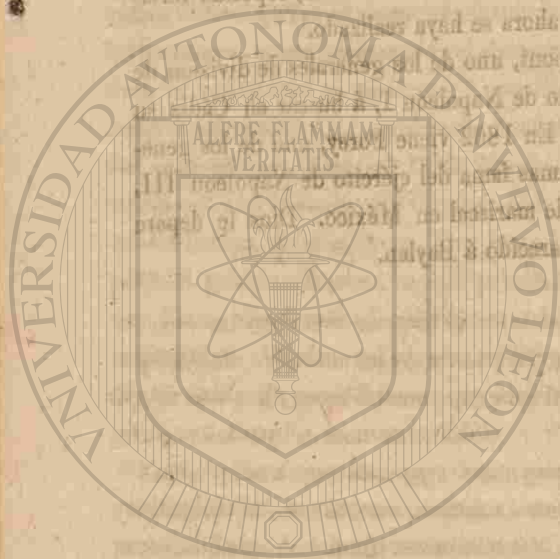
que hoy rige los destinos de la primera, dán á entender que se trata en esa union anómala, de proyectos atentatorios á las libertades públicas. La Inglaterra es la nacion que con mas fundamento debe considerarse amenazada, y bien indican sus disposiciones hostiles, y el empeño con que se apresta á la defensa de su territorio, haciendo gastos enormes, que no desconoce el peligro. Napoleon III. ha ido tomando sucesivamente venganza de las potencias que formaron la coalicion que derribó el trono de su tio. Ya la Rusia y el Austria han probado los efectos de esta política; la Inglaterra sospecha que le ha de llegar su turno, y no se aviene al desquite de Waterloo. Median falaces protestas de amistad entre ella y la Francia; pero el espíritu de rivalidad de los dos pueblos separados por el canal de la Mancha, asoma de nuevo la cabeza, y diariamente va adquiriendo mayor desarrollo.

El estado de agitacion en que la Europa se encuentra, hace fácil la explosion de ese odio reconcentrado. La cuestion de la Turquía, la de Italia, la del reconocimiento de los Estados confederados de Norte América, son gérmenes que acaso provocarán desavenencias nuevas. Tambien la diversa política seguida por ambas naciones en los negocios de México, ha agriado sus relaciones poco cordiales, sin que el disimulo que se emplea en ocasiones semejantes, haya bastado para encubrir la impresion que ha hecho en el gobierno imperial, la condenacion de su injustificable programa.

Buena prueba de ese desacuerdo, real y notable aunque latente en parte todavía, es el discurso pronunciado en el parlamento por Lord Montagu. El orador, con toda la franqueza propia del carácter inglés, sin circunloquios, sin reticencias, llamando las cosas por sus nombres, calificándolas como merecen, ha pintado la conducta de Napoleon en Mé-

xico con pinceladas maestras. En lo que no estamos conformes, es en la aseveracion de que el gobierno inglés ha seguido humildemente la marcha que le ha trazado el emperador, á cuya influencia se atribuye hasta la reprobacion del tratado Doblado-Wyke. Sin desconocer que se evita aún con cuidado cuanto pudiera aparecer como un rompimiento abierto con el soberano frances, abundan las pruebas de que en los asuntos de México el gobierno de la Gran Bretaña se ha guiado por una política propia, pocas veces análoga á la del Eliseo. Ni pasó nunca por la intervencion en los negocios domésticos de este país, ni mandó fuerza armada que penetrara en nuestro territorio, ni consintió en las pretensiones exageradas del ultimatum de Saligny, ni se prestó á la violacion de los preliminares de la Soledad. Pecaríamos ciertamente los mexicanos de parciales ó desagradecidos, si no alzáramos la voz en defensa del honroso comportamiento que con nuestra patria han observado los lores Palmerston y Russell.

Contraste muy notable y no poco sorprendente forma con el recomendable discurso de Montagu, el pronunciado en el congreso español por el diputado Coello. Tan largo como vacío, se limita á preconizar la política francesa, en apoyo de la cual no puede aducir sino las falsedades que tantas veces han sido desmentidas ya con irrefutables datos. Bien se pudiera al fin de esa peroracion, poner el nombre de Napoleon III, de Billault ó de Saligny. Si Pacheco ha estudiado la historia de México en Solís y en Alaman, en Pacheco la ha estudiado Coello. Aquella estupenda conseja de los indios que salian á preguntar al inolvidable embajador por la reina su señora, figura al lado de otros datos históricos, tan fidedignos como ese y el de la ferocidad de Juárez, que no se cansa de asesinar extranjeros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

CORRESPONDENCIA INTERCEPTADA.

México, Octubre 15 de 1862.

Son tan curiosas las revelaciones que contienen las cartas escritas á fines de Agosto por varios parientes de Jecker, y que han visto la luz pública con autorizacion del supremo gobierno, que nos parece oportuno fijarnos en los principales puntos que abrazan, para que resalte mas la iniquidad del motivo mas grave de la guerra que nos hace la Francia.

Terrible es la saña de la familia del banquero contra cuantos no patrocinan el escandaloso negocio de sus bonos. El que primero aparece como víctima de ese encono, es el general Lorencez. Le acusan por su inercia, como si despues de la derrota de Puebla hubiera podido atreverse á emprender un nuevo movimiento ofensivo, ántes de la llegada de los refuerzos que vienen en camino. Se regocijan de que vuelva á la sombra, y declaran que bien lo merece. Anuncian que se ha vuelto loco, cosa que no les parece extraña, por ser esa enfermedad hereditaria en su familia, segun informes de Mr. de G. Este G, cuyo nombre se escribe en las cartas con solo esa inicial, ha de ser probablemente el vizconde de Gabriac,

que está en buenas relaciones con los interesados en un asunto al que ha dispensado abierta proteccion.

Toda la culpa del general frances consiste en haber escrito la verdad al emperador, luego que se desengañó de que eran falsas las noticias dadas por Almonte y compañía. Para contrariar los verídicos informes de Lorencez, se mandó á Paris á Lapierre, ayudante del mismo Almonte, hombre insinuante y avezado á la intriga, aunque mal visto del ejército frances, del que ha salido bajo auspicios poco favorables. La correspondencia interceptada dice con complacencia, que la mision de ese intrigante tuvo un éxito completo, logrando destruir las impresiones desfavorables nacidas de la lectura de las comunicaciones de Lorencez. Sea de esto lo que fuere, el enojo de los Elsesser-Jecker es manifesto contra el gefe frances que se decidió á hablar la verdad.

Tambien queda mal parado Douay, á quien se llama con sorna el famoso general de las geurras de Italia, citado por Bazancourt. No sabemos si tambien Douay habrá cometido el pecado, parecido al de su compañero, de opinar en contra de la expedicion, ó si su falta habrá consistido únicamente en haber participado de esa inercia que ha detenido al ejército frances en Orizava. Los refuerzos que trajo el general citado por Bazancourt fueron tan ridículos, que de nada sirvieron; pero la dilacion, cualquiera que sea su causa, es insoportable para los interesados en el negocio de los bonos, que no ven ya las horas de que lleguen sus compatriotas á esta capital, para hacer desde luego valer sus pretensiones.

Llega su turno á Forey, de quien bien se advierte que tienen desconfianza; y á quien no se paran en medios para atraer á su partido. Se alegran por supuesto de que venga á encargarse de la direccion de la guerra en lugar de Lorencez, por la sencilla razon de que con este no pueden con-

tar, mientras con aquel tienen esperanzas de lo contrario. Para que no se duerma en el camino, cosa que los seguiria teniendo en ascuas, cuentan con que aspira al mariscalato. Como les importa que sus corresponsales conozcan bien al nuevo general en gefe, hacen su retrato, calificando su carácter de violento, de cáustico, de malévolo, y llamándole machetero brusco, hombre que no entiende de chanzas. Su principal motivo de desconfianza nace de que todo lo refiere á lo militar, lo cual es para él superior á todo; y estando en contra del negecio Jecker los gefes y oficiales que le van á rodear, temen que lo vea con malos ojos. Para conjurar ese peligro, ya que no pudieron alcanzar que viniera en lugar suyo el general Trochu, desde Francia se le recomendó encarecidamente el asunto, y á México vendrá á recomendarlo con mayor eficacia todavía un amigo de la casa, que unas cartas designan con la inicial C. ó Ch., mientras otras ponen con todas sus letras su nombre, que es el de Chevardier. Otros diversos medios se tocarán para ganar á Forey; y en último caso, si se hace de pencas, cabe siempre el consuelo de que él no podrá mas que demorar el reconocimiento de los bonos, el cual se espera confiadamente del tribunal respectivo de Paris.

Ya se deja entender que se habrá olvidado al emperador, que es de quien mas se necesita que proteja la especulacion usuraria del banquero. Con tal fin, se le presentan íntegras ó en extracto las cartas de éste según lo permite su tenor; precaucion hábil sin duda, porque en esas epístolas ha de haber cosas que no podrian enseñarse á Napoleon, y por eso merece la calificacion de sagaz el consejo de mandar dos pliegos separados, de los cuales uno será el ostensible, y reservado el otro. Como no conocemos la correspondencia que ha pasado por los ojos imperiales, no nos es dado participar

del gusto de S. M. por su estilo claro y conciso, y por las apreciaciones generales que le han llamado la atención, en las que de seguro se habrá cuidado de darles un giro ventajoso para la casa.

A mas de las cartas presentadas, se ha apelado al medio de las entrevistas, ya del intrigante Lapierre, ya del amigo Chevardier, que no pudo sacar de la suya todo el partido que hubiera deseado, por culpa del maldito ceremonial, que no permite hablar de lo que se quisiera, sino únicamente responder á las preguntas que se digna hacer el emperador. No faltan por otra parte protectores poderosos, como por ejemplo el personaje que Elsesser (X) designa enfáticamente con el título del *nuevo duque*, y que no puede ser otro que el Conde Morny, al que S. M. acaba de otorgar ese ascenso aristocrático, y del que hace tiempo habla la crónica escandalosa como interesado en lo de los bonos.

Las diatribas contra Lorencez, contra Donay, contra los gefes y oficiales, que opinan en su totalidad contra esa especulacion, se tornan en encomios y agasajos, cuando se habla de Saligny. El sobrino Luis, que escribió en la *Patrie* un artículo para ensalzarlo, á la vez que para deprimir á Prim y á Juarez, opina con sobrada razon, que *una vez que Saligny les es tan útil, bueno es emplear todos los medios posibles para levantar su crédito*. Eso y mucho mas merece el insigne varon que se resigna á singularizarse al extremo de ser en México el único que sostiene el consabido negocio. Lástima grande es que en vez de seguir figurando en primer término, sea suplantado por ese sargento Forey, que viene con poderes casi ilimitados, á guisa de virey, para hacer cuanto se le antoje, y que seguramente desoirá los consejos del conde Dubois, sin cuya firmeza, Juarez se habria salido ya con la suya, gracias al uso que ha hecho de la prensa en

América y en Europa, teniendo en el mismo Paris como suyo el periódico llamado la *Presse*.

Como es muy natural, quienes tanto alaban á Saligny, se muestran altamente indignados con los comisarios inglés y español, que no quisieron imitar su conducta. De Prim se asegura que es muy impopular en Francia, desde el descalabro en Puebla, que se le atribuye. Contra Wyke es todavía mayor el encono, y se le zahiere de todas maneras, llamándole instrumento de Juarez, representándolo como verdadero adversario y hasta enemigo encarnizado de Jecker, atribuyendo tambien á sus artificios la derrota del 5 de Mayo. Por vía de consuelo se asienta, que su habilidad se ha convertido en tontera, puesto que ha hecho un puente de oro á la Francia y dejándole el campo libre. Si los dos comisarios de que se trata hubieran pasado por el *ultimatum* de Saligny, en vez de desecharlo precisamente por el negocio de los bonos, se les pondria en los cuernos de la luna.

Detengámonos un poco á hablar de ese negocio, que es el fondo de la cuestion. Para formar verdadero concepto de su valor intrínseco, es preciosa la confesion salida de la boca de los mismos interesados, de que está desacreditado completamente; de que se le echa la culpa siempre, siempre, de cuantos males acontecen, considerándolo como la causa de la continuacion de la guerra; de que los reaccionarios temen su reconocimiento, los liberales lo execran y lo detestan los franceses; de que no lo apoya aquí mas que el bueno de Mr. de Saligny; de que lo repugnan todos los oficiales, todos los gefes del ejército frances, incluso el mismo Jurien de la Gravière. Esa condenacion universal es la mas plena, la mas satisfactoria vindicacion de México: *vox populi, vox Dei*. En vano se apela al triste recurso de sostener que esa uniformidad es obra de la calumnia. Jamas la calumnia alcan-

za un triunfo tan completo, reservado por la Providencia exclusivamente para la verdad; y por otra parte, la calumnia no es ni siquiera posible en un asunto discutido ya hasta la saciedad, y cuyas constancias y pormenores son tan conocidos, que bien se le puede dar la calificación de transparente.

A ser calumniosos y no fidedignos los escritos en que se ha referido ese asunto tal como es, fácil sería desvanecer las especies falsas de que se hubiera echado mano. Léjos de emplearse tal arbitrio, el único leal, el único decente, el único satisfactorio, en una cuestión en que va de por medio no solo el interés, sino también la honra, que vale más que todos los millones del mundo; lo que se ha intentado ha sido no más evitar la publicidad de esos escritos á que nos referimos, para que el embrollo quede envuelto hasta donde sea posible en la oscuridad que tanto lo favorece, como que á lo ménos dá lugar á la duda. Así vemos pintado en las cartas interceptadas, el desafortado empeño que se ha tenido de que no circule en Europa la *Memoria* de Payno. La Sra. Jecker de Elsesser confiesa que su hermano temía mucho que se publicara, y que su marido dió muchos pasos para conseguir del director de la prensa la promesa de que no se imprimiría en Francia, á lo ménos de pronto. Hé aquí las grandes ventajas de la previa censura: se suprime lo que debería publicarse, se ahoga la verdad para que no dañe á los interesados en ocultarla. La orden relativa á que los periódicos no inserten nada relativo á México, ha acabado de satisfacer los deseos de los que tienen miedo á la publicidad, porque ven con justicia su perdición en que se remueva el fango cubierto con el manto imperial.

Pero si es bueno tapar la boca al adversario, mejor todavía es hablar sin peligro de ser desmentido. Así se puede decir cuanto se quiera, pintar las cosas de la manera más fa-

vorable, desfigurar los hechos, suprimir las objeciones, despacharse por mano propia. Motivos tenemos para creer que tal es la táctica preferida por la casa interesada, la cual tiene ya, según la correspondencia que venimos comentando, impresas sus defensas, que reparte entre quienes le conviene, evitando todavía que las conozca la generalidad del público. Se espera la entrada de los franceses en esta capital, para aprovechar la oportunidad de la falta de contradictores. Humildemente confesamos que no comprendemos el motivo de que, á lo ménos en Europa, no se hayan publicado ya esos famosos alegatos, si es que no contienen más que razones. Ahora, si éstas se suplen con insultos, entónces sí es muy conveniente reservarlos para ocasión más propicia.

Con excepción de algunas observaciones de segundo orden, todavía desconocidas para nosotros, el argumento principal de la defensa nos es ya demasiado notorio. Consiste en sostener que no se reclama cantidad alguna, que simplemente se pide la ejecución de una ley de hacienda, así como el cumplimiento de contratos celebrados con la solemne garantía de la legación francesa. Como al contestar un artículo de Elsesser, hemos examinado ya todos los puntos que se enlazan con esa cuestión, juzgamos inútil repetir aquí nuestra respuesta.

Con todo y esa defensa, la casa no confía mucho en el buen éxito de su negocio, cuya lentitud y peripecias le asustan. Preferiría, pues, una transacción, y para salvar las apariencias alegaría que no podía consentir en arreglo alguno, cuando no se tenía más garantía que la buena fé del gobierno mexicano, pero que se aceptaba con gusto bajo la égida de la Francia.

Este consejo, que se pone en boca de Chevardier, es al parecer del gusto del sobrino Luis, que no lo contradice.

Tambien su padre opina que vale mas que los bonos se admitan en México, y no que el negocio se resuelva en Europa á costa de un sacrificio. Imposible era decir en términos mas comedidos, que habia necesidad en Europa de hacer fuertes desembolsos para cohechar á quienes tengan influencia suficiente para decidir la cuestion á favor de los que abrieran la bolsa.

La moralidad de los que habrán tenido ó acaso tendrán que ocurrir á ese arbitrio, á falta de otros de mejor ley, se dá á conocer en la calificacion de buena noticia dada á la muerte de Subervielle.

Acaso en nada se palpa mas la iniquidad con que se ha procedido con nosotros en lo que á este asunto concierne, que en el hecho interesantísimo de la insercion en el Boletín de las leyes, de la naturalizacion de Jecker. El decreto respectivo no debia haberse publicado hasta fines de este mes, porque habia otros muchos que debian salir ántes; pero tantos pasos se dieron, y tanto se trabajó, que se adelantó su insercion. Esto nada importa; lo que sí vale mucho es la consideracion de que la legacion francesa ha hecho reclamaciones diplomáticas acerca del negocio de los bonos, cuyo reconocimiento pedia despues Saligny en su célebre *ultimatum*, cuando el interesado no tenia la nacionalidad, que hubiera debido ser requisito indispensable para la personalidad del ministro y del gobierno extranjeros, que así metian la hoz en mies ajena. Entre los escándalos internacionales figurará en primer término el de una cuestion entablada, continuada, llevada hasta el extremo de ser convertida en *casus belli*, por dispensar proteccion á un individuo que ni por nacimiento ni por naturalizacion pertenecia entónces á la nacion á que se hacia correr á las armas en defensa de intereses ajenos.

La naturalizacion *ex post facto*, conseguida por el favoritismo contra el tenor de las leyes que fijan los requisitos con

que se ha de obtener, publicada extemporáneamente, pedida y otorgada para encubrir una falta que merece el doble apóstrofe de disparate y de crimen, no puede, no debe tener efecto retroactivo. ¿A dónde iríamos á parar, si á la hora que mejor le pareciese, pudiera un suizo, un chino, un mexicano, y en general cualquier extranjero ó nativo del país, cambiar su nacionalidad por otra que le proporcionara un auxilio poderoso, á fin de hacer efectivas las reclamaciones que intentara? Hasta para el simple reconocimiento de créditos contra el tesoro mexicano, han exigido las convenciones celebradas con potencias extrañas, la triple condicion de origen, continuidad y actualidad, para que sean admisibles como propios del tenedor que los presente, reclamando su derecho de extrangería. Toda pretension en sentido contrario, seria una exigencia intolerable, que abriria la puerta á los mayores abusos.

La correspondencia interceptada contiene párrafos muy interesantes acerca de la política que el emperador se propone seguir en México; pero como se refieren á la cuestion en general y no al negocio de los bonos, reservamos tomarlas en consideracion para nuestra revista de fin de mes.

Por ahora, y para terminar este artículo, dirémos que el resumen de las curiosas cartas publicadas es, y no puede ser otro, que á fin de lograr la realizacion de un negocio de agio en que á poca costa se queria ganar millones de pesos, se están empleando la ocultacion, la intriga, la superchería y cuantos medios reprobados sirvan para reparar la fortuna de una casa fallida, aunque tal resultado se compré con las calamidades de una nacion á cuyo suelo se trae la guerra, con escándalo de la civilizacion, por el capricho de un déspota que emplea las fuerzas de un gran pueblo en sostener intereses de esa ralea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CUESTION EXTRANJERA

México, Octubre 28 de 1862.

Un año hace ya que se firmó en Londres la convencion tripartita, y esta es la fecha en que no se realiza todavía el plan formado por la coalicion, y modificado luego por el emperador de los franceses, cuyo gobierno es el único que intenta llevar adelante la temeraria empresa que ha acometido. Pero lo mas raro del caso es, que ignoramos aún las verdaderas intenciones del desatentado monarca, pues si las dábamos ya como fielmente expresadas por el órgano imperial ante el cuerpo legislativo frances; si las vemos reproducidas con carácter oficial por el nuevo general en jefe del ejército expedicionario, otras noticias, otros datos vienen á contradecir abiertamente las mencionadas declaraciones, para dejarnos, lo mismo que al principio, en la duda y la vacilacion. ®

No es extraño que siga siendo para nosotros un enigma el programa de Napoleon, cuando acaso ni él mismo sabe á punto fijo lo que resultará de sus actos. Su política ha carecido hasta aquí de base determinada; la veleidad, el des-

concierto, la contradicción, han sido los caracteres invariables con que se ha marcado. Ese hombre ignora á dónde va; quiere hoy lo contrario de lo que ayer quería; derriba con una mano lo que levanta con la otra. Logogrifo incomprensible, ha acabado por ser la negación de todo principio, la representación de la insustancialidad en el trono. Consigue ser nombrado presidente de la República, fingiéndose defensor de las ideas democráticas, y ahoga la libertad con el golpe de Estado, que le sirve de escalon para asaltar el solio. Proclama en el célebre banquete de Burdeos que el imperio sería la paz, y el imperio es y ha sido una guerra continua. Emprende la campaña de Crimea para contener los avances de la Rusia, y deja luego que la Francia haga un papel ridículo en Siria, no resuelve las complicaciones de la cuestión de Oriente, acaba por aliarse con la potencia que pretendía humillar, é infunde temores de que piensa en un nuevo tratado de Tilsitt. Ofrece que la Italia será libre hasta el Adriático, y se para en la mitad del camino ante el famoso cuadrilátero, y falta á sus promesas, deja á Venecia entregada al verdugo, de cuyas garras había libertado á la Lombardia. Se llama representante de los grandes principios de la revolución de 1789, los únicos que servían para explicar su ascension al poder, y la presencia de las tropas francesas en Roma es el solo obstáculo que se opone á la desaparición de esa institucion carcomida, á que se dá el nombre de poder temporal del Papa. Tal es la historia de ese pretendido genio, de ese especulador que pasaba por el primer político de la época. Napoleon III es una esfinge, que cada seis meses necesita de un nuevo Edipo.

Nada, pues, tiene de singular, como indicábamos al principio, que el soberano en quien ha encarnado la contradicción, ó no sepa bien á bien lo que se propone hacer en Mé-

xico, ó cambie de propósito al impulso del mas insignificante acontecimiento. Para no extraviarnos en el camino que vamos á recorrer con motivo de la invasion que nos ha enviado, importa mucho conocer el carácter del gratuito enemigo que nos ataca. Lo que diga, lo que afirme, lo que proteste, lo que estipule, ha de tener siempre poco valor, y no habrá que fiar en apariencias engañosas. Por fortuna es tan marcada para México la conducta que debe seguir, que forzosamente contrastará la firmeza de nuestra determinación, con las eternas irresoluciones de nuestro antagonista.

No obstante esta advertencia, nunca estará por demas ir siguiendo paso á paso las peripecias de la situación, como que van formando parte muy principal del drama que se ejecuta. Hoy nos toca discutir los dos diversos planes, entre los que fluctúa al parecer el indeciso ánimo imperial.

El primero se nos ha revelado en unos artículos del *Esprit public*, firmados por el conocido escritor Hipólito Castille. Doloroso ha sido para nosotros encontrar al fin de escritos dictados por la mas torpe adulacion, el nombre del autor de la Historia de la segunda República francesa, de los Retratos políticos contemporáneos, de la Historia de sesenta años, de tantas otras obras de indisputable mérito. La deshonra inherente á los refractarios sube de punto, cuando cae en una de esas capacidades privilegiadas, que deberian captarse ante todo la estimación de la humanidad. La prostitucion de la inteligencia es uno de los abusos mas imperdonables; comete un suicidio moral quien emplea torpemente ese hermoso don.

Compadecemos al escritor, y fijémonos en su obra. En ella, despues de enunciar que no es la reparación de algunos daños lo que hará sacrificar vidas y gastar sumas considerables, se ensalza la grandeza de la expedición á México

al extremo de afirmar, que si el gobierno imperial hubiera cometido mil faltas, encontraría el correctivo de sus errores en la buena dirección de tan alta empresa. Para explicar ese alambicado concepto, se pregona que se viene á impartir auxilios á la raza latina, amenazada por la anglosajona; se indica que se trata de trabajar por la revolución en contra del absolutismo; se anuncia que se fundará en México una Argelia americana; se sostiene que la Francia recobra la dirección del grupo latino, abandonada desde la muerte de Luis XIV; se propala que se defenderá la idea querida de la libertad, conteniendo el principio de esclavitud, que seguiría á las invasiones de los aventureros del Sur de los Estados- Unidos; se declara, en fin, que se vengará en México á la Europa entera de esos suspicaces desdenes que por tanto tiempo la habían apartado del nuevo continente, y que se inaugurará la contra de la doctrina de Monroe, que pretendía excluir á las potencias europeas de toda intervención en los negocios de América.

Por mas que Castille haya procurado deslumbrar á sus lectores con el falso brillo de una pomposa fraseología, basta el mas ligero exámen para desentrañar los absurdos, las vaciedades, los sofismas, las contradicciones que abundan en sus artículos. Con perdon del mismo Castille y del ilustre anciano Pasquier, dirémos á nuestra vez nosotros, que es tan escandalosa y atentatoria la expedición á México, que si el gobierno imperial hubiera sido en todo digno de alabanza por su conducta hasta aquí, habría convertido su gloria en deshonor con la adopción de semejante empresa. Mal modo de impartir auxilio es comenzar por meterse de rondon en la casa ajena contra la voluntad de su dueño; y pues ni hemos pedido esa ayuda, ni la aceptamos, ni vemos en nuestros pretendidos auxiliares sino foragidos que abusan de la

fuerza para imponernos su voluntad por ley, está de sobra esa máscara con que se quiere ocultar la fealdad de un atentado injustificable. Léjos de que se trabaje por la revolución en contra del absolutismo, lo contrario es precisamente lo cierto, siendo absolutamente inexplicable que los principios revolucionarios, entendiéndose por tales los del progreso, se avengan con la pretension del extranjero, retrógrada como ninguna otra, de querer cambiar el gobierno y las instituciones de un pueblo soberano. La fundación de una Argelia americana, ó sea la conversión de México en colonia francesa, está en abierta contradicción con los trabajos en favor de la revolución, lo mismo que con la defensa de la libertad. Para que la Francia recobre la dirección del grupo latino, no basta que lo quiera el gobierno de esa nación; se necesita además la aquiescencia de los pueblos que forman ese grupo, y por nuestra parte protestamos, como interesados que somos en la cuestión, que nos oponemos á que Napoleón III continúe la obra de Luis XIV, porque eso sería tanto como entregar la Iglesia á Lutero. Muy loable es el propósito de contener los avances del principio de la esclavitud; así lo ha comprendido México desde los primeros días de su emancipación política; así lo ha practicado, repitiendo constantemente que es libre cualquier esclavo por el solo hecho de pisar su territorio; pero á mas de no necesitar tutor para obrar como lleva tiempo de estarlo haciendo, no sabemos con qué derecho viene la Francia, *hospite insalutato*, á intervenir en lo que no le importa. Y por último, si aun pudiera ponerse en duda la sabiduría de la doctrina de Monroe, lo que en estos momentos está pasando con nosotros sería mas que suficiente para recomendarla, hasta el punto de hacer obligatoria para las naciones iberoamericanas, la adopción en su derecho público de precaución tan saludabel.

Dejando á un lado las vacías y sofisticas apreciaciones de los proyectos que se atribuyen al emperador, y fijándonos en lo sustancial de ellos, sacamos en limpio que se trata de fundar una Argelia americana, con lo cual aparece como un engaño deshonesto cuanto oficialmente se ha estado repitiendo en todos los tonos, sobre la libertad en que ha de dejarse á esta nacion para que adopte el gobierno que prefiera, con la seguridad de que ha de ser respetado por el invasor. ¿Falsía tan repugnante, doblez tan odiosa, dolo tan vergonzoso, contribuirán á revestir la expedicion de ese carácter de grandeza, que hacia desear á Pasquier no morir, y que llena de profunda admiracion á Hipólito Castille?

Tambien en la famosa correspondencia interceptada al suizo que por arte mágica se volvió frances, hay aseveraciones que confirman la revelacion del *Esprit public*. El sobrino Luis, refiriéndose á Chevardier, anuncia que el emperador no habia tomado una resolucion definitiva acerca de los negocios de México, por ser contradictorias las noticias que de aquí recibe, y por tal motivo ha encomendado á Forey el establecimiento de un órden de cosas conveniente; pero Elseser (padre) afirma que se ha resuelto colonizar, que se trata de una trasformacion completa, que se prescindirá del paso por Nicaragua para fijarse en el de Tehuantepec, que la expedicion se enlaza tambien con los negocios de los Estados Unidos, que habrá trono y protectorado, que se piensa hace tiempo en hacer de México una nueva Argelia. Algo ó mucho debe haber de cierto en todo esto, cuando por diversos conductos se reciben noticias idénticas de personas que debemos suponer bien informadas, unas por reputarse órgano de la política imperial, y otras por el afán con que escudriñan lo que pasa en las altas regiones del poder, por el interés vital que tienen en el resultado de la expedicion.

Sin embargo, en contra de aseveraciones tan explícitas, tenemos el manifiesto publicado por Forey en Veracruz, inmediatamente despues de su llegada. Ese importante documento es la reproduccion en miniatura del capcioso discurso del ministro sin cartera Billault. Se anuncia que se va á dar á conocer las verdaderas intenciones de Napoleon; se repiten las acusaciones solapadas contra España é Inglaterra; se hace de nuevo alarde de la justicia de las reclamaciones de la Francia; se declara tambien que no se viene á hacer la guerra al pueblo mexicano, sino á un puñado de hombres sin escrúpulo y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes, gobernando por medio del terror mas sanguinario, y que para sostenerse no han tenido vergüenza de vender á pedazos al extranjero, el territorio de su país: se afirma que luego que el mismo pueblo mexicano sea manumitido por las armas francesas, elegirá libremente el gobierno que le convenga, agregando Forey que trae expreso mandato de declararlo así: se llama hombres de ánimo fuerte á los que se han reunido á los expedicionarios, cuya especial proteccion han merecido; pero se les advierte que el general en jefe llama, en nombre del emperador, sin distincion de partidos, á todos los que quieran la independencia de su patria, y la integridad de su territorio; se entona, por último, el estribillo de costumbre, sobre que la bandera francesa representa en América, lo mismo que en Europa, la causa de los pueblos y de la civilizacion.

El carácter oficial del manifiesto de Forey nos impone la obligacion de comentarlo, siquiera sea brevemente.

Bastante hemos dicho ya sobre la imposibilidad de conocer las verdaderas intenciones de Napoleon, por la extraordinaria facilidad con que cambia de política, así como por la falta de plan en los negocios de México, á la que debe atribuirse

buirse que esté obrando bajo el influjo de las impresiones del momento. Además, si hasta ahora se anuncian las verdaderas intenciones imperiales, lógicamente se deduce que las manifestadas anteriormente han sido falsas, lo cual no es muy honroso para el gobierno de S. M.

Inglaterra y España dejaron sola á la Francia en la contienda, no por una fatalidad difícil de prever, sino por haberse negado á patrocinar el negocio Jecker, que era parte esencial del ultimatum de Saligny; por no haber querido participar de la deshonra consiguiente á la violacion de los preliminares de la Soledad; por haberse resistido á imitar el escándalo de la infraccion del compromiso de la retirada á Paso Ancho.

La injusticia de las reclamaciones de la Francia salta á los ojos, con solo considerar que se ha hecho cuestion nacional la de un suizo que no se ha naturalizado hasta hace dos meses; que se han reclamado doce millones por perjuicios imaginarios, que ni siendo positivos podrian ascender nunca á esa cantidad; que se ha pretendido fijar los derechos de arancel é intervenir en nuestra administracion de justicia. Por otra parte, aun siendo patente la de esas reclamaciones, semejante razon no podria ya tomarse en boca, cuando está declarado que la expedicion francesa no viene á pedir la reparacion de determinados agravios, sino á cambiar el gobierno existente en el país.

Tan frecuente ha sido la costumbre adoptada por los que invaden países ajenos con siniestras intenciones, de protestar que van como amigos generosos á trabajar por su bienestar, que aseveracion tan trillada no pasa ya de un despreciable lugar comun, incapaz de alucinar á nadie. Pasmoso es que se califique al gobierno mexicano de puñado de hombres sin escrúpulo y sin conciencia, cuando será eternamente glorioso

para México el empeño con que se ha llevado el respeto al derecho de gentes y la longanimidad á un extremo nunca visto, y cuando la calificacion parte de los que no han cuidado de declarar previamente la guerra; de los que cometen con la invasion un atentado horrible; de los que han quebrantado solemnes compromisos de honor. Ese terror sanguinario que se atribuye á nuestros gobernantes, plagiando á la Gravière, es una de las mil mentiras con que se pretende disculpar una agresion vandálica. Otro tanto decimos de la supuesta venta al extranjero del territorio mexicano, cargo que se formula á sabiendas de que es falso, para que la calumnia desprestigie la buena causa. Y aun suponiendo ciertas esas acusaciones maquiavélicas, aun admitiendo que el gobierno de México fuese atroz y sanguinario, y que enagenase el territorio, ¿quién daría derecho al extranjero para intervenir en lo que no le concierne? ¿Quién lo autoriza para constituirse en reparador de agravios ajenos?

Escogiendo la expresion mas ofensiva para explicar esta cruzada de nueva especie, se dice que las armas francesas vienen á manumitir á nuestro pueblo. México no está esclavizado por nadie; se rige por instituciones eminentemente liberales; es gobernado por funcionarios provenientes del sufragio popular. Debiendo la caridad bien entendida empezar por la casa propia, cuerdo seria que, ántes de emplearse en empresas lejanas se ocuparan las armas francesas en la obra meritoria de la manumision de su país, que bien lo necesita para salir de la esclavitud á que lo tiene reducido el despotismo. De no hacerlo así, acudan esas afamadas armas adonde se invoque su auxilio, no á México, donde ninguna dueña dolorida, ninguna princesa Micomicona ha pedido de hinojos al nuevo Don Quijote del Sena que venga á desfacer entuertos.

Manumitidos ya, se concederá á los pobres libertos el insigne favor de elegir el gobierno que prefieran, el cual se protesta que será respetado, subentendiéndose que para ello ha de prestar dócil aquiescencia á las pretensiones de los manumisores. Desde la primera vez que se emitió tan peregrina idea, nos estamos devanando los sesos para comprender, sin conseguirlo, cómo la simple ocupacion de algunas ciudades, ha de permitir al invasor consultar la opinion pública por medio del sufragio universal. Estando casi todo el país fuera del dominio del extranjero, y no mandando aún en el terreno que pise, sino en lo exterior y no á las voluntades, solamente el puñado de traidores que le sirve de séquito obedecerá sus preceptos, de manera que al fin se ha de venir á parar en la junta de notables que interpreten la voluntad del pueblo mexicano, al antojo del tercero de los Napoleones.

¿Cómo no se ha avergonzado Forey en llamar hombres de ánimo fuerte á los que pelean contra su patria en las filas del invasor? Hay acciones tan viles, que ni el mismo á quien aprovechan puede encomiarlas sin degradarse: la estimacion debe reservarse exclusivamente para lo que es noble y honroso. Tambien Bourmont el desertor, tambien Marmont el falso, el desleal, el ingrato, fueron hombres de ánimo fuerte. La proteccion especial que se otorgue á sus imitadores mexicanos, de nada servirá en su favor, dejándolos para siempre manchados con la ignominia del parricidio, y al nivel de Dominguez, el contraguerrillero del tiempo de la guerra con los Estados- Unidos. Ese ejemplo, por fortuna, tendrá pocos sectarios: los que de veras amen la independenciam de su patria, preferirán los trabajos y la muerte al envilecimiento de acudir al llamado del emperador.

Hastia ya la jactanciosa pretension de denominar propaga-

dores de la civilizacion á los que conculcan sus leyes mas sagradas. Esas palabras suenan en los oidos de un pueblo invadido con escandalosa iniquidad, como las protestas de virtud en boca de las cortesanas.

En resumen, del manifiesto de Forey se saca la consecuencia, despojándolo del oropel que lo cubre, que las verdaderas intenciones del emperador están reducidas á intervenir en nuestros negocios domésticos, á derribar el gobierno nombrado, obedecido y acatado por la nacion, á sustituirlo con otro emanado de la influencia extranjera. Tales intenciones son de diversa estofa de las de la propaganda revolucionaria, y la Argelia americana, y la direccion del grupo latino, y la contra de la doctrina Monroe; pero son igualmente atentatorias á la soberanía de México, igualmente inadmisibles, y de consiguiente, sin pararnos á investigar en este caso cuál es la *verdad verdadera*, como dicen nuestros maestros los franceses, debemos buscar en las armas la única solucion posible de la cuestion.

Las versiones examinadas no son las únicas que corren por esos mundos de Dios. Conocido el flaco de la política imperial, por demas versátil é inconstante, los proyectos de monarquía vuelven á estar en boga. Háblase de nuevo del archiduque Maximiliano, que debe estar á la fecha adelantado en el español, si ha seguido tomando lecciones de este idioma. Piénsase tambien en el príncipe Luis de Baden, de quien se asegura que vendrá á militar en la expedicion, sin duda para conquistar, como los antiguos paladines, á punta de lanza, el país en que debe reinar. Entra igualmente en la competencia un Napoleon trasconejado, al que no servirá de embarazo para la soberanía el plebeyo nombre de Patterson. Tampoco se quedan en el tintero, ni el rey Othon, á pesar de lo mal que ha gobernado á los griegos, ni el duque de Montpensier,

cuya candidatura halagaria mas á los españoles. Pero ¿qué mas? asoma ya, por no dejar, la candidatura de media docena de undécimos nietos del emperador Moctezuma, representantes anómalos del derecho divino, á quienes no pesaria el restablecimiento del trono azteca. Como moscas á la miel acuden de todas partes los aspirantes al solio, cual si México estuviera en venduta, anunciada por la voz del pregonero.

Mientras así se echan suertes sobre este mal aventurado país, convertido en *res nullius*, la situacion política de la Europa no adquiere aún el carácter de gravedad que obligaria al perturbador del mundo á preceindir de sus inicuas miras sobre nosotros. No hay, sin embargo, que perder la esperanza de que nuestra salvacion nos venga por ese camino, puesto que subsisten los gérmenes de los cambios que se esperan.

El odio que la Inglaterra profesa á la Francia, sigue buscando cualquier motivo para desarrollarse. El que últimamente se ha aprovechado, ha sido el de los acontecimientos de Italia. Públicas demostraciones de simpatía han revelado el interes que se toma en la Gran Bretaña por la suerte de Garibaldi, en cuyo favor se ha abierto una suscripcion para que vaya á asistirlo el famoso médico Partridge. Tambien ha habido *meetings* numerosos, en que se ha acordado mandar al gobierno de Napoleon representaciones sobre la evacuacion de Roma por las tropas francesas. Trabajos ha de tener el emperador para pasar esa píldora.

En España habia causado tan profunda impresion el altanero lenguaje con que se contestó el discurso pronunciado por el marqués de la Habana al presentar sus credenciales de embajador, que para conjurar la tormenta que se anunciaba, se recurrió al arbitrio de dar oficialmente cumplida satisfaccion. Esto se llama cantar la palinodia, y poner siempre en ridículo al que injurió con ligereza para dar disculpas

despues. Aunque de esta manera se han restablecido las buenas relaciones entre los gobiernos de Napoleon y de Isabel II, se ha desmentido el rumor de que habian vuelto á ponerse ambos de acuerdo en la cuestion de México. El gabinete de Madrid, esperará sin duda el resultado de la invasion, y entretanto, las ovaciones con que ha estado siendo recibido en todas partes el general Prim, corroboran el aprecio con que ha visto su conducta la nacion española.

Opinamos que la España y la Inglaterra hubieran debido ir á la mano al aliado que rompió sin motivo la convencion de Lóndres, infiriéndoles así un agravio que han pasado en silencio. No desconocemos las graves razones que obligan, aun á las potencias mas fuertes, á evitar hasta donde es posible una ruptura de consecuencias trascendentales, pero sin llegar á ese extremo, bien hubieran podido y debido los dos gobiernos á que aludimos, no tolerar un ultraje, que á mas de constituir una falta grave, aplaza indefinidamente el arreglo de sus negocios con México.

La Italia, la pobre Italia, no alcanza todavía la unidad que tanto desea, ni ve su territorio libre enteramente del yugo extranjero, ni consigue que algunos de sus pueblos disfruten de la libertad de que ya otros están en posesion. El soberano de la Francia prolonga la ocupacion de la ciudad eterna, dando con ello un nuevo ejemplo del poco aprecio que le merece la autonomía de pueblos que tiene á raya por medio de la fuerza. Víctor Manuel á su vez, todo lo pospone al deseo de no malquistarse con su aliado, y aunque desea ser llamado con toda propiedad rey de Italia, espera pacientemente que se lo permita el gobierno imperial, y no vacila en mandar fuerzas que contengan á Garibaldi en su empresa sobre Roma. Así suelen pagar los reyes los servicios mas eminentes que se les hacen. El héroe de Marsala es el

único consecuente en la cuestion italiana; lo que se proponia hacer con Roma y con Venecia, fué lo mismo que hizo con Nápoles y con Sicilia, y si entónces se le colmó de honores y consideraciones, no se comprende por qué ahora se le llama aventurero, por qué se le persigue como rebelde, por qué se le quiere agraciar con una amnistía. Mientras no se pruebe que el Austria tiene derecho para oprimir á los venecianos, que los romanos son los parias de la Italia, que Napoleon está autorizado para disponer á su antojo de hombres y naciones, la tentativa de Garibaldi no podrá merecer las calificaciones con que se pretende denigrarla.

El éxito de su malograda empresa no resuelve la cuestion. Herido y prisionero el esforzado patriota, su brazo falta en este momento á la obra comenzada; pero la Italia no se dará por satisfecha con esta interrupcion momentánea. Las ideas no son vencidas como los hombres, y el gran pensamiento que agita la península entera, seguirá fructificando hasta alcanzar el triunfo. Acaso la desgracia de Garibaldi precipitará los acontecimientos, en cuya pronta realizacion tenemos nosotros un interes tan marcado, supuesta la imposibilidad de que continúe la guerra que nos hace la Francia, el dia que estalle una revolucion europea.

La indiferencia con que por ahora se ve nuestra suerte en el viejo mundo, no es extensiva al nuevo continente. Las repúblicas hermanas siguen dándonos testimonios inequívocos de la simpatía que les inspira nuestra causa, que bien mirada es tambien la suya. Chile ha nombrado su representante en México al Sr. Astaburuaga, que lleva tiempo de serlo en Washington, y con cuya venida se estrecharán los vínculos que nos ligan ya con su nacion. El Perú, entusiasmado y decidido, abre suscripciones á favor de nuestros hospitales de sangre. Respecto de los Estados-Unidos, insistimos

en creer que los acontecimientos han de llevarlos, como por la mano, á prestarnos su auxilio, con el que todavía no podemos contar, á consecuencia de la lucha colosal en que están envueltos.

Estamos, pues, solos todavía; pero solos nos bastaremos á nosotros mismos, como solos supimos conquistar nuestra independencia, con ménos elementos y mayores dificultades. México saldrá airoso, á no dudarlo, de la presente contienda, en que cuenta con los elementos grandiosos, invencibles de toda guerra defensiva, contra un invasor respecto del cual están demostrando diariamente los hechos los inconvenientes con que tiene que luchar, por la enorme distancia á que se encuentra del teatro de la guerra.

Nuestra situacion ha mejorado notablemente, bajo todos aspectos, en el mes que concluye, como lo probará una breve reseña de sus principales acontecimientos.

Ha sido desde luego una notable ventaja la que se ha conseguido con el desconocimiento del ridículo gobierno establecido en Orizava por D. Juan Nepomuceno Almonte. Si los que cooperaron á establecer y sostener esa farsa, conservaran algun resto de delicadeza, deberian morir de vergüenza al verse quitados de oficio por el que denominaban su protector. Humillarse á servir, aunque con la calificacion de hombres de ánimo fuerte, á las órdenes de los franceses, despues de haberse declarado gobierno del país, seria el último grado de la falta de decencia. No queda mas recurso á esos ilustres varones, desconocidos por propios y extraños, que ir á ocultar su sonrojo en lejanas tierras, donde nadie sepa quiénes son. Así nos veremos libres de semejante polilla, mientras los soldados que con engaño habian llevado á las filas del extranjero, continúan desbandándose y presentándose al ejército leal, como ya lo están haciendo.

El partido reaccionario, que contaba con el triunfo, merced al apoyo del ejército francés, considerado como auxiliar, debe haber quedado asaz mohino y displicente con este cambio de decoracion. Ha de abrigar aún esperanzas de ser siempre el protegido por los invasores, como que tiene la bajeza de querer traerlos en las palmas de las manos; pero el tiempo acabará de desengañarlo de que aquellos vienen á buscar sus propias ventajas, sin importarles un ardite la felicidad de México. A cada momento la cuestion se irá presentando con mayor claridad, hasta no dejar duda á nadie de que la division entre los mexicanos está reducida exclusivamente á la de patriotas y traidores.

Así lo van comprendiendo los que han estado militando bajo la bandera de la reaccion, y por eso vemos que, desengañados de su ilusion, se someten al gobierno constitucional, el único legítimo, el que empuña el estandarte de la independencia. La sumision de Larrauri, de Butron, de Marroquin, es en alto grado satisfactoria, tanto por la influencia moral que ha de ejercer en los ánimos de naturales y extrangeros ver que disminuye dia por dia el número de los auxiliares de la invasion, cuanto por la facilidad que proporciona á la autoridad pública de emplear en la guerra nacional las fuerzas distraidas de tan interesante objeto por la persecucion de los rebeldes. La nacion recibirá con los brazos abiertos á sus hijos extraviados, que convencidos de sus errores, conviertan en defensa de la patria las armas de que se servian para desgarrar su seno, ó vuelvan cuando ménos á su hogar pacífico, sin suscitar dificultades interiores que compliquen la cuestion exterior. Abrigamos la esperanza de que continuarán siendo frecuentes los casos de esa sumision, nacida de la conviccion y el arrepentimiento, hasta no dejar en las filas de los invasores sino á los pocos mexicanos desna-

turalizados que buscan en la traicion la recompensa de sus crímenes.

Los contados gefes de gavillas que no se han sometido aún, están reducidos á la mas completa nulidad. El principal de ellos, el famoso Mejía, se ha internado en sus inaccesibles madrigueras, con un puñado de foragidos. La campaña de la Sierra ha perdido por tal motivo toda su importancia; y si bien se considera necesario conservar alguna fuerza en Ajuchitlan para impedir que vuelva á tomar cuerpo la sublevacion por aquellos rumbos, con solo esa precaucion habrá la suficiente seguridad de que no se interrumpa la pacificacion alcanzada.

No obstante el aumento considerable que ha tenido el presupuesto militar, por lo crecido de las fuerzas que están sobre las armas, y por los gastos consiguientes al pié de guerra; y á pesar de la notable disminucion que han sufrido, con la ocupacion de Veracruz, las entradas naturales del erario, ninguna de las atenciones apremiantes de la situacion queda desatendida. Ya se deja entender que, para llegar á semejante resultado, se necesita imponer á los contribuyentes sacrificios que no cesarán en tanto que dure el estado anormal del país; pero tratándose de una lucha en que se interesa cuanto hay de caro para un pueblo libre, todos los mexicanos estamos obligados á cooperar hasta donde alcance la posibilidad de cada uno, á la salvacion de la patria.

Las exhibiciones que se hacen, no reconocen por único origen el cumplimiento de las leyes sobre contribuciones, sino tambien el mas honorífico todavía de donativos de todas clases. Con frecuencia se abren suscripciones, ya mensuales, ya por una sola vez, ó bien para suministrar vestuario á los valientes oficiales de nuestro ejército, ó bien para dotacion de los hospitales de sangre, ó bien para hacer remisiones de

dinero, víveres y otros efectos á las fuerzas que están al frente de la invasion. Tambien se repiten funciones teatrales y otras diversiones públicas, cuyos productos se destinan á los mismos objetos, y en las que generalmente son pequeños los gastos, por prestarse á servir de balde cuantos coadyuvan á su lucimiento. En una palabra, la caridad, hermanada con el patriotismo, se disfraza de mil maneras, para obtener recursos que alivien las urgencias de la situacion, sirviendo al mismo tiempo de muestra del espíritu que anima á los hijos de esta calumniada nacion.

Omision indisculpable seria la de callar el participio activo y directo que está tomando el bello sexo en levantar el espíritu público á la altura de las circunstancias. Señoras son las que se han encargado de colectar la mayor parte de las donaciones, en cuyo aumento influye notablemente su intervencion; señoras tambien las que arreglan casi todas las funciones, en que se combina con la diversion la consecucion de recursos. Nuestras poetisas cantan en su lira las bellezas de la caridad, la grandeza de la lucha patriótica, la gloria de los que sucumben en el campo de batalla, presentando así un nuevo estímulo á los guerreros que marchan al combate. Jóvenes delicadas van á trabajar en las fortificaciones, donde arengan al pueblo reunido allí, animándolo con el doble aliciente de sus palabras y de su ejemplo. Tambien hay damas que no excusan las fatigas, ni los peligros de la campaña; tambien las hay que desafian la muerte á la cabecera del herido ó del enfermo, á quienes atienden con caritativo empeño para mitigar sus dolores ó facilitar su curacion. Rasgos son estos que enumeramos con positiva complacencia, como comprobantes de la universalidad del espíritu patriótico que detesta y rechaza la invasion, así como tambien de la influencia saludable que ejerce y ha de seguir

ejerciendo en los asuntos públicos, la intervencion siempre dulce, siempre fascinadora de la muger.

La nueva contribucion del uno por ciento, decretada en 12 de Setiembre, y la expulsion de algunos extranjeros, notoriamente perniciosos, han dado lugar al cambio de notas diplomáticas, en que ha quedado el campo, como en las anteriores, por nuestro gobierno, campeon esforzado de la justicia. Notable es el contraste que forman las comunicaciones del ministro prusiano, insulsas y altaneras, con las razonadas, dignas y enérgicas de nuestro ministro de relaciones. Tiempo era ya de que se pusiera coto á la inveterada corruptela de diplomáticos habituados á sustituir la razon con la amenaza. En las cuestiones á que nos referimos, sin aducirse fundamento alguno atendible, se queria por una parte exhonerar á los extranjeros de un impuesto general á que deben estar sometidos, y se pretendia por otro lado disputar al gobierno el ejercicio de la facultad de expulsion, que ejerce y siempre ha ejercido legalmente, llevándose el extravío al extremo de prohiar la protesta de indemnizacion de daños y perjuicios de la casa de Jecker, cuyos trabajos en contra de México han descubierto, aunque no en su totalidad, las curiosas revelaciones de la correspondencia interceptada. Nuestro ministro ha probado, con argumentos incontestables, que el gobierno ha obrado en ambos negocios con toda justificacion. En sus respuestas campean á la vez la habilidad y la energía, cualidades de que tanto necesitamos para reivindicar en Europa nuestro buen nombre. La habilidad servirá para que allí se vea que conocemos nuestros derechos, atacados comunmente con lamentable superficialidad. Y servirá la energía para que no se repitan tales escándalos, cometidos mil y mil veces, merced á la confianza que se ha tenido de que era suficiente el simple amago de la guerra, pa-

ra hacernos pasar por las mas inadmisibles pretensiones. A las superabundantes pruebas con que estaba demostrado de antemano, que el gobierno existente es la legítima expresion de la voluntad del pueblo, manifestada por el sufragio universal que afectan querer consultar los invasores, se ha agregado un nuevo comprobante, bastante por sí solo para poner en evidencia el hecho mencionado. En medio de dificultades y peligros de diverso género, han venido diputados de todos los Estados de la República á formar el Congreso de la Union, cuya instalacion se ha efectuado ya. Las ridículas declamaciones sobre dominio de la minoría opresiva, sobre sistema de gobierno feroz y sanguinario, han acabado de venir por tierra con la reunion de los representantes de los colegios electorales del país entero. Como el sol brilla la verdad de que el pueblo mexicano, con excepcion solamente de un puñado de traidores, está conforme con su constitucion y con sus leyes de reforma, detesta la intervencion extranjera, y rechazará con esfuerzo la invasion del territorio nacional.

No bien ha abierto sus sesiones el congreso, cuando se le ha pasado la iniciativa concerniente á la próroga de las facultades extraordinarias concedidas al ejecutivo. En los momentos en que escribimos estas lineas, está ya aprobado en lo general el dictámen que consulta la continuacion de la dictadura, requerida por la gravedad de las circunstancias. La mayoría que ha votado en ese sentido es tan considerable, que no deja ya duda del resultado, siendo seguro que solo se admitirán las restricciones mas indispensables, sin atar al gobierno las manos, á fin de conservar enteramente expedita su accion en la terrible crisis á que tiene que sobreponerse. Mucho celebramos tal desenlace, que pone de manifiesto la armonía existente entre los dos poderes supremos, y que deja

al gabinete en actitud de salvar al país. Respetando las consideraciones que hayan obrado en el ánimo de los diputados recalcitrantes, dirémos que la negacion de las facultades omnímodas habria sido un acto incomprensible para nuestra humilde inteligencia.

Se encuentra ya en las inmediaciones de esta capital la division del Norte, mandada por el general Comonfort. Tambien ha llegado ya la brigada del coronel Rojas, y en camino vienen nuevos refuerzos de diferentes Estados. Todas esas fuerzas ansian tomar parte en la lucha, en que tan gloriosos laureles ha recogido ya el ejército de Oriente.

Pronto se renovará esa lucha, para lo que solo aguardan los invasores acabar de recibir los refuerzos que van á llegarles, y contar con los medios de movilidad que les son indispensables. Por una imprevision imperdonable en un gobierno que se pinta como modelo en el ramo de administracion militar, esta es la tercera vez, en el corto espacio de diez meses, que se mandan cuerpos expedicionarios á México, sin los elementos de guerra suficientes para el fin á que se les destina. Con visos de verdad se ha aseverado, que desde Veracruz ha pedido Forey á los Estados-Unidos los trenes que tanta falta le hacen para la campaña que se propone emprender. No presumimos que el gobierno de una nacion amiga consienta en proporcionárselos, porque esto importaria una violacion indisculpable de las leyes de neutralidad que está obligado á observar. Seria un escándalo para el mundo entero, que los defensores de la doctrina de Monroe cooperaran á la conquista de México por una potencia europea. Ya que no saltan á la palestra en defensa de su política tradicional, bueno será que á lo ménos no se conviertan en verdugos de ella.

Sobre diez mil hombres han desembarcado en Veracruz,

y pronto llegará el resto de los que han de completar el ejército francés. Aunque en las últimas correspondencias de Europa se ha hablado de la venida de sesenta mil soldados, por ahora no hay noticia mas que de la salida de unos veinte mil, que hará subir á treinta cuando mas, el número de los que van á medir dentro de poco tiempo sus armas con las de los patriotas defensores de la independencia nacional. Por lo demas, el país no debe contar á sus invasores; sean los que fueren, su obligacion es resistir á todo trance, debiendo tener ademas la plena seguridad, de que nunca vendrán bastantes para imponerle la ley, si no se falta á sí mismo.

No será remoto que nuestra próxima revista contenga la noticia de alguna batalla sangrienta. En caso de que así sea, plegue al cielo que sea otra victoria, gloriosa como la del 5 de Mayo, la que tengamos que anunciar.

LA CUESTION EXTRANJERA

México, Noviembre 27 de 1862.

La incomunicacion decretada por el Supremo Gobierno con los puntos ocupados por los invasores, ha sido causa de que no se reciban con oportunidad las noticias traídas por el último paquete llegado á Veracruz. Obligados, pues, á atenernos á las venidas con anterioridad, las comentaremos, como de costumbre, en la parte que se relacionan con los sucesos de México.

Demostrada ya la influencia, tal vez decisiva, que tendria para nuestro país la revolucion italiana, encaminada á la unificación de aquella península, natural es que nos ocupemos de preferencia en el exámen de los acontecimientos que tiendan, ó bien á precipitar, ó bien á contener tal desenlace. El mas grave de todos es, á no dudarlo, el de la obstinada decision del emperador de los franceses, de prolongar indefinidamente la ocupacion de Roma por sus soldados. Esa fuerza extranjera, que pesa como una plancha de hierro sobre la voluntad nacional, está produciendo con su presencia terribles complicaciones para la Italia y para la Francia.

y pronto llegará el resto de los que han de completar el ejército francés. Aunque en las últimas correspondencias de Europa se ha hablado de la venida de sesenta mil soldados, por ahora no hay noticia mas que de la salida de unos veinte mil, que hará subir á treinta cuando mas, el número de los que van á medir dentro de poco tiempo sus armas con las de los patriotas defensores de la independencia nacional. Por lo demas, el país no debe contar á sus invasores; sean los que fueren, su obligacion es resistir á todo trance, debiendo tener ademas la plena seguridad, de que nunca vendrán bastantes para imponerle la ley, si no se falta á sí mismo.

No será remoto que nuestra próxima revista contenga la noticia de alguna batalla sangrienta. En caso de que así sea, plegue al cielo que sea otra victoria, gloriosa como la del 5 de Mayo, la que tengamos que anunciar.

LA CUESTION EXTRANJERA

México, Noviembre 27 de 1862.

La incomunicacion decretada por el Supremo Gobierno con los puntos ocupados por los invasores, ha sido causa de que no se reciban con oportunidad las noticias traídas por el último paquete llegado á Veracruz. Obligados, pues, á atenernos á las venidas con anterioridad, las comentaremos, como de costumbre, en la parte que se relacionan con los sucesos de México.

Demostrada ya la influencia, tal vez decisiva, que tendria para nuestro país la revolucion italiana, encaminada á la unificación de aquella península, natural es que nos ocupemos de preferencia en el exámen de los acontecimientos que tienden, ó bien á precipitar, ó bien á contener tal desenlace. El mas grave de todos es, á no dudarlo, el de la obstinada decision del emperador de los franceses, de prolongar indefinidamente la ocupacion de Roma por sus soldados. Esa fuerza extranjera, que pesa como una plancha de hierro sobre la voluntad nacional, está produciendo con su presencia terribles complicaciones para la Italia y para la Francia.

La política de Napoleon III en esta gravísima cuestión, es decir, su política actual, pues ya hemos visto la frecuencia con que la cambia en todo negocio, se encuentra bien expresada en una carta dirigida á su ministro Thouvenel, porque á pesar de tener ese documento la fecha de Mayo, la circunstancia de haberse publicado últimamente en el *Moniteur*, demuestra que no ha cambiado su autor aún de modo de pensar. El arbitrio que propone para el arreglo de las dificultades pendientes, adolece del defecto inherente á los términos medios, en momentos decisivos que exigen resoluciones capitales. Ha pasado ya para la Italia la hora de los paliativos, buenos solamente para ganar tiempo, para aplazar lo que es difícil de resolver. Al extremo á que han llegado ya las cosas, una sola solución es posible: la fuerza de las armas podrá demorarla; pero nada tendrá ya poder bastante para impedir que se efectúe, mas tarde ó mas temprano.

Desarrolladas las miras imperiales en una nota oficial, dirigida por el ministro de negocios extranjeros al embajador en Roma, fueron notificadas á la corte pontifical, la cual contestó por el órgano del funesto cardenal Antonelli, con el eterno *non possumus* que ha obligado á tantas naciones cristianas á elevar á la categoría de hechos consumados las innovaciones á que nunca ha querido prestar previa aquiescencia una resistencia inexplicable. Y es de advertirse que los planes de Napoleon contenian las proposiciones mas ventajosas, en las actuales circunstancias, á un poder herido de muerte: constituian su única tabla de salvacion en un naufragio inminente.

Desechadas así por la parte que resultaba favorecida, lo han sido con mayor razon por la que se reputaba agraviada. Ha tenido por lo mismo el gobierno imperial tino exquisito para discontentar á todos los interesados en el negocio, que

es el peor resultado que puede alcanzar el que se mete á árbitro ó mediador. Desengaño tan triste no ha sido parte, empero, para hacerlo variar de conducta, pues ántes bien, ha insistido en seguir interviniendo en lo que no le concierne, guiado por malos consejos y por los influyentes escrúpulos de la emperatriz.

Una nueva combinacion ha llamado la atencion pública, por haberse presentado en la *France*, periódico redactado por La Guéronnière, el *alter ego* del emperador, su explorador oficioso, el que echa á volar las ideas napoleónicas, para ir preparando el terreno en que han de fructificar. Háblase en el proyecto novísimo de conferencias, de congresos, de division en dos del reino de Italia. Desde luego se ha supuesto que una de las fracciones se destinaria al príncipe Murat, uno de esos primos hermanos para quienes se anda buscando tronos en todas partes. La corte de Turin, no obstante su bien acreditado servilismo, ha protestado oficialmente contra semejante plan, que pone la suerte de la Italia á disposicion de los que no son italianos, y nulifica el gran pensamiento de unidad, que ha sido el constante ensueño de todos los grandes pensadores de esa tierra privilegiada.

Ese afán de arreglar con mano atrevida los destinos de un pueblo que no pide tutores: esa obstinacion en no desocupar á Roma, para dilatar el nuevo destino de la ciudad eterna; ese juego de planes y combinaciones, en que asoman ya intereses dinásticos y personales, pasos son que están ya fomentando el odio reconcentrado que acaba siempre por engendrar el abuso de la fuerza. Los italianos ven ya convertidos en opresores á los que con carácter de libertadores se presentaron; en Inglaterra se repiten con frecuencia los *meetings* en que se pide la retirada de la guarnicion francesa destinada á custodiar al Papa; estas ideas hallan eco en las

reuniones de la lejana Suecia; la prensa libre de todos los países la preconiza con entusiasmo; y hay quien pronostica que ya que Roma será el Moscou del segundo imperio.

A estos aviesos agüeros se asocia el interes universal que excita Garibaldi. El prisionero de Aspromonte está hoy á mayor altura que nunca. Su nombre se pronuncia con entusiasmo, mientras se execra el de Víctor Manuel, que ha cambiado su título de rey por el de prefecto frances. La política franca y patriótica del héroe de Marsala, forma contraste con la meticulosa y afrancesada del ministro Ratazzi. El heroísmo del infortunio inspira artículos como el de Emilio Castelar, que es una verdadera apoteosis. El llamado rebelde es tenido en mas que reyes y emperadores. La admiración de los contemporáneos le dá ya á una vez el dictado de hombre de Plutarco. La posteridad le contará entre las mas grandes notabilidades del siglo XIX.

Con excepcion de esas peripecias de la cuestion de Italia, tan relacionadas con la expedicion invasora de la Francia en México, ningun otro acontecimiento del continente europeo tiene aplicacion á nuestros asuntos, ni debe por consiguiente, figurar en esta revista.

Tambien son escasos los sucesos americanos de que nos corresponde hacer mencion. El mas notable ha sido el que ocurrió en la ensenada de Marianao, donde un buque del Norte quemó el cargamento salido de uno de los puertos del Sur. Las circunstancias de haberse procedido al incendio en las aguas territoriales de la Isla de Cuba, y de no haberse respetado la bandera inglesa, infunden el justo temor de que, dándose por ofendidas Inglaterra y España, venga una reclamacion internacional á aumentar las complicaciones de la lucha interior que tan inmensos daños está ocasionando á los Estados- Unidos.

Los buenos oficios de la república del Perú con la mexicana, que han sido ya tantos y tan marcados, han quedado en parte consignados oficialmente, en la Memoria recien publicada del ministro de Estado de aquel país. El sentimiento de americanismo, tan necesario para la confraternidad y salvacion de las naciones que fueron un dia colonias de España, resalta de una manera notable en ese importante documento.

El mismo sentimiento continúa animando á los escritores de América, que apoyan el establecimiento de la confederacion ideada por Bolívar, y defienden la justicia que asiste á México en la cuestion que se dilucida con las armas en la mano. La prensa del Nuevo-Mundo cumple así con la mision civilizadora de esparcir la luz de la verdad.

Por un fenómeno raro en los fastos del partido reaccionario, enemigo de la discusion, obstinado en no dar nunca su programa, adversario irreconciliable de la libertad de imprenta; en estos últimos dias ha apelado á ese medio de la publicidad, tan opuesto á sus actos. Celebramos esa inesperada innovacion, y deseáramos que los artículos todos que forman el credo político de ese partido y del liberal se examinasen en ese terreno, seguros como estamos del triunfo indefectible de los principios progresistas, emanados de las demostraciones mas satisfactorias á que puede aspirar la razon humana.

De esas publicaciones de nuestros adversarios, unas han tenido carácter oficial, si tal nombre pueden merecer los actos del ridículo gobierno de Almonte, y otras han aparecido como obras particulares. Figuran entre las primeras dos circulares de los famosos subsecretarios Gonzalez y Castellaños, sobre las que dirémos unas cuantas palabras.

La circular de Gonzalez es el contramanifiesto con que

se ha pretendido contestar á Zuloaga y á Cobos. La coleccion de retratos de familia va en aumento, y su conjunto dirá mas á los ojos de los imparciales, que cuanto pudiera alegarse en contra de los famosos cabecillas que están mancillando entre sí su reputacion. Nacidas de diverso origen esas preciosas biografías, no faltaria quien las tuviera por sospechosas; no así cuando plumas conservadoras son las que las trazan para edificacion de la posteridad.

La obra de Castellanos no tiene mas mérito, que el del inaudito descaro con que aglomera mentiras sobre mentiras. Pinta como aterrizado al valiente ejército de Oriente, que espera decidido la hora de los combates. Supone en completo desacuerdo á Juarez y á Doblado, que obran de consuno para alcanzar la salvacion de la patria. Declara desconcertados á los federalistas por la muerte de Zaragoza, cuando les sirve de estímulo la noble conducta de ese héroe malogrado. Llama sospechoso y rival de Juarez á Gonzalez Ortega, cuya lealtad y abnegacion están demostradas con mil pruebas. Anuncia que se desconfía de Negrete, á quien se ha dado una colocacion importantísima, en justa recompensa del participio decisivo que le corresponde en el triunfo del 5 de Mayo. Asegura que millares de familias son víctimas del saqueo, del rescate y del pillaje; lo desafiamos á que cite una sola á la que tales cosas hayan pasado. Dice que se ha arrojado á las calles á los huérfanos, á los enfermos y á los dementes, todos los cuales siguen en sus establecimientos de beneficencia, atendidos por la autoridad pública. Cuenta que de todas partes recibe el gefe supremo protestas de adhesion, siendo así que ni el villorrio mas miserable se ha declarado en su favor. Se pavonea con la proteccion del emperador, y el emperador apea de oficio al burlesco gobierno de Almonte. ¡Qué tejido tan interminable de embustes! La circular

que las contiene, testamento de un poder de farsa, ha coronado dignamente su raquítica y vergonzante vida.

Al propio sistema de falsedades de á folio, única defensa posible de los intervencionistas, se recurre en el folleto publicado con el título de "Ligero bosquejo de la actual situacion en México." La prueba mas inequívoca de que no esquivan los progresistas la publicacion de las furibundas diatribas con que se ha creido anonadarles, es la insercion en todos los periódicos del libelo infamatorio que las encierra. No cabe en los límites de esta revista la refutacion de los cargos absurdos hacinados contra el orden de cosas existente, y en especial contra los funcionarios que lo representan. Tarea es esta de que ya se han encargado otros escritores, que la desempeñarán con todo el detenimiento que requiere examinar puntos diversos y delicados. Nosotros nos limitaremos á manifestar: que hechos desfigurados maliciosamente no pueden fundar acusaciones que reconozcan semejante procedencia; y que si mucho puede declamarse sobre el mal estado de varios ramos de la administracion, la respuesta perentoria se encuentra desde luego en los estragos de una prolongada guerra civil; en la resistencia tenaz que aquí, como en todas partes, han encontrado las instituciones progresistas; en las consecuencias de la intervencion extranjera, que ha venido á reagravar nuestros males, en vez de remediarlos. A pesar de tamaños inconvenientes, nuestra República ha caminado á pasos agigantados por el sendero de la perfectibilidad humana, conquistando principios que en sociedades reputadas por mas cultas no pasan todavía de la esfera de *desiderata*.

Ha circulado tambien, como impreso en Washington, otro folleto intitulado: "México, la intervencion y la monarquía." Atribuyéndose en él á los principios liberales la ruina del

país, se propone como remedio un sistema que se reasume en las palabras gráficas de catolicismo y monarquía. Advertiremos en contestacion, que el catolicismo que se nos recomienda, no es esa religion santa, divina del Crucificado, en la que es tan debido vivir y morir, sino ese catolicismo adulterado, que consiste en la acumulacion de grandes riquezas en manos del clero, en la existencia del fuero eclesiástico, en el establecimiento de un gobierno teocrático, en la intolerancia y lo persecucion llevadas al último extremo. En cuanto á la monarquía, mas de una vez hemos refutado ya la imposibilidad de un sistema contrario á nuestros hábitos é inclinaciones, desprovisto de todos, absolutamente de todos los elementos que marcan los publicistas como indispensables para su planteacion. El catolicismo entendido de la manera explicada; la monarquía entendida como se quiere, serian la pérdida de todo lo avanzado, serian el marasmo y la atonía, serian la muerte de esta sociedad que ha desechado esa lepra, ese cáncer que corroía sus entrañas.

Mentiras tan palpables, apreciaciones tan apasionadas, acusaciones tan injustas, sistemas tan inadmisibles, no han corrido en el público sin el correctivo correspondiente. Sin dilacion les ha salido al encuentro la prensa periódica, centinela avanzado, que no deja acercarse al enemigo sin romperle el fuego. En las contestaciones dadas por los diarios liberales, se ha puesto de manifiesto la mala fé, la torpeza, las calumnias á que se ha recurrido en las publicaciones anónimas.

Ademas de esos artículos de periódicos, fugaces por su propia naturaleza, se ha emprendido la refutacion de los folletos reaccionarios, ó tratádose en lo general de la cuestion mexicana, en opúsculos de amplias dimensiones.

Uno de los que están en prensa con tal objeto, ha sido

escrito por D. Manuel Payno, en forma de carta al general Forey. Mueva ó no el ánimo de este caudillo en favor de la causa de México, será siempre un nuevo apoyo de su justicia, que descansa por fortuna en bases sólidas é indestructibles.

Servirá tambien de mucho para hacerla resplandecer ante el mundo, el interesante escrito publicado en Paris con el rubro de "Nuevas reflexiones sobre la cuestion franco-mexicana," bajo el pseudónimo de *Justus Strictus Verita*. Tomándose la cuestion desde su origen, hasta la fecha de la publicacion, se examina aquella bajo todas sus fases, comprobándose con sanas doctrinas y buena lógica, la serie de iniquidades cometidas con nosotros.

En esta animada guerra de pluma, compañera hoy inseparable de la de plomo y acero, no ha querido quedarse atras el general Forey, quien con frecuencia ha estado esgrimiendo la péñola, cual si fuera su espada de batalla.

En la primera de sus proclamas, dirigida á sus soldados en la Martinica, incurrió en mas de un desliz digno de censura. Al hablar del ataque del cerro de Guadalupe, se contradijo abiertamente, asentando á la vez que la victoria habia hecho una infidelidad efímera á los franceses, y que no fueron vencidos en Puebla. Volviendo luego á confesar indirectamente la derrota, le dió por disculpa que el heroico valor de algunos centenares de los mas intrépidos, tropezó con un obstáculo que no tenian medio de allanar por su inferioridad numérica; cuando es bien sabido que los dos ejércitos se han batido con fuerzas iguales, y que el verdadero obstáculo con que tropezó entónces el invasor, y con el que ha de seguir tropezando á cada paso que dé, fué el de la magnánima decision de los hijos de México, de sucumbir en defensa de su nacionalidad, ántes de consentir en someterse

al yugo extranjero. Recomienda Forey á sus subordinados la mas severa diciplina en un país donde dice que el desórden ha llegado á su colmo, donde la fuerza brutal sustituye al derecho y la justicia; y no reflexiona que esos insultos, gratuitos en su boca, son en la nuestra cargos fundados e innegables contra la torpe política de su emperador. Entrando en los pormenores de la conducta que han de observar sus tropas, les prescribe las reglas humanitarias establecidas para la guerra que se hacen entre sí naciones civilizadas, á lo cual solo tenemos que observar: que no se ha ajustado hasta aquí á esas bellas frases el comportamiento del enemigo, y que aun cuando en lo de adelante se obsequien al pié de la letra las instrucciones consignadas en el papel, el modo decoroso y digno de hacer la guerra, no disminuirá en un ápice su injusticia intrínseca.

No bien habia desembarcado en Veracruz el gefe del cuerpo expedicionario, cuando dirigió á los mexicanos un manifiesto, de que nos ocupamos extensamente en nuestra revista anterior.

A su paso por Córdoba, expidió Forey su tercera proclama, en la que refiriéndose á la que habia precedido, respecto del objeto de la intervencion, procura captarse las simpatías de los cordobeses, que bien conoce son hostiles á la invasion, como lo es el país entero, con la repetición del estribillo de que no viene á atentar á nuestra independencia, sino á saber qué gobierno deseamos, á hacer de México una nacion libre, que marche por la vía del progreso. Los agentes todos del gobierno imperial han aprendido bien de memoria la leccion que se les ha dado. Hasta el hastío, hasta el mas soberano fastidio, de mil y una maneras, se nos está repitiendo hace meses la misma cancion, que mas incrédulos encuentra miéntras mas empeño se nota en reproducirla. A

falta de otros datos para juzgar de la sinceridad, como igualmente de la verdadera significacion de los planes imperiales, no tendríamos mas que volver los ojos á Orizava, donde en las elecciones de ayuntamiento ha sido tan respetada la libertad popular, que la autoridad francesa es la que ha designado á los electores, la que ha presentado los candidatos, la que ha aprobado oficialmente el resultado de su propia obra. Ejemplo tan elocuente habla mas alto que todos los comentarios posibles, acerca del modo con que han de interpretar los expedicionarios el sufragio universal, el establecimiento de un gobierno emanado de la voluntad nacional, la independencia y soberanía de México. Está probado ya: á la audaz declaracion de que se viene á constituir un país constituido, de que se viene á poner un gobierno nacional, donde nacional es bajo todos aspectos el que existe, se agrega la desvergüenza de patentizar con hechos públicos, que no es mas que un ridículo pretexto lo que se alega para paliar la expedicion. La intervencion peca contra el derecho de gentes: el modo de intervenir peca contra todo derecho.

La cuarta proclama de Forey expedida en Orizava, es la mas notable de todas, por lo mucho que se presta al ridículo; tanto que, por ese motivo, se tuvo al principio por apócrifa. Si en la de Veracruz, que ahora se nos revela que es de mano del emperador, no hemos encontrado ni sombra de esas cosas tan lindas que sabe decir, segun su agente, en un estilo tan noble como claro; en la última de ese mismo agente encontramos cosas que provocan á risa. En ese documento, que es hoy el *ultimatissimum* de la Francia, se señala un nuevo poderosísimo motivo para la intervencion: que hay edificios en ruina: que están las calles intransitables: aguas corrompidas vician el aire: que nuestros caminos son barrancas y pantanos. ¡Dios nos favorezca! Al paso que vamos, habrá

de ser interminable la guerra con el imperio, el cual enviará expedición tras de expedición, para que estén pintadas nuestras casas, cultivados nuestros jardines, bien contruidos nuestros teatros, y de moda nuestros vestidos.

Después de tanto proclamar, se recurrió á la forma mas humilde del aviso, nombre con que se publicó en Orizava un bando, con el desenfado de quien legisla en un país que le pertenece. Dispensándose á los mexicanos una proteccion que constituye un verdadero insulto, se establecen diversas reglas para la seguridad de personas y propiedades, acabándose por ofrecer una amnistía plena y entera, á los que prometan vivir como buenos ciudadanos. El trastorno de ideas que se advierte en cuanto se relaciona con la invasion, denota ya una alarmante afeccion cerebral. ¡Cómo! La obligacion natural é imprescindible de defender la soberanía de la patria invadida, es ya un delito por el que se debe ir á implorar el perdon del invasor! Borrada antes, desatentados franceses, la historia del mundo entero, en la que siempre se ha ensalzado con los mayores encomios el heroismo de los que vuelan al combate á vencer ó morir por la independencia nacional; renegad antes, gente desnaturalizada, de ese sentimiento innato en el corazon del hombre, que le arrastra á sacrificarlo todo por la autonomia del país que le vió nacer.

No saciado el furor de escribir de Forey con tantas alocuciones, ha coronado la obra con la carta dirigida al general Gonzalez Ortega, proponiéndole sin empacho una defecion. La contestacion ha sido cual correspondia á invitacion tan odiosa; noble, enérgica, terminante. El gefe del ejército de Oriente contará de hoy en adelante entre sus timbres de honor, la leccion que ha dado á quien, olvidándose de su propia dignidad, aconsejaba una infamia. Comprendemos que el invasor emplee, y ponga á sueldo, y utilice cuanto le

sea posible, al puñado de traidores que le auxilia: lo que no comprendemos es que se dirija al gefe honrado con la confianza de su gobierno, para proponerle como hecho meritorio la traicion. Muy conveniente ha sido la resolucion de no consentir que en los archivos del ejército de Oriente figure un documento de ese jaez. Forey no habrá sacado de su incalificable tentativa, hecha por no dejar en respuesta de un acto de caballerosidad, mas que el desengaño de que el digno general de las fuerzas que forman la vanguardia de la nacion, es un ciudadano leal que defiende al gobierno establecido por el voto nacional, y que libraré á la suerte de las armas el éxito de la contienda, ya que se insiste en una intervencion rechazada por el país.

Tampoco la familia Elsesser ha andado omisa en materia de publicaciones, segun nos lo revela la última correspondencia interceptada, si bien su mira no ha sido la de ilustrar la opinion, sino la de ofuscarla cada vez mas, para presentar como lícito y obligatorio el negocio de los bonos.

La aseveracion de lo que sancionaba implícitamente la convencion proyectada entre Zarco y Saligny, ha sido desmentida ya de una manera oficial. El mismo sobrino Luis confiesa por otra parte, que la sancion no era explícita, y prueba que tampoco implícita pudo serlo, el hecho innegable de no haber adquirido todavía Jecker la nacionalidad francesa, cuando se propaló el arreglo mencionado, para cuya validez se estipuló en su mismo texto, la necesidad de la aprobacion del congreso mexicano.

Se advierte desde luego que es una insigne falsedad lo de la carta del gobierno de Juarez, de 4 de Mayo de 1861, en la que se anuncia que se ofrecia el pago de las sumas entregadas para celebrar ese escandalosísimo negocio, y ademas el de los intereses, y hasta el de los daños y perjuicios. La

familia que tan interesada está en la combinacion, no ha podido conseguir copia de dicha carta, que es á nuestro entender supuesta, y aun el sobrino Luis es de la misma opinion, como lo muestra su frase "si efectivamente existe."

Respecto de los proyectos de S. M., vemos confirmada la sospecha que hemos concebido desde el principio, del modo con que se ha de ejecutar la farsa combinada. Se instalará un poder provisional, dictando su eleccion á los notables convocados *ad hoc*, como lo han sido los electores de Orizava, para el nombramiento de presidente. De mas á mas, la farsa solamente se encaminará á salvar las apariencias, sin perjuicio de regularizar mas tarde lo que convenga hacer. Volverá entonces á salir de bajo de tierra el plan de monarquía, de cuya existencia anterior tenemos ya una nueva prueba, fehaciente é intachable, en el discurso íntegro dirigido por el general Prim á los gefes de las brigadas y á los coroneles de los cuerpos expedicionarios españoles, cuando la ruptura de los preliminares de la Soledad. Los proyectos monárquicos están simplemente aplazados; el monomaniaco Gutierrez Estrada tiene ya preparada otra publicacion en favor del archiduque Maximiliano: y el Sr. Duque,—ya saben quien nuestros lectores,—ha aprobado que ella se suspenda hasta que llegue el momento oportuno.

Como los Elsesser no sospechaban que vieran la luz pública sus interesantes cartas, han ido soltando prendas que servirán de mucho para poner las cosas en su verdadero punto de vista. La última correspondencia contiene dos revelaciones que mal haríamos en pasar por alto.

La primera deja sin máscara la hipocresía con que los interesados en el negocio de los bonos han estado publicando sendos artículos, en el *Constitucional*, en la *Patria*, en el *Mundo*, en la *Francoia*, en la *Prensa*, en los *Archivos diplo-*

máticos, en cuantos periódicos pueden convertir en eco de su hostilidad á México. Y hablamos de hipocresía, porque el sobrino Luis confiesa paladinamente que la táctica consiste "en llegar en el curso del artículo, de la manera mas disimulada é indiferente, á hablar del negocio de los bonos, así como por accidente, para dar mas peso á las afirmaciones, en razon de su aparente imparcialidad." Como se ve, se trata insidiosamente del asunto, aparentando que la publicacion tiene por objeto el interes general, y se oculta el nombre del articulista, para que no se comprenda que todo es obra de miras particulares.

La segunda revelacion es todavía mas importante. Para el buen éxito de sus gestiones, confia la familia en la poderosa intercesion de sus amigos, de cuyos buenos oficios habla á cada paso. Esos buenos oficios, esa intercesion, nada ménos son que desinteresados. Hablando Elsesser (padre) de las grandes utilidades que proporcionarán las empresas acometidas cuando entren los franceses en México, agrega esta significativa frase: "Pienso tambien que si nuestros amigos realizan sus bonos invertirán sus productos en nuevos negocios." Ya á nadie cabrá duda en lo sucesivo, de que tienen bonos que realizar los amigos de la casa, comprendiéndose en el número, del Sr. duque para abajo, todos los que andan en el enredo.

Quando llegue á Porentrui la noticia de que están descubiertas tales maquinaciones, dudamos que se vea en esto, como en la muerte de Escandon y Subervielle, una nueva prueba de que el cielo se declara en favor de una mala causa.

Tampoco ha de ser placentera, ni en Porentrui, ni en Paris, la noticia de que las tropas expedicionarias, á las que tantas veces se ha supuesto en posesion de México, están todavía, á fines de Noviembre, tan atrasadas como al princi-

Los que por el contrario persistan en hacernos la guerra, no encontrarán mas que una resistencia desesperada, acompañada del odio que encenderá constantemente la prolongacion de los males causados por su permanencia en el país. Por fortuna para todos, tenemos por seguro que la invasion ha de ser poco duradera, por mas que se nos cuente que han de quedarse aquí tropas francesas para sostener el gobierno que establezcan. Acaso con el objeto de acreditar esa idea, se ha hablado tanto de la construcción de un ferrocarril de Veracruz á Orizava. Proyecto es ese, si existe, verdaderamente descabellado, en razon de que no se concibe que un trayecto de tantas leguas pudiera estar en servicio en tiempo de guerra, cuando diariamente lo inutilizarian las guerrillas que han de hostilizar al enemigo por aquellos rumbos. Pero prescindiendo de esta dificultad material, repetimos que la ejecución de esa clase de obras requiere mas tiempo del que prudencialmente debe señalarse de duracion á una empresa, que no es dable prolongar á voluntad del emperador, supuesto el enorme desfaldo de hombres y dinero que ha de ocasionar por su propia naturaleza.

Sea de esto lo que fuere, el deber de México estriba, segun hemos tenido ya ocasion de decirlo repetidas veces, en rechazar la fuerza con la fuerza, cualquiera que sea el número de los enemigos, dure lo que durare esta época de prueba. Así lo han comprendido los buenos mexicanos, que arreglan sus actos á tan patriótica resolucio. Mes por mes tenemos la complacencia de consignar en nuestra crónica repetidas pruebas de tal verdad, y Noviembre no va en zaga á los anteriores.

Las facultades extraordinarias pedidas por el ejecutivo al congreso, le fueron concedidas con cuanta amplitud requeria la terrible importancia de los acontecimientos de que es

teatro la República. La representacion nacional, no contenta con tan laudable rasgo de abnegacion, expidió un manifiesto lleno de entereza y patriotismo, en que excitando el espíritu nacional á la lucha vital á que se nos provoca, se rechaza de nuevo el grosero sofisma con que se ha procurado alucinar á los incautos, dándoles á entender que la guerra con que viene á hacernos felices la Francia, no es á la nacion, sino al gobierno de Juarez. Distincion tan absurda, por ser ese gobierno el representante legítimo de la soberanía nacional, la emanacion del voto del pueblo, habia sido ya desechada por el buen criterio de la opinion; pero no obstante tal antecedente, ha sido oportuno en alto grado que á las declaraciones formuladas en ese sentido se agregase la de la voz mas autorizada del país, la de sus representantes reunidos en congreso. Constante este en no apartarse de la buena senda tomada desde el principio, ha continuado en perfecta armonía con el gobierno, sin que se haya presentado una sola cuestion de importancia, que no haya resuelto conservando la union, mas necesaria hoy que nunca, entre esos dos supremos poderes.

En momentos en que tan excitada está la fibra nacional del amor á la independencia, no podia la juventud dejar de estar dando testimonios irrecusables de su entusiasmo. Uno de los que nos cumple citar, es el de la buena voluntad con que los alumnos de los colegios de esta capital han cedido las cantidades destinadas á las funciones anuales de los premios, para los gastos del ejército de Oriente. Quien haya sentido emociones de esos dias en que abre la esperanza las puertas del porvenir á los que sueñan ya, niños aún, con los laureles de la gloria, comprenderá que se ha necesitado un estímulo poderoso para renunciar á uno de esos placeres que mitigan las amarguras de la vida.

Han seguido sin interrupcion las diversiones públicas, cuyos productos se destinan á objetos patrióticos y humanitarios. Entre las que ha habido en Noviembre, son dignas de especial recomendacion, las combinadas por el ayuntamiento, en las que han mediado circunstancias notables bajo diversos aspectos. La concurrencia ha sido extraordinaria, de suerte que los productos, cuantiosos y seguros, servirán de auxilio muy eficaz para los hospitales de sangre, en beneficio de los cuales van á invertirse. Las funciones han estado espléndidas por su variedad y atractivo, así como por haberseles dado un carácter enteramente nacional. En las de teatro, la inspiracion del primero de nuestros poetas líricos, el acento bélico de un himno que no tardará en popularizarse, conmovieron á un grado indecible á los espectadores, quienes preparados ya así por un arrebató patriótico, no pudieron resistir al entusiasmo causado por el glorioso pabellón de Iguala. Al saludarlo con las marciales estrofas del himno, al tremolarlo con sus manos delicadas la jóven que lo sostenia en la escena, se pusieron en pié todos los hombres, sin previo acuerdo, por un sentimiento espontáneo, como arrastrados por un sacudimiento eléctrico, protestando con esa actitud de respeto, defender á todo trance aquel estandarte sagrado, símbolo de nuestra nacionalidad. A su vez se levantaron tambien de sus asientos las señoras, como para dar á entender que ellas, madres, hijas, esposas y hermanas de los que están obligados á combatir por la independencia de México, están prontas á sacrificar en las aras de la patria los objetos mas caros de su corazón. El presidente de la República arengó á los concurrentes desde el palco municipal, estimulando el sentimiento patriótico en favor de una causa que es, por los principios que entraña, no la del pueblo inicuaamente invadido, sino la de la civilizacion,

la de la humanidad. Entónces llegó á su colmo el entusiasmo popular; los sombreros volaron por el aire; las músicas tocaron dianas; una actriz simpática exclamó: "Independencia ó muerte," revoleando la bandera de Iturbide y besándola con acatamiento: los vivas á México, al presidente de la República, al ejército de Oriente, mezclados con mueras al emperador y á los invasores, resonaron en el vasto salon como emanados de un grito unánime. Escena tan conmovedora se prolongó hasta dejar satisfecho el espíritu patriótico que la habia improvisado con tanto acierto. Ella dejará un grato recuerdo en cuantos la presenciámos; ella nos servirá de nuevo argumento para robustecer la conviccion de que un pueblo que dá tales muestras de vitalidad, que así delira por su autonomia, no se la dejará arrebatár por la mano osada del invasor.

A ese propio fin conspira el gobierno, acumulando elementos de defensa para hacer la resistencia mas vigorosa, mas enérgica, mas fructuosa. En Puebla y en México, ciudades destinadas para sostener á sangre y fuego nuestros derechos conculcados, están ya acabándose las bien construidas fortificaciones, ante las que esperamos se estrellará el arrojó de los soldados de Napoleon, porque las resguardarán ciudadanos valientes, decididos á dejar bien puesto el nombre de su patria.

La República cuenta ya con tres ejércitos, cuyos huecos serán fácilmente llenados con los reemplazos remitidos de todas partes. El primero es el de vanguardia, el de Oriente, que cubierto con los verdes laureles del 5 de Mayo, espera, arma al brazo, que vuelva el francés á desafiar su bravura en el campo de batalla. De los valientes soldados que lo componen, los que asistieron á las acciones de Aculzingo y de Guadalupe, recibirán dentro de pocos dias en Puebla, las

medallas de honor decretadas por el congreso, como una merecida recompensa de sus hazañas, tan acreedoras al agradecimiento nacional. Para atenderlos en sus mas apremiantes necesidades, ha estado haciendo incesantes esfuerzos su digno gefe el general Gonzalez Ortega, quien con suma actividad y energía, se ha proporcionado los recursos necesarios para hacer frente á las exigencias de la situacion.

El segundo ejército es el denominado del centro, compuesto por ahora de las fuerzas que formaban la guarnicion de esta capital, y de la division del Norte. Venida esta de centenares de leguas de distancia, á compartir con sus hermanos de armas las fatigas, penalidades y peligros de la campaña, recibió en los llanos de Nápoles los estandartes que no tardará en bautizar el fuego mortífero del enemigo. La solemnidad de aquel acto fué notablemente patética; los padrinos de las banderas pronunciaron alocuciones patrióticas, á las que seguian vivas entusiastas á México y á sus autoridades supremas. Pocos dias despues hizo su entrada en esta capital la division, llamando la atencion general por su fuerza numérica, por el porte marcial de los soldados, por la buena clase y estado del armamento, por la organizacion arreglada y satisfactoria de los cuerpos. Merece entre estos mencion muy honorífica el escuadron de los hermanos D. José y D. Pedro Rincon, jóvenes pertenecientes á una de las familias mas acomodadas de nuestra sociedad, quienes abandonando las comodidades y placeres que les proporciona su posicion, corren al campo del honor á cumplir con sus deberes de mexicanos, dando un ejemplo de patriotismo digno de imitacion, y que les servirá siempre de título altamente justificado, á la estimacion de sus compatriotas.

Seguros estamos de que, en los momentos supremos de la actual crisis, el ejército del centro se mostrará glorioso ému-

lo del de Oriente. En cuanto al general Comonfort, gefe de aquel, sabrá llenar con decision y entusiasmo los árdulos deberes que le impone la merecida confianza que en su persona ha depositado el Supremo Gobierno, y utilizará en bien de la patria, madre amorosa de todo buen mexicano, las relevantes cualidades que lo distinguen para un puesto como el que ocupa.

El tercer ejército, llamado de reserva, ha quedado á las órdenes del general Doblado, quien ha accedido gustoso á prestar en tal colocacion, nuevos é importantes servicios. Las fuerzas de su mando se ocupan actualmente en perseguir las gavillas de reaccionarios, á quienes habia dado una momentánea importancia la inesperada derrota de algunas de las secciones enviadas á su encuentro. El general Doblado, con su habilidad bien acreditada, reducirá pronto á esas gavillas de traidores y bandidos á la impotencia que les es característica, y oportunamente traerá á sus tropas, mas aguerridas que ántes, á tomar parte en la campaña contra los franceses.

La nacion que cuenta con soldados y generales como los que están hoy con las armas en la mano; la nacion que tiene hijos numerosos, dispuestos á reemplazar á los que sucumban en los combates, no será, no puede ser sojuzgada.

En defensa suya ha vuelto ya á correr la sangre de sus defensores. Al avanzar los franceses de Veracruz para Jalapa, encontraron en su tránsito una resistencia esforzada. No entrando en los planes de la campaña presentar en aquellos terrenos una batalla en forma, la defensa que se hizo no tenia mas objeto que el de hostilizar al enemigo, causándole algunas pérdidas, para que se vaya convenciendo de que no dará un paso en el territorio mexicano, sin sufrir las consecuencias de su atrevimiento.

En Palo-Gacho tuvo un encuentro con los invasores el coronel Quesada, que manda una fuerza de caballería. Agobiada por la superioridad numérica de los contrarios, su pequeña sección se portó con un valor extraordinario, que aquellos no han podido menos de admirar; y si acabó casi en su totalidad, esa misma pérdida servirá de elocuente testimonio de la decisión que anima al soldado mexicano.

Algo mas adelante, en Cerro-Gordo, presentó combate el coronel Diaz Miron, comandante militar del Estado de Veracruz, con los guardias nacionales del mismo. Los franceses, para abrirse paso, tuvieron que forzar la posición, no sin sufrir bajas considerables.

Posesionados ya de Jalapa, han tratado de ensancharse, en union de los traidores, y á unos y otros han dado dos golpes consecutivos los ciudadanos Triujeque y Aureliano Rivera. Como aquellos están rodeados de guerrillas por todas partes, tendrán que vivir en una constante alarma, perdiendo dia por dia algunos de sus soldados.

Fuera de esos encuentros parciales, nada ha ocurrido de importancia en el teatro de la guerra. La batalla sangrienta que se espera, no se ha dado todavía, por no haber avanzado de Orizava el enemigo; tal vez será en Diciembre, uno de nuestros dos meses históricos por excelencia.

LA CUESTION EXTRANJERA.

México, Noviembre 28 de 1862.

Los cambios completos de gabinete, ó la entrada ó salida de algun ministro, en los gobiernos despóticos, nunca tienen la importancia que es inherente á esas variaciones en los países regidos por instituciones representativas. Donde la única regla para la marcha de los negocios públicos, es el *sic volo* del déspota, secundaria es siempre la personalidad de los agentes que llama á su lado. Cierto es que á veces suele suceder, que monarcas de ánimo apocado se dejen dominar enteramente por favoritos que mandan en su nombre, y entónces se truecan los papeles, convirtiéndose en verdaderos soberanos los que en realidad ejercen el poder. Es un error llamar rey de Francia á Luis XIII y de España á Carlos IV; á quienes positivamente corresponde ese título es á Richelieu y al príncipe de la Paz. Pero cuando el monarca no desaparece en la sombra del privado, los ministros que emplea son los simples ejecutores de su política, sin que en nada se parezcan á los de los países republicanos, ni siquiera

pio. Ni Jurien de la Gravière, ni Lorencez, ni Forey, han podido hasta la fecha llevar á cabo la empresa que se les habia pintado tan fácil. Nuevos y prontos desengaños irán convenciendo cada vez mas á quien los ha enviado, de que es temerario y loco el propósito de arrebatar á México su independencia.

Así se asegura que lo ha comprendido ya el jefe del ejército expedicionario, no obstante las falaces demostraciones de júbilo con que han pretendido deslumbrarlo los traidores en Córdoba y en Orizava. El general Forey, que parece tan aficionado á hablar como á escribir, contestó con prolijos discursos las felicitaciones que se le dirigieron. En ellos figuró otra vez, como no podia ménos de suceder, la leccion aprendida á que nos referimos poco ántes; pero dijo algunas cosas nuevas, que bien merecen llamar la atencion.

Dirigiéndose al obispo de Caladro y al cura párroco, dignos compañeros del padre Miranda, les manifestó que el clero mexicano tenia que aceptar ciertos hechos consumados: que por cosas semejantes habia tenido que pasar el clero frances: que el nuestro debia sacrificar sus intereses personales á los generales de la nacion. El periódico traidor de que tomamos estas noticias, no dice qué cara pusieron cura y obispo al escuchar tan explícita declaracion. Considerando esta en su esencia, advertiremos que á los progresistas nada nos importa lo que hagan los invasores en favor de las leyes de reforma, porque no los consideramos árbitros de nuestras instituciones, ni admitimos en materia alguna el apoyo forzado del extranjero. En cuanto á los conservadores fanáticos, la cuestion varia de aspecto, siendo de mucha gravedad el desengaño de que su poderoso aliado, el magnánimo emperador de los franceses, no piensa venir á restablecer al clero en sus fueros y riqueza. Los lazos azules van sin duda á

correr la suerte de los verdes; ojos habrá que tendrán que llorar otra ilusion perdida.

Lo mas notable del recibimiento de Forey en Orizava, ha sido la miserable adulacion de los traidores relegados al mas significativo desprecio. El renegado Almonte, que ayer se daba el nombre de jefe supremo de la nacion, bajo la sombra de su protector Saligny, ha tenido valor para ir, no sabemos con qué carácter, á rendir sus homenajes al mismo que le ha notificado su vergonzosa destitucion. Ni siquiera ha comprendido que por un resto de decoro, no debia consentir en que el extranjero le quitara un título, que solo á la nacion toca conferir y retirar. La traicion trae consigo la falta absoluta de delicadeza.

No han obrado tampoco con mas pundonor los generales, gefes y oficiales que lo rodean. Sin tener ya gobierno á quien servir, se prestan á desempeñar el triste papel de auxiliares de las huestes francesas, á cuyo jefe quedan subordinados para todo, de cuyo tesoro recibirán los treinta dineros de Júdas.

Al paso que unos cuantos malos mexicanos se ponen á sneldo de la expedicion, sin perjuicio de que despues se hagan cuentas alegres al erario nacional, la expedicion misma es poco popular al parecer entre los encargados de efectuarla. Indícalo así el ya considerable número de desertores que se han presentado en nuestras filas. Muy elocuente es el hecho de que abandonen su bandera los soldados del enemigo, á pesar de que no saben la suerte que correrán, ni conocen siquiera el idioma del país á que se les ha traído por la fuerza para sojuzgarlo, y á cuyo amparo se acogen, declarándolo su patria adoptiva. Cuantos observen esa conducta, encontrarán, como ha sucedido con los que les han dado el ejemplo, pan y abrigo en esta tierra hospitalaria, donde á tan poca costa consigue medrar el extranjero industrial.

En Palo-Gacho tuvo un encuentro con los invasores el coronel Quesada, que manda una fuerza de caballería. Agoviada por la superioridad numérica de los contrarios, su pequeña seccion se portó con un valor extraordinario, que aquellos no han podido menos de admirar; y si acabó casi en su totalidad, esa misma pérdida servirá de elocuente testimonio de la decision que anima al soldado mexicano.

Algo mas adelante, en Cerro-Gordo, presentó combate el coronel Diaz Miron, comandante militar del Estado de Veracruz, con los guardias nacionales del mismo. Los franceses, para abrirse paso, tuvieron que forzar la posicion, no sin sufrir bajas considerables.

Posesionados ya de Jalapa, han tratado de ensancharse, en union de los traidores, y á unos y otros han dado dos golpes consecutivos los ciudadanos Triujeque y Aureliano Rivera. Como aquellos están rodeados de guerrillas por todas partes, tendrán que vivir en una constante alarma, perdiendo dia por dia algunos de sus soldados.

Fuera de esos encuentros parciales, nada ha ocurrido de importancia en el teatro de la guerra. La batalla sangrienta que se espera, no se ha dado todavía, por no haber avanzado de Orizava el enemigo; tal vez será en Diciembre, uno de nuestros dos meses históricos por excelencia.

LA CUESTION EXTRANJERA.

México, Noviembre 28 de 1862.

Los cambios completos de gabinete, ó la entrada ó salida de algun ministro, en los gobiernos despóticos, nunca tienen la importancia que es inherente á esas variaciones en los países regidos por instituciones representativas. Donde la única regla para la marcha de los negocios públicos, es el *sic volo* del déspota, secundaria es siempre la personalidad de los agentes que llama á su lado. Cierto es que á veces suele suceder, que monarcas de ánimo apocado se dejen dominar enteramente por favoritos que mandan en su nombre, y entónces se truecan los papeles, convirtiéndose en verdaderos soberanos los que en realidad ejercen el poder. Es un error llamar rey de Francia á Luis XIII y de España á Carlos IV; á quienes positivamente corresponde ese título es á Richelieu y al principe de la Paz. Pero cuando el monarca no desaparece en la sombra del privado, los ministros que emplea son los simples ejecutores de su política, sin que en nada se parezcan á los de los países republicanos, ni siquiera

ra á los de aquellas naciones monárquicas en que, segun la frase sacramental, el rey reina y no gobierna.

Hanos sugerido las anteriores reflexiones, la salida de Thouvenel del ministerio de relaciones del imperio frances, y su sustitucion en esa secretaría por Drouyn de Lhuys, que ya la ha desempeñado otras veces. Nada importa ciertamente, ni para la cuestion de Italia, ni para la de México, ni para ninguna otra de las en que interviene Napoleon III, lo que sobre cada una de ellas piense el encargado de tratarlas de una manera oficial, cuando constituido en simple eco de los mandatos de su amo, su permanencia en el puesto no significa otra cosa que su conformidad con planes que no puede desviar del carril preferido. Las crisis ministeriales que hoy ocurren en Francia, no son la expresion de la voluntad nacional, que obliga al emperador á adoptar un programa distinto del que se proponia llevar al cabo: son única y exclusivamente la expresion de un cambio de política del veleidoso monarca, á quien nunca faltan instrumentos, mas ó ménos hábiles, y en ocasiones, sumamente diestros, de la que por el momento impera.

En este sentido, ajustado á la estricta verdad, es como solamente podremos apreciar la significacion del cambio, en cuya virtud el encargado de los negocios extranjeros de la Francia, se llama hoy Drouyn de Lhuys, en vez de Thouvenel. Por el procedimiento lógico enunciado sacamos en limpio, que las ideas conservadoras han adquirido un predominio mas marcado en el ánimo de Napoleon, quien se olvida de que es Bonaparte, y obra cual si fuera Borbon ó Coburgo. Para el desarrollo de las ideas conservadoras, refinadas por decirlo así, es mas á propósito el nuevo que el antiguo ministro: he aquí, pues, la explicacion natural y clara de la preferencia dada al primero sobre el segundo.

Ningun acto ha revelado todavía, en la cuestion de México, la recrudescencia del sistema imperial; pero en lo relativo á la Italia sí hay ya datos para juzgar del triunfo de los ultramontanos. Sin prescindir aún de su absurda manía de buscar términos medios en un negocio reducido al *to be or not to be* del poeta, el gobierno frances se inclina ya descaradamente del lado del Papa, en lo cual siguen ejerciendo terrible influencia los escrúpulos de la emperatriz, que considera condenado á su marido á las llamas eternas, luego que deje de impartir su proteccion á la subsistencia del poder temporal del Pontífice. Así se aplaza indefinidamente la desocupacion de Roma, sometiendo al pueblo italiano al capricho del extranjero, que ayer ofrecia libertarlo, y hoy lo priva de su capital. El agravio reciente borra ya el agradecimiento del favor antiguo, y acaso los aliados de 69 serán los enemigos de 63.

Las simpatías de México están todas por los que sostienen una causa que es igual á la suya, una causa que es la de todos los pueblos, como símbolo inviolable de la civilizacion del siglo. Donde quiera que se proclame el principio humanitario de la no intervencion, serán sus defensores nuestros amigos y nuestros hermanos. Los vínculos de la igualdad de situacion, de la defensa del propio derecho, nos ligan ya fuertemente con la Italia, coadyuvando á estrecharlos el infortunio heroico de Garibaldi, á quien el gabinete de Turin se atreve á amnistiar, cual si fuera un delito el patriotismo mas acendrado; y las fraternales alocuciones de los genoveses y de los estudiantes de Pavia, que nos mandan al través de los mares felicitaciones por nuestros triunfos, protestas de adhesion y de amistad. Ya el ejército de Oriente ha contestado con ardoroso entusiasmo á los que sufren en Europa, como en América nosotros, la presion del poder usurpa-

do, pero fuerte, del renegado de la democracia; poder que en Dios esperamos sea insuficiente, en México y en Italia, para sobreponerse al derecho que todo pueblo tiene de gobernarse por sí propio.

Para castigar por nuestra parte la audaz tentativa de ese tutor improvisado, que quiere serlo no obstante la bien marcada oposicion de este país, se siguen aglomerando cuantos medios de defensa permiten las circunstancias, sin pararse en sacrificio alguno, por ser general el convencimiento de que, por terribles que sean las calamidades que nos agovien, nada se habrá perdido si se salva la nacionalidad.

Y por lo mismo que la nacionalidad es el objeto sagrado ante el que desaparecen todos los demas, nada puede haber mas justo ni mas patriótico, que recompensar á los valientes que luchan heroicamente por defenderla. Movido de razon tan poderosa, decretó el congreso un premio honorífico para los que vencieron á los franceses el inolvidable 5 de Mayo, premio cuya distribucion, convertida por su importancia intrínseca en una solemnidad cívica de primer orden, llevó á Puebla á todo el gobierno, á una comision de la asamblea nacional, á otra de la junta patriótica, y á un número considerable de curiosos, animados del deseo de visitar los sitios históricos, que ha consagrado ya una victoria, y que están destinados al parecer para ser dentro de pocos dias el teatro de nuevos y mas terribles combates.

En el tránsito de México á Puebla, recibió el gobierno multiplicados y espontáneos testimonios de afecto. En todas las poblaciones fué recibido con músicas, repiques, cohetes, vivas y felicitaciones, esmerándose San Martín Texmelúcan, como lugar de mayor importancia, en solemnizar cordialmente el paso de la primera autoridad de la nacion. Tales demostraciones, no preparadas oficialmente, sino libres,

improvisadas, ignoradas de los mismos á quienes iban dirigidas, han servido de una prueba mas, sobre las muchas existentes de antemano, de la popularidad de ese gobierno en que el emperador de los franceses se obstina en no ver mas que el representante de una minoría opresiva.

La entrada en Puebla fué en alto grado poética. Floridas divisiones del ejército de Oriente, de altivo porte y continente marcial, cual corresponde á soldados vencedores de los primeros del mundo, llenaban la vasta carrera que se extiende desde la garita hasta el palacio del gobierno. Al pasar la autoridad suprema por delante de aquellos aguerridos batallones, se presentaban las armas, sonaban las músicas, se oían vivas entusiastas, y tan hermoso espectáculo era iluminado por los claros rayos de la luna, que se mezclaban con los de las luces de muchos edificios públicos y particulares. Involuntariamente ocurría la idea de que la fuerza armada, rémora por tanto tiempo del progreso, y semillero inagotable de discordias civiles, ha acabado por ser lo que debe en una sociedad republicana; el apoyo de la autoridad civil, y la que respeta, acata y obedece, léjos de sublevarse contra ella para imponerle la ley; y la defensa pronta y leal de la independencia, amenazada por las huestes del extranjero. Esta es, á no dudarlo, una de las mas preciosas conquistas de la revolucion democrática.

Miéntas llegaba el dia solemne de la distribucion de las medallas, se visitaban con empeño las fortificaciones, ya casi concluidas. La ciudad que el agradecimiento nacional ha bautizado con el preclaro nombre de Zaragoza, está convertida en una plaza de guerra. Muellemente reclinada al pié de sus espléndidos volcanes, coronada de cerros pintorescos entre los que descuella el de la Malinche, (cuyo magnífico horizonte ha pintado con singular maestría nuestro ar-

tista Miranda en un cuadro que le hará eterno honor) ha levantado en todas sus entradas ciudadelas bien construidas, fuertes en cuyo recinto se preparan nuestras tropas á recibir con denuedo al invasor.

En el plan de defensa están comprendidos Loreto y Guadalupe, no ya en el triste estado en que se encontraban el 5 de Mayo, sino bajo condiciones muy diferentes. Grandioso es en el sitio donde se efectuó aquel memorable combate, oír á los que tuvieron la gloria de sostenerlo, contar los pormenores de lo ocurrido, entrar en explicaciones que lo aclaran, como si le volvieran su animacion. A medida que se precisan mas los detalles, se comprende y se admira mejor la brillante funcion de armas en que, sin ventaja de ninguna clase y ántes bien con mil elementos en contra, supieron los oscuros, los vilipendiados soldados de México, alcanzar sobre la flor del afamado ejército frances, un triunfo que no lograrán ofuscar la envidia ni la detraction. El enemigo mismo ha confesado ya su derrota en documentos públicos, enaltecendo el valor de los mexicanos.

Lleno todavía el ánimo de la grandeza del acontecimiento, tuvo lugar la distribucion del premio destinado á recompensarlo. Nunca olvidarémos aquella solemnidad los que la presenciámos. De manos del presidente recibieron sus medallas desde los generales hasta los últimos soldados, en cuyos pechos las prendian señoras distinguidas, que daban así mayor realce á la recompensa. Habia entre los premiados algunos de tan pocos años, que á su vista saltaban las lágrimas á los ojos por un movimiento involuntario de ternura, y los concurrentes agasajaban á porfia á los que, en los primeros albores de su vida, la habian expuesto ya por la patria. Concluida la distribucion, oradores elocuentes conmovieron á su auditorio con sentidos discursos, en que hablaba el cora-

zon. Las tropas, á la voz de sus dignos gefes, prurumpieron en vivas á la independencia nacional, protestando sacrificarse por conservarla. No habia un rostro que permaneciera impassible; no habia un corazon que no latiera con violencia; no habia uno solo de los que no habian recibido medalla, que no despreciara en aquel momento el peligro de muerte de cuantos llevaban al pecho tan honroso distintivo.

Este sentimiento de noble emulacion era mas marcado en los que cooperaron directa y eficazmente al triunfo del 5 de Mayo, aunque no tuvieron la gloria de batirse personalmente con los franceses. Hablamos de los que la víspera del combate derrotaron á los reaccionarios, auxiliares traidores del invasor; hablamos tambien de los que estuvieron en la ciudad, arma al brazo, cubriendo los puntos que se les señalaron, y prontos á entrar en combate, luego que así lo dispusiera el general en gefe. Mérito grande y bien digno de recompensa es el de los que se encontraban en ambos casos; el congreso y el gobierno lo han reconocido así, y por un decreto se ha mandado construir nuevas medallas para esos valientes cooperadores de sus hermanos de armas, para esos ilustres defensores de la independencia nacional, ménos afortunados, no ménos acreedores que los otros á la pública gratitud.

Coincidió con la reparticion de premios al ejército de Oriente, la noticia del avance de los franceses, que llegaron hasta San Agustín del Palmar, donde permanecen todavía. Aquel movimiento, anuncio del próximo combate, acabó de aumentar el entusiasmo de nuestras tropas, animadas con esa fé en la victoria que tanto contribuye á alcanzarla, y dispuestas en todo caso á conservar el lustre del nombre mexicano, que han sabido elevar á tanta altura.

Vuelto el gobierno á México, las obras de fortificacion

de Zaragoza, en que habia dejado de trabajarse durante su permanencia allí, han llegado á su conclusion, mereciendo elogios de todos los inteligentes que las han examinado. La ciudad con su formidable cintura de fuertes, espera tranquila que intente profanarla el invasor.

Tambien la capital de la república, que ahora ó mas tarde puede estar destinada para teatro de la guerra, tiene ya al terminar sus fortificaciones, dignas igualmente de encomio. El ejército del centro ansia, como el de Oriente, la hora suprema de la lucha en favor de la independencia. Defensores de una misma causa, émulos de gloria, rivalizarán en el campo de batalla en dignidad y en heroismo.

El congreso aprovechó las últimas sesiones de su primer período para expedir varios decretos íntimamente enlazados con la cuestion extranjera, á mas del ya mencionado sobre premios á los valientes que cooperaron al triunfo de Mayo.

Si bien el enemigo, imitando el generoso ejemplo que le han dado nuestro gobierno y nuestros generales, ha puesto en libertad á los prisioneros mexicanos del ejército de linea, ha anunciado ya que no observará igual conducta con los guerrilleros, á quienes ha amenazado con fusilarlos ó con enviarlos á la Martinica. La ejecucion de esta amenaza se ha realizado ya con dos personas notables, que son el Lic. Romo y D. Alberto López. México no ha debido permanecer indiferente ante tan bárbara declaracion, ante hechos tan atentatorios. Ha decretado en consecuencia, que usará del derecho de represalia, reconocido como bueno y justo entre los publicistas. Nuestra generosidad con los prisioneros franceses se convertiria en debilidad injustificable, caso de ser correspondida con fusilamientos y destierros. No se dará aquí el ejemplo de faltar á los usos establecidos entre naciones civilizadas, cuando lleguen á ser beligerantes; mas si no

se guardan á nuestros prisioneros las consideraciones debidas, la ley del talion servirá de medio duro, pero eficaz, de contener los desmanes que se cometan. El general Forey debe darse por notificado de esta resolucion; de él depende exclusivamente que la guerra no pierda el carácter humanitario, que atenúa sus horrores inevitables.

Los terribles conflictos en que han puesto ya á la república varias veces, los actos de usurpadores que se han dado el nombre de gobiernos, sin ser mas que representantes de una faccion despreciada, demuestran la conveniencia de cuantas precauciones se tomen para evitar tales peligros en lo sucesivo. Hoy mismo, en la invasion pirática de la Francia, que no se digna todavía explicarnos el verdadero motivo de su agresion, sabido es que ha contribuido eficazmente á realizarla, ese nauseabundo negocio de Jecker, en cuyo favor no se alega otra cosa sino que fué celebrado por un gobierno, cuyas operaciones obligan á la nacion. Por muy buenas que sean las razones con que pueda rebatirse ese alegato, la elocuencia de los hechos habla demasiado alto, para estrecharnos á no dar entrada á argumentos de ese jaez; y así como oportunamente protestó el gobierno constitucional en Veracruz, contra lo que hiciese la administracion reaccionaria, así tambien ha obrado con cordura el congreso, decretando la nulidad de los actos de los fantasmas del gobierno que levanten los invasores. Nadie desconoce, y de ello es ejemplo vivo nuestra actual situacion, que poco vale el derecho contra la fuerza; bueno es siempre, sin embargo, contar contra la fuerza con el derecho.

El peligro que se trata de evitar con esa disposicion, no existe en estos momentos, en que el general enemigo, siguiendo un sistema mas expeditivo aunque escandalosamente atentatorio, no instituye gobiernos que sean hechura suya, sino

que manda en los puntos ocupados ya, como en país de conquista. Admira el garbo con que Forey dicta medidas administrativas, judiciales, de policía, de hacienda, cual si México fuera ya la nueva Argelia, soñada por Hipólito Castille. Cada vez aparece mas claro lo que se entiende en frances por sufragio universal. Quien desde sus primeros ensayos nombra ayuntamientos y prefectos, determina las reglas que deben observarse para la administracion de justicia, fija el sistema tributario, clasifica los gastos que deben hacerse, y se apropia los productos de los impuestos, no puede dejar duda ni al mas obcecado, del respeto que guardará á la voluntad nacional, interpretada á su antojo.

La parte del partido reaccionario que se está manchando con el horrible crimen de traicion á la patria, no puede ya conservar sus ilusiones, sino cerrando los ojos á la evidencia. Por no dejar, ni la inicua esperanza de sacrificar hasta la nacionalidad á la insubsistencia de las leyes de desamortizacion de los bienes llamados eclesiásticos, es ya admisible ante declaraciones expresas de que no serán alteradas. En el pseudo decreto de Forey sobre administracion pública, se repite con carácter oficial, la seguridad dada en una de sus alocuciones, de que se llevará á efecto la desamortizacion, donde imperen las bayonetas francesas. Reproducimos aquí la observación que hemos emitido ya, de que nuestras leyes de reforma no piden ni necesitan amparo extraño de ninguna clase, siéndonos indiferente por lo mismo que merezcan ó no la aprobacion de los invasores. El caso es distinto para los retrógrados, que no han vacilado en traer sobre su país las calamidades de una guerra extrangera, por buscar ese postrimer apoyo á sus rancias preocupaciones. Ellos sí deben estar desesperados al ver el resultado de sus traidoras tentativas: ellos sí tienen el amargo desengaño de que los princi-

pios progresistas no sucumbirán ante sus maquinaciones, ni aun en el para nosotros imposible caso del triunfo de las armas de Napoleon.

Ese partido de los traidores, vergozante é infame, trabaja sin descanso por distraer la atencion del gobierno, para auxiliar así los planes de ataque de Forey. Movidos indudablemente por el directorio oculto de los afrancesados, han aparecido en diversas direcciones gavillas de bandidos, en cuya persecucion hay que enviar fuerzas, que estarian mejor empleadas al frente del enemigo exterior. Aquí, como en todos los países del mundo, la escoria de la sociedad favorece la invasion extrangera, descansando en su apoyo para cometer los crímenes mas repugnantes. Los aliados de Napoleón III son aquí, como en todas partes, lo mas soez, lo mas inhumano del país que los aborta. No hay entre ellos una sola persona de recomendables antecedentes; todos son asesinos, salteadores, modelo de cinismo y de ferocidad. No son conocidos ni siquiera por sus nombres oscuros, sino por apodosos ridículos ó espantosos. Colimilla, Bueyes Pintos, el asesino de Cocula, el tigre de Alica; tales son los sobrenombres que los distinguen. Para juzgar de la popularidad de la invasion francesa, basta saber que han salido del fango todos sus aliados.

Si se busca en contraposicion quiénes la contrarian, se encontrará cuanto México encierra de mas granado en las clases todas de la escala social. Los partidarios de la independencia nacional forman una inmensa mayoría, la verdadera parte sana del país. Muchos de los mismos que no están por el orden de cosas existente, no se unen sin embargo á los invasores, porque son ante todo mexicanos. Hasta el sexo débil, en que tan arraigadas estaban las preocupaciones indebidamente cubiertas con el nombre santo de la religion, ha oido

la voz del patriotismo, y coopera con todo empeño y con notoria eficacia á la defensa nacional. Las sociedades de señoras se generalizan de tal manera, que no hay ya ciudad ni poblacion de regular importancia, donde no exista alguna, que tome á su cargo coleccionar donativos ó arreglar funciones patrióticas, cuyos productos se destinan por lo comun á los hospitales de sangre, ú otros objetos humanitarios. El bello sexo está mereciendo bien de la patria, por sus constantes afanes en el satisfactorio desempeño de la tarea que ha emprendido.

¿Y qué hace entretanto el invasor? El invasor, despues de haber perdido lastimosamente el tiempo, se ha acercado, como dijimos ántes, á la ciudad de Zaragoza. La demora en sus operaciones se ha atribuido á la falta de medios de transporte, sin los que no podia empezar el ataque sobre una plaza fortificada. El cargo de imprevision que de aquí resulta al gobierno frances, es de aquellos que no tienen respuesta. Mandar una expedicion á tierras lejanas, y condenarla á la inmovilidad por no haberla provisto, no de cosas cuya necesidad no se podia prever, sino de la artillería y trenes que son el acompañamiento obligado de todo ejército, denota un desórden administrativo de que apenas puede formarse idea.

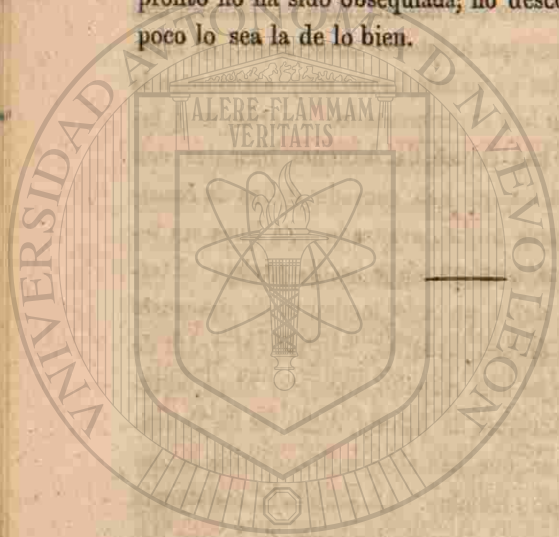
Sea el mencionado, ú otro cualquiera, el verdadero motivo de la prolongada inaccion de los franceses, tocaba ya hasta en el ridículo, despues de tantas fanfarronadas y de tanto desprecio á los obstáculos que pudieran encontrar á su paso. Asombro ha de haber causado á la Europa entera, así como profundo despecho á Napoleon, haber estado recibiendo repetidas noticias de que el cuerpo expedicionario, al que se habia mandado llegar sin demora hasta la capital de la república, haya dilatado meses enteros en emprender formalmente las operaciones de la campaña, no ocupando mas que

los puntos en que no se ha pensado oponerle resistencia formal. Bastaría esto para dar una leccion provechosa á cuantos pensaban que era sencillo en alto grado dominar á México.

En su movimiento de avance por las dos vías de Orizava y Jalapa, ha encontrado el enemigo una constante oposicion, á pesar que no se ha querido sino hostilizarlo á su tránsito, con las fuerzas de caballería que lo estaban observando. El arrojo de nuestros soldados ha debido llamar muy seriamente la atencion de los que lo han experimentado. Fuerzas muy inferiores en número han empeñado acciones formales con cuerpos de ejército, á los que han causado daños de consideracion. Los invasores no han avanzado una línea sin tener que luchar con los mexicanos que les disputaban el terreno, y que no les dejan un solo momento de descanso. Prisioneros, caballos árabes, medallas, han sido el fruto de sus combates, en que se han revuelto unos con otros, agresores y agredidos. Acciones ha habido, como las de Tehuacán y Cruz Blanca, en que han alcanzado nuestros escuadrones alto y merecido renombre. La esforzada resistencia de nuestra caballería, es un anuncio lisongero de lo que debemos esperar cuando jueguen las tres armas en el campo de batalla.

Por lo demas, todo revela ya que está muy pronto el momento decisivo. No cabe ya duda en que los franceses no se han movido en busca de víveres, ni con el simple objeto de ensangharse. El grueso de sus fuerzas se ha reconcentrado ya en el Palmar; van á recibir la artillería de batir; sus preparativos todos denuncian la proximidad del ataque. La agitacion vuelve á apoderarse de todos los ánimos, que se preparan á las terribles emociones de la batalla, cuyo éxito tiene que ser de gravísimas consecuencias.

Cuando llegó á Francia la noticia de la derrota del 5 de Mayo, llamó el emperador á Forey, general encanecido en veinticinco campañas, y le dijo con elocuente laconismo: "*Faites vite et bien,*" despues de anunciarle que vendria con refuerzos suficientes para penetrar hasta México á paso de ataque. De las dos recomendaciones de S. M. I., la de lo pronto no ha sido obsequiada; no desconfiemos de que tampoco lo sea la de lo bien.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

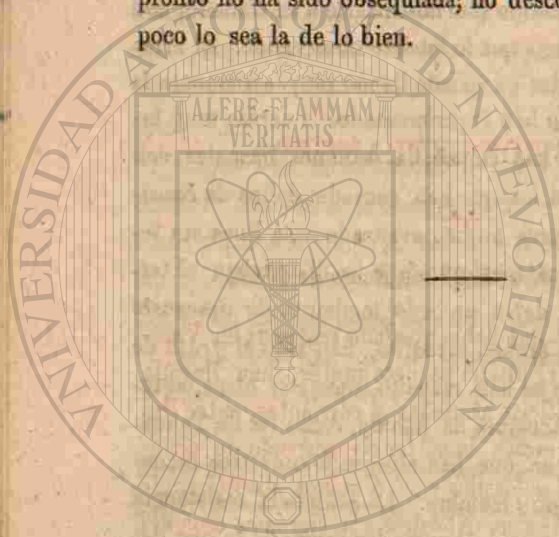
LA CUESTION EXTRANGERA.

México, 27 de Enero de 1863.

La correspondencia que habia quedado rezagada en Veracruz, y la venida por el último paquete inglés, han llegado á esta capital, con noticias atrasadas y corrientes, entre las que hay varias de no escasa importancia respecto de acontecimientos europeos, enlazados mas ó menos directamente con los negocios de México. Nosotros apreciaremos esos datos bajo nuestro punto de vista, para deducir las consecuencias que nos parezcan interesantes.

Cualquiera rompimiento entre las grandes potencias del viejo continente, daria por resultado la retirada de la expedicion francesa enviada á nuestro país, por ser claro que mal podria Napoleon continuar desperdiciando dinero y hombres en una empresa lejana, cuando ambas cosas le harian notoria falta para las eventualidades de una guerra europea. Pues bien: á las antiguas complicaciones, de que mas de una vez hemos hablado, y que hacen tan insegura la paz en Europa, hay que agregar ahora el nuevo combustible de la revolucion

Cuando llegó á Francia la noticia de la derrota del 5 de Mayo, llamó el emperador á Forey, general encanecido en veinticinco campañas, y le dijo con elocuente laconismo: "*Faites vite et bien,*" despues de anunciarle que vendria con refuerzos suficientes para penetrar hasta México á paso de ataque. De las dos recomendaciones de S. M. I., la de lo pronto no ha sido obsequiada; no desconfiemos de que tampoco lo sea la de lo bien.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA CUESTION EXTRANGERA.

México, 27 de Enero de 1863.

La correspondencia que habia quedado rezagada en Veracruz, y la venida por el último paquete inglés, han llegado á esta capital, con noticias atrasadas y corrientes, entre las que hay varias de no escasa importancia respecto de acontecimientos europeos, enlazados mas ó menos directamente con los negocios de México. Nosotros apreciáremos esos datos bajo nuestro punto de vista, para deducir las consecuencias que nos parezcan interesantes.

Cualquiera rompimiento entre las grandes potencias del viejo continente, daria por resultado la retirada de la expedicion francesa enviada á nuestro país, por ser claro que mal podria Napoleon continuar desperdiciando dinero y hombres en una empresa lejana, cuando ambas cosas le harian notoria falta para las eventualidades de una guerra europea. Pues bien: á las antiguas complicaciones, de que mas de una vez hemos hablado, y que hacen tan insegura la paz en Europa, hay que agregar ahora el nuevo combustible de la revolucion

griega, en que juegan intereses encontrados de difícil conciliación. Destronado el rey Othon y expulsado de los que fueron sus dominios, la primera cuestión que se presenta para la Grecia, es la de la forma de gobierno, bajo la cual ha de quedar constituida. Según todas las apariencias, seguirá prevaleciendo el sistema monárquico; pero la elección del candidato que haya de ocupar el trono vacante, ofrece dificultades de tal manera graves, que nadie acierta aún á encontrar una solución satisfactoria. Ligados los gobiernos que cooperaron al establecimiento de la monarquía helénica, con el solemne compromiso de no admitirla en favor de ninguno de los vástagos de sus propias dinastías, tropiezan hoy con el inconveniente de que las candidaturas recaen precisamente en los excluidos por ese acuerdo comun. El mas popular de los presuntos sucesores del príncipe bávaro, es el jóven Alfredo, hijo de la reina Victoria; y si bien la preponderancia de ese nombre halaga á la Inglaterra, que bien quisiera dominar en Grecia, la detiene por una parte su repugnancia al sacrificio de las Islas Jónicas, que serian el don obligado del nuevo rey; y la refrena por otra la ya declarada oposición de la Francia y de Rusia á un aumento de poder, que á mas de no ser asequible sin el rompimiento de un tratado, destruiria radicalmente el equilibrio establecido. Inconvenientes semejantes se oponen al nombramiento del príncipe Napoleon, con el que no estarian conformes ni Rusia ni Inglaterra, y al del príncipe de Leuchtemberg, con el que tampoco se avendrian ni Inglaterra ni Francia. Resulta, pues, de tales antecedentes, que la discordia está á punto de surgir de cualquiera de esas combinaciones, sin que sea tampoco fácil poner un monarca para el que no existan las contrariedades mencionadas, por ser opuesto al principio de no intervención, que se respeta en Grecia al mismo tiempo que

se huella en México, obligar á los griegos á preferir el candidato que les presente el extranjero, aun cuando no sea de su agrado.

La cuestión italiana no se halla ménos léjos de un término que pueda llamarse definitivo. Mucho ha llamado la atención pública el propuesto por el vizconde de la Gueronnière, de quien nadie ignora que es el órgano comunmente preferido por el emperador de los franceses, para emitir en forma de opúsculos de un escritor officioso, las ideas dominantes en el ánimo imperial, que van así rastreando la opinion pública. La solución indicada en el último folleto de la referida procedencia, consiste en el establecimiento de dos reinos, uno en el Norte, y otro en el Sur de la Italia, entre los que quedará el Papa en Roma, dividiéndolos y conservando para sí el poder temporal que tanto se le dispusta. Por esta vez, léjos de que el pensamiento atribuido al emperador haya encontrado aplausos, no ha conseguido, por el contrario, sino dejar descontentos á todos los interesados. Al Papa, porque si bien se le deja lo que conserva todavia, no se le restituye lo que ha perdido. A los habitantes del Sur de la península italiana, porque contraría sus votos emitidos en favor de la anexión al Piamonte, y porque los amenaza con el restablecimiento en Nápoles del derruido trono de Francisco II. Al gobierno de Turin, porque lo priva de lo que estima ya como suyo, de hecho y de derecho. Y á los partidarios todos de la unidad de la Italia, porque ataca de raiz su programa, que es hace tiempo el de los hijos mas esclarecidos de aquella tierra privilegiada.

Lo mas notable del caso es que para el arreglo de las cuestiones pendientes, con quienes ménos se cuenta, es precisamente con los únicos que tienen el derecho de resolverlas. El mismo atentado que cometerian los italianos si qui-

sieran intervenir en que la Francia prefiriera al imperio napoleónico el restablecimiento de la rama primogénita de los Borbones, ó de la dinastía de Orleans, ó de la forma republicana, comete el extranjero que dicta leyes para la Italia. Conociéndose que los medios propuestos no son aceptados por aquellos á quienes conciernen, se trata de que sean declarados obligatorios por un congreso europeo, que se comprometa á sostenerlos á todo trance. En caso de que llegue á realizarse semejante despropósito, el resultado será obra, no de la razón, sino de la fuerza, y durará lo que el pueblo italiano tarde en poder sacudirla.

Las intenciones que se sospechan en el gobierno imperial la resolución de continuar ocupando indefinidamente á Roma, la tenaz oposición al plan formulado por Víctor Manuel, han minado en tales términos la influencia francesa, que poco ha de dilatar en desaparecer. La adquisición de la Lombardía se considera bien recompensada con la cesion de Niza y Saboya, y la política reaccionaria á que cada vez se adhiere mas Napoleon, le está enagenando las simpatías que supo obtener cuando apareció como amigo sincero de la Italia, como defensor de su nacionalidad. La opinion pública se declara tan espícitamente en ese sentido, que á sus embates ha tenido que sucumbir el ministerio Ratazzi, acusado de sumiso al emperador, formándose un nuevo gabinete, á cuya presidencia se llamó el marqués de Torrearse, y de la que se encargó, en defecto suyo, el marqués de Villamarina. No hay noticia todavía de los efectos producidos por ese cambio; pero su origen bien dá á entender la política que se seguirá.

Otro síntoma bien marcado de las tendencias dominantes, es el interes que ni por un instante ha dejado de ser objeto Garibaldi. La exposición que en su favor se elevó al rey, es-

tá escrita en el tono elocuente del mas apasionado carifio, y no se abstiene del amargo reproche de comparar con la de Colon la suerte del herido de Aspromonte, para dar á entender que uno y otro encontraron la ingratitud por recompensa, en los monarcas que hicieron dueños de vastos y poderosos dominios. La herida de Garibaldi, el peligro de una amputacion, los diagnósticos de los hábiles médicos encargados de curarlo; la influencia del clima sobre sus padecimientos, han sido incidentes que se han elevado á la altura de acontecimientos públicos. La noticia de la extraccion de la bala se ha recibido con aplauso universal. Todo, en fin, demuestra de una manera inequívoca, el vivo interes que Italia toma por el hombre que á cada paso expone su vida por la realizacion del gran pensamiento nacional.

La situacion, como se ve, no puede ser mas tirante, apreciando próximo el peligro de una conflagracion, en que se verán envueltas Italia, Francia y Austria. El primer cañonazo disparado en la península que bañan el Adriático y el Mediterráneo, seria la salvacion de México; y por eso seguimos con tanto empeño, aun prescindiendo de otras graves consideraciones, la marcha de los acontecimientos italianos.

En Francia sigue siendo cada vez mas impopular la expedicion á México, y el sentimiento público se manifiesta con sobrada claridad, á pesar de las fuertes restricciones existentes contra la libertad de la prensa. Digna es en alto grado de llamar la atencion, la muy plausible circunstancia de no haber un solo periódico independiente, que apruebe la política observada con México por el gabinete de las Tullerías. Solamente los diarios reconocidos sin la menor sombra de duda como órganos oficiales ú oficiosos del poder, son los que entonan laudes á una empresa destituida de todo fundamento admisible. Para un gobierno que de buena

fé buscara la verdad, seria un argumento incontestable el de esa uniformidad de los escritores imparciales, que reconocen la injusticia de la invasion de nuestro país; que calculan las dificultades de la expedicion; que deploran las pérdidas enormes ocasionadas á la Francia en su ejército y en su hacienda, por una guerra emprendida sin motivo; que se duelen de ver la flota y los soldados de su país á tanta distancia, cuando acaso el dia ménos pensado pueden hacer falta en su suelo natal.

A las publicaciones periódicas hacen eco, opúsculos que vienen de cuando en cuando, dentro y fuera de Francia, á sostener esos mismos principios bajo una forma mas duradera. No nos referimos por ahora mas que á los folletas escritos por franceses, que desean salvar á su país del cargo tremendo que pesa sobre el hombre que lo gobierna. Uno de esos escritos es el que, con el título de "La Expedicion de México," ha publicado últimamente el ilustre profesor Quinet, compañero del eminente historiador Michelet, y desterrado por su oposicion al régimen que inauguró el golpe de estado del 2 de Diciembre. Quinet ataca en estilo sarcástico la desmesurada ambicion del representante de las ideas napoleónicas, poniendo en relieve los pretextos de la expedicion, explicando sus verdaderas causas, ridiculizando el atentado cometido con la raza latina, anatematizando los nuevos principios que se sustituyen á los de 89, recalcando la mala ejecucion de la empresa, comparando la expedicion de México con la de Roma, para demostrar que la primera es mas injustificable que la segunda.

Grato es por cierto, en asuntos de tanta importancia, encontrar á esos defensores de la verdad, que en todos tiempos y lugares han sabido respetarla, sin dejarse arrastrar de un patriotismo mal entendido. Así Arístides decia á los ate-

nienses: "lo que Temístocles os propone, es útil, pero no justo." Así tronaba Bartolomé de las Casas en favor de los indios, contra los horrores de la conquista. Así se opusieron Adams y Clay á la injusta guerra que nos hicieron nuestros vecinos del Norte. Así hoy, voces tan autorizadas como la de Favre, como la de Jubinal, como la de Quinet, repudian en la prensa y en la tribuna el escándalo que se está dando al mundo con una expedicion, absurda en su causa y en su ejecucion vandálica. El filósofo que contempla con dolor los frecuentes extravíos á que suele arrebatar á pueblos y gobiernos una ambicion desenfrenada, se reconcilia con la humanidad al admirar la austera oposicion de la virtud, la defensa contra menguados intereses de las reglas imprescriptibles de la justicia y del derecho.

En la *Revue contemporaine* se ha publicado otro folleto de Julio Grenier, que está algo en contraposicion con el de Quinet, aunque sus deducciones son vagas y poco comprensibles. Hace una breve reseña de lo que fué México durante la época colonial. Entra en algunas explicaciones acerca del estado de nuestra hacienda. Aglomera hechos verdaderos y falsos. Se muestra enemigo del partido reaccionario, y se inclina á favor de una intervencion en sentido liberal. Deduce de nuestras revueltas y escaseces que no podemos gobernarnos nosotros mismos; y fijando como un dilema inevitable que hemos de ser absorbidos por los Estados-Unidos ó por la Europa, se declara naturalmente por la absorcion francesa. En resúmen, sin entrar al exámen filosófico y legal de la cuestion, se limita á considerar á México buena presa, y quiere anticiparse al vecino para cogerse lo ageno. La leccion es inadmisibile por su extravagancia y por su inmoralidad.

Si de los documentos particulares pasamos á los oficiales,

nos encontramos desde luego con el informe dado al emperador por su ministro de la guerra el mariscal Randon, en el cual se encuentra un resumen de los partes del general Lorencez, que comprenden la historia del cuerpo de ejército que tuvo á su mando, desde la retirada de Puebla, hasta la llegada de los nuevos refuerzos mandados de Francia. La narracion se presta á curiosas observaciones.

Su fin esencial consiste, en hacer los mayores elogios del cuerpo expedicionario. No seremos ciertamente nosotros los que neguemos el relevante mérito del soldado frances, que disfruta en el mundo entero de una bien adquirida reputacion. Pero si no podemos pasar por alto la consideracion de que, si se agotan las alabanzas para recomendar á soldados á quienes fué adversa la suerte de la guerra, no sabemos qué mas pudiera decirse en abono suyo, si hubieran salido victoriosos, cosa que ni ellos, ni la Europa, ponian en duda. Y por otra parte, mientras mas merecidos sean esos encomios, mas resalta forzosamente la bondad relativa de las fuerzas mexicanas, que sin ventaja de número, ni de posicion, ni de ninguna especie, hicieron morder el polvo á huestes tan afamadas.

Las hazañas de estas se limitaron, por espacio de tres meses, á conservar sus posiciones, y á conducir víveres de Veracruz. Sin la desgraciada sorpresa del Borrego, debida no á la vigilancia de los enemigos, sino al descuido de algunos de los nuestros, no es aventurado presumir que habrian sufrido aquellos una nueva derrota, puesto que por una falta que les hace bien poco favor, habian dejado ocupar el cerro que domina la ciudad, y cuya importancia no conocieron hasta despues que pasó el inminente peligro en que se encontraron. Frustrada aquella bien combinada tentativa, habria sido ya muy peligroso renovarla, cuando se abrigan tras de

fortificaciones soldados de quienes, repetimos que son muy respetables, el espíritu marcial y el notable valor que los distinguen. La campaña, pues, tuvo ya que reducirse á los ataques de los guerrilleros, que muy á proposito para hostilizar sin cesar al enemigo y para ocasionarle graves perjuicios, no lo son para alcanzar resultados definitivos.

Es una confesion preciosa para nosotros, la que se hace de la profunda repugnancia con que son vistos los invasores por los habitantes de este país. El general Lorencez es quien cuenta, y el mariscal Randon quien repite, que las poblaciones quedaban enteramente vacías al aproximarse los franceses; que por ningun dinero conseguian que se prestara un mexicano á atrevesar el Jamapa para sacarlos de un mal paso; que eran constantemente molestados por las guerrillas; que en ninguna parte encontraban simpatías, sino antes bien marcada oposicion. Si las explícitas manifestaciones de la opinion pública en Francia, demuestran al gobierno imperial la impopularidad de la guerra, la obstinada resistencia que encuentra aquí la invasion, la soledad que se forma en torno suyo, son á su vez elocuentes testimonios de la imposibilidad de realizar empresa tan atentatoria. La conciencia de su deber no puede ménos de estrechar á Napoleon III á prescindir de una idea, para la que no queda otro apoyo que el de las despreciables sugerencias del amor propio.

Encapricharse en contrariar el espíritu nacional, es exponerse á acabar con la paciencia del pueblo frances. El trono del emperador no descansa sobre cimientos tan sólidos, que pueda desafiar la ira popular. Las tendencias de los descontentos se han marcado recientemente en una de esas manifestaciones odiosas, á las que suele apelarse á falta de otras mas difíciles. Hablamos de la tentativa de asesinato, cuyo

conocimiento no han logrado quitar al público los esfuerzos de la policía en ocultarla. Reprobamos altamente que sea el puñal ó la máquina infernal de un asesino, lo que venga á terminar cuestiones, que deben desenlazarse de otro modo; pero es ya muy significativa la repetición de esos conatos de homicidio que tienden á convertirse en moda europea, y mucho deben dar en que pensar á los monarcas expuestos á esas contingencias. Cuando la libertad está sofocada por mucho tiempo, se repiten esas explosiones de descontento, que busca salida por cualquiera parte.

La probabilidad de un nuevo acuerdo de los gobiernos frances y español para reanudar la convención de Londres, es cosa que se ha estado asegurando, y aun ha llegado á anunciarse por un periódico de Barcelona que era negocio consumado, conforme á las instrucciones recibidas por el maques de la Habana. No ha faltado por otra parte quien desmienta la noticia dejándonos en tal virtud en duda de la realidad, escondida todavía en el secreto de los archivos diplomáticos. A nuestro juicio, la renovación del convenio es prematura, pues hay datos para creer que el gabinete O'Donnell espera el desenlace de la expedición invasora, y no es presumible que el orgullo francés se avenga á la confesión, siquiera sea tácita, de que son necesarios auxiliares para la consumación de la empresa acometida contra México.

Por lo demás, pronto sabremos á qué atenernos en la materia, en razón de que por el paquete que debe llegar dentro de pocos días, han de venir los discursos pronunciados en los cuerpos legislativos españoles acerca de la cuestión mexicana. La apertura de las cortes, señalada para el 1º del último Diciembre, se ha efectuado ya. Imposible nos parece que no se haya ocupado de nuestros asuntos el discurso de la corona; pero hasta ahora la única parte que de él co-

nocemos, es la relativa al incendio de un buque de los Estados confederados, en la ensenada de Marianao, hecho sobre el que espera con fiadamente la reina Isabel que dará la correspondiente satisfacción el gobierno de Washington.

Sábese ya de una manera positiva, que han de ser muy interesantes los debates á que dé lugar lo ocurrido en México con la expedición española. Los oradores se aprestaban al combate, que debe ser reñidísimo. Figurarán entre nuestros adversarios, que lo serán á la vez del marques de los Castillejos, Mon, Ríos Rosas, Pacheco, Concha. No faltarán tampoco defensores nuestros y de la leal conducta del general Prim, presentándose entre ellos en primer término el ilustre diputado y periodista Rivero, tan hábil para manejar la palabra como la pluma. Mas lo que sobre todo se espera con viva ansiedad, son las explicaciones del mismo Prim, que sabrá confundir, como lo esperamos, las diatribas de sus enemigos. El hidalgo general tiene varias cuentas atrasadas que ajustar, á los que prevalidos de su largo silencio han aglomerado cargos en su contra, desde el ministro sin cartera Billault, uno de sus detractores mas encarnizados, hasta Coello, el mas afrancesado de los españoles. Los mexicanos esperamos con mayor curiosidad que nadie, como que somos los mas interesados en el negocio, las importantes revelaciones que necesariamente ha de hacer en la tribuna, el caudillo que tantos títulos tiene á nuestro agradecimiento.

A la lucha parlamentaria ha precedido la periodística, en la que nos es satisfactorio anunciar que en España, lo mismo que en Francia, casi todos los diarios reprueban la aviesa política de Napoleon. Solo la *Epoca*, que bien merece el nombre de ultraimperialista, se afana en sostenerla á todo trance, y olvidándose en esta cuestión hasta de su carácter

ministerial, inculpa al gabinete español por no haber sido un ciego instrumento de la Francia. El aislamiento de la *Epoca* es por sí solo una prueba inequívoca, de que sus redactores están muy lejos de representar la opinion nacional, expresada en términos diametralmente opuestos por otros órganos mas numerosos, que coinciden en ese punto, á pesar de pertenecer á diversos partidos.

Como se ve, la cuestion de México está íntimamente enlazada con lo que pasa en varios pueblos de Europa, cuyos actos pueden influir directamente en la solucioñ que haya de tener. Miéntras por allá se está en la expectativa de próximos y graves acontecimientos, veamos lo que esa misma cuestion ha avanzado en el país donde va á resolverse con las armas en la mano.

Hemos apuntado ya en otras ocasiones, que la prolongacion inesperada de la invasion de los franceses, poco satisfactoria por cierto para el ejército expedicionario de la primera nacion militar del mundo, ha consistido en parte en la falta de los medios de movilidad indispensables para el transporte de sus trenes. Para suplir ese descuido imperdonable del gobierno imperial, que debió surtir á sus tropas de todo lo necesario, hubo necesidad de pedir carros y mulas á los puntos mas cercanos, de los que efectivamente han llegado ya á Veracruz. Semejantes auxilios constituyen una violacion flagrante de las leyes de neutralidad, que deben ser observadas conforme al derecho de gentes. Poco nos sorprende que en la Isla de Cuba se haya procedido de esa manera, por ser patente la hostilidad con que nos ha tratado desde un principio el duque de la Torre. No sucede lo mismo con los Estados-Unidos, donde es incomprensible que se esté favoreciendo á quien no es ménos enemigo suyo que nuestro. El abandono de la célebre doctrina de Monroe es cada vez sig-

nificativo, aunque no por esto formamos un cargo especial á nuestros vecinos, demasiado ocupados en su propia casa para andar en disputa con los extraños. Pase, pues, por el disimulo acerca de un atentado en que ni pensado se hubiera, como lo confiesa Grenier en su folleto ántes citado, á no haberse presentado la oportunidad de la guerra civil en el Norte del continente americano; pero habilitar á los franceses de lo que les falta para hacer realizable su expedicion, sí es seguramente salvar los límites de la circunspeccion exigida por las circunstancias. De realizarse los planes formados contra nosotros, se estableceria en México una monarquía, ó seria convertida la nacion en colonia francesa, cuya vecindad seria en sumo grado perjudicial para los yankees. Muy marcadas son ya las tendencias de Napoleon á reconocer la independencia de los Estados confederados, acto que ha querido preparar con la nota dirigida per Drouyn de Lhuys á los gobiernos de Rusia y de Inglaterra, para que las tres naciones aparecieran como mediadoras en la contienda con los norteamericanos. La repulsa de Gortschacoff y Russell hará que se busque otro camino para llegar al mismo resultado. Se ha anunciado ya que se está en vía de arreglo con Mr. Slidell, agente del gabinete de Richmond. Por consiguiente, bajo cualquier aspecto que se vea el asunto, siempre vendremos á parar en que no cabe disculpa respecto de la proteccion abierta que ha permitido á Forey completar sus medios de hostilizarnos, supuesto lo cual, ha sobrado fundamento á nuestro encargado de negocios cerca del gobierno de Lincoln, para formular la correspondiente protesta contra las concesiones indebidamente otorgadas á los invasores de la República mexicana.

Si entre los extranjeros no falta quien defienda la justicia de nuestra causa, con mayor razon ha de sobrar quien la

sostenga entre nosotros mismos. La prensa periódica sigue cumpliendo con este deber, que es hoy el primero de todos, sin que descanse en la loable tarea de mantener en su fuerza y vigor el espíritu patriótico de los defensores de la nacionalidad. A mas de esos campeones, de quienes puede decirse que no sueltan la pluma de la mano, ningun mes se pasa sin que vean la luz pública uno ó mas folletos, encaminados siempre al mismo fin de esclarecer la cuestion cuanto sea posible, para que se derrumbe una empresa atentatoria bajo el peso de la verdad y de la justicia. A los ya numerosos escritos publicados sobre la materia, ha venido á agregarse en estos últimos dias, la carta dirigida desde Nueva-York por el Sr. D. Ramon Pacheco, al ministro de relaciones exteriores del imperio frances, en la que, fuera de los exagerados elogios tributados á aquel funcionario, y de ciertas apreciaciones en que no estamos conformes, encontramos bien demostrada la iniquidad de la guerra traída á nuestro suelo. Nunca será fuera de propósito insistir en tal demostracion, alegando cada cual las razones que estime mas plausibles y en los términos que juzgue mas adecuados. Cuando no se quiere aprender una leccion, como sucede con el gobierno frances, hay necesidad de estarla repitiendo, á lo ménos para que no se atribuya á falta de conocimiento lo que es obra del capricho.

Los estragos de la guerra han ido aumentando poco á poco por diversos puntos de la república, cabiéndonos la satisfaccion de que ni uno solo ha hollado la planta audaz del extranjero, sin encontrar, como lo ha confesado él mismo, la esforzada resistencia de un pueblo decidido á la defensa de sus hogares. Los franceses no son dueños mas que del terreno que pisan, y aun ese no lo ocupan sino á costa de pérdidas, que acabarán por ser considerables en su conjunto.

Detenido el ejército invasor en su movimiento de avance sobre Zaragoza por las dos vías del camino de Veracruz, ni un solo dia ha trascurrido en que hayan dejado de hostilizarlo las fuerzas de caballería que lo cercan por todas partes. Ninguna columna enemiga puede salir en busca de víveres ó forrages ó para explorar el terreno, sin encontrar á su tránsito obstáculos mas ó ménos serios. Nuestras avanzadas penetran á veces hasta las calles de las poblaciones ocupadas por el frances. En los encuentros parciales que hay diariamente, la ventaja queda por lo comun por los nuestros, que se familiarizan con el peligro, y que han perdido ya el respeto al adversario que se les pintaba como irresistible.

No es ménos notable el patriotismo de los lugares invadidos por los soldados de Napoleon. Con excepcion de un cortísimo número de traidores, la generalidad de los habitantes opone una resistencia activa ó pasiva, que desconcierta los planes de la invasion. Pueblos hay, como el de Tlacotalpan por ejemplo, cuyos moradores se salen en masa de sus casas, burlando de ese modo á los franceses, que no pueden establecer ayuntamientos elegidos por ellos, ni proporcionarse los auxilios que van á buscar. La gente de armas tomar empuña las primeras que encuentra á mano, y á la retirada de los invasores les dá una leccion de que no se profana con impunidad el territorio de una nacion independiente. Suelen en esas acometidas quedar tan mal parados los del ejército expedicionario, que ya solo cuidan de salir del atolladero, dejando sus muertos y sus heridos en poder de los mexicanos, como acaba de acontecer en el combate del Miradero.

Mas graves todavía han sido los acontecimientos de Tamaulipas. La fuerza que habia ocupado á Tampico, de don-

de se retiró la guarnicion por falta de elementos suficientes para defender la plaza, salió á hacer sus excursiones por las cercanías de la misma. Las tropas de México, que estaban á la mira de aquellos movimientos, presentaron accion, y dos veces fué rechazado el enemigo. Poco despues tuvo este que desocupar el puerto por orden del general en jefe, llevándose consigo á los traidores que habian tenido la desvergüenza de tomar el nombre del vecindario, en una acta en que solo se registraban siete firmas. Tampico ha vuelto al poder de las armas nacionales desde el 13 del corriente. De un momento á otro se espera la noticia del combate que se ha anunciado como seguro entre los invasores, detenidos en la barra por estar cruzada, y las fuerzas que manda el general Garza. O irán allí mismo á atacarlos los nuestros, ó volverán los contrarios sobre la plaza, acosados por la falta de comestibles.

Tambien en las aguas del Pacífico ha tronado ya el cañon homicida. Una escuadrilla francesa se presentó delante de Acapulco, con la singular pretension de que se desmintiera lo dicho en el *Chalaco*, periódico del Callao, en un artículo atribuido al general Ghilardi, sobre los excesos cometidos por la fragata *Bayonnaise*; y de que se permitiera á las embarcaciones enemigas hacer provision de carbon, agua y víveres, como en terreno neutral.

Hay absurdos tan manifiestos, que no se alcanza cómo puede incurrir en ellos gente de razon. Pretender que las autoridades mexicanas desmintan las publicaciones de diarios extrangeros, es una ocurrencia verdaderamente ridícula.

Buen trabajo se les esperaba, si tuvieran que estar contradiciendo los artículos que la inicua expedicion francesa sugiere á escritores de todo el mundo civilizado, incluso muchos de la misma Francia. A la torpeza de hacer á nues-

tros funcionarios responsables de producciones ajenas, se agrega la temeridad de querer que la víctima se convierta en defensor del verdugo. Hay ademas que advertir, que los hechos referidos por el periódico peruano, son ciertos y están bien comprobados; de manera que la pretension de que hablamos reunia á sus otras extravagancias, la de exigir que se cambiara en mentira la verdad.

La segunda peticion no pecaba ménos contra todas las reglas del buen sentido. El almirante Bouet que la formuló, olvidaba sin duda que Acapulco es parte integrante de la república mexicana. Está México en guerra con Francia, y una escuadra enemiga propone que se declare neutral uno de nuestros puertos; que se le deje allí entrar y salir como si se tratara de Tolon ó Cherburgo; que se le surta de agua, víveres y carbon, para que vaya á otras partes á hostilizar-nos con nuestros propios elementos; y mediante tales condiciones, tiene la magnanimidad de ofrecer que Acapulco no será arrasado! No es esta la primera vez que tenemos que admirar la incalificable audacia francesa, revestida de todas las apariencias de candor infantil.

La respuesta de tan absurdas exigencias no se hizo esperar mas que el tiempo necesario para darla. El general D. Diego Alvarez la puso con la dignidad propia del caso, disponiéndose á la vez á sostener el ataque anunciado como consecuencia de la repulsa. En efecto, la escuadra enemiga no tardó en romper sus fuegos, con la inmensa ventaja de que, trayendo cañones de 64 y de 80, sus baterías causaban grandes estragos, sin recibir en cambio lesion alguna, por estar los buques fuera del alcance de nuestras piezas. Como resultado natural de tan desigual combate, fueron desmontadas varias de las que jugaban en los fortines de la plaza. Las casas, desocupadas oportunamente por orden de la au-

toridad militar, no tardaron en quedar en estado de ruina, á consecuencia del terrible bombardeo de que fueron víctimas por espacio de tres dias. Los defensores del puerto permanecieron en el fortin Alvarez y en las inmediaciones, listos para oponerse al desembarque que se daba por seguro, no creyéndose que la saña francesa se limitaria al triste desahogo de derribar edificios deshabitados. A eso se limitó sin embargo. Ni siquiera se intentó desembarcar, esquivándose poner á prueba la actitud decidida de los hijos del Sur. La retirada de la plaza convierte el bombardeo en un acto inútil de barbarie, como lo son todos los que exacerbaban las calamidades de la guerra, sin mas objeto que el de hacer daño por hacerlo. En cuanto al resultado final, una vez que el enemigo iba con la intencion de apoderarse del puerto, y que no lo logró, no cabe duda en que ha sufrido una verdadera derrota. En Acapulco, como en todas partes, hasta hoy por fortuna, no solamente ha quedado bien puesto el honor nacional, sino vindicado y glorioso el nombre mexicano.

La inhumanidad de que acabamos de hacer mencion, no es el único acto reprehensible de los invasores, quienes, por el contrario, poco se cuidan ya de repetirlos en todas partes. Los despojos, las violencias, el mal trato, los estupro y otras muchas faltas, son cosas bien frecuentes en las poblaciones que tienen la desgracia de estar, mas ó ménos tiempo, sometidas á su dominio. La defensa natural contra tan repugnantes atentados, es considerada como indebida, y castigada como delito. En camino va ahora para Veracruz, encerrado en una caja de madera, D. Diego Miron, sin mas culpa que la de haber defendido el honor de una hija suya, contra el que atentaba un oficial frances. Igual suerte están corriendo otras personas por causas semejantes, y aun simplemente por ser desafectas á la intervencion. Los encarga-

dos de efectuarla no advierten que esas persecuciones individuales, procedentes de tan reprobados motivos, aumentan forzosamente el odio á la dominacion extranjera, la cual se pone en evidencia con tales desmanes cuando blasona de venir á civilizarnos.

No hemos concluido todavía con la lista de los excesos de que tenemos que quejarnos. La deportacion á la Martinica, comparable en los mas casos á una sentencia de muerte, no es una vana amenaza; es sí un propósito firme, que se aplica con repeticion. De los últimos casos ocurridos en el particular, el mas notable es el del Lic. Corona, gobernador que ha sido de Veracruz y presidente del tribunal superior del Estado. Ha mediado en el asunto la circunstancia bien agravante, de haberse cometido la tropelía con un hombre pacífico, encerrado en su casa, de la que fué extraido para ser deportado. Si jamas puede reconoeerse el derecho del extranjero de reputar como delito el tomar las armas en defensa de la independencia del país, ménos todavía es permitido que declare culpables aun á los que no apelan á tan lícito arbitrio. Es ya una necesidad para nuestro gobierno, supuesta la reincidencia de los invasores, poner en práctica las represalias decretadas por el congreso, de absoluta conformidad con los principios del derecho de la guerra. Probadó que la humanidad no basta para contener los abusos de la fuerza, se hace indispensable valerse de medios mas eficaces para reprimirlos.

Aun nos queda por referir otra arbitrariedad á la que es aplicable la calificacion de horrible. El comandante Bernardi, extranjero al servicio de México, que militaba á las órdenes del general Rivera, se prestó en virtud de una orden del general Ortega á escoltar al hijo del ministro americano Mr. Corwin, en su viage á Veracruz para traer la correspon-

dencia de la legacion, de la que es secretario. Bernardi se creia inviolable en el desempeño de una mision de paz, protegida por las inmunidades diplomáticas del representante de una nacion neutral. Tan fallido salió su cálculo, que no bien llegó á Perote, cuando fué reducido á prision, y poco despues pasado por las armas. Se ignora hasta ahora el pretexto que se habrá alegado para la perpetracion de crimen tan escandaloso, en un hombre á quien á lo mas podia considerarse como prisionero de guerra. Este asesinato proditorio ha causado en México profunda sensacion.

Continúa la desercion de los soldados del enemigo, para quienes cada vez se hace mas intolerable esta guerra injusta, llena de privaciones á que no está acostumbrado. En vano para alentarlos se fraguan especiotas cuya falsedad es notoria, por lo ménos hoy, tales como la venida de grandes refuerzos, la próxima llegada de la guardia imperial, el nombramiento de un mariscal para nuevo general en jefe. Esos arbitrios no sirven para calmar el descontento causado por una campaña prolongada, en la que el buen sentido no encuentra justificacion alguna. El disgusto á que nos referimos toma proporciones tan alarmantes, segun las declaraciones de los mismos desertores, que hay cuerpos enteros, como el 99 de linea, en que ha cundido al extremo de no poderlo contener sino á fuerza de fusilamientos. Por exageradas que se supongan estas noticias, siempre revelan por su coincidencia con otros datos, que descansan sobre un fondo de verdad.

La inaccion de Forey parece ya muy próxima á terminar, á juzgar por varios antecedentes significativos. Ha desaparecido el obstáculo que no habia permitido la llegada de la artillería de batir. La evacuacion de Tampico y de Jalapa no puede tener otra explicacion, que la del propósito de reu-

nir sobre Puebla todas las fuerzas disponibles. Confirma esta suposicion, el hecho de que efectivamente se está realizando la concentracion de las tropas francesas. Se ha notado ademas en el campo enemigo, el movimiento precursor de los grandes acontecimientos de la guerra, y cuantos informes se han recibido, corroborean la presuncion de la proximidad del ataque.

Tenemos, pues, por indudable, que no acabará Febrero sin que se dé una de esas batallas en que se juega la suerte de las naciones. Nunca se habia presentado para México un lance mas serio por el número de los combatientes, que va á ascender á unos cincuenta mil hombres. Terrible ha de ser esa lucha, que cubrirá de luto á millares de familias, por el capricho de un déspota á quien no arredra la tremenda responsabilidad que reporta. A México le servirá de consuelo en sus desgracias, que proceden del cumplimiento de un deber sagrado, que serán mártires de la patria los que sucumban defendiendo sus derechos conculcados. "No hay país donde no se muera," decia Sócrates á sus discípulos, al beber tranquilamente la cicuta. "Acordaos de que teneis que morir," gritaba Federico el Grande á sus soldados, en el momento mas crítico de una batalla. Si, pues, todos que morir tenemos, dichosos los que mueran en defensa de la mas justa de las causas.

La nacion por su parte debe enaltecer de todos modos el heroico ardimiento de los que se deciden á sacrificarse por salvarla. Mientras llega la época de que la gratitud pública galardone con honores y recompensas á los que tomen parte en el próximo combate, memorable por siempre en nuestros anales, que les sirva desde ahora de estímulo cuanto se haga para dar mayor realce al triunfo del 5 de Mayo. En los decretos expedidos con tal objeto, falta la declaracion de

que cada año se celebre su aniversario como fiesta cívica. Excitamos en consecuencia al supremo gobierno á que así lo resuelva, para que hasta nuestra posteridad mas remota conserve fresco el glorioso recuerdo del dia en que un puñado de valientes salvó, venciendo á los franceses, la independencia nacional.



DISCUSION EN EL SENADO ESPAÑOL

SOBRE LOS NEGOCIOS DE MEXICO.

México, Febrero 23 de 1863.

Han sido tan largos, tan interesantes y tan dignos de examen, los debates habidos en el senado español sobre los negocios de México, que para hacer las apreciaciones convenientes respecto de los discursos de los oradores, necesitamos consagrar á la materia una revista especial; y aun así, no podrémos sino tratar á la ligera de muchos de los puntos discutidos, descartando todos los inconexos, so pena de dar á nuestro trabajo proporciones enormes.

El párrafo relativo á nuestro país, del discurso pronunciado por la reina en la apertura de las cortes, anunció la esperanza de que terminen de un modo satisfactorio las dificultades que el desacuerdo de los plenipotenciarios de las tres naciones aliadas opuso á la ejecucion del tratado de Londres. Isabel II declara, que los obstáculos imprevistos que impidieron su ejecucion, no alteraron su deseo de cumplirlo, ni de realizar el pensamiento que le sirvió de base.

que cada año se celebre su aniversario como fiesta cívica. Excitamos en consecuencia al supremo gobierno á que así lo resuelva, para que hasta nuestra posteridad mas remota conserve fresco el glorioso recuerdo del dia en que un puñado de valientes salvó, venciendo á los franceses, la independencia nacional.



DISCUSION EN EL SENADO ESPAÑOL

SOBRE LOS NEGOCIOS DE MEXICO.

México, Febrero 23 de 1863.

Han sido tan largos, tan interesantes y tan dignos de examen, los debates habidos en el senado español sobre los negocios de México, que para hacer las apreciaciones convenientes respecto de los discursos de los oradores, necesitamos consagrar á la materia una revista especial; y aun así, no podrémos sino tratar á la ligera de muchos de los puntos discutidos, descartando todos los inconexos, so pena de dar á nuestro trabajo proporciones enormes.

El párrafo relativo á nuestro país, del discurso pronunciado por la reina en la apertura de las cortes, anunció la esperanza de que terminen de un modo satisfactorio las dificultades que el desacuerdo de los plenipotenciarios de las tres naciones aliadas opuso á la ejecucion del tratado de Londres. Isabel II declara, que los obstáculos imprevistos que impidieron su ejecucion, no alteraron su deseo de cumplirlo, ni de realizar el pensamiento que le sirvió de base.

En el proyecto de contestacion al discurso de la corona, se expresó la esperanza de que lleguen á verse realizados el pensamiento y el constante deseo de la reina, concernientes al tratado.

La discusion comenzó en el senado con el exámen de una enmienda propuesta por el conde de Reus, en la que se pedia que aquel alto cuerpo manifestara su complacencia por la declaracion del gobierno, de no haber consistido en él, ni en el plenipotenciario español, que se produjera el desacuerdo entre los comisarios de las tres potencias.

La enmienda no fué presentada por su autor con el propósito de empeñarse en que resultara aprobada, sino como un arbitrio para poder entrar en detenidas explicaciones sobre la expedicion de México.

PRIMER DISCURSO DEL CONDE DE REUS.

Asevera el orador, y la cuestion es en verdad de altísima importancia, que su mision en México no traia mas objeto que el de reclamar el pago de cuentas atrasadas y la reparacion de agravios recibidos, exigiendo garantías para el porvenir.

En comprobacion de que esta misma era la inteligencia que al tratado de Londres daban sus colegas, recuerda que todo iba bien en el primer período de los trabajos de la conferencia, pensando al parecer de igual manera los cinco comisarios, como se ve por la unanimidad de sus actos, consignada en las actas de Veracruz, sin nota ni protesta alguna. La diversa interpretacion del convenio tripartito, el desacuerdo entre los plenipotenciarios, fueron cosas posteriores.

Para fijar el verdadero carácter de ese convenio, apeló el

conde de Reus al tenor expreso de sus cláusulas, lo corroboró con las instrucciones escritas que le dió su gobierno, y lo confirmó mas aún con las instrucciones verbales del presidente del consejo de ministros y del ministro de Estado.

Contestando un argumento enunciado ya de antemano, y que volvió á jugar en la discusion, de que habia habido proyectos primitivos en que se habia querido dar mas amplitud á la expedicion de los aliados, dijo con sobrada razon, que tales planes carecian de fuerza por no haber recibido la sancion de las partes contratantes, cuyas miras quedaron definitivamente consignadas en el tratado que celebraron entre sí.

Dió ademas la seguridad de la no existencia de un tratado secreto, por el cual habia de cambiarse el sistema de gobierno de México, indicándose hasta el príncipe que debia ceñirse la corona. La candidatura del príncipe Maximiliano no debia imponerse á cañonazos, pues esto habria sido una infraccion del pacto solemne, concerniente á no intervenir en los negocios interiores de México.

Al llegar á Veracruz, firmaron los comisarios una alocucion, asegurando al país que no debia temer por su integridad, ni por su nacionalidad, ni por su libertad política.

En la conferencia del 13 de Enero se adoptó la nota colectiva de fecha 14, que se acordó enviar al gobierno mexicano. Con ella debia venir el *ultimatum* de cada potencia, lo cual no se efectuó por haber surgido entre los plenipotenciarios la primera desavenencia, con motivo de la reclamacion relativa al negocio de Jecker, abiertamente reprobada por los comisarios ingleses, á los que se asoció el español.

En vista de semejante complicacion se pidieron nuevas instrucciones á los gobiernos aliados, y se pasó al de México, no la nota colectiva convenida al principio, sino otra en que no se mandaban en primer término las reclamaciones.

Por el extracto hecho hasta aquí del discurso del general Prim, se viene en perfecto conocimiento de que la interpretación dada despues por los comisarios franceses y por su gobierno al tratado de Lóndres, ha sido hija del dolo mas refinado, de la mas escandalosa mala fé. Si para nada debian tratar con el gobierno de Juarez, no se explica cómo pusieron Saligny y la Gravière su nombre al pié de la alocucion de Veracruz, cómo firmaron la nota colectiva dirigida á ese mismo gobierno, cuya existencia de hecho y de derecho se reconocia así de la manera mas intergiversable. Además, la fuerza verdaderamente insignificante de que se compuso al principio la expedicion francesa, acaba de corroborar que la primera intencion del gobierno imperial no habia sido la de llevar desde luego las cosas al extremo.

Verdad es que la opinion particular de Saligny estaba en contra de todo lo que no fuese el uso inmediato de la fuerza; pero léjos de que esta circunstancia salve la dificultad, antes bien la aumenta, por que el hecho de prestarse ese hombre funesto al reconocimiento del gobierno de Juarez, no obstante sus vivos deseos de derribarlo, es la prueba mas inequívoca de que se veia arrastrado por el tenor de sus instrucciones á hacer lo que tanto le repugnaba. En caso de haber sido ellas, no ya formales en el sentido agradable á sus pasiones, sino siquiera dudosas, se habria abstenido seguramente de obrar como lo hizo.

La evasiva á que recurrió despues, de negar que hubiera firmado la alocucion, no sirvió mas que para imprimir una nueva mancha en su conducta. Apostrofado por el conde de Reus para que se explicara, se valió de la ridícula salida de que habia faltado el acto material de firmar el borrador de la alocucion, si bien habia estado conforme en los términos de ella, así como en que se imprimiera y circulara. La

excena á que nos referimos acabará de dar á conocer al mundo entero, lo que és y lo que vale el Sr. conde Dubois de Saligny.

Sigamos ahora al orador en la narracion de los acontecimientos.

La nota colectiva fué contestada por el gobierno de la república, al que no era posible declarar la guerra por su respuesta sin incurrir en una patente injusticia; y como las tropas aliadas necesitaban trasladarse á un terreno mas saludable, se pidió el paso á Jalapa ú Orizava, peticion que dió por resultado las conferencias con nuestro ministro de relaciones, y la celebracion de los preliminares de la Soledad.

Hace el conde de Reus la confesion importantísima de que, si las tropas aliadas hubieran tenido que marchar en son de guerra cuando salieron de Veracruz, no hubieran podido avanzar. En cuanto á los puntos convenidos en los preliminares, los analiza uno por uno, para demostrar que eran la consecuencia natural de los actos anteriores, y que nada contenian capaz de justificar la agria condenacion que de ellos hizo el gobierno del emperador de los franceses, calificándolos de indignos. Al tocar este punto, tuvo el orador un arranque de elocuencia, nacido de la nobleza de su corazon. "Ministros imperiales!—exclamó:—la indignidad no está en haber firmado esos preliminares, sino en no haberlos cumplido."

La falta de observancia del artículo relativo á la vuelta á Paso Ancho, es anatematizada por el conde de Reus como un *hecho único en los anales militares desde que el mundo es mundo*. La calificacion es merecida y hecha por juez competente. La conveniencia de la estipulacion se comprueba diciendo: que si habiéndose firmado no se cumplió, ¿qué habria sucedido si no se hubiera firmado?

Como uno de los motivos que tuvo para convenir en dejar los hospitales bajo la salvaguardia de la nacion mexicana, alega su confianza en los hombres de su raza donde quiera que se encuentren. Hechos elocuentísimos han demostrado que los mexicanos eran dignos de esa confianza.

Sobre el artículo en que se convino que la bandera mexicana tremolara al lado de las de los aliados, dijo, que todavía ha hecho mas Forey, saludándola con sus cañones franceses, y haciendo desfilar delante de ella los batallones de la Francia.

Los preliminares fueron aprobados por todos los comisarios, que prestaron así un nuevo reconocimiento al gobierno de Juarez, para incurrir despues en absurdas y monstruosas contradicciones, explicadas con la increíble calificacion del ningun valor de sus firmas. No era posible á esos plenipotenciarios arrastrar mas por el suelo el honor de la Francia, de que estaban encargados.

La llegada á Veracruz del traidor Almonte á fines de Febrero, y el refuerzo de tropas mandadas por el general Lorencez, fueron el anuncio de que para el gobierno frances era letra muerta el convenio de Lóndres, ya sea que desde que lo firmó se propusiera violarlo, ó ya que posteriormente le hubiera ocurrido uno de esos frecuentes cambios, que son el rasgo distintivo de la política sin principios fijos del emperador. Almonte no tuvo empacho en asegurar que venia de acuerdo con el gobierno imperial para derribar el de Juarez y la república, y para crear una monarquía á favor del archiduque Maximiliano, quien habia aceptado ya la corona. El renegado agregó: que el gobierno español esperaba para decidirse los informes del conde de Reus; que el gobierno inglés estaba de acuerdo con el frances, y que el establecimiento del trono seria negocio de un par de meses, porque

todos los mexicanos se lavantarian al ver enarbolar la bandera monárquica.

Almonte mentia respecto del gobierno español, que seguia recomendando á su plenipotenciario la observancia del convenio de Lóndres. Mentia igualmente al afirmar la aprobacion del gobierno inglés, opuesto desde un principio á la intervencion. Mentia tambien, ó revelaba su absoluta falta de conocimiento del espíritu público de los mexicanos, como lo patentiza que, no en dos meses, sino en el año que ha pasado desde que volvió á la república el traidor, no se han levantado á sostener sus planes mas que unas cuantas gavillas de bandoleros, manifestándose en los términos mas explícitos el voto nacional en favor de la subsistencia de las actuales instituciones.

En lo que no se alucinaba ni mentia el degenerado hijo de Morelos, era en la complicidad del gobierno imperial, dicitado ya á intervenir en nuestros negocios con notoria infraccion del tratado de Lóndres, ora sosteniendo á un príncipe austriaco, ora convirtiendo á México en nueva Argelia ó colonia francesa, ora estableciendo un poder mexicano de su eleccion y devocion. Desde la llegada de Almonte y Lorencez no hubo ya un hecho que no denunciara el cambio de política. La uniformidad con que hasta entónces habian procedido los comisarios, se trasformó de repente en una constante oposicion, que de paso en paso fué á dar hasta la ruptura de Orizava.

Primer síntoma del desacuerdo, fué la correspondencia entablada entre el general Prim y el almirante la Gravière, quien olvidándose de todos sus actos anteriores de pleno y explícito reconocimiento del gobierno de Juarez, no soñaba ya mas que en derribarlo, en cuya virtud declaraba ya sin reboso que ohraría por cuenta propia, sin acuerdo de la con-

ferencia, para establecer aquí una monarquía. Por mas que haya quien se afane en sincerar esta conducta, la condenará irremisiblemente el fallo de los hombres de corazon recto.

Complicóse la situacion con la internacion de Almonte, escoltado por un batallon de cazadores. Este acto de innegable hostilidad contra un gobierno reconocido, con el que acababa de celebrarse un convenio, con el que se iban á abrir conferencias para el arreglo definitivo de las cuestiones pendientes, con el que no habia ningun motivo nuevo y fundado de rompimiento, no dejaba ya la menor duda de que era terminante el partido tomado por los comisarios franceses, de faltar á los pactos mas solemnes.

A fin de dar algun vislumbre de justicia á tan inicuo procedimiento, se declamó en todos los tonos contra el gobierno mexicano, suponiéndolo autor de las mas espantosas atrocidades. Ningunas pruebas, sin embargo, se adujeron para fundar esas declamaciones, y se llevó la estupidez al extremo de formular como cargos horribles la separacion del general Uraga del mando del ejército, y la formacion de causa al general Cenobio.

Como mas fundado se presentaba el del fusilamiento de Robles, acerca del cual son terribles las palabras del conde de Reus: "nadie como el almirante sabia dónde iba Robles "Pezuela cuando le prendieron cerca de Tehuacan, punto "donde aquel se encontraba."

Hubo un momento en que el caudillo español se dejó arrastrar de sus instintos belicoso, y fué cuando se le anunció que se imponian contribuciones y préstamos forzosos á casas españolas. La docilidad con que el gobierno mexicano prescindió en este punto de su derecho, le hizo recobrar la calma y prudencia con que obró tan justificadamente durante todo el curso de su memorable expedicion.

Explicando á su modo M. Billault, es decir, insidiosa y pérfidamente, el cambio habido en el conde de Reus, del 20 al 23 de Marzo, lo atribuyo á una conferencia tenida con dos ministros mexicanos, uno de los cuales es tio del mismo conde. Esta venenosa alusion sirvió para ocultar la verdad de los hechos. Billault, que es de esos personajes capaces de suprimir los documentos que ponen en claro las cosas, tuvo buen cuidado de no hablar de una carta de la Gravière á Prim, á la que realmente se debió el cambio mencionado. Escrita el 22 á las once de la noche, comunicaba que el almirante habia avisado ya al gefe militar y político de Tehuacan, que se pondria en marcha el 1º de Abril para hacer retroceder sus tropas al otro lado del Chiquihuite, invitándolo á dar á su gobierno conocimiento oficial de esa decision.

En vista de un paso tan terminante, no quedaba al conde de Reus otra cosa que hacer, sino exigir que constase en un acto oficial la ruptura anunciada, y resolver lo que le correspondia ejecutar á virtud de ese incidente inesperado.

Reunidos los comisarios para la celebracion de las últimas conferencias, abandonaron definitivamente los franceses la política seguida con arreglo á la convencion de Lóndres y á los preliminares de la Soledad, para llevar á cabo otra enteramente contraria.

Llegado á este extremo el asunto, se presentaron á la consideracion del plenipotenciario español cuatro soluciones: entregarse á los franceses, echarse á un lado y pedir nuevas instrucciones á su gobierno; cerrarles el paso, reembarcarse con sus tropas.

Examinando la primera, afirma que seria la que mas le hubiera convenido personalmente, puesto que á consecuencia del triunfo, que dá por seguro, hubiera obtenido grandes recompensas de la reina de España y del emperador de los

franceses. En un hombre de los antecedentes del general Prim, no puede negarse que debieron obrar fuertemente esas consideraciones. Le hace, pues, sumo honor que supiera sacrificar á su deber, su orgullo, sus sueños de gloria y la amistad del emperador.

La segunda solucion era impracticable, en razon de que, empeñada la guerra entre mexicanos y franceses, la iracion de las tropas españolas las colocaba en una falsa posicion, insostenible si habia de prolongarse. Saliendo de ella extemporáneamente, se exponian ademas á hacer un papel ridículo.

La tercera solucion llevaba como por la mano á una guerra entre España y Francia, guerra que hubiera hecho contraer al conde de Reus una inmensa responsabilidad para con su país.

Al hablar de este tercer arbitrio, lo calificó el orador del mas conforme á su carácter, encontrándole ademas la ventaja de realizar sus planes de ambicion personal, si en efecto la hubiera abrigado, haciéndose rey de México.

Disentimos en este punto de la opinion formada por el ilustre general. Si embistiendo á los franceses los hubiera derrotado, libertando así á México de los amagos del primer cuerpo expedicionario, cosa que hicieron despues los mexicanos en Puebla, México habria tenido mayores motivos de gratitud con el guerrero que hubiera defendido la independencia nacional; pero no le habria proclamado rey, porque aquí no existe partido monárquico, como lo ha reconocido el mismo Prim, de lo cual resulta que el pueblo, á la vez que su autonomía, defiende contra el extranjero sus actuales instituciones, adquiridas á costa de inmensos sacrificios.

Desechadas las tres primeras soluciones, no quedaba como realizable mas que la cuarta, que fué la que efectivamen-

te puso en práctica el caudillo español, con una sensatez y un dominio sobre sí mismo, que le harán eterno honor en la historia. Resoluciones de esa especie, que requieren grandeza de alma, son mas raras, son mas meritorias que los triunfos alcanzados por la fuerza de las armas.

A mas de hacer la relacion histórica de la expedicion, y de dar las mas satisfactorias explicaciones de su conducta en México, entró el conde de Reus en el exámen de algunas cuestiones relacionadas con este país.

Hablando de los partidos, desvaneció el error de considerar al reaccionario como español, y como anti-español al liberal. Dijo que uno y otro han tenido á los españoles poca voluntad, nacida de que gran parte de ellos se mezclan en nuestras cuestiones políticas. Agregó que cuando son hombres buenos, siempre son bien recibidos.

Sinceramente aplaudimos la imparcialidad con que se trata un asunto, al que gente mal intencionada ha querido dar un carácter odioso. Los liberales han sido siempre en México amigos de los extranjeros, á pesar del mal pago que comunmente han recibido. Respecto de los españoles, duró, en verdad, por mucho tiempo la mala prevencion con que se les veia, como sucede en todo país con los que han sido sus dominadores. Nacia esa aversion de la creencia de que no habia renunciado España al pensamiento de la reconquista de sus antiguas colonias. Una vez desvanecido ese concepto, el desafecto se ha limitado á solo los españoles que han tomado parte en las discordias civiles del país, dándoles un tinte de ferocidad que los ha hecho detestables. La mejor prueba de que no se profesa un odio infundado al nombre español, es el cambio que se ha efectuado bajo el influjo del hidalgo comportamiento del marqués de los Castillejos. Si-ga siempre ese ejemplo nuestra antigua metrópoli, y el resultado mas halagüeño será su consecuencia inmediata.

El orador evocó algunas reminiscencias históricas sobre la triste suerte de los reyes impuestos por la fuerza, para que sirvan de lección al ambicioso que quisiere levantar aquí un trono apoyado por las bayonetas francesas.

Condenó las absurdas pretensiones del *ultimatum* formulado por los agentes del gobierno imperial, y consistentes en la reclamación de quince millones de duros por quince millones de reales de vellón; en la intervención del ministro del emperador en nuestra administración de justicia; en la admisión en las aduanas de delegados franceses; en la facultad de rebajar los derechos del arancel.

Recordó á Billault algunos de los sangrientos episodios de la historia de su país, para hacerle advertir, que aun siendo ciertas las falsas acusaciones hechas contra México, sobre adopción de un sistema de terror, mal sentaría el cargo en boca de quienes han cometido excesos mayores.

Al acabar su peroración invitó á los hombres de Estado de España, á que las relaciones de esta nación con las repúblicas hispano-americanas, sean en adelante las que cumplen á dos pueblos hermanos, por cuyas venas circula una misma sangre, que profesan una misma religion y hablan la misma lengua.

El discurso del conde de Reus debe acabar de convencer á cuantos estudien la cuestión de México con imparcialidad, de que su conducta fué en todo consecuente, leal, juiciosa, patriótica, humanitaria. Obró, pues, bien, y no dudamos que se lo premiará Dios.

DISCURSO DEL MARQUES DE MIRAFLORES.

Desechada la enmienda del general Prim, se puso á discusión la del marqués de Miraflores, encaminada á que si-

guiera España en igual y perfecta armonía y amistad con las dos grandes potencias, Inglaterra y Francia.

Después de varias digresiones sobre la oportunidad del debate, sobre reconocimiento de las dotes militares del conde de Reus y negación de las diplomáticas, sobre la conveniencia del progreso lento en vez del rápido, sobre la falta de elementos de los partidos progresista y moderado, sobre la necesidad de templar las fibras de nacionalidad con la fría razón y la apreciación sencilla de los hechos, entró el orador en materia.

Dividió la cuestión de México en épocas, comenzando desde que Mon indicó á Walewski, en 1858, la conveniencia de que España y Francia intervinieran en los negocios de la república.

Es tan poco conocida nuestra historia del embajador más antiguo de la reina Isabel, que con magisterio asienta haber sido en 1859 presidente Comonfort, que se hallaba entonces en el extranjero, y vice-presidente suyo Juárez, que por ministerio de la ley ejercía la magistratura suprema de la nación.

Desde que nos ocupamos del discurso del inolvidable Pacheco, lamentamos la profunda ignorancia de algunos hombres de Estado europeos, que pasan por eminentes, acerca de los hechos más culminantes de la historia contemporánea. No saber siquiera quién era presidente de la república mexicana en 1859, es una de aquellas faltas imperdonables, que suben de punto cuando se afecta estar al tanto de lo que se ignora. Mucho menos grave sería el error de afirmar que el marqués de Miraflores había sido el último embajador español en París, y seguros estamos, sin embargo, de que no lo cometerá ningún escritor mexicano medianamente ilustrado. Cuando se pronuncian discursos en un

cuerpo tan caracterizado como el senado de España, se debería estudiar algo lo que se va á decir, para no incurrir en disparates de tal tamaño.

Sigue despues una terrible pintura de la anarquía de México, y la calificación de que la espulsion de Pacheco fué uno de los mayores atentados que se conocen en diplomacia.

Por via de recuerdo advertiremos que Pacheco fué espulsado como particular, y que aun á los embajadores es lícito lanzarlos del territorio en que faltan escandalosamente al derecho de gentes.

Refiriéndose el marqués de Miraflores al convenio de 31 de Octubre de 1861, dijo que no hubo identidad de miras y de propósitos entre las potencias signatarias. Inglaterra tuvo el designio de no intervenir en los asuntos interiores de México. Francia quiso apoyar el establecimiento de un trono. En cuanto á la España, el orador no expresó con claridad qué pensamiento la habia movido; pero lo dió á entender al aseverar que habia en el tratado un artículo vergonzante, conforme al cual venian los aliados á intervenir sin intervenir, para asegurar ó procurar al país la libertad de elegir el gobierno que mejor le acomodase.

Nota el marqués de Miraflores, y con sobrada razon á nuestro juicio, la contradiccion en que se incurrió apoderándose de San Juan de Ulna y de Veracruz ántes de enviar las reclamaciones y el *ultimatum*.

Niega que merezca este nombre la nota colectiva que se mandó al gobierno mexicano. Bien sabido es que la nota primitiva no se envió, ni tampoco las reclamaciones, á causa de la desavenencia que surgió entre los comisarios ingleses y los franceses con motivo del negocio de Jecker.

Reprueba al parecer el orador el sistema de lenidad seguido con Juarez, del cual emanaron los preliminares de la So-

ledad. Llama muy justas las consideraciones que obligaron al conde de Reus á adoptar la resolucion que tomó; pero las estima subalternadas á los altos intereses del Estado, é indica que las tropas españolas se pudieron quedar con las francesas, sin entregarse á ellas. Absuelve, sin embargo, al general Prim de la retirada.

Es tan tibia la oposicion del marqués de Miraflores, que bien á bien no se sabe cuál es su opinion definitiva acerca de lo ocurrido en la expedicion de México. Opina contra el sistema de lenidad, y está contra la intervencion: no desconoce la fuerza de las razones del conde de Reus, y reprueba la conducta de éste sin fundarse en nada: hace cargos y absuelve de ellos á renglon seguido. ¿A qué hemos de atenernos por fin?

Mas explícito es cuando habla de la política que actualmente conviene seguir á la España, reducida á que no debe volver á México, sino esperar á que Francia establezca aquí un orden de cosas, bueno ó malo, para mandar entonces un plenipotenciario á arreglar las diferencias pendientes; y en caso de que no se cumpla lo convenido, enviar las escuadras españolas á destruir los puertos del litoral mexicano.

El buen marqués no cuidó de decirnos lo que debería hacerse en el caso de que Napoleon no realice sus proyectos, y concluyó opinando que España debe esperar diez años, para usar un lenguaje independiente y fuerte. No creemos muy halagüeña la conclusion para el amor propio español.

PRIMER DISCURSO DEL MINISTRO DE ESTADO.

Cuando llegaron á México las primeras noticias de los debates del senado español, se aseguró que Calderon Collantes era uno de los oradores que mas se habia ensañado con Prim.

Léjos de que así fuera, hemos encontrado en el discurso del ministro de Estado una aprobacion mas explícita y terminante que las anteriores, de los actos del gefe de la expedicion española.

Refiriéndose al convenio de Lóndres, manifestó el órgano del gobierno de la reina, que desde el primer momento aparecieron dos políticas, de las que una se limitaba á la satisfaccion de los agravios inferidos á las tres potencias, á la indemnizacion de los daños causados y á obtener garantías para el porvenir; miéntras la otra se extendia á cambiar radicalmente la situacion del pueblo mexicano. La primera, que era la de la Inglaterra y la de la España, fué la que prevaleció.

Preciosa es esa confesion oficial, con la que acaba de ponerse en claro que desde un principio tuvo la Francia la designada intencion de intervenirnos. Viendo que no podia arrastrar en favor de sus planes á las otras dos potencias, tuvo necesidad de cejar, no ciertamente sin el firme propósito de valerse de la primera oportunidad que se le presentara para llevar adelante sus tortuosas miras, que se veia forzada á ocultar por lo pronto.

A fin de preparar el camino, propuso que á la accion compresiva se sustituyera la indirecta para constituir en México un gobierno. Esta idea insidiosa prevaleció en las discusiones diplomáticas, quedando formulada en el artículo que no sin gracia llamó vergonzante el marqués de Miraflores.

El tema del discurso del ministro de Estado, consistió en demostrar que el gobierno español nunca abandonó las dos ideas de pedir reparacion de agravios recibidos, é influir, sin atentar á la independencia del pueblo mexicano, á fin de que mejorase su situacion, organizándose en la forma que creyera mas conveniente.

Confiesa sin empacho Calderon Collantes, el error de que participaron todos los hombres políticos, y acaso los gobiernos, de creer que bastaria la sola presencia de las tropas aliadas en las aguas de México, para la manifestacion de los deseos de lo que se llamaba la mayoría de los habitantes. Ese error fué consecuencia de las impudentes mentiras de Almonte, Gutierrez Estrada é Hidalgo, que pintaron al país clamando por la intervencion, y pronto á enarbolar la bandera de la monarquía.

La equivocacion no afectó, sin embargo, el principio del respeto á nuestra independencia para constituirnos, y el ministro afirma y repite que no hubo instrucciones secretas, ni documento oficial ó privado que contrariase lo convenido.

El gobierno español no creyó que llegara el caso de guerra, bastando emplear el lenguaje de la amistad.

El primer acto de los delegados de las tres naciones, debia ser presentar las reclamaciones por los agravios de que se quejaban. El plenipotenciario español no pudo cumplir este plan, porque ni debia obrar por sí solo, ni era realizable la mancomunidad, supuesto el desacuerdo de sus compañeros. Su gobierno pesó estas consideraciones, y creyó que el envío de la segunda nota colectiva habia sido una necesidad, no creada por su representante.

Tambien la conducta del conde de Reus en el negocio de Miramon, obtuvo la aprobacion del gabinete de Madrid.

Igual cosa sucedió con los preliminares de la Soledad, respecto de los cuales observó con fundamento Calderon Collantes, que los representantes de las otras naciones confiaron al español la grave mision de tratar con el ministro de la nacion mexicana, á fin de procurar un arreglo pacífico, y que este arreglo, tan combatido y censurado despues, no fué objeto de ninguna cuestion seria en las conferen-

cias de los aliados, aceptándose sin objecion formal ni liviana.

El embajador de Francia en Madrid creyó que el gobierno español habia reprobado los preliminares, y así lo comunicó á Paris. Tal creencia era errónea; los preliminares fueron aprobados por dicho gobierno, no obstante la consideracion de que contenian disposiciones graves. Lo que mas le impresionó fué que se difirieran las conferencias de Orizava hasta el 15 de Abril; pero este retraso fué hijo de la exigencia del comisario frances, que quiso esperar nuevas instrucciones y los refuerzos anunciados. La aprobacion de los preliminares por la reina de España no contenia mas taxativa que la de que, si los miramientos eran inútiles, se obrase con vigor y rapidez.

Aprobada fué tambien la conducta de Prim en el negocio de Almonte, tomándose en consideracion que no se trataba de negar proteccion á un proscrito, sino de faltar á lo convenido en Lóndres, con la abierta proteccion al gefe de un partido que venia con fines políticos. No era lícito consentir en que la accion indirecta se cambiase en mediacion positiva.

En la cuestion de monarquía, la política seguida por el gobierno español, fué no imponerla por la fuerza en México, y para el caso de que la aceptase voluntariamente la nacion, hacer igual uso al que hiciera otro gobierno del poder y autoridad de España, en favor de la dinastía de su reina.

La misma aprobacion que los anteriores tuvo el mas importante de los actos del conde de Reus, el de la retirada de las tropas españolas. Para justificarla, reprodujo el ministro de Estado las observaciones del general, que no admiten contestacion, y lo defendió de las virulentas acusaciones con-

que se ha denigrado esta resolucion, acaso la mas meritoria de toda su vida.

Las declaraciones del almirante la Gravière fueron tan ofensivas, que el gobierno español tuvo que pedir explicaciones al imperial, quien las dió, considerando como confidenciales y amistosas las cartas dirigidas á Prim.

Llamó la atencion Calderon Collantes sobre la contradiccion en que se ha incurrido por parte de la Francia, al reconocerse que Almonte no habia tenido derecho para erigirse en gefe supremo de la nacion mexicana, al retirársele todo apoyo, al proclamarse la libertad del pueblo para constituirse, cuando ántes se habia hecho todo lo contrario.

El ministro de Estado, fuerte hasta aquí y en buen terreno, descubrió el lado flaco de la política observada por el gabinete á que pertenece. Al declarar no roto, sino simplemente suspenso el convenio de Lóndres, expresó que romperlo hubiera podido parecer una inconsecuencia ó una defeccion. Para restablecerlo con las modificaciones necesarias, se nombró un embajador en Paris. Al cargo de que el gobierno de México está dispuesto á terminar sus diferencias con España, contestó que esta es una esperanza no confirmada, y que habrá necesidad de que las tropas españolas vuelvan al territorio de la república, si así lo exigieren la honra y los intereses españoles.

Todo esto está diciendo á gritos, que ha faltado firmeza al gobierno español en sus relaciones con el de Francia. El convenio de Lóndres está no solamente roto, sino hecho trizas, desde que Napoleón aprobó la conducta de Saligny y de Jurien. Procediendo la ruptura del mismo Napoleón, mal pudiera atribuirse á inconsecuencia ó defeccion de España. Suma extrañeza causa que el agraviado tema los cargos que racionalmente no pueden hacerse mas que al agre-

sor. Nos parece poco digno nombrar todo un embajador para que vaya á rogar al que rompió el convenio, que consienta en restablecerlo. La eleccion del marqués de la Habana revela que se buscó una persona grata al emperador, sin reflexionar que, estando aprobados los actos del general Prim, era indecoroso el nombramiento de quien reprobándolos, reprobaba á la vez necesariamente la aprobacion del gobierno que iba á representar en el extranjero. Conocida la negativa del emperador á reanudar el convenio de Lóndres, en lugar de darse el gobierno español por ofendido con el desaire, insistió en su desechada oferta.

Capcioso es que se atribuya la falta de un tratado que termine nuestras diferencias con España, á poca voluntad de nuestro gobierno para aceptar el proyecto redactado por el conde de Reus. En los documentos diplomáticos relativos á la cuestion de México, posteriores á la retirada del general Prim, y presentados á las cortes, se registran constancias oficiales de que se prohibió al secretario de legacion López de Ceballos, practicar gestiones que no fueran oficiosas, ejecutar acto alguno que envolviera el reconocimiento del gobierno existente, y negociar tratado alguno particular, por ventajoso que fuera. No ha sido, pues, culpa de México, que estén pendientes todavía las negociaciones de paz; la culpa es exclusiva del gabinete de Madrid, por su exagerada repugnancia á malquistarse con el vecino imperio.

Grato nos es, ya que no hemos podido omitir las anteriores observaciones, manifestar la satisfaccion que nos causa encontrar al fin del discurso del primer secretario de Estado de S. M. C., la solemne protesta de que nunca reconocerá España en México un gobierno que no sea el producto del voto de la mayoría de los ciudadanos. Los mexicanos no pedimos, ni apetecemos otra cosa.

DISCURSO DE BERMUDEZ DE CASTRO.

Cuanto tuvo de pálido y flojo el discurso del marqués de Miraflores, tanto tuvo de virulento y agresivo el de Bermudez de Castro. Ese nombre, de funesta recordacion entre nosotros, por ser el mismo del ministro que vino á México á intrigar por el establecimiento de una monarquía, se nos ha hecho todavía mas detestable por las calumnias que ha empleado contra nuestra patria el senador que lo lleva, quien se ha manifestado digno hermano del diplomático que se valió de su elevada posicion para atizar las discordias civiles de este desgraciado país. La peroracion á que nos referimos es de tal naturaleza, que Coello no hubiera tenido que variarle una coma, y que Calderon Collantes la calificó con sobrado fundamento, de segunda edicion del celebre discurso de Billault.

Empeñado el orador en probar que la intencion del gobierno español habia sido intervenir en los negocios de México, citó muchos documentos; pero lo hizo tan de mala fé, que no hubo uno solo que leyera íntegro. Entresacaba de los que le convenia las frases, períodos ó párrafos acomodados á su propósito, deduciendo en seguida las consecuencias que queria. Nadie desconoce el vicio de semejante modo de argumentar, y hasta á proloquio vulgar ha pasado la serie de blasfemias que resultan de comenzar el credo en Poncio Pilatos.

Tomando Bermudez de Castro la historia del negocio desde muy atrás, recordó que al abrirse la legislatura de 1859, se puso en boca de S. M. un párrafo belicoso contra la república de México. Esta reminiscencia se trajo á cuento, para tener ocasion de zaherir al marqués de los Castillejos,

por el discurso que pronunció entonces, demostrando la injusticia de la guerra que se pretendía hacernos.

Refiriéndose al decreto expedido contra los firmantes del tratado Mon-Almonte, dijo el orador que estaba Juárez *sublevado*. ¿Sublevado contra quién? El verdadero sublevado era el llamado gobierno de la capital de la república, no obstante estar reconocido por el Cuerpo diplomático. Juárez había entrado al ejercicio del poder por el ministerio de la ley, como presidente de la corte de justicia, llamado por la constitucion, contra la que se había revelado el partido conservador.

Los asesinatos de españoles, la captura de la barca Concepcion, la expulsion de Pacheco, puntos discutidos ya hasta el fastidio, vuelven á figurar en el discurso que comentamos, para hacer al gobierno español la inculpacion de que no se resolvió á exigir satisfaccion de tantos agravios, hasta que la Francia y la Inglaterra se decidieron á intervenir militarmente en este país.

La acusacion se amplió, afirmándose que una vez tomada esa resolucion por el gabinete O'Donnell, para lo cual sirvió de pretexto la suspension de pagos de los acreedores extranjeros, gota de agua en el Océano, se tuvo el ánimo decidido de intervenir.

A lo trunco de los datos presentados para corroborar esta asercion, se agrega la consideracion ya ántes enunciada, de que no debe estarse á los proyectos anteriores al convenio definitivo, sino á lo estipulado en éste. Por otra parte, la conducta observada por el conde de Reus, y la aprobacion de su gobierno, son el mejor comentario del convenio de 31 de Octubre de 1861.

Tambien se formuló contra el gobierno español otra acusacion: la de no haber comunicado con oportunidad las ór-

denes convenientes al capitan general de Cuba, para impedir la salida de la expedicion, con lo que se dió lugar á que se aumentaran las fuerzas francesas.

Bermudez de Castro incurre en la patente contradiccion de afirmar primero que la convencion de Lóndres tenia por fin intervenir en México, y de asentar despues que el objeto líquido y definido de la Inglaterra, estaba reducido á libras, sueldos y peniques.

Negó que la nota colectiva hubiera sido el resultado del desacuerdo entre los plenipotenciarios, puesto que aquella se aprobó desde la primera conferencia, y éste no ocurrió hasta la cuarta.

Aquí se confundieron las dos notas colectivas, de las cuales la primera no llegó á mandarse por la imposibilidad de acompañarla con el ultimatum de cada potencia, y en defecto suyo se remitió la segunda. Extraño es que se ignoren pormenores históricos, conocidos hoy de cuantos están impuestos de la cuestion.

En su manía de fulminar cargos contra el gobierno de su país, sostuvo el orador que en detalle habian sido desaprobados todos los actos del conde de Reus, por lo cual debia causar admiracion que hubieran sido aprobados en globo.

Ya hemos visto en el análisis del discurso del ministro de Estado, que los actos de Prim fueron siendo aprobados uno por uno, ó por haber sido conformes con las instrucciones que se le habian dado, ó como obra de la necesidad.

Despues de llamar osadía la natural resolucion del gobierno de México, de no permitir el avance de las tropas aliadas mientras no se le dieran las explicaciones pedidas, se aferra Bermudez en que sí habia trasportes, supuesto lo cual desaparecia la razon alegada para la celebracion de los preliminares de la Soledad.

Entre las afirmaciones de quien solo habla por conjeturas, y la negativa redonda del jefe de la expedición española, al que no podía faltar la ciencia de los hechos, no es permitida la vacilación.

Duélese el tremendo senador opositor, de que en el art. 1º de los preliminares se hubiera reconocido el gobierno de Juárez, á quien se complace en llamar "el jefe de los perseguidores y asesinos de los españoles en México."

El reconocimiento nacia del convenio de Londres, y estaba efectuado en todos los actos anteriores de los comisarios. La calumnia empleada contra Juárez, absurda desde que se profirió, ha estado siendo desmentida día por día; seguirla reproduciendo, es cosa que debía ya avergonzar á quien tuviera sentimientos de delicadeza.

Otro tanto decimos de la gratuita suposición de que el gobierno mexicano carecía de medios y voluntad para cumplir lo que pactase, en virtud de estar dominado por los exaltados. Está visto que para Bermudez solo debe tratar España con gobiernos conservadores.

En consonancia con esta idea está la otra, muy peregrina por cierto, de que la bandera mexicana deja de ser mexicana cuando es Juárez quien la empuña.

Como prueba de que existe en México ese partido intervencionista de que es tan amigo el orador, y de que si no se mueve es por estar acobardado, se dice que creyó que la expedición aliada no iba á favorecerlo, puesto que casi se ofrecía auxilio al gobierno establecido y se comenzaban los tratos con Juárez. Citáronse además varias comunicaciones del ministro de Inglaterra en la república.

Hay un hecho fehaciente que pulveriza el sofisma mencionado. Desde la ruptura de Orizava, la expedición aliada,

convertida en francesa, ha proclamado la caída del gobierno de Juárez, ha acogido con los brazos abiertos á cuantos se han declarado por la intervención, sin excluir ni á los hombres mas cargados de crímenes. La supuesta creencia con que se disculpaba la cobardía del bando traidor, ha dejado de ser admisible; y ante la fuerza de los acontecimientos nada valen las argucias de los oradores, ni las notas de los ministros extranjeros.

Almonte, como es natural, es un gran personaje á los ojos de Bermudez de Castro, por haber firmado el tratado en que pasó por cuanto quiso el embajador Mon. Quien con tanta estimación lo ve, no es raro que se ciegue hasta considerar caso de honra no abandonar al hombre que estaba bajo la protección del pabellón francés, en lo que maliciosamente se confunde el abandono con la resolución de proteger sus planes políticos. Afirmase empero que la cuestión Almonte no influyó en el resultado de la expedición, como tampoco la candidatura de Maximiliano, y que en el rompimiento intervino una mano oculta. La alusión va dirigida á los ministros ingleses, á quienes terminantemente se acusa de haber engañado al general Prim.

Se necesita estar peleado con la evidencia de los hechos, para contrariarlos á cada paso con suposiciones y cavilosas. Después de la publicación de los documentos oficiales y privados, relacionados con la cuestión mexicana, á nadie puede caber ya duda de que los comisarios franceses faltaron á sus mas sagrados compromisos, por proteger á Almonte, por favorecer la candidatura del príncipe alemán, y sobre todo, por derribar el gobierno de Juárez, é intervenir abierta y escandalosamente en nuestros negocios domésticos. Atribuir la ruptura á los comisarios ingleses, es pretender falsificar los datos de la historia para salvar la responsabilidad

del gobierno frances, aun cuando de paso se presente casi como un imbécil al gefe de la expedicion española.

En lo del archiduque Maximiliano, se hizo referencia á un informe del ministro de Prusia en México, que Dios sabe en qué términos estará concebido. Se manifestó además que si la candidatura de ese príncipe no ganaba terreno, si lo ganaba la idea de levantar un trono aquí, al extremo de que estaba por ella el ministro de hacienda de la república, Gonzalez Echeverría, el cual ha desmentido ya esa falsedad. Tambien se inculpó de nuevo al gobierno español, por haber dicho unas veces que queria y otras que no queria una monarquía para un príncipe de la casa de Borbon.

De las cuatro soluciones mencionadas por el conde de Reus, la adoptada era la que ofrecia mayores inconvenientes á juicio del orador, quien no se dignó expresar los fundamentos de su opinion.

En lo que sí le sobró razon, fué en considerar roto el tratado de Lóndres, no teniendo réplica su argumento, de que si estuviera vigente, se encontraria obligado el gobierno español á cumplirlo, en vez de andar solicitando la aquiescencia del frances para volver á México.

SEGUNDO DISCURSO DEL MINISTRO DE ESTADO.

Calderon Collantes, con la habilidad que le es característica, respondió satisfactoriamente á las citas inexactas y á las paradojales aseveraciones de Bermudez de Castro.

Con los textos en la mano, restablecidos en su integridad, insistió en que jamas habia sido la mente del gobierno, ni en los proyectos anteriores al convenio de Octubre, ni en el convenio mismo intervenir en nuestros negocios, ni trabajar por el establecimiento de una monarquía en México.

Refiriendose á las órdenes comunicadas al capitan general de Cuba sobre la salida de la expedicion, repitió que habian sido despachadas con toda la oportunidad posible.

Aclaró lo de la nota colectiva, cuya remision sin las reclamaciones calificó de necesidad desgraciada, que no nació de la voluntad del plenipotenciario español.

Explicó que el gobierno de S. M. procuró mantenerse en el mismo grado de acuerdo y armonía con las dos naciones aliadas.

Declaró que no habia habido mano oculta, ni mediado engaño para la ruptura de Orizava.

Aseveró que habian sido aprobados los preliminares de la Soledad, á pesar de creerse que algunas de sus cláusulas podian haber sido redactadas en otros términos.

Rectificó que en el negocio de Almonte, no consintió Prim en que se pusiera á éste á disposicion de Juarez, deseando únicamente que no permaneciera en el cuartel general de las tropas aliadas, trabajando por la realizacion de un pensamiento político.

Llamó la atencion sobre el silencio guardado por Bermudez, sobre el partido que hubiera debido adoptar el conde de Reus una vez rotas las conferencias.

Puso mas en claro lo de la cuestion de la monarquía, expresando que su establecimiento se dejaba á la voluntad del pueblo mexicano, sin pensarse en renunciar á los derechos que pudiera tener España á presentar un candidato, en el caso inesperado de que lo hiciera otro gobierno.

Desmintió que estuviere España en una situacion aislada, y que hubiera frialdad en las relaciones de los gobiernos español y frances.

Como nos hemos ocupado ya de todos los puntos tocados por el ministro, nos limitaremos á manifestar que fueron sa-

tisfactorias las contestaciones dadas á los ataques de su adversario.

SEGUNDO DISCURSO DE BERMUDEZ DE CASTRO.

Defendiéndose del terrible cargo de haber adulterado los documentos á que habia dado lectura, no convino en que sus citas hubiesen sido inexactas; pero el ministro de Estado le sostuvo que sí lo habian sido.

Obligado por la evidencia, confesó que todos los planes de cambio político enunciados por el gobierno español, habian sido con la restriccion de que "así lo desearan los mexicanos;" y para salir del paso, dijo que aun cuando hubiera habido el pensamiento de intervenir, ninguna potencia lo hubiera consignado así en un documento oficial.

Estas palabras envuelven una acusacion de perfidia, aplicable en vista de los acontecimientos ocurridos, al gobierno frances, de que es tan partidario el orador, y no á los gobiernos español é inglés, que han acomodado su conducta á la letra y al espíritu del tratado.

Insistió Bermudez en que la salida de la expedicion de la Habana, habia sido por culpa del gobierno, y reincidió en sus equivocaciones sobre las notas colectivas, sobre la cuestion Almonte y la candidatura de Maximiliano.

Estrechado á dar su opinion sobre lo que hubiera debido hacer el conde de Reus despues de la ruptura de Orizava, indicó que no debió retirarse de México, para no dejar á la Francia dueña absoluta del campo mexicano, agregando que no habia razon para temer una colision entre franceses y españoles.

Repitió que ya habia declarado que consideraba roto el

tratado de Lóndres, é increpó al ministro por la humillacion de haber insistido en ablandar el duro corazon del emperador.

Esto es, en nuestro concepto, lo único en que habló con acierto el orador.

Todavía usaron de nuevo de la palabra los dos contendientes; pero no habiendo dicho nada nuevo, pasamos por alto sus repeticiones.

SEGUNDO DISCURSO DEL CONDE DE REUS.

Contestando el conde á lo que llamó la centésima inexactitud de Bermudez de Castro, declaró que jamas le habia dado el gobierno orden de venir á México.

Pasó en seguida á encargarse de la teología sofística, que distinguió la bandera de Juarez de la bandera nacional. Preguntó cuál era la del primero, y qué colores tenia que la hiciese diferente de la mexicana. Recordó, ademas, que Juarez es el presidente de la república, y aseguró que dispone de los nueve décimos siete octavos de la poblacion, no siendo posible explicar de otro modo la detencion de un ejército de 25,000 franceses en Orizava, y su tardanza indefinida en llegar á nuestra capital.

Puso en relieve la falsedad y exageracion con que se ha hablado de asesinatos de españoles, cuya sangre se ha supuesto derramada á torrentes por las calles, y se lamentó de que Bermudez diese ménos crédito á las palabras del orador, que á las de Billault y Saligny.

Defendió á sir Charles Wyke del cargo de haberle engañado; lo llamó cumplido caballero, y negó la existencia de una resolucion preconcebida de reembarcar las tropas inglesas. Aunque la aprobacion del reembarque de las españo-

las no la dió el ministro inglés sino la víspera de las conferencias de Orizava, despues de dejar al caudillo español el tiempo necesario para madurar con calma su plan.

El conde de Reus patentizó la confusion de ideas de Bermudez sobre las notas colectivas, y extrañó que hubiese encontrado natural ese hacendista, la absurda pretension de que los delegados franceses, puestos en las aduanas de la república, tuvieran la facultad de aumentar ó disminuir los derechos de arancel.

Consideró la aprobacion en conjunto de los preliminares de la Soledad como el término de la cuestion, aun dando por cierto que hubieran sido desaprobados en detalle.

Respecto de los trasportes, hizo notar la diferencia que existe entre conseguirlos en Veraeruz, y adquirirlos en Córdoba, Orizava y Tehuacan.

Como demostracion de que el gobierno de Juarez no carece de autoridad, se refirió al hecho de tratarse de un magistrado, que con su modesto frac negro, se halla á la cabeza de una república donde hay tantos generales.

Tambien rebatió el falso concepto de la existencia de un partido monárquico, que no se muestra para nada.

Sintió que se hubiera aplaudido la proteccion á una persona que se proponia derribar al gobierno con quien se estaba tratando, y corroboró la importancia de la cuestion, con la consideracion de haberla convertido los comisarios franceses en *casus belli*.

Extrañó que Bermudez de Castro no hubiera expresado con claridad lo que hubiera debido hacerse, una vez que reprobó la resolucion de retirarse. Tocó con este motivo lo dicho por el marqués de Novaliches, que presentó, en un discurso que no se ha publicado en México, el ejemplo del general Scott como digno de imitacion. A las observacio-

nes de Prim sobre la fuerza de los norte-americanos, su dilacion en llegar á México, las batallas y combates que tuvieron que dar, y gastos que erogaron, hay que agregar otra todavía mas poderosa, y que marca bien la diferencia entre ambas épocas. El espíritu público está ahora mucho mas levantado que en 1847; la nacion conoce y aprecia hoy mas sus derechos, y defiende con admirable vigor la independencia y la reforma.

Quejose el conde de Reus de que hubiera omitido Bermudez la conclusion de una carta de Jurien, en que se declaraba abiertamente á favor de una monarquía.

Respecto de la amnistía pedida por el almirante, con lo que se queria hacer aparecer á éste como mas liberal que Prim, manifestó el orador que no habia llegado aún la oportunidad de solicitarla, y que en su caso deberia haber sido general, absoluta, no limitada á los personajes que eran la manzana de la discordia.

Para concluir, volvió á recomendar la adopcion de una política liberal en América, á fin de que siguiera trasformándose el espíritu del país en favor de los españoles.

La réplica del conde de Reus hizo sufrir una segunda derrota al audaz Bermudez de Castro.

DISCURSO DEL MARQUÉS DE LA HABANA. ®

A pesar de haber nacido en América y de ser hijo de madre americana, profesa D. José de la Concha un odio profundo á los habitantes de este continente; odio nacido de haber perecido su padre en Buenos Aires, en el levantamiento de aquella provincia contra la dominacion española. El marqués de la Habana, que es conocido en la isla de Cuba con

un apodo sangriento por los excesos que cometió cuando ejerció allí el poder, no pierde ocasion de desahogar la saña que lo anima contra los americanos.

Por una rara coincidencia, los dos senadores que se muestran mas feroces en los asuntos de México, llevan nombres que aquí se pronuncian con horror. Hemos tocado ya este punto respecto del de Bermudez de Castro, al ocuparnos de su discurso. En cuanto á Concha, era pariente ó á lo ménos homónimo suyo, uno de los caudillos españoles que mas triste fama ganó con sus crueldades espantosas en la guerra de la independencia de México.

Despues de este preámbulo, podemos ya encargarnos de la peroracion del general español, tan enemigo del suelo que le vió nacer.

El comenzó alegando, que encontrándose en la mejor inteligencia las relaciones entre los dos gobiernos, español y frances, habia podido separarse de la embajada de Paris, la cual renunció para desempeñar desembarazadamente su puesto de senador.

Dos inconsecuencias notamos de luego á luego en la conducta del marqués de la Habana. No estando conformes sus ideas con la política seguida por su gobierno en la cuestion de México, no debió aceptar el nombramiento de embajador, lo mismo que su gobierno no debió conferírsele. Una vez admitido, lo cual significaba cuando ménos la aceptacion de los hechos consumados, no debió renunciar la embajada para ir al senado á atacar al gobierno que de representar acababa. Mucha debió, pues, ser la comezon del marqués de la Habana por tomar cartas en la cuestion, cuando le hizo prescindir de tan graves consideraciones.

Generalizando el debate, atacó de frente la política aconsejada por el conde de Reus. La política buena para el mar-

qués de la Habana, es únicamente la del rigor, la de los cañonazos de buenas á primeras.

El modo con que se efectuó la emancipacion de las repúblicas hispano-americanas, sirve al orador de primer argumento para apoyar sus proposiciones. Habla de los excesos cometidos por los independientes, callando los de los realistas. La prueba nos parece contraproducente, pues cabalmente aquellos lamentables excesos fueron consecuencia del sistema de rigor que obligó á los colonos á romper los vínculos que los ligaban con la madre patria.

Entrando el orador al exámen de las instituciones adoptadas por las nuevas repúblicas, llama al federalismo el gran mal de la América, y asevera que al partido centralizador pertenece todo lo mas distinguido del país, mientras que el partido federal ha tenido su apoyo en la gente de ménos valer, en esa raza, mezcla de españoles y americanos.

Buenas ó malas nuestras instituciones, ningun extranjero está autorizado para obligarnos á cambiarlas. Si á criticarlas se limita, poco cuerdo anda quien no comprende que en México, léjos de ser la federacion una llaga social, es el único sistema adaptable á las circunstancias escepcionales de este país. La repeticion de la conseja del inolvidable embajador Pacheco, es un triste argumento, cuando solo á los que están muy atrasados de noticias de los mexicanos, se les puede hacer creer que todas las notabilidades pertenecen á ese partido centralizador, que ha ido siendo conocido en la historia con los diversos nombres de borbónica, escocés, servil, conservador y reaccionario, y del que ha salido el que reporta la odiosa calificacion de intervencionista y traidor. Si la gente de ménos valer es la única que está por el federalismo, no se comprende cómo toda la de valía se ha dejado subyugar. Siendo ademas los federalistas mezcla de españoles y ameri-

canos, los centralistas serán sin duda, ó españoles ó indios sin mezcla. Todo este galimatías hace poco honor á los conocimientos históricos de D. José de la Concha.

No dejó él de comprender que no le importaba fuéramos federales ó absolutistas, y nos hizo la gracia de permitirnos que nos gobernemos como queramos, con tal que sea dando honor al pabellon y seguridad á los súbditos españoles. A tan poca costa, nunca por nuestra parte se perturbaria la paz con España, y podria México hacer lo que se hubiera creído imposible, tender una mano amiga al marqués de la Habana. Jamas hemos atentado, ni por mal pensamiento á la honra del pabellon de España, y los súbditos de esta potencia pacíficos y neutrales en nuestras contiendas, gozan de cuanta seguridad puede prestarles el empeñoso afan de la autoridad pública.

El señor marqués, preocupado con que faltan ese honor y esa seguridad, se obstina en darles existencia por medio de la fuerza. Atribuye á debilidad del gobierno español que nos háyamos quedado con los créditos reclamados. Hablando de sí mismo, se presenta arrogantemente como el modelo mas digno de imitacion, alabándose de haber conseguido con el envío de cuatro buques, que se derogase el decreto en que se habia mandado que los españoles devolvieran parte de lo que habian cobrado; y con la presencia de una fuerza mandada á Tampico, que se saludara al pabellon español con veintiun cañonazos, y que obtuvieran la debida reparacion los españoles presos con motivo de un empréstito forzoso.

Si la cuestion de los créditos reclamados no está terminada todavía, no es ciertamente por culpa nuestra, que nos hemos allanado á pagar los legítimos y hasta los notoriamente fraudulentos, con solo la reserva del derecho de perseguir á los complicados en el fraude.

La flaca memoria del panegirista de sí mismo, le hizo olvidar que cuando vino á la república D. Miguel de los Santos Alvarez, exigió el gobierno nacional como condicion precisa para la admision de las credenciales, la retirada de los buques mandados de la Habana. El amor propio de Concha le ciega al extremo de suponer que ese amago decidió la cuestion, cuando lo que hubo de cierto fué, que la nobleza y lealtad del insigne diplomático español, lo indujeron á un arreglo, desaprobado en Madrid á consecuencia de las intrigas de los interesados en torpes especulaciones.

Tampoco en Tampico cedió el general Garza á insultantes amenazas. Preparado á combatir en caso necesario, allanó sin mengua ni humillacion una dificultad que no exigia el uso de las armas. Saludó el pabellon español, porque era el de una nacion con la que no se estaba en guerra. El negocio de los españoles lo resolvió en justicia.

El marqués de la Habana, que tan orondo se pavonea con las espléndidas victorias de su política, ha errado completamente el camino. La observancia de su sistema no daría mas resultado que el de resucitar los odios contra los españoles, el de precipitar á las dos naciones en una guerra cruenta. Para que España y México sean lo que deben ser, dos pueblos hermanos ligados por vínculos estrechos, el único medio consiste en abandonar las ideas de hombres funestos como Concha, y seguir las inspiraciones de patricios tan eminentes como Alvarez y como Prim.

Para infundir odio al partido liberal mexicano, lo pintó el orador animado, desde la independencia hasta la fecha, de una constante animadversion contra los españoles. Falso es el hecho de algun tiempo acá, y se necesita afan por calumniar, para presentar aún como obra de los federales, hechos tan independientes de la política como los asesinatos de San Vicente.

Después de tantas consideraciones generales, entró por fin el general Concha en el exámen de los acontecimientos enlazados con la expedición española. Insistió, lo mismo que Bermúdez, en que el gabinete español había celebrado el convenio de Londres para traernos la guerra á todo trance, no para celebrar negociaciones pacíficas. En apoyo de su aserción, citó la ocupación de Veracruz y San Juan de Ulua, que fué en efecto un acto de piratería.

Opinó el orador que la lucha no existió entre la política de las tres potencias, sino entre la política de sus plenipotenciarios. En lo relativo á España, se fundó para sostenerlo así, en que á Juárez y su partido, solo con las puntas de las bayonetas se les podía exigir el reconocimiento del tratado Mon-Almonte.

La política de las tres potencias era acorde en lo ostensible, estando comprometidas por el tratado de Londres á no intervenir, contra nuestra voluntad, en nuestros negocios interiores: las segundas miras solo existían en Francia, como lo han demostrado los hechos. La necesidad de exigir á punta de bayoneta el cumplimiento del tratado Mon-Almonte, probaría á lo sumo la inminencia de la guerra, no el propósito de intervenirnos por la fuerza, ni ménos el derecho de efectuarlo.

El orador, que no se anduvo por las ramas, afirmó que el conde de Reus tenía los trasportes necesarios, é igualmente que con una sola batalla en el Chiquihuite, habría llegado á México con las tropas expedicionarias, y establecido aquí el gobierno que hubiera querido, y puesto el nombre de España tan alto como es necesario.

Las operaciones militares suelen ser en la práctica algo más difíciles que en los discursos senatoriales. Sobre la cuestión de trasportes nos atenemos á lo manifestado por el

conde de Reus. En cuanto á lo de venir á México por cordillera violenta, lo que está pasando hace cinco meses con Forey y sus 30,000 soldados, bien demuestra que la cosa no es tan llana como parece al belicoso general-senador.

La España—gritó éste—tiene necesidad en México de gloria militar, para vengar la derrota de Barradas, para recobrar la bandera que hay en la catedral de México del regimiento de Nápoles, para llevarse además veinte banderas mexicanas.

Lo que la España necesita, en México y en todas partes, es lo que necesitan todas las naciones: obrar siempre con la debida justificación. Pretension absurda es la de que España nos haga la guerra por la derrota de Barradas en Tampico, como lo es la de que nos la haga la Francia por la derrota de Lonreñez en Puebla. Estar la bandera del regimiento de Nápoles en la colegiata de Guadalupe, que es donde realmente está, no es motivo para renovar la guerra de independencia. Si los pueblos que han perdido batallas y banderas, que son todos los del mundo, estuvieran por esto autorizados para entrar de nuevo en campaña con sus vencedores, la guerra, como sostenía Hobbes, sería el estado natural del hombre. En los nuevos combates, alguno de los beligerantes habría de quedar vencido, y así, de represalia en represalia, no habría ya un solo día de paz sobre la tierra.

Cree el orador que ni la cuestión de Almonte, ni la de la monarquía, tuvieron parte en la retirada de las tropas españolas, y pretende justificar la decisión de los comisarios franceses, con los supuestos excesos de los mexicanos, con lo que llama exigencias de Doblado sobre las aduanas de Veracruz, y con el fusilamiento de Robles, á quien pone en mal predicamento, al asegurar que era tal vez la persona llamada á realizar en su desgraciado país el pensamiento

que pudo haber en la convencion de Lóndres. La mejor prueba de que fué inicua y escandalosa la ruptura de los preliminares de la Soledad, se encuentra en la pobreza de razones de los que han pretendido lavar aquella mancha indeleble.

Aseveró Concha que el conde de Reus no se separó de la expedicion por odio á la Francia, á quien estima, ni á los soldados franceses, á quienes admira, sino por no hacer la guerra á Juarez.

Tampoco esto es verdad; el conde de Reus se separó de la expedicion por no romper sin motivo justificado el convenio de Lóndres y los preliminares de la Soledad, por no faltar á las instrucciones de su gobierno, por no burlarse de compromisos sagrados para todo hombre de honor.

Sostiene el marqués de la Habana que ninguna ventaja ha obtenido la España de lo ocurrido en México: que ni siquiera se prestó Juarez á firmar el convenio celebrado con el ministro Doblado: que se hallan gravemente comprometidos los intereses españoles en México: que en un proyecto de federacion entre las repúblicas hispano-americanas, se excluyó á la España por ser nacion europea, haciéndosela así un gran desaire, y mancomunándose con los Estados-Unidos.

De lo ocurrido en México ha sacado España grandísimas ventajas, como lo son, sin disputa, haber conseguido que la desconfianza se trueque en confianza, que de la antipatía se pase á la simpatía. La perseverancia en el sistema del general Prim, hará que se borre hasta el último rastro; desavenencias que nunca debieron haber existido.

En el arreglo que termine nuestras diferencias con nuestra antigua metrópoli, habrá, no lo dudamos, suma deferencia por parte de México, sin que por eso se llegue hasta á pasar á ciegas por condiciones que humillen la dignidad na-

cional. No sabemos lo que habrá pasado en las altas regiones del poder con el tratado que dejó el conde de Reus: lo que sí nos consta, es la prohibicion formal del gobierno español al secretario de legacion Ceballos, de concluir arreglo alguno con el gobierno mexicano. Es por lo mismo vicio de quejarse, hacer un cargo por la falta de terminacion de un negocio que no podia quedar consumado.

Los intereses españoles en México cuentan con cuantas garantías son apetecibles; sujetos, como es natural, á las cargas á que deben estarlo, no corren peligro de ser atacados.

Aunque nunca pudieran formularse cargos fundados por simples proyectos, que acaso nunca tendrán ejecución, advertiremos que nada tiene de extraño que en una confederacion que se piensa formar, y que formarse debe, de naciones que reunan la doble condicion de ser americanas y republicanas, se haya contado con los Estados-Unidos, país en que ambas concurren, y exclúyese á la España por faltarle las dos á la vez.

Explicando los motivos que tuvo para admitir la embajada de Paris, alegó el marqués de la Habana que el ministro de Estado le dijo que España se hallaba en hostilidad con Juarez, y que se deseaba reanudar la convencion de Lóndres. Aquí entra el embajador á hacer el panegírico de la política francesa, asentando que obra el emperador por el noble deseo de que haya en el mundo un país desgraciado ménos.

No insistiremos en la falta cometida por el gabinete O'Donnell con la embajada en Paris, y la eleccion del embajador. A este y á su querido monarca el emperador, les diremos que no cuele lo de los buenos deseos del uno ni del otro, y que Dios nos libre ahora y siempre de esos filántropos que labran á fuego y sangre la felicidad de los pueblos.

La necesidad de reanudar el tratado de Lóndres, la hace

consistir nuestro bueno y grande amigo el orador, en ser contrario al interes de la España y de la Inglaterra, dejar á México á merced de la Francia.

El caso es por fortuna de difícil realizacion; pero aun suponiéndolo llano, siempre tendria la Francia que respetar los intereses agenos, especialmente siendo de naciones poderosas; y sobre todo, en las cuestiones políticas, no solo ha de verse el interes, que tambien merece consideracion el derecho de obrar de determinada manera, así como el respeto á la propia dignidad.

Al repugnar el marqués de la Habana la alianza con los Estados- Unidos, reprodujo la insidiosa mentira de haber tratado Juarez y su partido de venderles tres ó cuatro provincias de México. Cuando así se recurre á falsedades desmentidas ante el mundo entero en documentos públicos y fehacientes, no es posible atribuir sino á la mas refinada mala fé las apreciaciones desleales de la oratoria.

Aparentando el senador que recurrió á medios tan reprobados, una hipócrita imparcialidad entre Francia é Inglaterra, expresó su deseo de borrar del Dicionario español la palabra "afrancesado," por no haber patriotismo en querer perpetuar los odios contra naciones, con las cuales se está en las relaciones mas amistosas. Sin embargo de la exactitud de este apotegma, Concha no pudo ocultar la verdadera expresion de sus sentimientos, oponiéndose al recuerdo del 2 de Mayo, al mismo tiempo que exitaba los resentimientos públicos por la ocupacion de Gibraltar.

En la conclusion de su discurso, encareció los sentimientos de benevolencia y de interés hacia España, que habia hallado entre los hombres del gobierno imperial, como igualmente entre otros elevados funcionarios públicos.

Poco le faltó para considerar tambien como un agasajo,

las duras palabras de Napoleon en la audiencia de recepcion del embajador de España. Con razon queria este borrar del dicionario de su lengua, la palabra que sintéticamente marca su actitud en los negocios de México. Así quisiéramos todos borrar las palabras que expresan los defectos de que adolecemos, para que de esa manera pasaran como inadvertidos. Por desgracia los dictionarios no se prestan á tales exigencias, y el español conservará el vocablo que tanto excuece al marqués de la Habana, quien seguirá siendo conocido en Europa y en América con el epíteto de *afrancesado*.

DISCURSO DE VAZQUEZ QUEIPO.

De este orador, á quien no conociamos, solo sabemos por noticias tomadas de periódicos españoles, que ha sido siempre conservador, que permaneció algunos años en la Isla de Cuba, y que á pesar de tales antecedentes, y de ser ministerial por sistema, escribió una vez una carta, exponiendo los graves peligros de que el gobierno español apoyase, como apoyó, los proyectos de fundar una monarquía en América.

Despues de recordar este hecho, y de manifesar que no se debia intervenir en los negocios interiores de la república mexicana, se encargó el orador de contestar los cargos hechos al gobierno.

Expuso: que la satisfaccion de los agravios hechos á las tres potencias, no podia pedirse sino al que los habia inferido, que era Juarez; que la divergencia de los comisarios hizo necesario contemporizar y buscar cantones mas saludables para la tropa; que era sin embargo de lamentar el malogrado éxito de la expedicion, pues miéntras no se establezca un gobierno sólido en este desgraciado país, no recibirá Es-

pañía satisfacciones voluntarias; que tuvieron derecho las tres potencias para darnos ese gobierno que asegurase los intereses de sus nacionales; y que fué un error creer que la presentación armada bastaria para que todo el país se levantara contra Juarez.

Fuera de la patente contradiccion de afirmar primero que no estaba por la intervencion, y de sostener luego que tuvieron derecho Francia, España é Inglaterra, para imponernos un gobierno de su eleccion, nada de notable contiene la peroracion de Vazquez Queipo.

TERCER DISCURSO DEL CONDE DE REUS.

La escandalosa parcialidad del marqués de la Habana en favor de la Francia, los fuertes cargos que hizo al gobierno español, y la severa crítica que se permitió de la conducta observada por el conde de Reus, eran motivos sobrados para que la réplica de éste fuese acomodada á la fogosidad de su carácter. No sucedió así empero, debiéndose este resultado, segun la *discusion* de Madrid, á un acomodamiento ó *pastel*, si bien el marqués de los Castillejos dió siempre dos buenas estocadas al de la Hahana.

Repitió el orador que las armas aliadas no vinieron á México á hacer la guerra á todo trance al gobierno constituido, por no ser ese el espíritu del tratado de Lóndres, al que se conformaron las órdenes del gobierno español. Reprodujo sus anteriores observaciones sobre las cuestiones de Almonte y de la monarquía. Insistió en que no habia medios para hacer la guerra, ni aun simplemente para llegar á la Soledad. Se declaró de nuevo en favor de la política liberal en America, como la mas aplicable á un país en que dominan las ideas republicanas. Aclaró que no se habia mostrado partidario de la doctrina de Monroe, limitándose á esta-

blecer el hecho de que todos los americanos están por conservar esa política. Negó haber sentado el principio de tolerar todas las ofensas que España reciba de las repúblicas hispano-americanas, cuando lo que queria era que se pidieran satisfacciones á la ofensora, pero sin empezar desde luego á cañonazos. Reprobó que el marqués de la Habana hubiese aceptado la embajada de Paris, no estando conforme con la política del gobierno de la reina. Y volviendo cargo por cargo á aquel diplomático, á su censura de la retirada de las tropas españolas opuso la censura de que no se hubiera retirado inmediatamente de Paris en cierto dia solemne.

Estas palabras aludieron á la falta cometida con no haberse Concha dado por agraviado con las insultantes expresiones del emperador, las cuales no le hicieron mella alguna, segun aparece de su correspondencia oficial. Como ni su gobierno ni la nacion recibieron el insulto con tan inexplicable indolencia, el golpe de Prim fué dirigido al corazon.

DISCURSO DEL DUQUE DE TETUAN.

Si carecemos por entero del discurso del marqués de Navaliches, no tenemos del pronunciado por el general O'Donnell mas que un extracto publicado por los diarios de Paris.

El presidente del consejo de ministros sostuvo que el tratado de Lóndres no implicaba la intervencion en los negocios interiores de México, ni el intento de derrocar al gobierno de Juarez. Consecuente España con esta política, estuvo resuelta desde un principio á mantenerla, para lo cual debian ocupar los aliados á Veraacruz y San Juan de Uluá, hasta lograr la satisfaccion de sus legítimas reclamaciones. Como España jamas habló de ir mas léjos, no podia seguir á la nacion que queria obrar de otra manera.

A juicio del orador, el ultimatum no se envió á causa del ministro inglés; las reclamaciones de la Francia eran exageradas; la ruptura de las conferencias se debió á los comisarios franceses y no al general Prim, y el reembarque de las tropas españolas llegó á ser conveniente é indispensable.

Se asegura que O'Donnell hizo la crítica de Juarez y de su gobierno, aunque no se expresa por qué motivo ó con qué fundamentos; y dijo que Almonte habia engañado á la Francia, y sido la verdadera causa del rompimiento.

CONCLUSION.

No ha dejado de causarnos extrañeza el poco caso que en el senado español se hizo de la cuestion de derecho, casi relegada al olvido como asunto secundario. Para nosotros, por el contrario, es la que tiene esencial importancia, pues aun en el evento de que las tres potencias se hubieran puesto de acuerdo para intervenirnos, esa concordia no habria significado sino el abuso de la fuerza, la violacion de los principios mas respetables en contra de una nacion, á cuya soberanía se atentaba sin mas título que el de su debilidad.

En el terreno restringido en que se colocó la discusion, ésta roló casi exclusivamente sobre puntos de hecho. Con datos oficiales y fehacientes quedó demostrado que el tratado de Lóndres se oponia á la intervencion á mano armada, limitándose á ofrecer el apoyo de las tres potencias á la mayoría de los mexicanos, la cual se creia entonces, por falsos y traidores informes, amiga de esa intervencion y aun decidida por la monarquía. Tambien se puso en claro que la conducta de Prim fué en todo arreglada á las instrucciones de su gobierno, ó á las eventualidades impensadas de la si-

tuacion, mereciendo en ambos casos la aprobacion superior. La deslealtad de los comisarios franceses, su descarada proteccion á Almonte, su empeño en favorecer la candidatura de Maximiliano, su decision de derribar el gobierno establecido, sus calumnias y exageraciones, quedaron igualmente fuera de duda, lo mismo que la perfidia del gobierno que los autorizó á faltar á sus compromisos mas solemnes.

Con la nueva luz que la ha alumbrado, la cuestion mexicana ha seguido ganando terreno, y mas ganará todavía cada vez que se apele á la razon y á la justicia, para que fallen en este negocio.

El resultado de la votacion no pudo ser mas satisfactorio. Por noventa y cinco votos contra veintitres, se aprobó el párrafo del mensaje relativo á México, y á la vez los actos de Prim, sancionados por el gabinete. Una mayoría tan considerable no deja duda del espléndido triunfo obtenido en la tribuna, por la política observada en la expedicion que se envió á nuestro suelo. La victoria no ha sido ménos notable en la prensa, donde un solo periódico, la ultra-imperialista *Epoca*, ha censurado al conde de Reus, diguamente elogiado por los demas diarios. La tribuna y la prensa reunidas, deben considerarse como los órganos de la verdadera opinion nacional, por lo que nos es lícito deducir que, en la cuestion de México, ha triunfado en España, no la política afrancesada y rencorosa, sino la española, la leal, la justa, la equitativa, que es la que siempre deben seguir los pueblos civilizados. Nosotros levantamos nuestra débil voz para dar un voto de gracias á los defensores de los sanos principios, inalterables como la justicia, eternos como la verdad.



INSTRUCCIONES DE NAPOLEON A FOREY.

Mexico, Marzo 5 de 1863.

Sabido era que al salir Forey para México á tomar el mando del cuerpo expedicionario, habia recibido del emperador las instrucciones á que debia arreglar su conducta en este país; pero ellas eran ignoradas, y solamente podia conjeturarse su contenido por los actos del general enemigo. Hoy podemos ya darlas á conocer al público, habiéndolas recibido entre la correspondencia llegada por el último paquete frances.

En el *Temps* de Paris de 16 de Enero, leemos lo siguiente:

“Hemos recibido hoy un ejemplar del *Libro Amarillo*, que contiene los documentos diplomáticos distribuidos al senado y al cuerpo legislativo, de los que tomamos la siguiente carta del emperador al general Forey:

Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.

Mi querido general:

En el momento en que vais á salir para México, investido de poderes políticos y militares, creo útil daros á conocer bien mi pensamiento.

Hé aquí la linea de conducta que tendreis que seguir: 1º, expedir á vuestra llegada una proclama, cuyas principales ideas se os indicarán: 2º, acoger con la mayor benevolencia á todos los mexicanos que se os presenten: 3º, no abrazar la defensa de ningun partido, declarar que todo es provisional mientras no se haya declarado la nacion mexicana, mostrar una gran deferencia á la religion; pero tranquilizar al mismo tiempo á los tenedores de bienes nacionales: 4º, alimentar, pagar y armar, con sujecion á vuestros recursos, á las tropas mexicanas auxiliares, haciéndoles representar el papel principal en los combates: 5º, conservar la mas severa disciplina, así entre nuestras tropas como entre las auxiliares; reprimir vigorosamente todo acto, toda palabra ofensiva para los mexicanos, pues no se debe olvidar la altivez de su carácter, é importa para el buen éxito de la empresa, conciliarse ante todo el espíritu de las poblaciones.

Cuando háyamos llegado á México, es de desear que las personas notables de todos colores, que hayan abrazado nuestra causa, se entiendan con vos para organizar un gobierno provisorio. Este gobierno someterá al pueblo mexicano la caestion del régimen político que deberá quedar definitivamente establecido, convocándose luego una asamblea electa conforme á las leyes mexicanas.

Ayudareis vos al nuevo poder á introducir en la adminis-

tracion, y sobre todo, en hacienda, esa regularidad de que la Francia ofrece el mejor modelo. Con tal fin se le enviarán hombres capaces de ayudar su nueva organizacion.

El objeto propuesto no es imponer á los mexicanos una forma de gobierno que les fuese antipática, sino auxiliarlos en sus esfuerzos para establecer, segun su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad, y que pueda asegurar á la Francia la reparacion de los agravios de que tiene que quejarse.

Se deja entender que, si prefieren una monarquía, está en el interes de la Francia apoyarlos en esa vía.

No faltarán gentes que os pregunten por qué vamos á gastar hombres y dinero para fundar un gobierno regular en México.

En el estado actual de la civilizacion del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente á la Europa, porque aquella es la que alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interes en que la república de los Estados-Unidos sea poderosa y próspera; pero ninguno tenemos en que se apodere de todo el golfo de México, domine desde allí las Antillas, así como la América del Sur, y sea la única distribuidora de los productos del Nuevo-Mundo.

Vemos hoy, por una triste experiencia, cuán precaria es la suerte de una industria que se ve reducida á buscar su materia primera en un mercado único, cuyas vicisitudes todas tiene que sufrir.

Si, por el contrario, México conserva su independencia y la integridad de su territorio; si un gobierno estable se constituye allí con el auxilio de la Francia, habrémos devuelto á la raza latina, del otro lado del Océano, su fuerza y su prestigio; habrémos garantizado su seguridad á nuestras colonias de las Antillas y á las de España; habrémos establecido nues-

tra benéfica influencia en el centro de la América, y esta influencia, al crear inmensos expendios á nuestro comercio, nos suministrará las materias indispensables para nuestra industria.

México, así regenerado, nos será siempre favorable, no solamente por agradecimiento, sino tambien porque sus intereses estarán de acuerdo con los nuestros, y porque encontrará un punto de apoyo en sus buenas relaciones con las potencias europeas.

Hoy, pues, nuestro honor militar comprometido, las exigencias de nuestra política, el interes de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone el deber de marchar sobre México, de plantar allí atrevidamente nuestra bandera, y de establecer, ó bien una monarquía, si no es incompatible con el sentimiento nacional del país, ó cuando ménos un gobierno que prometa alguna estabilidad.

NAPOLEON."

Examinemos ahora, cual corresponde á un documento de tan alta importancia, el programa imperial.

Luego que llegó Forey á Veracruz, expidió la proclama que á su tiempo comentamos, y que según dijo después él mismo, fué dictada por el emperador.

Al mandar acoger con benevolencia á cuantos mexicanos se presentaran al ejército frances, no se calculó que habian de ser la hez de la sociedad. De aquí ha procedido que hombres manchados con toda clase de crímenes, figuren hoy como aliados de Napoleon.

La provisionalidad de cuanto se haga por los invasores, no le quita el carácter de atentado horrible contra la soberanía de un pueblo independiente.

La deferencia á la religion ha consistido hasta aquí en blanquear algunas iglesias.

La seguridad dada á los tenedores de bienes nacionales, de que no serán despojados de éstos, no ha de ser del agrado de las beatas y fanáticos que han estado deseando el buen éxito de la intervencion, en la firme creencia de que serian devueltos al clero los bienes en cuya administracion cometió tantos abusos. Puede ser que este desengaño aclare algo las filas del partido intervencionista.

Tampoco ha de parecer bien á los traidores puestos á sueldo del invasor, que el pan de ignominia que se les arroja á la cara, hayan de pagarlo sirviendo de parapeto á los franceses, cuyas vidas se trata de conservar á costa de las suyas. Este rasgo de cinismo del emperador debe á su vez desacreditarlo con otros de los sectarios de la intervencion.

El precepto de conservar la disciplina no ha sido observado por impotencia ó falta de voluntad, y los excesos cometidos en las poblaciones ocupadas por los franceses les hacen bien poco honor. El espíritu de aquellas les es abiertamente hostil, á consecuencia de los actos ofensivos que se han permitido.

Las reglas mencionadas hasta aquí, llevan por objeto facilitar el buen éxito de la expedicion, hasta la ocupacion de la capital. Para cuando se consiga este resultado, se dieron otras prevenciones.

La falta absoluta de respeto á la voluntad nacional resalta en la órden de que, para organizar un gobierno provisorio, no se ha de contar mas que con los notables que hayan abrazado la causa francesa, importando poco, mediante tal condicion, el color que tengan. Los hechos van confirmando con toda precision las previsiones de los que nunca han confiado en la verdad de las declaraciones falaces. Un gobierno, hechura de Forey y compuesto de afrancesados, nunca será el representante legítimo de la república mexicana.

Esa autoridad postiza ha de consultar al pueblo sobre las instituciones que prefiera, y ha de convocar una asamblea electa conforme á las leyes mexicanas. En esta parte de las instrucciones se nota una vaguedad completa, por no expresarse el modo con que ha de ser consultada la voluntad popular en un país libre en casi todo su territorio del yugo extranjero. Las elecciones para la asamblea, si fueran posibles, saldrian á sabor de los gobernantes intrusos adueñados del poder, los cuales sin duda lo conservarían por el tiempo indefinido que tardase en declararse cuál era la opinion del pueblo mexicano.

De mas á mas, vendrian empleados franceses á instruirnos en la ciencia de la administracion y en el arreglo de la hacienda pública; de manera que, no contento el emperador con tener un gobierno de su devocion, extenderia el pupilaje, desarrollando á costa agena la emplomanía entre sus súbditos.

Asombra despues de revelaciones tan explícitas de una intervencion en nuestros negocios domésticos, que nos reduciria á una especie de vasallaje, la insistencia de la declaracion de que no se nos quiere imponer una forma de gobierno que nos sea antipática. Cada vez nos confirmamos mas en la idea de que se padeció un inconcebible extravío, al considerar como profundo político al soberano cuya vida ha sido una serie constante de contradicciones.

Ningunas probabilidades de estabilidad puede tener un gobierno impuesto por las bayonetas extranjeras. El monarca de un país en cuya historia se registra la restauracion de los borbones, debería saberlo mejor que nadie.

Si de algunos agravios tuviera la Francia que quejarse justamente, habrian desaparecido ya bajo el enorme peso del atentado cometido con nosotros. Hoy México es el agravia-

do de una manera brutal: á México es al que se deben reparaciones.

La monarquía, detestada en México bajo todos aspectos, acabaria de hacerse aborrecible hasta el último grado, si la impusieran los franceses.

S. M. I. ha tenido la bondad de entrar en explicaciones acerca de los motivos que lo inducen á sacrificar los tesoros y la sangre de la Francia, considerando que querrán saberlo algunos curiosos. En ese número nós contamos nosotros; pero nuestra curiosidad no ha quedado satisfecha con las razones alegadas.

Comprendemos perfectamente el interes europeo en los negocios de América, y deseamos como el que mas, la union íntima y cordial de ambos continentes. También comprendemos que no puede convenir á la Francia que los Estados- Unidos se apoderen de todo el golfo de México. Lo que sí no llegamos á entender es, que de tales premisas se deduzca la consecuencia del derecho de Napoleon para intervenirnos:

Cabalmente la época que con perfidia se escogió para esa empresa injustificable, es la ménos á propósito para que se realice el supuesto peligro de que séamos absorbidos por nuestros vecinos del Norte. Devorada hoy la gran república americana por una guerra civil que ha tomado proporciones colosales, no es esta ciertamente la oportunidad de pensar en conquistas.

Y aun suponiendo el riesgo inminente, la probabilidad de que fuéramos víctimas de un atentado no autoriza á un tercero en discordia para cometer otro igual. A ningun ladrón le serviria de disculpa, alegar que el viajero despojado iba á ser robado por otro amigo de lo ageno. Ningun asesino justificaria su crimen, con mostrar á otro facineroso con el puñal levantado sobre su víctima.

El alhagüño cuadro que se traza de los prósperos resultados de la conservación de nuestra independencia y de la integridad de nuestro territorio, debería servir precisamente de estímulo para no abusar contra ellas. Al atacarlas, se pierden por necesidad muchas de las ventajas pronosticadas, y especialmente las relativas á Francia, pues léjos de que subsista su influencia en el centro de la América, acabará por naufragar como justo castigo de una ambición insensata. Quien siembra odio no puede cosechar amor.

México no puede agradecer agravios, tan escandalosos como inmerecidos. Sus intereses no pueden estar de acuerdo con los de una potencia injustamente agresora. Sus buenas relaciones con las potencias europeas, no pueden encontrar punto de apoyo en la que atiza la discordia y falta á los compromisos mas solemnes.

En su avance sobre México, el invasor tropezará con la resistencia de un pueblo decidido á defenderse á todo trance. Del vigor de la defensa esperamos que no consienta que la bandera francesa ondee en nuestra capital; mas si tal desgracia llegare á acontecer, el gobierno que aquí se establezca, ya sea monárquico ó no, será una autoridad de burlas, escarnecida, despreciada, anatematizada en la república entera.

Mientras permanecieron en la oscuridad las intenciones de Napoleón III, pudo haber ilusos que las creyeran menos atentatorias. Conocidas ya oficialmente, los mexicanos que se presten á ayudarlas, merecerán á la vez que la de traidores, la calificación de imbéciles.

LA CUESTION EXTRANGERA.

México, Marzo 6 de 1863

En ese *totum revolutum* que se llama continente Europeo, decirse puede que casi no hay una sola nación en que esté sistemado el bienestar público en términos satisfactorios. Ya sea por un principio, ya por otro diverso, lo cierto del caso es que distan mucho de haber llegado á un punto de felicidad, capaz de justificar las continuas diatribas que dirigen á los pueblos de este lado del Atlántico, recién nacidos á la vida política, en cuyas primeras luchas han sufrido los desastres propios de la inesperienza.

Sin detenernos á reseñar cuanto encierra de turbulento y anárquico el viejo mundo, tarea que nos llevaria demasiado léjos, mencionaremos en pocas palabras algunos de los gérmenes de discordia á que nos referimos.

La cuestion de Oriente vuelve á tomar un aspecto alarmante, así por las complicaciones que entraña la conducta observada por la Puerta Otomana en la Herzegovina y el

El alhagüño cuadro que se traza de los prósperos resultados de la conservacion de nuestra independenciam y de la integridad de nuestro territorio, deberia servir precisamente de estímulo para no abusar contra ellas. Al atacarlas, se pierden por necesidad muchas de las ventajas pronosticadas, y especialmente las relativas á Francia, pues léjos de que subsista su influencia en el centro de la América, acabará por naufragar como justo castigo de una ambicion insensata. Quien siembra odio no puede cosechar amor.

México no puede agradecer agravios, tan escandalosos como inmerecidos. Sus intereses no pueden estar de acuerdo con los de una potencia injustamente agresora. Sus buenas relaciones con las potencias europeas, no pueden encontrar punto de apoyo en la que atiza la discordia y falta á los compromisos mas solemnes.

En su avance sobre México, el invasor tropezará con la resistencia de un pueblo decidido á defenderse á todo trance. Del vigor de la defensa esperamos que no consienta que la bandera francesa ondee en nuestra capital; mas si tal desgracia llegare á acontecer, el gobierno que aquí se establezca, ya sea monárquico ó no, será una autoridad de burlas, escarnecida, despreciada, anatematizada en la república entera.

Mientras permanecieron en la oscuridad las intenciones de Napoleon III, pudo haber ilusos que las creyeran menos atentatorias. Conocidas ya oficialmente, los mexicanos que se presten á ayudarlas, merecerán á la vez que la de traidores, la calificacion de imbéciles.

LA CUESTION EXTRANGERA.

México, Marzo 6 de 1863

En ese *totum revolutum* que se llama continente Europeo, decirse puede que casi no hay una sola nacion en que esté sistemado el bienestar público en términos satisfactorios. Ya sea por un principio, ya por otro diverso, lo cierto del caso es que distan mucho de haber llegado á un punto de felicidad, capaz de justificar las continuas diatribas que dirigen á los pueblos de este lado del Atlántico, recién nacidos á la vida política, en cuyas primeras luchas han sufrido los desastres propios de la inesperienza.

Sin detenernos á reseñar cuanto encierra de turbulento y anárquico el viejo mundo, tarea que nos llevaria demasiado léjos, mencionaremos en pocas palabras algunos de los gérmenes de discordia á que nos referimos.

La cuestion de Oriente vuelve á tomar un aspecto alarmante, así por las complicaciones que entraña la conducta observada por la Puerta Otomana en la Herzegovina y el

Montenegro, sobre lo cual ha habido ya un desacuerdo significativo entre Inglaterra y Rusia, como por las relaciones cada vez mas hostiles de las poblaciones cristianas sujetas al imperio turco, y el decrépito y fanático sultan, en cuyas manos corre peligro de hundirse para siempre el en otro tiempo brillante tromo de Soliman y de Mahomet.

La Rusia se ha detenido en el camino de civilizacion abierto con la emancipacion de los siervos, y reincide en el sistema de opresion grato á los autócratas, con el que está en perfecta consonancia el martirio prolongado de la Polonia, pueblo heróico que nunca deja de moverse bajo la mano férrea de sus verdugos.

La Alemania busca en vano un sistema unitario, que concilie los contrapuestos intereses de las fracciones en que está dividida. El rey Guillermo se empeña en Prusia en sostener el ya caduco principio del derecho divino, mientras en Austria Francisco José no alcanza á combinar los discordes elementos de su heterogeneo imperio, y se prepara á la inevitable lucha que ha de arrancar de su corona el último florón de su monarquía italiana.

Lucha entretanto Inglaterra con el temible pauperismo, exacerbado con la falta de trabajo, y cuyas mil llagas no consigue curar la diligente mano de la caridad.

Anúnciáanse en Dinamarca graves disturbios, con la próxima sucesion del rey Federico III.

Pierde la Francia en dignidad, en progeso intelectual y moral, en verdadera gloria, cuanto gana en mejoras materiales. Derribada la tribuna, muda la prensa, sofocada la libertad, pervertido el juicio, descende la gran nacion de la elevada altura á que habia sabido llegar.

Domina todavía en España el espíritu anti-progresista, estrellándose en ese muro, que ha de acabar por venir al

suelo, pero que opone todavía tenaz resistencia á la barreta de la reforma, los enérgicos esfuerzos de los enemigos de la rutina y de las preocupaciones.

No necesitamos seguir adelante para que se vea á una simple ojeada lo mucho que tienen todavía que hacer en su casa, esas potencias europeas que vienen con la absurda pretension de sacarnos de la barbárie, cuando ya en varios puntos pudiéramos darles lecciones de civilizacion, y cuando en todo lo que les somos inferiores, van tan erradas en su sistema de enseñanza.

Aunque como se advierte por las rápidas indicaciones que nos hemos permitido, no falta en qué se ocupe la atencion pública en Europa, tres son las cuestiones que la han fijado allí de preferencia: la griega, la italiana y la de México.

La popularidad que desde un principio alcanzó la candidatura del príncipe Alfredo, ha seguido cada dia en aumento, de manera que, llegada la hora de la votacion, obtuvo su nombre una inmensa mayoría de sufragios, casi sin competidores. Mas no por eso quedó resuelto el problema, á cuya solucion se oponia el acuerdo de las grandes potencias sobre exclusion del trono griego de las dinastías reinantes. Entraron, pues, en lucha abierta el respeto debido á un compromiso solemne, y el derecho del pueblo griego á escoger para monarca á quien mejor le pareciera, sin traba de ninguna especie. La oposicion natural de Francia y Rusia, asociada con la resistencia de la misma Inglaterra, han nulificado el nombramiento hecho á favor de Alfredo. En lugar suyo se han buscado otros candidatos, de los que el mas rogado ha sido el príncipe Fernando, regente que fué de Portugal; pero ni él ha querido prestar su consentimiento para un arreglo convencional, ni seria cosa llana que se avi-

niesen á reconocerlo como rey los súbditos á quienes se trata de imponerlo. Continúa, en consecuencia, subsistiendo la dificultad de llenar el trono vacante, sin que sea parte para allanarlo la enunciada cesion de las Islas Jónicas. Corre entretanto el tiempo, anunciándose la posibilidad de que adopte Grecia el sistema republicano, ya que no le es dado coronar al monarca de su eleccion.

No son menores los embarazos en que se encuentra el nuevo reino de Italia. Antes de la salida del ministerio Rattazzi, vió la luz pública una nota de Durando, el secretario de relaciones exteriores, sobre la desocupacion de Roma. Declarábase en ese documento, que nunca se habia dejado de querer que fuera aquella ciudad la capital de la Península, á pesar de haberse reprimido por la fuerza la tentativa de Garibaldi. Drouyn de L'Huys, en su contestacion presentó como uniforme y consecuente la política seguida por la Francia en Italia, especialmente respecto de Roma, protestando á la vez la decision de no abandonarla.

Los debates que poco despues hubo en el parlamento italiano, no permitieron la continuacion del gabinete. Vivamente atacado por su política exterior é interior, vió venir sobre sí una tormenta deshecha, que evitó con una oportuna retirada. El que le sucedió, no está presidido por el marqués de Torrearsa, como dijeron los primeros periódicos que anunciaron el cambio, sino por Farini, á quien se califica de uno de los hombres mas moderados del partido de accion.

El programa que presentó luego que fué nombrado, no desmiente ese concepto, pues sin renunciar á las aspiraciones de que Italia llegue á la mas completa unidad, se abstiene de toda indicacion en ese sentido, como quien aplaza la realizacion de la idea para época mas bonancible.

Sin embargo de que ninguna de estas cuestiones deja de

tener relacion mas ó ménos directa con México, lo que mas nos interesa es naturalmente lo que se refiere en derecho á nuestro país.

El exámen retrospectivo de los hechos ocurridos desde que se firmó la convencion de Lóndres, fué en Diciembre del año anterior objeto de prolongados debates en el senado español. Para dar la amplitud necesaria al extracto de las discusiones y á nuestra apreciacion crítica, tuvimos necesidad de dedicar á esa materia una revista especial; pero como cuando la escribimos no era aquí conocida sino muy en compendio la peroracion del general O'Donnell, que hasta últimamente es cuando se ha publicado íntegra, debemos analizarla conforme al mismo plan que las demas, para no dejar trunco nuestro trabajo.

El presidente del consejo de ministros comenzó por lamentarse de que la cuestion de México hubiera sido la única en que se hubiesen fijado los senadores, cuando habia otras varias pendientes, muy dignas de séria consideracion.

Ocupándose primero de la cuestion general de la política española en América, opinó que los gobiernos de la Península hubieran debido apresurarse á reconocer la independencia de las colonias emancipadas, con lo cual se habria conseguido mas influencia. Pensamiento es éste con el que estamos enteramente conformes.

Una vez reconocida la independencia, aunque fuera de tiempo por un mal entendido amor propio, se debió fijar la línea de conducta que hubiera de seguirse en adelante. Mostrando conformidad con las ideas del marqués de la Habana, calificó O'Donnell de buena política la de no intervenir en las cuestiones interiores de las repúblicas americanas, la de exigirles respeto á la bandera é intereses de España, y la de hacerles comprender, sin faltar á la consideracion debida

á pueblos desgraciados, que tal conducta era hija de la generosidad, no de la impotencia.

Olividóse el orador de que el marqués de la Habana proclamó el uso constante de la fuerza, como el único medio de que España fuera respetada, y atendidos los intereses de sus súbditos, y nada dijo sobre este punto gravísimo. En cuanto á lo demas, no vemos cómo pueda merecer el nombre de generosidad la simple no intervencion en nuestros negocios domésticos, cuando eso no es mas que el cumplimiento de una obligacion á que están estrictamente sujetos los pueblos entre sí.

Y si, supuesto tal principio, no corresponde á España el nombre de generosa bajo el punto de vista del derecho, tampoco de hecho le conviene, pues por confesion expresa del duque de Tetuan, el no habernos agredido antes, no ha consistido en buena voluntad para con nosotros, sino en haber yacido la marina española hasta hace pocos años en la mas completa postracion. Muy conveniente es tomar nota de tan importantes revelaciones.

Eslo tambien la de que ha habido proyectos de colocar un príncipe en el trono de México y en otro Estado de América. Reprueba O'Donnell esos planes intervencionistas, los cuales afirma que despertaron la idea de que España no habia renunciado á la conquista, aumentándose así de rechazo el odio á los españoles.

Pasando de la cuestion general á la particular de México, dijo el orador: que su patria habia recibido de nuestra república continuos agravios; que el tratado de 1853 sobre reconocimiento de créditos no llegó á cumplirse, lo cual hizo necesario enviar á las aguas de Veracruz un plenipotenciario con cuatro buques de guerra; que ese plenipotenciario hizo lo que no debió hacer, poniendo al gobierno español en el

caso de tener que desaprobado su conducta; que los asesinatos de Cuernavaca y San Dimas obligaron á tomar las convenientes disposiciones militares; que los buenos oficios de Inglaterra y Francia detuvieron el golpe, abriéndose nuevas negociaciones, cuyo resultado fué el tratado Mon-Almonte; que nada tienen los españoles que agradecer á Almonte, quien retrasó cuanto pudo firmar el tratado, pidió diferentes veces instrucciones á su gobierno, y procuró sacar las mejores condiciones posibles; que se mandó despues un embajador á México, el cual fué expulsado de la república; y que si no se procedió desde luego á cañonear á Veracruz y á Ulúa, fué por no tener seis fragatas que se necesitaban.

Examinada la cuestion con la debida imparcialidad, puede sostenerse que ningun agravio ha inferido á España México; que ni es responsable de delitos particulares perseguidos con singular eficacia y castigados con toda la severidad de las leyes penales, ni ha querido en materia de pagos otra cosa que la debida exclusion de créditos fraudulentos, cuya asociacion con los legítimos, sobremanera perjudicial á éstos, repugnaban á la vez el derecho y la moral.

Por mas que se diga que D. Miguel de los Santos Alvarez hizo lo que no debia, no nos cansaremos nosotros de repetir á nuestro turno, que nadie ha comprendido ni defendido mejor los derechos de España, que aquel entendido diplomático, á quien no se puede tildar en su conducta imparcial y justificada.

La horrible interpretacion dada á los asesinatos de Cuernavaca y San Dimas, que de crímenes particulares aparecieron convertidos en atentados gubernativos, pudo dar lugar de pronto á preparativos militares en España, emanados de una falsa creencia. Hoy que los hechos son ya perfectamente conocidos, no deberia hablarse de ellos sino para confesar

ingénuamente el error en que se cayó por las exageraciones de la maledicencia.

El tratado Mon-Almonte nunca ha debido considerarse como el término definitivo de las cuestiones pendientes. El gobierno reaccionario, cuyos actos nada valian puesto que existia en el país otro gobierno que lo era de hecho y de derecho, sancionó la obra de su representante, porque á trueque de buscar en el extranjero apoyos para su efímera existencia, nada le importaba sacrificar los derechos mas sagrados de la nacion de que se decia representante. La autoridad legítima protestó contra el tratado inmediatamente que tuvo noticia de su celebracion; y cuantas veces se ha tocado la materia, otras tantas ha negado la validez de aquel acto, nulo por la falta de personalidad de una de las partes contratantes.

Escandaloso es en grado superlativo, afirmar que Almonte procuró sacar las mejores condiciones posibles para México, cuando en ese tratado, al que quedará adherido su nombre cual una marca ignominiosa, no hubo humillacion, ni perjuicio, ni bajeza, que excusara para este desgraciado pueblo. Pasó por todas las exigencias del embajador Mon, de quien no sabemos que retirara una sola, ni es facil comprender qué mas hubiera podido pedir, despues de tanto como sacó. Léjos, pues, de que Almonte hubiera obrado en ese negocio como buen mexicano, se manejó como un hijo vil y desnaturalizado del país que tuvo la desgracia de abortarlo.

Tan falto de sentido comun es el elogio de Almonte, que el grave senado español no pudo conservar su seriedad al escucharlo. Las risas que interrumpieron al orador, fueron el merecido castigo de la temeridad con que se puso en ridículo.

Segun las explicaciones dadas por Calderon Collantes, cuando se trató en las córtés de la expulsion de Pacheco, parecia que se habia admitido como buena la indicacion de que se habia lanzado de la república como á un particular á aquel descarriado diplomático. Ahora sabemos que no hubo tal inteligencia, y que si el gobierno español se hizo el disimulado, fué á mas no poder, por carecer de las seis fraguas con que se proponia cañonear nuestro principal puerto. Esta es la segunda confesion de que, actos calificados luego de generosos, han sido el resultado de la impotencia.

Tan pronto como estuvieron reunidos los elementos necesarios para venir á México, se dispuso la expedicion, si bien nunca se pensó en intervenir en nuestros asuntos, ni en llegar á la capital de la república. Súpose luego que tambien Francia é Inglaterra se preparaban á venir á imponernos la ley, y entonces se asoció con estas dos potencias España, recelosa de que la reciente incorporacion de Santo Domingo, diese á entender que abrigaba miras ambiciosas.

Desembarcados los aliados en Veracruz, debieron pasar al gobierno constituido en la república, un *ultimatum* en que se fijaran los agravios recibidos y las satisfacciones exigidas, señalándose un plazo breve para contestar. Segun el jefe del gabinete español, no se venia á discutir con Juarez, sino á imponerle condiciones, que si no eran aceptadas, darian lugar en el acto al rompimiento de las hostilidades.

Poco justificable habria sido sin duda tal modo de proceder, en que á lo cabo escuadra se pedia un sí ó un nó redondo, sin consentir en la modificacion mas insignificante. Deshonroso habria sido para tres grandes potencias cometer un horrible abuso de la fuerza, para sostener, sin audien-
cia ni defensa de una nacion tan soberana como ellas, negocios de la calaña del de Jecker.

Por fortuna para México, surgió el desacuerdo entre los plenipotenciarios, sin que en esto tuvieran culpa, como cuidó de asentar O'Donnell, ni el gobierno español, ni su representante, á quien no quedó ya mas arbitrio que celebrar los convenios de la Soledad, á fin de buscar para las tropas cantones mas saludables.

La aprobacion de esos preliminares por el gabinete de Madrid no pudo influir en el rompimiento de Orizava, puesto que aquella no se supo en México hasta despues de ocurrido este. Así lo reconoce el presidente del consejo de ministros, quien agrega que sí influyó en la ruptura la llegada de Almonte, con la que acabó de desarrollarse la mala inteligencia de los plenipotenciarios. Acusa ademas al renegado de haber contraído compromisos superiores á sus fuerzas, no contando ni con el partido conservador, que lo ha declarado traidor á su patria. En comprobacion de este aserto, leyó una curiosísima carta de Zuloaga al capitán general de Cuba, escrita el 14 de Agosto último.

Titulándose ese ridículo personaje presidente electo por la voluntad espontánea de la república de México, se llama tambien gefe del partido conservador, cuya voz se encarga de hacer oír al gobierno español.

Conocida es la historia de la presidencia del pobre D. Félix. Colocado por la confianza del general Comonfort, correspondida con una ingrata defeccion, al frente de la brigada que subvirtió el orden legal, debió á esa casualidad figurar en primer término en la revolucion reaccionaria, cosa á que nunca hubiera podido aspirar de otra manera, por su completa nulidad. El partido que lo elevó á la presidencia, no tuvo en cuenta sus méritos, desconocidos para el mundo entero, ni depositó en su persona la confianza que nunca puede infundir un tráfuga. Lo elevó, pues, por la sim-

ple consideracion de que iba á tener un dócil manequí que podría manejar á su antojo. El nombramiento del héroe por fuerza, procedió de una junta de notables, escogidos por su camarilla, y á cuyos sufragios tiene ahora el descaro de denominar "voluntad espontánea de la república de México."

No sabemos de cuándo acá habrá ascendido á gefe del partido conservador. Si cuando estuvo en su presidencia de burlas, otras manos y no las suyas eran las que movian los alambres en aquel teatro de títeres, hoy que acabó su papel en la farsa, ménos ha de haber quien lo haga formal. Para que rematara en sainete por fin de fiesta la historia en México del moribundo partido conservador, no podría ciertamente valerse de arbitrio mas acertado, que el de reconocer por gefe á todo un D. Félix Zuloaga.

Démosle, empero, el gusto de admitirlo por ahora convencionalmente en la calidad con que se presenta, para oír la voz que se ha encargado de llevar.

El partido conservador de México, pide la preponderancia en México del partido conservador. Eso se llama ir al grano y no andarse por las ramas.

Para fundar la peticion, se alega el doble peligro de que pacificados los Estados-Unidos, se pierdan las posesiones españolas en union de las mexicanas, ó que Juarez consiga exterminar en México á todos los blancos.

Zuloaga y Julio Grenier han estudiado por el mismo autor. Para ambos es inevitable la terrible disyuntiva de la absorcion europea ó americana, y tanto uno como otro se deciden por la primera. Olvidan los incautos que existe un término medio muy natural: el de que México no sea absorbido por nadie. Tal es el programa del partido liberal.

Lo de las posesiones españolas no es asunto de nuestra incumbencia.

Emplear contra Juárez la infame, la deshonrosa, la mal forjada calumnia del exterminio de los blancos, es mentir á sabiendas con el bastardo fin de denigrar al gefe supremo de la nacion, al que sí puede llamarse presidente por la voluntad espontánea de México. Zuloaga se ha prestado á desempeñar el ominoso papel de calumniador, prestando sin duda su firma á alguno de esos directores ocultos, acostumbrados á que les sirva de testafarro.

La carta pone en parangon la demagogia con el pensamiento de Almonte, calificando de tan ruinosa una como absurdo otro. La demagogia no es parte de la cuestion; eslo solamente la democracia, que solo ignorantemente puede confundirse con aquella.

No conocemos á punto fijo cuál sea el pensamiento de Almonte, que no hubiera hecho mal el órgano de los conservadores en explicarnos á los profanos. Si se alude á la candidatura de Maximiliano, oportuno habria sido tambien que se nos pusiera al corriente de si lo que se repugna es el establecimiento de la monarquía, ó la eleccion del candidato. De ser lo primero, mucha satisfaccion nos cabria de que el epíteto de traidor, aplicado á Almonte por sus cor-religionarios, reconociese semejante origen. Los políticos europeos que han sostenido la existencia en México de un partido monarquista, se quedarian absortos al verse desmentidos por los mismos en quienes han supuesto tal profesion de fé.

En caso de que no mienta la encapotada fraseología de la carta, el partido conservador se preparaba desde mediados del año anterior á tomar en las manos la bandera nacional y hacer la guerra. ¿A quién?..... ¿A los franceses? Así

parecia indicarse; pero los hechos no han correspondido á la oferta. ¿Al gobierno liberal?..... Mal podria entónces llamarse patriotismo la rebelion al frente del enemigo extranjero.

La confusion aumenta con la solemne declaracion de que la intervencion fué y es deseada en México, y con el consejo de que se reanude el tratado de Lóndres, para que se restablezca la accion combinada de la Europa.

En catorce meses que cuenta ya de invadida la república mexicana, repetidísimos testimonios de palabra y de obra han demostrado el odio á la intervencion. La aprobacion que hoy merece del antiguo presidente trashumante, no sirve para otra cosa que para fundar en su contra el cargo personal de que su salida del país no reconoció el origen patriótico de que blasonaban sus parientes, sino el del despecho de verse desconocido en su carácter de gobernante.

Terminada la lectura del documento que hemos examinado, dió tambien su pincelada el general O'Donnell sobre los partidos en México, declarando que no los hay, puesto que todos los hombres políticos han figurado aquí alternativamente en unas y en otras filas, segun les ha convenido mejor para llegar al poder.

Tales aseveraciones revelan en quien las hace, poca instruccion en nuestra historia contemporánea. En México, como en todas partes, ha habido efectivamente un número considerable de esos proteos políticos, sin mas principios que su interes personal; pero medir á todos nuestros hombres públicos con el mismo cartabon que á un Santa-Anna, un Almonte y un Zuloaga, es un error patente. México se honra con patricios eminentes, que jamas han abandonado las filas en que se han alistado, que nuuca han desoido la voz de su conciencia, que han sacrificado al cumplimiento

de sus deberes, intereses y vida. La existencia de los partidos ha sido una verdad innegable, especialmente desde que se inició la revolución de Ayutla, pues á contar de aquella época hasta hoy, á las mezquinas cuestiones personales que habian sido ántes semillero inagotable de revueltas, se sustituyeron las cuestiones capitales de la reforma, que dividieron profundamente á los mexicanos todos en dos campos rivales: el de los partidarios del progreso, y el de los defensores de rancias preocupaciones.

El partido liberal, por mas que lo desacrediten sus detractores, seguidos por O'Donnell, no representa la proscripción del vencido y la anarquía constituida en gobierno. Representa por el contrario, la clemencia con sus enemigos, la supremacía del poder civil, la independencia de la Iglesia y del Estado, la abolición de los fueros, la supresión de las clases privilegiadas, la plenitud de las garantías individuales. ¿Hay por ventura muchos gobiernos, aun de los mas viejos en el oficio, que puedan llamarse representantes de tan preciosas prerogativas?

Pasando de los partidos á las personas, el jefe del gabinete acusó á Juárez de tener como mexicano, una mancha de las que no se borran jamas: la de haber querido vender dos provincias de su patria á los Estados-Unidos.

Satisfactorio debe ser para nuestro primer magistrado, que cuantas veces suena su respetable nombre en boca de sus detractores, otras tantas sea para zaherirlo con las acusaciones mas patéticamente destituidas de fundamento. Honorífico es, en efecto, para un hombre público, que no se encuentre en sus actos una sola mancha, de manera que para atacarlo se haga forzoso recurrir al medio vil de la calumnia. Así lo pinta la Gravière como un monstruo de crueldad: así le llama Zuloaga esterminador de blancos: así le hace

O'Donnell autor de imaginarias ventas de provincias mexicanas.

La calumnia empero necesita ser desmentida, para que no sorprenda á los que de buena fé buscan la verdad. La verdad es que, ni ahora ni nunca, ha querido vender el actual presidente de la república, ni un palmo del terreno que la forma: la verdad es que, aun en los momentos mas angustiados, nunca ha consentido, no ya en vender, pero ni siquiera en conseguir á mucho ménos costo, un auxilio extranjero que estimaban indispensable ciudadanos dotados de virtudes eminentes. La prensa de la capital se ha ocupado ya en rufutar la falsedad de un cargo virulento, repellido con datos fehacientes é incontestables.

Viniendo la calumnia de tan alto, no bastaban, sin embargo, las negativas emanadas de la opinion pública y fundadas en el conocimiento de los hechos. La voz mas autorizada de todas, la del mismo calumniado, se ha alzado tambien para desmentirla, con la energía requerida por la magnitud de la ofensa, á la vez que con la circunspección y la decencia que cumple al primer magistrado de un pueblo. La digna contestación del presidente de la república, debe hacer avergonzar al jefe del gabinete español, de la ligereza con que habló.

No vemos qué razon pudo tener el orador para aseverar que entre Juárez y el gobierno español existe un abismo, y que mientras no se venguen las ofensas y agravios recibidos, no puede haber relaciones ni amistad con España. Dispuesto como está México á cumplir con cuantas obligaciones internacionales le correspondan en justicia, el abismo queda cegado. Las venganzas no son admisibles en derecho, si significan algo mas que las debidas satisfacciones.

Volviendo á la cuestion, asentó el duque de Tetuan que

el reembarque de las tropas españolas habia sido el único arbitrio dejado al conde de Reus en el estado á que habian llegado los acontecimientos. Por tal motivo se aprobó su conducta; pero creyendo que el gobierno imperial fué ageno á la disidencia; y de ahí procedió que no se declarara roto, sino solo suspenso el convenio de Lóndres. El gobierno español espera tranquilo el resultado de los acontecimientos, para exigir luego las satisfacciones aplazadas.

La aprobacion de la conducta del conde de Reus, importa necesariamente la reprobacion de la observada por los comisarios franceses. Estos, ó bien obraron conforme á sus instrucciones, ó cuando menos recibieron tambien la sancion de sus actos. De cualquiera modo que sea, resulta siempre falsedad de á fóllo que fuera ageno á la disidencia el gobierno imperial.

Pero como ese gobierno es fuerte, no se ha querido romper lanzas con él, y se han recogido los fragmentos del tratado de Lóndres, para coserlos y sostener contra la evidencia que está intacto. Para esperar el resultado de los acontecimientos, ha sido necesario nada menos que el reiterado desaire del emperador á la mancomunidad de accion.

El discurso del presidente del consejo de ministros, es marcadamente hostil á México, lo cual, á nuestro juicio, procede de dos causas: el deseo exagerado de no malquistarse con Napoleon, y la apreciacion errónea hasta el extremo, de los hombres y de las cosas de nuestra patria.

No bien se habian cerrado en el senado español los debates sobre los asuntos de México, cuando se abrieron en la cámara colegisladora con no menos calor. Hay ya noticia de que el resultado de la votacion fué tan significativo allí como el anterior. Sábese igualmente de algunos de los oradores que tomaron parte en la discusion, y aun se han pu-

blicado ya extractos de la impugnacion de Mon el embajador, y de la contestacion del ministro de Estado. Prescindimos, sin embargo, por ahora del exámen de esos discursos, tanto por no conocer todavía el texto original, cuanto porque nos proponemos emprender sobre el debate íntegro de los diputados, un trabajo análogo al que recientemente hemos publicado respecto de los senadores.

Aunque han corrido voces de que habia sido presentada y admitida la discusion del gabinete O'Donnell, parece que lo cierto es, que el gobierno ha admitido las renunciaciones de los empleados que no han estado conformes con la política seguida en México.

Tambien en el parlamento inglés ha debido tratarse de esta cuestion, que tanto agita los ánimos en Europa. No dudamos que en esta nueva dilucidacion salgan á luz otros interesantes pormenores. Entretanto, la Inglaterra está en expectativa de lo que ocurra, sin que su gobierno intente rogar al frances que consienta en la renovacion del convenio, apellidado difunto por los órganos del ministerio.

Con grande ansiedad se esperaba en todas partes el discurso imperial, pronunciado en la apertura de las cámaras francesas, acto que tuvo lugar el 12 de Enero. La expectativa general ha quedado completamente chasqueada, al encontrarse en la cuestion de México, en vez de las esplicaciones con que contaba, con uno de esos enigmas que van haciendo de la política napoleónica un incomprendible logogrifo.

De las consideraciones generales con que pretende fundar el emperador el elogio que hace de sí mismo, lo mas notable es la aseveracion de que siempre ha procurado la prosperidad de la Francia y su preponderancia moral, sin abusar ni debilitar el poder puesto en sus manos, así como ha bus-

cado la plena reparacion de cualquier insulto hecho á la bandera francesa, y de cualquier perjuicio contra sus súbditos.

Mal se aviene con la prosperidad de la Francia, el loco despilfarro de su sangre y de sus tesoros, por sostener una empresa atentatoria contra la autonomía de un pueblo soberano.

Ménos todavía se combinan esos planes inicuos con la preponderancia moral de la misma Francia, preponderancia que solamente se alcanza dando á las demas naciones altos ejemplos de moralidad y de civilizacion. No hay ascendiente que resista á la conculcacion de los derechos mas respetables por un simple capricho. La observancia de tal conducta engendra por necesidad odio y desprecio.

Tan escandaloso abuso del poder, lo debilita poco á poco, hasta convertir al que lo ejerce en uno de esos colosos de piés de barro, que acaba por derribar una piedrecilla desprendida de la montaña.

Quien tan quisquilloso se muestra por su bandera y por sus compatriotas, debería guardar mas respeto á las banderas de otras naciones y á los intereses agenos.

En un solo párrafo del discurso se habla de nosotros, alegándose que las expediciones á China, á Cochinchina y á México, prueban que no hay ningun país, por lejano que sea, donde pueda quedar impune una tentativa contra el honor de la Francia.

Como no entra en nuestro plan hablar de las expediciones á China y Cochinchina, de las que no faltaria mucho que decir, nos limitaremos á la de México, entre la cual y el honor de la Francia, no encontramos la menor relacion. Ese honor jamas ha sido atacado por México, y en grandes aprietos se varia su mentiroso defensor, si tuviera que aducir

pruebas de su aserto, en vez de soltar con impudencia frases pomposas, encaminadas á encubrir sus actos injustificables con alusiones irritantes para el amor propio nacional.

Los graves perjuicios ocasionados al pueblo frances con la guerra de México, se enuncian vagamente con la frase de que "empresas semejantes no se consuman sin complicaciones, abriéndose el deber camino entre peligros." El deber nada tiene que ver con una obra caprichosa, en la cual esperamos que las complicaciones no darán por resultado la consumacion de la empresa.

Como se ve, ese estudiado discurso es para con México, parco en palabras, sóbrio en apreciaciones. El mundo se ha quedado tan á oscuras como antes, acerca de los proyectos definitivos del emperador sobre nuestro país. Tal vez no ha llegado á formarlos el veleidoso monarca que camina al acaso, dejándose arrastrar por la corriente de los acontecimientos á que lo ha precipitado una política sin principios fijos.

Ya que la esfinge del siglo XIX ha hablado en tono de sibila, para no desvirtuar la veracidad de sus oráculos, tenemos necesidad de ir en busca de otros datos, para conjeturar lo que se manifiesta empeño en ocultarnos.

El documento de mas importancia para su exámen, es la *Exposicion del estado del imperio*, que tiene carácter oficial, como que es pasado por el gobierno á las cámaras.

Asiéntase en esa Memoria, que en el último periodo de sesiones se explicaron las causas de disidencia que en México indujeron á la Inglaterra y á la España á separarse de la Francia. El gobierno del emperador mantiene en todos los puntos el modo de ver que expuso por el órgano de los ministros de S. M., ante el senado y el cuerpo legislativo. El retardo en las operaciones se atribuye á la necesidad de eniar refuerzos de consideracion, como consecuencia de la re-

tirada de los aliados. Reunidas ya al cuerpo expedicionario todas las tropas que han marchado de Francia, concentrados los poderes políticos y militares en manos del general en jefe para asegurar la unidad de direccion, y llegada la estacion favorable, se va á continuar enérgicamente la guerra. La cuestion mexicana se considera ya reducida á las operaciones militares, de las que se espera un pronto término, glorioso para la bandera francesa. El triunfo asegurará á los intereses que han motivado la expedicion, las garantías duraderas que reclaman hace tanto tiempo.

La oscuridad no se ha disipado con las palabras de la *Exposicion*, escritas en el mismo tono de confusion del soberano, y que tanto se prestan á todas las interpretaciones posibles.

La referencia al discurso de Billault, comprueba que el gobierno del emperador insiste en todos sus errores, en todas sus iniquidades. En vano las sucesivas aclaraciones de los hechos han derramado la luz con profusion sobre los puntos en que al principio pudo haber equivocaciones disculpables: hoy que ya no cabe engaño, se procede en los mismos términos que cuando se dió crédito á falaces supercherías. Esta consideracion sirve para demostrar que no anima á Napoleon un recto espíritu de imparcialidad y de justicia, sino que obra á impulsos de un orgullo, que todo lo sacrificará antes que dar un paso atrás.

Algo ha de haber influido en el retardo de las operaciones, lo que la humillada vanidad francesa ha dado en llamar el *negocio* de Puebla, sobre el cual se guarda un silencio sepulcral en la *Exposicion*.

El éxito de la cuestion se libra exclusivamente á la suerte de las armas, como si la razon estuviera de mas sobre la tierra, como si la vida de los hombres debiera ser en mano

de los déspotas, un juguete para su diversion, un vil instrumento para sus nefandos planes. Se hará la guerra con vigor, sin reparar la falta de no haberla declarado previamente, sin justificar la causa por las que se ha venido á ese medio desesperado, sin oír siquiera al agredido de una manera vandálica.

Tambien nosotros abrigamos la esperanza del triunfo, no remoto, en las batallas que van á darse, seguro con el trascurso del tiempo. Y aun cuando sucumbamos, nunca el término será glorioso para la bandera francesa, que no es el exterminio del vencido, sino la justicia de la causa, lo que constituye la verdadera gloria.

Lo que haria la Francia despues de la victoria, no es punto que ha querido aclararse. Decir que obtendrán garantías duraderas los intereses que las reclaman, es emplear una frase que nada significa de puro vaga, cuando no se sabe de qué intereses se trata, ni qué garantías han de darse, ni cómo, ni por quién. En programa tan lato cabe cuanto se quiera; Maximiliano como monarca, Forey como gobernador, Almonte como jefe supremo, Márquez como dictador, Santa-Anna como Alteza Serenísima. Será lo que Dios quiera; mas supuesto que el resultado no justifica los medios ni ante la razon, ni ante la moral, la guerra francesa en México será siempre calificada de torpe en sus causas, inicua en su ejecucion, maquiavélica en sus fines.

Reprocha la *Exposicion* al gabinete del Perú, haber obedecido, durante la administracion del gran mariscal Castilla, á influencias hostiles á la Francia, procurando provocar en las repúblicas vecinas desconfianza contra la expedicion de México. A esta reconvenccion acompaña el elogio que se hace de la conducta seguida por Guatemala, el Ecuador y la Confederacion Argentina, que se han manifestado indife-

rente á los recelos que se les inspiraban, y que han desestimado las proposiciones que se les han hecho.

Tratándose de una expedición que constituye un amago para todas las repúblicas americanas, el elogio y la censura en boca del enemigo común son en extremo significativos. El primero indica falta de patriotismo, mientras lo segundo honra al que lo merece.

Habiendo quedado entretanto en pie la duda de cuáles sean los últimos planes del gobierno imperial, harémos nuevas pesquisas en el terreno de las noticias particulares, ya que los documentos oficiales callan, ó dicen cosas que solamente sirven para embrollar.

La revelación que mas puede acercarse á la verdad, es la hecha por el *Morning Post* de Londres, órgano de lord Palmerston, la cual consiste en atribuir al monarca francés el proyecto de contentarse con la toma de Puebla y de México, y la celebracion de un tratado en que saque todas las ventajas posibles.

Ménos es ya esto que monarcas impuestos, colonias improvisadas ó protectorados forzosos. El cambio, sin embargo, si es que realmente existe, no nos hará prescindir de nuestra firme resolución de defendernos á todo trance, para que nuestra independencia sea en adelante respetada de los que se han creído permitidos con nosotros abusos de toda clase. Procuraremos evitar que Puebla y México caigan en poder de los invasores, seguros como lo estamos de que una resistencia esforzada dará por resultado indefectible nuestra salvacion, haciendo tal vez bambolear el trono del sistemático perturbador del sosiego público. Y dado caso de que nuestras ciudades fortificadas sucumban despues de hacer pagar caro su triunfo á los soldados del emperador, nos quedará todavía el país en toda su extension para continuar

una guerra incesante, en la que al fin hemos de salir vencedores. La prolongaremos, pues, por todo el tiempo que sea necesario, á fin de no pasar por tratado alguno que contenga condiciones humillantes para la dignidad nacional.

Que esa guerra no ha de ser de larga duracion, lo están revelando los diversos inconvenientes que desde ahora se le presentan en la misma Francia, entre los que no es el menor el fuerte y continuo desembolso que exige para su sostenimiento. Esto nos lleva, como por la mano, á estudiar el informe que el ministro de hacienda Fould ha presentado sobre el presupuesto del imperio en 1862, 1863 1864.

Segun los datos del célebre financiero, el importe total de lo gastado en la expedición de México, durante el año pasado de 1862, ascendió á 83 millones de francos, resultando de aquí que, en vez del sobrante que debieron dejar las rentas públicas, hubo, por el contrario, un deficiente de 85 millones. Es de notarse que el emperador destinó por sí solo al completo de los gastos hechos las sumas necesarias, contando con la aprobacion posterior del dócil cuerpo legislativo.

Para el año corriente de 1863, calcula Fould que el excedente de ingresos no bajará de 110 millones de francos, lo que permitirá hacer frente á los gastos de la expedición de México, en la que se presume que serán menores los gastos de transportes y vituallas, por hallarse ya el cuerpo expedicionario en territorio mexicano, tener todo lo necesario para avanzar, y encontrarse desde sus primeros pasos en una region en que sus provisiones serán mas fáciles y ménos onerosas.

El ministro afirma que el presupuesto ordinario de 1864, presentará un aumento de ingresos de 4 millones, dejando disponibles ademas 20, que se aprovecharán en el extraor-

dinario. Las entradas destinadas á cubrir éste, ascenderán á 104 millones, siendo inferior en 17 al de 1863, á no ser que deje mas la venta de unos bosques, ó que se cuente con la disminucion ó reembolso de los gastos de la expedicion á nuestro país.

Los antiguos deficientes importan 848 millones, los cuales quedan en el aire, sin que pueda anunciarse cuándo comenzarán á ser amortizados.

Punto por punto nos ocuparemos del contenido del informe.

Es opinion muy generalizada entre los que están al tanto de lo que ha pasado, la de que es muy baja la cifra de lo gastado en la expedicion de México en 1862. Quien ménos la sube la hace llegar á 100 millones de francos, ó sea una quinta parte mas de lo que confiesa Aquiles Fould.

Conformémonos, no obstante tales apreciaciones, con la suma declarada. Aun cuando el gobierno frances hubiera tenido de sobra los 83 millones despilfarrados en llevar adelante una empresa atentatoria, tremendo seria siempre el cargo que le resultaria por no haber empleado ese dinero en tantos objetos de utilidad pública que reclama el estado actual de la sociedad francesa. El cargo adquiere mayores proporciones, al reflexionar que están sin cubrir 848 millones atrasados, y que en vez del sobrante que debió resultar en el balance del año, quedó un nuevo déficit de 35 millones que agregar á los anteriores. Los pobres contribuyentes no han de estar muy á gusto con el destino dado al fruto de sus sudores.

La arbitrariedad con que se procedió á hacer gastos no votados, ni siquiera presupuestados, revela que fué nominal é hipócrita la renuncia hecha por el emperador, de la facultad de abrir créditos suplementarios por medio de decretos.

En vano se apela en justificacion del acto, al cansado estribillo del honor de la bandera, de la gloria de las armas francesas. Ni la bandera tendria que volver por su honor, ni la gloria de las armas estaria empeñada, á no haberse pretendido ejercitar el antisocial principio de la intervencion. Mejor empleados eran los créditos suplementarios que se renunció á abrir, como que estaban destinados en considerable parte á la construccion de obras magníficas, con que se daba de comer á un gran número de obreros sin trabajo. Si con frases altisonantes se ha de sancionar la violacion del senado-consulta de 21 de Diciembre de 1861, poco trabajo costará alegar para todo gasto hecho, la gloria, el honor, la prosperidad, la preponderancia de la Francia, aun cuando nada tengan que ver con la exhibicion tan recomendables atributos.

Triste es que un aumento tan notable de ingresos, como el calculado para el año que corre, esté ya destinado para hacer frente á los desembolsos de esa misma expedicion sin plan, sin motivo y sin resultado plausible. Acaso sus gastos no bajarán, si se considera que ya en 1862 estaban las tropas francesas en territorio mexicano, y que ahora su número es mayor que antes; pero aun pasando por alguna reduccion, nunca dejará de ser fuerte esa erogacion adicional, abominable por innecesaria, y que seria á la larga una causa de ruina, por constituir un gravámen anual de quince ó veinte millones de pesos, segun los cómputos mas reducidos.

El equilibrio del presupuesto frances continuará perdido en 1864, último año de que se ocupa el informe, y con mayor razon en adelante. La esperanza de que disminuyan los gastos de la expedicion es ilusoria, si de esa manera se busca un resultado satisfactorio. Anúnciase ya el reembolso de los costos de la guerra, resultado que seria escándalo-

sísimo. La nacion inicuaente invadida no tiene obligacion de dar indemnizaciones, sino antes bien, derecho de pedir las al audaz agresor que ha abusado de sus fuerzas para infringir los principios mas incuestionables del regimen internacional.

A los deplorables resultados financieros de la política transatlántica del emperador, se agrega la impopularidad de la guerra en Francia y en el mundo entero. Conociendo el despótico Napoleon que la opinion pública condena sus planes belicosos, trata de ahogarla donde quiera que asoma, para que no lo derribe su irresistible embate. Con empeñoso afan se oculta cuanto emana del gobierno mexicano, formando contraste ese secuestro completo con la plena publicidad que tiene en México hasta la última palabra del monarca frances ó de sus órganos. Está igualmente prohibida en el imperio la circulacion de cuantos folletos ó artículos de periódicos censuran la política del grande hombre; de suerte que, para salvar la frontera, tienen los empresarios de diarios independientes que hacer nuevas ediciones en que se suprime todo lo disonante para los oidos de S. M. Los periodistas franceses de oposicion, solo incidentalmente se ocupan de la cuestion mexicana, sin atreverse á manifestar sus ideas, á no ser sino por medio de mil circunloquios, como sucedió al *Sidèle* para indicar que se tratara, aun cuando fuese con Juarez. Este hecho prueba, sin embargo, que el voto nacional acaba siempre por abrirse paso, buscando un respiradero por donde hacer explosion.

En cambio de ese silencio obligado, los periódicos imperialistas tienen carta blanca para mentir y calumniar. Sus columnas se llenan con correspondencias auténticas ó apócrifas, exactas ó adulteradas, en que se altera con desenfado la verdad de los hechos. Lo que ponen de su propia cose-

cha, es todavía mas absurdo, mas disparatado: en la coleccion de sus noticias, por una cierta hay noventa y nueve falsas.

De los muchos artículos á que son aplicables las anteriores observaciones, merece particular mencion por el nombre del que lo suscribe, el publicado en la *France* con el rubro de "Cuestion de México," por el historiador baron de Bazancourt.

Despues de atribuir la demora de las operaciones á la falta de acémilas, hace el articulista consistir las dificultades de la expedicion, en los caminos puestos intransitables por las lluvias, en las enfermedades que se ceban en hombres debilitados por diversas causas, en los obstáculos imprevistos que opone la casualidad á la mas sagaz experiencia; no en el ejército mexicano, que disponiendo de todas sus fuerzas en su propio país, fué impotente durante cuatro meses para forzar las posiciones que ocupaba un pequeño cuerpo expedicionario de 5 á 6,000 hombres, fatigados y extenuados con las marchas y privaciones; no en el enemigo, que habiéndose situado en una altura que dominaba el campamento frances de Orizava, fué desalojado por un capitán al frente de una compañía; no, en fin, en esas tropas tan fáciles de dispersar, que una carga de cazadores de vanguardia bastó para hacer huir, en Plan del Río, á los lanceros rojos de la caballería mexicana.

Los obstáculos naturales que tanto se encarecen, serian insuficientes por sí solos para detener á los invasores. La verdadera causa del retardo de las operaciones de estos, consiste en la muralla que han opuesto á su paso las armas nacionales.

Ese ejército de que se habla en tono tan despreciativo, es el mismo que venció en 5 de Mayo, sin ventaja alguna, á la

fior de los soldados franceses. Si no forzó despues su posición en Orizava, fué porque durante mucho tiempo su superioridad numérica era insignificante; y cuando recibió algunos refuerzos, con los que estuvo siempre muy léjos de disponer de la totalidad de las fuerzas del país, hubiera, segun todas las probabilidades, derrotado de nuevo á Lorencez y á los traidores sus aliados, á no haber frustrado sus planes un descuido imprevisto. En la sorpresa del Borrego no fué desalojada mas que la avanzada de una division, sin que procediera aquel lamentable incidente de la heroicidad del ataque, pues fué debido exclusivamente al aturdimiento natural de la tropa aometida en un profundo sueño. Y en la escaramuza de Plan del Río los lanceros mexicanos hicieron al enemigo en su tránsito los daños posibles, que era lo único que se habian propuesto.

Donde bastan compañías para derrotar ejércitos, no hay resistencia formal que oponer á fuerzas numerosas. Los 30,000 hombres de Forey deberian llevar meses de estar descansando en la capital de la república, despues de haber derribado de un soplo á los cuitados que les hubieran cerrado el paso. La prolongada inaccion de los franceses no es explicable, á ser tan despreciable como se tiene el descaro de afirmar, el enemigo que tienen al frente.

Quando leemos semejantes paparruchas bajo la firma del acreditado escritor baron de Bazancourt, ganas nos dan de arrojar al fuego sus historias de las guerras de Crimea y de Italia, porque si están escritas, como es de suponerse, con la misma imparcialidad y veracidad que los episodios de la campaña de México, tiempo perdido es el que se emplea en estudiar cuadros de fantasía.

Si la conducta arbitraria del gobierno frances entraña la violacion mas escandalosa de los preceptos contenidos en el

código de las naciones, la conducta del gobierno de los Estados-Unidos entraña á su vez la violacion de las obligaciones de la neutralidad. Nadie hubiera creido que, á mas del abandono absoluto de la salvadora doctrina de Monroe, en un negocio que atañe muy de cerca á nuestros vecinos, se hubiera llevado el temor á la Francia hasta el grado de hacerle concesiones que se nos han negado á nosotros. No sabemos si es mayor la sorpresa ó el disgusto causado por actos tan extraños.

Falto el ejército de Forey de los elementos necesarios para el buen éxito de sus operaciones, mandó comprar á Cuba y á los Estados-Unidos medios de transporte y municiones de guerra. La marcada hostilidad á México del general Serrano, hizo suponer desde luego que no pondria dificultad, como era de su deber, á que nuestros enemigos adquirieran en las posesiones de una potencia neutral, artículos reputados siempre de contrabando entre los beligerantes. Pero si tal era la creencia general respecto del duque de la Torre, no sucedia lo mismo acerca del gobierno de Washington, del cual se tenian fundadas esperanzas de que observara distinta conducta. Estos cálculos salieron fallidos, y las compras francesas se hicieron en Nueva-Orleans y en Nueva-York.

Luego que nuestro encargado de negocios, el patriota y ameritado Sr. Romero, tuvo conocimiento de lo ocurrido, dirigió la correspondiente reclamacion al secretario de Estado, quien salió con la ridícula evasiva de que no reconocia estado de guerra entre México y Francia, cuando lleva diez meses de existir de hecho, ya que no de derecho.

A esta absurda respuesta agregó Mr. Seward, que estaba en nuestro interes que los mercados de su país estuviesen abiertos para todos, á fin de que cada cual exportase lo que le conviniera.

Aceptadas estas ideas por nuestro encargado de negocios, reclamó este su falta de observancia respecto de la exportacion de 36,000 fusiles belgas, 15.000,000 de cápsulas, y algunos miles de pistolas y espadas, comprados para México.

En contestacion se le dijo, que si bien los artículos comprados por los franceses eran contrabando de guerra, no se podia impedir su exportacion, quedando los particulares interesados en la venta, sujetos á los peligros consiguientes; pero que las armas no podian ser exportadas, en virtud de una prohibicion especial, por necesitarlas los Estados-Unidos para sus propios soldados, y para evitar que cayeran en el mar en poder de los rebeldes.

El Sr. Romero replicó, fundando con habilidad su disentimiento en los principios generales del derecho internacional, en el tratado vigente, que prohíbe expresamente el contrabando de guerra en el caso de que una de las repúblicas esté en hostilidades con otra nacion, y en la inconsecuencia en que se incurria al observar la misma conducta que se ha echado en cara á la Inglaterra, como una falta á los deberes de la neutralidad.

A pesar de ser tan incontestables estas observaciones, no habian producido el efecto de hacer que se reparara el mal causado con no haber permitido que viniera á México un armamento que tanta falta le hace, llevándose la oposicion al extremo de haberse mandado detener y embargar el cargamento de un buque que habia salido para Québec, en el Canadá, desde donde debia dirigirse á Matamoros; hecho que se habia efectuado sin conocimiento oficial del gobierno de los Estados-Unidos.

Tales son los antecedentes de este desagradable negociado, dados á conocer por la prensa norte-americana; pero no sabemos cómo conciliar el mal éxito de las fundadas recla-

maciones de nuestro representante en Washington, con la noticia publicada en estos últimos dias en tono de seguridad, de haber llegado ya á Matamoros una considerable cantidad de armamento de diversas clases. Acaso se allanarian á últimas fechas las dificultades opuestas á la adquisicion de ese elemento de guerra, influyendo en el cambio las manifiestas demostraciones de la opinion pública en favor de México.

En efecto, la impopularidad de Mr. Seward era cada vez mayor, acusándosele en las cámaras y en la prensa, entre otras cosas, de extraordinaria debilidad en las cuestiones exteriores.

La violacion que ha cometido con México de las leyes de neutralidad, ha sido tambien acremente censurada; y no limitándose el descontento público á esta crítica, empieza á darnos marcadas muestras de simpatías.

Así en la cámara de senadores se ha hecho ya proposicion [aunque no se ha confirmado esta noticia] para que no se consienta la intervencion de la Francia, y se nos suministren cuantos auxilios necesitemos.

Así igualmente se ha instalado en Baltimore una *Sociedad de amigos de México*, la cual ha resuelto ya, que cumple á todo ciudadano americano alentarnos y ayudarnos, comenzando por coleccionar fondos que se emplearán en la defensa del país contra el invasor.

Tiempo es ya de que nos ocupemos, para cerrar esta larga revista, de lo ocurrido en México en el mes á que nos referimos, en lo que está relacionado con la cuestion extranjerana.

El gobierno, investido de facultades omnímodas, ha expedido varios decretos de marcada importancia.

Por uno se ha mandado embargar y vender al mejor postor, los bienes pertenecientes á los traidores, haciéndose la

correspondiente enumeracion de los comprendidos bajo ese nombre.

Por otro se ha declarado que se castigará irremisiblemente á los mexicanos que presten algun auxilio al invasor, castigándose con una pena que no baje de un mes de prision, ni exceda de dos años de trabajos forzados, á los que hayan continuado residiendo en las poblaciones ocupadas por el enemigo, á no ser que se pruebe la imposibilidad de abandonarlas.

Se ha declarado ya dia de fiesta nacional el 5 de Mayo, accediéndose así á las repetidas peticiones hechas con ese objeto.

Se ha dispuesto la organizacion de fuerzas populares en el distrito, á fin de que encuentre mayores obstáculos el ejército frances en su tentativa de invasion de la capital, si llegare á formalizarla.

Se ha ordenado la exclaustacion de monjas en toda la república, con cuya disposicion se ha arrojado un audaz cartel de desafio al bando reaccionario, y á sus aliados de ultramar.

Se ha decretado, por último, el pago de un nuevo uno por ciento sobre capitales, y otro uno por derecho de timbre, sobre el valor de toda obligacion de pago, para aumentar con esas entradas los recursos que se necesitan en abundancia para el sostenimiento de la guerra exterior.

Dos ministros extrangeros han salido de esta capital para sus respectivos países. Fué el primero sir Charles Wyke, que tan meritoria conducta ha observado en México desde las conferencias celebradas en Veracruz entre los comisarios de las tres potencias aliadas, enmendando con este noble comportamiento los agravios que nos habia inferido anteriormente.

El segundo diplomático que se ha ausentado, es el mi-

nistro prusiano Mr. Wagner, de quien varias veces hemos tenido que ocuparnos, siempre para mal. Consecuente con sus aberraciones de costumbre, en que campeaban á la vez la mas profunda ignorancia y la mas antojadiza audacia, quiso delegar, como si fuese mueble de traspaso, la representacion que ejercia en favor de los súbditos de potencias extrañas. Resistida tal arbitrariedad por nuestro ministro de relaciones, con la fuerza de lógica y la incontrastable energía de que ha dado tantas pruebas, cometió el de Prusia el nuevo insulto de poner á los extrangeros que han estado encomendados á su lamentable proteccion, bajo la salvaguardia del cuerpo diplomático y de cada uno de sus miembros en particular, confiándolos sobre todo al honor y la lealtad del pueblo mexicano. Lo primero ha sido insistir en una irregularidad no consentida. Lo segundo, si bien importa un elogio de las generosas dotes del pueblo de que ha solido dar Mr. Wagner tan pérfidos informes á las cortes extrangeras, envuelve á la vez un agravio al gobierno, que lo ha rechazado dignamente. La última azafía de ese insigne varon ha sido la de seducir algunos de los soldados que le sirvieron de escolta, para que se pasaran con los traidores.

Entre los documentos publicados últimamente, relativos á cuestiones capitales de la intervencion extrangerá, figuran la correspondencia cambiada entre nuestra secretaría de relaciones y las legaciones de Inglaterra y Francia, con motivo de la ley de suspension de pagos de 17 de Julio de 1861, y el tratado que debió poner término á nuestras desavenencias con la Gran Bretaña, y que afortunadamente no fué aprobado allí. Obligados por la grande importancia de esas piezas á no pasarlas por alto como descáramos, tenemos el sentimiento de manifestar que no estamos conformes

con el giro dado al negocio de la suspension, y que tampoco lo estamos con el tratado, especialmente con su cláusula adicional, que nos parece de todo punto inadmisibile.

Se ha publicado una nueva correspondencia interceptada á Jecker, en la que hay, como en las anteriores, sapos yculebras. Las intrigas de los deudos del banquero suizo continúan sin interrupcion, patrocinadas por Saligny, por Gabriac, por Marpon y por Morny, interesados todos en la especulacion de los bonos. Lo mas notable de las nuevas cartas dadas á luz, es un insidioso concepto de un tal Fournier sobre presentacion en la aduana de Veracruz de los bonos Jecker, exigiendo su admision en un 20 por ciento del importe de los derechos causados, como si estuviera vigente el llamado decreto de Miramon. Se pretendia con ese proyecto extender el círculo de los interesados en el mas desastrado negocio de agio que registran nuestros anales financieros, para que siendo luego apoyadas las gestiones de todos por sus respectivos ministros, se volviera el asunto comun á toda la diplomacia europea. Acaso para favorecer el desarrollo de esa combinacion se arregló el viaje á México del sobrino Luis, quien llegó ya á Veracruz, y debe encontrarse á la fecha en el cuartel general del ejército invasor, tratando de ganar á Forey con el auxilio del conde Dubois, poderoso y decidido protector de la casa especuladora.

Acababa apenas de publicarse nuestra revista anterior, cuando llegó á esta capital la plausible noticia, que fué solemnizada debidamente, de la derrota de los franceses en Tampico. Al retirarse de la barra fué atacado el enemigo por las fuerzas del general Garza, á las que abandonó varias embarcaciones cargadas de pertrechos de guerra, de víveres y otros efectos, teniendo ademas que incendiar un vapor montado con cinco piezas rayadas, el cual no pudo lle-

vase. Continuó con este triunfo la série de los acontecimientos propicios á las glorias nacionales.

El patriotismo de que están animados los mexicanos sigue revelándose de una manera tan patente como satisfactoria. No obstante el aumento de las contribuciones que el gobierno se ve obligado á imponer para subvenir á las necesidades públicas, afluyen de todas partes donativos destinados á las exigencias de la guerra. Es ademas una fuente perenne de recursos la colectacion de los productos de diversiones dedicadas al mismo fin patriótico y humanitario. Corridas de toros, funciones teatrales, comedias de aficionados, bailes, ascensiones aerostáticas, y en una palabra, cuantos entretenimientos son imaginables, se repiten con profusion en la república entera para mandar auxilios al valiente ejército encargado de defender la nacionalidad mexicana. Realza el mérito de esos arbitrios para conseguir dinero, la circunstancia de ser puestos en práctica por el bello sexo, que cumple así á su vez con los deberes que la patria exige de todos sus hijos, y que hace mas productivo el resultado de tales trabajos.

El sexo fuerte, por su parte no descuida el cumplimiento de la obligacion que le incumbe, de oponerse con las armas en la mano á la invasion del territorio nacional. En la nueva organizacion dada en estos últimos dias al ejército de Oriente, ha podido ver el mundo entero que están representados, casi sin excepcion, los Estados todos de la república. En la guerra extrangera que se nos ha obligado á sostener, ninguna de las entidades soberanas en que está dividido el país ha visto con indiferencia el peligro comun. De las extremidades mas remotas de esta tierra tan calumniada, han venido ciudadanos armados para la defensa de la independencia, salvando distancias enormes, arrostrando priva-

ciones y fatigas. Apenas puesta en marcha una fuerza, se comienza á trabajar en la organizacion de otra que venga á su turno á pelear con los invasores. Imposible es que una nacion en que los hombres acuden presurosos al combate, dejando siempre tras de sí quienes ocupen su hueco luego que sucumban, mientras las mugeres se afanan en proporcionarles armas, vestuario, víveres y hospitales, caiga bajo el yugo ominoso del extranjero.

Y mientras los mexicanos están dando estas honrosas pruebas de su decision patriótica, el ejército invasor se desmoraliza, como lo demuestra la no interrumpida desercion que está sufriendo. Sea por falta del estímulo, nacido del convencimiento de la justicia de la guerra, ó por el mal trato que reciben, ó por las continuas privaciones que sufren y á que no están acostumbrados, ó por la esperanza de proporcionarse en éste país privilegiado una vida cómoda, ó por el motivo que se quiera, el caso es que no se pasa un solo día sin que se presenten en nuestros campamentos soldados franceses, que han abandonado sus filas. La desercion es en cualquier ejército síntoma grave de profunda desmoralización; en el frances, tan afamado por su organizacion y disciplina, deba ser todavía mas eficaz el efecto moral. Cuando guerreros condecorados con las cruces de Italia y de Crimea huyen de sus banderas, afrontando el peligro de muerte á que se exponen, preciso es que el mal haya echado raices hondísimas entre las fuerzas agresoras.

El general que las manda se consuela de sus contratiempos expidiendo proclamas, lo cual parece ser su manía favorita. Dos mas, publicadas últimamente, hay que agregar al ya largo catálogo de las salidas de su fecunda pluma.

Anuncia la primera que el cuerpo expedicionario va á salir de sus acantonamientos para marchar sobre México. No

considera perdido el tiempo pasado en un reposo aparente, pues ha servido para dar á conocer el orden y disciplina de las fuerzas francesas. Reproduce las acusaciones de estilo contra el gobierno de México. Apela á los hechos como una confirmacion de la protesta de que no viene á imponernos un gobierno, sino á arrancar por la fuerza al que dice ser la expresion de la voluntad nacional, la justa reparacion de los agravios recibidos, y á consultar despues esa misma voluntad sobre la forma de gobierno que desea, y sobre la eleccion de los hombres que le aseguren el orden con la libertad en el interior, la dignidad é independencia del país en el exterior. Dice que en seguida quedará al ejército frances la obligacion de ayudar al gobierno que se establezca, á marchar resueltamente en la vía del progreso. Y acaba anunciando á los que no mueran, que se reembarcarán en los navíos de la Francia para regresar á su patria.

La república se da por notificada del avance del enemigo, al que se prepara á recibir con las flores del 5 de Mayo.

El reposo de los invasores, no aparente, sino real y prolongado, ha servido para darnos á conocer que saben entregarse á los mayores excesos, como son entrar á saco poblaciones indefensas, deportar á la Martinica á ciudadanos pacíficos solo por no ser intervencionistas, y asesinar á oficiales que iban escoltando á agentes diplomáticos.

Los hechos han confirmado con plena evidencia que se trata de intervenirnos al antojo del gobierno imperial. Al de México, que es indudablemente la expresion de la voluntad nacional, se le quiere dejar solamente el tiempo de vida necesario para que repare los agravios de los franceses, aunque no se dice cómo, si por consecuencia de un tratado impuesto despues de una derrota, ó con solo esta. El cambio de instituciones y de gobernantes, se nos asegura que no se

nos ha de imponer por la fuerza; pero sí se ha de efectuar bajo el amparo de las bayonetas extranjeras, para que disfrutemos así de plena libertad.

El anuncio de que se prolongará la ocupacion militar del país para apoyar al gobierno salido de la urna de Forey, es un nuevo testimonio de que será en todo libérrima nuestra accion, no obstante la presencia y la intervencion de nuestros improvisados tutores.

Lo del reembarque de los que queden con vida, parece dirigido á las tropas francesas; mas como la proclama es á los mexicanos, que son los únicos con quienes se habla en toda ella, es indudable que en el final se le fueron los bártulos al escritor.

Indigestion de ideas, confusion en el estilo, contradiccion en lo sustancial, son los caracteres distintivos de esa nueva produccion del general de division, senador y comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México.

La segunda proclama es una tierna despedida á los habitantes de Orizava, en que despues de noticiarles que va á emprender las operaciones militares, cuyos preparativos le han detenido tanto en aquella ciudad, les da las gracias por la seguridad de que han disfrutado los soldados franceses, á pesar de no contar con las simpatías de los mismos habitantes. Sigue luego el elogio de costumbre de las tropas expedicionarias, pintadas como un modelo de civilizacion. Sigue tambien, como siempre, la laudatoria al emperador, y la diatriba contra el actual gobierno de México. Entra á renglon seguido la propia alabanza al asegurar Forey que ruega al cielo bendiga sus armas, no tanto por una vana ambicion de gloria personal, como por la prosperidad de México.

Como en la última obra del general enemigo se repiten varios conceptos de la anterior, los damos por contestados

con lo que dijimos de esta. En cuanto á los puntos nuevos, llamamos la atencion pública sobre la expontánea y significativa confesion de que no han podido los franceses captarse la simpatía de los orizaveños, lo cual prueba que en los puntos ocupados por los invasores se conserva vivo, aunque comprimido, el sentimiento de la nacionalidad, pudiéndose juzgar por este antecedente de la popularidad de la expedicion. Los deseos de que se supone animado Forey por nuestra prosperidad, no se concilian bien con su conducta marcadamente hostil, viniéndole en consecuencia como de molde la calificacion de filántropo de la escuela de Napoleon y del marqués de la Habana.

México, que tiene la ingratitud de no aceptar los favores que se propone dispensarle, se apresta al combate contra el que se empeña en hacernos felices de orden superior. Arma al brazo le espera en Zaragoza el ejército de Oriente. El del centro ha avanzado hasta San Martin Texmelucan, para estar á la mira de los acontecimientos. De Sinaloa, de Guadalupe, de Guanajuato, de Michoacan, y de los distritos del Estado de México, han llegado ya, ó vienen en camino, nuevos defensores de nuestra independencia. La *minoría opresiva* se reproduce de una manera portentosa.

Forey entretanto está ya en Acatzingo, y sus proclamas, sus movimientos y sus preparativos, denotan que se dispone ya de veras al ataque tantas veces anunciado. Tal nos parece oír al trazar estas líneas el estallido del cañon. Confianza, mexicanos: está con nosotros el Dios de los Ejércitos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCUSION

HABIDA EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS DE ESPAÑA
SOBRE LOS ASUNTOS DE MEXICO.

Mexico, Abril 1º de 1863.

Por mas que aparezca agotado ya el interes de un negocio debatido en la tribuna y en la prensa con todo detenimiento, é ilustrado con la publicacion de documentos importantísimos, lo cierto del caso es, que sigue llamando vivamente la atencion pública, tanto ó mas que al principio, cuanto se relaciona con la expedicion emanada del convenio tripartito.

Buena prueba de esta verdad es el empeño con que ha sido esperada y leida la discusion que hubo en el congreso de los diputados de España sobre la materia á que nos referimos. Debe advertirse tambien, que á la importancia inherente á la cuestion, se agregó allí la novedad de curiosas revelaciones, que nos proponemos explotar.

El no haberse publicado en México íntegros los discursos de los senadores, dió lugar á que, sin culpa de nuestra parte, salieran trucas la reseña y apreciaciones que dimos

á luz por no haber podido encargarnos oportunamente de la peroracion de O'Donnell, por no conocer todavía hasta la fecha la del marqués de Novaliches, y por haber sido muy tardía la publicacion de las de Álvarez [D. Cirilo] y Luzuriaga. Con el mismo inconveniente tropezamos hoy respecto de los discursos de los diputados, pues en los extractos publicados aquí de las sesiones falta el correspondiente á la del 9 de Enero, saltándose de la del 8 á la del 10. Sentimos tanto mas esta desgracia, cuanto que, segun las alusiones hechas en otros discursos, en la sesion omitida debió ser pronunciado el del diputado Rivero, el cual ha de ser por mil títulos interesantísimo para nosotros. Grande es por lo mismo la falta que nos hace; mas como no podemos subsanarla por ahora, entramos ya sin mas preámbulo á formar el extracto de los debates conocidos, y á exponer el juicio crítico que nos han inspirado, advirtiendo que solo nos ocupamos de lo relativo á México.

DISCURSO DE MON.

Apoyando el orador una enmienda que habia presentado por primera vez en su vida parlamentaria, que cuenta ya venticinco años de duracion, expresó que esa innovacion procedia de la gravedad del asunto puesto á discusion, y tambien de haber intervenido personalmente en sus peripecias, como embajador en Paris de S. M. C.; pero que callaria luego que el ministro de Estado le indicara la conveniencia de hacerlo.

Contó en seguida que, nombrado hace quince años embajador en la corte de Roma, tuvo el encargo de tratar de la cuestion de México con el ministro de negocios extranjeros de Francia, á su paso por este país. En caso posible,

debía tambien entenderse sobre el particular con el mismo emperador.

Las dificultades pendientes con México eran las de pago de deudas, castigo de los criminales que habian asesinado á españoles, é indemnizacion de los perjuicios causados. El tratado convenido con D. Miguel de los Santos Alvarez habia sido reprobado. El ministro mexicano Lafragua habia llegado á Paris, y se cuestionaba si habia de ser recibido en Madrid antes de haber dado las satisfacciones que se le pedian.

En tal estado del negocio habló Mon con el ministro de negocios extranjeros del imperio, y aun con el emperador de los franceses, quien no quiso mezclarse en la cuestion, ni hacer nada sin ponerse de acuerdo con la Inglaterra. No obraban entonces en su ánimo las miras insidiosas, la pérfida ambicion que le han dominado despues.

Las dificultades para la recepcion del ministro Lafragua dieron lugar á que Francia é Inglaterra ofrecieran al gobierno español su mediacion, que no fué admitida. Sustituida con la interposicion de buenos oficios, no se quiso dar á estos tal latitud, que importasen el reconocimiento de la calidad de jurado en la decision de plenipotenciarios extranjeros.

Considerábase ya la guerra como inminente, cuando la docilidad del llamado gobierno reaccionario, usurpador en México del poder público, allanó la cuestion, prestándose á cuantas humillaciones se le impusieron en el convenio nulo y vergonzoso conocido con el impropio nombre de tratado, y en el que intervinieron Mon por parte de España, y Almonte como representante de la camarilla conservadora mexicana.

Bautizado ese arreglo con el nombre del embajador, este

ha renegado de su obra, expresando que se sujetó á las instrucciones del ministro de Estado. Poco importa quién sea su verdadero autor: para México lo esencial es su nulidad, lo humillante de sus cláusulas, vergonzosas para el partido que las aceptó.

El ministro de Estado, que sacó para España cuantas ventajas se propuso, trató además de intervenir pacíficamente en nuestras contiendas domésticas, de las que se complace Mon en hacer una descripción horrible, llamándolas oprobio de la civilización, como si en las guerras civiles de la alta Europa no hubiesen ocurrido escenas más horrorosas, hechos más bárbaros que los de México.

La intervención pacífica española, que hubiera acabado sin duda por el empleo de las armas, no llegó á llevarse á efecto por no haberse admitido la condición de la Inglaterra sobre establecimiento de la libertad religiosa, tan repugnado por el fanatismo; y por las dificultades naturales de una empresa en que se pretendía arreglar al gusto europeo nuestras instituciones.

Cayó entretanto Miramon, restableciéndose en la capital de la república el gobierno constitucional, que había desconocido el tratado Mon-Almonte en el acto que tuvo noticia de su celebración. No es cierto, como asentó el orador, que fuera poder legítimo el que sancionó ese convenio. La legitimidad de los gobiernos no nace del reconocimiento de las potencias extranjeras: nace única y exclusivamente de la voluntad popular, que es donde reside la soberanía. El gobierno constitucional lo era de hecho y de derecho, y no tenía obligación de respetar los compromisos contraídos por el usurpador.

Anuncia Mon en su discurso una cosa que no sabíamos que el ministro de Estado entró con México en vías de arre-

gla por medio del conde de Saligny, llegando las cosas á un punto tal de avenencia, que todo dependía ya de la buena fé de los mexicanos, á los que se niega que la tuvieran.

A los mexicanos ha sobrado buena fé en este negocio; constantemente se han prestado á cumplir con las obligaciones que realmente les incumben. Lo único á que se han opuesto, no todos en verdad por desgracia, sino los liberales que son los que se interesan por la dignidad de la nación; lo único á que se han opuesto, decimos, es á pasar por las condiciones injustas y humillantes á que dijeron amén los conservadores.

Animado el gobierno de Juárez de tan dignos sentimientos, imposible era que se allanase á dar las satisfacciones que se le pedían, cuyo contenido consta en la larga enumeración hecha por el orador. Si Saligny informó al gobierno español que México iba á despachar un enviado que die-
ra excusas y satisfacciones por todo, que humillase á su país hasta el punto de *pedir perdón* por la expulsión de Pacheco, Saligny mintió como un bellaco.

Mandóse en efecto á Europa á D. Juan A. de la Fuente, que hubiera sido la persona ménos á propósito para pasos indecorosos, no á darlos como falsamente indicó el ministro francés, sino á reanudar las relaciones rotas, siempre que fuera en el terreno de la justicia y de la dignidad.

Temeroso nuestro representante de que se renovase la indebida exigencia que se opuso á la recepción de Lafragua, se abstuvo de soltar prendas que lo comprometieran, sin que en esto mediara engaño, sin que faltase á México voluntad de cumplir con sus deberes internacionales.

Así las cosas, llegó á noticia del embajador español que Francia é Inglaterra se prestaban á venir á la república, por lo que llama aquel el gran desafuero de la suspensión de

pago de las convenciones diplomáticas, y en despacho telegráfico de 6 de Setiembre lo comunicó á su gobierno.

Aquí entra la parte mas interesante del discurso de Mon, en la que se hacen revelaciones importantísimas para la cuestion mexicana, dejando bien mal parado al ministerio O'Donnell-Calderon Collantes.

En el despacho citado agregaba el embajador, hablando de Inglaterra y de Francia: *no parece que se cuidan de nosotros.* Daba á entender con esta alusion que se veia á España con desprecio; y por lo que pudiera importar, soltaba la especie de que les era grata la idea de una monarquía, sin omitir que la ocasion era favorable, por encontrarse muy debilitados los Estados- Unidos.

A las cuatro ó seis horas de haber remitido su telégrama el diplomático español, recibió otro del ministro de Estado, de la misma fecha de 6 de Setiembre, en que como cosa voluntaria y sin antecedentes, se le encargaba que investigara si el gobierno frances se proponia hacer alguna demostracion hostil contra México, á consecuencia de la ley de suspension de pagos.

El siguiente dia 7 se mandó á Mon una nueva comunicacion telegráfica, en que se le advertia que se habian cruzado los despachos del dia anterior. Se ponía ademas en su conocimiento, que el gobierno español estaba resuelto á obrar enérgicamente, despachando á Veracruz ó Tampico todas las fuerzas de mar y tierra disponibles en Cuba. Y se le decia, por último, que España se asociaría con Francia é Inglaterra, si convenian estas en proceder de acuerdo con aquella; ó acometeria sola la empresa en caso contrario.

Tales incidentes, desconocidos hasta aquí por haber suprimido el ministerio español los partes telegráficos del embajador, no pueden ya dejar duda de que, temeroso el gabi-

nete O'Donnell de que el frances ó inglés le ganaran la delantera, ó de que pareciera que lo llevaban á remolque, hizo su combinacion para cubrir las apariencias, sin preveer que llegaria un dia en que la indiscrecion ó el amor propio de Mon, levantaria el velo con que se encubria de pronto la verdad.

De las aclaraciones hechas resulta: que el anuncio de que venian á México Inglaterra y Francia, fué un golpe eléctrico que sacó á O'Donnell y sus compañeros del Estado de indolencia en que se hallaban respecto de la cuestion mexicana: que convinieron en dar por no recibido ese anuncio, para que la resolucion tomada en virtud de su contenido, apareciera como espontánea; que supusieron haberse cruzado los telégramas, cuando el de San Ildefonso debió su existencia al llegado de Paris; que sucediendo una actividad febril á la inaccion anterior, se dispuso con toda violencia la salida de la expedicion de Cuba, ya fuera que hubiese de venir sola, ó acompañada de las de Francia é Inglaterra; y que se acordó la supresion de los despachos del embajador, tanto por el motivo expresado de que quedara oculto el verdadero origen del cambio de política, cuanto por otra causa poco digna, de que hablaremos al ocuparnos de la contestacion dada sobre este punto por el ministro de Estado.

Convenidos los tres gobiernos en obrar de consuno, tomó cuerpo en todas partes, segun el orador, el pensamiento de establecer en México una monarquía, para poner término á la desoladora anarquía de este país, respecto del cual se deleita Mon en agotar á cada paso el diccionario de los dictorios. Asegura tambien que todos negaban que se quisiera violentar nuestra voluntad por medio de la fuerza; pero agrega que todos, incluso él, eran hipócritas, que ocultaban la

verdad; y que habia ademas debilidad en los gobiernos que deseaban el fin sin adoptar los medios adecuados.

Disentimos en este punto, como en tantos otros, de las apreciaciones exageradas del embajador, que juzga por las propias de las intenciones de los demas. Podrá ser que se generalizara en efecto la idea de la monarquía, creyéndola equivocadamente la panacea de nuestros males políticos, que no conocen las condiciones especiales de este país, ni la índole de sus habitantes. Estamos conformes en aplicar á Mon y al gobierno frances el epíteto de hipócritas con que casi se envanece el ex-embajador; pero en cuanto á los gobiernos de España y de Inglaterra, los hechos han demostrado, en perfecto acuerdo con los documentos diplomáticos, que se expresaban con sinceridad al afirmar que no querian imponernos la monarquía, sino simplemente establecerla en caso de que estuviera por esa forma de gobierno la mayoría de los mexicanos. Los medios que dichos gobiernos emplearon estuvieron en consonancia con ese fin, sin que en tan leal conducta hubiera debilidad, pues no merece semejante nombre el debido respeto á la voluntad de un pueblo soberano.

A pesar de estar aceptada la accion de las tres potencias, España procedió como si tuviera que obrar por sí sola, extremándose sus periódicos en hacer alarde del poder nacional, suficiente para no necesitar de nadie. Esto dió lugar á quejas de los gabinetes aliados, trasmítidas por el embajador Mon, partidario acérrimo de la mancomunidad. Calderon Collantes le contestó, que era supuesta la precipitacion atribuida al gobierno de la reina, así como el abandono de sus primeros pensamientos; y que si bien España, en caso necesario, acometeria por sí sola la empresa, preferia el acuerdo comun, como medio mas eficaz de establecer en

México un gobierno que diera seguridad y reposo á sus desgraciados habitantes, y garantías á los intereses y vidas de los extranjeros.

Mon acusó á su gobierno de falta de sinceridad, fundando ese cargo en que mientras se expresaba en los términos enunciados, disponia que saliera la expedicion de la Habana, en órden del 11 de Septiembre, dada á los cinco dias de la noticia de la venida á México de la Francia y de la Inglaterra. á los cuatro de propuesta la accion comun, y á los dos de saberse que estaba aceptada. Dicha órden no fué detenida, ni tampoco revocada, á pesar de haber sobrado tiempo para hacerlo, por no haberse aprovechado la salida de varios vapores ó correos para la Isla de Cuba, á donde se enviaron las comunicaciones relativas á la accion mancomunada, por la vía de los Estados-Unidos.

El orador insistió mucho en este punto, y sus explicaciones hacen en efecto creer que no se comunicó oportunamente al general Serrano el convenio de Lóndres con la mira de hacer ostentacion del poder aislado de la España. A propósito de esa ignorancia en que voluntariamente se dejó al duque de la Torre, toca Mon un punto que afectó singularmente su amor propio: el de que el tratado de 31 de Octubre se hubiese firmado por Isturiz en Lóndres y no por él en Paris, donde se habia iniciado, preparado y desarrollado. Echa la culpa de tal variacion al gobierno inglés, que hizo creer al español que así lo deseaba Francia, y al frances que así lo deseaba la España; y asegura que en caso de haberse firmado la convencion en Paris, lo hubiera sabido á tiempo el capitán general de Cuba.

La violenta salida de la expedicion española de la Habana, punto donde debia haberse reunido con las otras, causó mucho disgusto á los gobiernos de Lóndres y de Paris,

siendo ese el motivo que indujo al segundo á reforzar las tropas enviadas al principio. Al comunicarse esta resolucion al embajador, se le dijo que nacia de la necesidad de venir á dictar la paz á México mismo.

Sin negar el disgusto causado por la precipitacion de los españoles, nos parece seguro que el refuerzo frances se mandó por haberse apoderado ya del ánimo del emperador el descabellado pensamiento de intervenirnos, con escandalosa infraccion del tratado de Lóndres. La serie de acontecimientos emanados de semejante propósito, lo corrobora así.

Siguiendo el orador en su sistema de acusaciones á su gobierno, preguntó por qué á él se le dijo que era preciso venir á México, mientras al marqués de los Castillejos se le previno que no lo hiciera sino en caso absolutamente necesario.

Mon pasó luego á hablar de la candidatura del príncipe Maximiliano, dando á conocer todo lo ocurrido respecto de ese incidente.

En la falsa creencia de que existia en México un partido monárquico, se buscó candidato para el trono. El gobierno imperial se fijó en el archiduque austriaco, y su candidatura se comunicó en 13 de Octubre al gabinete español por su embajador, en dos formas: oficialmente, en un despacho ostensible que se publicó, y en el que se ocultaba lo sustancial; y en una carta reservada, en que se daba al candidato el nombre de buen príncipe.

El ministro de Estado no contestó. En 23 de Octubre se le pidió la respuesta, y no la dió tampoco. Hasta el 13 de Noviembre rompió el silencio para encargar que se averiguaran las instrucciones llevadas por la Gravière. Mon le respondió que estaban basadas en la carta de 13 de Octubre; y como el silencio siguió, puso el embajador otra comunica-

cion oficial en 3 de Diciembre, para que constara en todo tiempo que oportunamente habia dado aviso de los deseos del emperador. El 9 se le contestó, que en caso de que los mexicanos estuvieran por la monarquía, preferiria España que fuese elegido un príncipe de la casa de Borbon.

El 22 de Enero de 1862 remitió Calderon Collantes á Mon copia de un oficio dirigido al general Prim, en que se le decia: que ni el gobierno frances habia hecho proposicion formal de establecer una monarquía en México, ni se prescindiria del principio fundamental de la política española en América, de dejar á sus habitantes en plena libertad de establecer el gobierno mas conforme á sus necesidades y creencias.

El embajador contestó en 29 de Enero. En el primer párrafo de su nota encontramos la noticia, desconocida hasta aqui, de la dimision del general Serrano. Nada sabemos acerca de los motivos en que fundaria su renuncia el capitán general de Cuba, que desempeña hoy el ministerio de relaciones exteriores en España; pero la conocida hostilidad de ese funcionario á los mexicanos, bien deja entender que queria separarse del puesto que desempeñaba, por disgustos con el conde de Reus, encargado del mando de la expedicion española. El tiempo aclarará lo ocurrido en este negocio, sobre el que se ha guardado una estudiada reserva.

Tergiversando Mon los conceptos de Calderon Collantes, se quejaba de que se hubiese dicho á Prim que no se habia hecho al gobierno español la menor indicacion por el frances acerca del proyecto del establecimiento de una monarquía en México. Hemos visto ya que la frase usada por el ministro de Estado, era la de que no habia mediado proposicion formal. Palpable es la diferencia que existe entre uno y otro concepto.

Calderon Collantes respondió en 6 de Febrero, que se habia guardado silencio, por la duda de que la candidatura de Maximiliano fuese un secreto, que no debía revelar el gobierno español; pero que al partir el marqués de los Castillejos se le habia advertido del pensamiento, y dádole las instrucciones oportunas por escrito y verbalmente.

El embajador se vanagloria de que si él hubiera firmado el tratado tripartito, habria hecho que el punto quedara completamente dilucidado.

Llega el orador, despues de detenerse tanto en los antecedentes referidos, á lo que pasó en México una vez venidas las expediciones de los aliados.

Sostiene que ningun plenipotenciario tenia autorizacion para examinar la justicia de las reclamaciones de los otros. Si en algunas habia injusticia, la responsabilidad seria del que las presentaba, sin que correspondiese á los demas ingerirse en negocios ajenos.

Entendida la accion colectiva como una obligacion ciega de apoyar toda clase de reclamaciones por iníquas que fuesen, se habria dado al mundo el horrible espectáculo de la concordia de tres naciones poderosas para oprimir á una república débil, aun cuando dos de aquellas tuviesen conciencia de la iniquidad de las pretensiones de la tercera.

Prescindiendo del punto de derecho, el hecho fué que los plenipotenciarios ingleses rechazaron el ultimatum frances. La disidencia, pues, no fué obra del general Prim ni de su gobierno, á quienes se imputan injustamente acciones de extraña procedencia.

El orador se desata contra el tratado de la Soledad, ponderando las inmensas ventajas que hubiera sacado España del uso de la fuerza, para establecer en México un gobierno que hubiera dado garantías. Sirve esto de tema para una

nueva andanada de insultos contra esta pobre república, que el embajador se complace en ultrajar á mansalva.

Llevado de su frenesí, no comprende Mon el objeto del tratado. Dice que España estaba ya con México en guerra declarada, en guerra abierta, en lo cual asienta dos insignes falsedades. A la declaracion y apertura de la guerra debian preceder las reclamaciones, no rompiéndose las hostilidades sino en caso de no obtenerse las satisfacciones pedidas. Un embajador, que está obligado á saber el derecho de gentes, debería abstenerse de sentar y defender proposiciones tan absurdas.

Tampoco la razon de salubridad ha parecido satisfactoria al belicoso diplomático, quien pregona que no se debió pedir permiso para pasar á Orizava. Reproduce así el anterior argumento de que debía comenzarse por las hostilidades; y aunque no le falta razon para decir que igual derecho se tenia para entrar hasta México que para ocupar á Veracruz, no admitimos nosotros la comparacion sino en el sentido de que lo uno y lo otro era un atentado injustificable. Partiendo de tal principio, sostenemos que la perpetracion de un atentado no autoriza para seguirlos cometiendo; á lo que se agrega que, segun las repetidas é indestructibles aseveraciones del general Prim, el paso á Orizava tenia el inconveniente de no ser posible por la fuerza, en virtud de la falta de trasportes.

La ira de Mon sube de punto por haberse colocado la bandera mexicana junto á la española. Su fundamento consiste en que se trataba de una insignia enemiga, con lo cual reincide en la equivocacion de dar por existente una guerra aplazada para el único caso de que México se negase á dar las satisfacciones exigidas. O es muy torpe el embajador en doctrinas que deberian serle familiares, ó el odio que nos profesa lo ciega al extremo de pronunciarse á sabiendas contra los principios mas trillados.

Entrando á la cuestion Almonte, dice Mon que tuvo el honor, poco envidiable por cierto, de firmar el tratado que lleva el nombre de ambos. Agrega, que cuando el renegado le significó que venia á México con la expedicion francesa, su digno compañero se lo tuvo á mal. Almonte no hizo caso de la indicacion; pero antes de salir para la república estuvo en Madrid, y Mon asegura que aquel no hubiera venido á la menor insinuacion del ministro de Estado.

El traidor llegó á nuestras costas con cuatro ó cinco paisanos, entre ellos el padre Miranda, amigo tambien de Mon, por aquello de que Dios los cria y ellos se juntan. Segun el orador, una persona que carecia de tropas y de influencia, no podia infundir recelo á los aliados, quienes tampoco podian por otro lado prohibirle que tomase parte en las grandes cuestiones de México. El respetable Sr. Mon, que ha tenido el gusto [por qué no el honor?] de que Almonte haya comido en su casa, lo declara inofensivo, niega que levantara bandera alguna, que quisiera ejercer autoridad, que se propusiera desempeñar alguna comision. Almonte no se anunció hasta despues de embarcadas las tropas españolas, y entónces lo hizo por medio de la proclama que expidió en Orizava, en la que se presentó como auxiliar de los proyectos de la Francia.

El digno amigo de Almonte y de Miranda, aglomera falsedades con inaudito descaro.

Desde que el renegado llegó á Veraacruz, se presentó al general Prim á notificarle que Maximiliano habia aceptado ya la corona de México, y que él venia á trabajar por la realizacion de ese plan. ¿Cómo, pues, se ha atrevido Mon á llamar inofensivo á su compañero, á sostener que no traia comision alguna?

Los primeros pasos del corredor del trono mexicano, se

encaminaron á fraguar un pronunciamiento por el estilo de los muchos que cuenta en su hoja de servicios. La fidelidad de uno de los gefes á quienes se dirigió, reveló la existencia del plan en cuya virtud pretendia hacerse dueño del poder el perpétuo aspirante á la presidencia de la república. Ese es el hombre de quien su sócio Mon asevera que ninguna bandera levantaba, que no queria ejercer autoridad.

La falta de tropas y de influencia de Almonte, no podia en efecto infundir recelo á los aliados, que tampoco pensaron en excluirle de los negocios del país. Pero de eso á dispensarle abierta proteccion; de eso á llevarle escoltado á puntos sujetos al gobierno que venia á derribar, y en los que eran admitidos los aliados por pura generosidad; de eso á permitirle que conspirase bajo el amparo de las bayonetas extranjeras contra ese mismo gobierno reconocido por repetidos actos, y con el que acababa de celebrarse un convenio; de eso á convertirle en *casus belli*, la distancia es enorme. El embajador calla acerca de todo esto, porque trataba del asunto con escandalosa mala fé.

De esta verdad encontramos una nueva prueba en el dolo con que atribuye al conde de Reus el rompimiento de Orizava. Niega con razon á los plenipotenciarios el derecho de romper los tratados, que solo pueden dejar de existir por la voluntad de los gobiernos que los han hecho, y aplica este principio al caudillo español, modelo de lealtad y de caballerosidad, en vez de aplicarlo á los comisarios franceses, que fueron quienes destrozaron á la vez la convencion de Lóndres y los preliminares de la Soledad.

El orador, que quiere entender de todo, afirma que era posible que las tropas españolas hubieran aguardado, en lugar de reembarcarse, ó salvado á las francesas del desastre de Puebla.

Ya el conde de Reus, el duque Tetuan y otras autoridades competentes, han reconocido la imposibilidad de que las fuerzas españolas hubieran permanecido inactivas y neutrales entre los ejércitos beligerantes. Mon sostiene con audacia un verdadero despropósito.

Muy grato hubiera sido para el afrancesado embajador la salvacion del desastre de Puebla. El conde de Reus no pudo darle ese gusto, para lo que habria necesitado faltar á los compromisos mas solemnes, quebrantar las instrucciones de su gobierno, y obrar á remolque de la corrompida política francesa.

Después de una estemporánea filípica contra el gobierno inglés, trata el orador de combatir el argumento de que es imposible el establecimiento de una monarquía en México. Mon no lo cree así, fundándose en que aquí hubo monarquía durante 300 años; en que la república ha producido resultados desastrosos; en que al proclamar la independencia, nuestro pensamiento fué la monarquía; en que la estipuló el virey O'Donojú; en que el emperador Iturbide empleó un lenguaje de gratitud con la España; en que los pueblos decretaron á Santa-Anna el tratamiento de alteza serenísima.

Si fuera bueno el argumento de que debe hoy haber aquí lo que hubo durante 300 años, la consecuencia seria, no el establecimiento de una monarquía independiente, sino el restablecimiento del sistema colonial. La inquisicion, el gobierno absoluto, el feudalismo, la tortura, la esclavitud, han durado tambien centenares de años en diversos países; ¿creé el Sr. Mon que con solo eso están probadas la bondad y la conveniencia de restablecerlos?

Nuestra pérdida de territorio, nuestra falta de rentas, nuestra deuda interior y exterior, las calamidades todas que

hemos sufrido, no son hijas del sistema republicano, sino de nuestra inexperiencia, de nuestras guerras civiles, de nuestra generosidad, de la codicia y perfidia de algunas potencias extranjeras, de la terrible lucha entre las ideas del progreso y las preocupaciones que nos legó la metrópoli. Confundir la coexistencia de dos cosas con reputar á una emanada de la otra, es un vicio dialéctico que se enseña á conocer en las escuelas.

Al proclamar la monarquía en union de la independencia, se obraba bajo los impulsos del hábito, no destruido todavía por la experiencia ni por la ilustracion. No es cuerdo por otra parte, investigar cuál pudo ser la opinion del país en 1821, cuando lo que debe averiguarse es, cuál es la reinante hoy.

Extensiva es esta observacion á los tratados de Córdoba, en los que resalta ademas la influencia del partido borbónico, que se propuso dejar un asidero á la destruida dominacion española.

La gratitud de Iturbide á la España, no prueba la conveniencia, ni ménos la necesidad del sistema monárquico. Mon es tan poco fuerte en lógica como en derecho de gentes.

La caída del emperador mexicano sí prueba la dificultad de que eche raíces la monarquía en un país donde no tardó en ser derribado del trono quien habia consumado la independencia nacional.

Mon se muestra tan atrasado en historia como en todo lo demas, al contar muy sériamente que fueron los pueblos los que decretaron el tratamiento de alteza serenísima á Santa-Anna, á quien llama el hombre que mas servicios ha prestado á México. El tratamiento fué obra exclusiva de una camarilla adulatora. Santa-Anna es el hombre que mas

daños ha hecho á su país.....Hay mentores que necesitan ir todavía á la escuela.

Indígnase Mon, lo mismo que Bermudez de Castro, lo mismo que el marqués de la Habana, de que se le dé el epíteto de afrancesado, tan bien aplicado á todos ellos: quiere que se explique, y nosotros le daremos gusto. Se les llama afrancesados, porque aplauden á boca llena la política del emperador, torpe, nefanda, ilegal, abusiva, escandalosa.

El embajador la defiende, sin embargo, pintándola con colores enteramente distintos. A darle crédito, la Francia no ha venido á México ni por la reclamacion de unos cuantos dineros, ni por proteger á tres ó cuatro mil franceses dedicados al pequeño comercio, ni por hacer rey á Maximiliano, ni por cambiar nuestra república por el Véneto. ¿A qué viene, pues? El embajador ofreció varias veces decirlo; pero acabó por comulgárselo.

Su peroracion terminó lamentando que la suerte de los mexicanos haya quedado entregada á la direccion única y exclusiva del ejército frances, y pronosticando que España resultará desatendida.

Para la honra de España es una fortuna inmensa no aparecer asociada á una empresa sin justificacion posible. Para ser atendida le servirá tambien de mucho ese honroso comportamiento, que ha cambiado en simpatía la aversion de los mexicanos á sus antiguos dominadores.

Igual alivio al que experimenta el que suelta una carga pesada, sentimos al acabar con el enojoso discurso de Mon, cansado, poco metódico, lleno de alabanzas personales, repleto de repeticiones innecesarias. Cuatro cosas se propuso su autor al pronunciarlo: hacer de sí mismo los mayores elogios; ultrajar á México con los denuestos mas ofensivos; censurar los actos de su gobierno mas ajustados á las leyes

internacionales; aplaudir á dos manos los planes insidiosos del emperador. Tratándose de un hombre que une á la falta de modestia el desprecio á la equidad y á la justicia, el amor al maquiavelismo y el odio á la verdad, honroso es para México tenerlo por enemigo.

DISCURSO DE CALDERON COLLANTES.

Recordó el orador al congreso, que al llegar al poder el gabinete O'Donnell estaban admitidos los buenos oficios de Francia é Inglaterra, interpuestos quince meses antes, y que el ministro frances de negocios extranjeros habia considerado como una mediacion. Ningun resultado habian producido hasta entónces, y se atribuye á la política enérgica del mismo ministerio la ejecucion de cinco de los autores de los asesinatos de San Vicente y Chiconcuaque, lo mismo que las negociaciones entabladas por medio de Almonte.

Grandes equivocaciones se padecen con tales aseveraciones. Los asesinos de que se habla fueron ejecutados, gracias á la actividad no comun, al empeño singular con que se procuró en México el descubrimiento y castigo del crimen. La política del gabinete español, por enérgica que se la suponga, no pudo influir en una ejecucion acaecida, como confiesa el mismo Calderon Collantes, á poco de constituido aquel.

Tampoco el restablecimiento de las negociaciones procedió de la causa señalada, sino única y exclusivamente del antipatriótico deseo de las usurpadoras autoridades reaccionarias de México de buscar apoyo en los gobiernos extranjeros, aun cuando fuera pasando por sus mas exorbitantes exigencias.

Niega el ministro de Estado que el gobierno español hubiera adoptado nunca la intervencion, y mucho ménos la in-

tervencion armada, habiéndose propuesto siempre dejar á los mexicanos constituir su gobierno como mejor les pareciera.

En lo de la intervencion armada estamos conformes: documentos y hechos han probado de consuno la sinceridad con que se desechó ese pensamiento. No podemos decir otro tanto de la intervencion pacífica, consignada expresamente en el convenio de Londres, para el caso en que contara con la mayoría de los mexicanos.

Asegúrase que se pensó en la expedicion á la república desde la primavera de 1861, sin que se hubiera podido llevar á cabo por falta de elementos para una empresa de tanta magnitud. A la vez se afirma que nació de España la idea de la union mancomunada.

Dijimos ya, al analizar el discurso de Mon, que está probado para nosotros que el anuncio de la venida de Inglaterra y Francia fué lo que indujo al ministerio español á moverse, aparentando que la expedicion estaba resuelta de antemano.

Respondiendo al cargo de haber suprimido el despacho telegráfico del embajador, de 6 de Septiembre, habló el ministro del derecho que tiene todo gobierno de elegir los documentos diplomáticos que presente, mientras sus representantes en el extranjero carecen de facultades para exhibir los que á bien tengan. Agregó que la supresion del despacho procedió de contener la frase de que la expedicion anglo-francesa se llevaria á efecto *sin tener en cuenta para nada á España.*

Muy discutible nos parece la teoría de que los gobiernos trunquen los documentos diplomáticos como mejor les plazca. Una cosa es que se reserven ciertos negocios mientras no deben ser conocidos, y otra bien distinta que se den á conocer á medias, desglosando de los expedientes

piezas sin las que no se puede formar juicio acertado de aquellos.

En lo que respecta á la causa de la supresion del telegrama, encontramos en la conducta del gabinete español un nuevo comprobante del sistema que se sigue por lo comun en los asuntos internacionales. Ofende Francia á España con una frase despreciativa, y en vez de pedirse explicaciones satisfactorias para la dignidad nacional, se adopta el partido de no publicar el documento, como si la injuria dejase de existir con ocultarla el agraviado. ¡Oh! si el gobierno mexicano se hubiese tomado una licencia parecida á la del imperial, á buen seguro que hubiese encontrado tan prudente disimulo. Léjos de eso, se le hubiera hablado en términos enérgicos, se le hubiera amenazado con el ultimatum y la guerra. Tal es el mundo: á los fuertes se les trata con humildad; á los débiles con arrogancia.

El orador expresó, con sobrado fundamento, que aun cuando se hubiese opinado por la intervencion armada, no habiéndose admitido esta idea en el convenio de Londres, la obligacion de los gobiernos estaba reducida á cumplir con las bases estipuladas.

No pudo el ministro explicar satisfactoriamente la demora con que se avisó al general Serrano la adopcion de la accion mancomunada, de lo que se infiere, que voluntariamente se dió lugar á que la expedicion española se anticipase á las otras.

Tampoco logró Calderon Collantes probar que los gobiernos frances é inglés se dieron por satisfechos con las explicaciones emitidas por el español sobre ese punto, pues si bien las admitieron, nada demuestra que sirvieran para borrar la impresion causada por un paso precipitado.

Sobre la queja formulada por Mon, de que el convenio se

hubiese firmado en Londres y no en Paris, le contestó el ministro, que en ningun caso se habrian adoptado las ideas intervencionistas del embajador, por no estar conformes con ellas las altas partes contratantes.

Habiendo expresado claramente el gobierno frances que el refuerzo mandado á su cuerpo expedicionario procedia de la necesidad de venir á México á dictar la paz, fué notoriamente errónea la inteligencia de que solo se vendria en caso necesario. En este incidente la razon estuvo de parte de Mon, que comprendió mejor las palabras y el espíritu de la nueva decision imperial con que se barrenaba el tratado de Londres.

El orador declaró que la guerra con México únicamente debia tener lugar en el caso de que fueran desechadas las reclamaciones de las tres potencias. El plenipotenciario español debia sostenerlas colectivamente; pero la divergencia entre los comisarios franceses é ingleses le puso en la imposibilidad de apoyar una accion que habia dejado de ser común. Tampoco se podia pasar á Orizava en son de guerra, cuando esta no habia sido declarada, ni se estaba aún en el caso de emprenderla, por no haberse llenado las condiciones preliminares para hacerlo.

Eterno honor hará al gobierno español haber cumplido en esta parte con los preceptos del derecho internacional, desconocidos ó despreciados por Mon el embajador.

La discordancia entre los plenipotenciarios, y el hecho bien significativo de no haber habido, como se creyó, una manifestacion mexicana en favor de la intervencion, luego que llegó á nuestras playas el cuerpo expedicionario de los aliados, cambiaron necesariamente el carácter de la expedicion.

Repite el ministro de Estado lo que habia dicho ya varias

veces: que el gabinete hubiera deseado mejor redaccion de los preliminares de la Soledad; que algunas de sus cláusulas le parecieron peligrosas; pero que en la situacion de las cosas no podian ménos de aceptarse, y por eso fueron aprobados, previniéndose á Prim que si las conferencias de Orizava no daban un resultado satisfactorio, obrase con energía para obligar á México á dar á España las satisfacciones reclamadas.

Niega Calderon que hubiera bastado indicar á Almonte que no viniese á México para que se hubiese abstenido de hacerlo, y se funda en que las idas del renegado, de Paris á Viena y á Madrid, trabajando por el establecimiento de una monarquía en su país, le habian comprometido en términos tales, que ya no podia prescindir del viage.

El orador, aclarando los hechos tergiversados por el preopinante, desmintió el falso cargo de que Prim hubiera negado amparo á Almonte, y propúéstose entregarlo para que fuera fusilado, cuando se limitó á no consentir que trabajase por la candidatura de Maximiliano bajo el amparo de las fuerzas aliadas.

Otro concepto igualmente tergiversado, el de la causa del rompimiento de Orizava, quedó explicado tambien con la cita de un despacho de Lord Russell en que dijo que la disidencia habia procedido de la *proteccion* dada á Almonte, y del empeño de Saligny de marchar sobre México sin esperar la satisfaccion de los agravios.

En la cuestion de la candidatura de Maximiliano, dijo el órgano del gobierno español, que como en la comunicacion oficial de 13 de Octubre solo se hablaba de colocar á un buen príncipe á la cabeza del pueblo mexicano, y en carta particular era en la que se mencionaba á Maximiliano, se dudó si se trataba de un simple deseo ó de una proposicion

formal, ignorándose además si el pensamiento se había comunicado al gobierno británico. A esto se atribuye el no haberse dado contestación á Mon, hasta que habiendo insistido él en pedirla, se le mandó en 9 de Diciembre, reservando los derechos de los borbones para el caso del establecimiento de la monarquía en México.

El gobierno español no se consideró con derecho á publicar las comunicaciones de su embajador sin autorización de Thouvenel, á quien se pidió, y el cual contestó que la candidatura de Maximiliano en nada coartaba la voluntad de los mexicanos para darse el gobierno que mas les conviniera. Esa respuesta fué un nuevo rasgo de hipocresía.

El ministro de Estado increpó á su antagonista por haber hecho en el Parlamento uso de cartas particulares, por haber sostenido la teoría de que ciertas cosas graves no debían consignarse en despachos oficiales, y por haber hecho mención de los documentos no publicados, despues de haberse comprometido á lo contrario. Poco honorífico es en verdad haber merecido tales increpaciones.

El orador concluyó haciendo notar la contradicción en que se encontraba Mon con Thouvenel y Billault, pues mientras el primero había considerado lo de la candidatura de Maximiliano como una proposición formal, los segundos la presentaban como una mera insinuación sobre una eventualidad posible. Contestando á esto Mon al rectificar, dijo que en las comunicaciones oficiales nunca se hace mas que expresar un deseo; con lo que dió á entender que era formal la intención del gobierno imperial, aunque no la declaraba.

Este concepto aparece plenamente confirmado en un despacho telegráfico de 15 de Noviembre, dirigido por el embajador á su gobierno, y que Calderon Collantes leyó, obli-

gado por su contrincante á explicar los hechos tales como han pasado.

El despacho decía que el gobierno francés deseaba vivamente establecer la monarquía en México; que éstas debían ser las instrucciones dadas al almirante Jurien y á Saligny; que el candidato era el archiduque Maximiliano; que éste aceptaba; que los mexicanos residentes en Paris trabajaban en este sentido, de acuerdo con sus partidarios de México.

Como se ve, las aseveraciones del embajador fueron en extremo graves. Cuando un gobierno se fija en un candidato, le habla y cuenta ya con su aceptación, el negocio ha salido del terreno de las insinuaciones, pasando al de las proposiciones formales. Negar despues la existencia de una combinación tan adelantada, no sirve para otra cosa que para poner de manifiesto la poca lealtad con que se obra, así como el descaro con que se miente.

El gabinete español dió en este incidente una nueva prueba de su temor de disgustar al gobierno imperial. Sensible es que este lunar afee la honrosa conducta que, en todo lo demás, siguió en la cuestión de México, y que mereció la aprobación del congreso, el cual desechó por 149 votos contra 73 la enmienda de Mon, derrotando así completamente al presuntuoso embajador.

DISCURSO DE OLÓZAGA.

Al comenzar la parte de su peroración relativa á nuestra república, advirtió el orador que el gobierno había puesto á la cabeza de los documentos publicados, el telegrama en que se encargaba á Mon que averiguara si venían á México Francia ó Inglaterra, anunciándole que venía la España. "Sabemos ya, agregó Olózaga, que el señor ministro de Estado

preguntó á su embajador lo que hacia cuatro horas que habia sabido ya."

Esta pulla está justificada con los antecedentes de que ya nos hemos ocupado.

Habló en seguida el orador de la mutilacion de los documentos concernientes á la candidatura de Maximiliano, extrañando que se firmara el tratado de Lóndres sin que se aceptara ó rechazara, ó cuando ménos sin que se discutiera en el modo conveniente la proposicion emanada del gobierno imperial. Tambien reprobó que la bandera española pudiera presentarse en la tierra que ilustró Hernan Cortés, para entronizar á un príncipe extranjero.

Consignada está ya nuestra opinion de que no tiene derecho un gobierno para mutilar los documentos que somete al exámen del cuerpo legislativo, que mal puede juzgar con acierto de cuestiones en que faltan datos.

De acuerdo en este punto con Olózaga, no lo estamos en el otro que tocó. Estipulándose en el tratado de Lóndres que no se intervendría por la fuerza en nuestros negocios domésticos, quedaba por esta condicion implícitamente desechada la candidatura de Maximiliano por los gobiernos que de buena fé firmaron aquel convenio.

Mas fundadas nos parecen las otras impugnaciones, sobre lo que se llamó con gracia *los pujos de intervencion*, y sobre la falta gravísima de haberse acordado hacer reclamaciones colectivas, sin fijar si cada potencia habia de hacer las suyas, comunicándolas á los aliados, ó si se darian mutuamente un voto de confianza. Es claro que si una ú otra de estas cosas se hubiera fijado en el convenio, no habria surgido en Veracruz el desacuerdo que hubo entre los plenipotenciarios con motivo del ultimatum frances; desacuerdo de que emanaron consecuencias muy trascendentales.

Son igualmente incontestables los cargos hechos por no haberse determinado la fuerza que se emplearia en la expedicion, ni el mínimum y el máximium con que habia de contribuir cada potencia. Tal vacío fué á su vez causa de graves complicaciones.

Tambien es atendible la observacion de que se dieran instrucciones opuestas á los comisarios. Miéntras á los franceses se les mandó apoyar la candidatura del príncipe austriaco y venir á México á dictar la paz, al general Prim se le previno que no viniera sino en caso absolutamente necesario.

Suponiendo el evento de que al presentarse los aliados se hubiese levantado aquí un partido poderoso proclamando la monarquía, nota el orador que hubiera sido terrible el conflicto nacido de que los franceses sostuvieran á un monarca y los españoles á otro.

Es de advertir, que los mexicanos debemos alegrarnos, y nos alegramos en efecto, de que en el tratado de Lóndres hubiera tantos huecos, cuyo resultado fué la disolucion de la triple alianza; pero esto no quita que conozcamos la razon con que se asevera que se careció de prevision al firmar el tratado, porque se procedió sin franqueza y lealtad.

Atribuye Olózaga que España librara de una catástrofe terrible al pueblo mexicano, que tiene todos los vicios y virtudes del español: que carece de educacion política, porque los españoles no la tenian y no nos la podian dar; pero que en medio de tanta desgracia heredó el amor sagrado de la patria. Agregó el orador, que el gobierno actual de México ha encontrado apoyo contra el extranjero, y merece consideracion de las naciones libres. Tambien aseguró que aquí jamas podrá establecerse ningun poder sólido, nacion alguna extranjera.

Atronados nuestros oídos con las continuas diatribas de casi todos los oradores que hablan de nuestros negocios en los parlamentos extrañeros, se siente regocijo al oír palabras imparciales en boca de uno que otro personaje desapasionado y justiciero. Llama la atención que en España no hayan hablado en términos honoríficos para México mas que individuos pertenecientes al partido demócrata, lo cual hace comprender que los reaccionarios son preocupados en todas partes. Sus enconosas apreciaciones respecto de nuestro país, desaparecerán ante la verdad histórica, defendida por hombres como Prim, como Olózaga, como Rivero, cuyo discurso, según ya dijimos, por desgracia no ha llegado todavía á nuestras manos, pero que en su periódico la *Discusion* ha tenido el noble arrojo de decir que si España llega á verse un día en la situación actual de la república mexicana, desearia un Juárez para su patria.

El orador reprobó al gabinete que hubiera dado graves motivos de desconfianza á los aliados, disponiendo que la expedición de la Habana saliese sin esperar la escuadra franco-inglesa, para lo cual se mandó la orden respectiva á pesar de estar admitida con anterioridad la acción mancomunada; y aunque despues se ha dicho que se envió contraórden por la vía de los Estados-Unidos, ni llegó á recibirla el capitán general de Cuba, ni siquiera aparece ese documento entre los publicados. Cargos son estos que, como fundados en hechos patentes, no admiten contestación.

Olózaga recapituló en seguida los puntos de desavenencia que hubo entre los plenipotenciarios y sus gobiernos, advirtiendo que en nada volvieron á estar conformes; ni en las reclamaciones de créditos, ni en los convenios de la Soledad, ni en la cuestión de Almonte. Tratando de esta, reconvinó el orador al gobierno por no haber aceptado el pro-

yecto de ese mal mexicano, ó tratado de evitar la divergencia entre las fuerzas aliadas. Esa falta de prevision y de lealtad hubiera comprometido el nombre y el decoro de la nación, á no haber mandado las tropas españolas un hombre de ánimo levantado. "Yo no puedo ménos de agradecer y aun de admirar — exclamó Olózaga — al que vió que la única salida que le quedaba era evitar el conflicto con los franceses, y volverse." Natural era en efecto que aprobase la retirada quien desde el principio habia condenado la intervención.

La inculpacion que se hace al gobierno español por haber aprobado tambien la conducta de su plenipotenciario, nos parece destituida de fundamento. No es cierto que él fuera el único culpable de que no se hubiesen conseguido los objetos de la alianza. Su fidelidad á los compromisos contraídos lo ponía precisamente en el caso de no seguir la política francesa, que los desgarraba por antojo. El gobierno español pudo y debió aprobar la resolución de Prim, como el único arbitrio que le quedaba de no asociarse á la deslealtad y la perfidia.

Terminadas las observaciones sobre los hechos prominentes de la expedición, entró el orador á considerar cuál es la política que su patria debería seguir en América. Con el mismo espíritu de imparcialidad que ya hemos elogiado, confesó que mas se habia ocupado España en llevarse el oro y la plata, que de la buena administración del país. Con habilidad y justicia recomendó, que no se ejerza otra intervención que la procedente de la benevolencia, del cariño, de la influencia de la lengua y literatura españolas, de la protección decidida á los derechos legítimos de los peninsulares.

Al hablar de las bajezas empleadas con el gobierno fran-

ces, las reprobó en términos expresivos, manifestando que en casos como el que habia ocurrido, no se envía embajador alguno; se esperan con dignidad tiempos mejores. En su concepto, no obró tampoco de buena fé el gabinete cuando solicitó la vuelta á México de las tropas españolas, sino que para quedar bien con todos, dijo que vendrian si venian las inglesas, y no dió peso alguno para que estas vinieran.

Olózaga aludió á las ofensivas palabras pronunciadas por el emperador en la audiencia de recepción del marqués de la Habana. Aunque no quiso ahondar la cuestion por la conveniencia de vivir en paz con los franceses, dijo siempre que el *Moniteur* estaba mudo sobre ciertas cosas, y que despues de darse explicaciones, lo que ha pasado no deja de haber pasado, ni puede dejar de tenerse presente en circunstancias delicadas.

Como el estado de su salud no le permitia tocar otros puntos, acabó el orador repitiendo que el ministerio debería retirarse para dejar el puesto ó á los que piensan que la política que conviene seguir es la de no volver á intervenir á México, ó á los que creen que deben volver aquí las tropas españolas.

Sin embargo de nuestra falta de conformidad en diversas cuestiones con el ilustrado diputado demócrata, nos reconocemos obligados á quien á mas de reprobar la intervencion ejercida en nuestros negocios, se muestra con nosotros imparcial y justificado. Cuanto mas rara es esa conducta, tanto mas meritoria debemos considerarla.

DISCURSO DE MORENO LÓPEZ.

Acabado el discurso de Olózaga, tomó la palabra Cánovas para explicar que los diputados que habian renunciado

sus cargos, lo habian hecho por haber llegado un momento en que no podian votar con el gobierno. Despues de Cánovas habló Moreno López, buen amigo de Prim, á quien defendió en el congreso cuando estaba ausente de su patria.

Comenzó calificando de importantísimo un debate en que se examinaba el conjunto de la política del gobierno y del estado del país, y declaró desde luego que iba á apoyar al gabinete.

Para saber á qué atenerse sobre lo que venian á hacer á México las potencias aliadas, se refiere á un solo documento, el convenio de Lóndres, del que resulta con evidencia que no se venia á la conquista, ni á intervencion alguna en este país, puesto que las partes contratantes se obligaron á respetar su soberanía para darse el gobierno que tuviera por conveniente, y á pedir solamente satisfaccion de agravios, y seguridades de que no se repetirían. Presentó como comprobacion de su aserto, el hecho bien significativo de haberse invitado á la nacion norteamericana para unirse al convenio. Robusteció su argumento, alegando que los aprestos de guerra que se hicieron, no eran bastantes para una operacion tan en grande como una reconquista ó una intervencion. Y á los que calificaban de inútil la expedicion, por poder hacerse desde Madrid lo que se vino á hacer á México, contestó que siendo posible la guerra en caso de que no se dieran las satisfacciones pedidas, era menester traer los elementos necesarios para no ponerse en ridículo.

Como hemos tenido ya ocasion de manifestarlo mas de una vez, estamos íntimamente convencidos de que los gobiernos inglés y español entraron de buena fé en el convenio de Lóndres, cuyas estipulaciones, aunque confusas y poco previsoras, reprobaban abiertamente la intervencion armada, limitando la accion mancomunada de las tres poten-

cias á la proteccion dispensada á lo que se creia ser la opinion de la mayoría de los habitantes. Dolo no ha habido mas que por parte del gobierno imperial, que poco tardó en quitarse la máscara, y cuyos actos han estado en perpétua contradiccion con sus palabras.

No queriendo el orador entrar en la exposicion de los hechos ocurridos desde que salió la expedicion de la Habana hasta la ruptura de Orizava por estar ya harto debatidos, se propuso tocar solamente algunos de los mas importantes.

El primero en que se fijó fué el de la discordia definitiva que dividió á los comisarios de las tres potencias. Recordó que los franceses no tuvieron paciencia para aguardar los pocos dias que faltaban para que se abriesen las conferencias convenidas: que Saligny y la Gravière quisieron marchar á México trayendo consigo á Almonte; que no pudieron fijar los hechos posteriores á los preliminares de la Soledad, que alegaban para fundar el rompimiento; que instados para aclararlos, añadieron que no tenian necesidad de dar satisfacciones mas que á su gobierno. De tales antecedentes dedujo, que el representante español no dió lugar á la ruptura, pues agotó por el contrario todos sus esfuerzos para evitarla. Si no siguió á los franceses, fué por impedirlo la honra de su país; y se aventuró á sacrificarse para ahorrarle complicaciones y dificultades.

El leal amigo del general Prim levantó la voz para rebatir las calumnias aglomeradas contra el ilustre caudillo, en quien se han supuesto ideas republicanas, intereses de familia, ambicion, derroche. Negó que hubiera obrado por semejantes estímulos, en cuya refutacion no se detuvo por haberla hecho tan cumplidamente el mismo interesado, que alcanzó justicia de sus adversarios leales.

Solo de dos cargos se ocupó especialmente Moreno Ló-

pez: el de la glorificacion de Juarez, y el de la aceptacion de la doctrina de Monroe.

En cuanto al primero, sostuvo que no haber encontrado el conde de Reus en México partido monarquista, como hubiera deseado por ser partidario de esa forma de gobierno, y haber dicho que Juarez es un magistrado de vida intachable y de prestigio en su país, son cosas que no merecen el nombre de glorificacion. En concepto del orador, mientras no se reciban las satisfacciones pedidas y las posibles garantías, no puede haber relaciones entre España y el gobierno de Juarez; pero agregó que lo mismo sucederá con cualquier otro gobierno que tenga México. El prestigio del actual se palpa al verle que resiste al poder de la Francia.

Tampoco estuvo conforme Moreno López en que se llamara aplauso de la política de Monroe, opinar que no deben echarla en olvido las naciones europeas que emprendan alguna operacion sobre este continente. Muy á su costa habria experimentado la Francia esta verdad, si los Estados Unidos no hubieran prescindido de su política tradicional, como consecuencia de la guerra que los devora.

Con acierto observó el orador, que aun cuando se hubiera malogrado la expedicion de México, si esto habia sido sin culpa del plenipotenciario español ni de su gobierno, ninguna imputacion podia hacerse al uno ni al otro. Pero la verdad es que la conducta observada por Prim ha inaugurado la política franca, amistosa, maternal, que España debe seguir con América. Los vínculos que nos ligan con nuestra antigua metrópoli, se estrechan con la idea de justicia; se rompen con la idea de dominacion. Respecto de la política en general, opinó Moreno López que lo que á España importa es nutrirse en su interior, esperar á que la llame al exterior un gran interés de honor nacional, y no me-

terse á caballero andante, que busca por todas partes algun entuerto que deshacer.

El discurso de Moreno López, en lo relativo á la cuestion de México, fué una fundada defensa del comportamiento del conde de Reus. Nosotros, que venimos hace un año elogiando los actos del ilustre jefe de la expedicion española, no podemos ménos de aplaudir una vindicacion tan en perfecta consonancia con nuestras convicciones.

DISCURSO DE RIOS ROSAS.

De los adversarios que el gabinete español encontró en ambas cámaras del cuerpo legislativo, pocos se le han mostrado tan duros como Rios Rosas, á cuya peroracion le ha llegado su turno de ser examinada.

Ella se inició con la fuerte acusacion de que en los debates del congreso de los diputados, el gobierno se habia abstenido de sostener política alguna, mientras en el senado habia expuesto tres una tras otra.

Entrando en la cuestion de México, anunció el orador que nada nuevo iba á decir acerca de ella, sino solo á plantearla bajo su punto de vista.

Entre las dos razas que trajeron la civilizacion á la América, estableció la diferencia de carácter de la anglo-sajona, que vino al nuevo mundo como depositaria y órgano de la libertad municipal, religiosa, civil y política; y de la española, representada por vasallos y guerreros de Carlos I, que no habian comprendido la libertad en su patria; que eran órganos del principio de autoridad; que establecieron aquí el despotismo mayor que se ha visto, como que declaraba contrabando los objetos y las ideas. Estos recuerdos se traen á colacion, para deducir que forzosamente ha de ser monár-

quica una sociedad cuyas costumbres hace cuarenta años eran las costumbres de España en el siglo XVI, sin que sea posible el fenómeno de que en esos cuarenta años se hayan destruido las costumbres, los hábitos, los sentimientos.

La cuestion es de tan alta importancia, que bien vale la pena de que nos defengamos á dilucidarla.

Empezamos por aceptar la espontánea confesion, nada sospechosa en boca de quien la hace, de las consecuencias que produjo la conquista de lo que se llamó Nueva España. Los vicios de que en aquella época adolecian los vasallos de Carlos V en materias políticas, los trasplantaron á la América, aumentados y no corregidos. El tiempo se pasó para los colonos, que no sin razon quisieron salir de aquel estado de paralización completa.

Los resultados de la emancipacion política han sido sobremanera satisfactorios, como lo comprueba la comparacion de lo que hoy es el país con lo que era á principios de esta centuria. Extrañamos que no comprenda esta trasformacion un hombre del siglo XIX, en el que las ideas, las revoluciones, la ilustracion, la libertad, caminan mas velozmente que la electricidad y el vapor.

En los cincuenta años que han trascurrido desde la proclamacion de la independencia, las costumbres, los hábitos, los sentimientos de los mexicanos, han tenido un cambio radical. En ese medio siglo, vida de dos generaciones, hemos andado á paso de gigante, para reparar el tiempo perdido en los trescientos años que permanecemos estacionarios. Nos hemos puesto ya al nivel de la época, y estamos cerca mucho mas cerca del siglo XX que del siglo XVI. Nuestros padres conquistaron la independencia; nosotros hemos conquistado la libertad y la reforma. La independencia, la libertad y la reforma, son la obra magna, la obra esplendo-

tos que nunca tendrá un príncipe extranjero, la lección no puede ser mas elocuente. La mejor prueba de que la nueva sociedad no necesitaba del sistema monárquico, es que lo destruyó, no solo sin resentir daño por este motivo, sino antes bien dando así el primer paso por la senda del progreso. El fusilamiento de Iturbide no tuvo el carácter de castigo de un rebelde, y se necesita todo el atrevimiento de la ignorancia para atribuir la catástrofe de Padilla á lo que se llama rebelion contra el rey de España, que es la inteligencia natural de las palabras algo oscuras de Rios Rosas.

La conspiracion monarquista no fué, ni durante la guerra civil de España, ni á los tres años de establecida en México la república. A la falsedad de la cita histórica, pecado en que se reincide con frecuencia, se agrega la exageracion de la importancia de un acontecimiento en que resaltó la ninguna influencia de los pocos partidarios de la monarquía. ¿Desde cuándo se canta como triunfo una derrota ignominiosa?

Santa-Anna ha sido un personage, que por desgracia del país ha figurado en efecto á menudo en primera línea; pero en sus ascenciones al poder ha sido á la vez instrumento ó corifeo de todos los partidos; y tan pronto se ha puesto el gorro frigio, como el manto de la orden de Guadalupe, ó el bonete del jesuita, ó el calzon corto del conservador. En la última época de su dominio, se puso en ridículo con sus honros de Alteza Serenísima, título decretado por la camarilla que lo adulaba. Los tiempos en que tomaba ó dejaba á su antojo la primera magistratura del país, pasaron para nunca mas volver: que venga hoy ese rey vitalicio á pretenderla, y se encontrará sin mas sectarios que los escasos restos del partido pensionista que medraba á su sombra con escándalo de los buenos patricios.

Que Alaman haya sido ministro, no obstante sus ideas monarquistas, no prueba otra cosa sino que sacrificaba sus opiniones á su ambicion, ó aceptaba puestos públicos en una república para traicionarla. Elevado por el partido borbónico, el cual se llama por otros nombres reaccionario y traidor, era detestado por los liberales que forman la inmensa mayoría del país.

Para oponernos en México al establecimiento de la monarquía, no necesitamos del auxilio de los Estados-Unidos. Solos sabremos defender, en union de nuestra cara independencia, las instituciones republicanas que amamos con delirio, y que no lograrán destruir en América los ataques ni la perfidia de los viejos tronos europeos.

Falso es que haya sido pensamiento comun de las tres potencias aliadas imponernos el sistema monárquico. Preferido por Inglaterra y España, han dejado sin embargo su adopcion ó su repulsa á la voluntad del pueblo mexicano. El mismo gobierno imperial protesta que abunda en aquellos sentimientos, y por indignas de crédito que sean sus palabras, hasta ellas desmienten lo que se asegura como indudable.

Desechado el levantamiento del trono, es ociosa la cuestion de la monarquía. Si en los tratados de Córdoba se proclamó á los borbones, hoy se les desecha lo mismo que á Maximiliano, lo mismo que á cualquiera otro candidato, sea de la estirpe que fuere. Poco nos importa cuál sea el preferido de los gobiernos europeos: México á todos los desecha por igual.

Empeñado Rios Rosas en sostener la conveniencia de la solucion monárquica, opina resueltamente por la intervencion en México. Rios Rosas es partidario declarado del principio de intervencion. Dice que esta irrita ó halaga se-

gun que contraría ó favorece los intereses de los partidos. Aglomera ejemplos de las intervenciones que ha habido en este siglo en sentidos diversos, para deducir que todas las guerras son guerras de intervencion.

Lástima grande es que el defensor de un principio condenado por el derecho internacional, no se haya propuesto demostrar su sistema *á priori* como lo hizo con el establecimiento de la monarquía en México. En la nueva cuestion, todos sus argumentos son *á posteriori*. Sigámosle en el terreno que ha escogido, ya que guardó para sí la luminosa doctrina con que pudo y debió enriquecer la ciencia de Vattel y de Wheaton.

Sí, por desgracia es muy cierto que los partidos incurren á cada paso en la inconsecuencia de aplaudir la transgresion de los principios mas incontrovertibles, cuando así cuadra á sus intereses. Pero, ¿son las inconsecuencias de los partidos prueba admisible en el tribunal de la razon, en el tribunal de la conciencia, de la bondad de las infracciones aplaudidas? Digamos entónces antes adios á la moral, á la ley, á la justicia, puesto que no ha de haber en el mundo acto inicuo que no merezca la aprobacion de aquellos cuyos intereses ó pasiones satisfaga.

En este siglo, lo mismo que en los anteriores, se han cometido en todas materias abusos repetidos, triste resultado de la fragilidad humana. El filósofo debe estudiarlos para procurar su estirpacion, no para presentarlos como argumento de que han sido lícitos por frecuentes. La abundancia de las guerras de intervencion no las justifica en manera alguna. Abrid la historia, inmenso receptáculo de vicios y virtudes, y allí encontraréis un número asombroso de guerras injustas, cuyo conjunto de nada servirá en favor de cualquiera otra que se haga de la propia naturaleza. La civili-

zacion impone cuando ménos el deber de no aplaudirlas. Así vemos que aun el gobierno frances, que en la práctica nos interviene, nos hace la guerra sin declararla, nos quiere imponer un gobierno de su eleccion y obrar en México como en país conquistado; en teoría proclama el principio de no intervencion y asegura que respetará la voluntad del pueblo mexicano. Tal falsía nace del respeto obligado á las leyes eternas de la moral. La hipocresía ha sido bien definida al llamarla el homenaje que el vicio rinde á la virtud. Cuando las naciones abusan de su fuerza contra los débiles, buscan siempre pretextos honrosos, que salven siquiera las apariencias. El hombre que delinque, no canoniza sus pecados en el santuario de su conciencia. Estaba reservado á Rios Rosas hacer mencion de faltas graves para santificarlas.

Es un despropósito sostener que todas las guerras lo son de intervencion, como no se tome esta palabra en una acepcion tan lata, que la haga perder su significacion natural. Las guerras en que solamente se va en pos de la reparacion de justos agravios, sin pretender en el país enemigo la caida del gobierno existente, ni el cambio de instituciones, no son, aunque Rios Rosas nos lo jure, guerras de intervencion. Lo que determina el carácter de estas, es la inmixturen en los negocios domésticos de un pueblo independiente.

De la exposicion de sus extrañas teorías, pasó el orador á la enumeracion de los motivos, justos en su concepto, que tiene la Europa para intervenirnos. ®

Respecto de España, asevera que no ha habido un solo pacto que los mexicanos háyamos cumplido, que no ha pasado un mes sin que se hayan perpetrado por los agentes de la autoridad mexicana robos, expoliaciones, asesinatos en súbditos españoles.

En cuanto á Francia, se limita á decir que todos saben lo que han sufrido los súbditos franceses.

Como Inglaterra no es país del gusto del orador, la acusación de que invocó el principio de intervencion, cuando la anarquía mexicana dejó de ser lucrativa para los ingleses, alentados por la guerra de los Estados-Unidos.

Por la centésima vez repetiremos, que México no se ha negado á cumplir sus pactos con España, sino á pagar créditos fraudulentos, á conceder indemnizaciones indebidas, á respetar tratados nulos. Los casos de robos y asesinatos de súbditos españoles, nunca han sido mensuales: han ocurrido muy de tarde en tarde; y léjos de que esos delitos los hayan perpetrado ni una sola ocasion agentes de la autoridad mexicana, esta ha procurado con una eficacia que merece agradecimiento, el pronto descubrimiento y castigo de los criminales. Al audaz calumniador que ultraja á México, México le arroja á la cara un afrentoso mentís.

Todos saben en efecto lo que han sufrido aquí los súbditos franceses. Vender sus baratijas á peso de oro, improvisar grandes fortunas, encontrar en todas partes una acogida hospitalaria, ser distinguidos entre los demas extranjeros. ¿No es verdad que tantos y tales sufrimientos justifican la intervencion, la guerra y hasta el exterminio de México?

Rios Rosas se olvidó, en su ódio á la Inglaterra, de que habia ofrecido reseñar los justos motivos de la Europa para intervenirnos. No creemos que ni él se atreva á llamar motivo justo, que nuestra decantada anarquía hubiera dejado de ser productiva.

La malicia con que se aprovechó la guerra civil de nuestros vecinos para la expedición de México, fué comun á las tres potencias; pues lo que se dice del respeto de Jhon Bull

al hermano Jonathan, es igualmente aplicable á Jacques Bonhomme y á Santiago de Covadonga.

Explicando el orador el pensamiento con que las tres potencias celebraron el convenio de Lóndres, dice que el gabinete inglés queria intervenir lo ménos posible; lo mas posible el frances; y que el español perdió la brújula por haber tenido miedo á todo.

Critica acremente que se dejaran pasar dos meses sin contestar el despacho de 13 de Octubre, en que el embajador de España en Paris comunicó que habia una candidatura extranjera. Afirmó que esta debia haberse aceptado ó rechazado. Manifestó la creencia pueril de que con cualquiera de esas soluciones México tendria ya un rey nacional ó extranjero.

Volviendo al tratado de Lóndres, lo encuentra vago, oscuro: ve que no determina los medios, ni el resultado inmediato, ni el definitivo; declara que no puede interpretarse sino por las negociaciones que le precedieron: halla en ellas bien marcado el espíritu de intervenir: descúbrelo tambien en la letra y mente del convenio: recuerda el párrafo en que se previó la eventualidad de que las fuerzas aliadas penetraran en el interior de México, lo cual no podia ser para obtener reparacion de agravios y garantías, pues con solo bloquear en el Atlántico y el Pacífico, hubiera cedido cualquier gobierno, aunque fuera el de Juarez, que es el peor de todos. De aquí deduce que se venia á intervenir, á derribar lo existente, sin que hubiera veto de ningun interesado para la candidatura de este ó el otro príncipe.

Bien sea que se examine aisladamente el tratado de Lóndres, ó que se tomen en cuenta las negociaciones que lo prepararon, de cualquiera modo se encontrará bien marcado, que ni el gobierno inglés, ni el español, ni el frances tam-

co ostensiblemente admitieron la intervencion armada. Admitieron sí la pacífica, suponiéndola deseada por la mayoría de los mexicanos.

La prevista eventualidad de la internacion de las fuerzas aliadas, era muy natural en uno de dos casos: ó en el de la guerra con México si no se daban las satisfacciones pedidas, ó en el de que la mayoría de los mexicanos hubiera estado en efecto por la intervencion y solicitado su auxilio.

Los bloqueos en ambos Océanos hubieran sido insuficientes para obligar á cualquier gobierno nacional, y con mayor razon al patriota y ameritado de Juarez, que vuelve á insultarse gratuitamente, á pasar por condiciones que hubiera estimado incompatibles con la dignidad de la república. Mucho mas que bloqueos es la campaña emprendida por treinta mil franceses, y precisamente ese gobierno de Juarez, en el que se suponía tan fácil condescendencia, acepta el combate y prefiere sucumbir á ceder á exigencias inadmisibles.

El veto para la candidatura de príncipes extranjeros, hubiera recordado el conocido refran de que "se vendía la piel del oso antes de haberlo matado."

El intervencionista orador, que sueña con la existencia de monarquistas en México, los ve en la Habana, en Veracruz, en todas partes, expulsados por el marqués de los Castillejos.

Si se hubiera tomado el trabajo de citar nombres propios, provocaría á risa lo exíguo de la lista que hubiera formado, aun contando con los monarquistas que no pudo expulsar Prim por no tenerlos á la mano. Almonte, Miranda, Haro, Gutierrez Estrada, Hidalgo y otra docena mas de partidarios vergonzantes del sistema monárquico, habrían sido los presentados por total de cuenta.

La supuesta expulsion de que se acusa al marqués de los

Castillejos, es otra calumnia, en cuyo apoyo no se puede citar un solo hecho.

Igualmente gratuita es la inculpacion hecha al ilustre caudillo español, de que en el asunto de Miramon mitigó el atentado, censurando la presentacion del gefe reaccionario.

No ménos injusto es el cargo de que no cumplió con su deber en la conferencia en que estalló la discordia entre los comisarios franceses é ingleses. No estando estos sujetos al de España, de nada hubiera servido que el último hubiese dicho que no habian venido á discutir reclamaciones, sino á enviarlas.

Los preliminares de la Soledad son objeto especial de la saña del orador. Los reprueba por contener el reconocimiento del gobierno de Juarez, cuando el mismo reconocimiento habria envuelto la remision de un ultimatum; por discutir las cuestiones pendientes, pasado ya el tiempo de la discusion, como si fuera alguna vez tarde para oír la voz de la razon; por contraer alianza con Juarez, aseveracion destituida de fundamento; por ofrecerle proteccion y auxilio, cosas igualmente falsas; por reconocerle como poder legítimo, fuerte y justo, cuando no se hizo tal cosa.

Rios Rosas desmiente el poder y la justicia del gobierno mexicano. Habla de Márquez, de quien dice que se burlaba de Juarez, sin ser nunca vencido. Habla de la ovacion que se hizo en Jalapa á Robles Pezuela con motivo de sus funerales. Habla de los antropófagos mexicanos que se entretuvieron en lancear á muchos españoles, hasta que cansados los acabaron á tiros.

Quien así se equivoca, quien así miente, quien así calumnia, no merece otro título que el de charlatan.

Márquez se burlaba de Juarez correteando sin cesar entre montañas y vericuetos, Donde quiera que se paraba era

vencido, hasta llegar á obtener el nombre de héroe de las derrotas. Esto lo sabe todo México, y todos los que fuera de México estan medianamente instruidos de lo que aquí pasa.

El pequeño escándalo ocurrido en Jalapa, no valia la pena de que interviniese en reprimirlo la autoridad. Los hechos se exageran adrede, sin advertir que se incurre en la contradiccion de pintar como humildes á los que á renglon seguido se califica de antropófagos.

Lo de los españoles lanceados y fusilados por un batallon de bárbaros soldados, es una nueva y horrible impostura, de las muchas que Rios Rosas se complace en prohijar.

Al ocuparse del rompimiento de Orizava, asegura el orador que no pudo provenir de la candidatura de Maximiliano, supuestas las explicaciones dadas sobre la materia. En lo que á Almonte atañe, asienta que su presencia en el campo frances no era contraria á la neutralidad, ni aun á la amistad de los franceses con Juarez, una vez que podia conspirar en España, en Francia ó en Inglaterra. Por otra parte, habiendo pedido ayuda á los enemigos de Juarez, se les tendia un lazo con no proteger á Almonte.

La ruptura pudo provenir y provino de la candidatura del archiduque austriaco, porque no habiendo sido estipulada en el convenio de Lóndres, ni consentida posteriormente por los gobiernos español é inglés, empeñarse en hacerla triunfar, como proponian los comisarios franceses, habria sido una flagrante violacion del tratado tripartito.

Admirable neutralidad, amistad incomparable, era la proteccion dispensada á un conspirador en el asilo hospitalario concedido al extranjero por el gobierno á quien el protegido trataba de derribar!

Lo que podia ser permitido en Inglaterra, Francia ó Es-

paña, era ilícito, era irregular en México. Los gobiernos extranjeros pueden hacer en su casa lo que mejor les parezca; en la agena no deben convertirse de huéspedes en señores.

Prorumpe Rios Rosas en una falsedad, y es la milésima, cuando afirma que las potencias aliadas habian pedido ayuda á los enemigos de Juarez. Tal conducta no fué observada hasta despues por solo los franceses; los aliados nunca lo hicieron; y habria sido un acto de insigne perfidia que lo ejecutaran, cuando habian reconocido al gobierno existente, cuando habian recibido de éste franca hospitalidad, cuando se estaba en vísperas de abrir las conferencias en que iba á tratarse de la paz. No hubo, pues, lazo tendido á los enemigos de ese gobierno: no hubo tampoco razon para proteger á Almonte.

Rios Rosas calificó el discurso de Moreno López, de oracion fúnebre pronunciada en loor de un ilustre difunto en misa de cuerpo presente. Absurda es tal calificación, en la que no hay mas de notable que sus pretensiones al chiste. La peroracion de Moreno López fue el fundado panegirico de la accion mas ilustre de la vida de un grande hombre, que ha de dar todavía no poco que hacer á los que ya lo declaran muerto.

Mas razon tenemos nosotros para calificar á nuestra vez el discurso de Rios Rosas, de recopilacion empírica de doctrinas desechadas en todas partes; de libelo infamatorio contra un español, tan entedido como diplomático, cuanto valiente como militar; de pedimento fiscal contra un gabinete, que tiene para él el pecado de no haber querido adoptar el principio de intervencion; de inmunda diatriba contra un pueblo y un gobierno, que ningun fundamento han dado para ser tratados con semejante indignidad. Tales aprecia-

ciones son duras, pero exactas, como lo demuestra nuestro comentario.

DISCURSO DEL DUQUE DE TETUAN.

Respondiendo el presidente del consejo de ministros al primer cargo formulado por Rios Rosas, explicó cuál ha de ser y cuál ha sido en América, la política del gabinete español. Lamentó, como lo había hecho en la otra cámara, que no se hubiera reconocido sin tardanza la independencia de las colonias, dejándolo para una época de guerra civil en que no se podía sacar del reconocimiento ningunas ventajas; é hizo consistir su programa, en que la nación española no debe mezclarse en los disturbios particulares de las que en otro tiempo formaron parte de la monarquía.

Aplaudimos sinceramente esa política, que envuelve la adopción del principio de no intervención, tan combatido por el preopinante.

El general O'Donnell recordó que los gobiernos españoles no habían pensado así, y creyendo posible la restauración de la monarquía en México, gastaron por establecerla algunos millones, que no fueron mas, gracias al mismo general.

Si al arbitrio de Rios Rosas estuviera, sendos millones se volverían á gastar por levantar un trono en México.

Con sobrada razón sostuvo el duque de Tetuan, que si el gobierno español creía que no podía sostenerse una monarquía aquí, que ni á los Borbones ni á la nación convenía establecerla á favor de ellos, se había obrado en regla, absteniéndose de intervenir en este negocio. La candidatura de Maximiliano se había echado á volar por lo que acontecer pudiera, relegándola luego al olvido.

En concepto del orador, las estipulaciones del tratado de Londres fueron claras y arregladas á ellas las instrucciones dadas al conde de Reus.

De la discordia entre los otros comisarios no tuvo la culpa el español, á quien se debió que no tuviera lugar desde entóces el rompimiento efectuado despues en Orizava.

La presentación de Almonte no era bastante para ocasionarlo; pero su verdadera causa no fué esa: lo fué sí la declaración de los plenipotenciarios franceses de que estaba roto el convenio de la Soledad, y ellos en libertad de hacer lo que tuvieran por conveniente.

Ocurrido el conflicto, no quedaba mas partido que tomar, que el aceptado por el general Prim.

Conformes hasta aquí con el jefe del gabinete, no lo estamos en su negativa de haberse humillado al emperador para pedirle que permitiese volver las tropas españolas á México; pues por mas que todo lo reduzca al deseo de que se lleve á cabo el tratado que declara suspenso, cuando por el aire andan volando sus fragmentos, ahí están las comunicaciones oficiales en que se registran en extraño consorcio los desabridos desaires de Napoleon y la poco digna insistencia del gobierno de España.

CONCLUSION.

Declarado el punto suficientemente discutido, se procedió á la votación nominal, quedando aprobado el dictámen de la comisión por 166 votos contra 77.

Este resultado, tan satisfactorio como el de la votación de la otra cámara, deja consignado el hecho de que las dos ramas del cuerpo legislativo español han considerado buena

en la cuestion de México, la política de no intervencion representada por el gabinete, y defendida, aunque á virtud de diversas causas, por Prim, por Olózaga, por Moreno López, contra Bermudez de Castro, el marqués de la Habana, Mon y Rios Rosas. La sancion de una considerable mayoría de senadores y diputados, la de la prensa, la de la opinion pública, calman el profundo disgusto causado por esa granizada de injurias con que se han servido obsequiarnos casi todos los oradores, así los intervencionistas como varios de los que no lo son, incluso el presidente del consejo de ministros. Nos conformamos por ahora con que se observen respecto de nosotros las reglas inviolables del derecho internacional, esperando del tiempo y del estudio, hoy tan abandonado en Europa, de nuestra historia, que se nos haga la justicia que merecemos, ó por lo ménos que se hable de nuestros asuntos con el debido conocimiento y con la debida imparcialidad.

LA CUESTION DE MEXICO.

Mexico, Abril 2 de 1863.

Miéntas algunas de las cuestiones mas graves entran en un período de calma en el continente europeo, surgen allí otras que toman desde luego un caracter alarmante, como una prueba de lo mucho á que tiene que atender el Viejo Mundo, antes de meterse á arreglar el Nuevo.

La Polonia, que no cae una y otra vez sino para levantarse de nuevo, dando así pruebas de una vitalidad asombrosa, ha vuelto á hacer armas contra la Rusia, sin detenerse á considerar los terribles inconvenientes de la nueva y heroica lucha que ha emprendido. La sangre de los patriotas polacos está corriendo en abundancia, como la mas elocuente de las protestas contra la dominacion extranjera.

El conflicto parlamentario continúa en Prusia, y toma á cada paso proporciones mas alarmantes. La voluntad popular apoya la enérgica resistencia desplegada por los diputados, contra las anticuadas pretensiones de los partidarios del derecho divino.

La Grecia no sabe todavía á qué atenerse. Puestas de

rosa, la obra indestructible con que ha llenado México el deber que como nacion le incumbe, de no quedarse atras en la vía progresista de la perfectibilidad humana.

No quiere esto decir que estén ya completamente destruidos los hábitos, las ideas, los sentimientos del período colonial. Ese fenómeno, que tan increíble se hace al diputado español que refutamos, está ya para consumarse; pero da todavía lugar á luchas y calamidades. Muévase aún, agítase como un frenético el bando reaccionario, que suspira por que volvamos á la época de profundo atraso, exactamente comparada con el político de la España del siglo XVI. Se quiere en el año de gracia de 1863, que se restablezca el despotismo mayor que se ha visto, como que declaraba contrabando, segun las palabras de Rios Rosas, los objetos y las ideas. Por fortuna el bando reaccionario, anacronismo viviente, ha entrado ya en México en el período de agonía de los enfermos deshauciados. La intervencion francesa ha venido á alargar con un remedio empírico, los angustiosos días de su raquíca existencia.

La demostracion *á priori* de que México es una sociedad monárquica, ha quedado destruida; pasemos ahora á la que se ha hecho tambien *á posteriori*. Habla Rios Rosas.

Al triunfar aquí la revolucion en 1823, se dió el plan de Iguala, é Iturbide, O'Donojú y el indio Guerrero establecieron la monarquía española. El que valia mas de nuestros hombres se sentó en el trono para satisfacer la necesidad que la nueva sociedad tenia de establecerlo. Su cada procedió de que las dinastías no se improvisan; si murio fusilado, no fué el rey, sino el rebelde, el que sufrió el castigo. Durante la guerra civil de España, hubo en México, á los tres años de establecida la república, una gran conspiracion monárquica en que entraron generales, sacerdotes,

personas notabilísimas. Santa-Anna ha sido un rey vitalicio, que descende del poder cuando quiere, que le vuelve á tomar cuando le place. Alaman, conocido por monarquista, ha sido ministro. La monarquía no podia establecerse en México por la resistencia de los Estados-Unidos; destrozados hoy estos por la guerra civil, el obstáculo ha desaparecido. Establecer esa monarquía ha sido el pensamiento comun de España, Francia é Inglaterra. La dinastía preferida debia ser la de los Borbones, proclamada por la América, negociada por Chateaubriand, á la que no es presumible que se opusiera la Inglaterra, con la que es seguro que estaria conforme la Francia, y que el gabinete español hubiera debido proponer, aun en el caso poco probable de tener que recibir una repulsa.

Increible parece que de tantos argumentos presentados como decisivos, no haya uno solo que pruebe algo en favor de la tesis que se sostiene.

La independenciam de México, Sr. Rio Rosas, se consumó en 1821, no en 1823 como afirmáis con crasa ignorancia. El plan de Iguala precedió y no siguió al triunfo de la revolucion, como vos decís, confundiéndolo con los tratados de Córdoba. El ilustre, el heróico Guerrero, á quien con desprecio apellidais indio, no tuvo parte en el establecimiento de la monarquía. Cometeis tantos errores como proposiciones sentais, pareciendoo en esto á otras muchas notabilidades en cuya digna compañía os encontrais, que no hablan de la historia de México sino para prorumpir con magisterio en disparates colosales.

El ejemplo que se cita de Iturbide es contraproducente. Mala defensa es de la monarquía hablar del hombre que no pudo conservarse en el trono, á pesar de haber consumado la independenciam del país: si cayó quien contaba con elemen-

en la cuestion de México, la política de no intervencion representada por el gabinete, y defendida, aunque á virtud de diversas causas, por Prim, por Olózaga, por Moreno López, contra Bermudez de Castro, el marqués de la Habana, Mon y Rios Rosas. La sancion de una considerable mayoría de senadores y diputados, la de la prensa, la de la opinion pública, calman el profundo disgusto causado por esa granizada de injurias con que se han servido obsequiarnos casi todos los oradores, así los intervencionistas como varios de los que no lo son, incluso el presidente del consejo de ministros. Nos conformamos por ahora con que se observen respecto de nosotros las reglas inviolables del derecho internacional, esperando del tiempo y del estudio, hoy tan abandonado en Europa, de nuestra historia, que se nos haga la justicia que merecemos, ó por lo ménos que se hable de nuestros asuntos con el debido conocimiento y con la debida imparcialidad.

LA CUESTION DE MEXICO.

Mexico, Abril 2 de 1863.

Miéntas algunas de las cuestiones mas graves entran en un período de calma en el continente europeo, surgen allí otras que toman desde luego un caracter alarmante, como una prueba de lo mucho á que tiene que atender el Viejo Mundo, antes de meterse á arreglar el Nuevo.

La Polonia, que no cae una y otra vez sino para levantarse de nuevo, dando así pruebas de una vitalidad asombrosa, ha vuelto á hacer armas contra la Rusia, sin detenerse á considerar los terribles inconvenientes de la nueva y heroica lucha que ha emprendido. La sangre de los patriotas polacos está corriendo en abundancia, como la mas elocuente de las protestas contra la dominacion extranjera.

El conflicto parlamentario continúa en Prusia, y toma á cada paso proporciones mas alarmantes. La voluntad popular apoya la enérgica resistencia desplegada por los diputados, contra las anticuadas pretensiones de los partidarios del derecho divino.

La Grecia no sabe todavía á qué atenerse. Puestas de

acuerdo Inglaterra, Rusia y Francia, para desechar conforme á las anteriores estipulaciones toda candidatura favorable á cualquiera de las dinastías reinantes en esos países, el nombramiento del príncipe Alfredo queda nulificado, sin que esté resuelto todavía quién ha de sentarse en el trono helénico, ó si ha de establecerse la república en aquella tierra privilegiada, donde tan ínclitas hazañas recuerda esa forma de gobierno.

A principios del mes se publicaron aquí, tomándolas de periódicos italianos, noticias de suma entidad, que no hemos visto despues confirmadas. Asegurábase que los romanos, dispuestos ya á una formal resistencia contra el gobierno temporal del Papa, habían organizado un comité, cuya presidencia se había ofrecido á Garibaldi, quien la había aceptado ya. Afirmábase también, que á consecuencia de haber ofrecido Víctor Manuel obrar en el sentido de la union italiana, sin contar con la cooperacion de la Francia, Drouyn de L'huyt había exigido del gobierno de Turin la renuncia á Roma como capital de la Italia; y que ofendido el gabinete piomontés con exigencia tan perentoria, había acordado dar la nota por no recibida, como una muestra del desprecio con que la había visto.

Imposible nos parece que sean ciertas estas noticias, cuya importancia las habría hecho reproducir y comentar por toda la prensa europea. Las consignamos, pues, aunque sin darles crédito, por la procedencia que traen. Y partiendo de otros datos que tenemos por mas fidedignos, creemos que la verdadera política del nuevo ministerio italiano es una política espectante, que consiste en abstenerse por ahora de todo paso encaminado á agitar las cuestiones de Roma y del Véneto, sin prescindir por eso de los principios constitutivos del programa nacional.

Ni al publicar nuestra revista especial sobre la discusion de los asuntos de México en el senado español, ni al escribir nuestro último artículo sobre la cuestion extranjera, teníamos noticia de los discursos de Alvarez y Luzuriaga, que no hemos conocido hasta despues. El del segundo, que es el mas importante, se declara contra las intervenciones, como atentatorias é inútiles, y opina por la política de benevolencia y no por la de miedo.

También al debate habido en el congreso de diputados sobre nuestros negocios, hemos consagrado un opúsculo, en que hemos tratado exclusivamente de esa materia.

Grande ha sido la sorpresa que causó la crisis ministerial ocurrida despues de la favorable votacion de ambas cámaras del cuerpo legislativo. Así como habría sido muy natural que el gabinete se retirara despues de una derrota parlamentaria, así por el contrario ha sido su separacion opuesta á las costumbres establecidas donde quiera que rige el sistema representativo.

Segun las constancias dadas á luz, había discordia en el seno del gabinete, no estando conformes algunos de sus miembros con la política observada en la cuestion de México. Habiendo ofrecido ellos su dimision, se convino en hacerla colectiva, para dejar á la reina en libertad de escoger nuevos consejeros. Isabel II aceptó las renunciaciones; pero encargó al duque de Tetuan de la formacion de un nuevo gabinete, que se instaló pocos dias despues.

Nada natural nos parece la solucion de la crisis. Lo puesto en razon habría sido que los ministros disidentes dejaran sus carteras, una vez que no opinaban en favor de la conducta seguida por sus compañeros y sancionada por el cuerpo legislativo, siendo reemplazados por quienes estuvieran conformes con la política triunfante.

La anomalía del resultado acabó de saltar á la vista, cuando interpelado el duque de Tetuan sobre el programa que se proponía seguir el nuevo gabinete, respondió que el mismo que el anterior. ¿Cuál es entonces la significacion del cambio? Por nuestra parte no lo comprendemos.

Como quiera que sea, la renovacion de ministerio tuvo lugar, no quedando del antiguo mas que tres de sus miembros, y resultando el actual formado de la manera siguiente: O'Donnell, presidente del consejo y ministro de guerra y ultramar.

Serrano, relaciones.

Pastor Diaz, justicia.

El marqués de la Vega de Armijo, gobernacion.

Salavarría, hacienda.

Lujan, fomento.

La cartera de marina, vacante por renuncia de Bustillos, quedaba al cargo interino del duque de Tetuan.

El nuevo gobierno, representante de lo que se llama en España la union liberal, no creemos que merezca tal nombre. Aunque se quiere halagar á los progresistas con el nombramiento de Lujan, ellos no se han manifestado conformes con la combinacion triunfante, temerosos de que domine en el consejo de ministros el elemento reaccionario. Para nosotros es síntoma alarantísimo la entrada al ministerio de relaciones del duque de la Torre. Quien renunció la capitania general de Cuba por sus disidencias con Prim; quien se ha negado á pasar á las cortes la correspondencia que envió al gobierno desde la Habana sobre la cuestion de México; quien en todos sus actos se ha mostrado hostil á los mexicanos, se encarga bajo fatales auspicios para nuestro país, del departamento de negocios extranjeros en España. Ojalá nos engañemos; pero tenemos la creencia de que no

tardará ese funcionario en dar pruebas de la malevolencia con que nos ve.

El ingreso de Serrano á la secretaria de Estado, provocó desde luego la renuncia hecha por el general Prim del cargo de director de ingenieros. Imposible era que permaneciesen ambos personajes figurando simultáneamente en altos puestos públicos, cuando son tan diversos los principios que siguen. El conde de Reus se unió con el diputado Olózaga para combinar asociados el programa del partido progresista, de que son gefes naturales. Ocioso es decir que nuestras simpatías están enteramente por el triunfo de sus ideas.

Para la embajada de Paris, vacante por dimision del marqués de la Habana, fué al fin nombrado Isturiz, el mismo que firmó en Lóndres el tratado tripartito. Decimos del nuevo plenipotenciario, lo que del ministro de relaciones exteriores: no nos inspira confianza; lo creemos abocado á perjudicarnos luego que se presente la oportunidad.

Como era de presumirse de la oprobiosa degradacion á que han llegado en Francia el senado y el cuerpo legislativo, formados de hechuras de Napoleon casi en su totalidad, la adalacion mas rastrera ha triunfado en los proyectos de contestacion al discurso de la corona.

El del cuerpo legislativo fué leído por Morny, recién nombrado duque, y no es mas que una perífrasis de las palabras de Napoleon. En ese documento se tiene la audacia de afirmar, que todos los actos imperiales han llevado el sello característico de la buena fé en las relaciones con el extranjero, haciéndose así un falso y descarado elogio del soberano que faltó á la Inglaterra y á la España al romper sin motivo la convencion de Lóndres; que coarta la libertad de la Italia despues de haberla engañado; que reprueba en Mé-

xico los preliminares de la Soledad, se hace cómplice de la deshonrosa violacion del compromiso de volver á Paso-Ancho y nos interviene escandalosamente, al mismo tiempo que con dolo é hipocresía protesta respetar la voluntad del pueblo mexicano.

Morny ofrece al emperador, á nombre del cuerpo legislativo, ayudarle en la cuestion de México, y espera que la guerra dé por resultado el establecimiento en este país de un gobierno firme y duradero que respete las leyes y los tratados y permanezca aliado de la Francia.

Los auxilios que se prometen consistirán en poner á disposicion del gobierno imperial millones y mas millones de francos, que mejor empleados estarian en socorrer las necesidades de millares de obreros reducidos á la miseria por la falta de los algodones de los Estados-Unidos. A pesar del cuidado de Napoleon de que no se descubran las llagas del cuerpo social en Francia, para que se crea que todo es ventura bajo su imperio, la prensa ha hecho últimamente importantes revelaciones sobre el estado, tan fatal como en Inglaterra, y ménos atendido que allí por la caridad, de infinitas familias á las que ha faltado de repente el producto del trabajo de sus gefes. El pauperismo en Normandía ha tomado proporciones alarmantísimas; y miéntras allí la miseria hace estragos terribles, Napoleon consume una parte considerable de las entradas del país en una empresa atentatoria, sin resultado satisfactorio posible para su amor propio.

La voz elocuente de Favre ha sonado de nuevo, como un gemido de la opinion de Francia, entre la algazara aduladora de tribunos degenerados. El ilustre orador, aunque sabiendo que predicaba en desierto, ha protestado como hombre de conciencia contra las arbitrariedades de la tiranía. Al verso le fué el resultado de la votacion, previsto de ante-

mano, contestándole con su sofistería de costumbre el ministro Billault, republicano rojo en otro tiempo, y hoy humilde cortesano del emperador. De ambos discursos nos proponemos ocuparnos especialmente.

El senador frances no se ha quedado atras en el camino de la adulacion. Tambien su proyecto de contestacion, eco del discurso imperial, recuerda las complacencias del senado de Tiberio. Al autor de la guerra de México se le dice que su política exterior no separa las aspiraciones legítimas de los pueblos, del derecho y de los tratados. Hablando de la expedicion á nuestro país, se proclama que solo hace falta marchar adelante, y que cuando la bandera está en frente del enemigo, cuando los valientes soldados de Napoleon tienen vueltos los ojos hácia los estímulos de la patria, no hay otra política para un cuerpo deliberante, que enviarles los testimonios de su admiracion. Asíéntase así el absurdo principio de que basta la existencia de la guerra, por injusta que sea, para convertir en comision de aplausos, en *claqué* oficial, á los cuerpos deliberantes que deberian ser imparciales apreciadores de la legalidad, de la conveniencia, de la necesidad del uso terrible de las armas.

El que ensalza la política de admiracion, sin curarse de que recaiga sobre hechos escandalosos, no es un ignorante cortesano: es el presidente del senado, jurisconsulto eminentísimo, profundo conocedor de la justicia y del derecho, á quien en vista de su extraña conducta, pudieran decir la libertad, la ciencia y la misma justicia: *tu quoque*. Trop long!.....

Los debates sobre el proyecto de contestacion, estuvieron á la altura de éste. Oh tempora! La tribuna de Mirabeau, de Vergniaud, de Foy, de Berryer, de Víctor Hugo, de Lamartine, ha degenerado en tales términos, bajo el régimen

imperial, que en la discusion de los negocios de México, asunto de notoria gravedad, no han tomado parte sino el marques de Boissy para provocar la risa de su auditorio con sus ridículas diatribas contra la Inglaterra; el general Housson para prorumpir en injurias soldadescas contra México y el general Prim, y Forcade de la Roquete para abogar por la union de la Francia y de la Gran Bretaña.

Siguiendo por fin el gobierno imperial el ejemplo dado por los de las otras potencias que fueron sus aliadas en la expedicion de México, ha publicado varios documentos diplomáticos relativos á esa cuestion. Pero evidentemente los ha publicado truncanos para continuar falseando la opinion pública. Así vemos, por ejemplo, que al insertarse algunas comunicaciones del famoso Dubois de Saligny, se comienza por una de 23 de Junio de 1862, suprimiéndose todas las anteriores, á pesar de encontrarse en ellas las de mas importancia, como han debido serlo las correspondientes á las conferencias de Veraacruz, á los preliminares de la Soledad, al rompimiento de Orizaya. Supresion tan notable es una nueva prueba de la mala fé con que el gobierno frances ha procedido en todo este negocio.

Obligados por necesidad á conformarnos con lo que se nos dá, examinamos la mutilada coleccion de los documentos publicados; á la que se ha dado el nombre de *Libro Amarillo*.

La marcada tendencia á la intervencion por parte del gabinete de Paris, se señaló desde la nota dirigida al embajador de Lóndres, en 11 de Octubre de 1861. Ya en ella se le decia, que era inútil prohibirse de antemano el ejercicio eventual de una participacion legítima en acontecimientos á que pudieran dar origen las operaciones de los aliados, y que entraba en la prudencia no desalentar los esfuerzos que pu-

dieran tentarse por México para salir de la anarquía en que se encuentra sumergido. Aludíase tambien á la conveniencia del establecimiento en este país de un gobierno monárquico, recomendándose á la vez la candidatura de un príncipe de la casa de Austria.

Comunicado este proyecto, en 15 de Octubre, al embajador de México, contestó éste el 21 del mismo mes, que el gobierno español estaba enteramente de acuerdo con las ideas emitidas á nombre del emperador. En nota de 6 Noviembre agregó, que se habia concedido ademas al jefe de las fuerzas españolas en México, que pudieran éstas marchar sobre la capital, en caso de que las circunstancias le pareciesen favorables.

Ocasionada la primera desavenencia entre los plenipotenciarios aliados con motivo del ultimatum frances, examinado ya artículo por artículo en una de nuestra revistas anteriores, se encargó el ministro de negocios extranjeros de Francia, en nota dirigida á Saligny el 28 de Febrero de 1862, de explicar la opinion del gobierno imperial sobre los puntos controvertidos. Negó que cada uno de los representantes de las tres potencias tuviera derecho de ejercer una inspeccion obligatoria en las demandas presentadas por sus colegas, cuando á cada nacion corresponde apreciar por sí sola el fundamento legítimo de sus reclamaciones; cuando de otra suerte pasarian meses enteros ántes de concluir esa tarea. Limitó sin embargo su doctrina con la advertencia de que no pretendia sostener que hubiera obligacion absoluta para los tres gobiernos, de considerar toda exigencia expresada por uno de ellos con derecho al apoyo de los otros dos; y aplicando esta restriccion al caso ofrecido, asentó que tocaba á la Francia, ó hacer concesiones para conservar la accion mancomunada, ó exigir separadamente las satisfacciones que estimase justas.

Examinando á la ligera el ultimatum, confesó que el ministerio habia fijado una suma menor de la de doce millones de pesos, como importe de las reclamaciones francesas, si bien dejó á Saligny una gran latitud en este particular, á falta de datos suficientes. Despues se dijo al plenipotenciario que podia mostrarse ménos exigente en este punto, en caso de que fuera una causa evidente de disidencia entre los otros representantes; y tambien se le insinuó que prescindiese de las demas reparaciones que exigia, considerando la indemnizacion estipulada como una satisfaccion general de todos los agravios.

A las mas amargas reflexiones se presta la enunciacion de ideas tan extraviadas. En ningun negocio particular se establece la demanda, ó es desechada si se entabla, si no se fija con claridad lo que se pide. Esa excepcion de oscuro é inepto libelo debe tener tambien lugar entre naciones, y obra contra la Francia, que vino á favorecer reclamaciones que no podia determinar. La guerra, juicio ejecutivo contra la potencia deudora, no trae aparejada ejecucion cuando la deuda no es líquida. Pedir doce millones cuando se sabe que tal suma es exagerada, es incurrir en el vicio de la pluspetition. Por cualquiera lado, pues, que se examine el pleito que se nos ha promovido, se encontrará adecuado á la situacion el language forense de que nos hemos valido.

Pero lo que mas indignacion causa es la desvergüenza con que se restringe al solo caso de falta de conformidad de los representantes español é inglés, el desistimiento de pretensiones tan exageradas. Así, pues, el conocimiento de la injusticia que se comete, no se estima como razon bastante para no cometerla, insistiéndose en ejecutarla, á no ser que á ello se opongan los aliados. El derecho del débil se conoce y se viola; la condescendencia queda para los fuertes.

La confesion de que se pretende un absurdo, al exigir primero una indemnizacion superabundante por todas las reclamaciones, y luego indemnizaciones parciales para casos determinados, no es ménos culpable, cuando solamente dá por resultado un triste consejo, en vez de la órden terminante, de superior á inferior, de no consumir semejante atentado.

Al hablar Thouvenel del negocio de la casa Jecker, dice paladinamente que no lo conoce, sin avergonzarse de proclamar así á la faz del mundo, que se nos trae la guerra por lo que no se sabe si será justo ó injusto. La distincion sobre lo que en ese asunto toca directamente á los intereses franceses, y lo que les es extraño, debió hacerse previamente á toda reclamacion, para evitar confusiones de que proceden deshonorosas iniquidades.

Siete dias despues de hechas las confesiones mencionadas, se varió de language, diciéndose al embajador Lord Cowley, que las explicaciones dadas por Saligny comprobaban que habia tenido razon para fijar la suma de doce millones de pesos, como indemnizacion de cuantas reclamaciones tenian que hacer los súbditos franceses, hasta el momento de llegar las tres potencias al territorio mexicano. Ocorre desde luego preguntar, por qué no se han publicado esas famosas explicaciones, con que se dió por satisfecho el gobierno imperial. Nosotros aseguramos, sin temor de ser desmentidos, que es absolutamente imposible la demostracion de que se hace mérito, y que por eso se ha omitido la publicacion de una nota, que pondria en ridículo al plenipotenciario frances y al gabinete que ha protegido sus rencores.

Al relatar el ministro de relaciones al embajador de Francia en Londres, lo que habia dicho á Lord Cowley, manifes-

taba la necesidad que había en su concepto de fijar la cifra de las indemnizaciones para evitar que fuese ilusorio el arreglo celebrado con México, é indicaba que para determinar mas tarde exactamente el monto de las reclamaciones, se nombraría una comision especial, devolviéndose á México lo que resultara haberle cobrado de mas.

Insistimos en la patente injusticia que envuelve el hecho de cobrar lo que no se debe, y cremos que este es el primer ejemplo que se presenta de tal pretension, en un negocio internacional. La iniquidad se agrava con dos consideraciones: la de que se trata de un deudor pobre, y la de que la comision especial encargada de fijar el importe de lo debido, habia de componerse de franceses, que se despacharian por su mano sin intervencion alguna de agentes mexicanos.

Lord Russell no admitió que las demandas formuladas por uno de los representantes de las potencias aliadas debieran contar previamente con el asentimiento de los otros dos; pero sí sostuvo que cada uno de los comisarios tenia derecho de hacer observaciones sobre el ultimatum de sus colegas. Supuestos tales principios, se adhirió á la opinion de Sir Charles Wyke, sobre las cláusulas de los doce millones y del contrato de Jecker. El embajador frances contestó con los inadmisibles argumentos de Thouvenel, y Russell aceptó la idea del nombramiento de una comision.

Como una gran prueba de la exactitud de la cifra fijada por Saligny, se envió al gobierno inglés un artículo del *Mexican Extraordinary*, en que el redactor de ese periódico hostile á México, fijó sin datos la suma de quince millones como monto de las reclamaciones francesas. Repetimos que ese cómputo, hecho en tono magistral, carece de fundamento sólido, es de imposible demostracion. Por lo demas,

nos llama la atencion que se enviara á Russell el cálculo formado por un periodista ligero, y que no se le remitieran las explicaciones oficiales de Saligny, á que dió pleno crédito su gobierno.

El conde Flahault comunicó en 28 de Marzo al departamento de relaciones exteriores, que el gabinete inglés estaba enteramente conforme en la apreciacion hecha por el frances de los preliminares de la Soledad. Otro tanto dijo del español el embajador Barrot: de manera que, á juzgar por esas notas, habria reinado la mas completa armonía entre los tres gobiernos. La falsedad de tal deduccion está demostrada por los hechos; el gobierno inglés aprobó en todas sus partes los preliminares; el español los aprobó tambien, aunque manifestando que no le agradaban algunas de sus cláusulas. Ya Calderon Collantes ha dicho en las cortes españolas, que Barrot no le entendió bien, y la equivocacion de Flahault es mas marcada, todavia.

De la mayor importancia es para nosotros la nota de 19 de Abril de 1862, en cuyo final decia Thouvenel al embajador en Madrid, que los plenipotenciarios de las tres potencias debian haber comprendido que si no obtenian del gobierno mexicano obligaciones y garantías á propósito para dar completa satisfaccion á todos los agravios, les correspondia tomar las medidas militares exigidas por las circunstancias.

De estas terminantes palabras se colige, que se presentaba todavia la accion de la Francia reducida á solo la reparacion de agravios pedida al gobierno mexicano, es decir, al gobierno existente, al gobierno de Juarez, reconocido así de la manera mas explícita. Nos es imposible conciliar esta declaracion, con la ruptura de Orizava, acaecida ocho dias despues; con el hecho de no haber pedido satisfacciones ni

garantías; con la falta de la declaración de guerra; con el propósito de derribar al gobierno reconocido; con la tutela á que se quiere sujetarnos.

Tenemos necesidad de repetir lo que hemos probado ya varias veces: Napoleon ha estado en perpetua contradiccion consigo mismo en la cuestion de México.

En 12 de Abril comunicaba Thouvenel á Saligny, que no se habia accedido á la propuesta del gabinete de Madrid, relativa á que se pusieran de acuerdo los plenipotenciarios sobre las diversas cuestiones que pudieran surgir de las conferencias de Orizava, por ser inútil toda deliberacion sobre eventualidades mas ó ménos hipotéticas. El ministro de relaciones manifestó también su disgusto por haber aprobado los gabinetes inglés y español los preliminares de la Soledad.

Con una hipocresía que causa ya verdadero pasmo, recomendaba el mismo Thouvenel en 31 de Mayo, que la trasformacion de México no saliera del campamento frances, sino del mismo país, animado con la presencia de las huestes extranjeras.

La discordancia de los gabinetes de Paris y Madrid sobre las causas del rompimiento de Orizava, dió lugar á un largo despacho de Thouvenel, en que reprodujo consideraciones que hemos dilucidado ya con repeticion.

El *negocio* del 5 de Mayo provocó la venida de considerables refuerzos, puestos á las órdenes de Forey, á quien se pasaron las instrucciones imperiales, que también hemos comentado con detenimiento, y en las que resalta de nuevo la eterna contradiccion del decantado respeto á la voluntad del pueblo mexicano, y del uso de la fuerza para que obremos con plena libertad.

La primera nota publicada del ministro de Francia en

México, es de 23 de Junio, y á ella se acompañó copia de la protesta injuriosa y desleal de muchos de los franceses residentes aquí. Sentimos no saber por quiénes iba firmada, para conocer á los que con tanta ingratitud han pagado la generosa hospitalidad mexicana.

En otras comunicaciones aglomeró Saligny cuantas noticias falsas tuvo por conveniente propalar, en descrédito de nuestro pueblo y de nuestro gobierno. Habló de la prision y muerte de un tal Dartigues, artesano desconocido, á quien pintó como un personage importante. Supuso que se obligaba á los franceses á declarar contra la intervencion, so pena de ser expulsados. Supuso que un periódico hostile al gobierno, la *Cuchara*, habia sido establecido por Juarez, para pedir que los franceses tomaran las armas, á fin de combatir, bajo el mando de oficiales mexicanos, contra la bandera de su patria. Supuso que se habia encarcelado á un número considerable de franceses, y anunció que se llegaría con ellos á las últimas violencias. Supuso que el 16 de Setiembre habian sido asaltadas á pedradas diez y seis casas de franceses, resultando dos heridos, sin que se hubiera tomado medida alguna para contener tales desórdenes.

Todo México, inclusa la colonia francesa, sabe de ciencia cierta que son falsas las aseveraciones de Saligny, el cual ha acabado de conquistar con ellas el merecido nombre de calumniador de oficio.

Los últimos documentos publicados aquí del *Libro Amarillo*, son concernientes á la humillante peticion del gabinete español sobre restablecimiento de la convencion de Londres, y á la desdeñosa resistencia del gobierno imperial.

La mutilada publicacion de los documentos escogidos por éste, léjos de que sirva para justificarlo, ha venido á poner mas en claro la doblez, la inconsecuencia, las varia-

ciones, la perfidia de su política en todo lo que atañe á México.

Como esta verdad se va generalizando, Napoleon ha tratado de combatirla, llamando á la expedicion armada á nuestro suelo, el acto mas importante de su reinado. Dudamos que así lo sienta, por mas que se afane en pregonarlo, pues no es ya posible que desconozca, por una parte la injusticia, y por otra la vaciedad de sus proyectos. Para admitir que habla de buena fé, seria preciso suponer que ha perdido el juicio, hallándose en el caso de aquellos locos que se figuran ser Júpiter ó Neptuno, y que se pavonean con la ilusion de la demencia, mientras el auditorio se burla de su mentida divinidad.

Si verdaderamente creyera Napoleon en la sublimidad de su empresa, no impediria su discusion, no detendria en la frontera cuantos impresos se ocupan de la cuestion, no prohibiria tocarla á los periódicos de su imperio, no se opondria á la circulacion del discurso de Favre. El rigor con que procede en todas estas materias, bastaria por sí solo, á falta de otros datos fidedignos, para comprobar que no tiene la conviccion de defender la causa de la verdad, quien en todo y á cada paso procura ofuscarla.

Por eso dá plena autorizacion á los diarios que encomian su política, para mentir á mansalva, para zaherir á México sin interrupcion. Obedientes á su consigna los periodistas oficiales ú oficiosos, continúan impávidos en su propaganda de embustes y difamacion, distinguiéndose entre ellos el historiador militar baron de Bazancourt, que escribe para la *France* editoriales que serán cuanto se quiera, ménos materiales para la historia. En el que anunció la toma de Puebla, confundió el cerro de Guadalupe con el santuario del mismo nombre, situado á una legua de México, y atribuyó

á Forey la juiciosa precaucion de haber decidido no bombardearlo, para no malquistarse con los devotos. Esa garrafal equivocacion, su seguridad de la toma de Puebla, su desprecio al ejército mexicano, y otras lindezas de ese jaez, revelan que la pluma de que salen no es la imparcial, verídica y bien informada con que se debe escribir los hechos históricos.

El desaire que sufrió la Francia de la Inglaterra y de la Rusia, cuando se negaron esas potencias á ofrecer su mediacion para contener la lucha de los Estados-Unidos con los confederados, se ha repetido por el gobierno de Washington, al cual hizo siempre la oferta el gabinete imperial por su cuenta y riesgo. A la carta de Drouyn de Lhuys en que proponia la mediacion francesa, M. Seward contestó desechándola. Mucho deben haber mortificado el orgullo de Napoleon esas repetidas repulsas.

La publicacion de las notas cambiadas entre nuestro encargado de negocios cerca del gobierno de Lincoln y el secretario de Estado de la república vecina, sobre las concesiones otorgadas á la Francia y negadas á México, ha venido á confirmar cuanto ya hemos dicho sobre este desagradable asunto. Los fundados argumentos de nuestro representante no dejan duda de que, por parte de los Estados-Unidos se ha faltado á los preceptos del derecho internacional, se ha infringido el tratado especial que liga á las dos naciones, y se ha incurrido en una inconsecuencia monstruosa al observar la misma conducta que tan á mal se ha tenido á la Inglaterra.

No ménos deplorable ha sido el resultado de las proposiciones presentadas por M. Mc. Dougall para que no se consintiera la intervencion francesa, en contra de la cual se debia auxiliarnos. El autor de ellas pronunció en el senado un

notable discurso, en que puso de manifiesto la fealdad de la política de la Francia en la cuestion mexicana, y el deber é interes que los Estados-Unidos tienen en contrariarla. Sus esfuerzos fueron vanos: el sistema de temporizacion triunfó, sin mas fundamento que el del peligro de la complicacion de las relaciones existentes con el emperador Napoleon. Las proposiciones fueron desechadas por 34 votos contra 9.

Así ha quedado barrenada la previsora política de Monroe. Los supremos poderes de los Estados-Unidos, imitando la debilidad de España y de Inglaterra, se dejan llevar por la corriente, abandonan la causa de la justicia, comprometen su dignidad, por no malquistarse con el señor de la Francia. Se necesitará, sin duda, el ya anunciado reconocimiento de los Estados confederados, para que Lincoln, y Seward, y sus partidarios, se resuelvan á romper lanzas con aquel soberano, cuya audacia se fomenta con meticolosas consideraciones.

Abandonado así de todas las potencias que debieran prestarle auxilios directos ó indirectos, México ha adoptado, sin acobardarse, la incontrastable resolucion de oponerse á la vandálica agresion de su suelo, hasta vencer ó sucumbir en la demanda. La justa causa que defiende, ha merecido desde el principio la bendicion del cielo, anunciando ya acontecimientos plausibles, que no habrá necesidad de una larga lucha para alcanzar el triunfo que anhelamos.

Pero ántes de hablar de los importantes sucesos militares de estos últimos dias, daremos una rápida ojeada á otros de diversa naturaleza, que deben quedar consignados en nuestra crónica.

El conocimiento de la correspondencia interceptada á Jecker, está sirviendo eficazmente en Europa para el completo

descrédito de una de las principales causas ocultas de la guerra que se nos hace por un lamentable abuso de la fuerza. Las primeras series de las cartas publicadas han tenido gran circulacion en Francia, gracias al ingenioso ardid de haberlas mandado en lo particular á los senadores, diputados y otros personages influyentes, como felicitacion de año nuevo. Aquí se han dado á luz otras varias, venidas unas al banquero suizo de sus parientes y paniaguados, y mandadas las restantes de esta capital á esos corresponales. Estas y aquellas contienen los primores de costumbre, como por ejemplo, el de haber compaginado una epístola para el emperador, suponiéndola escrita por el nunca bien alabado M. de Saligny, con cuya ratifiacion se contaba sin duda al tomar su nombre para un fraude. A pesar de haberse insertado en el *Diario oficial* la nueva correspondencia interceptada, el sobrino Javier, residente en México, se atrevió á sostener que era forjada. Entendemos que el gobierno lo mandó aprehender para castigar su demasia, y que el culpable se ocultó.

Por mas que tengamos que incurrir en repeticiones, al mencionar con frecuencia el satisfactorio resultado de los esfuerzos hechos en la república entera para proporcionar recursos de toda clase á los valientes que luchan por la independencia nacional, forzoso nos es insistir en un rasgo patriótico y humanitario, que á su vez se reproduce sin interrupcion. Mes por mes quisiéramos seguir renovando en este punto nuestros elogios, y así esperamos que sucederá. Hoy los dedicamos especialmente, como una deuda de gratitud y de justicia, á nuestros hermanos los californios, que colocados á inmensa distancia del teatro de la guerra, quieren tener en ella todo el participio posible, y no cesan de enviar los productos de los donativos que colectan. En la actual

contienda, México está observando. por fortuna, en cuanto se relaciona con la cuestion extranjera, una conducta verdaderamente admirable, que enaltecerá su nombre para honra y ventura de sus hijos.

Otros fronterizos merecen tambien especiales alabanzas por su noble comportamiento. Cuando los Estados que forman la nacion se esmeran á porfia en cumplir con los deberes que la situacion les impone. Sinaloa no ha querido quedarse atras. Una brigada de cerca de dos mil hombres salió de Mazatlan, desembarcó en Sihuatanejo, siguió de allí para Acapulco, y emprendió luego su marcha para esta capital. La travesía de mar y tierra, larga, penosa, llena de inconvenientes, ha puesto á prueba la paciencia de esos sufridos soldados, que olvidan ya sus privaciones para no pensar sino en los peligros, en la gloria que los espera en Zaragoza, al lado de sus hermanos de armas.

No, no es una minoría opresiva la que así trae de los confines del país mexicanos que vienen á derramar su sangre por la patria; no es una minoría opresiva la que, entre dificultades de todo género, en la crisis mas terrible que la nacion ha atravesado, encuentra armas, dinero, hombres, para contener las falanges del ambicioso é hipócrita soberano, que dá aún por desconocida la voluntad popular tan explícitamente manifestada.

De quien tan desleal conducta observa nada se tiene ya que extrañar: bien sabido tenemos que él y sus agentes han de obrar aquí como en país sujeto á su dominacion. Lo que sí nos asombra es que súbditos de las potencias que fueron aliadas de Napoleon, y á cuyas tortuosas miras no quisieron asociarse despues, estén obrando con iguales ínfulas de mando que los franceses. Nos referimos á la arbitraria intervencion de los cónsules inglés y español en los asuntos de

la aduana de Veracruz. ¿Es todavía nuestro primer puerto preteroria de las tres naciones, como lo declaró el general Gasset al ocuparlo piráticamente? La accion mancomunada, destrida de hecho y de derecho, y no renovada por oposicion del orgullo frances, ¿subsiste únicamente para la distribucion de los dineros procedentes de la tarifa aduanal? ¿Es ya México una nacionalidad destruida, cuyos despojos se reparten sus generosos protectores? Esperamos de quien mas sepa la contestacion á estas preguntas.

El pueblo anhela que se ponga un hasta aquí definitivo á esos torpes abusos, á la dependencia extranjera en que ha vivido y que no quiere ya tolerar por mas tiempo. Esa emancipacion, no alcanzada todavía, es lo que hoy se defiende con las armas en la mano. Bien vale la pena de los mayores sacrificios la conquista de ese bien inmenso, sin el cual la soberanía de México es un nombre sonoro y hueco que nada significa.

Así lo ha comprendido el pueblo, que no ha vacilado en estos momentos supremos en que corre ya la sangre mexicana.

Los preparativos del combate tuvieron una solemnidad oficial con la presencia en Puebla, á principios de este mes, del presidente de la república y de su ministro de relaciones. En la gran revista militar en que hicieron ostentacion de su entusiasmo los que se disponian á morir, no como los gladiadores que saludaban al César, sino como soldados republicanos ante el gobierno que representa la soberanía nacional; en esa gran revista, nuestro primer magistrado pronunció una entusiasta alocucion, recordando sus glorias al ejército de Oriente, como el mejor estímulo para que aumentase su bien adquirida fama. El ejército protestó cumplir con su deber; su promesa ha sido ya mas que satisfactoriamente llenada.

Pocos dias despues avanzaba por fin definitivamente el cuerpo expedicionario frances. Su movimiento de ataque se atribuye á órdenes terminantes del emperador, traídas por su edecan el marques de Gallifet. Segun esa version, no considerándose Forey con los elementos necesarios para la empresa que se le ha encomendado, pidió nuevos refuerzos. Su soberano no consintió en mandárselos, y ántes bien le previno el asalto de la ciudad de Zaragoza, para que las armas imperiales recobraran su perdido lustre, despues de lo cual se propone, á lo que se asegura, restablecer la triple alianza.

Aunque no damos entera fé á los datos oficiales que se han publicado, conforme á ellos, las fuerzas francesas mandadas á la república, han ascendido á unos veintiocho mil hombres. De estos han muerto ya mas de siete mil, baja terrible que indica ya la que habrá cuando se empeñe mas la guerra, todavía en su principio. Quedan, por lo mismo, veinte mil enemigos, de los que descontando los destinados al servicio de los trenes, de la ambulancia y de la administracion, resulta un residuo de catorce ó quince mil disponibles para una funcion de armas. Hay que agregar á esta fuerza los dos mil traidores mandados por Máquez.

El cañon de Guadalupe anunció el dia 16, á las nueve de la mañana, que los franceses estaban al frente de la plaza. No faltaba quien creyera que, por un principio de orgullo militar, buscarian el desquite en los sitios que fueron testigos de su derrota el memorable 5 de Mayo. Semejante suposicion era equivocada; para el ataque han buscado el punto que han considerado mas débil, y han procedido en todo con entera sujecion á las reglas del arte. De esa suerte han probado que no ven ya á los mexicanos como un enemigo despreciable.

Despues de ocupar el cerro de San Juan, situado al Poniente de Puebla, comenzaron sus trabajos de zapa. Nuestra artillería rompió sus fuegos, consiguiendo como primera ventaja desmontarles tres piezas. La division Douay, encargada de levantar trincheras, sufrió en ese trabajo pérdidas de consideracion.

En su orden del dia 26, elogió Forey los servicios de sus artilleros, y estimuló á sus infantes, llamando invencibles las bayonetas francesas. En la noche las puso á prueba, disponiendo que asaltaran el fuerte de San Javier, de donde fueron rechazadas. Hubo en este ataque hechos memorables, que servirán de perpetuo honor á las armas mexicanas. Ocho baterías situadas en campo raso despedazaron por los flancos á las columnas enemigas, que barria de frente el fuego del fortin asaltado. Negrete, Paz, García, Antillon, Auza, Smith, y otros muchos valientes, hicieron morder el polvo á las afamadas huestes que los atacaban. Los capitanes Sanchez y Pinzon se negaron á retirarse, á pesar de estar heridos; el coronel Sanchez Ochoa entró en combate, sin embargo de estar enfermo; el artillero Martinez trabajó sin auxilio de nadie en reparar la trinchera deruida; el sargento Hinojosa, á quien una bomba arrebató el fusil, permaneció en su puesto mientras le llevaban otro; el paisano Huerta sirvió una pieza como voluntario. ¡Oh! no es posible que sucumba la nacion, cuyos hijos suministran á la historia rasgos dignos de la epopeya.

Una nueva victoria coronó el dia 28 los esfuerzos de los heroicos defensores de Zaragoza. Aproximadas las paralelas del enemigo hasta la distancia insignificante de cincuenta metros; bombardeada la ciudad; casi demolido el fuerte de San Javier, se creyó, sin duda, que era ya empresa fácil tomarlo. Con tal intento avanzaron sobre él las columnas

de asalto, briosas, alfaneras, esperanzadas en el triunfo. Los soldados que las componian, no inferiores á su renombre de esclarecidos guerreros, llegaron hasta los fosos de la fortaleza; pero allí sucumbieron ante el denuedo de modestos ciudadanos, leones en el combate; allí dejaron sus heridos, poblando con sus gemidos el viento, maldiciendo probablemente al bárbaro autor de una guerra en que, sin utilidad de su patria, se les sacrifica para mengua de la civilizacion.

No tenemos todavía el parte detallado de esta segunda accion, mas formal y encarnizada que la anterior. Lo sentimos, por no poder consignar en esta revista los nombres gloriosos de los que se han de haber hecho por sus hazañas merecedores de especial recomendacion.

Parece que el enemigo repitió su asalto el 29, escogiéndose como en los otros la noche, segun el sistema habitual de Forey. Hay anuncios de que fué rechazada esta nueva acometida; pero hasta el momento en que escribimos este párrafo [las siete de la noche del 31 de Marzo] no ha comunicado el telégrafo noticia segura de que se haya tratado de un ataque formal.

Para el buen éxito de nuestras armas está sirviendo de mucho la cooperacion del ejército del centro, que se ha medido ya en encuentros parciales con los contrarios, á los que obliga á atenderlo con un cuerpo de observacion. Los generales Ortega y Comonfort están en relacion constante, combinando el plan de defensa, segun lo requieren las circunstancias. Ayer 30, permaneció todo el dia la fuerza auxiliar de la plaza en orden de batalla, en las lomas de Uragua. El frances esquivó el combate, con el objeto de valerse de una sorpresa nocturna, que le salió frustrada. No dudamos que en el momento decisivo pelearán con igual heroici-

dad las tropas mexicanas, que se encuentran dentro y fuera de la plaza sitiada.

Las victorias del 26 y del 28 han causado en México un entusiasmo que ha rayado en delirio. Jamás se habia mostrado la poblacion de la capital tan llena de júbilo, como en los momentos de eterna memoria en que ha solemnizado las glorias nacionales alcanzadas contra los franceses. Músicas, gallos, iluminaciones, víctores, aplausos, repiques, salvas, cohetes, discursos improvisados, reuniones populares y otras mil demostraciones de contento, han sido los medios de que se ha valido el patriotismo para manifestar las profundas emociones de que ha estado poseido el corazon de los mexicanos. La palabra humana es pobre para pintar espectáculos de que solo pueden formarse idea exacta los que los han presenciado.

Y todo ese raudal de sentimientos generosos, toda esa exuberancia de placer y satisfaccion, ha sido una merecida recompensa de las hazañas de ese ejército de Oriente, que ha sistemado la legalidad, afianzado las instituciones liberales, consolidado la reforma, conservado la independecia, y alcanzado que el nombre de México, ántes oscuro y vilipendiado, aparezca limpio y brillante entre todas las naciones de la tierra.

¡Salud, salud á vosotros, dignos hijos del pueblo, ciudadanos esclarecidos que habeis derrotado á los primeros soldados del mundo! La patria agradecida os ama como á sus hijos predilectos, pronuncia vuestros nombres con entusiasmo, ciñe vuestras sienes con el verde laurel de los héroes.

¡Honor á la vanguardia de la nacion!

¡Prez, y dicha, y bendiciones á los segundos padres de la independecia nacional!

¡¡¡Gloria, eterna gloria al ejército de Oriente!!!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCUSION

EN EL CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS SOBRE LOS
ASUNTOS DE MEXICO.

México, Abril 22 de 1863.

A los ruidosos debates habidos en España, tanto en el senado como en el congreso de los diputados sobre los negocios de nuestra patria, han sucedido en Francia las discusiones relativas á la misma materia, rastreras y pobres en la cámara de senadores, y animadas en el cuerpo legislativo por la elocuente palabra de Julio Favre, que continúa impávido defendiendo la justicia y el derecho, entre la turba de aduladores que sancionan con sus votos y celebran con sus aplausos los actos mas descarriados del emperador.

Billault, el famoso ministro sin cartera, el republicano rojo de otro tiempo, metido hoy á conservador, el orador oficial encargado de pintar con su verba inagotable lo negro como blanco, el defensor perpetuo de la mala causa, el enemigo gratuito de México; Billault contestó, como la vez pasada, al justiciero tribuno, con un aplomo y una desvergüenza verdaderamente escandalosos.

Antes que ellos hablaron, Ernesto Picard en contra, y el baron Gerónimo David en favor de la política napoleónica, rolando el debate sobre una enmienda presentada al proyecto de contestacion del discurso del trono, por los diputados Fayre, Henon, Darimon, Picard y Olivier. En esa enmienda habia un párrafo relativo á México, en el cual, despues de expresar sus autores que admiran el heroismo de los soldados franceses, combatiendo aquí bajo un clima mortífero, y les envian sus votos mas simpáticos, agregaron que las fuerzas de la Francia no deben empeñarse temerariamente en expediciones mal definidas, aventuradas, cuando ni los principios, ni los intereses del país aconsejaban venir á ver qué gobierno desea el pueblo mexicano.

Como no nos alcanza á nosotros la prohibicion imperial de apreciar los discursos pronunciados, usaremos de ese derecho arrebatado á la prensa francesa de oposicion.

DISCURSO DE PICARD.

Dada la palabra á este diputado, para que desarrollara la enmienda que habia propuesto en union de sus cuatro compañeros, empezó quejándose de que la expedicion á México se hubiera acordado y puesto en práctica, sin contar para nada con el cuerpo legislativo. Aun los documentos relativos á la cuestion, presentados oportunamente al parlamento inglés y á las cortes españolas, no fueron remitidos á la cámara francesa sino con mucha posterioridad, esquivándose así la publicidad que tanto se buscó cuando la guerra de Crimea.

El móvil de semejante conducta es para nosotros bien claro. El cuerpo legislativo frances no merece en verdad este sonoro nombre, desmentido por las infinitas restriccio-

nes que lo nulifican. La voluntad del emperador es la única ley del país que fué cuna de los grandes principios de 1789. Bajo la mal puesta careta de instituciones liberales, asoma el rostro deforme de la dictadura. Los llamados legisladores de Francia tienen que conformarse con el participio que place darles en los negocios públicos al capricho imperial, conforme al cual aparecen en plena luz, ó quedan en la sombra, los documentos diplomáticos, segun es franca y leal, ó tenebrosa y páfida, la política del momento.

A juicio de Picard, el ejército de Napoleon está reparando las faltas de su diplomacia, sin que el resultado sea temible, gracias á la intrepidez de los soldados. Recordando que desde hace un año sostenia el ministro sin cartera que las tropas francesas debian estar ya en México, deseó el orador que pudiera darse actualmente la misma seguridad.

Sentimos que de la boca de un hombre justificado haya salido una apreciacion con la que no podemos estar conformes. No cabe en la posibilidad humana que el ejército frances repare las faltas cometidas con nosotros. La única reparacion de la injusticia, de la deslealtad, de la impostura, de la calumnia, es la vuelta al sendero del bien, el arrepentimiento, la palinodia. La intrepidez de los soldados imperiales nada alcanzará á remediar en cuestiones de honra. Aun cuando estuvieran ellos en México, cosa que por lo visto ofrece mayores dificultades de las que creia el confiado M. Billault; aun cuando ganaran una batalla diaria y se apoderaran de todas nuestras poblaciones, esos triunfos no justificarian el derecho de intervencion, no autorizarian el rompimiento del tratado de Lóndres y de los preliminares de la Soledad, no lavarian la deshonor de no haber vuelto á Paso Ancho. Arriba, mucho mas arriba de las funciones de armas, están las leyes eternas de la moral.

Dejando el orador á un lado la guerra, para no hablar sino de la política, examinó la convencion de Lóndres, analizando los sentimientos de las tres potencias que la celebraron.

Enunciando los grandes intereses que tenia en México la Inglaterra, observó que fué la ménos decidida á tomar parte en la expedicion, para la que no quiso enyiar tropas de desembarque, y respecto de la cual estipuló que ninguna de las tres potencias signatarias pudiera sacar ventaja alguna.

Exacta es esta apreciacion, como ajustada á los hechos. No sucede lo mismo en lo relativo á España, á cuya potencia se acusa sin fundamento, de haber querido restablecer aquí su antigua dominacion, cuando lo que realmente pretendia era la reparacion de determinados agravios, justos en su concepto, aunque no en el nuestro.

La Francia vino á México, segun Billault, movida por ultrages acumulados durante veinte ó treinta años. Suponiendo el hecho cierto, es incontestable la reconyencion de Picard, de que debió venirse ántes. La indolencia del gobierno imperial seria en efecto indisculpable, si en el ya largo período de su existencia hubiese visto con abandono los continuos y horribles crímenes imputados á los mexicanos contra los franceses.

El orador pasó á escudriñar los nuevos atentados que hicieron desbordar el vaso en que por tanto tiempo habia estado contenida la paciencia de la Francia, y encontró los de las gavillas que infestaban los caminos, prevalidas de la guerra civil; algunas reclamaciones no justificadas aún; la ley que suspendió el pago de las convenciones diplomáticas. Dijo que los perjuicios de la colonia francesa habian sido ocasionados por el estado del país; que no podia reclamarse lo que no estaba justificado; que el decreto de 17 de

Julio procedió de la impotencia de dar dinero, y fué ademas derogado á poco de haberse expedido; que no podia ser peor escogido el momento para pedir indemnizacion á un tesoro exhausto; que no hubo mala fé, ni mala voluntad de parte del gobierno de Juarez.

No hallando, pues, en los motivos alegados causa suficiente para la expedicion, atribuye ésta Picard al designio de dos de las potencias contratantes, de favorecer en México el establecimiento de un gobierno monárquico.

Insistiendo en su explicacion, afirma que el limitado comercio de los franceses en nuestra república no podia producir los elementos de un crédito cuantioso, siendo el único acreedor que reclama una suma considerable, Jecker, nacido en Porentruy, cuando esta ciudad no pertenecia á la Francia, y naturalizado el 26 de Marzo de 1862.

Venir á México en son de guerra á proponerle que escoja libremente un gobierno, es, dijo el orador, una tentativa de invasion, no una mediacion benévola. No podia ménos de suceder una de dos cosas: ó los mexicanos tenian el envilecimiento de ceder al extranjero, y entónces daban su dimision como pueblo, ó se reunian contra los invasores con la energía natural á los pueblos pobres. La Francia no podia salir bien, sino pagando el precio de su triunfo.

Ningun interes tiene la Francia en colocar al archiduque Maximiliano en el trono de México, como lo ha reconocido el embajador Mon, representante en el congreso español de la política francesa. La empresa ademas es una quimera, como lo han confesado lord John Russell y el duque de Te-tuan.

Despues de tan juiciosas consideraciones, comparó Picard con incuestionable exactitud, la proclama dirigida á los mexicanos por Jurien y Saligny, con la que en 1792 dirigió á

los franceses el generalísimo de los ejércitos de Prusia y Austria. En ambos documentos se ha ofrecido, en efecto, proteccion á la parte sana contra los excesos de la faccion que la subyuga: en ambos se han jactado los invasores de no llevar otro fin que la dicha del país invadido, sin pretender enriquecerse por medio de conquistas.

El orador sintió que el rubor subía á sus mejillas, al hablar del ultimatum propuesto por Saligny, en que se hizo ascender á doce millones de pesos el importe de las reclamaciones francesas, y en el que se exigia ademas el cumplimiento del contrato celebrado por el gobierno agonizante de Miramon con una casa suiza. Al recordar que Thouvenel confesó no tener idea exacta del negocio; al fijarse en la fecha de la naturalizacion de Jecker, aseveró Picard que en este asunto hay un enigma.

Agregó que los mexicanos debian alarmarse, previendo los resultados de una regeneracion, que comenzaba protegiendo la introduccion en el país de cabecillas reaccionarios, y que ha continuado permitiendo que combata bajo las banderas francesas Márquez, famoso por su ferocidad.

Todo esto ha sido consecuencia de la política imperial, que repugnó asociarse á la Inglaterra para la adopcion de un sistema de tolerancia religiosa, y que ha tenido la intencion decidida, aunque no confesada, de derrocar á toda costa al gobierno de Juárez.

Del mas lamentable y doloroso de los hechos de la historia diplomática francesa, calificó Picard la violacion del convenio solemne de trasponer los desfiladeros guardados por tropas mexicanas.

Tambien acusó al gobierno imperial de imprevision, por haber dado lugar á la ruptura de la triple alianza.

¿Cuál será, preguntó en seguida, la continuacion de la

expedicion á México? ¿Cuál será su éxito? Con este motivo se encargó del sistema de gran política que ha aparecido de improviso, suponiéndose que se le tenia en reserva, y que si hubiera existido desde un principio, probaria que se obró con insigne perfidia al firmar la convencion de Lóndres, en la que se expresaron fines enteramente distintos.

Consistiendo la nueva combinacion en contrarestar el poder de los Estados-Unidos, se va á precipitar, en concepto de Picard, lo que de evitarse trataba. Luego que los mexicanos se vieron amenazados, volvieron los ojos á sus vecinos.

No puede preverse cómo tendrá la guerra un término pronto y feliz. No se sabe si habrá una ocupacion temporal, ó si se establecerá un nuevo Argel, ó si se emplearán periódica y anualmente los recursos de la Francia en ayudar las revoluciones y los tumultos de los impostores agentes mexicanos, de los que es el gobierno imperial secuaz en la política de empresas y aventuras en que se ha metido. Picard quiere con razon, que se diga al cuerpo legislativo el desenlace pensado, para que sepa en qué van á emplearse los hombres y el dinero que dá.

El orador concluyó lamentando que se aplicara á las relaciones exteriores el principio de la fuerza, que es el de la impotencia, y que ha producido ya tan malos resultados. El principio de no intervencion, no explica la guerra traida á México: el de intervencion estaria mejor empleado en otra parte, es decir, en Polonia.

El discurso de Picard es notable por la solidez de sus fundamentos, por la perspicacia de sus investigaciones, por la valentía con que ha condenado la política vaga y torpe de un gobierno tan suspicaz como perseguidor.

DISCURSO DE DAVID.

Profunda impresion causó en el ánimo de este diputado imperialista, que el preopinante hubiese dado la razon á todos, españoles, ingleses, mexicanos, ménos á la Francia, cuando ésta ha acometido una empresa de imperiosa necesidad, cuando ya un gobierno anterior se habia visto obligado á pedir por la fuerza la reparacion de los mismos agravios, y eso que el tal gobierno no se dejaba llevar de susceptibilidades exageradas, en una época de tendencias ultrapacíficas.

Pues no cabe duda, por mas que ello dueia al baron Gerónimo David, que en la cuestion de México todos han tenido razon contra la Francia, á cuyo gobierno han dominado la veleididad y la contradiccion, la ambicion y la perfidia. Con gran cordura ha obrado la Inglaterra, oponiéndose al principio de intervencion, no pasando por exigencias escandalosas. Con hidalguía caballerosa se ha manejado la España, no consintiendo en la violacion de compromisos solemnes. Con decision patriótica se ha conducido México, al luchar enérgicamente contra el invasor, que pretende menoscabar su soberanía.

Al baron David incumbe la prueba de la imperiosa necesidad que ha motivado en su sentir la invasion francesa. Ya veremos si en su discurso resulta demostrada la temeraria proposicion que asentó.

Ni la guerra que nos hizo Luis Felipe fué justa, ni aun cuando lo hubiera sido, pudiera ser trascendental su justicia á la invasion actual. Pretensiones tan descabelladas como la de los sesenta mil pesos de pasteles, trajeron por primera vez á nuestro suelo una expedicion francesa, cuyo resultado fué que se nos arrancara por vía de indemnizacion una cat-

tidad tan exagerada, que no pudo repartirse entre los reclamantes, á pesar de que casi todos pidieron ciento por uno. Agravios falsos, abultados con extraordinario cinismo, han servido entónces y ahora de fútil pretexto para abusar de la fuerza en perjuicio nuestro. Como se trataba de una república débil, se abandonó aquí por el rey de Francia el sistema de paz á todo trance observado con las grandes potencias, por las que mansamente se dejaba humillar.

El orador acusa al gobierno de Julio, de que se limitó á medidas á medias que no remediaron el estado de las cosas. En cuanto á Napoleon, despues de llevar la moderacion á los últimos límites, se ha propuesto obtener á mano armada la reparacion de los agravios de sus súbditos. Estos han sido víctimas de asesinatos, robos, espoliaciones de todo género; han soportado préstamos forzosos y contribuciones de guerra; han pagado derechos de importacion y exportacion ruinosos y abusivos; han sufrido la ruptura de compromisos solemnes, garantizados por convenciones diplomáticas. Por estos motivos ha tomado Francia las armas, que no depondrá sino con la certidumbre de no volver periódicamente á comenzar en una campaña sangrienta y costosa, y al efecto, intervendrá en los negocios interiores de México, tratando solamente con un gobierno que ofrezca positivas garantías para el porvenir.

El gobierno de Julio, ya que nos hizo una guerra injusta, tuvo al ménos la sensatez de no haber pretendido intervenirnos. Dirigió su ultimatum al gobierno existente; firmó con él la paz; lo reconoció en todas ocasiones. No es esto hacer las cosas á medias, sino cumplir con los deberes imprescindibles del derecho internacional.

No sabemos cuáles sean las pruebas de paciencia dadas por el gobierno imperial. Las que se citan nada valen. En

la convencion de 1853 se sacó todo el partido posible para los créditos franceses. El almirante Penaud, léjos de tener condescendencias, agravó con sus duras exigencias la crítica situación que guardaba en Veracruz el gobierno constitucional. Los pasos diplomáticos anteriores al tratado de Londres, fueron todos apremiantes y absurdos. No hay un solo hecho en que se descubra moderacion con México por parte de Napoleon III, que siempre ha sido en sus relaciones con esta república arrogante hasta el menosprecio.

Los asesinatos, robos y espoliaciones que son ya la cartilla en que aprenden á leer los partidarios de la política imperial, carecen de fundamento verdadero, sobre todo presentados como hechos cometidos por las autoridades, ó de que á éstas toque responsabilidad legal. Mil veces hemos pedido ya, que se precisen esas acusaciones vagas, que á polvo quedarán reducidas, luego que se trate de justificarlas con casos determinados.

Los súbditos franceses no han pagado nunca una sola contribucion ó impuesto, de que debieran estar exentos por el derecho de gentes, ó por sus tratados especiales. Los derechos de importacion y exportacion jamas han sido ruinosos ni abusivos, é ignoramos por otra parte con qué justicia se puede prohibir á una nacion soberana que suba sus aranceles marítimos hasta donde le convenga ó le plazca. Las convenciones diplomáticas han sido constantemente respetadas: si por consideraciones poderosísimas se suspendió momentáneamente el pago de los créditos que aquellas amparaban, y entre los que eran insignificantes los franceses, la pronta derogacion de esa medida quitó en el particular todo motivo de queja.

No ha habido, pues, razon para que la Francia tome las armas, una vez que hemos cumplido con nuestros deberes

internacionales. Pero aun concediendo que estuviera autorizada para hacerlo, no lo estaria jamas para intervenir en nuestros negocios domésticos. En vano se alega la inseguridad de que fueran cumplidos los nuevos arreglos que se celebraran. Siempre que se hacen tratados de paz para poner término á la guerra; siempre que se hacen tratados de amistad ó sobre cualquier materia, se corre el peligro de que una de las partes contratantes falte á lo convenido, sin que por solo ese riesgo futuro se intervenga en asuntos ajenos. Cuando se comete la falta, el agraviado busca de todos modos su reparacion; pero no pretende de antemano seguridades que ni siquiera caben en la posibilidad humana.

Las garantías positivas que se piden á México, pueden obtenerse sin que el extranjero cambie nuestras instituciones, ni designe nuestros gobernantes. Ya en una de nuestras revistas anteriores hemos indicado un arbitrio, con cuya adopcion será indefectible el pago de lo que se convenga satisfacer á nuestros acreedores. Pero es evidente que de aquí no se debe pasar, porque pretender que el gobierno mexicano se comprometa á que no vuelva nunca á ser robado ó asesinado un frances, es un verdadero despropósito.

Patente es por otra parte la contradiccion en que se incurre, al protestar que no se ejercerá presion sobre los mexicanos para la eleccion de su gobierno, cuando al mismo tiempo se deja al arbitrio del emperador determinar si ese gobierno ofrece garantías positivas para el porvenir. En caso de que México pasara por condicion tan humillante, bastaria que Napoleon dijese que no le daba garantías el elegido del pueblo, para que ese veto acabara por poner en sus manos el nombramiento de nuestras autoridades supremas.

El baron David, de acuerdo con el emperador, usa desde luego de esa atribucion anómala, y como si fuera su escaño

la cátedra del Espíritu Santo, declara que el gobierno actual de México no dá las garantías apetecidas. Para comprobar su aserto, cita las palabras insultantes del duque de Tetuan, hace á su modo la historia de nuestros partidos y del estado del país, habla de la venta del territorio mexicano á los Estados-Unidos.

Los insultos no son pruebas: no lo son tampoco la difamacion y la calumnia. En cuanto á los hechos, vamos á examinarlos.

La historia de México en estos últimos años, está muy léjos de ser la de individualidades mas ó ménos audaces, que proclaman un plan ó sistema de gobierno, seguidos de algunos millares de soldados. Cabalmente es notable en los acontecimientos á que nos referimos, la desaparicion de toda individualidad. Lo que ha triunfado es la constitucion: lo que se ha sistemado es la legalidad: lo que gobierna es la idea progresista. Las personas son ya nada entre nosotros: los principios lo son todo.

El número de encuentros habidos para llegar á este resultado, prueba solamente que se trataba de una lucha terrible, en la que los excesos cometidos no llegan, ni con mucho, á los de otros países en sus guerras políticas, religiosas, y sociales.

El estado de atraso en que el orador supone á este país, hasta el grado de asegurar que en él no se encuentra el menor vestigio de civilizacion, es una injuria tan tonta, que realmente no vale la pena de refutarla.

El insolente David tiene el descaro de aseverar, que hay en los conservadores un pudor patriótico desconocido de los liberales. Los conservadores fueron los que sostuvieron la guerra con los Estados-Unidos. Los conservadores fueron los que protestaron contra el tratado Mac-Lane. Juarez y

sus amigos han sido por el contrario, los que con ese tratado entregaban todo México en manos de los Estados-Unidos. Juarez es tambien quien quiso vender parte del territorio nacional en diez millones de pesos.

David, como todos los enemigos de México, charla sin conocimiento de nuestra historia, é incurre necesariamente por lo mismo en inexactitudes garrafales, presentadas con audacia como verdades innegables.

El general conservador Santa-Anna ha sido un Proteo político, que ha pertenecido á todos los partidos. Durante una de sus administraciones tuvo lugar la guerra con los Estados-Unidos, en la cual es de todo punto falso que no tomaran parte los liberales, siempre prontos á sacrificarse por la independendencia nacional. Jamas les habia hecho nadie semejante cargo, en cuyo apoyo no se puede aducir prueba alguna. Estaba reservada al baron David esta acusacion, destituida de todo fundamento, apoyada únicamente en su palabra, tan ignorante como audaz.

En la protesta contra el tratado Mac-Lane no obró el gobierno conservador por patriotismo, sino por el odio natural á cuanto pudiera coadyunar á su caida. Falso es, además, que en ese tratado se entregara todo ó parte de México á los Estados-Unidos. Mas falso todavía, que Juarez se haya prestado, ni entónces ni despues, á enagenar un solo palmo del territorio nacional. Cargos son estos desmentidos ya con nobleza y dignidad por el íntegro magistrado á quien se hacen, y bien conocidos de todos como calumniosos.

No seria malo que el defensor de los reaccionarios empleara sus ocios en escribir una obra *histórica*, para rohabilitar al conde D. Julian, á Juan sin miedo, al mariscal Marmont, á Márquez y Almonte, y á otros *pudorosos patriotas*.

Por nuestra parte le recomendamos á los funcionarios que, durante las cuatro administraciones conservadoras de Paredes, Santa-Anna, Zuloaga y Miramon, estuvieron pidiendo para su patria la intervencion extranjera, con un pudor nacional verdaderamente asombroso.

Para demostrar que pedir dinero prestado á los Estados-Unidos es venderles nuestro país, cita el orador los famosos mensajes de Buchanan, de 1858 y 1859, en que se pintó á México reducido á una condicion de anarquía y de impotencia casi irremediables, y se propuso establecer puestos militares en Chihuahua y Sonora, sin ocuparse siquiera del consentimiento de esta república.

Estos y otros antecedentes de la política invasora de nuestros vecinos, sirven solo de comprobantes del peligro que hemos corrido varias veces, de vernos envueltos en una guerra tan injusta como la de 1847. Pero ese peligro es hoy muy remoto, por estar devorados los Estados-Unidos por una lucha intestina, que ha tomado proporciones terribles. Y por otra parte, entre los atentados contra nuestra independencia, de aquellos ó de la Francia, no encontramos diferencia sustancial. No nos conformamos con hacer el triste papel de víctimas, y sobre todo de víctimas resignadas, quien quiera que sea el sacrificador.

Examinando David la convencion de 31 de Octubre, se afana en sostener que contenia el desconocimiento de Juarez, por ser incompatible su subsistencia con la proteccion eficaz de las personas y de las propiedades, y con la ejecucion de las obligaciones contraidas con las tres potencias signatarias.

Tal aseveracion carece de exactitud. Al proponerse la Inglaterra y la España contribuir al establecimiento de un nuevo gobierno en México, partian del concepto equivoca-

do de ser ese el deseo del país, á cuya voluntad sometian siempre el resultado. La subsistencia de Juarez no es incompatible con el cumplimiento de ninguna clase de obligaciones, sino para los que le calumnian pintándole como un mónstruo. Hay que observar de mas á mas en este punto que las conjeturas son inadmisibles en presencia de los hechos; y los hechos no dejan duda de que, la remision del ultimatum, las contestaciones posteriores, la conferencia con el ministro Doblado y los preliminares de la Soledad, son una série de reconocimientos por parte de los plénipotenciarios de las tres potencias, del gobierno de Juarez.

Conformes estamos con David en que se habia admitido la eventualidad de marchar sobre México; pero esto era, ó para obtener la reparacion de agravios no conseguida por la vía diplomática, ó para favorecer los deseos de la mayoría de los habitantes del país. Mucha diferencia hay de uno ú otro de estos casos excepcionales, al propósito invariable de venir á todo trance á subvertir el gobierno establecido.

En vano se atribuye la ineficacia de la accion moral á la falta de energía espontánea de pueblos abatidos por cuarenta años continuos de discordia. La accion física de los ejércitos franceses no ha sido ménos impotente: un año llevan ya de estar ofreciendo su auxilio inmediato á la *mayoría oprimida*, sin que se les hayan unido mas intervencionistas que Márquez, Galvez y Trujeque, dignos protegidos de tales protectores. Los pueblos que, ni solos ni acompañados, han dado señales de vida en favor de la invasion, han salido de su abatimiento, han olvidado sus cuarenta años de sufrimientos para oponerse á sus fingidos redentores, con los que vienen á pelear hasta los de los últimos límites de la república.

Como muy secundarios pinta el orador los incidentes de

las reclamaciones de Saligny sobre el crédito de Jecker, que no puede ménos de llamar él mismo exageradas; de la proteccion dada á Almonte, y de la hipótesis de un régimen monárquico con el archiduque de Austria. Sostiene que no pueden invocarse de buena fé para explicar el abandono en que se dejó á la Francia, porque en nada se oponian al objeto principal de la empresa.

Aplomo especial se necesita para proclamar, no ménos que para aplaudir, semejantes dislates. La exageracion en las reclamaciones les quitaba el carácter de justicia de que debian estar revestidas: la proteccion á un conspirador era un atentado enorme contra el gobierno que se acababa de reconocer: el establecimiento de la monarquía, con el agregado de la imposicion del soberano, era un ultraje horroroso á la independenciam del pueblo, cuya voluntad se habia ofrecido acatar. Nada de esto era secundario; todo era sustancial, esencial, vital. El objeto principal y el secundario de la empresa, desaparecian ante la nueva política francesa, con la que se rasgaba de arriba á abajo el convenio de Londres.

David llega en su ceguedad hasta acusar á los comisarios franceses de haber carecido de energía, mientras su gobierno ha permanecido firme en la linea de conducta que se trazó. Ni esto siquiera es cierto. El gobierno frances ha caminado, como de costumbre lo tiene, de proyecto en proyecto, de contradiccion en contradiccion, en la cuestion de México. Al acuerdo prévio de las tres naciones, ha sustituido la inspiracion caprichosa de su perenne incertidumbre.

De las diversas tentativas hechas con el objeto de procurar la union de todas las repúblicas hispano-americanas, deduce el diputado imperialista, que la cuestion mexicana afecta los intereses de la Francia y de la Europa en el Nuevo Mundo. Mas recta todavía nos parece la consecuencia de

que afecta los intereses de los pueblos americanos, destinados á figurar en los actos segundo y subsecuentes del drama.

Vuelve David, despues de esta explicacion, á examinar la conducta de las tres potencias.

Inculpa á la Inglaterra de haberse decidido á la expedicion de México, solo por evitar que la España se-presentase sola, y con la mira secreta de desembarazarse en primera oportunidad del tratado de 31 de Octubre, para adquirir en las Américas una influencia provechosa á su política de intereses materiales. La perseverancia francesa, que subordina el lucro á los principios de civilizacion y de moral, ha burlado esos cálculos de la diplomácia inglesa, mas exigente cuando está sola.

El panegirista de Napoleon recuerda la importancia excepcional de las ofensas de España, habla de las supuestas contradicciones del general Prim, menciona las fiestas con que solemniza México su independenciam, repite lo de las banderas españolas existentes en la catedral metropolitana, califica de nacional el odio á los antiguos dominadores del país, no olvida la expulsion del embajador Pacheco. Quéjase de que, á pesar de semejantes antecedentes, abandonase al frances el ejército español por culpa del conde de Reus, tercer plenipotenciario español que falta á sus instrucciones, para hacer mas ruido que otra cosa.

Solo la Francia, siempre, segun el baron orador, ha obrado en regla, obligada por el deber y la fidelidad al objeto convenido. Ha venido á México á buscar seguridad para las personas y las propiedades con un gobierno estable y regular. No puede saberse aún cuánto tiempo permanecerá aquí el ejército frances figurando en los acontecimientos ulteriores del país. Pero las dificultades por vencer serán ligeras al lado de las superadas ya. Con la ocupacion de la ca-

pital, la de Puebla y la de los puertos, la república quedará sometida. La presencia en México de las tropas imperiales, será un acto de represion enérgico y saludable, que se hará sentir en todo el Nuevo Mundo. El comercio frances se multiplicará: los emigrantes franceses llevarán libres de todo temor el genio nacional á los desiertos americanos, sin que en esto haya poesía ni quimeras: se devolverá al roce social una parte importante del globo, cuyas riquezas son estériles en la actualidad: se sabrá que la Francia protege á sus súbditos con tanto empeño como la Inglaterra, para que no sean como esos vasallos de Oriente, que abrigan sus fortunas y sus cabezas bajo protectorados extrangeros. Por estas consideraciones la expedicion es meritoria, y el ejército frances está sirviendo á la causa de la humanidad, del derecho y de la civilizacion.

Para acabar con el baron Gerónimo David, encarguémonos de estas sus últimas apreciaciones.

La mala fé que se atribuye á la Inglaterra ha consistido: en haber exigido que se consignara en el tratado tripartito el principio de no intervencion; en no haber mandado tropas que se internaran en México, para derribar al gobierno existente; en haberse opuesto á un ultimatum en que se exigian veintisiete millones de pesos, contra toda justicia, sin mas título que el de la fuerza, por reclamaciones que David mismo, y es cuanto hay que decir, ha calificado de exageradas; en haber aprobado los preliminares de la Soledad, contrariando así las miras ambiciosas del gobierno imperial; en no haber coadyuvado al atentado indisculpable con que se faltó en Orizava á los compromisos mas solemnes. Ni sombra de dolo se descubre en esos actos, arreglados estrictamente á las leyes internacionales. La Inglaterra, pues, ha procedido en México con nobleza y lealtad, respecto de los

hechos referidos. Advertiremos que esta justa confesion no envuelve un elogio general de la política observada comunmente por la mencionada potencia, ni de la que con frecuencia ha seguido con nosotros mismos, ni tampoco de la que sucedió al rompimiento de Orizava, pues en esta parte merece el cargo de debilidad, por no haber reclamado la violacion de un convenio solemne, con la que se le faltó á ella tanto como á nosotros.

La estudiada recopilacion de los supuestos agravios inferidos á España, no es otra cosa que el resúmen de los discursos de Bermudez de Castro y el marqués de la Habana, de Mon y Rios Rosas. Habiéndonos ocupado tan reciente y extensamente en refutarlos, no queremos fatigar á nuestros lectores con repeticiones innecesarias.

Las aduladoras alabanzas al gobierno imperial, no han podido venir en peor ocasion que cuando ya la conciencia universal ha fallado en contra de sus planes atentatorios. Ese gobierno, á quien se pinta subordinando el lucro á los principios de moral, es el mismo que ha pedido doce millones por reclamaciones no examinadas, confesando que su importe no puede llegar á tanto; el mismo que ha exigido quince millones por el negocio de Jecker, á pesar de haber confesado tambien que ni siquiera lo conoce ó comprende.

El objeto convenido por las tres potencias, quedó completamente olvidado por la Francia, al proponerse otro de todo punto diverso. La seguridad de las personas y propiedades no la autoriza para cambiar las instituciones del país, ni para poner y quitar gobiernos, empresa mas dificultosa de lo que ha creído, y cuyos gravísimos inconvenientes ahora es cuando comenzará á palpar, no obstante la abundancia de medios de trasporte, el ferrocarril proyectado, la salubridad de las nuevas regiones en que han acampado sus

fuerzas, y la emulacion y celo de todos los servicios. Entre los tropiezos no calculados, hay que contar el que no estén los franceses en esta capital á los dos meses de pronunciado el discurso de David, para quien el negocio era obra de unos cuantos dias.

Si se trata de una invasion duradera ó de una conquista formal, muy larga va la permanencia aquí del ejército enemigo. La ocupacion de México no basta para la dominacion de la república, como acaba de probarlo elocuentemente la guerra de la reforma, episodio que sin duda desconoce el baron David, á pesar de picarla de instruido en nuestra historia.

El atentado cometido con nosotros, lejos de producir los benéficos resultados que se anuncian, será el toque de alarma para las demas repúblicas nuestras hermanas, y convertirá en odiosa la hasta aquí agradable presencia de los súbditos de una nacion, que paga con invasiones piráticas la mas generosa hospitalidad.

David trata de resucitar la caballería andante que Cervantes mató; quiere convertir á la Francia en un D. Quijote, que salga por esos mundos de Dios á desfacer entuertos, á proteger doncellas desvalidas y princesas perseguidas por malignos encantadores. La tutela con que se amenaza á los pueblos débiles, estaria mejor empleada en la casa propia, donde el régimen del despotismo está acabando con las grandes conquistas intelectuales y morales, alcanzadas á costa de inmensos esfuerzos. El orden, la civilizacion, la gloria, son las palabras que sirven de máscara para disfrazar el principio de intervencion, que solo Rios Rosas se ha atrevido á defender abiertamente en el congreso español. El oro frances, con que los pobres de Normandía quedarían tan beneficiados; la sangre francesa, derramada para destruir la

libertad de un pueblo soberano, deberían escatimarse hasta el último centavo, hasta la última gota, en vez de emplearlos tan mal.

Lo de la causa de la civilizacion, el derecho y la humanidad, cosa es que ya en realidad empalaga, como final obligado de las altisonantes cartas particulares é instrucciones oficiales del emperador; de los sofisticos discursos del ministro sin cartera; de las mil y una proclamas del general Forey; de los panegíricos aduladores de David y otros oradores de su calaña. Basta ya, basta, señores, de charla tan desatinada: suprimid por caridad esa hojarasca, que no sirve ya para ocultar vuestra impúdica desnudez: dejad esas palabrotas para tema de los estudiantes de retórica, en cuya boca no correrán al ménos el peligro de estar como en las vuestras, ántes, despues y siempre en flagrante contradiccion con los hechos mas abominables.

DISCURSO DE FAVRE.

El ilustre tribuno hubiera deseado no hacer uso de la palabra sino despues de Billault; pero se vió obligado á hablar antes que el órgano del gobierno imperial.

Refiriéndose al discurso del preopinante, dijo que los puntos que habia tocado eran en la discusion de una importancia secundaria, por no afectar la esencia de la cuestion, ni que Juarez tuviera ó no sobre sí culpas graves, ni que sea popular ó impopular en México, ni que la Inglaterra haya ó no obrado con altanería y perfidia, ni que la España haya desgarrado, ó no, el tratado de Lóndres.

Tampoco estuvo conforme con el programa encaminado á empeñar los intereses y fuerzas de la Francia en lejanas

aventuras, para abrir salida á la actividad humana, cuando pueden ser tan necesarios al país en cosas verdaderamente importantes, sus tesoros y sus soldados.

Mas aun en el caso de que fueran lícitas y meritorias esas locas empresas, resultaria siempre de distinto género la de la expedición á México, segun las explicaciones oficiales con que se anunció, las cuales, como recordó oportunamente Julio Favre, la representaban únicamente destinada á la reparación de agravios, á la consecucion de garantías. Estos antecedentes fundan contra el gobierno imperial la acusacion de deslealtad y de perfidia.

Triste comprobacion de la influencia terrible de la calumnia, es ver á un hombre tan justificado como Julio Favre, dar por ciertos los ultrajes de que se ha supuesto víctimas á los franceses en México. Si en vez de imputaciones vagas se descendiera á casos determinados, se advertiria desde luego la mala fé con que se han exagerado hechos escasos en número, de corta importancia, de pronta represion, de inmensa utilidad para los agraviados. No ya en tiempo de paz, en que han medrado asombrosamente los franceses: no tampoco en épocas de guerra civil, en que pocos ó ningunos perjuicios han experimentado, sino en el período que llevamos de lucha con la Francia, en la terrible crisis en que ha desarrollado un profundo sentimiento de indignacion la invasion pirática de nuestro suelo, esos franceses han sido tratados con una dulzura, con una generosidad, que serán para México un perpétuo timbre de honor. El país que así se conduce con ellos cuando los ve ya como enemigos, desmiente con hechos irrefragables las inculpaciones que se le hacen de haberlos ultrajado cuando como amigos los consideraba.

Aunque preocupado Favre con el número y la importan-

cia de los agravios hechos á sus compatriotas, advirtió que las reclamaciones dirigidas al gobierno de Juarez, nacia de causas anteriores á su establecimiento en la capital, y correspondientes en gran parte á la administracion reaccionaria que usurpó aquí el poder.

El orador entró con este motivo en explicaciones históricas, incurriendo en varios errores, como es costumbre en Europa hasta en los hombres mas ilustrados, tratándose de nuestros asuntos. Así, por ejemplo, dijo que por haber sido combatida á mano armada la eleccion de Juarez para la presidencia, se vió en la necesidad de fugarse. Así tambien aseguró que habia sido larguísima su peregrinacion en los Estados- Unidos.

Aplaude Julio Favre que Francia, Inglaterra y España se hubieran puesto de acuerdo para obtener por la fuerza el respeto á los tratados infringidos; pero llama quimera la hipótesis salida del cerebro de los emigrados mexicanos, segun la cual, luego que se presentase una fuerza extranjera imponente, sería Juarez abandonado de todos los suyos y reemplazado con un gobierno nuevo. Advierte ademas muy cuerdamente, que si al elemento mexicano se sustituia el elemento mexicano, no alcanzaban las potencias interventoras las garantías que buscaban; y si se introducía el elemento extranjero, se daba cabida á un germen activo de disolucion en una nacion orgullosa de sí misma como la mexicana. ®

Bajo el imperio del engaño en que se habia hecho caer á los negociadores, suponiéndose que los soldados extranjeros serian recibidos con coronas de flores, se pensó en levantar un trono en México para el archiduque Maximiliano. Amargamente se quejó Julio Favre de que al cuerpo legislativo, que dispone de la hacienda y tiene derecho de hacer advertencias al poder, se le hubiera ocultado tal proyecto, ó mas

bien, negado su existencia. Dedujo de aquí, que ó guardó tan bien el secreto el ministro de negocios extranjeros que nada sabia su compañero sin cartera, ó había faltado este á la verdad, engañando á la cámara. Como en corroboracion de esta disyuntiva fueron leídas las aseveraciones de Billault y las notas oficiales de Thouvenel; el argumento quedó sin respuesta satisfactoria.

De la discordia que separó de la Francia á la España y á la Inglaterra, saca dos consecuencias el orador: la primera, que eran exageradas las violencias cometidas con los extranjeros en México, pues de otra suerte no habrían visto las dos últimas potencias con desden el peligro de las vidas y haciendas de sus nacionales: la segunda, que al continuar solo el gobierno imperial una expedicion aventurera, ponía en claro los motivos reales que lo impulsaban, y que deben oponerse á los motivos aparentes, únicos conocidos de la cámara.

¿Cuáles son los primeros? El orador los va enumerando por su orden.

Comienza por el de la instalacion de Almonte, para la cual se hacia la Francia cómplice de la emigracion mexicana, que desertando los verdaderos principios de la nacionalidad, apela al extranjero para recobrar un poder perdido. El resultado de ese paso en falso, ha sido la reunion de todos los mexicanos para oponerse á la expedicion francesa.

Favre considera el ultimatum de Saligny de ejecucion imposible. Llama ligereza deplorable, para no emplear un término mas severo, el modo con que se ha conducido este negocio, en el que se empezaba por reclamar doce millones de pesos, suma exagerada aun á los ojos del ministro de relaciones del imperio. Laméntase con profunda indignacion de que la Francia, que tiene detras de sí un ejército, haya

pedido sesenta millones de francos, con la conciencia de que no podian llegar á tanto los créditos de sus nacionales, aun comprendiendo los no convencionados.

Acerca del artículo relativo á Jecker, manifiesta su sorpresa de que se haya amenazado por primera vez con la guerra, por un negocio puramente privado, y conocido como vergonzoso por cuantos han habitado en México. Sostiene con gran fuerza de lógica, que no era permitido ignorarlo al ministro de negocios extranjeros, bien que en la expedicion á México se ha obrado con tal atolondramiento, que eran desconocidos los hombres, las cosas, las realidades que estaban en juego.

En este terreno, bien favorable para el defensor de una buena causa, truena Favre con elocuencia irresistible contra el gobierno imperial, condenado irremisiblemente por sus propias confesiones. “No es permitido—exclama el justiciero orador—empeñar negociaciones sobre incertidumbres, sobre hipótesis, sobre cifras que el menor exámen hará desvanecer, y quizás hundir bajo la reprobacion de la conciencia pública. La guerra no es un juego entregado á los caprichos de una vana ambicion; cuando se empeña, cuando se lanzan flotas mas allá de los mares, cuando se priva á la patria de sus hijos y de su dinero, es preciso saber lo que se quiere hacer y lo que se quiere pedir.”[®] ¿Qué pudiéramos añadir nosotros á esos cargos incontestables, expresados con la noble vehemencia de un corazón recto, lastimado por la iniquidad?

Tras de ese desahogo de moralidad entra el probo diputado á examinar el negocio de Jecker, calificado por el representante de Inglaterra de robo manifiesto al público y al gobierno mexicano. Cuenta que el banquero suizo llegó pobre á este país, en el que adquirió una gran fortuna, he-

cho que prueba la facilidad de medrar en donde se supone que los intereses de los extranjeros son siempre sacrificados. Comprometida luego la casa de Jecker por empresas temerarias, buscó el modo de levantarse en una combinacion con Miramon, exhausto tambien de dinero, á pesar de haber acuñado moneda con la religion, segun la costumbre del partido ultra-clerical. Entre los asignados con que han inundado á México las diversas administraciones que ha tenido, figuraban los bonos Peza, que circulaban en el mercado al 6 por ciento. La combinacion, pues, consistió en recibir estos bonos al curso nominal, siempre que se refaccionaran con 25 por ciento en numerario, y en emitir en su lugar quince millones de pesos en papel moneda, garantizados por el gobierno con el reembolso al cabo de cinco años, por medio de anualidades. La casa Jecker, encargada de la emision, tenía una utilidad de 3.750,900 pesos: cobraba ademas una comision de 20 por ciento, que ascendia á otros 750,000; y el dinero quedaba en su poder como garantía del crédito, con el pretexto de que ella debía pagar los réditos de cada semestre. Resultaba de la operacion, que se negociaba un empréstito con el 90 por ciento de descuento. Pero en la tesorería de México no entró lo que debía percibir, pues 1.490,428 pesos que recibió, fueron en dinero, bonos de diversas clases, órdenes, créditos y vestuario. De los quince millones emitidos, mas de catorce quedaron en poder de Jecker, que no logró negociarlos.

Se conoce que Julio Favre ha estudiado este negocio, en cuyo relato no incurre sino en ligeras inexactitudes, de las que creemos oportuno señalar las principales. Los bonos Peza se emitieron en 1858. En el mercado llegaron á circular hasta al medio por ciento. La comision cobrada por la casa Jecker era de 5 por ciento. El rédito de 6 por cien-

to estaba garantizado á medias por la casa y por la misma tesorería general.

A la consignacion de los hechos sigue su apreciacion. El diputado opositor se lamenta de que por un asunto semejante se derrame la sangre de los soldados franceses y de los soldados mexicanos; siente que sean esas las lecciones de moral y de civilizacion que va á dar al mundo la Francia.

Sobre la cuestion relativa á saber si Jecker conserva los bonos ó los ha hecho pasar á otras manos, su correspondencia interceptada da á entender que le han servido para ganar el apoyo de altos personajes y funcionarios. Punto es este que, en concepto del orador, debía el *Moniteur* desmentir oficialmente; pero nosotros creemos que las declaraciones oficiales son ineficaces para desvanecer la verdad de las cosas.

La naturalizacion de Jecker es inexplicable para Favre, como que lo hace ciudadano frances, cuando ya se habia revelado que sus créditos encubrian una verdadera estafa; pudiéndose inferir de aquí, que se ha dado auxilio á una reclamacion dañada. Tal consideracion obliga al gobierno frances á disipar las tristes sombras que se ciernen sobre la probidad de sus agentes, por no ser posible que pase impunemente en la vida pública, lo que en la privada seria castigado por las leyes y los tribunales.

Por la justa repugnancia de la Inglaterra y de la España á hacerse solidarias de un ultimatum inadmisibile, se resolvió la guerra, en la que no se proveyó á las tropas del material y de los medios necesarios para que pudieran triunfar fácilmente.

La conducta del gobierno imperial vuelve á ser severamente condenada por el orador, en razon de estar en pugna con el respeto debido al sufragio universal, principio que e mismo gobierno proclama á todas horas. Una vez que Mé-

xico ofrecia garantías, no habia necesidad de derribar á Juárez. Esta empresa, ademas, no ha sido tan sencilla como se pintaba, al afirmarse que se realizaria con un soplo, con la simple presencia de las legiones francesas. La sangre ha corrido sin fruto, y el resultado probará que es una ilusion creer que se va á levantar sobre la arena un edificio sólido.

Como los ministros imperiales no dijeron toda la verdad á la cámara cuando se les interrogó, se han visto despues obligados á completarla como han podido. Han agregado, pues, que se queria resistir á la América del Norte, cuando por el contrario, se la llama, cuando se va á crear en la América del Sur un punto que llegará á ser el campo de batalla donde se encontrarán los Estados-Unidos y la Europa.

Recuerda Favre que el año pasado aconsejó que se pusiese término á una expedicion infaustamente emprendida, sin que supusiese entonces que las tropas francesas hubieran sufrido un descalabro por haberse estrellado en número insuficiente, contra murallas de granito.

Aunque en lo general el discurso de Favre descansa en raciocinios tan sólidos, que hacen inútil todo comentario, y por eso con frecuencia nos limitamos á extractarlo; cuando se le tocan ciertas fibras, se acuerda de que es frances, y sufre entonces momentáneos descarríos. Solamente así se explica que atribuya el desastre de Lorencéz á causas cuya falsedad es patente. El número de los soldados de ese general no era insuficiente, si con esa palabra se quiere dar á entender que habia superioridad numérica en la fuerza que lo venció. Las murallas de granito fueron, reduciendo esa expresion poética á su prosaica realidad, unos cuantos montones de tierra levantados á la carrera la noche anterior al combate, y que no privaron á nuestros soldados de la gloria de

pelear á pecho descubierto contra esos franceses pródigos de su existencia, á quienes se cuenta que nada les resiste.

El orador, extraviado instantáneamente, recobró en el acto su sano criterio, para contrariar la aseveracion de David, de que bastaria ocupar á México para ser dueños del país. Recordó con tal motivo la vasta extension de éste, la existencia de muchas ciudades importantes. Suponiendo el caso de que, una vez ocupada la capital, se estableciera el gobierno de Almonte, el de Maximiliano ó el de cualquiera otro príncipe de Alemania, fecunda en soberanos, sostuvo que habria siempre necesidad de perseguir en el interior de la republica al representante de la nacionalidad mexicana, tarea para lo que no bastarian todos los tesoros de la Francia.

Agregó que lo que hoy se dice del honor de la bandera, será forzoso repetirlo mañana; y caminándose de falta en falta, resultará la imposibilidad de retirarse, con lo que se convertirá la cuestion de México en una nueva ocupacion de Roma, sin la gloria de haber sostenido un gran principio, y se gastarán por año cincuenta millones de francos, y se enviarán tambien por año treinta mil hombres.

La conclusion del elocuente tribuno, fué un enérgico resumen de su peroracion. La expedicion fué emprendida por informes mentirosos. Las condiciones inaceptables del ultimatum frances, ocasionaron la ruptura con España y con Inglaterra. La guerra se prolonga con infraccion de los derechos de los mexicanos, con mengua de los intereses de la Francia. La cámara debia separar su responsabilidad de la del gobierno, imitando al orador que salvó la suya por medio de una protesta solemne,

DISCURSO DE BILLAULT.

Con el énfasis que le es genial, se comprometió el audaz ministro sin cartera, á vindicar completamente la política de la Francia, de todas las acusaciones que se le habian dirigido. Ya veremos cuán mal cumplida fué esta arrogante promesa.

Billault se quejó de que, en ciertas frases de la enmienda, se hubiera faltado á la cortesía del language, que es de uso tradicional en los gobiernos parlamentarios, é indicó que tal libertad probaba la de la emision de los pensamientos.

Nosotros no hemos encontrado la descortesía que se menciona, por lo cual creemos que los oídos del ministro, acostumbrados al acento de la adulacion, encuentran duras todas las palabras pronunciadas en el tono severo, aunque templado, de la verdad. En cuanto á la libertad del pensamiento, comprobantes innegables son de su falta de existencia, la prohibicion de que la prensa hable de los negocios de México, á no ser en sentido imperialista, y la detencion en la frontera de cuanto se escribe en países extranjeros contra la política napoleónica. En la misma tribuna, el orador de oposicion no puede formular sus reconveniones sino en medio de rumores y reclamaciones incesantes, que acaban por ahogar su voz, ó por decidirlo á callarse, como sucedió á Julio Favre en su réplica al discurso que vamos á analizar.

Para justificar la expedicion, recordó Billault las falsas alegaciones presentadas como causas suficientes para determinarla. La servil asamblea que le escuchaba, las admitió todas como probadas, cuando en manera alguna lo están.

Negamos que tenga la Francia motivo para quejarse de res convenciones sucesivas; las de 1853, 1859 y 1861. La

primera ha sido tan fielmente observada, que no falta para su final cumplimiento mas que el pago de una cantidad insignificante, que estaria ya cubierta á no ser por la expedicion. La segunda ha sido igualmente respetada, no obstante la especie de alevosía con que se celebró, en circunstancias terribles para el país, con el gobierno constitucional, á quien únicamente se reconocia para cobrarle. La tercera no llegó á formalizarse por falta de la indispensable aprobacion del congreso mexicano, siendo muy de extrañar que todo un ministro del emperador dé el nombre impropio de convencion, á un proyecto de arreglo que no llegó á asumir aquel carácter.

Negamos que las convenciones mencionadas estipulasen únicamente la reparacion de asesinatos, extorsiones, saqueos y robos. Estipulaban tambien, en no pequeña escala, el pago de perjuicios imaginarios, ó indemnizaciones que salian á razon de ciento por uno. La escandalosa dependencia en que hemos vivido hasta aquí de la diplomacia extranjera, hacia figurar como créditos convencionados, abusos de todo género. Si algunas sumas provenian de atentados verdaderos, en ellos ninguna parte tenian las autoridades supremas, que jamas han intervenido en saqueos y asesinatos. Y por otra parte, si por esos atentados verdaderos ó falsos estaba ya estipulada la correspondiente reparacion; y si ésta, como hemos visto, se llevaba á efecto con exactitud, habia desaparecido ya todo motivo de queja contra un gobierno que habia pasado por cuanto se le habia exigido en favor de los interesados.

Negamos que Juarez haya violado las convenciones, rehusado cumplirlas y apoderádose de los fondos que les estaban consignados. Una breve suspension temporal, exigida por el deber de la propia conservacion, no merece cargos tan

fuertes. Además, la suspensión se derogó, dejando las cosas en el estado que guardaban anteriormente. Cualquiera culpa que hubiera habido con la medida, quedaba remediada con la derogación.

Negamos que la población francesa haya sido víctima de violencias brutales, de expoliaciones y tratamientos odiosos de todo género. Léjos de que sean ciertas esas acusaciones, lo verdadero, lo histórico es, que se ha tratado á los franceses con especial benevolencia, antes y después de la injusta guerra hecha á México por su gobierno con el pretexto de favorecerlos. Jamás nación alguna ha observado una conducta tan circunspecta y generosa con los hermanos del ejército enemigo, encargado de una injusta invasión.

En esta cuestión de supuestas atrocidades, se han trocado los papeles: Billault, á quien correspondía probar sus cargos, se ha contentado con hacer preguntas capciosas á una asamblea aduladora, que respondía á todo que sí, como el Lázaro de D. Simplicio: nosotros, á quienes solo incumbía negar, en espera de demostraciones formales, hemos probado la falsedad de las acusaciones dirigidas contra nuestra patria.

El órgano del gobierno imperial afirma, que al enviar á México un ministro á principios de 1861, se tenía el propósito de olvidar todas las extorsiones anteriores; pero que faltas de fé incesantes, y la anarquía fomentada por el mismo gobierno mexicano, hicieron indispensable la represión.

En esta inculpación, como en todas las otras, se recurre á vagas generalidades, por falta de hechos determinados que citar. Ni un solo acto se menciona de esa mala fé que se llama incesante. Otro tanto sucede con la anarquía gubernativa, limitándose la prueba en esta parte á la inserción de unas notas de Sir Charles Wyke, de la época en que las es-

cribía en términos tan denigrativos, que no habría tenido empacho en suscribirlas el mismo Dubois de Saligny. Pero es claro que no son las comunicaciones declamatorias de ministros malévolos ó preocupados, sino actos positivos y nominales, lo que debe servir de comprobación de graves acusaciones.

Y aun suponiéndolas fundadas, su existencia serviría para justificar la reparación de los agravios inferidos, la petición de garantías sólidas, no para intervenir en nuestros asuntos domésticos, no para imponernos la monarquía, no para traernos hasta el príncipe destinado á sentarse en el trono. De estas pretensiones inadmisibles, que en ningún derecho pueden apoyarse, se hace punto omiso para eludir la dificultad, ya que no es dable vencerla.

Empéñase Billault en presentar como guiadas por iguales motivos, á las tres potencias que celebraron el tratado de Londres, siendo así que fueron diversos sus intereses y sus intenciones. Sin la insistencia formal de la Inglaterra, apoyada por la España, no se habría puesto la cláusula que prohibía la intervención. Sin la oposición de los comisarios de esas naciones, habría pasado el sin igual ultimatum de Saligny. Sin la disidencia que ocasionó la ruptura de Orizava, estaríamos hoy en guerra con ingleses, franceses y españoles. Todas estas desavenencias, aunque posteriores al tratado, corroboran que en su celebración no hubo más que un acuerdo aparente, que no podía ser duradero, porque mientras dos de las altas partes contratantes habían convenido de buena fé en sus estipulaciones, la tercera se había propuesto dolosamente violarlas en primera oportunidad.

Por muy ofendido se da el ministro sin cartera, de que Favre lo hubiera acusado de haber engañado á la cámara; pero no desmiente la acusación sino diciendo que no ha sido

la causa verdadera de la expedición, ese fantasma de trono por levantar en provecho de un príncipe extranjero; y que el gobierno habló primero del honor de la Francia que había que vengar, y luego de la ventaja que habría en fundar en México un gobierno serio y responsable, según la voluntad del país.

Por principio de cuentas hay que advertir, que la serie de acontecimientos ocurridos de un año á esta parte, no puede dejar duda, ni al mas incrédulo, de que en lo que ménos ha pensado el gobierno imperial, ha sido en acatar la opinion nacional de México, bien esplicita desde la llegada de los aliados, y cada vez mas claramente manifestada. Hoy solo los ciegos no ven que México repugna la intervención extranjera, que ningun sacrificio excusa para contrariarla, que detesta la monarquía, que sanciona dia por dia la legitimidad del gobierno existente. La exploración que venia á hacerse, según tantas veces se ha repetido, de los deseos de los mexicanos, está ya tan perfeccionada, que si ese hubiese sido realmente y de buena fé el objeto propuesto, á mas del de la reparación de agravios, no se llevaria adelante una empresa cuyo fin estaba alcanzado. La guerra continúa, sin embargo: las últimas instrucciones conocidas de Napoleon á Forey, le prescriben la ocupación de la capital, la destrucción del gobierno de Juárez, el establecimiento de otro amparado por las bayonetas extranjeras, la permanencia indefinida del ejército frances en nuestro país. Las palabras y los actos del emperador están en completa discordancia.

A esta fundada deducción se agrega la ocultación en el anterior período de sesiones del cuerpo legislativo, de constancias oficiales que han venido á conocerse despues. En Marzo de 1862 decia Billault, que no era formal el gran secreto de la diplomacia, relativo al entronizamiento en Mé-

xico de un príncipe extranjero; y que preguntado sobre el particular el ministro de negocios extranjeros, habia desmentido esos rumores. Pues bien, Billault faltaba á la verdad, porque desde Octubre de 1861 habia manifestado Thouvenel al embajador inglés, que el gobierno del emperador veria con placer, que recayera en un príncipe de la casa de Austria la elección de los mexicanos, y el asentimiento de las potencias aliadas. Sabemos ademas por documentos diplomáticos fidedignos y fehacientes, que se ofreció el trono de México al archiduque Maximiliano, quien llegó á dar su consentimiento. Existia, pues, el negado secreto de la diplomacia, confesado, no desmentido, por el secretario de relaciones exteriores. Razon de sobra tuvo Julio Favre para afirmar que habia sido engañada la cámara.

Declara Billault, que se ordenó á los agentes franceses presentaran el ultimatum, sin dejarse burlar por lentitudes calculadas, pues en caso de que el gobierno de Juárez produjera el vacío en derredor de las tropas imperiales y procurase ganar tiempo, debian adoptar medidas severas, para no dar lugar á que nuestro terrible auxiliar el vómito viniera á protegernos.

Preciosa es la confesion salida de los labios del órgano del emperador. El reconocimiento de Juárez iba envuelto en la remision del ultimatum: la ruptura de las hostilidades quedaba diferida para una eventualidad marcada. El gobierno frances ha faltado por lo mismo á sus propias determinaciones, al negarse á tratar con la autoridad que habia reconocido; al decidirse á derribarla; al obrar fuera del caso previsto, una vez que la demora en la apertura de las conferencias habia consistido en Saligny; al carecer hasta de la razon del vómito, puesto que se habia comenzado por permitir generosamente á las tropas aliadas, el paso á poblacio-

nes salubres. La variacion de política, sin causa justificada, sin pretexto plausible siquiera, importa un cargo incontestable para Napoleon, el hombre de las eternas contradicciones.

Como Julio Favre habia dicho que las palabras andan mas ligeras que los soldados, su contradictor le respondió que estos habrian caminado con tanta rapidez como aquellas, si hubieran sido seguidos en México los planes del gobierno imperial.

Los hechos han desmentido la exactitud de esa frase pomposa. Desde la ruptura de Orizava, los planes napoleónicos han sido observados al pié de la letra, por los agentes encargados de su ejecucion, así como por las tropas mandadas con tal objeto. Y sin embargo, durante un año, no han ocupado los invasores mas que las poblaciones adquiridas por ellos con felonía, ó abandonadas voluntariamente por los mexicanos. La lentitud de sus movimientos ha sido asombrosa. Todavía en estos momentos están tan atrasados, que no hay probabilidades de que logren avanzar. Firmemente creidos estamos de que tendrá tiempo Billault de pronunciar aún lo ménos otra docena de sus aplaudidos discursos, ántes de que recobren su ligereza los soldados á quienes ha prestado la violencia de su imperturbable charla.

Nos vemos en la necesidad de repetir, que el aplazamiento de la apertura de las negociaciones hasta el 15 de Abril, fué debido exclusivamente á Saligny, segun consta de datos oficiales. Despues de esto, provoca á risa en unos y á enojo en otros, que el ministro sin cartera se queje de que se perdía el tiempo propicio para la accion, de que se dejaba llegar la estacion de las lluvias y de la fiebre, que hace imposible la guerra en México, y de que se haga pesar la responsabilidad de la falta de rapidez, sobre los que habian

acumulado todas las previsiones de la prudencia para que todo marchara pronto y bien. Se requiere en verdad una dosis poco comun de descaro, para imputar á otros las faltas exclusivas de los plenipotenciarios del emperador.

Hablando del rompimiento de Orizava, califica el audaz orador de profundamente inesperada la decision de la España de retirar sus tropas, con aprobacion é invitacion de la Inglaterra. Para condenar la resolucion de Prim, se refiere á los discursos de los diputados y senadores españoles afrancesados. Se jacta de que, en virtud de la ruptura, pasó la Francia del segundo al primer papel, permaneciendo en México con un puñado de hombres, en medio de un país espantado ú excitado por la tiranía, y en frente de la mala estacion y del vómito negro.

Con impudencia se desfigura la verdad histórica al atribuir á la España y á la Inglaterra el rompimiento de un tratado, que el gobierno imperial y sus comisarios en México fueron los que desgarraron. Saligny y la Gravière declararon rotos los preliminares de la Soledad, no quisieron esperar las satisfacciones pedidas á México, se consideraron en libertad para hacer lo que mejor les pareciera. Semejante conducta, prescrita ó aprobada por sus superiores, fué la que hizo pedazos el tratado que Inglaterra y España se esforzaban en cumplir.

Las increpaciones de Mon, de Bermudez, de Concha, de Ríos Rosas, contra el hidalgo comportamiento del conde de Reus, se estrellaron en la sensatez del senado y congreso españoles, que les dió por considerable mayoría una severa reprobacion. La prensa, la opinion pública, se han declarado en igual sentido, anticipándose al fallo justiciero de la historia y de la posteridad.

Al quedarse aquí Francia sola con un puñado de hombres,

estaba muy léjos de pensar que se levantaria en su contra el país entero. Figurábase, por el contrario, que seria recibida en las poblaciones con los brazos abiertos, entre repiques y coronas de flores. Imaginábase tambien que ahuyentaria con solo la presencia de sus afamados zuavos y cazadores, á los soldados que se mandara á disputarles el paso. No fué, pues, un rasgo de heroicidad lo que ocasionó la permanencia aquí de las fuerzas de Lorencez, sino la falsa creencia de que una patrulla francesa podia pasearse impunemente de un extremo á otro de la república.

Tampoco la mala estacion ni el vómito negro tenían nada que ver en el asunto. Las posiciones ocupadas por nuestros improvisados enemigos, eran de las mas salubres del país. Ellos habrian en efecto sufrido los extragos del vómito en la estacion mas peligrosa, si fieles á las leyes del honor hubieran vuelto á Paso Ancho, como tenían obligacion de hacerlo. Pero no fué así como pasaron las cosas. Los violadores de pactos solemnes se quedaron de este lado del Chiquihuite, librándose por medio de una felonía, del riesgo de tomar á viva fuerza posiciones fortificadas, y de la terrible enfermedad que reina en la zona del vómito. Para el honor de la Francia, mas le hubiera valido mil veces que hubiesen sucumbido desde el general en jefe hasta el último soldado del cuerpo expedicionario, que cometer una falta sin ejemplo, como ha dicho el general Prim, en los anales militares del mundo.

En concepto de Billault, retroceder habria dado por consecuencia la vergüenza y el desprestigio de la bandera francesa, sin utilidad alguna, como ha sucedido con los que observaron una política contraria. La España no recogió otro fruto de su retirada, que reducir á la desesperacion á los españoles que se veian abandonados, y verse en la imposibili-

dad de negociar, porque Juarez exigia el pago de los gastos de la guerra. A la Inglaterra se le ofreció un tratado por el gobierno mexicano, pródigo en promesas; pero ella rehusó aceptar el dinero pedido á los Estados-Unidos, para no estimular la política invasora de estos. La Francia es la que ha ganado honra y provecho, pues habiendo llegado la estacion militar, nada impedirá ya esta vez el triunfo de las tropas del emperador.

Inexplicable obcecacion es la que se aferra en ver las cosas al revés, encontrando honra en la perfidia, prestigio en el mal obrar. La bandera francesa no se habria cubierto de ignominia con la observancia de tratados obligatorios, cuya violacion sí es un justo motivo de vergüenza.

Aunque la cuestion de utilidad es secundaria en materias de honor, ni bajo este punto de vista se tiene razon en preconizar las ventajas de la política francesa.

La honorífica conducta del marqués de los Castillejos, desaprobada únicamente en México por los españoles interesados en la fraudulenta admision de créditos ilícitos, ha producido la enorme ventaja de acabar la aversion con que el país veia á sus antiguos dominadores, suponiéndolos animados de ideas de reconquista. Para la celebracion de un tratado que satisfactoriamente arreglara las cuestiones pendientes, lo que sirvió de obstáculo fué, no la supuesta exigencia del pago de los gastos de la guerra, sino la orden terminante del gobierno español, de que se abstuviera su agente de toda negociacion.

Con Inglaterra no nos limitamos á vanas promesas: un tratado en que se le hacian concesiones extraordinarias, se firmó aquí con su representante; y si el gobierno británico lo desechó por consideraciones políticas, confesó siempre que habia sido hasta generoso.

La Francia, que no quiso negociar, con la que no hemos de tener ya la condescendencia que con las otras dos naciones, prefirió hacernos una guerra que será uno de los grandes escándalos de la historia. Ese sistema preferido ha dado hasta aquí resultados enteramente diversos de los que esperaban sus autores. Sin embargo de estar ya en la estación militar, algo y aun algo está impidiendo el triunfo proclamado á voz en cuello por Billault, quien debe ya renunciar á ese papel de profeta que desempeña tan mal, puesto que sus vaticinios resultan siempre falsos. La Francia, en la cuestión mexicana, no ha ganado honra y provecho: lo que verdaderamente ha alcanzado, son perjuicios incalculables, y sobre todo, echar sobre su bandera una de esas manchas que no se lavan jamas.

Con el acento de la indignación se lamenta el orador de que, cuando los soldados imperiales están en frente del enemigo, se atribuya el rompimiento de las negociaciones diplomáticas, á motivos que han desnaturalizado su carácter, como el de los intereses de un crédito que se supone dañado, y el establecimiento de un trono para un príncipe austriaco.

Ya en otra vez hemos combatido por absurda la idea de que basta la existencia de la guerra, para que se prohíba el exámen de su justicia. Sistema tan falaz daría por resultado, especialmente en países regidos por el despotismo como la Francia imperial, que con solo romper las hostilidades con un pueblo cualquiera, aun cuando fuese de una manera atentatoria y bárbara, no habria ya otro camino que seguir, que el de precipitar á la nación en un abismo de deshonra sin discusión alguna, cual si se compusiera de sordos, de mudos y de imbéciles. El tal M. Billault tiene salidas que trastornan el orden establecido en todas partes del mundo.

Los verdaderos móviles de la expedición son ya bien conocidos: los aparentes han cedido el puesto á los reales. En cuanto á la apreciación de los negocios de Jecker y Maximiliano, hemos visto ya, y seguiremos viendo, que el ministro sin cartera elude en ambos la dificultad andándose por las ramas, en lugar de ir al grano con lisura.

Esto le pasa tambien al tratar de los doce millones exigidos por el ultimatum frances, atreviéndose á decir que solamente se dió entrada á créditos serios y á reclamaciones respetables. Para desnaturalizar la cuestión, habla de robos, saqueos é imposiciones vejatorias, y dice que no debe estimarse en poco la sangre francesa. Contesta al cargo de ligereza, que nadie puede apreciar mejor los daños y perjuicios sufridos, que los que han sido testigos y víctimas de ellos, ó los cónsules y ministros plenipotenciarios, ante quienes se formulaban las quejas respectivas por atentados repetidos á millares. Llama por estos motivos leal y concienzuda la cifra fijada, cuyo monto debía ademas ser comprobado despues definitivamente, y cuyo pago habia de dilatar muchos años. Y proclama la conveniencia de que Francia practique lo que encuentra bueno y cuerdo el gobierno de Inglaterra para los negocios de sus nacionales.

Toda esta serie de observaciones inexactas ó exageradas, no prueba lo que probar debiera, á saber, que los franceses sean acreedores legítimos de México por la suma de doce millones. El mismo Thouvenel, ministro de relaciones del imperio, ha reconocido que esa suma es exagerada, punto en que no puede haber duda para los que conocen el importe de los capitales franceses existentes en el país.

El dia que llegara á examinarse con imparcialidad y justificación el cúmulo de reclamaciones presentadas hasta por motivos insignificantes, se adquiriría el pleno convencimiento.

to de que ellas son inadmisibles en su mayor parte, sin que tengan nada de serio, sin que el nombre de respetables les convenga en manera alguna. Los atentados de que justamente puedan llamarse víctimas los franceses, son en número muy escaso, y su apreciacion, dejada al arbitrio de los interesados, dá lugar á exageraciones tales, que por lo comun se centuplican los perjuicios sufridos. La sagacidad, la inteligencia, la probidad de calificadores como Saligny, son virtudes de que no es dable hacer mencion sin provocar á risa.

La garantía de la rectificacion posterior es de considerarse nominal é ilusoria, cuando se sabe que se pretendia fuese practicada por una comision exclusivamente francesa, que no dejaria sin duda de inclinarse en todo caso en favor de sus compatriotas. La exclusion de los mexicanos en un negocio que tan de cerca les interesa, constituia una nueva injuria, contrariaba el uso constante conforme al cual se ha establecido que sean mixtas esas comisiones. Por otra parte, la mayor escrupulosidad en los actos subsecuentes, no subsanaria nunca la impropiedad de comenzar por donde debia acabarse, de reclamar como líquida é indudable una cantidad por liquidar.

La concesion de varios años para pagar, no nacia de una disposicion generosa á favor de México, sino únicamente de la imposibilidad de que cubriera sus deudas desde luego un deudor insolvente. Ahora, que el pago fuese al contado ó á plazos, no es circunstancia que atenúa la iniquidad de cobrar lo que no se sabe aún si se debe.

Toca en la desvergüenza que se proponga como modelo la conducta de la Inglaterra, precisamente cuando se acaba de decir que esta potencia acostumbra cobrar mas de lo que legítimamente le corresponde, como lo hizo en los negocios de Pritchard y de D. Pacífico. Afear una accion por mala,

y recomendar su observancia á renglon seguido, es un rasgo moral que bastaria para calificar á Billault.

Aunque este protesta que el crédito Jecker nada tiene que ver con la declaracion de guerra ni con la ruptura del armisticio de la Soledad, tiene la amable condescendencia de prestarse á examinarlo, no sin extrañar que se adopten como verdaderas cualesquiera alegaciones escandalosas. Esta observacion sentimental le suministra materia para una digresion que lo conduce á presentar al gobierno de Francia como celoso de su honra hasta el exceso. Lástima es que la historia no pueda ser de la misma opinion.

Segun el ministro sin cartera, Jecker nació en Porentruy cuando Porentruy pertenecia á la Francia. Hemos visto que Picard afirma lo contrario, y por nuestra parte nos atrevemos á hacer una simple pregunta. Decidnos, M. Billault, si Jecker es frances de nacimiento, ¿á qué vino entónces su carta de naturalizacion, publicada en el Boletin de las Leyes? ¿Es costumbre en vuestro país hacer de nuevo franceses á los que lo eran ya de antemano?

El orador juzgó sin duda que no basta haber nacido en Francia para ser frances, y por eso agregó, que como tal estaba considerado Jecker en la legacion francesa de México, y que de mas á mas andaba mezclado en todas las obras de beneficencia que interesaban á los franceses.

Como se ve, los argumentos empleados en esta cuestion son cada vez mas primorosos. La nacionalidad se adquiere por nacimiento ó por naturalizacion, no porque las legaciones consideren á un individuo por lo que no es: la legacion francesa no pudo convertir en frances á un suizo. Tampoco los rasgos de beneficencia deciden de la nacionalidad: aun cuando fuera Jecker un San Vicente de Paul, no por eso dejaría de haber nacido donde nació. La legacion francesa

consideraba como francés á Jecker, luego es francés. Jecker es benéfico, luego es francés. ¿A dónde aprendísteis lógica, M. Billault?

A reflexiones de esta especie, con que se pone bien en claro la mala fé del gobierno imperial, llama su panegirista calumnias mexicanas de diarios y cartas anónimas, procedentes de México, y enviadas á Francia por los ultra-demócratas de esta capital. A los cargos anteriores de la Francia hay que agregar ahora, la resistencia armada á sus soldados, la oposicion razonada á las falsedades y erróneas apreciaciones de sus políticos. Comprendemos el enojo de Billault, para quien seria de lo mas satisfactorio que se recibiera á los zuavos con coronas de flores, que se enseñaran sus famosos discursos en nuestras escuelas como cartilla social. Pero tenemos el sentimiento de anunciarle que somos rehacios en esos pecados, y que moriremos impenitentes.

El orador nos da las interesantes noticias, de que la caja Jecker era la depositaria de casi todos los valores de la colonia francesa, y de que un hermano del banquero legó cien mil francos á los hospitales de Paris, y doscientos mil á la Academia de medicina.

Al darnos por enterados de estos pormenores, quedamos en la duda de si los legados del médico Jecker serán otra prueba de que su hermano Juan B. nació en Francia, ó de que son legítimas sus reclamaciones contra el gobierno mexicano. En un dialéctico de la fuerza de M. Billault, cabe igualmente una y otra consecuencia.

No es exacto que la caja del banquero suizo tuviera tanta importancia como se le quiere dar. Pero aun dando de barato que la colonia francesa hubiera depositado allí hasta su último centavo, no vemos que esta sea una razon para convertir en chivo expiatorio de la quiebra del responsable

al tesoro nacional, haciéndole pagar las cuentas de acreedores extraños, con los que nada tiene que ver.

Para que Jecker sea tan digno de interes como los franceses de quienes acaba de hacerse compatriota, y merezca igual proteccion del gobierno imperial, no le falta mas que haber nacido francés, ó haber adquirido esa nacionalidad en tiempo oportuno.

La historia del negocio de los bonos, contada por el ministro sin cartera, no deja que desear. El gobierno de Miramon era regular, porque estaba en posesion de esta ciudad, y acreditados cerca de su persona los representantes de las potencias extranjeras. Ese gobierno celebró con la casa Jecker un empréstito por valor de quince millones de pesos, quince meses ántes de ser derribado. Si las condiciones del negocio fueron onerosas ó usurarias, tambien Inglaterra cobra un interes de 12 ó 15 por ciento para las indemnizaciones de sus nacionales. Un hombre que se atreve á hacer negocios en México, aun cuando sea á tipo subido, posee una fé extraña. Declarando que los bonos serian admisibles por una quinta parte en el pago de los derechos de aduana, era natural que los negociantes compraran en 25 lo que podian colocar por 100. Los compradores, y entre ellos los franceses, tenian interes en que se llevase adelante lo convenido. Tambien el gobierno imperial estaba interesado en un arreglo, del que resultaba en los derechos anuales una disminucion para las mercancías francesas.

Examinando por su órden las proposiciones sentadas, diremos desde luego, que la nueva teoría sobre legitimidad de los poderes públicos, es de todo punto inadmisibile. Oídlo, pueblos. Basta que un usurpador cualquiera se apodere de la capital de un país y sea reconocido por las potencias extranjeras, para que, aun cuando sea desconocido en todo el

resto del territorio; aun cuando lo repugne abiertamente la voluntad nacional, única fuente de la soberanía; aun cuando exista un gobierno de hecho y de derecho en otra parte del país, la administracion de tal usurpador deba ser considerada como legítima. Carlos VII, el rey de Bourges, será borrado de la lista de los monarcas de Francia, por haber ocupado á Paris su rival el conquistador inglés. Felipe V dejó de ser rey de España, el dia que entraron á Madrid las fuerzas del archidnque austriaco. Fernando VII fué otro rey intruso, que ocupó el trono legítimo de José Napoleon, residente años enteros en la capital de la Península. Está visto que la historia debe escribirse de nuevo, corrigiendo los errores universales en que han incurrido los escritores que se apartan de las doctrinas de Billault.

La cuestion de tiempo nada significa, siendo indiferente que el negocio de los bonos se hubiera celebrado un año ántes ó la víspera de la caída de la administracion usurpadora. Lo esencial del caso es la falta de facultades de esta, cuyos actos, nulos en sí, fueron declarados tales con la correspondiente oportunidad por las autoridades legales.

El ejemplo de la Inglaterra es un nuevo comprobante de la lógica sin igual del ministro orador. Inglaterra cobra un rédito hasta de un 12 ó 15 por ciento; luego Francia tiene derecho de cobrar el que se le dé la gana. A las mil maravillas. Extrañamos que en vez del ejemplo de la codiciosa Albion, no se citara el de uno de los mas famosos personajes del gran trágico inglés, el del judío Shylock, que cobraba una libra de carne por otra libra de dinero. La comparacion de esta usura hubiera hecho resaltar la moderacion de Jecker, que se contenta con la ganancia de unos cuantos millones.

No han de ser tan espantosos los peligros de arruinarse

que corren los que hacen negocios en México, cuando lo comun es que así improvisen capitales inmensos hombres salidos de la nada. De esta verdad es buen testigo el mismo Jecker, que llegó pobre á esta sima del infierno llamada México, y en poco tiempo se hizo dueño de una gran fortuna, como sagazmente lo advirtió Julio Favre. La historia del banquero suizo es, en escala menor, la de casi todos los extranjeros que vienen á este esquilnado país. En buena hora que utilicen cuanto puedan, con tal de que se sujeten á las vicisitudes de los asuntos en que medran tan asombrosamente. Lo que sí nos parece fuera de orden, es que sus gobiernos, y con mas razon gobiernos de que ellos no son súbditos sino *ex post facto*, se vuelvan defensores acérrimos de esas especulaciones escandalosas, para el caso de que tengan mal éxito por haberse efectuado fuera de toda regla. En esta parte es digna de elogio la solemne declaracion hecha por el gobierno inglés en pleno parlamento, de que negará su proteccion á sus nacionales en casos semejantes, dejándolos correr la suerte que les deparen las eventualidades de los acontecimientos.

No está por demas rectificar que los bonos eran admisibles, segun el llamado decreto de Miramon, no por una quinta parte de su valor, sino por el total de su nominal importe, en la quinta parte de los derechos aduanales. De lo uno á lo otro hay muy marcada diferencia.

Comprendemos perfectamente que resulten beneficiados los compradores de los bonos, con pagar en un papel que tiene un descuento mayor ó menor, los derechos que satisfacian antes en dinero. Comprendemos igualmente que tal combinacion equivale á una baja en la tarifa, lo cual por necesidad es favorable á las mercancías importadas con esa ventaja. Pero utilidad y derecho son dos cosas enteramen-

te diversas. Mas útil que la admision de los bonos Jecker seria la entrada de los efectos extranjeros libre de todo pago, y sin embargo, ninguna nacion está autorizada á exigirnoslo. Por idéntica razon, tampoco está autorizada la Francia á exigirnos el cumplimiento de un arreglo cualquiera, si solo se funda en el provecho que le resulta. La promesa de Miramon no mejora su demanda, por tratarse de una entidad revolucionaria que se comprometió á lo que solo podia obligar al país, mediante la intervencion de las autoridades legítimas.

Llama mucho la atencion, que pudiendo las demas naciones alegar la razon últimamente examinada, ninguna lo haya hecho. Es en efecto evidente que á todas les conviene lo mismo pagar en papel en lugar de dinero, ó sea aprovecharse de la disminucion del arancel. Pues no obstante tal circunstancia, han dejado á solo la Francia el triste papel de venir á reclamar el cumplimiento del negocio celebrado con el banquero suizo, cuyo corresponsal Fournier le aconsejaba el proyecto maquiavélico de repartir bonos entre los comerciantes extranjeros, para encaminar el interes de un particular á una solidaridad europea.

Billault truena como un Caton contra los que han insinuado que, en este torpe asunto, hay especuladores que se ocultan tras de la diplomacia. A los que tal han dicho dá el mentís mas categórico, creyendo sin duda que con tal arbitrio acaba la cuestion. Se equivoca lastimosamente. Despues del categórico mentís del señor ministro, se seguirá creyendo, lo mismo que antes, en la existencia de los especuladores ocultos, de los cuales habla en términos bien comprometedores por cierto, la correspondencia interceptada al banquero suizo. La crónica escandalosa ha llevado su malignidad, que ha encontrado eco en periódicos extranje-

ros, hasta señalar como interesados en la expeculacion, á personajes que no distan mucho del trono imperial.

Cualquiera comprende que en utilidades de esta naturaleza, las pruebas plenas que pide Billault son casi siempre imposibles de encontrar. Los convenios en que se estipula lo que se ha de dar, no pasan por ante escribano, no se consignan en los protocolos: son por su propia naturaleza tenebrosos, inaveriguables, como no sea por alguno de esos rastros que deja siempre la maldad en pos de sí por disposicion providencial.

El valor del negocio es sobrado, aunque lo niegue Billault, para sufrir los desfalcos consiguientes á ciertas gratificaciones. El descuento que tuvieran los bonos seria mucho menor que el antiguo, si á ser reconocidos llegaran. Los amortizados son pocos: el resto representa un valor inmenso, que se presta á combinaciones pecuniarias. Admitido como bueno, no solo serviria para pagar los créditos del quebrado, sino que le dejaria pingües utilidades. Ahora, si es cierto que acreedores de todas nacionalidades son actualmente los interesados en esos bonos sobrantes, ¿qué razon tiene la Francia para convertirse en campeón de gentes extrañas?

Su intervencion se explica, diciéndose que obra por el interes de negociantes franceses, establecidos aquí y en su país natal, los cuales pidieron la declaracion de que los compromisos contraidos por Miramon, debian ser ejecutados por el gobierno constitucional. El imperial accedió á esta demanda; pero en vez de limitarse, como debió hacerlo en todo caso, al importe de los intereses de sus nacionales, aprobó el ultimatum de Saligny, en que se reclamaba la suma redonda de quince millones de pesos, como si el negocio estuviera intacto y fuera exclusivamente frances.

Asegura Billault, que á las observaciones del representan-

te del emperador, contestó el ministro de relaciones Zarco, reconociendo en principio la obligacion del gobierno mexicano. Para probarlo, leyó un párrafo de una carta escrita el 4 de Mayo de 1861, en el que se decia que serian tomadas en consideracion las proposiciones de Jecker contenidas en otra carta de Saligny.

Interpelado el ministro Zarco sobre el particular, ha repetido en la prensa y en la tribuna, que jamas se prestó á reconocer la validez del llamado decreto de Miramon, limitándose á manifestar que se podria llegar á un término prudente en el negocio. Su carta del 4 de Mayo corrobora estas explicaciones. Tomar en consideracion unas proposiciones, significa solamente la promesa de examinarlas, no el compromiso de pasar por su contenido. Se examina hasta lo mas descabellado, sin perjuicio de desecharlo despues si se considera inadmisibile. La misma carta dice tambien que se trataba de hacer entrar á Jecker en la vía de las concesiones, lo cual expresa bien claramente que, léjos de admitirse su reclamacion tal como la habia formulado, solamente se le atenderia en el caso de restringirse á pedir una cosa racional.

Aun suponiendo que las cosas hubieran pasado como maliciosa y falsamente las pinta el ministro sin cartera, su consecuencia no estaria bien deducida. Una carta particular no constituye una obligacion gubernativa. Podrá comprometer mas ó ménos gravemente á su autor, sin que de una correspondencia privada nazcan obligaciones internacionales. Solamente los documentos oficiales tienen carácter obligatorio: enséñense los que hayan reconocido en principio el negocio de los bonos, reservándose para entónces las acusaciones de inconsecuencia.

El orador sale con la paradoja de que ese asunto no tuvo

relacion con la guerra, cuando ha sido una de sus principales causas. Mencionar en el ultimatum el crédito, reclamando quince millones, era una cosa tan escandalosa, que no pudieron pasarla los plenipotenciarios ingleses, naciendo de ahí la primera desavenencia entre los aliados. Tambien en la ruptura del convenio de la Soledad tuvo parte muy directa esa reclamacion, siendo falso que se hubiera presentado otro ultimatum, y que el ministro frances de negocios extranjeros hubiera consentido en aplazar el exámen del crédito.

Olvidándose Billault de que habia declarado poco ántes que Jecker es frances por nacimiento, habló de su naturalizacion, sosteniendo que á pesar de haberse concedido el 26 de Marzo de 1862, su fecha en nada cambia su naturaleza.

Solo á quien tiene un descaro sin igual para pasar por encima de todo lo justo y lo honesto, se le puede ocurrir semejante salida. ¡Cómo! ¿En nada altera la sustancia del negocio que se hayan entablado reclamaciones formales por un crédito, que se le haya fijado en un ultimatum como una de sus cláusulas principales, que haya servido de motivo eficaz para traernos la guerra, y que el interesado no haya adquirido la nacionalidad francesa sino despues que todo esto ha pasado? Precisamente la fecha del decreto de naturalizacion publicado en el Boletin de las Leyes, será la condenacion eterna del gobierno imperial, que ha manifestado así á la faz del mundo, la inicua retroactividad de actos indisculpables, en favor de un suizo, de un extranjero para la Francia, en el momento en que se ejecutaban.

Próximo á acabar su sofisticado discurso, hace el orador el elogio de rutina del gobierno de Napoleon, con la fraseología estereotipada para el caso, hablando de su grandiosa política, de sus expediciones en Oriente, en Italia, en China y

Cochinchina. Mucho, muchísimo habria que decir acerca de todo esto; pero no queremos olvidar que no entra en nuestro plan ocuparnos de lo que es extraño á México.

Volviendo á nuestra patria, dice Billault que aquí habia, al lado de intereses que proteger, vastos horizontes que vigilar, y que la política del emperador no es temeraria ni aventurera, como lo afirman los cinco votos aislados, contra los que se levanta la Francia entera, representada por los miembros del cuerpo legislativo, electos por millones de sufragios.

La guerra en que se ha empeñado la Francia es injusta, intrínsecamente considerada. Ni la dignidad, ni el honor, ni los intereses de esa potencia, exigian lo que se ha hecho. Gérmenes de barbarie, no de civilizacion, están arrojando aquí de paso sus soldados, que volverán diezmos á su país, despues de causar calamidades sin cuento, como ciegos instrumentos de los ambiciosos planes del déspota que los manda.

Los cinco votos aislados valdrán mas á los ojos de la razon, de la justicia y de la moral, que los doscientos cuarenta y cinco opuestos, emitidos por hombres sin decoro, que saludan en todas ocasiones con triples salvas de aplausos, los discursos sofisticos, contradictorios, aduladores del ministro sin cartera.

No es cierto que la política imperial merezca igual aprobacion de la Francia entera. Por el contrario, los planes napoleónicos no son aprobados mas que por los que tienen interes formal en aplaudirlos, siquiera sea sofocando el grito de su conciencia. El resto de la poblacion opina en sentido contrario, como lo demuestra por medio de sus órganos imparciales. La manifestacion del sentimiento público no es

mas explícita, gracias á las severas medidas de represion que ahogan la libre emision del pensamiento.

Los miembros del cuerpo legislativo no son electos por millones de sufragios ilustrados y libres. El gobierno ha sabido tomar sus medidas para falsear la voluntad nacional, á fin de que salgan nombrados casi exclusivamente sus propios candidatos, de quienes está seguro que han de aprobar todos sus actos. La libertad electoral corre hoy parejas en Francia con todas las demas libertades.

Y aun cuando fuese cierto que el cuerpo legislativo representara millones de electores; aun cuando lo fuera que no hubiese en toda Francia sino cinco hombres opuestos á la política napoleónica, no por eso dejaria de ser desleal, injusta, atentatoria, bárbara, la guerra que se nos hace. Pueblos ha habido que han sancionado en masa grandes iniquidades, á las que ha hecho mayores precisamente esa circunstancia. La extension de la responsabilidad no justifica el crimen; aumenta nada mas el número de los delincuentes. La justicia pesa en su inflexible balanza el pro y el contra de las cuestiones, fallando definitivamente, no por los que son mas, sino por los que tienen razon.

La justicia ha fallado ya definitivamente contra la política napoleónica, descaradamente defendida por Billault, de quien dirá como de Baltazar: *appensus est in statera, et inventus est minus habens.*

CONCLUSION.

Julio Favre quiso rebatir las débiles argumentaciones de su antagonista, de algunas de las cuales dijo unas cuantas palabras; pero fingiéndose la cámara cansada por una discusión que apenas había durado dos días, ahogó con incesantes interrupciones la voz del orador. La libertad parlamentaria, la imparcialidad de los llamados legisladores, quedaron bien mal paradas con aquella lamentable escena.

El resultado de la votación fué el que estaba muy previsto de antemano. Doscientos cuarenta y cinco votos se declararon por la política napoleónica, contra los cinco aislados en todas las cuestiones en que se trata de contrariar en lo mas mínimo los actos del gobierno, omnipotente en la asamblea. Cuanto mas insignificante es la minoría vencida, no en las discusiones, sino en la votación, tanto mas de aplaudirse es la constancia de los dignos representantes que afrontan con valor las consecuencias de su oposición, sin desanimarse por el indefectible mal éxito de sus esfuerzos. Honor á los cinco diputados que en la cuestión de México han defendido los derechos de esta pobre república, atacados con felonía por el hombre del 2 de Diciembre. Honor á los cinco diputados pertenecientes al número, demasiado corto por desgracia, de esos seres privilegiados, que han hambre y sed de justicia, que anteponen á toda consideración el cumplimiento del deber.

LA CUESTION EXTRANGERA.

Mexico, Mayo 1º de 1863.

Con el interes inherente á un grande acontecimiento; con la compasion infundida por una terrible calamidad; con la indignacion causada por una enorme injusticia; con la esperanza, en fin, nacida de un levantamiento heróico, está contemplando el mundo la nueva lucha emprendida por la Polonia, contra el autócrata ruso que la oprime. Tanto por las trascendentales consecuencias que entraña esa insurrección para la Europa entera, cuanto por el estado de quietismo en que actualmente se encuentran otras gravísimas cuestiones del antiguo continente, la polaca ha tenido el privilegio de absorber casi por completo los ánimos en estos últimos meses.

Que el movimiento nacional de independencia es cosa demasiado formal, lo está probando de una manera inequívoca la actitud tomada por todas las grandes potencias. La facilidad con que se propaga el alzamiento, alentado ya con va-

rios triunfos sobre las tropas rusas, ha hecho temer al czar que le sea imposible sofocar la resistencia con solo las tropas de su imperio que puede destinar á ese objeto, sin desamparar otras fronteras en que no le son ménos necesarias. Por tal motivo ha buscado el auxilio del rey de Prusia, con quien ha celebrado un convenio, en virtud del cual han atravesado los rusos el territorio prusiano, y refugiándose en él cuando se han visto perseguidos muy de cerca. En cambio, la Francia, la Inglaterra y el Austria están al parecer de acuerdo para exigir que se dé á la Polonia la parte de soberanía que le reservaron los tratados de Viena. Al obrar así, se presume que cada una de esas tres naciones va en pos de un fin de interes particular. Francia trata de recobrar su frontera natural del Rhin, empresa mas importante, sin duda, que la de venir á México á sacrificar néciamente hombres y dinero. Inglaterra se afana en romper la alianza franco-rusa, que no la deja dormir con sosiego. Austria se venga de la Rusia, de quien se vió abandonada en la guerra de Italia, por vía de represalia de su indiferencia cuando la campaña de Crimea, y se pone frente por frente de la Prusia, de la que la separa un eterno antagonismo.

Cualesquiera que sean las miras interesadas de esos poderosos defensores, su amparo es de tal manera formidable, que hará entrar en razon á los recalcitrantes, una vez declarado en términos definitivos. De ello nos alegramos sinceramente por el pueblo generoso, con el cual nos ligan los vínculos del infortunio y de la comunidad de causa, y al que admiramos de corazon al ver la heroicidad con que lleva mas de medio siglo de estar combatiendo por la resurreccion de su nacionalidad, infamemente destruida. Aspirando á recobrarla, no debe conformarse con la raquítica autonomía que se le ofrece como de limosna, cuando es tan clara la

justicia que le asiste para obtener reparacion plena de uno de los atentados mas escandalosos de la historia. Su energía servirá acaso para precipitar la llegada de la hora, que indefectiblemente ha de sonar mas tarde ó mas temprano, en que viniendo al suelo con estrépito los tronos de los esplotadores de pueblos, tenderá la libertad sus alas sobre las naciones condenadas hoy al yugo férreo del despotismo.

De ese espíritu vivificador de las sociedades modernas se está impregnando tambien el pueblo prusiano, partidario declarado ya de los ilustres diputados que se oponen á que el gabinete de Berlin continúe de verdugo de la Polonia, y reclaman para el interior de la monarquía las instituciones liberales que les niega con ciego capricho el rey Guillermo, último campeón del derecho divino, castillo desmoronado de los tiempos feudales.

De las dos cuestiones griega é italiana, que tanta agitacion provocaron poco há, ninguna conserva en estos momentos el vivo interes que no deberia faltarles. La Grecia insistió en la eleccion del príncipe Alfredo, que fué desechada con el mayor comedimiento; y mientras se resuelve cuál ha de ser la forma definitiva del gobierno del país, continúa este regido por autoridades provisionales. En Italia se contraponen los proyectos mazzinianos, con tentativas apoyadas por la Francia contra la unidad nacional: el gobierno de Turin sigue, entretanto, su indolente política de expectacion.

Una nueva crisis ministerial ocurrió en España á poco de haberse constituido el gabinete en que entró á funcionar el duque de la Torre. Mal avenidos los consejeros de la reina con la existencia de las cortes, le propusieron su disolucion. La negativa á esta propuesta decidió la separacion de los que la habian formulado como base de su programa.

Así ha caído O'Donnell del poder en que se había conservado por largo tiempo, como representante de una unión liberal que no existe sino de nombre, y en la que no son posibles principios cardinales en ningún sentido, por componerse de retazos de todos los partidos, que profesan creencias disímboles.

Hablóse al principio de que el duque de Tetuan sería sustituido por el de Valencia, jefe de los conservadores netos; pero quien resultó encargado de la formación del nuevo ministerio, fué D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, hermano del de la Habana, y como el adversario de la conducta observada en México por el conde de Reus. Según las noticias recibidas aquí, fracasó la primera combinación de Concha, que había escogido por compañeros á Posada Herrera, Cánovas, Mayans, Salavarría, Zavala y Lujan, sin que sepamos aún quiénes habrán sido los que definitivamente se hayan hecho cargo de las vacantes secretarías del despacho. Por los anuncios de las candidaturas que mas están en boga, y sobre todo, por las tendencias políticas del llamado á ser presidente del consejo de ministros, nos inclinamos á creer que dominará en el gobierno el partido de los afrancesados, que humillan la arrogancia espeniola á las veleidades de Napoleon.

Para este sigue siendo la cuestion mexicana, manantial inagotable de dificultades y sinsabores, ya por el déficit cada vez mayor que está ocasionando en las rentas públicas, ya por los inconvenientes propios de una guerra impopular, ya por los temores de grandes conflictos europeos, ya en fin por los obstáculos insuperables con que va tropezando en su ejecucion la empresa de sojuzgarnos. Entremos sobre estos puntos en algunas explicaciones.

En un opúsculo de Casimiro Perier, uno de los escritores

franceses mas entendidos en materias de hacienda, se demuestra con la irrecusable autoridad de las cifras, que la guerra de México, trastornando todas las combinaciones financieras del ingenioso ministro Fould, está desnivelando el presupuesto en términos tales, que acabará por hacer imposible el equilibrio entre los ingresos y los egresos, en caso de insistirse en llevar adelante la aventurera expedicion en que locamente se ha metido á la Francia. Suspendida la desamortizacion de la deuda pública; aumentados los gastos en una proporción tan considerable, que exceden ya de lo que eran ántes de las últimas reducciones; renovada la creacion de créditos extraordinarios sin la previa autorizacion del cuerpo legislativo, se están resintiendo ya las consecuencias de un derroche en que solo se encuentra interesado el amor propio del emperador.

Segun los cálculos de la prensa belga, los gastos de la expedicion á México ascendian ya en Febrero, es decir, á poco mas del año de emprendida, á doscientos cuatro millones de francos. Superior es esta cantidad á la que oficialmente se había fijado, en la que desde luego se supuso que habria habido ocultacion para alarmar ménos á los pobres contribuyentes. Con arreglo á los nuevos datos, puede computarse que el costo de la aventura imperial será de unos cuarenta millones de pesos anuales, de lo cual resulta que, con que se prolongue algo la invasion, producirá un desfaleo enorme.

Se ha asegurado como cosa indudable, que al contemplar Fould el abismo abierto bajo sus piés, quiso presentar su renuncia, para la cual le sobra fundamento, si se atiende á que entró al ministerio bajo auspicios enteramente distintos. La noticia de la separacion del hábil financiero, produjo desde luego en la Bolsa la baja consiguiente, que habria si-

do mucho mayor si el ministro hubiera realizado su propósito, del que se le hizo desistir, halagándolo con la esperanza de que la guerra de México será de poca duración. Un solo medio hay para que tal anuncio sea cierto: el de que convencido el emperador de que se ha metido en un atolladero sin salida, prescindiera de sus planes irrealizables, apresurándose á tratar con el gobierno de Juárez en términos admisibles. De lo contrario, la guerra se prolongará quién sabe por cuánto tiempo, obligando á la Francia á continuos y cuantiosos desembolsos, á los que no podrá hacer frente ni el mismo Fould, á pesar de su habilidad reconocida, ni menos otro ministro que no la tenga.

Este inconveniente del déficit es de tal manera grave, que no hay argucias bastante diestras para paliarlo; y en nuevos apuros se ha de haber visto el ministro sin cartera para contestar los argumentos que sobre tal tema deben haber hecho en el cuerpo legislativo los diputados opositores, preparados á ocuparse de nuevo de la cuestion de México con motivo de la discusion del presupuesto. Por fortuna para el órgano imperial, poco importa que en ese exámen servil se emitan razones incontestables, contándose, como se cuenta, con una mayoría cerrada, que apoya á ciegas la política napoleónica.

La nacion francesa, que bien comprende las fatales consecuencias de esa política, sigue manifestando de cuantas maneras le es dable bajo el sistema de opresion en que vive, su profundo disgusto por una expedicion en que se consumen su sangre y sus tesoros sin provecho alguno. Ni podia ser de otra manera, cuando el capricho imperial está causando en el país completa perturbacion en los negocios públicos, salidos de quicio por falta de un buen gobierno. En vano para distraer la opinion de las grandes calamida-

des ocasionadas por una ciega obstinacion, y para proporcionar alimentos á trabajadores que de otra suerte formarían una revolucion, se les emplea en las obras materiales, que han quedado como único signo de progreso del imperio reusitado. Con este motivo recordaremos, que se siguió igual camino en los últimos dias de la antigua Francia, á fines del reinado de Luis XVI, durante el ministerio prostituido y derrochador de Calonne.

Para contener el desbordamiento del descontento público, no se perdona medio, prefiriéndose los más inquisitoriales, ó los de más cínico descaro. Con rigor se mantiene la prohibicion de hablar sobre los asuntos de México. Se sigue deteniendo en la frontera los periódicos extranjeros que de ella tratan en sentido desfavorable para Napoleon, y por eso ha acabado la circulacion de los diarios españoles, con excepcion solamente de la ultra-imperialista *Epoca*, que á dúo con el baron de Bazancourt, anuncia la toma de Puebla, la popularidad de la intervencion, su próximo y seguro triunfo. Cuando por casualidad penetran periódicos, escapando de la vigilancia con que se les persigue como efecto de contrabando, como sucedió con unos diarios americanos en que se analizaban con sano criterio las célebres instrucciones de Napoleon á Forey, la chasqueada policia no se dá por vencida, sino que va á sacarlos de los gabinetes de lectura, para que no sean conocidas esas adversas apreciaciones. La verdad, empero, sigue como siempre abriéndose paso, que por beneficio de Dios no hay resguardo, ni inquisicion, ni castigo, que baste á impedir que la luz entre y se difunda por todas partes.

De antemano hemos indicado ya los varios focos europeos, de donde puede desprenderse en el momento menos pensado una chispa que produzca ese incendio que hace tiempo

esperamos, como la señal de un nuevo paso en la redencion de la humanidad, como el anuncio de nuestra salvacion en la crisis que atravesamos. Bien advierte Napoleon que seria muy comprometido para su imperio, verse obligado á atender, en medio de las complicaciones de una guerra en el viejo continente, á otra guerra en el nuevo, larga, costosa, sangrienta, impopular. Para salvar el escollo en que puede estrellarse su fortuna y derrumbarse su trono, busca ya una salida algo satisfactoria, si no mienten las noticias que así lo suponen, apoyadas en consideraciones sumamente racionales. Segun esos fundados rumores, el emperador se dispone á hacer la paz, tratando con el gobierno de Juarez, luego que el general Forey obtenga una victoria, que haga recobrar á las armas francesas su perdido lustre. Así se explica la mision del edecan marqués de Gallifet, de quien se asegura que trajo instrucciones para precipitar el ataque de Puebla. Así se explica tambien la anunciada venida del príncipe de Polignac, yerno del famoso banquero Mirés, el del escandaloso proceso en que una influencia omnipotente impidió que salieran á luz, como en el negocio Jecker, fragilidades no veniales de eminentes personajes de la corte imperial.

Si los mencionados son en efecto los últimos pensamientos del voluble monarca, que quiere hoy una cosa y mañana la contraria, para la realizacion de sus miras se presenta el inconveniente de que no parece fácil de alcanzar el espléndido triunfo que ha de consolar á la Francia del descalabro en que sus águilas quedaron humilladas. Sin embargo de que mas adelante hablaremos de este punto con mayor detencion, necesitamos insinuarlo desde ahora, para completar el cuadro de las dificultades con que tiene que luchar la expedicion francesa. La de que hablamos no es ciertamente la me-

nor, aunque se afane en debilitarla el parlanchin ministro sin cartera, como lo hizo con malicia é incidentalmente, en la discusion de la cuestion romana. Entónces dijo: que durante diez y ocho meses habia perdido el cuerpo expedicionario, inclusa la marina, de 1,200 á 1,300 personas, llevando la peor parte la flota, en la que habian sucumbido por su permanencia en mares envenenados, 763 individuos, mientras el ejército de tierra solo habia tenido una baja de 449 soldados, 391 de enfermedad, y 58 por la guerra. Para la desfachatez de Billault, es asunto de poca importancia ponerse en contradiccion con datos oficiales, como el parte del general Lorencez sobre el *negocio* del 5 de Mayo. Al emperador le interesa hacer creer que los peligros de la campaña de México consisten exclusivamente en los estragos de nuestro terrible auxiliar el vómito, y poco faltó para que Billault, tan minucioso en materia de cifras, negara que hubiese perecido un solo soldado en la campaña, como si las bayas mexicanas fueran convertidas en flores por algun diestro prestidigitador. Pero no se advirtió que, con el sistema adoptado, se incurria en la falta de dejar sin explicacion la retirada del conde Lorencez, con su cuerpo expedicionario intacto. Aunque muy inferior en número al que hoy manda Forey, aquella fuerza bien pudo tomar á Puebla y ocupar á México, ya que se componia de guerreros mas invulnerables que Aquiles. El ministro sin cartera no consideró que con sus aseveraciones economizaba la sangre francesa á costa del honor frances.

Los diarios imperialistas, únicos autorizados para ocuparse de los asuntos de esta república, continúan aglomerando sus dicerios y mentiras de costumbre. La *Patrie* se enoja formalmente por la publicacion de las deserciones de los soldados franceses, hecho que califica de falso cuando es inne-

gable, y que estima como un nuevo y formidable agravio, que requiere la competente reparacion. En la *France* sigue el ya desacreditado historiador baron de Bazancourt, explicando á su modo la campaña de México. Para disculpar la larga inaccion de Forey, alega que no ha querido dejar á la espalda nada de su material de sitio, de sus municiones de guerra ni de sus víveres. Obligado á confesar que anduvo con ligereza al anunciar falsamente la toma de Puebla, se conformó con asentar que si ese suceso no se habia consumado, debia tenerse por seguro, sin que detuviera mucho á las tropas expedicionarias. Ya veremos en qué nuevas explicaciones entra ese escritor del círculo de la emperatriz, al ver desmentidas por los hechos sus magistrales profecías.

Como no pudo permanecer oculto el atentado cometido por nuestros civilizadores, al plagiar negros de la Nubia para traerlos á nuestras costas, por creerlos mas á propósito que los franceses para sobrellevar los rigores del clima, la opinion se ha desatado en contra de ese nuevo germen de heroicidad, como le llamaria Billault. Lord Palmerston ha anunciado en el parlamento, que reclamará el gobierno inglés la infraccion del derecho de gentes efectuada con ese plagio, para el que se puso de acuerdo nuestro protector Napoleon con el virey de Egipto, sin anuencia de su soberano el sultán. Mas culpable todavia que ese acto de desprecio á una soberanía reconocida, es el hecho mismo considerado en su valor intrínseco, por tratarse nada ménos que de un delito de lesa humanidad, perpetrado en nombre de la civilizacion.

Tenemos otra prueba del poco aprecio que al emperador merecen los principios de la moral, en el envío á Salgny de la cruz de la legion de honor. Hoy es ya punto averiguado para cuantos estudian la cuestion mexicana, y debe serlo

tambien para el gobierno imperial, que los servicios prestados por el célebre diplomático á quien acaba de agraciarse, han sido forjar embustes, levantar calumnias, fomentar odios, patrocinar escándalos, proteger detestables especulaciones, en las que se le supone interesado. Una vergonzosa destitucion debia haber sido el condigno castigo de tan innoble conducta, en vez de distinciones que solo sirven para desprestigiar una institucion, cuyo nombre acabará por ser un sarcasmo, si así se sigue prostituyendo.

El favor de que sigue disfrutando Salgny, tiene la fácil explicacion de que se presta á servir de instrumento á una causa perdida, sin respetar los fueros de la justicia y de la verdad. Que tal es el origen de las gracias dispensadas por el emperador, lo corrobora la destitucion del almirante Julien de la Gravière, considerado y empleado mientras se mostró favorable á los planes intervencionistas, y llamado á Francia por haberlos calificado últimamente de quiméricos, convencido por la realidad de los hechos de que es testigo presencial.

Ante la fuerza irresistible de esta verdad, deberian cejar, Napoleon por su parte, y por la suya el escaso y vergonzante partido intervencionista. Pero ni el uno ni el otro piensan cumplir con sus respectivas obligaciones. El emperador prolonga la guerra por amor propio, aunque es para nosotros evidente que ya á la fecha arrepentido está de haberla emprendido. Los intervencionistas se forjan aún la ilusion de un resultado favorable, y han formulado su programa, acogido en Francia en las columnas de los periódicos imperialistas.

Guarda tanta semejanza ese plan con el contenido de las instrucciones de Napoleon á Forey, que desde luego ocurre la idea de que el primero es una calca servil de las segun-

das. Los puntos que comprende son: el nombramiento de una junta de notables por el general en jefe del ejército, luego que sea ocupada por los franceses la capital: el establecimiento de un gobierno provisional nombrado por la junta: la creación de un consejo de Estado en que estarán representadas varias clases: la continuacion de las operaciones militares, de acuerdo con el general en jefe del ejército frances: la instalacion de prefectos en los departamentos, cuando estos se encuentren pacificados: la consulta á la opinion pública por medio del sufragio universal, una vez instalados los gobiernos locales en la mitad de los departamentos, acerca de la forma de gobierno que convenga establecer en el país; y el apoyo y proteccion del emperador de los franceses, hasta que la nueva administracion se haya consolidado de una manera firme y duradera.

Como se vé, la ignominia de México, sometido á una formal tutela, seria el resultado indefectible de semejante plan, conforme al cual un puñado de traidores dispondria de la suerte de la república, reservando para las calendas griegas la manifestacion de la voluntad nacional, sin perjuicio de adulterarla como se quisiera, y constituyendo un fantasma de gobierno supeditado para todo al capricho imperial. El documento en que se han consignado semejantes humillaciones, acaba de poner en evidencia á los malos mexicanos, cuyo *pudor patriótico* tanto admira el baron Gerónimo David.

Ellos, sin embargo, procuran cohonestar su torpe manejo con el pretexto de que los anima un celo religioso, que en ningun caso serviría de justificante á la traicion, y á cuya sombra se ocultan mezquinos intereses personales. Sin duda para hacer ostentacion de esa supuesta piedad, que se explota á fin de conquistar el aprecio de los fanáticos, se ha conseguido del Papa el establecimiento de tres arzobispados

y nueve obispados. Los promotores de tal innovacion no han dado ciertamente muestras de que posean, á falta de otros, el talento de la oportunidad.

La realizacion del nuevo arreglo eclesiástico y del estu-pendo programa conservador, dependen del triunfo de la in-tervencion napoleónica, el cual es por fortuna imposible. Aun en caso de que nos fuese hoy contraria la suerte de las armas, el simple trascurso del tiempo bastaria para hacer in-venible nuestra constancia; pero segun lo que está pasando en el teatro de la guerra, ni á esa prueba nos tendremos que sujetar. La intervencion lleva trazas de sucumbir en un bre-ve período, á juzgar por la extension, por la importancia, por la reproduccion de los elementos de resistencia con que contamos.

El principal de todos, que es el de la fuerza fisica puesta en accion, no faltará seguramente. De todas partes de la república siguen viniendo valientes ciudadanos, que corren presurosos á las armas, para medirlas con el invasor del suelo patrio. Esa corriente no se suspenderá, sino cuando haya pasado el peligro que la pone en movimiento.

Las fuerzas de Sinaloa y Oaxaca, llegadas á esta capital, no pudieron dirigirse en el momento al encuentro del ene-migo exterior, por la necesidad en que se vió el gobierno de enviarlas de preferencia á perseguir á Butrón, uno de esos hombres que pagan con defecciones repetidas las inmereci-das consideraciones con que son tratados. Ateanzado el ob-jeto de la expedicion con la completa derrota del tráfuga, las tropas vencedoras regresaron á esta capital, de donde volvieron á salir á los pocos dias para incorporarse al ejér-cito del centro.

Pronto las seguirán las de Tampico, que reforzadas en la Huasteca, están ya en camino para unirse á las que operan

sobre los franceses. Otro tanto sucederá con las de San Luis Potosí, que se aproximan tambien por otro rumbo, y con las venidas de Toluca, no ménos ansiosas que las mencionadas, de cooperar á la salvacion de la independenciamenazada.

Gracias al espíritu patriótico de que se halla animada la nacion entera, la afluencia de soldados es, como ya anunciamos, uno de los mas gratos episodios de esta época de prueba. Y no debe olvidarse que el envío de refuerzos tropieza con el gravísimo inconveniente de la necesidad que hay de dejar en los Estados la fuerza suficiente para su seguridad interior, amenazada de continuo por partidas de reaccionarios, ó sea gavillas de bandoleros, que sin mas mira que el robo, recorren los caminos y entran á las poblaciones indefensas, llevando consigo el exterminio y la desolacion. Impotentes para dar prestigio á la causa que aparentan servir, y que antes bien acaba de desacreditarse con la adopcion de tan detestables partidarios, distraen la atencion de las autoridades, impidiéndoles la remision de mayores elementos para la guerra extranjera.

Entre las exigencias de la situacion figura como muy imperiosa, la de la coleccion de recursos suficientes para la subsistencia del considerable número de hombres puestos sobre las armas. La dificultad que en todo tiempo habria habido para cubrir ese cuantioso gasto extraordinario, ha subido de punto por las terribles consecuencias de una asoladora guerra civil, que cuenta ya cinco años de duracion, y por la pérdida del mas productivo de nuestros puertos. Sin embargo, merced á esfuerzos verdaderamente admirables, se ha conseguido que nuestras tropas tengan lo necesario, sin descuidar los demas ramos de la administracion. Mas para lograr este resultado sorprendente, ha sido indispensable el

ejercicio de facultades omnímodas, sin las que habria sido imposible obrar como se ha hecho, aconteciendo lo mismo en todo lo demas anexionado con los ramos de hacienda y guerra. Demostrada con estos hechos la imprescindible necesidad de la subsistencia de las referidas facultades, ni por un momento dudamos que serán renovadas por el congreso, próximo ya á abrir su nuevo período de sesiones. El patriotismo ilustrado de los representantes de la nacion, no puede desconocer que en un período todo de accion, debe estar expedita y sin trabas la del ejecutivo.

Las leyes expedidas contra los intervencionistas se han empezado á llevar á efecto. El gobierno ha mandado presos al castillo de Acapulco á individuos acusados de ese delito, respecto de los cuales, si bien no tuvo las pruebas plenas que buscaba para aplicarles todo el rigor del castigo correspondiente, tuvo sí la conviccion moral de que eran culpables. A otros de los notoriamente complicados en la intervencion extranjera, y que residen fuera de la república, les ha confiscado sus bienes.

De las personas designadas por la opinion pública como complicadas en esa misma culpa, tres han protestado ya de su inocencia, y son D. Manuel Díez de Bonilla, D. Juan Manuel Fernandez de Jáuregui y D. Manuel Larrainzar. No ha faltado quien ponga en duda la sinceridad de sus protestas, así por haber sido tan tardías, como por suponerlas mas bien hijas del miedo que de la conviccion. Como quiera que sea, bueno es que se hayan formulado. Si son realmente la expresion de los sentimientos de sus autores, quedará comprobado que algunas notabilidades conservadoras no participan de las ideas antipatrióticas de Almonte y Gutierrez Estrada, siendo este resultado el mas satisfactorio de todos, pues debe desearse que sea el mas corto posible el

número de los mexicanos traidores. Si, por el contrario, los protestantes han dicho lo que no sienten, inmenso sería el descrédito de personajes que á impulsos del temor hubieran adulterado los hechos y proclamado principios opuestos á los de muchos de sus correligionarios.

La publicacion de las protestas mencionadas, hace todavía mas significativo el silencio de los que se han abstenido de presentarlas. Vehementísima puede llamarse la sospecha de su complicidad en el crimen perpetrado contra la patria, cuando así se obstinan en callar. El gobierno está obligado á aplicarles las leyes vigentes.

Su falta se reagrava por la falta de arrepentimiento, no obstante que ven las constantes tropelías cometidas por los que se llaman protectores del país. De las mas indisculpables es la barbárie con que se sigue deportando á la Martinica á mexicanos pacíficos. Muy considerable es ya el número de esas víctimas, segun las últimas noticias recibidas de Veracruz. Elevado á sistema ese plagio internacional, que se practica sin interrupcion, tiempo es ya de poner en ejercicio las represalias decretadas por el congreso.

La atencion de la república entera, su vida, sus mas caras esperanzas, se han concentrado en la heróica defensa de la ciudad de Zaragoza, que forma ya una de las páginas mas brillantes de nuestra historia.

Rectificados los datos relativos á la fuerza del ejército sitiador, aparece que se presentó frente á la plaza en número de treinta mil hombres, despues de haber aprovechado su larga inaccion para procurarse en abundancia cuantos elementos estimó necesarios. Ahora está para incorporársele un refuerzo, sobre cuya importancia hay tambien varias versiones, creyéndose generalmente que no excede de cuatro mil hombres. No hay noticia de que se prepare otro alguno en

Francia, ni es presumible que venga, cuando los negocios europeos han tomado un carácter tan alarmante.

En nuestra revista anterior dejamos á los invasores rechazados dos veces del fuerte de San Javier. Empeñados en tomar este punto, aglomeraron sobre él sus fuegos hasta reducirlo á escombros. Entónces el general en jefe del ejército de Oriente decidió la evacuacion de aquellas gloriosas ruinas, de las que sacó la artillería y municiones; pero no queriendo abandonar el terreno al enemigo sino despues de un último ataque, tomó sus disposiciones para recibirlo. Los sitiadores emprendieron el asalto á las cuatro de la tarde del 29 de Marzo; y despues de un sangriento combate, en que volvió á quedar bien puesto el honor de las armas nacionales, se replegaron nuestras fuerzas á las manzanas inmediatas.

La noticia de la toma de San Javier produjo en México una sensacion extraordinaria. Dándole una importancia muy superior á la que tenia en realidad, se creyó en la existencia de un peligro inminente. Excitados los ánimos con tal expectativa, hubo reuniones populares en que se pidió la inmediata expulsion de los franceses, medida que tambien solicitó la mayoría de los diputados existentes en la capital. El gobierno no creyó llegado todavía el caso de tomar una resolucion tan grave, y ménos quiso hacerlo arrastrado por la presion que se intentó ejercer sobre él, y que hubiera dado el carácter de violencia á lo que debe ser obra de una madura deliberacion. La efervescencia patriótica se fué calmando poco á poco, sin producir mas explosion que la de los gritos de *mueras* á los franceses, y la rotura de algunos vidrios de sus casas de comercio. Para quitar todo motivo de queja, el costo de lo roto fué pagado de los fondos municipales, sin que en consecuencia resintieran pérdida alguna

los compatriotas de los que tan enormes se las están ocasionando al país. Pero como despues del alboroto referido, y que en menor escala ha solido renovarse con posterioridad, han cerrado algunos franceses sus expendios, á pesar de estar bien custodiados por las autoridades, es conveniente que se divulgue lo que ha pasado, para que todo el mundo sepa que no ha habido en México escenas que desmientan la excepcional generosidad con que se ha engrandecido nuestro pueblo, y que seria absurda y temeraria cualquiera reclamacion de daños ó perjuicios.

Parece que tambien el ejército enemigo se alucinó con la ocupacion de San Javier, dando por terminado el sitio. Así se comunicó á Veracruz y á Europa, de manera que es muy probable que se haya celebrado en Paris con ciento un cañonazos la toma de Puebla, repitiéndose el chasco de la falsa noticia de la caída de Sebastopol, y que el baron de Bazancourt haya escrito un curioso artículo, destinado á ser despues uno de los capítulos de su *historia* de la guerra de México. Lo sentimos por el ridículo en que va á caer en Europa la estupenda nueva, y ya veremos cómo salen del paso el historiador, el gobierno y sus verídicos corresponsales.

Léjos de que estuviera tomada Zaragoza de resultas de la pérdida de San Javier, en el momento de caer ese fuerte fué cuando comenzó un género nuevo y terrible de guerra con que no contaban los sitiadores. Se ha emprendido una lucha á corta distancia, de calle á calle, de casa en casa, disputándose á palmos el terreno, exigiéndose un asalto para cada edificio, no abandonándose al enemigo mas que ruinas, causándole pérdidas considerables, desesperándole con la expectativa de una serie interminable de ataques. En el remoto caso de que llegara á triunfar, no seria sino sobre un monton de piedras y cenizas, testimonio indeleble de la ci-

vilizacion, cuyos gérmenes arroja á su paso el ejército frances, segun el ministro sin cartera Billault.

Con la destruccion de la ciudad heróica, harán juego otros rasgos civilizadores, que eran ya de esperarse de los que han venido marcando su tránsito con los saqueos, incendios, deportaciones y otros actos semejantes, de que hemos hecho oportuna mencion. Los de que ahora tenemos que hablar, son referentes á la negativa de Forey de que salieran de Puebla las mugeres y niños, que sufren dentro de la plaza los horrores del bombardeo y de la miseria, y el fusilamiento de unas mugeres por sospechas de que llevaban á nuestro campo noticias ó comunicaciones.

Respecto de lo primero, si entra en las leyes militares valerse de todos los medios posibles para decidir á capitular á los defensores de una plaza, la humanidad reprobará siempre que se haga partícipes de los estragos de ese resto de bárbarie social que se llama guerra, á seres inofensivos y desgraciados. La posteridad ha aplaudido conmovida el rasgo generoso de Camilo, que en vez de aceptar la oferta del maestro de escuela que le entregaba á los hijos de las primeras familias de los Faliscos, hizo que sus discípulos lo volvieran á meter á la ciudad, atado y azotándolo. Forey se hubiera aprovechado de la infame accion del maestro: Camilo hubiera dejado salir de Puebla á las mugeres y á los niños.

En euanto á lo segundo, tambien nos valdremos de una comparacion. El general austriaco Haynau, famoso por su ferocidad, cometió entre otras atrocidades la de azotar mugeres. En 1850 estuvo en Lóndres, y visitó la acreditada cerveceria de Barclay y Perkins. Reconocido allí, los obreros y otras gentes del pueblo lo maltrataron y lo arrojaron á empellones. Si Forey, que no azota mugeres, pero que

las fusila, vuelve á Europa, le aconsejamos que no viage por Inglaterra.

Se nos pasaba mencionar otro hecho, que no debe quedar inadvertido. Los leales soldados mexicanos que en la toma de San Javier y en otros encuentros han caido prisioneros, han sido incorporados á las fuerzas de los traidores, para hostilizar á los defensores de la independencia de México. Aunque en nuestras guerras civiles ha habido la costumbre de hacer tomar á los soldados las armas contra los mismos en cuyas filas habian combatido el dia anterior, esta práctica en manera alguna puede justificar que, en una guerra extranjera, el general en jefe del ejército enemigo convierta en auxiliares suyos á los prisioneros que haga, obligándolos á servir contra su patria. Si usando del derecho de represalia, obraran en el mismo sentido los generales mexicanos con los prisioneros franceses, se pondria el grito en el cielo acusándolos de barbárie, y eso que no harian mas que imitar el ejemplo que se les ha dado. Para suavizar los males inherentes á la ruptura de las hostilidades entre dos naciones, la civilizacion ha establecido reglas que no pueden violarse sin escándalo; una de ellas es la que ha olvidado Forey en la materia de que tratamos.

Emitidas las precedentes observaciones, que no nos era permitido omitir, seguiremos ocupándonos del memorable sitio de Zaragoza, sostenido conforme al sistema de que ya hicimos mencion.

En los primeros dias del corriente mes, emprendió el enemigo el asalto del cuartel de San Marcos y de una manzana contigua á San Agustin, puntos defendidos por el general D. Porfirio Diaz y por el coronel Balcázar. En ambos fué rechazado con pérdidas considerables, batiéndose por nuestra parte fuerzas de Oaxaca, de Jalisco y de Toluca.

Pocos dias despues rechaza un nuevo asalto el general la Llave con el batallon de Tuxpam, en la manzana de las calles de Miradores é Iglesias. El triunfo alcanzado por nuestros valientes se realza con la prision de un oficial y treinta y cinco soldados.

El coronel Calderon, al frente de un cuerpo de auxiliares, desaloja á los zuavos de la garita del pulque.

El coronel Ramos, perteneciente al ejército del centro, derrota en Izúcar de Matamoros al traidor Caamaño.

El mismo ejército tiene el dia 10 diversos encuentros con el enemigo, en los que pelean nuestros soldados con valor y decision.

El 13 en la noche rompió el general O'Horán el sitio, con la division de caballería que tiene á sus órdenes. En seguida pasó á esta capital con el coronel Riva Palacio, á desempeñar una importante comision que les habia dado el general Ortega, y sin demora volvieron ambos á seguir prestando sus servicios en la campaña.

El general Echeagaray, con una seccion compuesta de las tres armas, se batió el 14 en la llanura situada entre Atlixco y la cuesta de San Juan Tianguismanalco. Al principio obtuvieron los franceses ventajas sobre nuestra caballería, á pesar del denuedo del general Porfirio Garcia de Leon; pero replegada nuestra infantería á una posicion escogida de antemano, quedamos dueños del campo de batalla.

En la tarde del 15 hubo en la Teja, punto cercano al Carmen, una accion á que puso término la noche, sin ventaja marcada por ninguna parte.

Ese dia y los siguientes se generalizaron los fuegos por el Sur y Poniente de la ciudad. El 19 se dirigieron especialmente sobre dos manzanas que se hallan en uno de los costados de la plazuela de San Agustin y á la espalda de

Santa Inés, con vista ambas á la llanura; defendíanlas fuerzas de Zacatecas á las órdenes de los coroneles Auza y Sanchez Roman. El enemigo las atacó como una fortaleza, valiéndose de obras formales de zapa, y fué una vez desalojado de un ramal de sus paralelas, perdiendo instrumentos y gaviones, y atacándolo nuestros soldados á pecho descubier- to. Hechas ya pedazos dichas manzanas, asaltaron los zuavos las ocupadas por Sanchez Roman, hallándose en ellas el general Porfirio Diaz, gefe de la linea. El asalto fué rechazado, á pesar de haber entrado tambien en accion los cazadores de Vincennes y el 51 de linea, siendo á la vez reforzadas por nuestra parte las tropas de Zacatecas con los batallones de rifleros de San Luis y primero de Aguascaliente. El combate fué tan sangriento, que perdimos mas de cuatrocientos soldados, y en seguida dispuso el general en gefe que fueran abandonadas é incendiadas, como se efectuó, las manzanas asaltadas y la que defendia el coronel Auza, quien en vano esperó ser atacado tambien.

Este glorioso hecho de armas debe haber acabado de vencer al enemigo de que solo ocupará escombros. En la ciudad hay todavía dos lineas fuertes, que serán defendidas palmo á palmo; y si avanza el frances, á cada paso que dé sufrirá numerosas bajas, despues de emplear mucho tiempo para la adquisicion de ventajas insignificantes.

Pero ese caso extremo no llegará tal vez, pues así hace esperarlo el heroismo de nuestros valientes, que en la mañana del 25 han logrado escarmentar á los sitiadores, en un combate, llamado por el ilustre defensor de Zaragoza, el mas sangriento y el que mas honra á las armas de la república.

Desde la noche del 24 hizo volar el enemigo con unas minas una cuadra de la manzana del Pitiminí, ocupada por fuerzas de Toluca, á las órdenes del coronel Padrés. Parte

de ellas quedaron sepultadas bajo los escombros; pero el resto defendió el punto con tal brío, que hizo retroceder dos ó tres veces á los asaltantes.

Generalizados los fuegos durante la noche, se aumentaron á las cinco y media de la mañana del 25, á cuya hora voló el enemigo otra cuadra de la manzana de Santa Inés, y lanzó fuertes columnas sobre el interior de la misma, donde se hallaban los batallones 3º y 5º de Zacatecas, mandados por el coronel Auza. Allí se trabó un combate que duró mas de siete horas, quedando el triunfo por nuestra parte, y perdiendo el enemigo cuatrocientos soldados que murieron, y ciento treinta prisioneros del primer regimiento de zuavos, incluidos siete gefes y oficiales.

Al mismo tiempo que esto pasaba, eran atacados otros puntos de la linea de defensa, de todos los cuales fueron rechazados los franceses.

Los coroneles Escobedo y Garza Ayala, al frente del primer batallon de San Luis, se abrieron paso á la bayoneta, para auxiliar al coronel Auza, que habia quedado cortado.

El coronel Caamaño, con doscientos hombres de Toluca, y el coronel Ramirez con el 2º batallon de Puebla, auxiliaron tambien eficazmente por el flanco á las fuerzas atacadas.

El digno general en gefe del ejército de Oriente, hace merecidos elogios de los gefes nombrados, así como de los generales Mendoza, Paz, Negrete, Berriozábal, Llave, Diaz, Prieto y Ghilardi; pero califica de héroe principal de la jornada, llamándole valiente entre los valientes, al coronel Auza, sacado de entré los escombros del edificio que desplomó sobre él la artillería enemiga, y cuyo valor ha admirado á los oficiales franceses.

Nuestra pérdida, ignorada todavía, debe haber sido muy considerable. Cuadras voladas, asalto general, ataques re-

fidisimos, combate de siete horas, son antecedentes fidedignos de lo sangriento de la lucha. Las bajas de los franceses han de ser necesariamente mayores todavía, por haber sido rechazados en todas partes, sucumbiendo en solo Santa Inés mas de quinientos hombres.

En los últimos días del mes se han de haber alcanzado nuevos triunfos, segun lo indica un repique que hubo en la catedral de Puebla la noche del 27. Por falta de noticias de la plaza, posteriores al 25, no sabemos lo que habrá pasado,

Mientras nos llegan, tenemos la satisfaccion de cerrar esta revista, como la anterior, con la consignacion de las victorias obtenidas por nuestras armas. El heroico ejército que defiende la justa causa de la república, ha merecido bien de la patria. Sus hazañas, que serán el asombro del mundo por grandiosas y por inesperadas, no solamente han salvado la honra nacional, sino cubierto el nombre mexicano de una gloria sublime é imperecedera.

LA CUESTION EXTRANJERA.

México, Mayo 31 de 1863.

¡Zaragoza ha sucumbido; el ejército del Centro ha sufrido un revés; el ejército de Oriente ya no existe!

Estos tres acontecimientos dolorosos, los mas notables del mes que va á espirar, embargan de tal manera nuestro ánimo, que apenas nos dejan tranquilidad para ocuparnos en la narracion de otros sucesos ménos interesantes; para entrar en la fria apreciacion de cuanto no se refiere á la situacion actual. Y no en verdad porque haya menguado la fé que hemos tenido en el triunfo de la buena causa, no porque desesperemos del porvenir de nuestra patria, que ántes bien vemos ahora mas grandioso que nunca, sino porque siempre es penoso que no haya coronado una espléndida victoria la heroicidad desplegada por los defensores de la independencia nacional, ante los que han sido impotentes las acreditadas armas francesas, y que solo han sucumbido por falta de víveres y municiones. A no haber llegado un momento en

fidisimos, combate de siete horas, son antecedentes fidedignos de lo sangriento de la lucha. Las bajas de los franceses han de ser necesariamente mayores todavía, por haber sido rechazados en todas partes, sucumbiendo en solo Santa Inés mas de quinientos hombres.

En los últimos días del mes se han de haber alcanzado nuevos triunfos, segun lo indica un repique que hubo en la catedral de Puebla la noche del 27. Por falta de noticias de la plaza, posteriores al 25, no sabemos lo que habrá pasado,

Mientras nos llegan, tenemos la satisfaccion de cerrar esta revista, como la anterior, con la consignacion de las victorias obtenidas por nuestras armas. El heroico ejército que defiende la justa causa de la república, ha merecido bien de la patria. Sus hazañas, que serán el asombro del mundo por grandiosas y por inesperadas, no solamente han salvado la honra nacional, sino cubierto el nombre mexicano de una gloria sublime é imperecedera.

LA CUESTION EXTRANGERA.

México, Mayo 31 de 1863.

¡Zaragoza ha sucumbido; el ejército del Centro ha sufrido un revés; el ejército de Oriente ya no existe!

Estos tres acontecimientos dolorosos, los mas notables del mes que va á espirar, embargan de tal manera nuestro ánimo, que apenas nos dejan tranquilidad para ocuparnos en la narracion de otros sucesos ménos interesantes; para entrar en la fria apreciacion de cuanto no se refiere á la situacion actual. Y no en verdad porque haya menguado la fé que hemos tenido en el triunfo de la buena causa, no porque desesperemos del porvenir de nuestra patria, que ántes bien vemos ahora mas grandioso que nunca, sino porque siempre es penoso que no haya coronado una espléndida victoria la heroicidad desplegada por los defensores de la independencia nacional, ante los que han sido impotentes las acreditadas armas francesas, y que solo han sucumbido por falta de víveres y municiones. A no haber llegado un momento en

que carecieron completamente de ambas cosas, se habria prolongado la defensa de la ciudad invicta, sin que sea temerario suponer que allí habrian fracasado los inicuos planes de la intervencion extranjera.

Pero no anticipemos observaciones que serán mas oportunas en otro lugar; y dejando para el fin de nuestra revista la asombrosa historia de la caida de la Zaragoza mexicana, inmortal como su hermana mayor, encarguémonos previamente de los demas puntos que debe comprender nuestra labor mensual.

No solo México tiene grandes desgracias que lamentar. Tambien otra nacion, heroica entre las primeras, encuentra para la salvacion de su independencia poderosos obstáculos en esa fuerza física y brutal que, para mengua del siglo en que vivimos, sostiene aún el caduco despotismo de épocas ménos ilustradas. La Polonia apura hasta las heces el cáliz del dolor en una lucha terrible, en la cual, sola como México, abandonada como México por cuantos debieran tenderle una mano amiga, no se acobarda sin embargo, y prefiere, como México preferirá, combatir sin descanso en desigual contienda hasta el postrer aliento de sus buenos hijos, ántes que renegar traidoramente de la independencia alcanzada á costa de ingentes esfuerzos.

La aglomeracion de fuerzas considerables por parte de los rusos, dió lugar naturalmente á varios desastres de las tropas polacas, en uno de los cuales cayó prisionero el dictador Langiewicz, que fué conducido á Cracovia. Creyóse de pronto que la consecuencia inmediata de tales sucesos seria la completa represion del levantamiento nacional; pero léjos de ser así, la insurreccion ha continuado con carácter imponente, desafiando altanera á los opresores del país.

Indispensable es, sin embargo, que acabe por sucumbir,

abandonada como está á sus propias fuerzas, pues segun indicamos ántes, las potencias en quienes se habia supuesto la decidida intencion de intervenir en favor de la Polonia, se han abstenido de hacerlo. Cabe en esa desercion parte muy principal á la Francia, donde las generosas excitativas de los amigos de la resurreccion de la nacionalidad polaca, se han estrellado en el frio egoismo que teme enemistarse con un poderoso soberano. Para disipar toda duda y desvanecer toda ilusion en esta materia, el famoso ministro sin cartera Billault pronunció un discurso en que puso en relieve la política de su gobierno; y no contento todavía el emperador con tan explícita manifestacion, dirigió una carta á su órgano oficial con el pretexto de felicitarlo, para tener ocasion de decir que habia interpretado su pensamiento de la manera mas satisfactoria. Queda, pues, notificada oficialmente la Polonia, de que S. M. Napoleon III, el grande amigo de los oprimidos, el generoso protector de la parte sana de las naciones, el civilizador por excelencia, no hará otra cosa que solicitar de su ilustre amigo Alejandro de Rusia algunas concesiones otorgadas como de limosna, en obsequio de un país con el que tiene la Francia importantes obligaciones que llenar.

En España, despues de muchas combinaciones frustradas, en que figuraron el marques del Duero, Armero, Mon, Pacheco y otras varias notabilidades, quedó por fin formado el nuevo ministerio de la manera siguiente:

El marques de Miraflores, ministro de Estado y de Ultramar, con la presidencia del consejo.

Concha [D. José], ministro de la guerra.

D. Florencio Rodriguez de Vahamonde, de gobernacion

D. José Sierra y Cárdenas, de hacienda.

El general Mata y Alos, de la marina.

Monares, de gracia y justicia.

D. Manuel Moreno López, de fomento.

Como anunciábamos en nuestra revista anterior, domina en el gabinete formado de tales personas, el partido de los afrancesados, cuya expresion mas genuina es el marques de la Habana, y al que se inclina tambien su compañero el de Miraflores. Por fortuna, todos convienen en que ese ministerio es transitorio, debiéndose su existencia exclusivamente á las dificultades que de pronto se han presentado para la formacion de otro de significacion mas determinada. Establecido únicamente para llenar un hueco que se necesitaba cubrir de cualquier modo, desaparecerá luego que la reina escoja sus consejeros con carácter definitivo, entre los candidatos de los partidos contendientes.

El terrible enemigo de México, D. José de la Concha, sufrió, á poco de haberse encargado de la secretaría de la guerra, un fuerte ataque cerebral, que lo obligó á retirarse de los negocios públicos. Aunque se anunció al principio que tardaria mucho tiempo en volver á encontrarse en estado de despachar los negocios de su departamento, parece que su restablecimiento será ménos tardío de lo que se habia pensado.

El partido progresista, dirigido por Prim y Olózaga, va adquiriendo cada dia mayor importancia. Constituido ya de una manera mas formal, puestos de acuerdo sobre su programa los mas notables de sus sectarios, apoyado por el duque de la Victoria, que se propone salir de su largo retraimiento, recobra así su natural fisonomía, perdida necesariamente en ese engendro monstruoso que usurpó el nombre de union liberal. El partido progresista ha de ir creciendo en número y en poder, porque es en España, como en todas partes, el representante del porvenir, y para su triunfo no se necesita mas que el simple trascurso del tiempo.

En la audiencia de recepcion de Istúriz, el embajador español en Francia, nada hubo de notable, encerrándose los discursos pronunciados por ambas partes en las generalidades propias de esa clase de actos.

La cuestion mexicana ha continuado siendo en el imperio frances el negocio de mayor entidad de la época presente. Hemos visto ya el triste desenlace que tuvo el de Polonia, en el que el complaciente cuerpo legislativo se conformó dócilmente con la voluntad del soberano.

No se desmintió este eterno servilismo en la discusion del presupuesto, en la que entraban de lleno las consideraciones poderosas é incontestables, de los fuertes desembolsos necesarios para la continuacion de una empresa descabellada. Como estaba previsto con toda seguridad, los consejos de la razon, los derechos de una nacion independiente invadida sin causa justificada, y los intereses bien entendidos del pueblo invasor, han vuelto á ser sacrificados por cortesanos sin conciencia, al capricho despótico de Napoleon. Toda la diferencia que ha habido entre esta votacion y las anteriores, consiste en que á los cinco votos, representantes habituales de una oposicion fundada en las desconocidas reglas de la justicia, se han reunido otros tres, separados de la grey que camina siempre bajo la direccion de Billault. Sentimos no saber los nombres de los disidentes, muy recomendables por ese valeroso acto de independencia.

Pero si en las regiones oficiales no encuentra obstáculos la voluntad imperial; si su sistema despótico no permite tampoco la externacion pública de las impugnaciones de su política, el sentimiento nacional busca en cambio respiraderos que le permitan desahogarse, sobreponiéndose así la verdad á las aduladoras declamaciones de los panegiristas de profesion. En periódicos extrangeros, especialmente ingle-

ses y belgas, han visto la luz pública interesantes correspondencias, en que bien á las claras se revela la impopularidad de la guerra de México, emprendida y continuada por miserables fundamentos, de los que ha hecho ya justicia el criterio universal. Los autores de esas correspondencias se lamentan con razon de la falta de justicia con que se ha promovido la contienda; de la tenacidad con que se insiste en sostenerla, una vez averiguadas las falsedades que pudieron al principio servirle de disculpa; de las dificultades cada vez mayores de una empresa que se consideró de fácil ejecucion; del resultado negativo que en definitiva han de tener tantos sacrificios y calamidades. Desgraciadamente esas sentidas quejas se pierden en el bullicio de la adulacion, y no surtirán efecto sino cuando el sufrimiento nacional logre sobreponerse, como lo esperamos, al yugo que inhumanamente lo explota.

Los síntomas del malestar público, encubiertos todavía por la opresion, se van haciendo mas marcados á medida que el término de la expedicion se prolonga. El anuncio de la continuacion del levantamiento anual de cien mil hombres, ha sido recibido con profundo disgusto, como que denota la insistencia de una política agresiva, á la que se sacrifican la sangre y los tesoros de la Francia. El desnivel cada vez mas espantoso de los ingresos y los egresos, desconcierta de todo punto á Fould, cuya renuncia vuelve á presentarse como segura, á consecuencia de la imposibilidad absoluta de realizar los planes formulados en el programa de su nueva entrada al ministerio de hacienda.

A fin de no dar pábulo al descontento, continúa con rigidez extremada la prohibicion de que circulen folletos, periódicos, documentos oficiales y hasta cartas privadas, en que se trate de los negocios de México en términos desfavora-

bles á la política napoleónica. No es ya solo en la misma Francia donde se observa este sistema inquisitorial, establecido tambien en cuantos puntos están sujetos á la obediencia del emperador. Así en Argelia, el gobernador general, que es nada ménos que el mariscal Pellisier, duque de Malakoff, prohíbe bajo penas severas la introduccion de cuantos impresos ó escritos pongan las cosas en su verdadero punto de vista, y se ensaña particularmente con la *Discussion*, diario español, en que nuestra justa causa ha encontrado eloquentes defensores.

De resultas de esa persecucion á la verdad, están siendo ya objeto de pesquisas administrativas y judiciales en Paris, personas á quienes se supone dispuestas á darla á conocer. Nuestro compatriota Rodriguez anda ya en cuestiones con la policía, y debe haber comparecido ante un tribunal. El Sr. Montluc, cónsul general de México en Paris, que en nada ha faltado á sus deberes de frances, que en todos sus actos se ha guiado por un recto espíritu de conciliacion, ha visto allanado su domicilio, cateados sus papeles, desconociendo su carácter. Por ese tenor se están cometiendo tropelías con otros individuos, de los que se sospecha que traen entre manos la defensa de los vulnerados derechos de este pobre país, al que ni oír se deja, por temor de que sus razones pongan en evidencia la iniquidad con que es invadido.

La larga inaccion del general Forey llegó á causar fuerte alarma, así como marcado disgusto en la corte imperial. Atribuyéndose á apatía personal la demora de sus operaciones, se pensó nombrarle un sustituto, que debia ser el mariscal Niel. Segun otras noticias, la lentitud del gefe expedicionario vino á corroborar los datos anteriores, relativos á las dificultades de la empresa. Hubo entonces junta de mariscales, en la que se asegura que se convino en la necesidad

de aumentar el ejército francés hasta el completo de cien mil hombres. Se discutió por último sobre la disyuntiva de tratar con Juárez despues de la toma de Puebla, ó de establecer allí un gobierno intervencionista, en vez de esperar para formarlo á la ocupacion de la capital.

Siendo los puntos referidos reservados por su naturaleza, no puede haber seguridad de su exactitud. Es necesario, sin embargo, mencionarlos, por haber venido consignados en periódicos ó correspondencias europeas, que á mas de merecer crédito por la veracidad y buenos datos de sus autores, tienen visos marcados de verosimilitud. Empero, los hechos están desmintiéndolos.

Puebla ha caido en poder del ejército francés, sin que hasta ahora se realice ninguno de los extremos de la disyuntiva propuesta. Forey no ha sido relevado: Saligny no vuelve á figurar en primer término: no se mandan nuevos refuerzos. Ya que las noticias recibidas no se confirman, esperemos el curso de los acontecimientos para saber á punto fijo á qué atenernos, teniendo en cuenta á la vez que los últimos sucesos pueden modificar sustancialmente las instrucciones anteriores, y dar giro nuevo á las que se manden cuando sean conocidos.

La firme resolucion en que está la república mexicana de seguir defendiendo á todo trance su soberanía, ha seguido manifestándose con la no interrumpida reproduccion de los actos que así lo demuestran de una manera práctica. En todas las poblaciones se sigue colectando donativos; de diversos puntos vienen nuevos refuerzos de tropas, y se continúa el levantamiento de otras, cuya organizacion se procura con empeño; los hospitales de sangre están atendidos en esta capital con singular esmero por señoras de las familias mas distinguidas, que no se desdennan de asistir personal-

mente á los soldados heridos en defensa de la patria. Si el emperador Napoleon tuviera conocimiento de estos interesantes pormenores, acabaria de cerciorarse de que los buenos hijos de México, sin distincion de sexo, edad ni fortuna, trabajan cada cual en su linea en contrariar la invasion francesa.

Algunas nuevas protestas en contra de la intervencion ha habido por parte de individuos que habian sido reducidos á prision como partidarios del extranjero, ó de notabilidades conservadoras, sobre las que pesaba la misma sospecha. De las manifestaciones hechas en sentido patriótico, la que encierra mas sinceridad es indudablemente la de D. Luis G. Cuevas, que ya muy de antemano, cuando no podia suponersele guiado por motivos de temor, habia negado espontáneamente todo participio en los proyectos intervencionistas. La continuacion de la contienda pondrá por necesidad de manifesto, como está sucediendo ya en Puebla, quiénes son los hipócritas que tienen una cosa en los labios y otra en el corazon.

La celebracion del 5 de Mayo ha dado lugar á nuevas y entusiastas demostraciones del amor del pueblo mexicano á su independencia, defendida con tanto brío como felicidad en aquel dia memorable. La república entera se ha esmerado en solemnizar con acendrado patriotismo el fausto aniversario de la victoria alcanzada sobre el primer cuerpo expedicionario francés. Al segundo debe servir de leccion ese entusiasmo popular con que se patentiza la decision nacional en contra de la intervencion, únicamente apetecida de una escasa minoría de traidores.

Ni son los actos de los invasores propios en verdad para disminuir el odio con que es vista la empresa que se les ha encomendado. A los abusos reseñados con anterioridad

vienen á agregarse otros nuevos, como por ejemplo el del robo de los cuadros de reconocido mérito, que remiten á Francia como si fueran de su propiedad. No sabemos si esas valiosas pinturas irán á fijarse en los museos públicos como frutos del derecho de conquista, á imitación de Napoleón I, que despojó de sus obras maestras á todas las capitales europeas y á otras ciudades de importancia, ó si en lo particular se declararán dueños de lo ajeno algunos gefes de la escuela del mariscal Soult, á cuya casa fueron á parar los más exquisitos trabajos de los pintores españoles.

En el teatro de la guerra las fuerzas del coronel Milan, comandante militar del Estado de Veracruz, obtuvieron un triunfo sobre una compañía de la legion extranjera, recién llegada al país entre los refuerzos mandados al ejército frances. En su tránsito para incorporarse á éste fueron atacados sesenta soldados en el Camaron, y despues de una desesperada defensa, en la que se obstinaron por la creencia de que se batian con guerrilleros que no les darian cuartel, tuvieron que rendirse los pocos que sobrevivieron entre los que casi ninguno dejaba de estar herido. Esos prisioneros fueron tratados con la humanidad empleada con todos, y así lo ha publicado uno de ellos en una carta dirigida á su coronel.

Hasta principios de este mes se tuvo aquí conocimiento de los pormenores de los combates habidos en Puebla el 24 y 25 de Abril, en los que tan bien puestas quedaron nuestras armas. El ataque de la calle de Pitimín, y sobre todo el de la huerta de Santa Inés, rechazados con extraordinario arrojo, son brillantes episodios que harian honor á cualquier ejército del mundo. El valiente coronel Auza no pereció como se habia creído cuando se recibió el primer parte: quedó solamente contuso, y se encuentra ya en estado de convale-

cencia. Quien sí murió fué el malogrado comandante de batallon del 3º de Zacatecas, C. Mateo Salas, saliendo heridos muchos oficiales. Nuestra pérdida fué considerable, aunque muy inferior á la del enemigo.

Los triunfos alcanzados en la gloriosa defensa de la ciudad sitiada, encubrian un gravísimo mal que tenia alarmados á cuantos estaban al tanto de su existencia. Los víveres y municiones de nuestro ejército estaban ya á punto de agotarse. Carecemos de los datos necesarios para saber sobre quién deba pesar la responsabilidad de semejante estado de cosas, que venia á inutilizar los mas heróicos esfuerzos.

El 29 de Abril anunció el general en jefe del ejército de Oriente al del Centro, que no teniendo absolutamente víveres ni de donde sacarlos, habia llegado el caso de romper el sitio, arrollando dos campamentos del enemigo, para lo cual leontaba con la fuerza suficiente. Se indicaba el dia 2 del corriente mes para la salida, que debia ser protegida por el ejército de observacion.

Trasmitidas estas noticias por extraordinario al supremo gobierno, impuso éste como primera y urgentísima obligacion al general Comonfort, la de introducir á la plaza los artículos de que tenia tanta necesidad. Para el caso de que se frustrase esta operacion, se le prevenia que protegiera con sus tropas de su mando la salida de los sitiados, y que en caso necesario se librara una batalla campal.

A fin de expeditar la ejecucion de sus órdenes, se dirigió el presidente de la república, en union de de los ministros de relaciones y guerra, al campamento de Comonfort. Allí se insistió que se llevara adelante lo mandado, no obstante los riesgos y dificultades de la empresa.

El gobierno obró á nuestro juicio con patriotismo, apoyándose en sólidas razones. Despues de una defensa tan

heróica como la de Zaragoza, era lamentable perder la plaza, no por la fuerza de las armas, sino por la falta de provisiones. Peligrosa y aventurada como era la operacion, valia la pena de exponerse á los azares de la guerra por un resultado que habria puesto á los franceses en la necesidad de levantar el sitio. Antes de permitir que cayera en poder del enemigo la segunda ciudad de la república, se debia hacer un esfuerzo supremo para salvarla. El mal éxito de la tentativa no sirve de argumento contra su prescripcion, á no ser que estuviera demostrado que habia de degradingarse indefectiblemente, lo cual no es cierto.

Acordada definitivamente la operacion, se trató desde luego de ejecutarla. El plan concebido por el general Comonfort, y aprobado por el general Gonzalez Ortega, consistia en llevar el convoy por el pueblo de San Pablo del Monte, sosteniendo uno ó mas combates con el ejército frances, en los cuales el del Centro debia ser auxiliado por cinco ó seis mil hombres del de Oriente.

El movimiento se emprendió rumbo á Santa Ines Zacateleo, donde se pernoctó el dia 4, despues de una marcha penosísima. El general Comonfort habia mandado de antemano abrir un camino que conducia á San Pablo del Monte; pero á mas de que el enemigo habia destruido los puentes construidos, abierto zanjas y obstruido el paso con árboles, tenia reunida una gran fuerza esperando la llegada del convoy. Estos graves incidentes hicieron cambiar el plan adoptado, y tomándose el camino recto de Puebla, se ocupó el cerro de San Lorenzo para que sirviera de base á las operaciones que se iban á ejecutar.

En frente de San Lorenzo queda otro cerro llamado de la Cruz, estando ambos separados por la Barranca-Honda, que desemboca en el rio Atoyac. Distanto el segundo mé-

nos de una legua del fuerte de Santa Anita, la comunicacion de Puebla quedaba abierta con la ocupacion permanente de aquel punto, para la cual habia que tomarlo á viva fuerza.

San Lorenzo fué ocupado por la primera division del ejército del Centro, quedando las demas escalonadas para auxiliarla oportunamente. El dia 6 se estuvieron batiendo las tropas mexicanas con las francesas, consiguiéndose algunas ventajas por nuestra parte, y conservando unas y otras sus respectivas posiciones. El 7 se tomaron las disposiciones convenientes para el ataque general del cerro de la Cruz, siendo la principal flanquearlo por su derecha.

Esta hábil combinacion hubiera surtido probablemente el efecto deseado, si el enemigo no se hubiera anticipado al movimiento de nuestras fuerzas, tomando la iniciativa en vez de esperar á ser atacado.

En la madrugada del dia 8 se desprendieron del cerro de la Cruz cuatro columnas francesas sobre San Lorenzo, donde se resistió el asalto. En la defensa se distinguieron los coroneles Montenegro, Rojas y López, de los cuales el primero cayó en poder del enemigo; el segundo logró abrirse paso, salvando la bandera de su cuerpo; y el tercero sucumbió en union de muchos de sus soldados, despues de haber hecho prodigios de valor. El general Echeagaray, gefe de la division atacada, salió ligeramente herido, y la accion se perdió. El general Comonfort trató de restablecer el combate. Gracias á su denuedo, á su serenidad, á la impresion causada por la vista de su caballo herido, logró ordenar la retirada, impidiendo que se convirtiera en un desastre completo, como fácilmente hubiera podido suceder.

Contenido el enemigo con el marcial continente de nuestras tropas formadas en batalla, suspendió sus movimientos, con lo cual pudieron ya aquellas retirarse en buen orden á

Tlaxcala, de donde se dirigieron despues á San Martin Texmelucan. El general Garza, situado en Ocotlan, se replegó á la hacienda de San Bartolo para no ser cortado.

Nuestra pérdida entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, ascendió á cerca de dos mil hombres. En poder del enemigo cayeron ocho piezas de artillería y una parte del convoy destinado á la plaza.

El revés sufrido no habria sido de grande importancia, á no haber hecho imposible la introduccion de municiones y víveres á Zaragoza, que así quedaba reducida á la impotencia de seguirse defendiendo, por carecer de esos artículos de primera necesidad.

Pocos dias despues renunció el general Comonfort el mando del ejército del Centro. Admitida la renuncia, fué nombrado para esa importante comision el general Garza. Despues de la catástrofe de Puebla, el ejército se ha retirado á esta capital, donde descansa de sus fatigas pasadas, en espera de los nuevos combates á que se apresta para defender la independencian nacional.

Esta corre hoy nuevos peligros, por haber sucumbido la ciudad ilustre que habia estado conteniendo el impulso del invasor, y de cuya caida vamos á ocuparnos, relatando á la vez los sucesos que la precedieron.

Los franceses, sabedores sin duda del triste estado que guardaban los sitiados, condenados á perder la plaza si no recibian provisiones de boca y guerra, suspendieron los ataques en que tan mal librados habian salido siempre, y se limitaron á impedir la introduccion de los efectos que debian servir para prolongar la defensa.

Celebróse entretanto por los generales en jefe de ambos ejércitos una convencion para el cange de los prisioneros de una y otra parte. En ese arreglo se estipuló que los

oficiales serian cangeados grado por grado, y hombre por hombre, y de sargento abajo hombre por hombre sin distincion de grado. Los heridos quedaron comprendidos en la estipulacion, para ser remitidos luego que lo permitiera el estado de su salud.

Al efectuarse el cange, resultaron sobrando veintiseis soldados franceses, que fueron enviados graciosamente á su campamento. El general Forey, en una cortés carta del dia 6, dió las gracias por ese acto espontáneo, y en cuenta de los que habia recibido de mas, mandó veintiun prisioneros mexicanos de las tropas de Comonfort. El general Ortega contestó á su turno en términos urbanos.

El 9 le dirigió otra nota el gefe enemigo, para comunicarle el desastre del ejército del centro, que hacia consistir en mil hombres muertos ó heridos, otros mil prisioneros, ocho piezas de artillería, tres banderas, once guiones, veinte carros cargados, euatrocientas mulas, carneros y armas. Advirtió que entraba en estas explicaciones, para evitar el engaño de los diarios mexicanos, que disfrazan la verdad de la manera mas escandalosa. Fundó ademas en la mencionada funcion de armas, la esperanza de que contribuiria á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer en las leales intenciones de la Francia, encaminadas á concurrir con los hombres sensatos de México, á establecer el órden y la libertad en este desgraciado país, arruinado y desolado por la guerra civil. Y remitió los siete prisioneros que debia para el completo de los recibidos en su campamento de antemano.

Forma en este último punto contraste, la liberalidad con que el general Ortega puso en libertad hasta el último prisionero frances, y la mezquindad con que Forey se limitó á enviar los veintiocho soldados de que se conside-

sin mengua del decoro se aceptaran las condiciones de práctica universal en casos semejantes. En el sitio, de duración igual al segundo de la Zaragoza situada á las márgenes del Ebro, habian abundado hazañas merecedoras de eterna remembranza. Cuando está ya á salvo el honor militar, se busca en una capitulación honrosa la concesión de garantías personales para una guarnición obligada á rendirse. Estaba reservado á los soldados mexicanos, despues de haberse batido con heroicidad, dar el insigne ejemplo de una abnegación patriótica, que les hizo olvidarse de sí mismos, para que fuera ménos fructuoso el accidental triunfo del enemigo extranjero. La caída de Puebla, corona espléndida de un triunfo memorable, será en la historia de México una página escrita con diamantes.

La ciudad altiva, ocupada, pero no tomada; rendida, pero no vencida, vió entrar por sus calles á los soldados del emperador, en unión de los traidores, que fueron apedreados sin que lo impidieran sus aliados, de quienes son vistos con merecido desprecio.

Los prisioneros fueron tratados al principio con las consideraciones debidas á sus gloriosos hechos, no empleándose el rigor sino cuando dieron nuevas pruebas de una entereza indomable. Como no hubo capitulación, ni habian contraído compromiso de ninguna clase, se quiso inutilizar sus servicios haciéndolos firmar una protesta, en la que se obligaran bajo su palabra de honor á no salir de los límites de la residencia que se les asignara; á no mezclarse por escrito ó de obra en la guerra ni en la política por todo el tiempo que permaneciesen prisioneros de guerra; y á no tener correspondencia con sus familias y amigos sin previo conocimiento de la autoridad francesa.

Luego que fueron conocidas estas proposiciones, una voz

unánime, como salida de un solo pecho, la voz de mil cuatrocientos ameritados mexicanos, las rechazó con desden. Los generales presentes hicieron constar ademas por escrito su renuencia á firmar, tanto por prohibirles las leyes de la guerra aceptar compromisos que menoscabaran la dignidad del honor militar, como por prohibírselo tambien sus conciencias y opiniones particulares.

Este segundo rasgo de desprendimiento vino á renovar la seguridad de que la decisión fría y tranquila adoptada desde un principio, era de todo punto inalterable. De nuevo se entregaron nuestros valientes á merced del enemigo, sin admitir para sus personas garantías que pugnasen con sus deberes de ciudadanos y de militares. La lección repetida ha sido mas heroica y mas saludable.

Irritado sin duda de tanta firmeza el general enemigo, tomó entónces la determinación de sacar á los recalcitrantes rumbo á Orizava y Veracruz. ¿Qué se propone hacer con ellos? Si en virtud de la resistencia que han mostrado, piensa conservarlos en prisión segura, para que no vuelvan á empuñar las armas en su contra, como han protestado hacerlo, está en su derecho ciertamente. Pero si va á mandarlos á la Martinica, segun se ha anunciado ya, cometerá un acto de barbarie. La falta de capitulación y de cualquier convenio mutuo posterior, no priva á nuestros prisioneros de las garantías que les otorga el derecho de la guerra. En las acciones campales, en las que por lo comun no media estipulación alguna, los militares que caen despues de la derrota en poder del vencedor, están amparados por las prácticas humanitarias de las naciones civilizadas. La dureza de los tiempos antiguos comenzó á templarse con la reducción á la esclavitud de los prisioneros de guerra: hoy su pena está reducida á impedirles que vuelvan á hostilizar al que se ha he-

cho dueño de sus personas. Cuando á ello no se prestan de buena voluntad, hay autorizacion para ponerlos á buen recaudo. Hasta aquí llega lo lícito: lo demas es atentatorio.

La falta de compromisos por parte de los prisioneros de Zaragoza, los ha puesto en aptitud de escaparse, para seguir prestando sus importantes servicios en la presente guerra de independencia. Así lo han efectuado ya muchos de los gefes y oficiales y aun algunos de los generales, habiendo llegado de estos á la capital los CC. Berriozábal, Diaz, Negrete y Régules. El primero, previa licencia de la cámara en que habia entrado á funcionar como diputado, se ha encargado del ministerio de la guerra, vacante por renuncia del general Blanco: los otros han sido ya, ó serán próximamente colocados en puestos dignos de sus antecedentes.

De los oficiales que han recuperado su libertad, unos ochenta la lograron en la hacienda de los Alamos, salidos ya de Puebla, echándose sobre la fuerza que los custodiaba. En este acto de arrojo perecieron dos ó tres de ellos.

Al sacarlos en union de sus compañeros, se les ha llevado á pié y entre filas. Habiéndose negado á recibir el socorro que se les ofreció de la caja francesa, van caminando sin recursos. Es dudoso que les lleguen los que les ha mandado el supremo gobierno, cuidadoso como siempre de atender á los esforzados defensores de los derechos de la nacion.

Los generales han salido en coche. La opinion mas generalizada es que se les conducirá á Francia hasta la conclusion de la guerra.

De los soldados prisioneros, se cuenta que se ha empleado á dos mil en destruir las fortificaciones de Puebla, y mandado tres mil á trabajar en el ferrocarril de Veracruz, lo cual equivaldrá á una sentencia de muerte. Este será un nuevo abuso de la fuerza sin justificacion posible.

Miéntras los buenos mexicanos caminan así al destierro y tal vez al sepulcro, vuelven á Puebla los simpatizadores de la *parte sana* á humillarse ante los franceses. El clero recobra sus ropas talares; los frailes andan de hábito; las monjas intentan regresar á sus conventos; los canónigos entregan las llaves de la Catedral á Forey y le entonan un sacrílego *Te Deum*, para demostrar que no ha acabado todavía la familia del obispo D. Opas. Los mayordomos de los exclaustrados de ambos sexos, dando por restablecido todo el antiguo régimen, reclaman la propiedad de los bienes de cuya administracion sacan tan pingües beneficios; pero en esta parte tropiezan con la resistencia de los invasores, que declaran hechos consumados é inalterables los de la desamortizacion.

El gobierno supremo, que se habia abstenido de decretar la expulsion de los franceses miéntras no la consideró oportuna, la acordó luego que se tuvo noticia de lo ocurrido en Puebla. Hechas las excepciones convenientes en favor de quienes las merecian, el decreto se está cumpliendo con los demas.

El congreso ha otorgado al invicto ejército de Oriente recompensas que simbolizen la gratitud nacional.

La cuestion de facultades omnímodas ha sido por fin resuelta, despues de un largo y animado debate. La oposicion se empeñó en negar la atribucion de ratificar tratados, pero fué vencida, quedando el gobierno con las mismas autorizaciones que ántes, sin mas restriccion que la de no aceptar intervencion extranjera.

La nacion mexicana se prepara á continuar, sin tregua, sin descanso, con patriotismo, con heroicidad, la guerra que se encapricha en hacerle el déspota coronado de la Francia. Léjos de que las desgracias sufridas en este mes la acobar-

den, servirán por el contrario para levantar el espíritu público con la contemplacion del sublime ejemplo dado por la vanguardia armada del país. Así, aun despues de disuelto, seguirá sirviendo á la causa de la patria ese inmortal ejército de Oriente, del que gentes propias y extrañas dirán en la actitud del mas profundo respeto: *¡ Honor al valor desgraciado!*

FIN DEL TOMO I.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PÁGS.
Introduccion.....	III
La nota de los comisarios franceses.....	1
La cuestion extranjera.....	11
Idem.....	21
Idem.....	35
Idem.....	51
Refutacion del discurso pronunciado por M. Billault, ministro sin cartera, en el cuerpo legislativo frances, sobre la política del emperador en México.....	65
La cuestion extranjera.....	119
El negocio Jecker.....	147
La cuestion extranjera.....	157
Correspondencia interceptada.....	177
La cuestion extranjera.....	187
Idem.....	209
Idem.....	247
Discusion en el senado español sobre los negocios de México.....	269
Instrucciones de Napoleon á Forey.....	315
La cuestion extranjera.....	323
Discusion habida en el congreso de los diputados de España sobre los asuntos de México...	363
La cuestion extranjera.....	413
Discusion en el cuerpo legislativo frances sobre los asuntos de México.....	439
La cuestion extranjera.....	493
Idem.....	517

den, servirán por el contrario para levantar el espíritu público con la contemplacion del sublime ejemplo dado por la vanguardia armada del país. Así, aun despues de disuelto, seguirá sirviendo á la causa de la patria ese inmortal ejército de Oriente, del que gentes propias y extrañas dirán en la actitud del mas profundo respeto: *¡ Honor al valor desgraciado!*

FIN DEL TOMO 1.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PÁGS.
Introduccion.....	III
La nota de los comisarios franceses.....	1
La cuestion extranjera.....	11
Idem.....	21
Idem.....	35
Idem.....	51
Refutacion del discurso pronunciado por M. Billault, ministro sin cartera, en el cuerpo legislativo frances, sobre la política del emperador en México.....	65
La cuestion extranjera.....	119
El negocio Jecker.....	147
La cuestion extranjera.....	157
Correspondencia interceptada.....	177
La cuestion extranjera.....	187
Idem.....	209
Idem.....	247
Discusion en el senado español sobre los negocios de México.....	269
Instrucciones de Napoleon á Forey.....	315
La cuestion extranjera.....	323
Discusion habida en el congreso de los diputados de España sobre los asuntos de México...	363
La cuestion extranjera.....	413
Discusion en el cuerpo legislativo frances sobre los asuntos de México.....	439
La cuestion extranjera.....	493
Idem.....	517

UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA NOTA

DE

LOS COMISARIOS FRANCESES.

Aunque la opinion pública ha hecho desde luego justicia de la famosa comunicacion de los plenipotenciarios de S. M. Napoleon III; y aunque nuestro Ministro de Relaciones ha rebatido en términos dignos é incontestables los pueriles fundamentos en que esa nota se apoya, preciso es que la prensa no la deje pasar sin comentarios, tanto por ser hoy el documento que presenta mas interes de actualidad, cuanto para entrar en ciertas apreciaciones, que no son permitidas en las regiones oficiales. Vamos, pues, á emitir sobre tan importante asunto, las observaciones que nos ocurren.

Los Sres. Saligny y Jurién, se han negado redondamente á acceder á la peticion del Gobierno mexicano, relativa al alejamiento de Almonte; y para fundar su negativa, cuentan la historia de la venida á México del desnaturalizado hijo de Morelos.

Segun esa relacion, cuando salió de Francia el renegado, daba por seguro el gobierno del emperador que esta-

ban ya rotas las hostilidades entre el ejército frances y el mexicano. Si tal fué efectivamente la base de que partió el gabinete de las Tullerías, no se comprende cómo sus representantes en México, para quienes era notorio que los hechos no correspondian á semejante creencia, han juzgado aplicables resoluciones que nacia de un concepto falso, á una situacion enteramente diversa. En efecto, en vez de la ruptura de las hostilidades, habia habido un convenio previo en que se habia accedido á la pretension de los aliados, concerniente á sacar á sus tropas de la zona del vómito: se estaba en vísperas de abrirse nuevas conferencias, encaminadas á la celebracion de un tratado definitivo; se contaba, en fin, con la solemne promesa de México, de pasar por todas las reclamaciones que se le hicieran, con tal de que estuviesen fundadas en justicia. Lo natural, lo equitativo, lo debido en tales circunstancias, era entrar en arreglos para ver si se llevaba á ejecucion lo prometido; y solamente en el caso de que se hubiera desvanecido toda esperanza de llegar á una solucion pacífica, habria sido permitido envolver á dos naciones en las calamidades de una guerra, extremo á que nunca es lícito apelar sino bajo el imperio de una necesidad indeclinable. Y aun cuando no hubieran mediado antecedentes tan atendibles, habria sido siempre obligatorio para los comisionados franceses, esperar las nuevas instrucciones que les mandara su gobierno en vista de los preliminares de la Soledad, que presentaban la cuestion mexicana bajo un aspecto muy distinto del de la guerra abierta, que se daba en Paris por existente. Ha habido, pues, una ligereza indisculpable en la conducta observada por Jurien y Saligny.

La venida de Almonte ha tenido por objeto, segun las

intenciones del gobierno frances, traer á sus compatriotas palabras de conciliacion, hacerles comprender el fin enteramente benévolo de la intervencion europea, desempeñar una mision de paz, á la que lo habian preparado bien sus honrosos antecedentes, su extremada moderacion, y la estimacion de que no ha dejado de gozar, tanto en México, como en las diversas cortes extranjeras en que ha representado á su país.

Muy vehementes, muy fundadas son las sospechas que abrigo ya México de que el gobierno del emperador, obrando con una falsía indigna por cierto del representante de una gran nacion, trata bajo de cuerda de someterlos al yugo de un príncipe extranjero, á la vez que oficialmente niega su intervencion en el proyecto. Pero si esas sospechas carecen de fundamento; si la mision ostensible de Almonte es real y verdadera, escasísima perspicacia ha sido entónces la de ese profundo político que se llama Napoleon III, al pretender apagar un incendio con aceite hirviendo. O el emperador ha olvidado ya sucesos de ayer, ó ha sido muy iluso al figurarse que uno de los principales corifeos del partido que acaba de ser vencido en México, que el signatario de un tratado reprobado pública y solemnemente, que el hombre proscrito por las leyes de su país, era á propósito para servir de nuncio de paz y de concordia. Si la Francia se encontrara hoy en circunstancias análogas á las de México, seria una amarga burla, cuando no un insulto premeditado, mandar mentidas palabras de conciliacion con algun agente del duque de Burdeos ó del conde de Paris.

Ya vemos por otra parte, cuán honrosamente ha desempeñado Almonte la mision que se le confió. Sus palabras de conciliacion se han convertido en proclamas in-

cendiarias, en tentativas de seducción para provocar asonadas militares por el estilo de las que ha regentado tantas veces: su mision de paz no ha sido otra que conspirar contra el Gobierno constituido, contra las instituciones vigentes; su conducta no ha tenido mas mira que la de realizar el pensamiento traidor de subir al poder bajo el amparo de las bayonetas extranjeras. Sus tendencias, sus planes, sus conspiraciones, su traicion, se han revelado en hechos públicos, en documentos fehacientes de que han tenido pleno conocimiento los comisarios franceses, despues de lo cual, asombra el cinismo con que se asevera lo contrario.

Los honrosos antecedentes de Almonte están en perfecta consonancia con sus actos presentes: su moderacion es tan extremada, que lleva ya muchos años de ser aspirante perpetuo á la presidencia, sin la que se ha quedado, á pesar de haber empleado por conseguirla toda clase de medios, hasta venir á parar en el de la traicion. En cuanto á la estimacion de que disfrute en las cortes extranjeras, no tenemos datos para valorizarla mas que respecto de la francesa, en la que son bien conocidos los arbitrios con que la ha alcanzado; y por lo que respecta á la que goza en México, de ella dan claro y elocuente testimonio los dos hechos notabilísimos de que ni la aldea mas miserable haya aceptado su descabellado plan, y de que ese hombre se vea obligado á vivir en su propio país, dentro del estrecho recinto de un campamento extranjero, del que no se atreve á separarse un solo paso.

Demos empero por exactas las falsas aseveraciones de los plenipotenciarios de S. M. el emperador; supongamos que Almonte es el *non plus ultra* de la perfeccion humana; creamos como el Evangelio que se le ha enviado á

una mision pacífica y que él la desempeña cumplidamente; convengamos, por último, en que ni sombra de derecho, ni pizca de razon asiste al Gobierno mexicano, para pedir que un traidor no resida en el territorio que no ha dejado de ser mexicano ni de estar sujeto á las leyes del país, por haber abierto sus puertas hospitalarias á fuerzas extranjeras. Aun bajo esa serie de supuestos, ¿seria permitido á los representantes de la Francia convertir en *casus belli* la pretension á que se han negado á acceder? Hasta aquí habiamos creído nosotros que la guerra, esa plaga social que es la última razon de los reyes y de los pueblos, debia reservarse para el caso extremo de negarse abiertamente una nacion á hacer justicia á las fundadas reclamaciones de otra. Ahora vemos que viviamos engañados, y que basta el interes mezquino de la proteccion otorgada á un criminal sujeto á los tribunales de su patria, para que á la voz de la razon se sustituya el ronco estallido de los cañones.

A los elogios tan exagerados como inmerecidos de ese hombre, "extraño á las pasiones de los partidos, é investido de la confianza de uno de los gobiernos aliados," agregan los comisarios franceses los mas graves insultos al Gobierno mexicano.

Acúsalo en primer lugar de que renueva los edictos de proscripcion que tan tristemente recuerdan los dias mas aciagos de las revoluciones europeas. ¿Cuáles son esos edictos? Léjos de que existan, lo que ocupa su lugar es una ley de amnistía, tan amplia, tan generosa, que á su sombra se han relegado al olvido aberraciones, faltas y delitos, que bien merecian un castigo severo. Únicamente han quedado exceptuados de ese perdon general unos cuantos criminales, sobre cuyos actos pesaba en ta-

les términos la execracion nacional, que su impunidad habria sido el colmo del escándalo. ¿Y esto es lo, que se tiene la audacia de comparar con lo ocurrido en los dias mas aciagos de las revoluciones europeas? ¡Ah! si las revoluciones europeas se hubieran limitado en esos dias á designar castigos para media docena de traidores, no serian como son, un ejemplo terrible de los descarríos de que es capaz la fragilidad humana.

Dícese que la vida de Almonte estaba amenazada hasta en Veracruz: ¿encerrarán estas palabras una páfida acusacion de tentativas de asesinato? No lo sabemos; pero sí podremos afirmar, que México en ningun caso se valdrá del puñal de un asesino, ni aun contra sus hijos mas culpables, para cuyo castigo se valdrá, como únicos arbitrios, de sus leyes y de sus tribunales.

Jáctanse los Sres. Jurien y Saligny de que el pabellon frances ha abrigado ya á muchos proscriptos, y de que no hay ejemplo de que una vez concedida su proteccion, haya sido retirada á los que la han obtenido. Contra esto tenemos que decir, que por lo mismo que es tan glorioso el pabellon frances, deberian cuidar mucho los que lo llevan, de no abrigar bajo sus pliegues á renegados y traidores, y que sin retirar su proteccion á Almonte, una vez que ya se le habia concedido, pudieron y debieron no haber llevado esa proteccion hasta el extremo injustificable de convertirla en causa de una ruptura con la República mexicana.

Siguiendo los comisarios su sistema de acusaciones, aseguran que han registrado, desde el dia en que se concluyó la convencion de la Soledad, nuevas vejaciones cometidas contra sus nacionales. En documentos de tan alta importancia como la nota en que se consignan estos

conceptos, en vez de frases vagas se debió expresar nominalmente quiénes han sido víctimas de las nuevas vejaciones, y cuáles han sido estas. Formular cargos al aire, no es noble ni decoroso. El Gobierno mexicano ha negado la verdad de semejante aserto, cuya prueba toca á los que lo han vertido. Aun suponiéndolo cierto, lo que en tal caso debia hacerse era reclamar contra los atentados cometidos, reservando el rompimiento para el evento de que no fuesen atendidas las reclamaciones. Tampoco ese motivo fútil puede justificar la conducta extraña é inconcebible de los plenipotenciarios franceses.

Otro tanto dirémos de la solapada indirecta que emplean, sobre haberse adoptado, bajo sus ojos, medidas violentas con la mira de sofocar los votos del país y de la verdadera opinion pública, para alucinar á la Europa y hacerle aceptar el triunfo de una minoría opresiva, como el único elemento de órden y de reorganizacion que se pudiera todavía encontrar en México. Estos conceptos se corroboran á los pocos renglones, en que manifiestan los comisarios el temor farisaico de no querer volverse involuntariamente cómplices de la compresion moral, bajo la que gime en el dia la gran mayoría del pueblo mexicano.

No parece sino que la venida de Almonte ha sido para los Sres. Saligny y Jurien una revelacion de lo alto de los cielos, que ha batido las cataratas de sus ojos. Antes de esa venida, no tuvieron embarazo en reconocer al Gobierno, que se ha convertido ahora en representante de una minoría opresiva, ni pusieron dificultad alguna en tratar con los que ejercen la compresion moral que hace gemir á la gran mayoría de los mexicanos. Cuando en el corto intervalo de poco mas de un mes, se ejecutan actos

tan abiertamente contradictorios, poca fé puede tenerse en la imparcialidad y en el buen juicio de sus autores.

Esa parte de la nota parece redactada por el mismo Almonte; idéntico es el lenguaje que se emplea en los círculos conservadores. En balde hablan los hechos con una elocuencia bien expresiva. Mil y mil poblaciones hay en que no se ejerce ni se puede ejercer opresion alguna, y sin embargo, es patente, como ántes decíamos, que ni el poblacho de ménos importancia se ha declarado en favor de una causa definitivamente vencida. Para ver lo contrario, se necesita el prisma de animosidad y malevolencia que usa Mr. de Saligny respecto de todo lo de México.

Pero lo mas grave de la cuestion en esta parte, no es ni la contradiccion inexplicable en que han incurrido los plenipotenciarios franceses, ni la indisculpable tergiversacion de los acontecimientos, sino la infraccion clara é innegable del principio de no intervencion, base en que descansan las sociedades modernas. Ese principio sacrosanto, consignado respecto de México en la convencion de Lóndres, preconizado en la proclama de los aliados expedida en Veracruz, reproducido en los preliminares de la Soledad, repetido constantemente en documentos oficiales, periódicos y cartas; ese principio sacrosanto ha sido desconocido, hecho trizas, en la comunicacion de Saligny y de la Gravière. Luego que un poder extranjero, y mas si viene con las armas en la mano, se quiere meter á decidir si el gobierno de un país representa á la mayoría ó á la minoría; luego que por sí y ante sí declara que ese gobierno es opresor, asoma su cabeza monstruosa la intervencion mas descarada. De hoy en mas tendríamos que ocurrir al Sr. de Saligny, para que se sirva explicarnos cuál es en México la voluntad nacional.

Por los miserables fundamentos que consignados quedan, y á nuestro entender superabundantemente refutados, estamos en la actualidad á punto de entrar en guerra con la Francia, con esa nacion, respecto de la cual no hay ningun motivo serio de desavenencia, con ese pueblo al que nos ligan tantas simpatías, cuya gloria admiramos tanto, cuya literatura estudiamos con tanto afan, cuyos hijos, residentes en México, miramos como amigos y como hermanos. Y todo ¿por qué? Porque por desgracia de ambos países vino de ministro del emperador, un hombre en cuyos actos han influido pasiones bastardas y móviles poco dignos.

Esperamos todavía que tenga remedio la deplorable situacion que guardan en estos momentos nuestras relaciones con la Francia. La conducta de los comisarios de esta nacion, forma contraste con la noble y patriótica de los comisarios inglés y español. La colonia francesa reprueba en su mayor parte los actos de su ministro. No es improbable que el gobierno imperial, mejor instruido de los hechos, libre de la influencia de informes falsos y apasionados, desapruébe la injusta resolucion de sus representantes, los destituya y vuelva á colocar la cuestion en el terreno pacífico de que no ha debido salir.

Pero si así no fuere; si la fuerza de los acontecimientos que se trata de precipitar, ó bien el plan definitivo del gobierno frances de intervenir en nuestro régimen interior, hiciere inevitable un rompimiento, entónces, despues de apurar como lo hemos hecho, el sistema de la conciliacion y de las concesiones, decidámonos con energía á repeler la fuerza con la fuerza, y comprobemos con un nuevo ejemplo histórico, la eterna verdad de que no se atenta impunemente contra la independenciam de un pueblo que quiere conservar su autonomía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CUESTION EXTRANJERA.

México, Abril 26 de 1862.

Han sido tan graves, tan inopinadas y tan repetidas, las peripecias que en el corto espacio de veinte dias ha presentado la cuestion extranjera, que bien merecen quedar consignadas en una breve reseña, en que resalten sus mas curiosos pormenores.

Todo, á principios del mes, anunciaba un desenlace pacífico de las complicadas dificultades que habian venido á interrumpir nuestras relaciones amistosas con la Francia, la Inglaterra y la España. La conducta observada por el Gobierno mexicano en una crisis tan peligrosa, ha estado marcada con el sello de una circunspeccion admirable, con la cual ha evitado que pueda formularse en su contra un solo cargo racional y justo. A pesar de haberse ocupado militarmente el primer puerto de la República, no exigió, como habria tenido derecho de hacerlo, su previa desocupacion para entrar en pláticas de paz. No contento con esto, consintió en inutilizar las fortificaciones del Chiquihuite, abriendo á fuerzas extranjeras el camino de la capital, dándoles hospitalidad en tres ciudades de que hizo salir á sus propias tropas, y entre las que se cuenta Tehuacan, reputado por los

inteligentes como uno de los dos puntos estratégicos mas importantes del país. Al obrar así, no llevó mas mira que la de acceder á la pretension de los comisarios, que querian sustraer á sus soldados de la influencia mortífera del clima de nuestras costas, y prescindió generosamente de ese auxilio formidable con que cuenta México contra todo ejército invasor. Y respecto á las reclamaciones pendientes, ofreció hacer pronta y cumplida justicia, reservando su oposicion únicamente para aquellas que fueran incompatibles con el honor y la dignidad de la nacion.

El dia señalado para la apertura de las conferencias en que debia procurarse la solucion pacífica de las cuestiones internacionales, era el 15 del mes que va á espirar. Estaban ya nombrados y á punto de ponerse en marcha los comisionados mexicanos, cuando con general sorpresa se supo que los comisarios franceses habian roto la convencion de Londres y los preliminares de la Soledad, sin alegar de pronto mas razon para cohonestar tan escandaloso procedimiento, que el pretexto ridiculísimo de que no podian prestarse al alejamiento de un traidor, amparado por la bandera francesa.

A los pocos dias de escrita la nota en que se hizo tan incomprendible declaracion, apareció un manifiesto de los Sres. Saligny y Jurien á la nacion mexicana, tan absurdo y disparatado, que al leerlo por primera vez, dudamos de su autenticidad, y solo la evidencia pudo convencernos de que no era apócrifo.

No sabemos con qué derecho se han dirigido los comisarios franceses á la nacion, revelando así el plan que habian tenido encubierto de intervenir en nuestro régimen interior con escándalo de la civilizacion moderna, y con abierta infraccion de las repetidas declaraciones hechas en sentido con-

trario, así por el gobierno imperial, como por sus representantes.

El contenido del documento á que aludimos, da la mas triste idea de la capacidad diplomática de sus autores. Reconoce y desconoce á la vez á nuestro Supremo Gobierno. Afirma que no han venido los franceses á tomar parte en nuestras divisiones, y ofrece el apoyo de sus armas á los que tengan confianza en la intervencion, llamada así por su nombre en un momento de descuido. Dice con énfasis, que ningún hombre ilustrado querrá creer que el gobierno salido del sufragio de una de las naciones mas liberales de Europa, haya podido tener ni por un momento la intencion de restaurar en un pueblo extranjero antiguos abusos é instituciones que no son ya de este siglo; y es pública la alianza de los comisarios con los principales cabecillas del bando que sostiene esas instituciones y esos abusos. Se atreve á llamar moderada la conducta que han observado dichos comisarios, y reincidiendo en esas acusaciones vagas é infundadas, que nada significan ante el buen sentido, acrimina al Gobierno mexicano por haber tomado medidas que el mundo civilizado les tendria á mal sancionaran con su presencia. Protesta que no quiere que la justicia debida á todos sea impuesta por las armas francesas, y bajo el amago de ellas trata de infundir valor á los enemigos del Gobierno, calificados arbitrariamente de porcion honrada y pacífica del país, y computados, por una aritmética del uso exclusivo de Mr. de Saligny, en las nueve décimas partes de la poblacion. Proclama, por último, que no retrocederá la bandera francesa, y llama insensatos á los que se atreven á combatirla, como si pudiera haber nunca insensatez en repeler una invasion armada, venciendo ó muriendo en defensa de la independencia nacional.

El manifiesto que tan brevemente hemos analizado, envuelve una declaracion de guerra hecha en la forma mas inusitada. Contradictorio en sus términos, en sus acusaciones vago, falso en sus apreciaciones, insultante en su conclusion, corrobora lo que ya han comprobado otros varios antecedentes: que la saña del ministro Saligny, y la extraña condescendencia del almirante Jurien de la Gravière, convertido en dócil instrumento de un furioso, están haciendo representar á la Francia un papel ridículo, odioso é incomprensible.

Los desbarros han seguido multiplicándose á cada paso. A la nota de ruptura de la convencion de Lóndres y de los preliminares de la Soledad, siguió el manifiesto á la nacion mexicana: despues han venido la ratificacion de la primera, y la protesta contra el tratado celebrado con los Estados- Unidos. De ambas piezas nos ocuparemos por su órden.

Asientan en la primera los comisarios franceses, que el Gobierno mexicano es quien ha despedazado los preliminares de la Soledad, persistiendo desde el dia siguiente al en que se firmó aquella convencion, y con doble violencia, en entregarse cada dia á los mismos actos culpables contra las propiedades y las personas de los súbditos de S. M. I., y contra los principios mas sagrados del derecho de gentes, que habian acabado por obligar á las potencias aliadas á exigir su reparacion por la fuerza.

Está visto que es un sistema fijo en los representantes del emperador, formular los cargos mas graves y permitirse las mas duras calificaciones contra el Gobierno de México, sin aducir nunca en comprobacion de sus asertos las constancias necesarias para darles valor. Lo hemos dicho ya otra vez y necesitamos repetirlo: cuando se trata de cuestiones que pueden dar por resultado la guerra entre dos pueblos, los motivos que se aleguen para el rompimiento deben ser claros,

justos, especificados, innegables. Las acusaciones vagas, los insultos gratuitos, sirven solo para emborronar papel, sin pasar de insulsa palabrería. ¿Decís que el Gobierno mexicano se entrega cada dia con violencia á actos culpables contra las propiedades y las personas de los súbditos de S. M. I? Pues citad esos actos, para que el mundo entero sepa que han ocurrido, so pena de que todo el mundo entero califique la aseveracion de su existencia, como la calificamos nosotros, de falsedad notoria, de indigna superchería, con que quereis justificar vuestra conducta atrabiliaria. ¿Decís que el Gobierno mexicano infringe los principios mas sagrados del derecho de gentes? Pues denunciad á la indignacion universal sus atentados; y si no lo haceis, tendremos nosotros innegable derecho á llamaros calumniadores, calificacion que añadiréis á la de verdaderos infractores de ese derecho de gentes, que asombrado se quedará al veros figurar entre sus defensores.

La pasion que ciega á Mr. de Saligny, y que tantas torpezas le hace cometer, no le ha permitido considerar que la acusacion dirigida contra el Gobierno de México, heria de rechazo á los dignos comisarios de la España y de la Gran Bretaña. De ser ciertas, en efecto, esas violaciones de los principios mas sagrados del derecho internacional, resultaria contra Sir Charles Wyke y contra el general Prim, el cargo terrible de que las toleran, de que no imitan el empeñoos afan con que apelan á las armas sus compañeros de comision, en defensa de la civilizacion ofendida. Por fortuna nuestra, la verdad del caso es que no somos los mexicanos, acusados de bárbaros, los que faltamos á la ley de las naciones, sino los representantes de uno de los pueblos mas cultos de la tierra. Así les consta á los Sres. Prim y Wyke, y por eso observan una conducta que contrasta con la de nuestros acusadores.

La mejor prueba de que estos recurren á insustanciales generalidades por falta de hechos ciertos á que referirse, la tenemos en la notable circunstancia de haber mencionado en su comunicacion el asesinato de varios soldados franceses en el camino de Veracruz y en los alrededores de Córdoba. Pero si en esta parte la aseveracion es mas explícita, la consecuencia no es nada lógica, pues no sabemos cómo pueda deducirse de algunos atentados particulares, cuya historia se ignora, y de que no se dió conocimiento oportuno á las autoridades para la averiguacion de la verdad y el castigo de los culpables, que el Gobierno mexicano no tiene ni voluntad ni poder para cumplir con las obligaciones impuestas á todo gobierno civilizado. Los Sres. Saligny y la Gravière son tan buenos lógicos, como aritméticos y publicistas.

Cualquiera creeria, en vista de los antecedentes reseñados, que era difícil, cuando no imposible, cometer un desacierto mayor: pues bien, los representantes del emperador han tenido la satisfaccion de probar que tal creencia era infundada coronando su obra con la protesta que han hecho contra todo tratado ó convencion que tenga por objeto, por parte de México, vender, ceder, enagenar ó hipotecar en provecho de quien quiera que sea, el todo ó parte de los terrenos, propiedades y rentas que forman la prenda sobre la cual reposan los créditos que la Francia tiene que hacer valer contra México.

¡Siempre contradicciones y absurdos! En caso de que los comisarios franceses hubieran desconocido ya formalmente al Gobierno mexicano, se comprenderia que protestaron contra los actos de una autoridad, que habria dejado para ellos de ser la legítima, aunque tal desconocimiento no podria disminuir en un ápice los títulos de su legitimidad. Pero reconocer explícitamente á ese Gobierno, dirigirse á su Ministro

de Relaciones exteriores, y al mismo tiempo protestar contra el ejercicio de sus funciones naturales é inherentes á la soberanía del país que representa, es el colmo de la necedad.

Los tratados que México celebre, únicamente podrian claudicar, en el evento de que contrariaran estipulaciones anteriores, que esté obligado á respetar. La protesta de los enviados del gobierno imperial no puede surtir efecto alguno, porque ó se refiere á tratados en que se falte á lo que nos sea obligatorio para con la Francia, y en ese caso está de mas, puesto que sin ella se produciria un resultado idéntico, ó se refiere á tratados en que á ninguna obligacion se falte, y entónces la protesta es ridícula é inadmisibile.

Conjeturamos que el objeto de los comisarios no es aludir á convenciones anteriores, sino declarar por sí y ante sí que todos los terrenos, propiedades y rentas de México, forman ya desde ahora una prenda que ha de servirnos para atender á cuantas reclamaciones se proponga hacernos la Francia, aun cuando por su esencia sean monstruosas, y aun cuando por su monto excedan á las famosas cuentas del gran capitán. Repitiendo una frase de moda, dirémos que se dispone de la piel del oso ántes de haberlo matado. Mas como la víctima no esté de acuerdo con los sacrificadores, obrará como mejor le convenga, celebrará tratados con quien tenga á bien, y nunca, nunca, pasará por la degradacion de someterse á un humillante pupilaje, en que no seria la menor mengua tener de tutor á Mr. de Saligny.

Como este pseudo-diplomático barre con todo, se ha llevado de encuentro á los Estados-Únidos del Norte, que es la nacion con quien se ha celebrado el tratado que dió origen á la protesta. Es evidente que nuestros vecinos no se han de prestar á la exigencia de declarar nulos sus convenios con México, y que harán valer los derechos que adquieran, de

suerte que, á ménos de emprender otra guerra con un pueblo, al que se han de guardar infinitas mas consideraciones que á nosotros, por ser poderoso y fuerte, tendrá la Francia que cantar la palinodia, para salir del atolladero en que la precipitan sus poco cuerdos representantes.

Para rematar estos su obra, acaban de quebrantar el compromiso personal que contrajeron, si llegaban á ser infructuosos los preliminares de la Soledad, de retirarse á los puntos que ocupaban ántes de la celebracion de ese convenio. Todavía en la nota del 9 del corriente reconocieron la obligacion en que estaban de cumplir con lo estipulado, á fin de recobrar su libertad de accion, que fué la frase de que se valieron. De poca importancia era su retirada á Paso Ancho, en razon de que, desartillado el Chiquihuite, enviada á otros puntos parte de la fuerza destinada al principio á su defensa, no era ya posible oponerles allí la resistencia que hace dos meses hubieran encontrado. Ningun inconveniente, pues, se les presentaba para dar lleno á una promesa solemne; pero obrando en todo con una ceguedad que parece ya providencial, han desdeñado salvar siquiera las apariencias, y han vuelto á apoderarse de Orizava, ya en alianza abierta con los traidores, y pasando por la ignominia de que parte de sus fuerzas venga, á lo que se dice, capitaneada por algunos de ellos. En el cumplimiento de la estipulacion relativa á Paso Ancho, estaba comprometida no solo la fé pública, no solamente el honor de la Francia, sino la palabra de los comisarios todos, como caballeros: á todo esto ha faltado Mr. de Saligny.

Vemos en este nuevo escándalo, á mas de la ofensa hecha á México, un agravio á los comisarios español é inglés, signatarios en union de los franceses, de los preliminares rotos é infringidos. No dudamos que los Sres. Wyke y Prim, da-

rán á tan grave falta el valor que le corresponde, y la consignarán en los informes que dén á sus gobiernos, informes que servirán de mucho para ilustrar en Europa la opinion pública, lastimosamente extraviada.

Tales son los hechos culminantes de la situacion. Ellos pertenecen ya á la historia; y la historia, que no puede olvidarlos, que consigna en sus páginas la gloria y la infamia de las naciones y de los hombres, grabará en ciertas frentes su estigma imborrable, como si lo imprimiera con un hierro ardiendo.